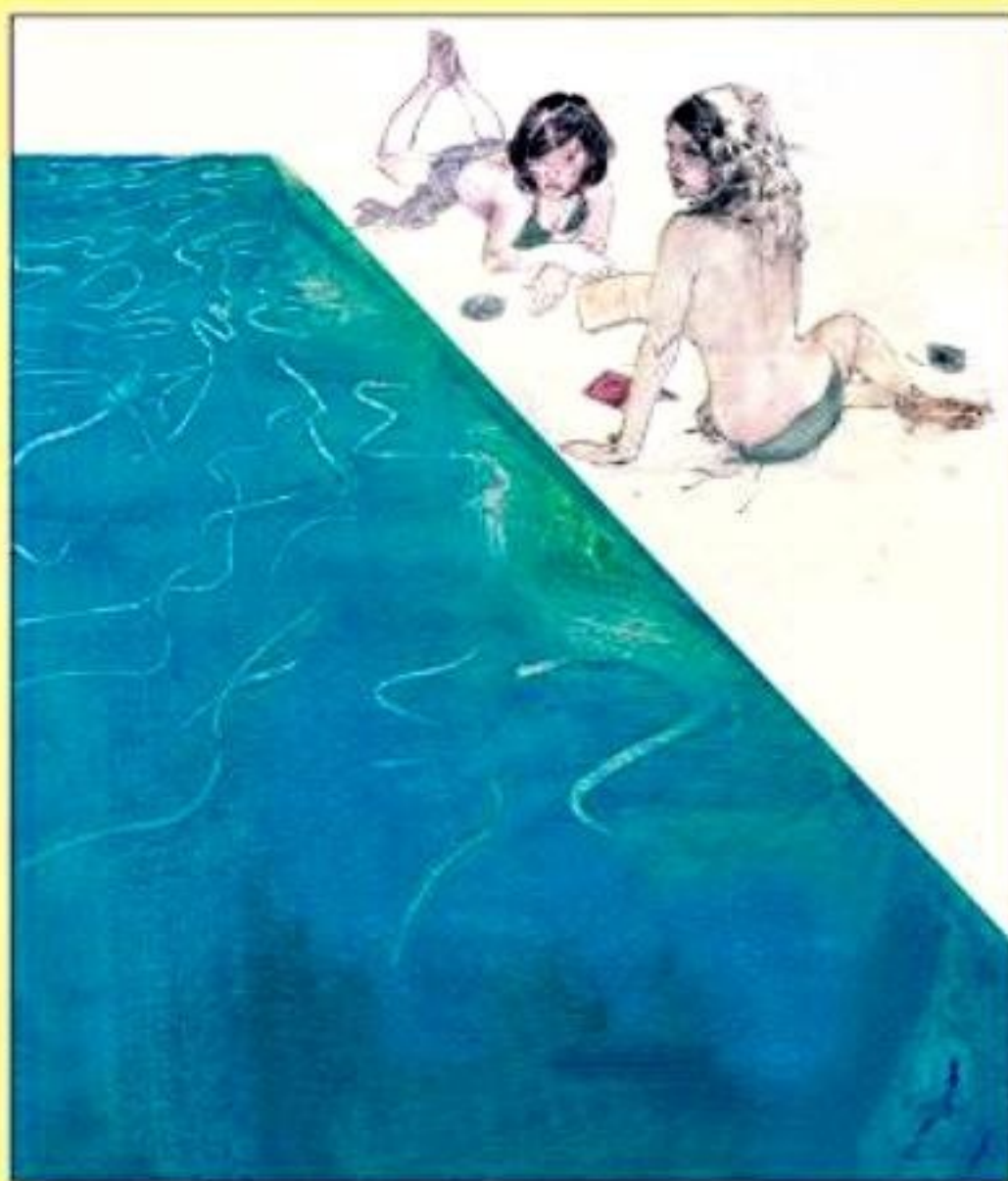


MARTIN AMIS

*La viuda
embarazada*



Lectulandia

En *La viuda embarazada*, una novela muy celebrada por la crítica, Martin Amis se exhibe en su mejor forma: satírico, brillante, inteligente y profundo, una lectura tan indispensable como gratificante.

Puede que Keith Nearing esté pasando el verano de su vida. Tiene veinte años, y su novia Lily, tras tres meses de libertad para experimentar con otras costumbres y otros cuerpos, ha vuelto para que pasen juntos las vacaciones en un castillo en Italia. Porque es el año 1970, ya en plena revolución sexual. En el castillo, un grupo de jóvenes nadan a favor y en contra del cambio. Pero en los veranos hay brillos peligrosos, y un orden social que muere no deja un heredero sino una viuda encinta, y entre la muerte de uno y el nacimiento del otro, mucha agua ha de correr...

Lectulandia

Martin Amis

La viuda embarazada

ePub r1.0

Titivillus 14.01.16

Título original: *The Pregnant Widow*
Martin Amis, 2010
Traducción: Jesús Zulaika
Ilustración de cubierta: Adam Lowe

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

Para IF

La muerte de las formas contemporáneas del orden social debería alegrar más que conturbar el espíritu. Lo pavoroso, sin embargo, es que el mundo que fenece no deja tras de sí un heredero sino una viuda embarazada. Entre la muerte de uno y el nacimiento del otro habrá de fluir mucha agua, habrá de discurrir una larga noche de desolación y caos.

ALEXANDER HERZEN

narcisismo: s. Interés excesivo o erótico por uno mismo y por su apariencia física.

Concise Oxford Dictionary

Ahora voy a deciros cómo los cuerpos se transforman en otros cuerpos.

Las metamorfosis
(*Cuentos de Ovidio*, TED HUGHES)

2006 - A MODO DE INTRODUCCIÓN

Habían ido en coche a la ciudad desde el castillo, y Keith Nearing caminó por las calles de Montale, Italia, del coche al bar, en el crepúsculo, flanqueado por dos rubias de veinte años, Lily y Scheherezaade...

Esta es la historia de un trauma sexual. No fue a una edad tierna cuando le sucedió. Desde todo punto de vista, era ya un adulto; y consintió: consintió totalmente. ¿Es *trauma* realmente la palabra que queremos (del griego «herida»)? Porque su herida, cuando llegó, no le dolió en absoluto. Fue lo opuesto sensorial de una tortura. Ella gravitó sobre él desvestida e inerme, con las pinzas de la dicha: los labios, las yemas de los dedos. Tortura: del latín *torquere*, «torcer». Era lo opuesto a la tortura, aunque «retorcía». Lo destruyó durante veinte años.

Cuando era joven, a la gente que era estúpida, o estaba loca, la llamaban *estúpida*, o *loca*. Pero actualmente (ahora que era viejo) los estúpidos y los locos recibían nombres especiales derivados de aquello que les aquejaba. Y Keith quería uno. También él era un estúpido o un loco, y también quería uno: un nombre especial derivado de lo que le aquejaba a él.

Observó que hasta los trastornos de los niños tenían nombres especiales. Y leyó cosas sobre estas supuestas neurosis y deficiencias imaginarias con la codicia de un padre curtido y ya cínico. Reconozco esa, se decía a sí mismo: también conocido como Síndrome de la Pequeña Mierda. Y también reconozco este: también conocido como Trastorno del Tipejo Perezoso. Estos trastornos y síndromes —tenía la seguridad absoluta— no eran sino excusas de las madres y padres para «dopar» a sus hijos. En Norteamérica, que —*grosso modo*— era el futuro, a la mayoría de las mascotas domésticas (aproximadamente un sesenta por ciento) se les administran fármacos que actúan sobre el estado de ánimo.

Pensando en el pasado, Keith supuso que habría estado bien, diez o doce años atrás, drogar a Nat y a Gus —como un modo de imponer de cuando de cuando un alto el fuego en su guerra fratricida. Y habría estado bien, ahora, drogar a Isabel y a Chloe —dondequiera que estuvieran armando sus voces con chillidos y alaridos estridentes (tratando de encontrar los límites del universo), o siempre que, con toda la frescura del descubrimiento, dijeran cosas increíblemente hirientes sobre su apariencia. *Papi, tendrías mucho mejor aspecto si te creciese un poco más de pelo. Oh, sí. Papi,*

cuando te ríes, pareces un vagabundo viejo y loco. Sí, pero tú entonces tienes que consultar al médico, e inventar alguna cosa contra ellos, e irte a hacer cola en la farmacia de las lámparas fluorescentes de Lead Road...

¿Qué es lo que le pasaba?, se preguntó. Luego, un día (en octubre de 2006), cuando dejó de nevar y solamente llovía, salió a meterse de lleno en el meollo, en el farrago de la A a la Z —las obras urbanas encharcadas, la ingente *excavación* de la ciudad de Londres—. Y allí estaba la gente. Como siempre, fue mirando las caras de una en una, y pensando: *Él...*, 1937. *Ella...*, 1954. *Ellos...*, 1949. Regla número uno: lo más importante de una persona es su fecha de nacimiento. Es la que le pone a uno en la historia. Regla número dos: tarde o temprano, toda vida humana llega a ser una tragedia, a veces antes, siempre después. Y aún habrá otras reglas.

Keith se sentó en el café de costumbre, con su café americano, su cigarrillo francés sin encender (mera utilería, ahora), su periódico inglés de hojas grandes. Y allí estaban, las noticias, el último plazo del cosquilleo o el suspense, el gran libro apasionante titulado el planeta Tierra. El mundo es un libro que no podemos dejar de leer... Y él empezó a leer un artículo sobre una nueva enfermedad mental, una enfermedad que le hablaba en un susurro hostigador. Afectaba a los niños, la nueva enfermedad; pero donde mejor se desarrollaba era en los adultos, en aquellos que habían alcanzado la edad de discreción.

La nueva dolencia se llamaba Trastorno Dismórfico Corporal, o Trastorno de la Percepción de la Fealdad. Quienes padecían el TDC o TPF miraban la imagen reflejada de sí mismos y veían algo incluso peor que la realidad. A aquella edad de la vida (tenía cincuenta y seis años), uno se ha resignado a una sencilla verdad: cada visita al espejo le confronta, por definición, con una fealdad sin precedentes. Pero aquel día, mientras se inclinaba sobre el lavabo del cuarto de baño, sintió que se hallaba bajo el influjo de un alucinógeno infernal. Cada visita al espejo era una dosis de ácido lisérgico; muy ocasionalmente, el *viaje* era un buen viaje, y casi siempre el *viaje* era un mal viaje. Pero siempre era un *viaje*.

Keith pidió otro café. Se sentía muy animado.

En realidad quizá no tengo ese aspecto, pensó. Estoy loco, eso es todo. Así que tal vez no hay nada de lo que deba preocuparme. El Trastorno Dismórfico Corporal, o el Trastorno de la Percepción de la Fealdad... Era lo que *esperaba* tener.

Cuando te haces viejo... Cuando te haces viejo, te sorprendes haciendo una audición para el papel de tu vida; luego, al cabo de interminables ensayos, te ves actuando en un film de terror —un film de terror muy poco serio, sin ningún talento y, por encima de todo, de bajo presupuesto, en el cual (como suele ser de rigor en las películas de terror) se reservan lo peor para el final.

Lo que viene a continuación es verdad. Italia es verdad. El castillo es verdad. Las chicas son todas verdad, y los chicos son todos verdad (Rita es verdad; Adriano — increíblemente— es verdad). Ni siquiera se han cambiado los nombres. ¿Para qué preocuparse? ¿Para proteger a unos inocentes? No eran inocentes. O, por el contrario, todos eran inocentes, pero no se les puede proteger.

Así funciona la cosa. Mediada la cuarentena tienes tu primera crisis de mortalidad (*la muerte no va a ignorarme*); y diez años después tienes tu primera crisis de edad (*mi cuerpo me susurra que a la muerte ya le estoy llamando la atención*). Pero en el ínterin te sucede algo verdaderamente interesante.

A medida que se acerca el quincuagésimo cumpleaños, se agudiza la sensación de que tu vida se va adelgazando, y de que seguirá haciéndose más y más fina hasta disolverse en la nada. Y a veces te dices a ti mismo: Eso ha ido un poco rápido. Aquello fue un poco rápido. En determinados estados de ánimo, puedes tener ganas de expresarlo de forma bastante más enérgica. Como por ejemplo: ¡¡¡JODER!!! ¡¡¡ESTO ha ido COMO UNA PUTA CENTELLA!!! Luego llegaron y pasaron los cincuenta, y los cincuenta y uno, y los cincuenta y dos. Y la vida vuelve a espesarse. Porque ahora hay una presencia enorme e insospechada dentro de tu ser, como un continente ignoto. Es el pasado.

Libro primero

Donde situamos la escena

1. FRANCA VIOLA

Era el verano de 1970, y el tiempo aún no había invalidado por completo estos versos:

El ayuntamiento carnal dio comienzo
en mil novecientos sesenta y tres
(un tanto tarde para mí),
entre el final de la prohibición de *Chatterley*^[1]
y el primer LP de los Beatles.

PHILIP LARKIN, «Annus Mirabilis» (antes «Historia»), revista *Cover*,
febrero de 1968

Pero ahora era el verano de 1970, y el ayuntamiento carnal se hallaba ya bien avanzado. El ayuntamiento carnal había recorrido un camino largo, y estaba muy en la mente de todos.

El ayuntamiento carnal, debo señalar, posee dos características únicas. Es indescriptible. Y puebla el mundo. No debería sorprendernos, pues, el hecho de que esté en la mente de todos.

Durante aquel verano caliente, interminable y eróticamente decisivo Keith se alojaría en un castillo situado en la ladera de una montaña que miraba a un pueblo de Campania, Italia. Y ahora caminaba por las callejuelas apartadas de Montale, desde el coche al bar, en el crepúsculo, flanqueado por dos rubias de veinte años, Lily y Scheherazade... Lily: 1,65 m, 86-64-86. Scheherazade: 1,78 m, 94-58-84. ¿Y Keith? Bien, pues de la misma edad, y delgado (y moreno, de barbilla engañosa, barba incipiente, aire testarudo); y se ubicaba en ese hartado disputado territorio existente entre 1,67 y 1,70 metros.

Datos personales vitales. Que originalmente remitían —en las ciencias sociales— a nacimientos, matrimonios y muertes; ahora remiten a medidas: busto, cintura, caderas. En los días y noches largos de su primera adolescencia, Keith mostraba un interés anormal por esos datos personales (las medidas); solían poblar sus ensoñaciones en sus regodeos solitarios. Aunque siempre fue incapaz de dibujar (era un manazas con los lápices de dibujo), podía escribirlas en el papel: siluetas de mujeres hechas números. Y toda posible combinación, o al menos todo aquello

remotamente humanoide (89-114-140, por ejemplo, o 152-152-152), parecía digno de reflexión atenta. Si las medidas eran 116-119-79, o 79-119-116, convenía reflexionar sobre ello. Pero, de algún modo, uno siempre se sentía impelido a remontarse hacia atrás, hacia el arquetipo del reloj de arena, y una vez que te has visto enfrentado a (pongamos) 246-8-246, ya no hay ningún territorio ignoto que explorar; durante una hora puedes deleitarte mirando fijamente el número ocho, primero de pie, luego tumbado; hasta volver somnolientamente a las llorosas y tiernas combinaciones de los setenta y tantos-cincuenta y tantos-setenta y tantos. Meros dígitos, meros números enteros. Sin embargo, de chico, cuando veía este tipo de datos debajo de la fotografía de una cantante o de una starlet, le parecían locuazmente indiscretos, pues le decían todo lo que necesitaba saber sobre algo que no iba a tardar en sucederle. No es que deseara abrazar y besar a aquellas mujeres; aún no. Deseaba rescatarlas. Las rescataría (por ejemplo) de una fortaleza isleña...

86-64-86, Lily; 94-58-84, Scheherazade...; y Keith. Los tres estudiaban en la Universidad de Londres; derecho, matemáticas, literatura inglesa. *Intelligentsia*, aristocracia, proletariado. Lily, Scheherazade, Keith Nearing.

Caminaron por callejuelas empinadas, deterioradas por los escúteres y cruzadas transversalmente por colgaduras de prendas de vestir y ropa de cama limpias agitadas por el viento, y de cuando en cuando, en alguna esquina, acechaba una hornacina, con velas y tapetes y la estatua tamaño natural de un santo, un mártir, un clérigo macilento. Crucifijos, túnicas, manzanas de cera lozanas o corruptas. Y luego estaba el olor, a vino agrio, a humo de cigarrillos, a repollo hervido, a alcantarilla, a colonia lacerantemente dulce..., y un tufo penetrante de fiebre. El trío hizo un cortés alto en el camino al ver cómo una rata parda y majestuosa —magníficamente integrada— cruzó la calleja sin ninguna prisa. De haber tenido la facultad del habla, les habría dedicado un maquinal *buona sera*. Ladraban los perros. Keith aspiró hondo, tragó una gran bocanada del tufo cosquilleante, mordaz de la fiebre.

Dio un traspie y recuperó el equilibrio. ¿Qué le pasaba? Desde su llegada, hacía cuatro días, Keith había vivido en una pintura, y ahora estaba saliendo de ella. Con sus rojos cadmio, sus zafiros cobalto, sus amarillos estroncio (todos recién preparados), Italia era una pintura, y ahora él estaba saliendo de ella y entrando en algo que conocía: el centro de ciudad, y las barriadas escaparates de la humilde urbe industrial. Keith conocía las ciudades. Conocía muchas calles principales humildes. Cine, farmacia, estanco, confitería. Con superficies de cristal y luces de neón en el interior —las manifestaciones más tempranas del brillo de *boutique* del estado-mercado—. En un escaparate, maniqués de plástico marrón caramelizado, uno de ellos sin brazos, otro sin cabeza, dispuestos en actitudes de presentación cortés, como dándote la bienvenida a la forma femenina. El reto histórico se manifestaba tal cual, sin tapujos. Las madonas de madera de las esquinas de las callejuelas serían

desbancadas finalmente por las damas de plástico de la modernidad.

Y entonces sucedió algo, algo que él nunca había visto. En cuestión de quince o veinte segundos, Lily y Scheherazade (con Keith más o menos en medio de ellas) se vieron rápida y surrealísticamente envueltas por un enjambre de jóvenes, no chicos o jovencuelos, sino hombres jóvenes con camisas elegantes y pantalones planchados, que gritaban, rogaban, reían con estrépito, todo ello muy vivazmente, como en un truco de naipes de reyes y truhanes: barajando, peinando las cartas, desplegándolas en abanico bajo las farolas... La energía que irradiaban era digna (le pareció) de un motín carcelario de Extremo Oriente o de algún país subsahariano. Pero de hecho no tocaron a nadie, no bloquearon a nadie, y después de un centenar de metros volvieron a disponerse en formación abierta, como una tropa ruidosa; aproximadamente una decena de ellos se contentó con la vista desde atrás, mientras otra decena se agrupaba hacia el centro desde los costados, y la mayoría en cabeza y caminando de espaldas. ¿Y dónde ha visto alguien algo semejante? ¿Todo un tropel de hombres caminando de espaldas?

Whittaker les estaba esperando, con su bebida (y la especie de saca de correos), al otro lado de la luna manchada.

Keith entró en el local, mientras las chicas se rezagaban junto a la puerta (conferenciando o reagrupándose), y dijo:

—¿He visto visiones? Ha sido una experiencia nueva. Dios, ¿qué diablos les pasa?

—Es un enfoque diferente —dijo Whittaker, arrastrando las palabras—. No son como tú. No creen en lo de hacer las cosas con calma.

—Yo tampoco. Yo no hago las cosas con calma. Si lo hiciese, nadie se daría cuenta. ¿Y *qué cosas* con calma?

—Pues haz como ellos. La próxima vez que veas a una chica que te gusta, ponte a pegar botes para llamar su atención.

—Ha sido increíble, eso. Esos..., esos putos *italianos*.

—¿Italianos? Vamos, eres británico. Puedes encontrar algo mejor que *italianos*.

—Está bien. Esos moros... Quiero decir mañosos. Esos putos comejudías.

—Eso se les llama a los mexicanos. Qué patético. Los *italianos*, Keith, son «italianini», «espagueti», «macarroni».

—Ah, pero a mí me enseñaron a no hacer distinciones por razón de raza o cultura.

—Lo cual te será de gran ayuda. En tu primer viaje a Italia.

—Y todos esos altares... En fin, te lo dije, son mis orígenes. Yo no juzgo. No puedo. Por eso tendrás que cuidar de mí.

—Eres muy sensible. Te tiemblan las manos; míratelas. Y ser neurótico es un trabajo duro.

—Es más que duro. No estoy loco, exactamente, pero tengo episodios. No veo las cosas con claridad. Interpreto mal ciertas cosas.

—Sobre todo con las chicas.

—Sobre todo con las chicas. Y estoy en minoría. Soy un tío y soy británico.

—Y hetero.

—Y hetero. ¿Dónde está mi hermano? Tienes que ser un hermano para mí. No. Trátame como al niño que nunca tuviste.

—Muy bien. Lo haré. Ahora escucha. Escucha, hijo mío. Empieza a mirar a esos tipos con un poco de perspectiva. Fulanito Macarroni es un actor de teatro. Los italianos son fantaseadores. La realidad no es lo bastante buena para ellos.

—¿No? ¿Ni siquiera esta?

Se volvieron. Keith en camiseta y vaqueros, Whittaker con las gafas de montura de concha, los parches ovalados de cuero en los codos de la chaqueta de pana, la bufanda de lana de color pajizo, como su pelo. Lily y Scheherazade se dirigían ahora hacia las escaleras del sótano, suscitando —en los parroquianos entrados en años del local, todos varones— todo un fantástico abanico de ceños. Sus formas suaves avanzaron, a través de la acechante panoplia de gárgolas, y se volvieron, y empezaron a bajar las escaleras, una al lado de la otra. Keith dijo:

—Estos vejestorios. ¿Qué están mirando?

—¿Que qué están mirando? ¿Qué crees tú que están mirando? A dos chicas a las que se les ha olvidado ponerse algo de ropa. Le dije a Scheherazade: *Esta noche vas a la ciudad. Ponte algo de ropa encima. Vístete.* Pero se le ha olvidado.

—Y a Lily también. No lleva nada de ropa.

—No haces distinciones culturales, Keith. Y deberías hacerlas. Estos viejos acaban de llegar tambaleándose de la Edad Media. Piensa. Imagina. Eres de la primera generación de urbanos. Tienes una carretilla aparcada en la calle. Estás tomándote una copa de algo, y tratas de mantener el tipo. Levantas la vista y ¿qué ves? Dos rubias desnudas.

—Oh, Whittaker. Ha sido tan horrible. Ahí fuera. Y no por la razón obvia.

—¿Cuál es la razón no-obvia?

—Mierda. Los hombres son tan crueles. No puedo decirla. Lo verás por ti mismo cuando volvamos. ¡Mira! ¡Siguen ahí!

Los hombres jóvenes de Montale estaban ahora al otro lado de la luna, amontonados como acróbatas silentes, en un rompecabezas de caras que se retorcían contra el cristal —caras extrañamente nobles, caras clericales, llenas de una nobleza doliente—. Una por una fueron retirándose, y desapareciendo. Whittaker dijo:

—Lo que no entiendo es por qué los chicos no actúan así cuando soy yo el que pasea por la calle. Por qué las chicas no pegan botes cuando te ven pasar por la calle.

—Sí. ¿Por qué no lo hacen?

Les pusieron delante cuatro jarras de cerveza. Keith encendió un Disque Bleu, y añadió humo a los resoplidos sulfurosos de la cafetera, y a la neblina de desconfianza

supersticiosa del local: los parroquianos y su mirada aquejada de cataratas, que veían y descartaban, que veían y no daban crédito...

—La culpa es vuestra —dijo Whittaker—. No contentas con ir desnudas..., sois rubias.

Las chicas seguían enrojeciendo y encrespándose en silencio, y se apartaban con soplidos los mechones de pelo de la frente. Scheherazade dijo:

—Bueno, lo sentimos. La próxima vez vendremos vestidas.

—Y llevaremos velo —dijo Lily—. ¿Y lo de que somos rubias?

—Veréis —siguió él—. Las rubias son lo opuesto a su ideal piadoso. Y eso les hace pensar. Con las morenas no hay nada que hacer... Son italianas. No folian contigo a menos que les jures que te casarás con ellas. Pero las rubias... Las rubias hacen *cualquier cosa*.

Lily y Scheherazade eran rubias, una con los ojos azules y la otra con los ojos castaños, y eran de tez transparente, y tenían el candor de las rubias... La cara de Scheherazade —pensó Keith— tenía ahora un aire de hartazgo apacible, como si acabara de comer rápida pero placenteramente algo sabroso y codiciado. Lily, de aspecto más rosado, más lleno, más joven, con la mirada introspectiva, le recordaba (por mucho que él se resistiera a tal evocación) a su hermana pequeña; y su boca parecía tensa y famélica. Las dos estaban haciendo el mismo movimiento, bajo el borde de la mesa. Se alisaban el vestido hacia las rodillas. Pero la tela no les obedecía.

—Dios, casi es peor aquí dentro —dijo Scheherazade.

—No, es peor ahí fuera —dijo Lily.

—Mmm... Al menos aquí dentro son demasiado viejos para andar dando saltos.

—Y demasiado afónicos para cantar a voz en grito a la tirolesa.

—Aquí dentro nos odian. Les gustaría encerrarnos.

—Seguramente también nos odian ahí fuera. Pero al menos los de ahí fuera quieren follarnos.

—No sé cómo decíroslo —dijo Whittaker—. Pero los de ahí fuera tampoco quieren follaros. Son maricas. Están aterrorizados. Escuchad. Soy amigo de la modelo más famosa de Milán. Valentina Casamassima. Que también es rubia. Cuando va a Roma o a Nápoles y ve cómo los hombres se vuelven locos y demás, se vuelve hacia el tipo más grande y le dice: *Ven, vamos a follar. Te voy a chupar la polla aquí en la calle. Voy a mamártela ahora mismo.*

—¿Y?

—Se achantan. Retroceden. Se encogen.

Keith, incómodo, apartó la cabeza hacia un lado. Y sintió que una sombra empañaba toda la arlequinada —la arlequinada de su tiempo—. Hacia el centro de esta sombra se hallaba Ulrike Meinhof^[2], paseándose desnuda ante los milicianos palestinos (*Follando y disparando*, dijo Ulrike, *son lo mismo*). y luego más allá, estaba también Cielo Drive, y Pinkie y Charles^[3]. Dijo:

—¿Qué quieres decir?

—Bueno, que no quieren ligar contigo *realmente*, ¿no, Lily? Quiero decir que no es así como se empiezan las cosas, ¿no? La única esperanza de esos tipos es tropezar con una chica a la que le guste ligar con un equipo entero de fútbol. —Esto resultó quizá un tanto oscuro (le estaban mirando fijamente), así que continuó—: Es como lo llama Nicholas. Mi hermano. Quiero decir que no son muchos, pero existir existen. Chicas a las que les gusta ligar con equipos enteros de fútbol.

—Ah —dijo Lily—, pero al fingir que le gusta ligar con equipos enteros de fútbol, Valentina demuestra que esos tipos ni siquiera quieren chicas a las que les gusta ligar con equipos enteros de fútbol.

—Exacto —dijo Keith (que en realidad se sentía bastante confuso)—. Sin embargo... Valentina. Chicas que son más duras que esos tipos. Es... —¿Qué era? Eran demasiado curtidas. En absoluto inocentes. Porque los jóvenes de Montale al menos eran inocentes (hasta su crueldad era inocente). Dijo, con impotencia—: Los italianos son actores de teatro. Todo es un juego, en todo caso.

—Bien, Lily —dijo Whittaker—. Ahora ya sabes lo que tienes que hacer. Cuando esos tipos te griten y jaleen y se pongan a dar saltos, sabrás lo que tienes que hacer.

—Hacer que se la vas a mamar.

—Sí. Hacer que vas a hacerles eso.

—Estuve en Milán en primavera, con Timmy —dijo Scheherazade, reclinándose en la silla—. Y no tenías que hacer que ibas a mamársela. Te miraban y te silbaban, y el gorgoteo que emitían... No era un... circo, como es aquí.

Sí, pensó Keith, un circo... La cuerda floja, el trapecio, los payasos, los acróbatas.

—No te rodeaban multitudes. No te hacían *colas*.

—Andando de espaldas —dijo Lily. Que ahora se volvía hacia Scheherazade, y añadía con un apremio solícito, casi maternal—: Sí. Pero no tenías el aspecto que tienes ahora. En primavera.

Whittaker dijo:

—No es eso. Es Franca Viola.

Así que los tres prestaban atención a Whittaker con la reverencia debida a su mirada orlada de montura de concha, a su italiano fluido, a sus años en Turín y Florencia, y a su casi inimaginable veteranía (tenía treinta y un años). Estaba también el hecho de su *orientación*. ¿Cuál era la actitud de ellos tres en relación con los homosexuales, en aquella época? Bueno, los aceptaban totalmente, y se congratulaban cada dos minutos de su asombrosa tolerancia. Pero ahora incluso iba más allá, y la homosexualidad tenía el *glamour* de la vanguardia.

—Franca Viola. Una chica increíble. Lo cambió todo.

Y, con aire de amo y señor del asunto, Whittaker contó la historia. Franca Viola

—supo Keith— era una adolescente siciliana que había sido raptada y violada por un pretendiente rechazado. Y este era el hecho. Pero el rapto y la violación, en Sicilia, preveía una vía alternativa que llevaba al confeti y a las campanas de boda. Whittaker dijo:

—Sí, eso es. Lo que el código penal llama *matrimonio riparatore*. Así que, Keith, si alguna vez te cansas de tocar la guitarra bajo un balcón con una flor en la boca, y los botes para llamar la atención no te funcionan, recuerda que siempre hay otra vía. Rapto y violación. Y que la violada se case con el violador. Eso es lo que la familia de Franca Viola le decía a esta que hiciera. Pero Franca no fue a la iglesia. Fue a la comisaría de policía de Palermo. Y su trance se convirtió en noticia nacional. Una chica increíble. Su gente seguía queriendo que se casara con el violador. Y lo mismo quería todo el pueblo, y todos los isleños, y la mitad de la península italiana. Pero ella no quiso. Y lo llevó ante la justicia.

—No lo entiendo —dijo Scheherazade—. ¿Por qué diablos vas a querer casarte con tu violador? Es prehistórico.

—Es tribal. Vergüenza y honor. Como en Afganistán. O en Somalia. Te casas con el violador, o tu gente te da muerte. Ella no lo hizo. No se casó con él: lo metió *en la cárcel*. Y lo cambió todo. Ahora Milán y Turín son, en parte, civilizadas. Roma empieza a mejorar. Nápoles sigue siendo una pesadilla. Pero toda esa mierda desagua hacia el sur. Sicilia será la última en cambiar. Franca tenía dieciséis años cuando aconteció todo. Una chica increíble.

Keith estaba pensando en su hermana Violet, otra chica increíble, también de dieciséis años. En cualquier arreglo vergüenza-y-honor de otros tiempos, Violet habría resultado muerta: por el propio Keith, y por su hermano Nicholas, y por su padre Karl, con el apoyo moral y logístico del tío Mick y del tío Brian. Dijo:

—¿Qué le sucedió a ella, a Franca?

—Se casó como es debido hace un par de meses. Con un abogado. Ahora tiene tu edad. —Whittaker sacudió la cabeza—. Una chica increíble. Los cojones de esa chica... Así que cuando salgamos, y esos tipos se pongan a jalearnos a gritos, tendréis dos opciones. Hacer lo que hace Valentina Casamassima. O pensar en Franca Viola.

Bebieron una última cerveza y charlaron de los sucesos de Mayo del 68, en Francia, y del otoño caliente de Italia, en 1969, y de los eslóganes. Nunca trabajes. Nunca confíes en nadie mayor de veinticinco años. Nunca confíes en nadie que no haya estado en la cárcel. Lo personal es político. Cuando pienso en la revolución, tengo ganas de hacer el amor. Prohibido prohibir. *Tutto e subito*: Todo, ahora. Los cuatro estuvieron de acuerdo en que se contentarían con eso. Ahora mismo se contentarían con Todo y Ahora.

—Eso es lo que sienten los niños pequeños —dijo Keith—. Al parecer. Piensan: No soy nada y debería serlo todo.

Y entonces se les ocurrió que era hora de irse, de salir a la calle, y Whittaker dijo:

—Oh, sí. Otra cosa que les vuelve locos es que casi con toda seguridad tomáis la

píldora. Es insuperable para ellos..., lo que ello significa. La anticoncepción sigue siendo ilegal. Y el aborto. Y el divorcio.

—¿Cómo se las arreglan para burlar todo eso? —dijo Scheherazade.

—Muy fácil. Con la hipocresía —dijo Lily—. Con queridas. Con abortos clandestinos...

—¿Cómo se las arreglan para no quedar embarazadas?

Whittaker dijo:

—Se supone que son grandes expertos en el *coitus interruptus*. Grandes artistas de la retirada a tiempo. Oh, seguro que sí. Sé lo que eso significa.

—¿Qué?

—Se te corren dentro del culo.

—¡Whittaker!

—O encima de la cara.

—¡Whittaker!

Y Keith volvió a sentirlo (lo sentía varias veces al día): el hormigueo de la licencia. En la actualidad todo el mundo podía decir palabrotas, si les venía en gana. La palabra *follar* estaba a disposición de ambos sexos. Era como un juguetito adhesivo: lo tienes a mano para cuando te apetezca. Dijo:

—Sí, Whittaker. Tenía ganas de preguntártelo. Tú dices *ass* cuando nosotros decimos *arse*. Sin hacer sonar la *r...*, como *ashe*. Lily y Scheherazade lo pronuncian así, pero crecieron en Inglaterra. Lo mismo que tú pronuncias *lahndscape*^[4]. Y todas esas *aunts* que te han estado mortificando en el pícnic. Esas *aunts* que te subían por los pantalones cortos. Me han puesto los pelos de punta. ¿Qué acento es ese?

—El de la oligarquía de la Costa Este —dijo Scheherazade—. Más finolis que el de la reina. Ahora, si nos excusáis...

Mientras las chicas volvían a ausentarse, Whittaker dijo:

—Creo que sé cómo va a ir el asunto. El de ahí fuera. ¿Qué ha pasado antes? Cuéntame.

—Ya sabes. Los chicos son tan crueles. Y tan *brutos*, los cabrones. —Keith continuó diciendo que la orgía mimética de allí fuera, la revolución sexual, era también una especie de plebiscito—. Sobre las chicas. Y adivina quién ha ganado. Me he visto a mí mismo pensando: ¿harás el favor de insultar también a Lily?

—Ya... ¿Tendrás la cortesía elemental de tratar a Lily como a una *stripper* en un antro vociferante?

—A la que la gente elige es a Scheherazade. Por aclamación... Ha cambiado por completo, ¿verdad? No la había visto en unos meses, y por poco no la reconozco.

—Scheherazade, en general, es absolutamente gloriosa. Pero admitámoslo: son sus pechos.

—Así que entiendes lo de los pechos de Scheherazade...

—Me gustaría creer que sí. Pinto, no lo olvides. Y no es el tamaño, ¿verdad? Es casi a pesar del tamaño. En ese cuerpo de junco...

—Sí. Precisamente.

—El otro día leí algo —dijo Whittaker— que me hizo sentir ternura por los pechos. Los vi desde una perspectiva diferente. En términos de la evolución, dice el autor, los pechos tienen por objeto imitar al culo.

—¿Al culo?

—Los pechos imitan al culo. A manera de aliciente para que la relación sexual sea cara a cara. Cuando las mujeres evolucionaron hasta independizarse del estro. Seguro que sabes lo que es el estro.

Keith lo sabía. Del griego *oistros*, «tábano», o «frenesí». El período de celo. Whittaker dijo:

—Así, los pechos en forma de nalgas dulcificaban el trago desagradable de la postura del misionero. Solo es una teoría. No, yo entiendo los pechos de Scheherazade. Los caracteres sexuales secundarios en su forma platónica. El plan A para las tetas. Lo entiendo..., en principio. —Miró a Keith con afectuoso desdén—. No deseo estrujarlos ni besarlos ni hundir en ellos mi cara sollozante. ¿Qué hacéis vosotros con los pechos, chicos? Quiero decir que los pechos no llevan a nada, ¿no es cierto?

—Supongo que sí, que es cierto. Son una especie de misterio. Y un fin en sí mismos.

Whittaker miró por encima de su hombro.

—Te puedo asegurar que no son universalmente admirados. Alguien que conozco tuvo una reacción harto adversa con ellos. Amen.

—¿Amén?

Amen —pronunciado *Ahmun*— era el retraído novio libio de Whittaker (tenía dieciocho años). Keith dijo:

—¿Qué tiene Amen contra los pechos de Scheherazade?

—Por eso ya no baja nunca a la piscina. No puede soportar sus pechos. Espera. Aquí vienen.

¿Quería esto decir —podía esto realmente decir— que Scheherazade, cuando bajaba a la piscina (como Lily había dado a entender), tomaba el sol en *topless*? A Keith aún le quedó tiempo para decir:

—¿Me estás diciendo seriamente que sus tetas parecen un culo?

También él hizo una visita rápida al sótano antes de que salieran todos juntos a la calle. Los aseos italianos, y su aventura sensual negativa: ¿qué es lo que trababan de decirte? En toda Europa del sur, incluso en Francia, era lo mismo: los posapiés sobre los que te agachas llenos de mugre y el agua fluyendo de caños situados a la altura de la rodilla y los manojos de periódicos del día anterior encajados entre la tubería y el muro de ladrillo. Y el hedor que insuflaba ácido en los tendones de la mandíbula, y que hacía que te picaran las encías. No te vanaglories, te estaba diciendo el retrete.

Eres un animal y estás hecho de materia. Y algo en él reaccionaba ante esto, como si presintiera la cercanía de una bestia amada, húmeda y coriácea en la densa oscuridad.

Salieron a la calle; pasaron por delante de los maniqués femeninos de los escaparates de las *boutiques*, y se adentraron en el torbellino del estro, en el veredicto despiadado, en la mortificante unanimidad de los hombres jóvenes de Montale.

Y volvieron en coche de la ciudad al pueblo, al castillo encaramado en la ladera como una roca.

¿Sabes? Hubo una época en que dediqué mucho tiempo a Keith Nearing. Estábamos muy unidos. Y nos distanciamos por una mujer. No en el sentido habitual de la expresión. Tuvimos un *desacuerdo* sobre una mujer. A veces pienso que Keith podría haber sido poeta. Amante de los libros, de las palabras, de las letras, de una procedencia hartamente peculiar, Keith era un romántico consumado al que, sin embargo, le resultaba muy difícil conseguir una chica —cualquier tipo de chica—. Sí, podría haberse convertido en un poeta. Pero entonces llegó aquel verano en Italia.

2. EL REALISMO SOCIAL (O GENTE FÁCIL PARA EL AMOR)

Keith estaba acostado entre las sábanas, en lo alto de la torre sur. Estaba pensando, de modo no muy constructivo, en el saco de arpillera raída que Whittaker se había echado al hombro al salir del bar. *¿Qué es eso?*, le había preguntado Keith. *¿Correo?* Las sacas italianas, como las sacas inglesas, supuso, las hacían en las cárceles; y la saca de arpillera de Whittaker tenía ciertamente aspecto de haber sido confeccionada por presos (parecía armada sin la menor delicadeza), y en alguna parte de su trama exhibía un tinte ligeramente purpúreo y sociópata. Keith se dio cuenta de que, en la actualidad, sus pensamientos se volvían a menudo hacia la imposición de la ley. O, más bien, hacia la falta de tal imposición, hacia la inexplicable laxitud de esta... *No es correo*, dijo Whittaker. *El correo se reparte directamente. Aquí dentro está... el mundo. Mira.* Y allí estaba, sí, el mundo: *Times, Life, Nation, y Commentary, New Stateman, Listener, Spectator, Encounter...* El mundo seguía allí, pues. Y el mundo parecía ya muy quieto y muy distante.

—Entonces supongo que estás de acuerdo —dijo Lily en la oscuridad— con los varones jóvenes de Montale.

—No, no estoy de acuerdo con ellos —dijo Keith—. Y me apetecía dar unos brincos con palmas delante de ti. Para decírtelo.

—¿Te haces una idea de lo que ha sido eso? ¿Para mí?

—Sí, creo que sí. Me pasa cuando estoy con Kenrik. A él no se le ponen a pegar botes, pero le...

—Bueno, es que es bello.

—Mmm... Es duro de aceptar, pero recuerda esto: el mundo tiene mal gusto. Se decanta por lo obvio.

—¿Y qué es lo obvio?

—Vamos, sabes a lo que me refiero. Lo superficial. Su físico puede gustar a los vulgares, Lily. Pero tú eres mucho más inteligente y mucho más interesante.

—Mmm... Gracias. Pero sé lo que va a pasar. Te vas a enamorar de ella. No es que tengas esperanzas, claro. Pero lo harás. Cómo no. Tú. Tú te enamoras de cualquier cosa que se mueva. Tú te enamorarías de equipos enteros de fútbol femenino. Y Scheherazade... Scheherazade es preciosa y dulce y divertida. E increíblemente señorial.

—Eso es lo que me echa para atrás. Es como... ajena. Es de otro mundo.

—Mmm... La verdad es que te das perfecta cuenta cuando te superan con creces —dijo Lily, acomodándose mejor contra el brazo de su amigo—. Un memo de marca mayor como tú. Un golfillo de la calle como tú. —Le besó en el hombro—. Todo está

en los nombres, ¿no crees? Scheherazade... y *Keith*. Keith es probablemente el nombre más plebeyo que existe, ¿no crees?

—Probablemente... No. *No* —dijo él—. Los condes mariscales de Escocia se llamaban Keith. Hay todo un linaje de ellos con el nombre de Lord Keith. De todas formas, es mejor que Timmy. —Pensó en el larguirucho y apático Timmy, en Milán, con Scheherazade—. *Timmy*. ¿Es eso un nombre? Keith es un nombre mucho mejor que Timmy.

—*Todos* los nombres son mejores que Timmy.

—Sí. Es imposible pensar en un Timmy que esté haciendo alguna vez algo estupendo. Timmy Milton. Timmy Keats.

—Keith Keats —dijo ella—. Keith Keats tampoco suena muy bien que digamos.

—Cierto. Pero ¿Keith Coleridge? Sabrás, Lily, que hubo un poeta llamado Keith Douglas. Era muy fino. Su segundo nombre era Castellaine, y fue al mismo colegio de primaria que Kenrik. El Christ's Hospital. Oh, sí. Y la K. de G. K. Chesterton es la inicial de Keith.

—¿Y la G.?

—Gilbert.

—Bien, ahí lo tienes.

Keith pensó en Keith Douglas. Un poeta bélico —un poeta guerrero—. Un soldado herido mortalmente: *Oh, madre, mi boca está llena de estrellas...* Pensó en Keith Douglas, muerto en Normandía (una herida de metralla en la cabeza) a los veinticuatro años. Veinticuatro. Lily dijo:

—Muy bien. ¿Qué harías si te dijera que iba a mamártela?

Keith dijo:

—Me sorprendería, pero no me escandalizaría. Solo me decepcionaría. Diría: ¡Scheherazade!

—Sí, seguro que sí. ¿Sabes?, a veces tengo deseos...

Keith y Lily llevaban juntos más de un año, con una interrupción reciente, de un trimestre, a la que se referían con nombres diversos: el Interregno, el Interludio, o simplemente la Pausa de la Primavera. Y ahora, después de su separación de prueba, la prueba de su reencuentro. Keith tenía con Lily una gran deuda de gratitud. Lily era su primer amor, en este sentido especial: había amado a muchas chicas, pero Lily fue la primera que le había correspondido.

—Lily, es a ti a quien amo.

La interacción de las noches, el acto indescriptible, tuvo lugar entonces, a la luz de las velas.

—¿Ha estado bien?

—¿Qué?

—Fingir que soy Scheherazade.

—Lily, sigues olvidando mi altura de miras. Matthew Arnold. *Lo mejor que se ha pensado y dicho*. F. R. Leavis. *Sintió la vida en su más plena fuerza creativa*. Además, es demasiado alta para mí. No es mi tipo. Tú eres mi tipo.

—Mmm... No tienes la altura de miras que tenías antes. Ni de lejos.

—Sí la tengo... Es su carácter. Es dulce y amable y divertida y brillante. Y es buena. Eso es lo que tira para atrás.

—Lo sé. Da náuseas. Y ha crecido como treinta centímetros, encima —dijo Lily, ahora completamente despierta e indignada—. ¡Y casi todo en el cuello!

—Sí, tiene un cuello larguísimo.

Lily ya había dicho muchas cosas sobre Scheherazade y su cuello. Lo había comparado al de un cisne, y a veces —dependía de su estado de ánimo— con el de un avestruz (y, en una ocasión, con el de una jirafa). Dijo:

—El año pasado estuvo... ¿Qué le ha pasado a Scheherazade?

Scheherazade despertó aquella mañana de unos sueños inquietos y se vio a sí misma convertida en... Según el célebre relato, por supuesto, Gregor Samsa (pronunciado *Schamscha*) se transformó en *un enorme insecto*, o en *un bicho gigante*, o (y esta —Keith tenía la certeza— era la mejor traducción) en *una monstruosa sabandija*. En el caso de Scheherazade, la metamorfosis era una espectacular alza física. Pero Keith no lograba identificar exactamente al animal al que se parecía. Una cierva, un delfín, un leopardo de las nieves, una yegua alada, un ave del paraíso...

Pero, antes que nada, el pasado. Lily y Keith rompieron porque Lily quería actuar como un chico. Ese era el quid del asunto, en verdad: las chicas que actuaban como chicos estaban en la atmósfera reinante, y Lily quería probar. Así que tuvieron su primera pelea importante (su motivo —ridículamente— fue la religión), y Lily anunció una *separación de prueba*. Las palabras le llegaron a Keith como una descarga de aire comprimido: tales pruebas, sabía, resultaban casi siempre un rotundo éxito. Al cabo de dos días de honda aflicción, en su terrible cuarto del terrible apartamento de Earls Court; al cabo de dos días de *desolación*, Keith llamó por teléfono a Lily y se vieron, y las lágrimas se deslizaron por las mejillas (a ambos lados de la mesa del café). Y ella le dijo que tenía que evolucionar al respecto.

¿Por qué los chicos van a llevarse siempre toda la parte divertida?, dijo Lily, y se sonó con la servilleta de papel. *Somos anacronismos, tú y yo. Somos como novios desde la niñez. Tendríamos que habernos conocido dentro de diez años. Somos demasiado jóvenes para la monogamia. O incluso para el amor.*

Él escuchó todo lo que le decía. El anuncio de Lily lo había dejado huérfano, sumido en el dolor (por despojado). De ahí venía «huérfano»: del griego *orfanos* («despojado de padre o madre, o de los dos»). Keith, de hecho, había nacido despojado. Y el barrunto de que este habría de seguir siendo su estado natural se le

antojaba ahora harto verosímil. Desolado: del latín *desolare*, «abandonar», de *de* («completamente») + *solus* («solo»). Él escuchó a Lily —y por supuesto sabía todo aquello de antemano—. Algo se estaba gestando en el mundo de los hombres y las mujeres, una revolución o cambio radical, un reajuste que tenía que ver con el conocimiento carnal y con la emoción. Keith no quería ser un anacronismo. Y creo que puedo afirmar que este fue su primer intento de «gestión del carácter»: decidió mejorar en su aptitud para no enamorarse.

Si no nos gusta, siempre podremos... Quiero actuar como un chico durante un tiempo. Y tú no tienes más que seguir siendo como eres.

Así, Lily se cambió de corte de pelo, compró montones de minifaldas y pantalones cortados y tops sin tirantes ni mangas y blusas transparentes y botas de charol hasta las rodillas y pendientes de aro y lápiz de ojos y todas esas cosas que necesitan las chicas como paso previo para ponerse a actuar como chicos. Y Keith se limitó a seguir siendo el mismo.

Él estaba mejor situado que ella, en cierto modo: tenía alguna experiencia en actuar como un chico. Y volvió a ponerse a ello. En la época preLily, anterior a Lily, a menudo tenía que vérselas con algo más asociado al hecho de actuar como una chica: sus emociones. Y no siempre veía las cosas claramente. Se equivocaba totalmente, por ejemplo, en lo relativo a lo que todo el mundo llamaba *amor libre* — como toda una serie de horrorizados *hippies* atestiguaría en voz baja—. Pensaba que significaba lo que enunciaba; pero no era amor lo que ofrecían las pálidas hijas de las flores de la capital, con sus diagramas, sus cartas del tarot, sus tableros de la ouija. Algunas chicas se reservaban para el matrimonio; otras aún eran religiosas; e incluso las *hippies* iban convirtiéndose muy lentamente al laicismo...

En la época postLily, después de Lily, las nuevas reglas de compromiso parecían asentadas con mayor firmeza. Era 1970, y Keith tenía veinte años: a tal oportunidad histórica él acudió con su guapura mínima, su lengua convincente, su sincero entusiasmo y cierta frialdad voluntaria aunque estimulante. Hubo decepciones, victorias por los pelos; hubo algunas aquiescencias milagrosas (que seguían percibiéndose como *libertades*, en el sentido de vergüenza y honor, que implicaba descaro, familiaridad excesiva, aprovechamiento). En cualquier caso, el asunto del amor libre les funcionó mucho mejor a las chicas que actuaban como chicos. Nuevas reglas —y nuevos y siniestros modos de entenderlo todo mal—. Keith actuó como un chico, y lo mismo hizo Lily. Pero ella era una chica, y sacó en limpio mucho más que él.

Ven conmigo, le dijo Lily, tres meses después, por teléfono. *Ven conmigo a Italia a pasar el verano. Ven conmigo a un castillo en Italia, con Scheherazade. Por favor. Pongamos un paréntesis a lo nuestro. Ya sabes que hay gente por ahí que ni siquiera intenta ser amable.*

Keith dijo que la llamaría. Pero sintió que su cabeza asentía rápidamente, al instante. Acababa de pasar una noche de desdicha casi artística con una exnovia (de

nombre Pansy). Estaba asustado y dolorido, y, por vez primera, se sentía oscura pero intensamente culpable; y quería volver a Lily..., a Lily y a su «mundo medio».

¿Cuánto nos costará?

Lily se lo dijo. *Y también tendrás que gastar dinero cuando salgamos. La cuestión es que no soy muy buena siendo chico.*

De acuerdo. Y me alegro. Empezaré a pedir prestado y a ahorrar.

* * *

Su ridícula pelea con Lily. Ella le echó en cara, en esencia, haber confundido y por ende corrompido a Violet con el cristianismo cuando era una niña pequeña. Lo que en cierta medida era cierto. *Traté de desconvertirla cuando tenía nueve años, explicó Keith. Le dije: Dios es como Bellgrov: tu amigo imaginario. Y sin embargo ella siguió con ello. Lily dijo: Y creías que la religión iba a hacer que se portara como es debido. Pues ha tenido el efecto contrario. Está segura de que todo le será perdonado porque cree en un chiflado que está en las alturas. Y todo por tu culpa.*

Lily era, por supuesto, atea —una atea rotunda—. Keith argumentaba que esta posición no era del todo racional; para empezar, el racionalismo de Lily no era racional. Odiaba la astrología, naturalmente, pero también odiaba la astronomía: odiaba el hecho de que la luz se curvara, de que la gravedad ralentizara el tiempo. La exasperaba especialmente el comportamiento de las partículas subatómicas. Quería que el universo actuara con sensatez. En Lily hasta los sueños eran comunes y cotidianos. En sus sueños (lo confesaba muy tímidamente), iba de compras, se lavaba el pelo, a mediodía se tomaba un pisco de pie junto al frigorífico. Abiertamente recelosa de la poesía, carecía de paciencia para vérselas con cualquier obra narrativa que se saliera del realismo social más rígido. La única novela que elogiaba sin reservas era *Middlemarch*. Porque Lily era una criatura del «mundo medio».

Ven conmigo a un castillo en Italia, con Scheherazade. Debe aclararse que la parte Scheherazade de la propuesta de Lily, en lo que concernía a Keith, no venía mucho a cuento. Scheherazade, la última vez que la había visto, en navidades, era la de siempre: una filántropa ceñuda, de zapato bajo y con gafas. Hacía trabajo comunitario, y participaba en la CND y el VSO^[5], y conducía una furgoneta para Meáis on Wheels^[6]. Tenía un novio ágil llamado Timmy, al que le gustaba matar animales, tocar el violonchelo e ir a la iglesia. Pero entonces Scheherazade despertó de aquellos sueños inquietos.

Keith daba por sentado que el realismo social arraigaría en Italia. Sin embargo Italia parecía en parte un lugar de fábula, y la transmutación de Scheherazade también parecía en parte fabulosa. ¿Dónde estaba el realismo social? Las clases sociales altas —se decía a sí mismo— no eran realistas sociales. Su *modus operandi* —su modo de actuar— obedecía a reglas más laxas. Él era —de forma ominosa— un

K en un castillo. Pero seguía pensando que el realismo social arraigaría en Italia.

—¿Sigues haciendo todas esas cosas por esos vejestorios?

—Sí, sigue. Lo echa de menos.

—¿Dónde está su chico? ¿Dónde está «Timmy»? Y ¿cuándo viene?

—Eso querría saber ella. Está bastante enfadada con él. Tendría que haber llegado ya. Está en Jerusalén haciendo Dios sabe qué.

—La que me gusta es su madre, Oona. Encantadora y menuda. —Pensó en Pansy. Y pensar en Pansy implicaba necesariamente pensar en su mentora, Rita. Así que dijo —: Oh, Lily. Sabes que dije que Kenrik quizá esté de camino hacia aquí. Va a acampar con el Perro. En Cerdeña, al parecer.

—¿Cómo se llama realmente el Perro? ¿Rita? Dime cómo es.

—Bueno. Es del norte. Clase trabajadora rica. Ojos muy grandes. Boca muy ancha. Pelirroja. Y sin curvas. Como un lápiz. ¿Podemos alojarlos una noche, a Kenrik y a Rita?

—Le preguntaré a Scheherazade. Y estoy segura de que podremos hacerle un sitio —dijo, bostezando— a una simpática norteña pelirroja y sin tetas. Me ocuparé de ello.

—Te va a maravillar. Es una auténtica experta en actuar como un chico.

Lily se volvió hacia su lado, haciéndose más pequeña, más entera, más completa, más compacta. Él siempre la buscaba a tientas cuando se ponía en esa postura, y seguía la sucesión de sacudidas y contracciones, esas pequeñas sorpresas en el camino del olvido. ¿Cómo podía encontrarlo sin abrazar lo irracional...? A Lily, a veces le gustaba oír la voz de Keith mientras, trémula, perdía poco a poco la conciencia y se sumía en la religión del sueño (él normalmente le resumía las novelas que estaba leyendo), así que se acercó a ella, y dijo:

—Ya tendremos tiempo para las novelas. Escucha. La primera chica a la que besé era más alta que yo. Seguramente solo unos centímetros, pero a mí me parecían un metro. Maureen. Estábamos a la orilla del mar. La había besado ya en la parada del autobús, sentados bajo la marquesina, y no tenía la menor idea de cómo íbamos a darnos aquel beso de buenas noches. Pero había una tubería de desagüe en el suelo, junto a su caravana, y me subí encima de ella. Fueron unos besos estupendos. No hubo lengua ni nada parecido. Éramos demasiado jóvenes para lenguas. Es importante no hacer cosas para las que no tienes edad. ¿No crees?

—Scheherazade —dijo Lily, con voz turbia—. Llévala a un sitio donde haya una tubería de desagüe. —Luego, con voz más clara, añadió—: ¿Cómo, cómo es posible que no estés enamorado de ella? Te enamoras tan fácilmente y ella es tan... Buenas noches. A veces deseo...

—Buenas noches.

—Tú... Un chico fácil para el amor...

Cuando despertemos por la mañana (pensó él), nos veremos ante la primera tarea que habrá que cumplir: separar lo verdadero de lo falso. Tendremos que desechar, borrar los reinos ilusorios que nos hemos construido durante el sueño. Pero al clausurarse el día hacíamos lo contrario: buscábamos lo ficticio y lo falso, a veces despertándonos bruscamente movidos por la avidez de conexiones absurdas.

Era verdad lo que decía Lily, o lo fue en un tiempo. Un chico fácil para el amor. Tenía que ver con su procedencia. Se enamoraba de las chicas tan fácilmente... Y seguía amándolas. Aún amaba a Maureen: pensaba en ella todos los días. Aún amaba a Pansy. ¿Por eso estoy aquí?, se preguntó. ¿Por eso estoy aquí con Lily, en el castillo de Campania? ¿Por la trágica noche con Pansy; por lo que revelaba, por lo que entrañaba? Keith cerró los ojos y buscó sueños inquietos.

Ladraron los perros del valle. Y los perros del pueblo, para no ser menos, les devolvieron los ladridos.

Justo antes del alba se levantó y fumó un cigarrillo en la atalaya. El día se acercaba como una corriente. Y allí estaba de pronto, sobre el flanco de los macizos montañosos, el gallo rojo de Dios.

3. LA POSIBILIDAD

Estamos atrapados por la verdad, la verdad era que todo ello fue gestándose *muy despacio*...

—Hay una cosa molesta —dijo Scheherazade la primera tarde, mientras le precedía torre arriba.

Pero aún no había nada molesto. Por alguna razón debida a su construcción en el siglo xv, los escalones eran desmesurada y tonificadamente empinados, y en los descansillos de media vuelta, en el momento en que ella giraba, Keith podía verle por debajo de las faldas.

—¿Qué es lo molesto?

—Te lo enseñaré cuando estemos arriba. Aún nos queda un buen trecho. Es interminable.

Cediendo a los dictados de su conciencia, Keith evitó mirar. Y luego miró. Y luego volvió a desviar la mirada (y atisbo, a través de la abertura en el muro de piedra, un caballo de color claro con los flancos temblorosos). Miró, y apartó los ojos, hasta que, con un clic audible, dejó la cabeza en una posición fija y *miró*. ¿Cómo era posible que jamás hubiera reparado en ello: en la belleza, poder, sabiduría y justicia de los muslos de las mujeres?

Scheherazade dijo por encima del hombro:

—¿Eres de los que disfrutan mucho con las vistas?

—Me entusiasma cualquiera de ellas.

—¿Te vuelven loco?

A Keith le parecía estar en una película —en un *thriller* salaz, quizá—, en la que cada frase del diálogo intersexual era un juego de palabras sucio e irresistible. Siguieron subiendo. Ahora buscó una respuesta de significado inequívoco.

—Lo razonable. Me quedan tantos libros que leer —dijo—. Tengo que ponerme al día. *Clarissa. Tom Jones*.

—Pobrecillo.

Se hace constar que las bragas de Scheherazade eran de diario, y de color castaño claro (muy del estilo de las que antes solía llevar Lily). Como contraste de lo anterior, la orla era holgada y no llegaba a cubrirle la nalga derecha, y dejaba a la vista una franja blanca en el punto crucial de aquel bronce agitado. Scheherazade dijo:

—Se habla del Passo del Diavolo.

—¿Qué es eso?

—El Desfiladero del Diablo. Lleno de curvas y muy peligroso. Eso me han dicho.

Bien. Lily y tú estáis en este torreón. Y yo estoy en aquel. —Señaló con un gesto el pasadizo—. Compartimos el cuarto de baño que hay entre los dos. Eso es lo molesto.

—¿Por qué es molesto?

—Lily se niega a compartir conmigo el cuarto de baño. Ya lo hemos intentado. Yo soy muy desordenada. Así que tendrá que bajar la mitad del torreón y girar a la derecha. Pero no veo por qué vas a tener que hacerlo *tú*. A menos que también tengas algo en contra del desorden.

—No tengo nada en contra del desorden.

—Mira.

El cuarto de baño —iluminado por una claraboya— era largo y estrecho y en forma de L, con el lado izquierdo presidido por un toallero bruñido y dos espejos del tamaño de las paredes. Se desplazaron por el recinto. Scheherazade dijo:

—Pues lo compartimos, entonces. Te diré cómo. Cuando entres desde tu habitación, cierras el pestillo de la puerta de mi cuarto. Y cuando te vayas lo abres. Y yo haré lo mismo. Esa soy yo. Dios, soy un desastre...

Lo registró todo mentalmente: el camisón blanco tirado sobre la cama deshecha, los montones de zapatos, los vaqueros rígidos, quitados de prisa y corriendo, como boquiabiertos pero aún de rodillas y aún ciñendo las formas de cintura y caderas.

—Siempre me deja pasmado —dijo Keith—. Los zapatos de las chicas. Las chicas y sus zapatos. Tantos. Lily se ha traído una maleta llena. ¿Por qué sois así las chicas con los zapatos?

—Mmm... Bueno, supongo que los pies son la única parte de una chica que no puede ser bonita.

—¿Crees que es por eso?

Los dos miraron a los ingenuos ocupantes de las sandalias de dedo de Scheherazade: la curva del empeine, la flexión visible de los ligamentos, las diez manchas de rojo carmesí de cinco tamaños diferentes. Siempre le había parecido conmovedor que las chicas se preocupasen por darse aquel toque de color mínimo en el dedo más pequeño del pie. El meñique, que era como el benjamín de la carnada. Pero no podía descuidarse, obviamente: cada cerdito necesitaba su boina roja. Dijo:

—Tú tienes los pies bonitos.

—No están mal. —Los diez dedos ensayaron una ondulación tímida—. Para ser pies. Pies. Tienen un aspecto tan tonto.

—Supongo que sí. Hay quien dice que es bastante complicado. Lo de las chicas y los pies. ¿Puedo? —Cogió el pie izquierdo de unos zapatos que, sabía, llamaban *de salón*—: ¿Qué puede parecerse *menos* a un pie que esto? —Se refería al grado de estilización y artificio—. Con este arco y este tacón.

—Mmm... Pies. Y pensar que hay gente fetichista de los pies.

—Imagina lo que eso dice de uno.

—Terrorífico. Es muy fácil —dijo, mientras recorrían de nuevo aquel cuarto de baño ya importante— olvidarse de abrir la puerta. A todo el mundo se le olvida

continuamente. Hasta hay un pequeño timbre, ¿ves? Si me quedo encerrada, lo pulso. —Lo hizo sonar: un tenue pero resuelto ronroneo—. Tú tienes otro. A mí siempre se me olvida. Soy una lata, un aburrimiento.

Scheherazade lo miró con su peculiar franqueza, y con aquellos ojos dorados, idealistas, y aquellas cejas tan rectas. Cuando su mirada cayó sobre él, Keith tuvo la impresión de que ella ya había resuelto todo lo relativo a su persona: nacimiento, pasado, apariencia, incluso estatura. Importante, también (pensó de manera inconexa), era el hecho de que Scheherazade llamara a su madre mamá y no mami (como todos los demás miembros femeninos de su clase). Lo que daba cuenta —pensó Keith— de su alma esencialmente igualitaria. Pero lo más extraño de todo en Scheherazade era su sonrisa, que no era la sonrisa de las chicas hermosas. Había demasiada connivencia en sus párpados suavemente rizados —connivencia con la comedia humana—. La sonrisa de una chica hermosa era una sonrisa secuestrada. *Ella aún no se ha dado cuenta*, decía Lily. *No lo sabe*. Pero ¿cómo era posible eso? Keith le dijo a Scheherazade:

—Yo no me aburro fácilmente. Nada es aburrido. Si se mira como hay que mirarlo.

—Oh, conozco el dicho —dijo ella—. Si es aburrido, es interesante por aburrido.

—Exacto. Ser aburrido es interesante.

—Y es interesante que nada sea aburrido.

¿No son encantadores, los jóvenes? Han estado levantados hasta el alba durante dos años, tomando café instantáneo juntos, y ahora son testarudos y tienen opiniones.

—Aun así —dijo ella—, la repetición es aburrida. Venga, di que lo es. Como este tiempo. Lo siento.

—Nunca pidas disculpas por el tiempo.

—Pero yo quiero nadar y tomar el sol. Y el día está lluvioso. Y hace casi *frío*... Pero al menos sudas.

—Al menos sudas. Gracias por haberme invitado. Se está de fábula aquí. Estoy embelesado.

Keith sabía, por supuesto, que el significado psicológico de *pies* era dual en sí mismo. Aquellos trotones brutos eran un recordatorio permanente de la animalidad, del estatus irredento, no angélico del ser humano. Y asimismo llevaban a cabo la tarea menestral de conectar al ser humano con el suelo firme.

Allí estaba el castillo, con sus almenas encaramadas en lo alto de los hombros de los cuatro fajados gigantes, las cuatro torres, las cuatro terrazas, la sala de baile circular (con su escalera orbital), la biblioteca pentagonal con su cúpula, el salón con sus siete ventanales, el señorial comedor de los banquetes, al fondo del largo corredor —inverosímil e impracticable— que partía de una cocina del tamaño de un corral, las

sucesivas antecámaras que reculaban, como espejos enfrentados, y se perdían en una infinitud repetitiva. Arriba estaba *el apartamento* (donde Oona pasaba la mayor parte del tiempo); abajo estaba el *sótano de la mazmorra*, que estaba medio sumergido en la tierra de los cimientos, y que despedía una finísima neblina que a Keith le olía a sudor frío.

—Hay una vieja palabra para la manera en que te mira Scherezade —le dijo a Lily en la biblioteca pentagonal. Estaba en lo alto de una escalera de mano, casi a la altura de la cúpula—. Te puede parecer que es contemporizadora. Pero se trata de un término de alabanza. Y de gratitud humilde. *Condescendencia*, Lily, Del Eclesiastés; del latín *con* («junto con») + *descendere* («bajar»). Lo importante es «con». Dado que es una Lady y demás.

—No es una Lady. Es una «honorable». Su padre era vizconde. Quieres decir que te trata —dijo Lily— como si no fueras imbécil.

—Sí. —Estaba hablando del sistema de clases. Pero estaba pensando en el sistema del físico, el sistema de la belleza. ¿Habría algún día una revolución de la apariencia física, en la que los últimos pasaran a ser los primeros?—. Supongo que es más o menos eso.

—Y tú les rindes alabanza y gratitud a los nobles porque sabes cuál es tu sitio. Eres un perfecto imbécil.

A Keith no le gustaba que pensarán que iba a estar siempre dando coba a las chicas de la aristocracia. En los últimos años (debo hacer hincapié en ese punto) había pasado la mayoría de su tiempo libre dando coba a las chicas del proletariado, y luego a las chicas —o a la chica— de la *intelligentsia* profesional. Lily. De los tres estratos, las chicas de la clase trabajadora eran las más puritanas. Las de la clase alta —según Kenrik— eran las más promiscuas, las *más rápidas*, como decían ellas mismas, más rápidas incluso que las chicas de la clase media, quines, por supuesto, pronto las adelantarían definitivamente... Volvió al sofá de tapicería de piel, donde leía *Clarisa* y tomaba notas. Lily estaba en un *chaise longue*, y tenía delante un texto titulado *Interdicto: sobre nuestra ley y su estudio*. Keith dijo:

—Oooh, no te ha gustado, ¿eh? Querida, oh querida...

—Eres un sádico —dijo Lily.

—No, no lo soy. Te darás cuenta de que no tengo nada contra otros insectos. Ni siquiera contra las avispas. Y de hecho admiro a las arañas.

—Te has ido corriendo al pueblo para comprar un *spray*. ¿Qué tienen de malo los matamoscas?

—Que dejan una mancha horrible cuando los utilizas.

La mosca que acababa de empapar estiraba ahora las patas traseras, como un perro viejo después de una larga siesta.

—Te gusta la muerte lenta, eso es todo.

—¿Actúa Scherezade como un chico? ¿Es promiscua?

—No. Yo soy mucho más promiscua que ella. Numéricamente —dijo Lily—. Ya

sabe. Tuvo lo suyo de que la besuquearan y le metieran mano. Y luego le dieron pena un par de memos que le escribían poemas. Y se arrepintió de ello. Y luego estuvo un tiempo sin tener nada. Y luego Timmy.

—¿Y eso es todo?

—Eso es todo. Pero ahora se siente floreciente e inquieta y eso le da ideas.

Según Lily, Scherezade tenía una explicación para su particular metamorfosis. *Fui una chica de dieciséis años guapa*, le había confiado a Lily, al parecer, *pero después de que mi padre se matara me volví normalita, supongo que porque quería esconderme*. Su físico, su aspecto exterior sufrió un abatimiento o una tardanza a causa de la muerte de su padre. Tuvo lugar el accidente aéreo, y los años pasaron. Y la niebla fue haciéndose más fina poco a poco hasta que acabó por despejarse, y sus cualidades físicas, hasta entonces varadas y condenadas a describir círculos en el cielo, pudieron descender y tomar tierra.

—¿Qué clase de ideas?

—Extender las alas. Pero todavía no sabe que es bella.

—¿Y sabe el cuerpo que tiene?

—No mucho. Cree que va a pasársele. Tan rápido como le vino. ¿Cómo es que nunca has leído ninguna?

Además de un trauma sexual, a Keith le esperaba una maleta llena de lectura terapéutica.

—¿Qué no he leído nunca?

—Una novela inglesa. Has leído a los rusos y a los norteamericanos. Pero nunca has leído una novela inglesa.

—Sí he leído *una* novela inglesa. *El poder y la gloria*. Y *Cuerpos viles*. No he leído *Peregrine Pickle* ni *Phineas Finn*. ¿Por qué iba a leerlas? Y *Clarissa* me está matando.

—Tendrías que haberlo pensado antes de cambiar de asignaturas.

—Mmm... Bueno, siempre he sido más bien un hombre de poesía.

—Un hombre de poesía... Que tortura a los insectos. Los insectos también sienten dolor, ¿sabes?

—Sí, pero no mucho. —Observó cómo su víctima zumbaba y giraba como una peonza sobre el lomo—. Somos para los dioses lo que moscas para unos niños malos, Lily. Nos arrancan las alas por pura diversión.

—Dices que no te gustan las manchas que dejan. Pero la verdad es que te gusta ver cómo se retuercen.

¿Odiaba Keith Nearing a *todo* insecto alado? Le gustaban las mariposas y las luciérnagas. Pero las mariposas eran polillas con antenas, y las luciérnagas escarabajos de cuerpo blando y órganos luminiscentes. A veces imaginaba que Scherezade era así. Que sus órganos relucían en la oscuridad.

Keith se acostumbró a subir a la torre hacia mediodía, a leer una novela inglesa —y a tener un poco de paz—. Esta visita a su dormitorio tendía a coincidir con la ducha que Scherezade solía darse antes del almuerzo. La oía, la ducha. Las gruesas gotas de agua sonaban como neumáticos sobre la grava. Se sentaba con el libro de bolsillo —mórbidamente obeso— sobre los muslos. Y esperaba a haberse leído unas cinco páginas para entrar a lavarse la cara.

Al tercer día descorrió el pestillo de la puerta y la empujó, pero no cedía. Escuchó. Al cabo de unos segundos alargó una mano pesada hacia el timbre (¿por qué le parecía tan importante aquel gesto?). Silencio; el clic de un pestillo distante, un arrastrar de pasos.

La cara de Scherezade, caldeada, apareció entre los pliegues de una gruesa toalla blanca.

—¿Ves? —dijo—. Te lo dije.

Los labios: el superior tan lleno como el inferior. Sus ojos castaños y el equilibrio de su mirada, sus cejas rectas.

—Y tampoco será la última vez —dijo Scherezade—. Te lo prometo.

Se dio la vuelta y él la siguió. Ella dobló hacia la izquierda y él observó cómo retrocedían los tres, la Scherezade real y los simulacros que se deslizaban por el cristal.

Keith se quedó en la L de los espejos.

... Fiasco, Posible, Visión. Cuántas horas, cuántas horas felicísimas había pasado con su madre, Tina, jugando a Fiasco, Posible, Visión en el Wimpy Bar, en el café (el Kardomah), en la granja art déco.

¿Qué me dices de aquellos dos que están junto a la máquina de discos, mamá?

¿El chico o la chica? Mmm... Los dos son Posibles Bajos.

Y evaluaban no solo a los desconocidos y a la gente que pasaba, sino a todo el mundo que conocían. Una tarde, mientras Tina planchaba, él aseguró —y ella confirmó— que Violet era una Visión —digna de ponerse al lado de Nicholas—. Y Keith, que tenía once años, dijo:

¿Mamá? ¿Yo soy un Fiasco?

No, cariño. Echó la cabeza hacia atrás unos centímetros. No, mi amor. Tú tienes una cara cara, eso es lo que tienes. Llena de carácter. Tú eres un Posible. Un Posible Alto.

Muy bien. Venga, vamos a hacer una amiguita.

¿Qué amiguita?

Davina.

Oh, una Visión.

Mmm. Una visión Alta. ¿Qué te parece la señora Littlejohn?

Pero de hecho él más o menos se había resignado a la fealdad (y había soportado estoicamente que le llamaran *Narizotas* en el colegio). Luego esto cambió. Sucedió lo

que tenía que suceder, y la cosa cambió. Su cara cambió. La mandíbula —sobre todo la barbilla— se hizo notar con contundencia, el labio superior perdió su rigidez saliente, los ojos se hicieron más grandes y brillantes. Luego dio con una teoría que habría de inquietarle a lo largo de toda su existencia: la belleza física dependía de la felicidad. Un chiquillo desmotivado, de aire doliente, empezaba de pronto a ser feliz. Y ahora allí estaban su cara en el espejo rizado y moteado de Italia, gratamente impecable, firme, seco. Joven. Era bastante feliz. ¿Era lo bastante feliz para poder sobrevivir —para poder vivir con— el éxtasis de ser Scherezade? También creía que la belleza era ligeramente contagiosa, siempre que se diera un contacto estrecho y prolongado. Era una presunción universal, y la compartía: deseaba experimentar la belleza —ser legitimado por la belleza.

Keith se lavó la cara bajo el grifo y fue a reunirse con los demás.

Frías, húmedas nubes se agolpaban en lo alto de sus cabezas, y a su alrededor —e incluso debajo de ellos—. Esquirlas de vapor gris se desgajaban de las cimas de las montañas, y se deslizaban indolentemente por las laderas, parecían tenderse de espaldas, y descansar en los surcos y desaguaderos, como genios exhaustos.

Keith vadeó de hecho una de estas nubecillas caídas. No mucho mayor que Scherezade en su gruesa toalla blanca, se reclinaba sobre un bancal bajo, más allá del llano al pie de la colina. Su presencia humeante, vaporosa, se agitó y alteró bajo su paso, y luego volvió a allanarse, como on el dorso de la mano pegada sufridamente a la frente.

Pasó una semana, y a los recién llegados aún les faltaba disfrutar de la piscina del Olimpo en el emplazamiento de su gruta. Keith decidió que le alegraría el corazón ver que las chicas se divertían en ella —en especial Scherezade—. Entretanto, Clarissa era aburrida. Pero ninguna cosa más lo era.

—A menudo querría... —dijo Lily en la oscuridad—. A menudo... ¿Sabes? Daría algo de mi inteligencia por algo más de belleza.

La creía, y la compadeció. Y el halago no serviría de nada. Lily era demasiado inteligente para que le dijeran que era bella. Esta era la formulación que habían elegido para expresarlo: *era una mujer de maduración tardía*. Dijo:

—Eso... está pasado de moda. Se supone que ahora las chicas son arribistas más inteligentes. No todo depende de lo buenos que sean los maridos que se busquen.

—Te equivocas. El físico importa incluso más. Y Scheherazade me hace sentirme como un pato. Odio que me comparen. No lo entenderás, pero me está torturando.

Lily le dijo una vez que a las chicas la belleza —si es que se hallaba en ciería en ellas— les habría de llegar cuando cumplieran los veinte años. La suya, esperaba,

estaba en camino. Pero la de Scheherazade estaba allí, le había llegado, acababa de arribar a puerto. Los premios físicos le habían sido otorgados: los Grammy, los Tony, los Emmy, las Palmas de Oro... Keith dijo:

—Tu belleza te llegará muy pronto.

—Sí, pero *¿dónde está?*

—Pensemos. Menos inteligencia, y más belleza. Es como eso que dicen: ¿Qué prefieres? ¿Parecer más inteligente de lo que eres, o ser más estúpida de lo que pareces?

—No quiero parecer inteligente. No quiero parecer estúpida. Quiero parecer bella. Keith dijo, en tono negligente:

—Bien, si tuviera que elegir, me gustaría ser más rudo y más inteligente.

—¿Y qué me dices de *más bajo* y más inteligente?

—Oh, no. Ya soy lo bastante bajo para Scheherazade. Es altísima. ¿Cómo podría yo conseguir algo?

Lily se acercó a él y dijo:

—Muy fácil. Te diré cómo hacerlo.

Este estaba empezando a ser el preludio habitual de su acto de cada noche. Y era así necesariamente —o servía de gran ayuda, al menos—, porque Lily, allí en Italia, por razones que a Keith no le resultaban nada claras, parecía estar perdiendo su alteridad sexual. Era como una prima hermana o una vieja amiga de la familia, alguien a quien se conoce de toda la vida y con quien se ha jugado en la niñez.

—¿Cómo? —dijo él.

—Simplemente alarga el torso hacia ella cuando estéis en el suelo jugando a las cartas a última hora. Y ponte a besarla; en el cuello, en las orejas. En la garganta. Luego..., ¿sabes ese nudo que se hace en la camisa cuando deja al descubierto el vientre bronceado? Pues tira de él hasta soltarlo. Keith, has dejado de respirar.

—No, solo he reprimido un bostezo. Sigue. El nudo, decías.

—Suéltaselo, y sus pechos saltarán hacia ti de inmediato. Y entonces ella se tirará de la falda hacia arriba y se tumbará en el suelo. Y se arqueará para que le puedas quitar las bragas. Luego se volverá sobre un costado y empezará a desabrocharte el cinturón. Y podrás ponerte de pie, y no importará que sea más alta que tú. Porque se pondrá cómodamente de rodillas. No tendrás que preocuparte.

Cuando terminaron, Lily se apartó de él diciendo:

—Quiero ser hermosa.

Él la abrazó. Abraza a Lily, se dijo a sí mismo. Mantente en tu nivel. No —no— te enamores de Scheherazade... Sí, era mucho más seguro mantenerse en un terreno medio, contentarse con ser un Posible. Era lo que cabía esperar. En la posibilidad.

—¿Sabes, Lily? Contigo soy yo mismo. Con todos los demás me parece que estoy actuando. No. Trabajando. Contigo soy yo mismo. Yo mismo sin ningún esfuerzo.

—Mmm... Pero yo no quiero ser yo misma. Quiero ser otra persona.

—Te quiero, Lily. Te lo debo todo.

—Y yo también te quiero. Al menos tengo eso... Las chicas necesitamos ser guapas más que nunca. Ya lo verás —dijo.

Y se durmió.

4. EL DESFILADERO DEL DIABLO

Así que hubo excursiones (un lugar turístico, y luego un pueblo de pescadores en el Mediterráneo, un templo en ruinas, un parque nacional, el Desfiladero del Diablo) y hubo visitantes. Como el trío de aquel momento: la divorciada de Dakota, Prentiss; su hija adoptada muy recientemente, Conchita; y la amiga y fiel acompañante de ambas Dorothy, a quien llamaban Dodo. No sería apropiado, a mi juicio, dar sus «datos personales», pero podemos desvelar el dato más vital de todos: Prentiss, imaginaba Keith, tenía «unos cincuenta» años (es decir: entre cuarenta y sesenta), Conchita doce y Dodo veintisiete. Además, Prentiss era una Posible, Conchita una Visión y Dodo un Fiasco. La pequeña Conchita era de Guadalajara, México, y llevaba ropa de duelo —por su padre, según se informó a Keith.

Prentiss, que esperaba el desenlace de un testamento (el de su abuela), del que dependía en parte su viaje a Europa, era alta y angulosa. Conchita se hallaba aún en la fase *rellenita* (tenía un vientre protuberante y curvilíneo). Y Dodo, enfermera de carrera, era increíblemente gorda. A Keith le causaba consternación el tamaño de la cabeza de Dodo —lo pequeña que era, o parecía—. Su cabeza era casi una incongruencia, como una taza de té encima de un iceberg. Las visitantes dormían arriba, en el vasto apartamento de Oona.

Keith no era el típico chico de veinte años, pero sí era típico en un aspecto: pensaba que todo el mundo se hallaba plácidamente estático en su ser —todo el mundo salvo los jóvenes de veinte años—. Pero hasta él podía ver que las vidas de aquellas tres visitantes eran objeto de drama y cambio. Estaba, por supuesto, el asunto de la orfandad reciente de Conchita. Y estaba la herencia de Prentiss, y la resolución de varios contenciosos y tensiones con sus padres, sus muchos tíos y tías, sus tres hermanos y sus seis hermanas. Y había además cierto suspense en relación con Dodo, cuya corpulencia tendía no a la delicuescencia sino a la expansión y la tirantez; su carne poseía esa cualidad extensible de los globos tensamente inflados. ¿Llegaría Dodo, durante su estancia entre ellos, a estallar realmente? ¿O seguiría engordando y engordando y su cara se iría poniendo más roja cada día? Eran interrogantes realmente pertinentes.

—Si al menos saliese el sol —dijo Scheherazade mientras tomaban el desayuno en la cocina—. Porque los gordos de verdad adoran las piscinas.

—¿Sí? —dijo Keith—. ¿Por qué?

—Porque el peso del agua que desplazan los hace más livianos.

—Esa es mucha agua —dijo Keith—. No logro decidirme si quiero o no verla en traje de baño. Pensad en sus pobres rodillas.

Se hizo un silencio, dedicado a sentir lástima por las rodillas de Dodo. Luego Keith dijo, en tono grave:

—Cuando la miro, siento que estoy contemplando el tamaño de una infelicidad.

—Mmm. ¿Piensas que es algo de tiroides?

—Qué va a ser algo de tiroides —dijo Lily—. Es la *comida*. ¿La viste anoche con el ganso? Repitió tres veces.

—Y Conchita también comió lo suyo.

—Te hace pensar, ¿no creéis? Lo de Dodo.

—No. Te da la medida real de tus problemas —concluyó Lily.

* * *

Atendían el castillo unos sirvientes, un equipo que llegaba del pueblo todas las mañanas. Keith no había estado nunca rodeado de criados a todas horas.

Sus padres biológicos pertenecían a la clase de quienes sirven: su madre era doncella y su padre jardinero. Keith, en cualquier caso, tenía sus simpatías izquierdistas (muy mansas comparadas con las del fiero Nicholas), de forma que, cómo no, mantenía algún tipo de relación con los criados del castillo, relación de movimientos de cabeza y sonrisas y, sorprendentemente, reverencias (inclinaciones formales de cintura para arriba), y algunas palabras en italiano, sobre todo con Madonna, que, entre otras cosas, hacía todas las camas, y con Eugenio, número dos con las rosas y las praderas de césped. Ambos tenían unos veinticinco años y a veces se les veía reír cuando se encontraban a solas fugazmente. Keith, por tanto, empezó a preguntarse si el amor surgiría entre ellos, entre la cuidadora de las camas y el cuidador de las flores. Y Eugenio se ocupaba también de los bancales y de los árboles frutales.

Era diáfana, pues, su forma de pensar al respecto. Pero para entonces ya había leído lo suficiente para saber de la amargura de los sirvientes, de la rabia impotente alimentada por los sirvientes. Confiaba en no haberla heredado; razonaba que tal amargura cristalizaba más tarde en la vida de los sirvientes, cuando estos envejecían (algo que sus padres no habían llegado a hacer...). Keith había sido criado en el pensamiento de que esto —su cuna— no era tan importante, no era *tan* importante. Y de momento él estaba de acuerdo. Siempre había sabido, por cierto, que Tina no era su madre, que Karl no era su padre. Esta información era su canción de cuna. *Eres adoptado, y te amamos*, le canturreaba Tina, como mínimo desde un año antes de que empezara a comprender. La cuna no era tan importante. Y pensaba decirle a Conchita unas palabras al respecto antes de que esta siguiera viaje hacia el norte.

Conchita tenía dos mascotas de peluche: Patita y Corderito, y le encantaba *colorear*. Tenía doce años y seguía gustándole colorear. *Me muero por colorear* (pronunciaba mal «colorear»), decía cuando se acercaba el final de la comida. ¿*Puedo retirarme* (mal pronunciado)? *Me muero por colorear*. Y se iba a la biblioteca con sus cuadernos de colorear. Paisajes costeros, coches y autobuses, ropa de chicas y, por supuesto, todo tipo de flores.

Lily se acercó a Keith, que estaba sentado en la mesa circular de piedra que había en el rellano más alto del jardín del este. Ahora el tiempo era más cálido, pero el cielo seguía nublado, con la luz biliosa y de baja presión que augura el trueno. Se percibían los aromas en el aire desvaído: *il gelsomino* (jazmín), *il giacinto* (jacinto), *l'ibisco* (hibisco) y narcisos, narcisos... Keith seguía procesando los acontecimientos, o la falta de ellos (no sabría decirlo), de su excursión por el Desfiladero del Diablo con Scheherazade al lado. No sabría decirlo. ¿A quién podría preguntar?

—Estás yendo del uno al otro —comentó Lily.

—Bueno, es la única manera de hacerlo. No con *Tom Jones*. *Tom Jones* es fantástico. Y Tom es mi tipo de hombre.

—¿En qué sentido?

—Es un bastardo. Pero *Clarissa* es una pesadilla. No vas a creértelo, Lily —dijo (y, dicho sea de paso, había decidido soltar más maldiciones)—, pero follársela le está costando dos mil páginas.

—Cristo.

—Ya ves.

—Pero, en serio, escúchate. Normalmente, cuando lees una novela, dices cosas como: no sé, el nivel de percepción... O la profundidad en el orden moral. Y ahora solo es follar.

—No es *solo* follar, Lily. Solo una vez en dos mil páginas. Eso no es *solo* follar.

—No, pero es de lo único que hablas.

No había serpientes en aquel jardín, pero había moscas: en la media distancia, vagas motas de muerte —luego, más cerca, survivalistas acorazados con máscaras antigás—. Y había mariposas blancas y sedosas. Y abejas enormes y ebrias, orbes palpitantes que parecían acarrear su propia resonancia eléctrica; cuando topaban con algo sólido —un tronco de árbol, una estatua, un macetero— reculaban como un resorte y se alejaban, como cargas positivas repelidas por otras del mismo signo. Lily dijo:

—Dos mil páginas eran seguramente lo que les llevaba conseguirlo. ¿Cuándo?

—Oh... 1750. E incluso entonces tuvo él que drogaría. Adivina lo que hace ella después. Morir de vergüenza.

—Quiere ser triste.

—No mucho. Fenece farfullando lo feliz que es. *Me regocijaré en los frutos benditos de Su perdón...*, *en las mansiones eternas*. Ella es muy literal en esto. En su recompensa celestial.

—Su recompensa porque se la han follado drogada.

—Lily, es una violación. De hecho está claro desde el principio que a ella le gusta él más que comer con los dedos. Todos están excitadísimos con el tema de la violación. —Ahora Lily lo miraba con aire receptivo, así que continuó—: Las chicas

pueden follar en *Tom Jones*; siempre que sean del arroyo o aristócratas. Una lechera. O una dama decadente que recibe en sus salones. Pero Clarissa es una burguesa, así que tienen que follársela drogada.

—Porque así no tiene culpa.

—Sí. Y puede seguir diciendo que ella no quería. Aun así, se resiste durante dos mil páginas. Un millón de palabras, Lily. ¿Aguantaste tú durante un millón de palabras? ¿Cuando estuviste actuando como un chico?

Lily suspiró, y dijo:

—Scheherazade me ha estado contando lo frustrada que está.

—¿Frustrada... en qué?

—Sexualmente. Obviamente.

Keith se encendió un cigarrillo, y dijo:

—¿Sabe ya que es bella?

—Sí. Y sabe lo de sus tetas, también. Por si te lo preguntas.

—¿Y qué piensa de ellas?

—Piensa que están bien. Pero ahora las tiene muy sensibles, y le hacen sentirse mucho más frustrada.

—Tiene toda mi solidaridad. Aún. Timmy tiene que estar al llegar.

—Quizá. Solo ha recibido una carta. No consigue dejar Jerusalén. Y ella está muy enfadada con él. Y abraza grandes esperanzas con Adriano.

—¿Quién es Adriano?

Lily dijo:

—No te estás expresando con claridad. ¿No quieres decir «¿quién cojones es Adriano?»?

—No, no quiero decir eso. Estás siguiendo una pista falsa, Lily. ¿Quién es Adriano? Bueno, de acuerdo: ¿quién cojones es Adriano?

—Muy bien. Está mucho mejor cuando frunces el ceño. —Lily rio áspera y brevemente—. Es un conocido *playboy*. Y es conde. O algún día lo será.

—Todos los italianos son condes.

—Todos los italianos son condes pobres. Él es un conde rico. Su padre y él tienen un castillo cada uno.

—¿Y qué? No me di cuenta hasta ayer, pero en Italia hay castillos por todas partes. Quiero decir que hay uno cada cien metros o algo así. ¿Han tenido..., han tenido una larga época guerrera?

—No especialmente —dijo Lily, que estaba leyendo un libro titulado *Italia: una historia concisa*—. Padecieron numerosas invasiones bárbaras. Un momento. —La metódica Lily consultó sus notas—. Los hunos, los francos, los vándalos, los visigodos, los godos. Y los Keith. Los Keith fueron los peores.

—¿Sí? ¿Y cuándo conoceremos a Adriano?

—Es lo que ella necesita. Alguien de su alcurnia. ¿Para ti fue emocionante —dijo Lily— el Desfiladero del Diablo?

Iba en el asiento trasero del Fiat, entre Prentiss y Scheherazade, y Lily en el *cabriolet* (un elegante descapotable rojo), con Oona y Conchita. En el asiento trasero del Fiat, Prentiss se mantenía quieta en su sitio, pero Scheherazade se bamboleaba hacia él, se desplomaba sobre él en cada curva cerrada. Llovía con fuerza, y lo único que hicieron en el Desfiladero del Diablo fue cruzarlo y contemplarlo desde el interior de los coches. Keith, en cualquier caso, estuvo pendiente de todo un turbiÓN de sensaciones: era como los jóvenes varones de Montale, y cada una de sus glándulas y hormonas era un Jocopu, un Giovanni, un Giuseppe. El brazo y el muslo de Scheherazade se le pegaban al brazo y al muslo. Y su pelo dorado y fragante se agolpaba en ondas, de cuando en cuando, sobre su pecho. ¿Era eso normal? ¿Quería decir algo? *Eh, Prentiss*, sintió ganas de decir. *Tú que has viajado. ¿Qué significa esto? Mira. Scheherazade no para de...*

—Estuvo bien —dijo Keith—. Lleno de curvas; daba miedo.

—Mmm. Daba miedo. Apuesto a que sí. Con Dodo encajada en el asiento delantero.

—Y siempre en el lado del precipicio. Muchas gracias.

—Dios. Seguro que estabas aterrorizado.

Keith, en el coche, se decía a sí mismo que Scheherazade debía de estar medio dormida. Y durante un par de minutos, justo antes de emprender el regreso, Scheherazade se dejó ir... y posó la cabeza confiadamente sobre su hombro. De pronto despertó, tosió, levantó la cabeza y lo miró a través de las pestañas, con su sonrisa ilegiblemente generosa... Y todo empezó de nuevo: su brazo pegado al brazo, su muslo pegado al muslo. *¿Qué opinas, Lily? Dios, tendrías que haberla visto el otro día en el cuarto de baño. Otro olvido del pestillo, Lily, y allí estaba en vaqueros y sostén. ¿Está intentando decirme algo? O puede que sus hábitos de pensamiento no se hubieran acoplado por completo al hecho de su transformación. En el espejo de cuerpo entero a veces aún veía a la filántropa insulsa con zapatos cómodos y anteojos. Y no un caballo alado en vaqueros, y un sostén blanco con una delgadísima orla azul. Dijo:*

—Whittaker parecía forzar continuamente el volante hacia la izquierda.

—Por eso fui con Oona. Vuestra rueda derecha parecía completamente desinflada.

—Yo no hacía más que pensar que el coche iba a perder la estabilidad y a volcar. ¿Cómo te fue a ti en el Desfiladero del Diablo?

—Muy bien. Conchita dormitaba. Y el techo tenía una gotera.

Keith cerró los ojos. Las abejas agresivas bulleron y vibraron. Se incorporó en su asiento. Una mosca posada en la losa de la mesa lo miraba fijamente. La apartó con un gesto, pero la mosca volvió y se quedó allí, como acurrucada, mirándole con fijeza. Calavera y tibias cruzadas, muy pequeñas... En el asunto de Scheherazade, las mariposas —según lo veía Keith— estaban de su parte. Las mariposas: juguetes de fiesta, abanicos y pañuelos en miniatura; optimistas sin remedio, soñadoras

trémulas...

Aunque extraño en un chico de veinte años (un privilegio que dimanaba de su situación peculiar), Keith era consciente de que un día moriría. Más aún: sabía que cuando el proceso comenzara, lo único que importaría era cómo le había ido con las mujeres. En su lecho de muerte, el hombre busca en su pasado el amor y la vida. Y esto es verdad, creo. Keith veía correctamente el gran fresco. Pero la situación inmediata, el proceso inmediato..., a menudo los veía con ojos poco fiables.

—Dios mío, lo tienen *todo*... —dijo.

Se refería a la biblioteca, de cuyos estantes sacó un ejemplar de *Pamela* (subtítulo: *La virtud recompensada*), del autor de *Clarissa*, y un ejemplar de *Shamela*, del autor de *Tom Jones*. *Shamela* era un ataque paródico contra *Pamela*, y pretendía exponer su falsa piedad, su vulgaridad mezquina y su lascivia ineptamente sublimada —*lechery*, sustantivo de origen último germánico occidental, relacionado con *lick*^[7].

—Así que Prentiss ahora es rica —añadió luego—. O más rica.

—Más rica. Creo —dijo Conchita.

Conchita se levantó del escritorio y fue a situarse junto a la ventana. La curva bien formada de su vientre bajo el blusón negro informe. La niña, con su voz anómalamente grave y su pronunciación deficiente, dijo:

—Quiero conseguir el color exacto de las rosas.

Keith dijo:

—¿Cómo viniste aquí desde América, Conchita? Quiero decir si en barco o en avión. ¿En avión? ¿En qué clase?

—Prentiss delante. Nosotras en la parte de atrás.

—¿Y cómo se las arregló Dodo? Pienso en las comidas. En la bandeja.

La niña de doce años volvió a su mesa y cogió los lápices malva y púrpura, y dijo:

—Dodo la baja todo lo que puede, y llena el... —hizo una V con la mano estirada—, llena el hueco con revistas. Y pone la bandeja encima.

Revistas... Keith ardía en deseos de contárselo a Lily (destrezas de gordos para viajes en avión), pero no con el mismo entusiasmo con que lo habría deseado... antes. Seguía teniendo una gran deuda de gratitud con Lily. Era muy bueno en lo de la gratitud. Era su talento emocional, pensaba. Ahora, allí sentado, sentía gratitud por la silla en la que se sentaba, por el libro que tenía delante. Se sentía agradecido, y gratamente sorprendido. Se sentía agradecido por el bolígrafo que tenía en la mano, y gratamente sorprendido por el capuchón que lo remataba. Conchita dijo:

—Luego se lo come todo. Hasta la mantequilla.

Y, como tenía pensado decir, él dijo:

—Puede que no te vea mañana, antes de que os vayáis. ¿Sabías que soy adoptado? Ser adoptado... está muy bien.

La cabeza de Conchita no se movió, pero sus iris se separaron de la página, y Keith sintió vergüenza al instante, porque cayó en la cuenta de que ser adoptada (una carga existencial menor) no ocupaba un lugar muy alto en la escala de los problemas de Conchita. La niña dijo:

—Está bien.

—Me refiero a más adelante. —Se quedó mirándola unos instantes: la pureza lunar de su frente, el agitado tono crepúsculo-y-rosa de sus mejillas—. Me refiero a más adelante. Siento lo de tus padres. Adiós.

—Adiós. *Hasta luego*^[8]. Creo que vamos a volver.

Mamá está fuera, papá está fuera, vamos a decir cochinas. Pis orinal tripa culo calzoncillos. Es lo que su madre y las hermanas de su madre solían cantar (según le contaba ella) en 1935...

—Puedo asegurarte —dijo Keith— que no me es ajeno el atractivo islámico. Son la gente más guapa del planeta, ¿no crees?

—Sí. La media luna al completo.

Whittaker y él jugaban al ajedrez en la *terrace de la puesta de sol*, que daba al oeste. Whittaker le había estado contando las cosas que se podían hacer y las que no al estar enamorado de Amen. Las que no se podían hacer eran, con mucho, las más numerosas. Keith dijo:

—Yo he salido con dos chicas musulmanas. Ashraf. Y la pequeña Dilkash.

—¿De qué nacionalidades? ¿O no lo sabrías decir?

—Ashraf, de Irán. Dilkash, de Pakistán. Ashraf era divina. Le gustaba beber, y se acostó conmigo la primera noche. Dilkash no era así en absoluto.

—Así que Ashraf era «lo que se puede hacer»... Y Dilkash «lo que no se puede hacer».

—Sí. Con Dilkash «no se podía». —Keith se revolvió en su silla. Lo cierto era que tenía mala conciencia respecto a Dilkash—. Nunca se lo he preguntado a Nicholas, y sigo sin verlo claro. Así que te lo preguntaré a ti.

Whittaker, de hecho, tenía ciertas afinidades con Nicholas. Ambos hablaban con frases enteras —e incluso con párrafos enteros—. Ambos lo sabían todo. Y al principio no parecían muy diferentes. Como alumno de muchos años de un internado británico, Nicholas había tenido su período gay. Pero ahora había en Nicholas una voluntad política: lo que los políticos, al menos, llamaban temple. Y ello no podía aplicarse a Whittaker, con sus coderas y sus gafas gruesas. Keith dijo:

—Ashraf, Dilkash. Irán, Pakistán... ¿Cuál es la diferencia? Es decir, las dos son árabes, ¿no? No. Espera. Ashraf es árabe.

—No, Ashraf tampoco es árabe. Es persa. Y la diferencia, Keith —dijo Whittaker—, es que Irán es una monarquía decadente y Pakistán una república islámica. Al menos de nombre. Más vino. Oh, perdón. Tú no, ¿o sí?

—Sí, un poco. Adelante... En casa de Dilkash, por la noche, sus padres tomaban gaseosa. ¿Puedes creerlo? Un hombre y una mujer hechos y derechos tomando gaseosa al atardecer. ¿Amen bebe?

—¿Beber? Para él eso es..., bueno, increíblemente burdo. Fuma hachís. Es lo que hace.

—Ashraf era genial, pero con Dilkash nunca... —Keith hizo una pausa—. Oye, ¿qué drama es ese —dijo, encendiendo un cigarrillo— con Amen y los pechos de Scheherazade?

—Amen —dijo Whittaker, con la cara baja sobre el tablero de ajedrez— es mucho más homo que yo. *Mucho más*.

—Así que hay grados... Sí, tiene sentido. Por supuesto que los hay.

—Por supuesto que los hay. Y Amen es *muy* homo. De ahí la gravedad del problema que está teniendo con los pechos de Scheherazade.

—Ya no lo veo nunca.

—Ni yo. Está fatal el asunto.

—Los ejercicios.

—Los ejercicios.

—Demasiado delgado.

—Demasiado gordo. Ha estado demasiado delgado hasta el lunes por la tarde. Ahora está demasiado gordo.

Whittaker comía con ellos casi siempre, pero no se alojaba en la casa. Él y Amen compartían un moderno estudio situado más abajo, en la ladera de la colina. Keith pensó en Amen: dieciocho años, con una belleza de pirata y una dentadura a la que le faltaba un incisivo superior; y las pestañas densas, que se retorcían hacia arriba como babuchas de harén. No quería decirlo..., pero a Keith le gustaba mucho Amen. Siempre que lo veía sentía una presión fugaz en el pecho. No era en absoluto comparable con la presión de montaña que continuamente sentía en presencia de Scheherazade. Pero estaba ahí. Keith dijo:

—Tiene un color tan genial. Y, con esos músculos, parece que lleva puesta una armadura. Una armadura dorada. Lily piensa que no está lo delgada que tendría que estar. Que está gorda como un infante. Hace seis meses tuvo, según ella, un ataque de *gordura infantil*.

—Debería venir a vernos. Amen ha convertido toda la planta de arriba en una sala ortopédica. Con todas esas pesas colgadas de cuerdas. Hay partes de su cuerpo que no le gustan. Está *furioso* con algunas de ellas.

—¿Con cuáles?

—Con sus malditos antebrazos y sus malditas pantorrillas. Es cuestión de proporciones. Tiene sensibilidad artística y le importan las proporciones. La relación

entre las partes.

—¿Ese es su contencioso con los pechos de Scheherazade? ¿La relación?

—No. Es algo más básico.

Estaban sentados bajo la sombra de la montaña hermana. Arriba, más allá, las nubes buscaban los colores góticos y las formas bufonescas que necesitarían luego, con la tormenta que ya llevaban tanto tiempo esperando. Whittaker dijo:

—Es como los paletos boquiabiertos del bar de Montale. Solo que más extremo. Amen, querido Keith, creció en el desierto del Sáhara. Las mujeres que estaba acostumbrado a ver eran todas como bolas de bolera. Pero una tarde baja a la piscina, a respirar un poco de aire, y ve a una rubia de más de uno ochenta. En *topless*. Ahí están, mirándole fijamente desde arriba: los pechos de Scheherazade.

Así que es cierto, pensó Keith.

—En *topless* —dijo, con una sensación de náusea—. Estás de broma. Pensé que Lily me lo decía para pincharme.

—No. Scheherazade está así en la piscina: con los pechos al aire, al natural. Y esto se ha convertido en una obsesión negativa para Amen.

—Mmm. Estoy intentando verlo desde su perspectiva.

—Es complicado. Tiene sensibilidad artística y es complicado. A veces dice que son como una escultura aterradora titulada *Mujer*. Y no de piedra; de metal. Y trata de entender esto. A veces dice que tendrían que estar dentro de un gran frasco de cristal grueso. En una dependencia del fondo del laboratorio. Con todas las demás monstruosidades.

—Eso es... increíblemente gay... Yo..., yo espero poder asimilarlos. Creo que tengo las ideas muy claras sobre los pechos. Me alimentaron con biberón, ¿sabes? No hubo fase de *topless* en mi primera infancia.

Empezaron a caer aquí y allá gotas enormes de lluvia.

—Puede que todo fuera menos problemático —dijo Whittaker— si todos pareciéramos bolos de bolera. La hermana de Amen, Ruaa, no es gorda, no creo, pero es... Parece..., ¿cómo se titulaba aquella película de Steve Mc Queen? Ah, sí, *La masa devoradora*.

Las treinta y dos piezas de los sesenta y cuatro escaques se habían reducido a siete en cada bando.

—¿Tablas? —dijo Keith—. Una sugerencia para Amen. La próxima vez que le vea los pechos a Scheherazade, ¿no podría hacer como si estuviera viendo un culo? ¿Hay partes de tu cuerpo que no le gusten a Amen?

—No le gusta ninguna. Tengo treinta y un años. Vosotros todos sois unos críos. Demasiado grande, demasiado pequeño, demasiado esto, demasiado lo otro. ¿Cuándo vais a sentirlos bien con vuestros propios cuerpos?

Después de la cena, jugó una hora a las cartas con Scheherazade, en el suelo de alfombra gruesa de una estancia distante (la *guarida* o *sala de armas*, con su cabeza de alce, sus machetes cruzados, sus cañones en miniatura a ambos lados de la parrilla de la chimenea). Keith se había pasado la mayor parte de la velada hablando con su madre, así que ahora se hallaba en una situación inmejorable (las cartas de Scheherazade, desplegadas en abanico, estaban a unos quince centímetros de la barbilla de su amigo) para poder contemplar lo que era la juventud. La cara de Scheherazade era más estrecha que la de Oona, pero la carne era llena y turgente. Y poseía una cualidad de autoagrandamiento: su carne..., la cáscara rellena de la juventud... Hubo muchas risas, y, por parte de ella, algunas sonrisas radiantes y abiertas; de cuando en cuando, Scheherazade le dirigía una sonrisa luminosa. Poco antes de las doce, subieron a la torre con la luz de una linterna.

—Soy Scheherazade —dijo Lily en la oscuridad—. Esta que yace aquí es Scheherazade. Pero la han drogado. Está completamente a tu merced. Está drogada e indefensa.

—¿Con qué tipo de droga?

—No puede hablar. Está indefensa. ¡Saca lo peor que hay en ti!

Más tarde, Lily dijo:

—No. Quédate. Hazlo en la ventana. Asómate.

Se asomó y fumó. Era una noche sin estrellas, y las cigarras guardaban silencio... Diecisiete años atrás, el 15 de julio de 1953, se le permitió bajar a ver a la desconocida en el dormitorio de sus padres. Karl también estaba presente, y había una comadrona recogiendo sus cosas, y la cara de su madre descansaba sobre la almohada, toda arrebolada y húmeda y sabia. Keith no había cumplido cuatro años. Con el corazón súbitamente llameante se acercó a la cuna..., pero no, en su mente no era un jergón o un cesto: era una cama, y echada en ella había una criatura del tamaño de un recién nacido, con pelo rubio tupido, húmedo, largo hasta el pecho, y mejillas cálidas, y la sonrisa sabedora del sueño. Un falso recuerdo (o al menos siempre lo había tenido por tal), retocado o restaurado por facetas y lustres que la habrían de adornar en el futuro —porque, andando el tiempo, él había visto uno o dos recién nacidos, y no se hacía ilusiones respecto de su belleza. Pero ahora (asomado a la ventana, fumando, pensando) decidió que aquella visión imposible de su hermana ya formada era lo que había visto de verdad, en su estado alucinado, embriagado de amor e instinto protector.

Sin estrellas y sin cigarras. Solo una luna en cuarto, acostada sobre su lomo, en un ángulo expectante, como un bebé preparándose para el biberón o el pecho.

—¿Dónde está la tormenta? —dijo Keith cuando se reunió con ella.

Keith se echó hacia atrás. También Lily era como una hermana adoptiva para él... Todo se decidirá aquí, pensó. Todo se decidirá en ese castillo de Italia. Desde el principio mismo, mientras subía a la torre con sus bolsas, tres escalones más abajo

que Scheherazade (aquel retazo de blanco en aquel bronce movedizo...), intuía intensamente que su naturaleza sexual aún estaba abierta al cambio. Durante unos instantes esto le preocupó: se volvería gay y se enamoraría de Amen; se encapricharía de una de las ovejas más bonitas del campo de más allá de la explanada; en el mejor de los casos, sucumbiría a una pasión morbosa por, digamos, Oona, o por Conchita, ¡o incluso por Dodo...! Este es el apogeo de mi juventud, pensó. Todo se decidirá aquí.

Y entonces llegó, una hora después, dos horas, tres horas. Poco profesional, de hojalata, como una escopeta de pantomima. Casi podías ver al villano con barba y levita, y el blando anillo de humo ensanchándose sobre su tabuco. De aficionados..., y neolíticamente ruidoso.

—¿Tú? —dijo Lily de súbito.

—Sí —dijo él—. Yo.

—Mmm. Mañana todos tus sueños se harán realidad.

—¿A qué te refieres?

—Después de la tormenta. Vamos a mostrarnos. Ella también. Abajo en la piscina.

PRIMER ENTREACTO

La Década del Yo no se llamó Década del Yo hasta 1976. En el verano de 1970 solo llevaban en ella unos seis meses; pero todos podían tener la certeza de que los años de la década de 1970 iban a ser la década del yo. Y ello porque todas las décadas eran ya décadas del yo. No ha habido nunca nada que haya podido llamarse la década del tú: técnicamente, las décadas del tú (en la noche feudal) se habrían conocido como las décadas del vos. La década de 1940 fue probablemente la última década del nosotros. Y todas las décadas, hasta 1970, fueron innegablemente décadas del él. Así que la Década del Yo fue la década del yo sin el menor asomo de duda —una nueva intensidad en el ensimismamiento—. Pero la década del yo fue también —e incuestionablemente— la Década del Ella.

Todo se estaba disponiendo, la historia lo estaba disponiendo..., y solo para Keith. O eso pensaba él a veces. Todo se estaba haciendo con Keith en mente.

Entre los pobres (según un distinguido historiador marxista), *las mujeres salieron a trabajar fuera de casa a partir de 1945 porque —para expresarlo con crudeza— los niños dejaron de hacerlo*. La educación superior, con el porcentaje universitario femenino multiplicado por dos al pasar de un cuarto a la mitad. También, y sin olvidar ni un instante las necesidades de Keith: antibióticos (1955), la Píldora (1960), la Ley del Pago Igualitario (1963), la Ley de los Derechos Civiles (1964), la Organización Nacional de Mujeres (1966), «El Mito del Orgasmo Vaginal» (1968), la Liga de Acción Nacional por el Derecho al Aborto (1969). Las obras *La mujer eunuco* (el amor y los idilios son ilusorios), *La condición de la mujer* (la familia nuclear es una patraña consumista), *Política sexual* (la insondable inseguridad del hombre le lleva a la voluntad de dominación) y *Nuestro cuerpo, nosotras* (cómo emancipar el dormitorio) aparecieron todas en 1970, una tras otra, cada una en el momento oportuno. Era oficial. Estaba allí, y solo para Keith.

* * *

No fue hasta 2003 cuando el año 1970 dio al fin alcance a Keith.

La fecha fue el 1 de abril, o April Fool's Day^[9], y acababa de tener el más extraordinario de los encuentros con su primera mujer. La primera reacción de Keith, cuando tal encuentro terminó, fue llamar a su segunda mujer y contarle lo que había pasado (su segunda mujer lo juzgó ultrajante). Al llegar a casa, ofreció un relato más detallado del suceso a su tercera mujer, y su tercera mujer, que casi siempre mostraba una alegría demente, lo juzgó muy divertido.

—¿Cómo puedes reírte? Significa que toda mi vida carece de sentido.

—No, no es así. Significa solamente que tu primer matrimonio carecía de sentido. Keith se miró el dorso de las manos.

—Mi segundo matrimonio tampoco parece demasiado inteligente. De pronto. Hablando de rebotes.

—Mmm. Pero *no puedes* decir eso. Piensa en los chicos. Piensa en Nat y en Gus.

—Eso es cierto.

—¿Y qué me dices de tu tercer matrimonio?

—Que parece que va bien. Gracias a ti, querida. Pero en todo aquel tiempo yo fui... Ahora me siento incluso peor. En la cabeza.

Sonó el timbre de la puerta.

—Esa es Silvia —dijo ella (refiriéndose a su hija, ya adulta)—. Sé positivo al respecto. Deberías dar gracias a Dios por no haber tenido ningún hijo con esa vieja bruja.

* * *

Había una muchacha hermosa, llamada Eco, que se enamoró de un chico hermoso. Un día, durante una partida de caza, el muchacho se extravió y perdió de vista a sus compañeros. Los llamó a grandes voces: ¿Dónde estáis? Yo estoy aquí. Y Eco, mirándolo desde una distancia prudencial, le respondió: Estoy aquí, estoy aquí, estoy aquí...

Me quedo aquí, *dijo él*. Ven a mí.

Ven a mí. A mí. A mí. A mí...

¡Quédate allí!

Quédate allí, *dijo ella con lágrimas en los ojos*. Quédate allí, quédate allí, quédate allí...

Él se detuvo y escuchó. Encontrémonos a medio camino. Ven.

Ven, *dijo ella*. Ven, ven, ven...

* * *

Nuestro historiador marxista escribe:

Por qué unos brillantes diseñadores de moda —especie notoriamente poco analítica— a veces consiguen anticipar la forma de cosas por venir mejor que pronosticadores profesionales es uno de los interrogantes más oscuros de la historia; y, para la historia de la cultura, uno de los más cardinales.

¿Cuál fue, entonces, el comentario sartorial sobre el período que nos ocupa? Para el viaje a Italia, Keith tuvo sumo cuidado en estandarizar su no muy extenso guardarropa: vaqueros, camisas, camisetas y un solo traje. Pero

tendríais que haberle visto en primavera, paseándose arriba y abajo por King's Road, con un Kenrik idénticamente vestido, con botas de piel de serpiente y de tacón alto, pantalones de pata de elefante, cinturón tan voluminoso como un garfio de dragar, camisa con estampado de cachemir, guerrera militar con charreteras doradas y fular de seda mugriento anudado al cuello.

En cuanto a las chicas, bien, tomemos por ejemplo a Scheherazade: modestas sandalias Cleopatra (con tacones chupete) y una vasta extensión de pantorrillas y muslos desnudos y morenos, y ambos miembros firmes subiendo y subiendo, y más y más, y subiendo, y más, hasta que, en el último instante posible (el suspense estaba matando a todo el mundo), llegaban a la corola, en forma de falda ligera de verano apenas más ancha que una correa de reloj; luego, empezando persuasivamente muy abajo, justo encima de las caderas, otra extensión (la húmeda concavidad del ombligo) que ascendía hasta el lazo del top transparente y acababa en la hendidura sin soporte del canal entre los pechos.

Para resumen y aproximación: los chicos se vestían como payasos, mientras cedían de muy buen grado (y hartos acertadamente) un tercio de su hacienda, y *sin condiciones*. ¿Y las chicas? ¿Estaba encaminado —todo aquel despliegue— a endulzar la píldora del traspaso de poder? No, porque iban a hacerse con el poder de todas formas. ¿Era un modo de decir gracias? Tal vez, pero iban a hacerse con el poder de todas formas. Ahora él piensa que aquel despliegue era una exhibición no de poder femenino, no, sino de la magnitud femenina.

* * *

Keith estaba de pie ante el lavabo de su estudio, en el extremo opuesto del jardín, curándose la herida del dorso de la mano. La herida se la había hecho a primeros de marzo, cuando uno de sus nudillos entró en contacto no demasiado violento con un muro de ladrillo. Iba por la tercera postilla, pero él seguía curándosela, aplicándose pomada, soplándosela, mimándola... Su pobre mano. Esas heridas pequeñas eran como pequeñas mascotas o plantas en sus tiestos que a uno le habían dejado de pronto para que las cuidara, y a las que tenía que alimentar, pasear o regar.

Cuando cumples más de medio siglo, la carne, lo que recubre a la persona, empieza a debilitarse. Y el mundo empieza a estar lleno de cuchillas y púas. Durante un año o dos tienes las manos tan lastimadas y arañadas como las rodillas de un colegial. Y entonces aprendes a protegerte. Y eso es lo que seguirás haciendo hasta que, cercano ya al final, no harás otra cosa. Protegerte. Y, mientras aprendes a hacerlo, una llave es un clavo y la tapa abatible del buzón es una máquina cortadora y

el aire mismo está lleno de cuchillas y púas.

* * *

Era el 10 de abril de 2003, y Keith leía el periódico en un café. Bagdad había caído. Esta nueva batalla entre el Islam y la cristiandad: el pensamiento pueril pero persistente (que le venía del poeta represado que había en él) rezaba algo así como: Pero solíamos llevarnos tan bien, los creyentes y los infieles... No era en realidad una lucha entre religiones diferentes, o entre países diferentes. Era una lucha entre siglos diferentes. ¿Cómo la llamarán los historiadores del futuro? ¿La Guerra del Tiempo, quizá, o La Guerra de los Relojes?

La policía secreta del régimen que acababa de derrocar se llamaba Jihaz al-Haneen. Incluía el Cuerpo de Tortura, cuyos agentes eran verdaderos eruditos del dolor. Sin embargo, Jihaz al Haneen significaba «el Instrumento del Anheló». La única forma de que la frase tuviera algún sentido para él era que se tratara de una descripción del cuerpo humano.

* * *

La herida le llegó —un tipo diferente de herida— en el castillo de Italia. Era lo opuesto sensorial a la tortura: eran sus pinzas de la dicha, sus labios, las yemas de sus dedos. Y ¿qué quedó de ello al cabo? Sus esposas, sus hierros de marcar.

Estaba aquí y a todo su alrededor. ¿Qué iban a hacer ellos, los jóvenes? La respuesta al cambio radical, al reajuste del poder: hacia esto ellos, y otros centenares de millones más, empezaban a abrirse paso a tientas. Era una revolución. Y todos sabemos lo que acontece en una revolución.

Ves lo que sucede, ves lo que permanece, ves lo que llega.

Libro segundo

Bombespagueti

1. ¿DÓNDE ESTABA LA POLICÍA?

Bajo el eje ardiente de la estrella progenitura, Keith estaba sentado al lado de la piscina, desnudo de cintura para arriba, con la cara inclinada sobre las páginas de *Peregrine Pickle*. Peregrine acababa de tratar (sin éxito) de drogar (y violar) a Emily Gauntlet, su acaudalada novia... Keith seguía mirando su reloj.

—Miras y miras el reloj —dijo Lily.

—No, no es cierto.

—Sí, lo haces. Y llevas aquí desde las siete.

—Desde las ocho y media, Lily. Preciosa mañana. Quería despedirme de Conchita. Sabes que hay algo que me une a Conchita. Y es más que el hecho de que los dos seamos adoptados... En fin, no estaba pensando en la hora. Estaba pensando en drogar a las chicas. Están todas a favor de ello.

Lily dijo:

—¿Qué tiene que ver la hora que es con drogar a las chicas? Supongo que drogar a las chicas era la única esperanza... entonces. Era como se hacía.

—Sí. —Ahora pensaba en otra novia que había tenido: Doris—. Sí. En lugar de marearles con lo de la revolución sexual. De ponerles la cabeza como un bombo con la revolución sexual... ¿Te has decidido ya? ¿Vas a broncearte el pecho?

—Sí, me he decidido ya. Y la respuesta es no. Ponte en mi lugar. ¿Qué te parecería a ti sentarte aquí desnudo con Tarzán?

Keith se levantó y dio unos pasos por la orilla. Oona y Amen habían venido cada uno por su cuenta, y se habían ido después de hacer sus largos matutinos; y Keith se preguntaba acerca de la óptica poco fiable de la piscina. Paredes y fondo eran de un gris metálico. Cuando el agua estaba quieta, su superficie brillaba sólida e impenetrablemente, como un espejo; cuando el agua estaba rizada, o cuando la luz cambiaba (de la sombra al deslumbramiento, pero también del deslumbramiento a la sombra), se volvía transparente, y se veía el voluminoso tapón del fondo del extremo más hondo, e incluso alguna moneda u horquilla. Se maravilló ante aquello: aquel nuevo mundo gris de cristal y opacidad y no el bamboleante, resbaladizo y satinado azul de las piscinas de su infancia.

—Aquí viene.

Scheherazade estaba descendiendo hacia el tercer bancal, y ahora se movía a través de un rellano con un cenador-invernadero y se acercaba hacia el agua, descalza pero con ropa de tenis —una falda acolchada verde clara y un Fred Perry amarillo—. Se levantó la mitad inferior de este (Keith pensó en una manzana a medio pelar) y se zafó de la mirada superior, y acto seguido hizo volar los brazos largos para

desabrochase el sostén del bikini (que cayó..., con el más liviano de los encogimientos de hombros se deslizó de ella), y dijo:

—Esta es otra cosa molesta.

Por supuesto, tampoco aquello era molesto. Por otra parte, habría sido ignominiosamente timorato y burgués (y poco «en la onda») acusar en lo más mínimo lo que se acababa de exponer a la vista; así que Keith se enfrentó a la difícil tarea de mirar a Lily (en bata de casa y sandalias de dedo y aún en la sombra) mientras al mismo tiempo entraba en comunión con una imagen condenada —de momento— a permanecer en la tierra virgen extremadamente solitaria de su visión periférica. Al cabo de unos treinta segundos, para aflojar los aprisionados nervios de su cuello aprisionado, Keith miró hacia arriba y hacia otra parte, hacia las doradas pendientes del macizo montañoso, que se escalonaban en el azul celeste. Lily bostezó y dijo:

—¿Cuál es la otra cosa molesta?

—Bueno, acaban de informarme de que...

—No. ¿Cuál es la *otra* cosa molesta?

Lily estaba mirando a Scheherazade. Así que Keith la miró también... Y este fue el pensamiento, esta fue la pregunta que hicieron que le aflorara de dentro los pechos de Scheherazade (los dos círculos gemelos, casi contiguos, intercambiables): *¿Dónde estaba la policía? ¿Dónde diablos estaba la policía?* Era una pregunta que se hacía a menudo a sí mismo en aquellos tiempos inciertos. *¿Dónde estaba la policía?* Scheherazade dijo:

—Perdón, no estaba contigo.

—Me refiero a cuál era la *primera* cosa molesta.

—El cuarto de baño —dijo Keith—. Ya sabes. Compartirlo. El timbre.

—Ah. Y ¿cuál es la *segunda* cosa molesta?

—Deja que me dé un chapuzón.

Scheherazade echó a andar y siguió andando y se zambulló... Sí, el tedio inenarrable del cuarto de baño compartido, donde, la tarde anterior, Scheherazade había aparecido con las rodillas dobladas y pegadas, y los puños apretados sobre el dobladillo de una camiseta rosa, retrocediendo con pequeños pasos y risas... Ahora emergía del agua y salía de la piscina con los tendones tensos, cubierta de gruesas cuentas líquidas. Y con todo expuesto a la vista. Con los pechos al aire, como la naturaleza quiere. Y, sin embargo, a Keith el espectáculo le pareció antinatural, le pareció malsano, como el «deslizamiento de un género a otro». Las cigarras subieron el volumen de su canto y el sol lucía con violencia. Scheherazade dijo:

—Está lo bastante fría. Odio cuando está caldosa. Ya sabéis. Caliente como la sangre.

Lily dijo:

—¿La segunda cosa molesta es más molesta que la primera cosa molesta?

—Más o menos lo mismo. No, más molesta. Vamos a tener visitas. Oh, bueno. Estas cosas nos pasan para probarnos. Gloria —dijo Scheherazade, tendiéndose con

las manos detrás de la cabeza—. Gloria. La chica por la que se muere Jorquil. Ha caído en desgracia y Jorq la ha mandado al *pardah*. Aquí, con nosotros. Gloria Beautyman. Beautyman. Escrito así: *beauty* y *man*^[10]. Es mayor que nosotros. Tendrá unos veintidós. O veintitrés. Oh, bueno, ¿qué podemos hacer? El castillo es de Jorq.

Keith había visto a Jorquil o había estado en su presencia durante un minuto o dos: Jorquil, de treinta años, tío de Scheherazade (era de ese tipo de familia). Keith dijo:

—Buen nombre. Gloria Beautyman.

—Sí, lo es —dijo Lily con cautela—. Pero ¿está a la altura de él? ¿Lo lleva con honor?

—Más o menos. No sé. Creo que es de esas personas que tardan en gustarte. Una figura muy peculiar. Jorq está perdidamente enamorado. Dice que es lo mejor de lo mejor. La llama Miss Universo. ¿Por qué Miss Universo es siempre del planeta Tierra? Jorq quiere casarse con ella. No lo entiendo bien. Las chicas habituales de Jorq parecen estrellas de cine.

—¿Jorq?

—Sí. Sé que no es ningún Adonis. Pero es muy rico. Y muy entusiasta. Y Gloria... Debe de tener valores ocultos. A pesar de todo. Pobre Gloria. Después de dos semanas a las puertas de la muerte por una *sencilla copa* de champaña, apenas puede incorporarse en la cama.

—¿Por qué ha caído en desgracia? ¿En qué clase de desgracia? ¿Lo sabemos?

—En desgracia sexual —dijo Scheherazade con aire voluptuoso cuando la luz arrancó un destello de sus dientes—. Y yo estaba *allí*.

—Oh, cuenta...

—Bueno, he jurado no hacerlo. No debería, la verdad. No, no puedo.

—¡Scheherazade! —dijo Lily.

—No. No puedo, de verdad.

—¡Scheherazade!

—Bueno, de acuerdo. Pero no debemos... Dios, nunca he visto nada semejante. Y fue tan poco propio de ella. Da la impresión de ser un poco mojigata. Es de Edimburgo. Católica. Refinada. Y casi se muere de vergüenza. Esperemos a Whittaker. Adora este tipo de cosas.

En alpargatas, pantalones cortos caqui y sombrero de paja muy gastado, Whittaker avanzaba por el sendero dejando a su espalda, entre las coníferas del segundo bancal, la figura apenas distinguible pero patentemente aterrorizada de Amen. Keith consideró la cuestión. Obsesión —positiva, negativa—. Del latín *obsidere*: «asediar». Amen, asediado por los pechos de Scheherazade.

—Creía que se habían ido a Nápoles —dijo Lily— a recoger a Ruaa. Ya sabéis, la Masa.

Scheherazade dijo:

—No se os ocurra llamarla la Masa delante de Whittaker. Cree que es

irrespetuoso... ¿Qué le pasa a Amen, Whittaker? Parece tan obsesionado...

Pero Whittaker no respondió; se limitó a suspirar y a sentarse.

—En desgracia sexual, Whittaker —dijo Keith en tono conciliador—. Alguien muy refinado casi se muere de vergüenza.

—Oh, está perfectamente. Gloria —dijo Scheherazade—. Lo que pasó fue que hizo unas pinturas para un magnate del sexo. Y nosotros...

—No, espera —dijo Lily—. ¿Qué quieres decir con un magnate del sexo?

—Uno que monta espectáculos de revista con mucho sexo pero no monta ¡Oh, *Calcuta!* Gloria es sobre todo bailarina, ¿sabéis? Del Royal Ballet. Pero también es pintora. Y pintó esos cuadros pequeños para el magnate del sexo. Bailarines de *ballet* en el aire.

—¿En el aire? —dijo Lily, un tanto impaciente—. ¿En el *aire*?

—Los bailarines de *ballet*, cuando bailan, están en el aire. Y el magnate del sexo dio un gran banquete en Wiltshire e invitó a Gloria, y, como estábamos a solo unos cien kilómetros, fuimos. Y Gloria cayó en desgracia. Nunca he visto nada semejante.

Keith se echó hacia atrás. El sol, las cigarras, los pechos, las mariposas, el regusto cáustico del café en la boca, el sabor mordiente del cigarrillo francés, el relato de la caída en desgracia sexual de alguien que no era su hermana... Dijo:

—Explícate, Scheherazade, si no te importa. Con todo lujo de detalles. No nos escatimes nada.

—Bien. Lo primero que hizo fue casi ahogarse en la piscina cubierta. Esperad. Jorquil nos había dejado allí. Y nos había dicho: *Haced de carabina. Y, por el amor de Dios, que no beba ni una gota de alcohol.* Porque no bebe. No puede beber. Pero parecía muy alterada. Yo, por supuesto, fui al aseo, y cuando volví Gloria estaba apurando una copa alta de champaña enorme. Nunca he visto nada parecido. Estaba irreconocible.

—¿Es muy menuda? —dijo Keith—. A veces les pasa eso a las mujeres muy menudas.

—Es *bastante* menuda. Pero *no tanto*. Después se sintió horriblemente enferma durante días, y luego estuvo postrada en la cama. Lo creímos de veras. Creímos de veras que la pobre Gloria iba a morir de vergüenza.

—Y supongo que toda la fiesta —dijo Lily— estaba llena de fulanas.

—No creas. Quiero decir que había unos cuantos tíos buenos y unas cuantas *conejitas* junto a la piscina. Ya sabes. Gente que parece hecha de chocolate con leche. Pero había reglas. Nada de *topless*. Nada de sexo. Y Gloria no estaba en *topless*. Nada de eso. Oh, no. Estaba sin bragas. Había perdido la parte de abajo del bikini justo antes de casi ahogarse. Dijo que se la había tragado el *jacuzzi*.

—Se la había tragado el *jacuzzi*... —dijo Whittaker—. Es genial.

—Fueron sus palabras exactas. *Se la tragó el jacuzzi*. Así que el tipo, un jugador profesional de polo, cuando la «pescó» del *jacuzzi*, tuvo que colgarla cabeza abajo por los tobillos y darle un buen meneo para que reaccionase. Fue todo un espectáculo.

Luego, en cuanto le dimos su ropa, subió corriendo a la planta principal. Y en la pista de baile fue pasando de mano en mano de los tipos de la fiesta, que la sobaban de arriba abajo. Ella parecía que estuviera en un sueño. Y le metían mano. Y quiero decir que le metían mano de mala manera.

Keith dijo:

—¿Cómo es «de mala manera»?

—Bueno. Cuando yo subí a la sala tenía el vestido por la cintura. Y no solo eso: se lo había metido en el liguero, para que no se le moviese. Y adivinad qué. El tipo que le metía la lengua en la oreja le acariciaba el culo con las dos manos, y *por debajo de las bragas*.

Hizo una pausa.

Whittaker dijo:

—Eso también es genial. Por debajo de las bragas.

—Aquellas manazas peludas hurgándole debajo de las bragas... Era algo tan poco propio de ella...

—*In vino veritas* —dijo Lily.

—No —dijo Keith. Pero no dijo nada más. ¿En el vino está la verdad? ¿La verdad en la Special Brew y el Southern Comfort, la verdad en las Pink Ladies? ¿Así que Clarissa Harlowe y Emily Gauntlet, cuando estaban drogadas, actuaban *deforma auténtica*? No. Pero cuando era la propia chica la que se llevaba la poción a los labios (Gloria, Violet), entonces podía afirmarse que era *veritas*. Dijo, con desasosiego—: Se diría que ella sabía eso de sí misma. Gloria Beautyman.

—Podría decirse. Pero hay más. En el cuarto de baño de arriba con el jugador de polo.

En la orilla de la piscina se hizo un silencio pensativo.

—Un poco decepcionante, la verdad, después de todo lo anterior. Llegó Jorquil, a eso de las cuatro, y nadie lograba dar con ella. Subimos a la planta de arriba y todos los dormitorios estaban cerrados con llave. Política de la casa. Entonces, en el pasillo... Había un par de *conejitas* o *starlets* o *playmates*. Descomunales de grandes, ex chicas del mes de revista porno. Increíbles criaturas. Como caballos de carreras retirados. Llevaban todo el día intentando controlar a Gloria. Estaban aporreando la puerta del cuarto de baño, diciendo cosas como: *¿Vas a salir, Gloria? ¿Has tirado ya de la cadena?*^[11]. Entonces se abrió la puerta y salió Gloria dando tumbos. Seguida del jugador de polo.

—¿Cómo le sentó eso a Jorquil?

—Se fue echando pestes. Ni siquiera llegó a verlo.

Todos aguardaron.

—Bien, habían estado dentro solo un par de minutos. El jugador de polo dijo que todo había sido totalmente inocente. Ya sabéis, unas rayas de cocaína. Creo que lo único que hicieron fue besuquearse. El jugador de polo tenía lápiz de labios en el cuello. Pero tampoco una gran mancha. Una pequeña boca sonriendo. Podrías

imaginarte hasta los pequeños dientes rientes...

Whittaker dijo:

—Qué decepción.

—Ya lo sé. Pero, en el coche, no paraba de lanzar gritos y gritos. Y desde entonces ha tenido ideas suicidas.

Scheherazade se frotó los ojos con los nudillos, como una niña... Había leído en una novela inglesa que los hombres comprendían por qué les gustaban los pechos de las mujeres, pero no comprendían por qué les gustaban *tanto*. Keith —él se contaba entre aquellos a quienes les gustaban tanto— ni siquiera comprendía por qué le gustaban. ¿Por qué? Vamos, se dijo a sí mismo: enumera de forma sobria sus poderes y virtudes. Sin embargo, en cierto modo, los pechos de la mujer le dirigían a uno hacia el ideal. Tenía algo que ver con el universo, pensó Keith; con los planetas, con los soles y las lunas.

Los jóvenes siempre tienen una ligera fiebre, y es un error que muy fácilmente comete la memoria —creo— suponer que los jóvenes de veinte años se sienten siempre bien. Minutos después de la conclusión del relato de antes de irse a dormir de Scheherazade, Keith se levantó (a veces, el mero hecho de enderezarse le causaba algo parecido al mal del buzo) y se excusó. Si estuviera en casa y fueran los viejos tiempos, llamaría lastimeramente a Sandy, la cariñosa pastora alemana de la casa, y Sandy, de pelo veteado de negro y amarillo, se habría acercado él y se habría echado sobre la manta a su lado, con la cara seria, y le habría lamido la parte interna de las muñecas... Los jóvenes de veinte años luchan contra la fuerza de la gravedad y padecen de descompresión y acusan los síntomas clásicos. Dolor en los músculos y articulaciones, calambres, entumecimiento, náuseas, parálisis. Después de una penosa cabezada en la torre, Keith volvió a enderezarse y fue al cuarto de baño y puso la cabeza debajo del grifo.

En cualquier momento a partir de entonces —estaba seguro—, volvería a ser feliz. ¿De dónde venía la felicidad que le cambiaba la cara? A diferencia de la mayoría de la gente, Keith había tenido que enamorarse de su familia y su familia había tenido que enamorarse de él. Había sido así con Tina, su madre, y había sido así con Violet —con Violet fue fácil—. Pero nunca había funcionado con Karl, su padre. Y, durante casi diez años, tampoco funcionó con Nicholas. Cuando apareció Keith, cuando Keith entró con pie inseguro en escena, con dieciocho meses, los ojos del niño de cinco años Nicholas —le contó Tina— tenían la luz muerta de quien ha sido traicionado. Y Nicholas convirtió en una especie de *hobby* el tratar a baqueta —de palabra u obra— a su hermano pequeño. Y Keith lo aceptó. Así era la vida.

Dos semanas después de cumplir los once años, Keith estaba haciendo sus deberes de matemáticas en la salita del desayuno. Una avispa enferma subía por el

cristal de la ventana y caía sobre el alféizar. Volvía a subir y caía de nuevo. Y entonces sintió que Nicholas se materializaba a su espalda. Las cosas iban mejor últimamente (en gran parte gracias a Violet y a sus intercesiones llorosas); aun así, su cuerpo se tensó. Y Nicholas dijo: *He decidido que me gusta tener un hermano pequeño*. Keith asintió con la cabeza sin volverse, y las cifras se esfumaron, primero, y luego volvieron a aparecer, y él empezó a ser feliz.

2. MIRAD CÓMO LA ILUMINABA

—No encuentro mis zapatillas de deporte. Mis zapatillas de tenis.

Bajaba de la torre (dejando atrás el dolor de cabeza, en aquel cuarto de baño importante). Scheherazade llevaba la falda verde clara y el top amarillo. Y Keith acogió sus penetrantes palabras, y su tono de acusación divertida, como si, de hecho, Keith las hubiera escondido..., hubiera escondido las zapatillas de tenis de Scheherazade. Se detuvo un escalón más arriba. Ahora medía más de uno ochenta y cinco. Dijo:

—¿Contra quién juegas?

—Contra el finolis local. —Se encogió de hombros—. Un gran *playboy* italiano, se supone. Así que ya sabes. El espabombón de turno.

—Quieres decir «espagueti». ¿O querías decir «bombón»?

Scheherazade frunció el ceño y dijo:

—Creo que quería decir «espabombón». ¿O quería decir «bombspagueti^[12]»?

—¿Eres buena al tenis?

—No mucho. Estoy en bastante buena forma. Me dieron montones de clases y el profesor decía que todo se reduce a la forma. Que lo importante es la imagen que das. Y que todo lo demás viene después.

Keith medía ahora casi un metro noventa. Dijo:

—Por cierto, te llamas Scheherazade con justicia. La caída en desgracia de Gloria Beautyman... El día de la vergüenza de Gloria Beautyman... Espero que me cuentes muchas más historias de esas.

—Oh, soy muy mala. Me rogó que no lo contara. Gloria lloró y me *suplicó* que no lo contara.

Por espacio de un instante, los ojos de Scheherazade se volvieron líquidos, como si se hubiera traído con ella a Italia las lágrimas de Gloria. Keith dijo:

—No te quedó más remedio que contarlo.

—No. Todos queremos que nos hablen de límites, ¿no crees? Me dijo: *Por favor, oh, por favor, no se lo cuentes a Oona*. Mamá acababa de salir hacia el aeropuerto. —Scheherazade cruzó los brazos y se inclinó hacia un lado hasta apoyarse sobre la pared—. Pero ya sabía lo de que se había encerrado en un cuarto de baño con el jugador de polo. Jorq andaba por ahí hecho una furia. Lo cual parece bastante embarazoso, porque están prácticamente prometidos. *No se lo cuentes a Oona*. Lo de la mancha de lápiz de labios y las manazas debajo de las bragas.

—Y la parte de abajo del bikini tragada por el *jacuzzi*. ¿Qué le contaste a tu madre, entonces?

—Bueno, me acribilló a preguntas nada más llegar aquí. No soy buena contando

mentiras, y la cosa me sale mejor si hay algo de verdad. Lo de la cocaína era cierto. El tipo se la ofrecía a todo el mundo. Así que lo que dije fue que Gloria esnifó cocaína en la fiesta. Con el jugador de polo. Y a mamá no pareció importarle gran cosa.

—Así que Gloria sigue siendo inocente.

—Pero yo voy y os lo cuento todo a vosotros. Cuando llegue, tendremos una sonrisa en los labios. Y sabrá que lo sabemos.

—No haremos eso. No tendremos una sonrisita en los labios. Dile a Whittaker que no lo haga.

—De acuerdo. Y tú díselo a Lily. De acuerdo. Estupendo.

Pasó por delante de él y siguió subiendo. Y se volvió. Ahora medía uno noventa y cinco. Keith dijo:

—¿Has llegado a ver esas miniaturas que pintó?

—Sí, las he visto. El magnate del sexo las había colgado en las paredes de las escaleras. Bailarinas de *ballet* como flotando y haciendo Dios sabe qué. Un brazo aquí, una pierna allá. Las he visto. Y me parecieron bastante tiernas.

Keith trataba de dilucidar qué puesto ocupaba en la cadena de lo existente. Scheherazade se dio la vuelta otra vez y siguió subiendo. Keith cerró los ojos y la vio por entero, en su envoltura, en la prenda ceñida de la juventud.

Aquella tarde bajaron por el sendero empinado hacia el pueblo, para pasear y cogerse de la mano y ser una pareja que está junta. Lily y Keith. Las calles profundas, los adoquines aplastados, las sombras oscuras como brevas, todas silenciosas a la hora de la siesta, dedicada a los débiles goteos de la digestión. La pintada, en letras blancas: *Mussolini ha sempre ragione!* ¡Mussolini siempre tiene razón! Sobre sus cabezas, visible desde casi cualquier punto estratégico, se alzaba el cuello artrítico del frontispicio de Santa Maria. Eran las cinco de la tarde, y las campanas se bambolearon y tañeron. Una oportunidad para pasear y cogerse de la mano y ser una pareja, mientras aún estaban a tiempo.

—Míralo —dijo él—. No es un perro. Es una rata.

—No, no lo es —dijo ella—. Es un perrito en toda regla y como es debido.

—Ni siquiera *quiere* ser un perro.

—No digas eso. Estás cohibiéndole.

—Lo cierto es que parece un poco cohibido.

—Lo está. Pobrecillo. Es como un perro salchicha. O un terrier. Puede que sea una mezcla.

—Puede. Su madre sería una perra, pero su padre sería una rata.

La tienda de animales exhibía con orgullo dos escaparates principales: el de la izquierda era un zoo compartimentado (garitos, movedizos hámsters, un conejo solo y

aturdido); en el de la derecha, con todo el espacio para ella sola, la rata con su elegante collar azul y el hueso de plástico y el cesto de mimbre y el cojín de terciopelo rojo sobre el que normalmente se acostaba. No era la primera vez que se detenían para maravillarse ante ella. Del tamaño de una rata, de pelo gris a un tiempo tupido y basto, de bigotes nerviosos, ojos palúdicos, morro rosado y una cola como de orondo gusano de jardín. Keith preguntó:

—¿Cuántas ratas conoces que lleven este tren de vida? Por eso parece tan cohibida.

Lily dijo de pronto:

—Están jugando en la pista de su castillo. Dicen que es un gran atleta. Y ella dice que si le gusta lo más mínimo va a considerarlo seriamente.

Keith se oyó a sí mismo diciendo:

—No. ¿Eso es justo con Timmy?

—Bueno, Timmy tiene la culpa, en cierto modo. Tendría que estar aquí. Ya te he dicho lo frustrada que está. Está desesperada.

—¿Desesperada?

—Desesperada. Mira. Está como avergonzado otra vez.

Keith dijo:

—¿Lo ves? Un perro nunca se sentiría avergonzado. No entiendo lo de Scheherazade. Solo una rata se sentiría avergonzada.

—¿Qué es lo que no entiendes? Un perro se sentiría avergonzado. Si todo el mundo lo confundiera continuamente con una rata.

Keith se volvió y dijo:

—Hace seis meses era una chica que hacía de guardia para que los niños cruzaran la calle. Y llevaba cenas de aquí para allá en una furgoneta. Ni siquiera me atrevía a *decir palabrotas* delante de ella.

—Pero ahora es diferente. Ha cambiado. Ahora tendrías que oírla: sexo, sexo, sexo. Ahora es muchísimo más mujer.

Keith recordó el relato de Lily de su primera vez (la de Lily) con un estudiante francés en Toulon, y de cómo *había caminado por la playa a la mañana siguiente, pensando, Dios, soy una mujer...* El despertar a la condición de mujer. Era lo que los psicólogos llamaban el *cumpleaños animal*: el cumpleaños animal tiene lugar cuando tu cuerpo *te sobreviene*. No era lo mismo que la primera vez en los chicos: la primera vez, en los chicos, era algo que uno se quitaba de encima. Lo invadió una sensación de desvalimiento y buscó la mano de Lily.

—Oh, sí —dijo—. Cuando venga Gloria Beautyman, tendrás que fingir que no sabes lo de su día de la vergüenza.

—Violet es un poco igual cuando bebe, ¿no?

—Sí, pero también es un poco así cuando no bebe. Acuérdate. No tenemos que *infamar* a Gloria. ¿Sabes lo que significa *traducere*, Lily?

—Dímelo tú.

—Es latín: *traducere*: «Poner a alguien delante de los demás, exponerle al ridículo». —Infamación era aquello que padecían los héroes trágicos. Deja de reírte, deja de mirar fijamente—. Así que no vamos a *infamar* a Gloria.

—Mira, está ladrando. Es un perro.

—Lo que quiere es volver a ser una rata. —Quería alejarse de todo aquello. Sin fanfarrias: un retorno discreto al reino de los roedores—. Quiere largarse de ese cojín de terciopelo y dejar ese hueso de plástico. Quiere trepar por un tubo de desagüe.

—Eres tan horrible. ¿Lo ves? Está ladrando. Eso prueba que es un perro.

—No es un ladrido. Es un chillido.

—Es claramente un ladrido. Lo estás cohibiendo. Lo estás infamando. Te ladra a ti. Es su forma de decirte que te vayas a tomar por el culo.

Acababan de enfilear la senda que ascendía por la pendiente (y se internaba bajo la carretera y volvía a ascender al otro lado) cuando vieron a Scheherazade apeándose de un Rolls Royce color crema. Se inclinó brevemente hacia el interior del marco de la ventanilla, con la falda verde proyectada hacia fuera. Luego se quedó allí de pie haciendo adiós con la mano al coche que se alejaba. Keith pensó durante un momento que el Rolls Royce iba sin conductor, pero de pronto apareció un antebrazo bronceado que se movía con indolencia, para acto seguido replegarse y desaparecer.

—¿Y? —dijo Lily cuando se reunieron con Scheherazade en la verja.

—Me ha dicho que me ama.

—No. ¿Cuándo exactamente?

—En el primer juego del primer set. Cuando íbamos quince iguales. Mañana viene a comer. Y tiene montones de planes.

—¿Y?

—Sería absolutamente perfecto —dijo Scheherazade, con cara de niña quejica— si no fuera por un pequeño detalle.

Ahora me dispongo a contar cómo los cuerpos se transforman en cuerpos diferentes.

Estuve de acuerdo con Keith cuando concluyó que su belleza estaba ya allí, que estaba ya en ella, que acababa de arribarle... Siete u ocho años atrás Keith le había dicho a su hermana: *Estás creciendo tan rápido, Vi. Miremos fijamente una de tus manos, durante apenas unos segundos, y tratemos de ver cómo crece.* Y se quedaron mirando y mirando fijamente, hasta que la mano pareció dar un claro tirón hacia delante. Los dones físicos de Scheherazade le estaban llegando, y estaban echando el ancla. Acababan de arribar, pero eran más copiosos día a día. Ella se daba la vuelta para irse, muelle arriba, y los estibadores gritaban: *Signorina, signorina...*, y le bajaban otro baúl lleno de sedas y tintes y especias. Era una rosa inglesa, pero revitalizada por algo inequívocamente americano, lo *americano*, algo más duro y más

brillante: el aflujo de los metales preciosos del Nuevo Mundo. Apenas quedaba sitio en ella para meterlo todo; nadie sabía cómo iba a poder caberle todo aquello.

Y Keith también estaba cambiando, pero no por fuera... Aquí en el castillo, cuando se recorrían los pasadizos de piedra, el eco era más sonoro que la pisada, y había que afrontar los desfases causados por la lastimosa indolencia de la velocidad del sonido. La pisada sincopada. *Hola. Eco.* Y uno veía, además, su propio reflejo en sitios inesperados; en los espejos suntuosos y rizados, por supuesto, pero también en los cuencos y las soperas de plata, en las hojas y dientes de cubertería macizas, en el metal de las armaduras, en los ventanales profusamente emplomados después del crepúsculo.

Keith estaba cambiando por dentro. Había algo en él que no había antes.

—Venga, dime. ¿Qué le ves de malo a Adriano? —le preguntó a Lily aquella noche.

—No te lo voy a contar. Tendrás que esperar a verlo. Lo único que te digo es que es muy guapo. Y que tiene un cuerpo exquisitamente cincelado. Y que es muy culto.

La mirada de Keith se sesgó, sumida en el pensamiento.

—Ya sé. Tiene una risa horrible o una voz muy aguda. —Lily, muy solemne, sacudió la cabeza. Keith reflexionó unos instantes más, y dijo—: Ya sé. Está loco.

—No. Tú estás loco. No te acercas ni un poco...

Keith fue a la cocina.

—¿Qué tiene de malo Adriano? —le preguntó a Scheherazade.

—Le he prometido a Lily que no te lo diría.

—¿Es... irremediable? ¿Lo que le falla?

—No estoy muy segura. Supongo que lo veremos.

—¿Es que es...?

—No más preguntas. No me tientes. O acabaré cediendo. Ya lo he hecho una vez hoy. Hablar demasiado.

Aquella noche, durante la cena, Keith llevó a cabo un experimento mental, o sensorial: por primera vez, miró a Scheherazade con ojos de amor. Como si la amara y ella le amara a él. Mientras se mostraba encantador con Lily y Oona y Whittaker, miraba todas las veces que podía a Scheherazade. Con ojos de amor. Y ¿qué es lo que veían, esos ojos? Veían algo equiparable a una obra de arte, veían ingenio y talento y complejidad subyugante; durante minutos y minutos enteros Keith se creyó en una sala privada de proyección, y fue testigo del estreno de una espontaneidad inolvidable. Entre bastidores de aquella película, el director, un genio atormentado (probablemente italiano), se acostaba discretamente con su gran descubrimiento.

Estaba claro que lo hacía. Mirad cómo la ilumina. Se nota perfectamente.

Keith bajó la cabeza y miró la tiniebla arenosa del fondo de su taza de café. Había algo en él que no había antes. Algo nacido en el momento en que Lily dijo la palabra *desesperada*.

Era esperanza.

* * *

Helos aquí en la Década del Ella, pero todos ellos estaban en la cúspide de Narciso. No eran como sus mayores ni serían como sus menores. Porque podían recordar cómo era antes: el peso sobre el individuo era más liviano en el tiempo en que uno vivía su vida más automáticamente... Eran los primeros que se adentraban jamás en ese mar silente, donde la superficie es un escudo que quema como un espejo. Abajo, al lado de la gruta, al lado del cenador, se tendían medio desnudos, en sus instrumentos del anhelo. Eran los Ojos, eran los Yos, eran reflejos, eran luciérnagas con sus órganos luminiscentes^[13].

3. EL TRONO MÁS ALTO DE LA TIERRA

Mi pequeño y querido Keith:

Te envío malas nuevas sobre nuestra increíble hermanita (¿cómo son de malas?, dirás), así que intenta esbozar una sonrisa antes de borrarla a continuación:

Mi corazón brinca cuando contemplo... El corazón es un cazador solitario. Corazón de Roble. El corazón de las tinieblas. Entierra mi corazón en Wounded Knee. Entonces estalló su poderoso corazón.

—¿Qué es lo que es tan divertido? —dijo Lily, untando mermelada en una tostada y sirviéndose la segunda taza de té del desayuno.

—Es un juego al que jugamos Nicholas y yo. Ven a ver.

—Vuelvo a preguntar. ¿Qué es lo que es tan divertido?

—Tienes que sustituir *corazón* por *polla*. Como en «ahora restalla un noble...».

Lily dijo:

—*El corazón es un cazador solitario. ¿No lo escribió una mujer?*

—Ah, pero cuando es una mujer no dices *polla*. Dices *caja*.

—Entierra mi... Es un poco pueril, ¿no?

—Sí. Muy pueril. —Explicó que cuando te haces mayor en una familia ilustrada, donde todo se permite y se perdona, donde nada se juzga, excepto el hecho de juzgar, te entusiasma lo subversivo—. Siempre hemos jugado a eso. Y hay montones de juegos más.

—Quizá deberían haber sido un poco menos ilustrados. Con tu increíble hermanita.

—Mmm. Quizá.

La carta estaba en la bandeja del desayuno. Y la bandeja del desayuno —preparada y heroicamente subida por Lily— llevaba en ella su propia información. Ya no había ninguna duda: Lily y Keith tenían ahora una relación de hermanos, una relación fraternal solo marginalmente vivificada por el nocturno y diario crimen del incesto. Y ningún crimen, ningún acto de endogamia aplicada había sido perpetrado la noche anterior. Se había sometido a reestructuración —tal era la paráfrasis del contenido del té, la tostada, las naranjas cuarteadas—. Dijo:

—Supongo que ahora querrás leer el resto de la carta. Inclínala sobre mi hombro. Bueno, pues no puedes.

—No seas malo.

—De acuerdo. Pero no te dejes leerla hasta que me cuentes cuál es el fallo de Adriano. Y por qué Scheherazade siente esa lástima insufrible por él.

—Todos tenemos alguna pequeña imperfección.

—Eso es verdad. Y la suya es...

—Pero quiero que sea una estupenda sorpresa.

Keith dijo:

—Muy bien. Pero nada de interrupciones...

Hace un par de noches llevé a Violet a una fiesta en casa de Sue y Mark. Entre otras cosas de interés, había un *pato* que se paseaba cagándose por todas partes, y había una chica con aspecto de bruja que iba detrás de él, agachándose, con un rollo de papel higiénico en la mano. Bien, la típica fiesta loca *hippy* (una panda de tíos raros, un rodeo de imbéciles), y Vi se comportó más o menos como podía esperarse de ella. Lo raro fue lo que sucedió en el trayecto de ida.

—Oh, supongo que Nicholas nunca hace el tonto en las fiestas *hippies*.

—¿Sexualmente? No. No suele hacerlo. Poquísimas veces. Porque es demasiado izquierdista. Yo no hago más que decirle: *Te interesa la revolución equivocada, tío*. ¿Pero crees que me escucha?

—Y tú crees que debería hacerlo. Hacer el tonto.

—No. Solo me sorprende. Las chicas siempre están intentando ligar con él. Y él nunca les hace caso. Molly Sims intentó ligar con él.

—¿Molly Sims? No...

—Sí. Unos intentos tan gráficos, según dice él, que al día siguiente Molly le escribió una nota pidiéndole disculpas.

—Pero si Molly es famosa por no acostarse con casi nadie... ¿Molly Sims? Bobadas.

—Eso es lo que dije yo. Nicholas se quedó a dormir en su casa después de una fiesta y Molly fue a darle las buenas noches. En picardías. Y se sentó así, con las piernas en alto.

—¿Y qué le vio?

—Le llegó *una vaharada de coño*. Según él.

—Bobadas.

—Eso es lo que dije yo. Pero insistió. *Una vaharada maloliente de coño*. Yo tampoco le creí. Pero me enseñó la nota. Es el no va más, la nota. El no va más de la insinuación.

—Muy... ¿Sabes?, anoche soñé que habías estudiado Sexo en Oxford. Todo era completamente normal. En el sueño. Excepto que habías estudiado Sexo en Oxford.

—¿Y qué título conseguía?

—Un coño^[14]. Odio los sueños.

—Estás interrumpiendo.

La recogí a eso de las diez de un bar de vinos de Notting Hill. Yo iba con

el poeta Michael Underwood. ¿Lo conoces? En fin, en el taxi (¿cómo contar esto?), de pronto, empecé a sentir como que estaba teniendo una cita homosexual. Pero no era yo. Era Michael. Así que dije: No, gracias, Mike, y volvimos a la conversación de antes. Hablábamos de William Empson e I. A. Richard. Mike es gay, ¿sabes? No hace cabriolas ni se pavonea por ello, pero se le nota y está contento de serlo.

Bien. Violet iba con unas amigas, y cogimos dos taxis para que cupiéramos todos, y ella se montó con Michael. Al llegar (no era muy lejos), Mike se bajó del taxi como quien acaba de llegar de la batalla de Stalingrado. De pie en la calle, con el pelo revuelto, metiéndose la camisa en los pantalones y recuperando la corbata de entre los omóplatos, dijo (nota: Michael arrastra y pronuncia mal ciertas letras, como Denisov en Guerra y paz): «Oye, tu hermana es una shalida, ¿no?».

—¿Shalida?

—Cachonda. —Era una de las cosas que le gustaban de Lily: leía tan rápido como él (y sabía todo lo que tenía que saber de su hermana pequeña)—. Cachonda. Como se supone que es Scheherazade. Según tú.

En su momento me pareció divertido y sin importancia, y solo empezó a reconcomerme al día siguiente. Así que llamé a Michael y quedamos para tomar una copa. Descanso:

El amor es algo lleno de esplendor. Amo a Lucy. Si la música es el alimento del amor. Amor en clima frío. El amor es algo aparte en la vida del hombre. *Love me tender*. Dios es amor. La espía que me amó. ¡Para! En el nombre de...

—El amor es un... ¿De qué trata ahora?

—Bueno, aquí, con *amar* y *amor* —dijo Keitli—, si es el verbo, lo sustituyes por *follar*, y si es el nombre lo sustituyes por *sexo histérico*.

—¡Basta! En el *nombre* de... ¿No podrías acabar esto después? Así podremos reunimos con esos tortolitos en la gruta.

—Mmm. Estoy impaciente por echarle la vista encima. Espera. Dios.

—Acábalo después. Adriano, cierra los ojos. Soy Scheherazade.

—Espera.

Lily dijo:

—¡Para! En el nombre del...

—Antes de que me rompas el...

—¡Para!

Más tarde Keith y Lily bajaron con los demás, y les presentaron a Adriano mientras tomaban café en el salón. Hablaron de castillos. El castillo de Adriano no era como el castillo de Jorquil —una fortaleza en la ladera de una montaña—. El castillo de Adriano (como Keith pronto vería con sus propios ojos) albergaba todo un pueblo en su seno. En un momento dado, Keith volvió a subir a la torre.

Su misión, allí arriba, no estaba a la altura de un héroe romántico, ni del antihéroe que estaba destinado a ser. No era digno de él, todo aquello. Pero ¿qué podía hacer? *El hombre que ocupa el trono más alto de la tierra*, escribió Michel Eyquem de Montaigne en —¿era en...?— 1575, *sigue sentándose sobre sus nalgas*. Los seres humanos, divisores del átomo y paseantes de la luna, rondadores, componedores de sonetos, quieren ser dioses, pero son animales, con un cuerpo que un día perteneció a un pez. En suma, Keith Nearing estaba sentado en el frío inodoro. Por supuesto, estaba impaciente por reunirse con Adriano; pero Adriano lo comprendería.

Keith no estudiaba Sexo en la universidad, o ya no lo hacía. En la actualidad leía y estudiaba *Pamela* y *Shamela*. Y, sin embargo, durante los primeros cuatro trimestres, lo que estudiaba era Sexo. No solo Sexo; también estudiaba Muerte, estudiaba Sueños, estudiaba Mierda. Según el neofreudismo dominante en su era, tales eran las piedras angulares del yo: sexo, muerte, sueños, y la defecación humana o los excrementos humanos convertidos en fertilizantes. Montaigne podría haber ido más lejos: el trono más alto de la tierra tiene una cavidad oval en él, y hay un rollo de papel higiénico al alcance de la mano.

Había una cosa molesta en lo del cuarto de baño, el cuarto de baño que lo unía con Scheherazade. No tenía ventana. Solo un tragaluz descorazonadoramente distante. Comparado con el varón medio que habitaba Inglaterra, Keith era —según él mismo— positivamente desenvuelto en relación con la defecación. Pero su significado no podía sino entristecerlo. Y aprobaba la valerosa condolencia que nos ofrece el gran Auden en la estrofa final de «La geografía de la casa»:

Mente y cuerpo tienen
diferentes tiempos:
hasta nuestra visita aquí
cada mañana no podemos
dejar las incumbencias
muertas de ayer
a nuestra espalda,
encarar, con todo coraje,
lo que hoy ha de acontecer.

Esto venía bien. Y también esto: como él un día diría a sus dos hijos adolescentes: *Chicos: he aquí un consejo paterno para cuando tengáis que evacuar y estéis compartiendo el cuarto de baño con una chica*. Encended una cerilla después.

Encended dos. Porque no es el olor, en realidad, lo que os humilla; es la emanación humillante de la descomposición.

Keith encendió una tercera. Si bien sería inexacto decir que no le importaba que Lily tuviera que respirar su calor, sus incumbencias muertas, sus ayeres, lo que se le antojaba absolutamente insoportable era el pensamiento de Scheherazade y sus narinas en delicada alerta. Así que solía quedarse un rato más, con *Roderick Random* o *Peregrine Pickle*, a veces hasta media hora, para cerciorarse. Tenía veinte años — no ha de olvidarse—, y aún era lo bastante joven —y aún osmótico con sus fluidos y nostalgias—. *Nostalgia*, del griego *nostos* («volver a casa») + *algos* («dolor»). El dolor de la vuelta a casa de quienes tienen veinte años.

Y también lo bastante joven (se disponía a salir del cuarto de baño y echó un último olfateo receloso) para tener una hora o dos al día envenenadas por la conciencia de una insuficiencia física. Oh, cómo sufre el joven por una nariz, un cuello, una barbilla, unas orejas... Lo que Keith odiaba de su cuerpo era algo que no se veía. Lo que le hacía sufrir era su estatura.

Poeta y buscador, inhalador y expeledor de aire (campeón cósmico, chucho servil), se puso el bañador y las sandalias de dedo, y bajó por la pendiente escalonada hacia la piscina, listo para encarar, con todo coraje, aquello que habría de acontecer.

—Ah —dijo Adriano, dirigiéndose a Scheherazade con una elegante ondulación de la palma abierta—. ¡Traedme el girasol loco de sol!

La palma abierta reculó y se cerró sobre el lazo —con orejas de conejita— de la fina banda de seda que ceñía la cintura de sus pantalones color crema (el color crema, quizá, quería entonar bien con el color de su automóvil). Keith se sentó en una silla de metal y observó... cómo *il conté* se desvestía pomposamente.

Cuando por primera vez Keith tuvo noticia de Adriano, Keith imaginó a un gran seductor, a un señorial genio del dormitorio y el tocador —pegajosamente viril, con párpados pesados, labios gruesos y acúmulos de sebo en cada poro. Luego vino la salvedad de Scheherazade: *Sería absolutamente perfecto*, había dicho, *si no fuera por un pequeño detalle*. Y Keith se pasó toda una noche feliz pintarrajeando la imagen de aquel conde italiano, aquel bombespaguete o espabombón. Baba, tartamudeo, olor corporal asfixiante. Pero Adriano no era así.

Adriano se desvistió: se quitó los pantalones nívicos, los mocasines con borlas, la camisa de shantung, que cayó hasta el curioso armazón del traje de baño azul celeste, que, no obstante, abultaba notablemente... Adriano hablaba un inglés perfecto, o casi perfecto: a veces decía *as* en lugar de *like* (y, por quién sabe qué razón, no podía pronunciar *Keith*, ni una sola vez logró decirlo bien). Adriano heredaría un título antiguo y una fortuna inmensa. Adriano era musculoso y prieto y bello a la manera clásica, con cierto aire de moneda, algo de plata y de César, en su frente noble.

Se acercó a la tumbona de Scheherazade. Se sentó y, con increíble desenfado, deslizó una mano entre las pantorrillas mojadas de Scheherazade.

—Ah —retomó lo anterior—, sé cómo se sintió Tereo cuando espió por vez primera a Filomena. Como un bosque cuando, al agitarse con el viento, se convierte en un incendio pavoroso.

No era la voz de un hombre pequeño, con ser esta excepcional a su manera. Porque adivinen qué. Adriano medía escasamente un metro cuarenta y cinco.

—Creí que ya lo habías terminado —dijo Lily, cuando Keith se reunió con ella en la sombra— mientras estabas haciendo caca.

—¡Lily! —Se suponía que nadie tenía que saber nada de sus hábitos evacuatorios—. La verdad es que lo he intentado, pero me ha entrado el desánimo. Venga, léelo conmigo. Y nada de interrupciones.

Cuando me desperté a la mañana siguiente, con bastante mal cuerpo, vi 1) una chica desconocida en mi cama (completamente vestida, incluidas unas botas de goma), 2) a Violet, bajo una vieja cortina y un cabeza rapada lleno de tatuajes en el suelo de la sala, y, lo más desquiciante de todo, 3) un puto pato dando vueltas en la bañera. Sí, en fin, una fiesta bastante corriente. Pero lo que se me quedó grabado fue lo de Michael Underwood.

Nos...

—El pato —dijo Lily (Keith podía sentir su aliento en el cuello)—. Debió de ser horroroso. Oooh... ¿Lo ves? Está haciendo progresos.

Keith dirigió la mirada hacia el fulgor amarillo. Adriano se había ido deslizando tumbona arriba y ahora estaba sentado cara a cara con Scheherazade, que yacía boca arriba; luego Adriano se inclinó hacia delante y le puso la mano derecha sobre el extremo (más alejado de él) de la cintura.

—La está torturando —dijo Keith—. Mira la cara de Scheherazade.

Y era verdad, pensó. Scheherazade tenía la expresión de una mujer que hubiera sido engatusada por un mago profesional o un hipnotizador o un lanzador de cuchillos para que subiera al escenario. Divertida, azorada, profundamente escéptica y a punto de que la cortaran en dos. Lily dijo:

—Veo una sonrisa. Mira. Él casi le ha puesto la barbilla encima de las tetas.

—Espera a que estén de pie al mismo tiempo. Eso pondrá las cosas en su sitio. Ahora cállate. Estás interrumpiendo.

—Adriano... ¿Qué le ha pasado en el cuello?

Nos vimos después del trabajo, y Michael estaba más callado que de

costumbre: todo reacio y poco seguro de sí mismo. Tuve que tocar el tema como a hurtadillas. Un par de copas después, dijo... —joder—, dijo que no le habían acosado tan salvaje e insensatamente (esta fue la palabra que empleó) en toda su vida. Y me recordó, de nuevo con muy poca seguridad en sí mismo, que durante sus años en la escuela de arte se le conocía como Doreen de los Muelles. Piensa en ello. Michael no es guapo. Así que, mi querido y pequeño Keith, por favor, dime lo que piensas.

—¿Insensatamente?

—Sin sentido. Absurdamente. O sin sensibilidad. Sin sentimiento. —Y Keith pensó: ¡Impy! Pensó en el novio de Violet llamado *Impy*—. Tal vez hable con Whittaker...

—¿Qué le ha pasado a Adriano en el muslo?

Ves lo extraño del asunto, ¿no? Cuando fui consciente del equívoco sexual con Michael solo tuve que decir no, gracias. Imagina que la cosa sigue de esa guisa todo el camino. Así que, por favor, Keith, dime lo que piensas.

P. D.: Te ha llegado un sobre acolchado del Lit Supp. Haré que alguien de la oficina le ponga mil sellos y te lo envíe a Italia.

P. D. 2: Todo parece indicar que Kenrik va a ir de *camping* con Rita. Su destino será Cerdeña, y supongo que es posible que lleguen hasta Montale. Le di la dirección. ¿Es realmente un castillo? Kenrik insiste en que Rita y él son solo buenos amigos y en que él quiere que siga así la cosa. Yo —como me has pedido, y aunque piense que no es necesario— le he transmitido tus palabras de advertencia. Le he dicho: «Hagas lo que hagas, no te folies al Perro».

—¿Por qué no? —dijo Lily—. Si le apetece. No estoy muy segura de entenderte.

—Nadie lo entiende. Nadie lo entiende bien. Pero todo el mundo sabe que no debes.

—Vaya. Pero Rita tendrá algo que decir en el asunto, ¿no? Y ella actúa como un chico. *Seguro* que lo intenta. Kenrik es divino..., es un sueño. Es como un Nureyev joven. Mmm... ¿Qué es eso del *Lit Supp*^[15]?

—Cuando me dejaste, Lily, yo...

—Yo no te dejé. Fue algo recíproco.

—Cuando me dejaste, Lily, empecé a pensar en mi futuro...

Keith escribió al *Lit Supp* solicitando un libro para hacer una reseña. Quería convertirse en crítico literario. Y poeta (pero esto era un secreto). Sabía que nunca podría ser novelista. Para llegar a ser novelista tienes que ser esa presencia silenciosa en una reunión, *ese para quien nada pasa inadvertido*. Y él no era esa clase de observador, no esa clase de Yo. Era incapaz de interpretar una situación; siempre la

malinterpretaba.

—¡Scheherazade! —gritó—. ¡Un paquete de Inglaterra! ¿Cuánto tarda?

—¡Depende! —le contestó ella—. ¡Entre una semana y un año!

—Mira —dijo Lily—. Le está leyendo la mano. Y ella se ríe.

—Sí. Le está siguiendo la línea del amor. Ja. Qué esperanza.

—Los hombres bajos lo intentan con más ahínco. ¿Qué le ha pasado en el pie? ¿Vas a contárselo a tu madre?

—¿Lo de Violet? No hablemos de Violet. Será un absoluto desastre —dijo Keith, pensativo— si Kenrik y Rita vienen y son algo más que amigos.

A mediodía Whittaker llegó con una bandeja de café, y el grupo volvió a reunirse bajo el sol. Más allá, se alzaban del valle al cielo tres columnas de humo, de color verde oliva y azul plateado por los bordes. Más abajo, en la pendiente más alta de la colina más cercana, se divisaban los dos monjes que solían pasear por ella —en conversación apasionada mas sin gestos; caminaban, se detenían un instante, se volvían, siempre con las manos ocultas—. Whittaker dijo:

—Adriano. He oído decir que eres un hombre de acción.

—Sería vano negarlo. En fin, mi cuerpo es como el mapa de una batalla: es en sí mismo un relato de mi amor por la aventura.

Y era cierto: por todo el pequeño y sinuoso armazón físico de Adriano podían verse las heridas de su dedicación a la buena vida.

—Veo tu pie izquierdo, Adriano. ¿Qué te ha pasado en él?

Dos de los dedos pequeños se los había seccionado la hélice de una lancha rápida en aguas de Ceilán.

—¿Y la..., esa decoloración del cuello y la espalda?

La había causado una llamarada de helio en un globo de aire caliente, a casi diez mil metros de altura sobre el desierto nubio.

—¿Y qué me dices de esas marcas redondas negras que tienes en la cadera y en el muslo?

Cazando verracos salvajes en Kazajstán, Adriano se las arregló para acribillarse con su propia escopeta.

¿Y la rodilla, Adriano?

Un accidente de trineo en una pista elevada de Lucerna... Llevaba impresos en el cuerpo otros recordatorios de lances azarosos, la mayoría de ellos debidos a innúmeros percances en los campos de polo.

—Algunos me definen como proclive a los accidentes —estaba diciendo Adriano—. El otro día, sin ir más lejos... Bueno, estaba recuperándome de la caída desde el piso cuarenta de un ascensor del Sugar Loaf Plaza de Johannesburgo. Unos amigos me hicieron subir a un *jet* con destino a Heidelberg. Sobrevivimos al aterrizaje, en medio de una niebla espesa, gracias a la labor heroica de mi copiloto. Y nos

estábamos acomodando para ver *Parsifal* cuando el palco se vino abajo.

Se hizo un silencio, y Keith se sintió arrastrado, empujado «fuera de género». Pensaba que las clases altas habían dejado de ser esto, la fuente de las comedias sociales gruesas. Pero allí estaba, proclamando lo contrario, Adriano. Keith dijo:

—Tendrías que tener más cuidado, compañero. Sería mejor que no te movieras de casa y confiaras en que todo va a irte bien.

—Ah, *Kithe*... —dijo, pasando un dedo meñique por el antebrazo de Scheherazade—. Pero es que yo vivo para el peligro. —Le cogió una mano, la besó, la acarició y volvió a dejarla con despacioso cuidado—. Vivo para escalar las cumbres imposibles.

Ahora Adriano se levantó. Y se encaminó, con cierta pompa, hacia el trampolín.

—Es un trampolín muy elástico —le advirtió Scheherazade.

Adriano fue hasta la punta, se volvió, midió tres largos pasos y se volvió de nuevo. Luego, los pasos dobles hacia delante, el brinco ágil sobre la tabla (con la pierna derecha levemente levantada). Y, como un misil catapultado por un artefacto ofensivo, Adriano se elevó hacia el sol en medio de la fuerte vibración de la tabla. A media ascensión, hubo un instante en que se pudo vislumbrar el miedo en sus ojos, pero acto seguido se dobló sobre sí mismo y se hizo un ovillo y giró sobre sí mismo, para desaparecer con una zambullida casi inaudible: absorbido, engullido.

—Gracias a Dios —dijo Lily.

—Sí —dijo Scheherazade—. Pensé que iba a fallar. ¿Tú no?

—Y estrellarse contra el hormigón del otro lado.

—O contra la caseta. O la rampa.

—O la torre.

Al cabo de otros veinte segundos la tabla dejó de vibrar y los cuatro se pusieron en pie espontáneamente. Y miraron con fijeza. La superficie del agua estaba casi intacta tras la zambullida de saeta de Adriano, y lo único que veían era cielo.

—¿Qué está haciendo ahí abajo?

—¿Creéis que está bien?

—Bueno, seguro que ha tocado fondo. Es poco profundo.

—Ha sido una caída en picado, de todas formas. ¿Veis sangre por alguna parte?

Transcurrió otro minuto, y al cabo había cambiado el color del día.

—He visto algo.

—¿Dónde?

—¿Voy a mirar?

Adriano emergió como un Kraken, con un estruendoso bufido y una tremenda embestida de su copete plateado. Y no parecía tan diminuto, agitando como agitaba el agua con manotazos a diestro y siniestro, la forma en que sacudía la piscina entera con sus miembros dorados.

Pero era cierto lo que Lily dijo aquella noche en la oscuridad. Y Keith se preguntó cómo se las habían arreglado para hacerlo. A partir de entonces, en la comida, el té, las copas, la cena, el café, las cartas, Scheherazade y Adriano no se pusieron de pie ni una sola vez al mismo tiempo.

Mientras trataban de conciliar el sueño, Keith dijo:

—La polla de Adriano es todo paquete. Quiero decir que su polla no es más que apariencia.

—Es la tela. O puede que el contraste de escalas.

—No. Lleva algo ahí abajo.

—Mmm. Como si se hubiera metido un bol al revés.

—No. Se ha metido un equipo de música.

—Sí. O una batería.

—Es el contraste. Su polla es todo paquete.

—O puede que no.

—Seguiría siendo ridículo.

—No hay nada ridículo en una polla grande. Créeme. Que duermas bien —dijo Lily.

4. LAS ESTRATEGIAS DE LA DISTANCIA

Querido Nicholas, pensó, mientras yacía insomne al lado de Lily. Querido Nicholas, ¿te acuerdas de Impy? Por supuesto que te acuerdas.

Era el año pasado por estas fechas, y teníamos la casa para nosotros durante todo el fin de semana, y Violet vino antes que tú, el viernes por la tarde, con su nuevo galán.

Violet: «Keith, dile hola a Impy». *Yo*: «Hola, Impy. ¿Por qué te llaman Impy?». *Violet* (en quien, como bien sabes, no hay agresividad, no hay malicia, no hay resentimiento): «¡Porque es impotente!».

E Impy y yo nos quedamos allí de pie, sin sonreír, mientras Violet se ensimismaba en una risa sinfónica... Poco después salió al jardín con dos vasos de zumo de frutas.

Yo: «Vi, escucha. No le llares Impy Impy». *Violet*: «¿Por qué no? Es mejor bromear con ello, ¿no crees? Si no, va a coger complejo^[16]».

Tal es lo que entendía ella por ser moderna. Tenía dieciséis años. Ya sabes que a mí, montones de veces, me habría gustado tener una novia que fuera idéntica a nuestra hermana. Una idea que para ti no vale. Rubia, de ojos dulces, de dientes blancos, de boca ancha, de rasgos con transiciones suaves.

Violet: «Le gusta que le llamen Impy. Le parece divertido». *Yo*: «No. *Dice* que se lo parece. *Dice* que le parece divertido. ¿Cuándo empezaste a llamarle Impy?». *Violet*: «La primera noche». *Yo*: «Dios. ¿Cómo se llama de verdad?». *Violet*: «Feo». *Yo*: «Bueno, pues llámale Feo. Quiero decir Theo^[17]». *Violet*: «Si tú lo dices, Key». *Yo*: «Lo digo, Vi».

¿Por qué sigue teniendo dificultades para pronunciar la *thí*? ¿Te acuerdas de sus transposiciones? *Aquito* en lugar de *ático*. *Quepor* por *porque*. Helado de *llaivani*.

Yo (pensando que tenía que explicárselo bien explicado): «Esfuézrate, Vi, y llámale Theo a Impy. Tendrías que reforzarle la confianza en sí mismo. Puede que descubrieras que no hay razón alguna para llamarle Impy. Llámale Theo». *Violet* (con bastante ingenio): «¿Tendría que llamarle Impy Sexy?». *Yo*: «Es demasiado tarde para eso. Llámale Theo». *Violet*: «Feo. De acuerdo. Lo intentaré».

Y se portó fantásticamente. Durante la cena, aquella noche, y todo el día siguiente, ¿se la oyó *una sola* vez llamarle Impy? Yo, por mi parte, albergaba grandes esperanzas para Impy. Delgado y trémulamente shelleyano, de ojos vulnerables. Podía imaginármelo leyendo o incluso escribiendo «Ozymandias». Miré a Impy como si este fuera una fuerza para el bien. Y llegó la tarde del domingo.

Tú: «¿Qué está pasando?». *Yo*: «No estoy seguro. Theo está llorando ahí arriba». *Tú*: «Sí, bueno, acaba de llamar a la puerta de la cocina un tipo, una mole. Uno de

esos fulanos muy gordos pero sin culo. Vi ha dicho *Hasta la vista, Impy*, y se ha ido. ¿Qué significa *Impy*?».

Oh, Nicholas, querido mío... Esperaba no tener que decírtelo.

Yo: «Y por eso le llama *Impy*». Tú: «Está bien, es todavía muy joven. Pero se diría que no tendría que gustarle airearlo». Yo: «Eso es. O sea, si fuera al revés...».

Tú: «Exacto. Te presento a mi nueva novia. Yo la llamo *Fridgy*. ¿Te gustaría saber por qué?». Yo: «*Impy* es peor que *Fridgy*^[18]. O sea, que una chica puede fingir no ser frígida. Pero un chico...».

Tú: «Voy a hablar con ella». Yo: «Yo ya lo he hecho. Y ella contesta una y otra vez lo importante que es para ella que él no esté acomplejado».

Tú: «¿Y qué dice cuando tú le dices lo obvio?». Yo: «Dice: *Bueno, es que es impotente*». Tú: «Sí, apuesto a que lo es».

Y estuvimos de acuerdo: ni capacidad, ni sensibilidad. Así que ¿qué quiere ella sacar de todo esto? ¿Qué quiere ella de lo moderno?

Y ahora, un año después, ¿qué es lo que hace Violet? Viola maricones..., o lo intenta. Le preguntaré a Whittaker al respecto.

¿Oyes las ovejas?

Querido Nicholas, oh, hermano, esta chica de aquí... Cuando se zambulle, se zambulle en su propio reflejo. Cuando nada, besa su reflejo en el agua. Se desliza de un extremo a otro de la piscina, con la cara hundida, besando su propio reflejo.

Por la noche hace calor. ¿Oyes las ovejas, oyes los perros?

Scheherazade estaba echada boca arriba en el jardín, en la terraza de arriba. Tenía un libro sobre los ojos, entre los ojos y el sol declinante. El libro versaba sobre la probabilidad. Keith estaba sentado a cuatro o cinco metros de ella, en la mesa de piedra. Estaba leyendo *La abadía de Northanger*. Habían pasado varios días. Adriano venía al castillo con frecuencia.

—¿Te está gustando?

—Oh, sí —dijo él.

—¿Por qué, en concreto?

—Bueno. Es tan... cuerdo. —Bostezó y, en un extraño espasmo de espontaneidad o candor, se estiró en su silla de director de cine, con el hueso púbico proyectado hacia delante—. La inteligencia bella —dijo—. Después de Smollett y Sterne y todos esos putos locos. —Keith no había podido con Sterne. Cerró *Tristram Shandy* en la página quince, cuando se topó con el adjetivo *hobby-horsical*^[19]. Pero a Smollett se lo perdonaba todo por su traducción osmótica del *Quijote*. En fin, seguía teniendo estos pensamientos, y los seguiría teniendo un tiempo más—. No, adoro a Jane.

—¿No trata todo el libro de casarse por dinero?

—Supongo que eso es un bulo. La heroína de esta historia dice que casarse por dinero es *la cosa más perversa de este mundo*. Catherine. Y no tiene más que

dieciséis años. Isabella Thorpe quiere casarse por dinero. Isabella es genial. Es la zorra de la historia.

—Gloria Beautyman tendría que llegar hoy. Pero ha tenido una recaída.

—Otra copa de champaña...

—No, aún se está recuperando de la primera. Y tampoco está fingiendo. Jorq la ha metido en la Harley Street Clinic. Le falta una sustancia química. Diógenes. No es Diógenes, por supuesto. Pero suena parecido, casi igual que Diógenes.

—Mmm. Como los esquimales. Como las pieles rojas. Un lingotazo de *whisky* y están perdidos. Lo único que pueden hacer es andar vagando por los fuertes. Había una especie de subtribu de pieles rojas a los que llamaban «los que andan vagando por los fuertes».

—Eso es lo que hacemos todos nosotros, ¿no? Andar vagando por los fuertes.

Scheherazade se refería a sus salidas recientes, de un castillo a otro, del castillo de Jorquil al castillo de Adriano. Keith dijo:

—Y a ti, ¿te está gustando el tuyo? ¿De qué trata?

—Es sobre la probabilidad. Bastante. Las paradojas. ¿O quiero decir las sorpresas? Es fascinante, a su modo. Pero no demasiado interesante desde el punto de vista humano. —Scheherazade bostezaba ahora con fruición—. Hora de darse una ducha, creo.

Se puso de pie.

—Oh —dijo, y durante unos segundos se examinó un pie vuelto hacia arriba—. He pisado un saliente. Adriano vuelve a cenar esta noche. Con un canasto. Meáis on Wheels. ¿Te importa Adriano?

—¿Que si me importa él?

—Bueno, quizá es un poco... demasiado. Y a ti... A veces pienso que te molesta.

Keith sintió aquello por primera vez: la necesidad desbordante del discurso apasionado, de la poesía, de las declaraciones, de las lágrimas de ternura..., de las confesiones, sobre todo. Era oficial. Y estaba autorizado. Estaba locamente enamorado de Scheherazade. Pero aquellas adoraciones abstractas eran parte de su historia, y tenía la sensación de que había aprendido a lidiar con ellas. Se aclaró la garganta y dijo:

—Es un poquito demasiado, sí. Pero no me molesta.

Scheherazade miró hacia un costado del campo, donde pastaban los tres caballos.

—Lily dice que odias las moscas.

—Es cierto.

—En África —dijo ella de perfil— te pasas el día mirando todas esas pobres caras negras... Tienen moscas en las mejillas y en los labios. Hasta en los ojos. Y ellos no se las quitan. Están acostumbrados, supongo. Los seres humanos se acostumbran a ellas. Pero los caballos nunca se acostumbran. Mírales la cola.

Y, por supuesto, Keith la observó mientras se volvía y echaba a andar: los pantalones cortos caqui, de aire hombruno, la camisa hombruna blanca metida a

medias en los pantalones, su caminar erguido. Llevaba la camisa mojada y tallos de hierba adheridos a los omóplatos. Y tallos de hierba rutilantes en el pelo. Keith se sentó. Las ranas, congregadas en la tierra húmeda de los parterres acotados por muretes, borboteaban y croaban a sus anchas. Le llegaba a los oídos como si fuera un amodorramiento de autosatisfacción, tal que un grupo de ancianos obesos que hicieran recuento de una vida de probidad y beneficio. Ranas en su ciénaga poco profunda, ranas en su letargo.

Los pájaros amarillos reían en la llamativa casa de vecindad del olmo. Más arriba, los cuervos, de caras famélicas y acerbas, caras medio cinceladas (pensó en los caballos negros sobre un tablero del ajedrez). Y aún más arriba, las afanosas aves homéricas del aire alto, densas y sólidas como imanes, y en formación, como la punta de una lanza, dirigida hacia la tierra de allende el horizonte.

Veinte páginas más adelante... Es extraño cómo el cielo que se observa parece inmutable; pero luego, un párrafo después, el pez espada ha desaparecido y se ha visto reemplazado por las islas británicas (una disposición sorprendentemente común en las formas adoptadas por las nubes italianas)... Lily ahora estaba sentada enfrente, en silencio. *El orden público y la dignidad humana* descansaban sin abrir en su regazo. Suspiró. Y Keith suspiró a su vez. Los dos —cayó en la cuenta Keith— exhibían un aire lúgubre y descuidado. Amén de todo lo demás, experimentaban esa especie de rebajamiento que tiende a sentir una pareja estable cuando se dan ciertos despertares románticos a su alrededor. Lily dijo, como con desidia:

—Sigue dándole vueltas a la idea.

Keith dijo, aún más negligentemente:

—Es grotesco.

—Pulgarcito quiere llevarla a una corrida de toros en Barcelona. En su helicóptero.

—No, Lily, querrás decir su avión.

—No. Su avión no. Su helicóptero. Pulgarcito tiene un helicóptero.

—Un helicóptero... Eso sería una muerte segura. Como bien sabes.

—Si se le pudiera estirar, resultaría muy atractivo.

—Pero no se le puede estirar. Y, además, no es solo enano. Es un enano ridículo. No entiendo cómo no nos carcajamos de él hasta hacer que se vaya del castillo.

—Venga, Keith. Tiene una carita encantadora. Y mucho carisma. Es imposible quitarle los ojos de encima, ¿no crees? Cuando se zambulle en la piscina o está en la barra de ejercicios.

La barra de ejercicios era un artilugio en el que Keith apenas había reparado hasta entonces. Se diría que se trataba de algún tipo de toallero. Aquellos días Adriano estaba siempre realizando giros y resoplando en la barra de ejercicios. Lily dijo:

—No puedes apartar la vista de él.

—Eso es cierto —dijo Keith. Encendió un cigarrillo—. Es verdad. Pero solo porque estás seguro de que se va a joder vivo. ¿Sabes? Me está haciendo sentirme muy de izquierdas.

—Eso no es lo que decías anoche.

—Cierto. —La noche anterior Keith decía que todo imbécil de clase alta debería tomar como modelo a Adriano. Que ello supondría una paz eterna en la lucha de clases. Todos aquellos trabajos y gastos acometidos por Adriano en busca de nuevos destrozos... ¿Para qué colgar a Adriano? Désele una cuerda y muéstresele un árbol o una farola—. Sí. Pero sigue en pie, ¿no? Pulgarcito. Ese es el problema. Que no es Pulgarcito. Ni Súper Ratón, ni la Hormiga Atómica. Es el Tom de *Tom y Jerry*. Tiene nueve vidas. Y se recupera siempre.

Transcurrieron varias páginas.

—Estás molesto por lo de Violet.

—¿Por qué iba a estar molesto por lo de Violet? Violet está bien. No tiene citas con equipos de fútbol enteros ni nada por el estilo. No hablemos de Violet.

Transcurrieron varias páginas.

—Esa impresión que da de merecerlo todo... Eso es lo que no soporto. Uno diría que medir un metro cuarenta y cinco —continuó Keith— tendría que enseñarle un poco de humildad a ese cabroncete. Pero no; a Pulgarcito no.

—Dios, no te gusta nada, ¿verdad?

Keith aseveró que ese era el caso. Lily dijo:

—Oh, venga. Es un cielo. No seas quisquilloso.

—Y odio su puto castillo. Con un lacayo decrepito detrás de cada silla. Un vejstorio disfrazado de dragón odiándote de mala manera a tu espalda.

—Y todos esos gritos de un extremo a otro de la mesa. En fin. ¿Y lo de las starlets?

En la planta diáfana (el *piano nobile*: una superficie del tamaño aproximado de un distrito postal londinense), se les condujo hasta un hondo aparador en el que se alineaban un par de docenas de fotografías enmarcadas: Adriano sentado o yacente, con una sucesión de saludables bellezas en diversos escenarios opulentos o exóticos. Keith dijo:

—Eso no quiere decir nada. Lo único que hace en la vida es vagar con una panda de ricos vagos. Por fuerza tiene que caer cerca de la chica de vez en cuando. Y alguien saca la fotografía. ¿Y qué?

—Entonces, ¿de dónde saca esa seguridad en sí mismo? Y no lo niegues. Tiene seguridad en sí mismo. Y una reputación.

—Mmm... Fragilidad, tienes nombre de mujer... Es el dinero y el título. Y esa pamplina del encanto... Odio cómo la está besando siempre en la mano y en el brazo y en el hombro. Scheherazade.

—No lo ves con objetividad. Lo cierto es que lo hace con mucho tiento. Habla mucho, y es italiano; es muy sobón, pero ni siquiera se le ha insinuado todavía.

Nunca están solos. Tú no ves las cosas con objetividad. No siempre puedes, ¿sabes?

—Le pone aceite de oliva en la espalda...

Después de una pausa, Lily dijo:

—Todo queda explicado. Cuán predecible. Mmm. Ya veo. Estás perdidamente enamorado de Scheherazade.

—A veces me asombra —dijo él— lo mal que entiendes las cosas.

—Entonces solo es resentimiento de clase. Puro y simple.

—¿Y qué pasa con el resentimiento de clase?

De hecho el adverbio no era «perdidamente», aún no era «perdidamente». Y Keith a menudo pensaba: tienes a Lily. Estás a salvo con Lily... Ciertamente le causaba desasosiego lo que empezaba a irle mal en la cama. No solo quienes habían estudiado psicología podían darse cuenta de aquella coincidencia: a Keith le preocupaba su hermana, y era en una hermana en lo que Lily empezaba a convertirse. Pero el sentido de esa relación, si es que existía alguno, se le escapaba. Y seguía mirando a Lily diez veces al día con gratitud y sorpresa, gratamente sorprendido.

—Está tratando de organizar algún tipo de actividad caritativa en el pueblo. Dice que hacer el bien te eleva y que lo echa de menos.

—Ahí tienes. Sigue siendo una santa. —Tiró *La abadía de Northanger* encima de la mesa, y dijo—: Esto..., Lily, escucha. Creo que deberías bajar a la piscina en *topless*... ¿Por qué no?

—¿Por qué no? ¿Tú qué crees? ¿Qué te parecería sentarte ahí con la polla fuera? Al lado de Pulgarcito..., también con la polla fuera. Además, ¿por qué?

Keith podía esgrimir varias razones. Pero dijo:

—Tienes unas cosas muy bonitas ahí arriba. Son torneadas y elegantes.

—Quieres decir que son pequeñas.

—El tamaño no importa. Y la polla de Adriano es todo apariencia.

—El tamaño sí importa. A eso se reduce todo. Scheherazade dijo que Adriano podría estar bien si midiese diez centímetros más.

¿Diez centímetros?, pensó. Eso apenas era un metro cincuenta y cinco. Dijo:

—Medir uno cincuenta y cinco, o uno ochenta y cinco... Por eso no iba a dejar de ser ridículo. ¿Cómo puedes soportarle? Te gusta el realismo social.

Lily dijo:

—Está en plena forma. Y Scheherazade ha leído en alguna parte que la cosa es totalmente diferente. Con alguien que está en plena forma. Y ya sabes lo fideo que es Timmy. Le dije: *Los hombres pequeños lo intentan con más ahínco*. Imagina cómo lo intentarías tú si midieras un metro cuarenta y cinco. La quiere llevar a Saint Moritz. No a la nieve. Como es lógico. A hacer montañismo... Cierra los ojos un segundo e imagina con qué ahínco va a intentarlo...

Keith disfrazó un gemido suave con una expulsión de humo de Disque Bleu. Su blando paquete blanco no advertía sobre los peligros para la salud del fumador. El hecho de que fumar fuera malo para los seres humanos era ahora ya una sospecha

generalizada. Pero a él no le importaba. De forma harto típica —a mi juicio— en este sentido, y en determinados estados de ánimo, Keith aún era lo bastante joven para asumir que de todas formas tampoco iba a vivir una vida tan larga... Cerró los ojos durante unos instantes y vio a Adriano: brutalmente calzado, con piolet, cuerno alpino, pitones y clavijas de escalada, preparándose para conquistar la cara sur de Scheherazade. Miró hacia abajo y contempló el perfil plano sobre la hierba, donde estaba tendida su figura.

—Bueno, dile que no haga nada precipitadamente —dijo Keith, cogiendo de nuevo el libro—. No debería fallarse a sí misma. La verdad es que es en Timmy en quien estoy pensando.

Hasta el momento, el nuevo ritmo del tiempo estaba respondiendo con bastante precisión a cómo se sentía interiormente. Durante cuatro o cinco días el aire iba espesándose más y más y llegaba casi a coagularse. Y las tormentas..., las tormentas, con su vociferación africana, eran ocasiones propicias para sus insomnios. Estaba haciendo amistad con horas que antes apenas conocía: la hora llamada «las tres», la hora llamada «las cuatro». Aquellas tormentas lo martirizaban, pero al final le dejaban con una mañana más clara. Luego los días empezaban de nuevo a espesarse, para acabar entablando otra guerra en el cielo.

No sé de qué te quejas —constaba que le había dicho Lily—. Sigues pasándote la mitad de la noche jugando a las cartas con ella. Te vi aquella vez..., estabais de rodillas los dos. Pensé que os estabais casando, prometiendo formalmente.

Cuando estamos arrodillados somos de la misma altura. ¿Por qué es eso?

Porque sus piernas, de rodilla para abajo, son como treinta centímetros más largas que las tuyas. ¿A qué jugabais, de todas formas?, dijo Lily, que odiaba todos los juegos (y todos los deportes). ¿A la solterona?

No, jugaban al Papa Juan, jugaban al Black Maria y al tantán, jugaban al póquer descubierto. Y ahora (mejor, mucho mejor), encima de la alfombra de la sala de armas (la alfombra era una piel de tigre), de rodillas y enfrente uno del otro, jugaban al Racing Demon... Racing Demon era una especie de Juego de la Paciencia interactivo. Para ser un juego de cartas, se parecía mucho a un juego de contacto. Había mucho arrebatamiento y hostigamiento y risas... y, hacia el final, casi siempre, ciertos visos de histeria. Keith quería jugar a juegos que se llamaban Piel y Trampa. ¿Era eso lo que quería? Quería jugar a Corazones. Corazones: ese, tal vez, era el problema.

¿Querían decir algo aquellas sonrisas y miradas? ¿Significaban algo aquellas exhibiciones en el cuarto de baño compartido; aquellas exhibiciones de desorden fascinante? Keith leía y suspiraba y deseaba ser un pájaro amarillo. Porque le habría horrorizado infinitamente... haber tomado aquella candida afabilidad y haberla

manchado con sus manos y sus labios...

Keith había crecido en ciudades, en pequeñas ciudades costeras: Cornualles, Gales. Cornualles, donde la isla hunde un dedo del pie en el Canal de la Mancha. Gales, con los brazos extendidos para abrazar el Mar de Irlanda. Los únicos pájaros que él conocía bien eran las palomas de ciudad. Cuando alzaban el vuelo (siempre su último recurso), lo hacían por miedo.

Allí en Italia, las *cornacchie* negras volaban por hambre, los *magneti* de las alturas volaban por sino y los *canarini* amarillos volaban por júbilo. Cuando se levantaba el viento, la tramontana derviche, los pájaros amarillos ni seguían sus ráfagas ni se oponían a ellas; no volaban, no flotaban, simplemente quedaban *suspendidos* en el aire.

El castillo recibió a otros visitantes masculinos en el curso de este tiempo ansioso. Hubo un imperdonablemente joven y apuesto comandante del ejército llamado Marcello, al que parecía gustarle mucho Scheherazade; aunque Whittaker supo su condición nada más echarle la vista encima (*¿Por qué los heteros no se dan cuenta nunca...?*, dijo. *Marcello es tremendamente gay*). Hubo una aparición elocuente y erudita en la piscina, un tal Vincenzo, al que parecía gustar mucho Scheherazade; pero no hacía más que hablar de la restauración de iglesias, y cuando se sentó a la mesa para la comida se había puesto un alzacuello. En lo único que se apartaba Adriano del estereotipo más convencional era en su ligero anticlericalismo (*Creo que la gente que rinde culto a algo, debería hacerlo a solas*). Así que ¿era aquella su oportunidad histórica? Keith empezaba a tomar conciencia de que era el único heterosexual laico de toda la región que medía más de un metro cuarenta y cinco.

Nunca le había sido infiel a Lily. Nunca le había sido infiel a nadie. Creo que es importante recordar que Keith, en esta etapa (y en el muy corto plazo futuro) era un joven de principios. Con las chicas, sus transgresiones, sus malas obras conocidas, eran hasta entonces irrisorias en número. Estaba su común y corriente negligencia (pecado de omisión) en su trato con Dilkash. Estaba la fechoría hartó más compleja (pecado de comisión, esta vez, y a menudo repetido) en su trato con Pansy... Pansy, acólita de Rita. Pensaba en ellas continuamente; aquellas dos chicas, sus dos malas obras.

En las fases iniciales de su época religiosa (de los ocho a los once años), mientras recogía las biblias después de clase, su profesora de religión, la odiosa aunque persuasiva señorita Paul (una bebedora secreta, había decidido a la sazón Keith), dijo, soñadoramente: *Sabes, Keith, mi amor, todos tenemos nueve estrellas en el firmamento. Y cada vez que dices una mentira, una de ellas se apagan. Y una señorita Paul sobria no habría dicho eso (se apagan; una señorita Paul sobria lo habría dicho bien). Cuando se mueren las nueve, tu alma está perdida*. A través de los años Keith había transferido de alguna forma aquella idea a su futuro: a su futuro con chicas y

con mujeres. Le quedaban siete estrellas. Por supuesto, la sabiduría que le había brindado aquella solterona galesa borracha (y que él habría de distorsionar más tarde) era muy anterior a la revolución sexual. Y ahora —sentía él— todo el mundo necesitaba muchas más estrellas, no solo nueve.

Haraganeaba por la fortaleza, y estaba a salvo con Lily... Las montañas que contemplaban formaban tres escalones, tres estrategias de distancia. La más cercana eran las estribaciones de las montañas, moteadas y picadas de viruela y escasamente arboladas. Más allá de las colinas se hallaban los acantilados corcovados, encrespados y tensos, semejantes a espinazos de dinosaurios. Y más allá, en la lejanía, se alzaba un universo de crestas, de cimas nevosas y nubosas, cimas de sol y de luna, un mundo de cumbres y de cúmulos.

SEGUNDO ENTREACTO

Busca un espejo que te guste y en el que confíes, y mantente fiel a él. Corrección: busca un espejo que te guste. No importa lo de la confianza. Es demasiado tarde para eso, es demasiado tarde para la confianza. Pégate a ese espejo y mantente fiel a él. Ni se te ocurra mirarte en otro.

En realidad las cosas no están *tan* mal. Corrección: en realidad lo están. Pero esta es una verdad que tendremos que posponer por espacio de muchas páginas, para al cabo introducirla con sigilo...

A partir de cierta edad dejas de saber cuál es tu aspecto. Algo funciona mal con los espejos. Pierden la facultad de decir cómo eres. De acuerdo, te lo dicen, muy probablemente. Pero tú no puedes verlo.

A partir de cierta edad no tendrás ya los medios ni la posibilidad de averiguar cuál es tu aspecto. Ningún espejo te dará (en dos sentidos, al menos) más que una idea aproximada.

* * *

La primera cláusula del manifiesto revolucionario rezaba como sigue: *Habrá sexo antes del matrimonio*. Sexo antes del matrimonio para casi todo el mundo. Y no solo con la persona con la que uno iba a casarse.

Era muy sencillo; todo el mundo lo sabía, todo el mundo lo veía venir durante años y más años. En ciertos medios, sin embargo, el sexo antes del matrimonio suponía una evolución perturbadora. ¿A quién le perturbaba? A aquellos para quienes no había habido sexo antes del matrimonio. Estos se decían a sí mismos: *¿Habrá —tan súbitamente— sexo antes del matrimonio? ¿Sobre qué base, entonces, se me dijo que no habría sexo antes del matrimonio?*

Nicholas, cuando llegó a la mayoría de edad a mediados de la década de 1960, se vio envuelto en una serie de discusiones con su padre largas, aburridas, repetitivas y de hecho absolutamente circulares. Y ello empezó a acontecer aproximadamente cada dos noches. *¿Por qué no se va para siempre?*, solía decir Nicholas. *O, si eso no es posible, ¿por qué no se va durante mucho tiempo y se vuelve a ir en cuanto haya vuelto?* Y lo mismo les sucedía a Arn, a Ewan y a todos los demás amigos de Keith (excepto Kenrik, cuyo padre había muerto antes de que Kenrik hubiera venido al mundo).

Las discusiones circulares versaban claramente sobre los diversos límites que habían de imponerse a la libertad e independencia de Nicholas. De hecho versaban sobre el sexo antes del matrimonio. Pero jamás se hacía mención alguna del sexo

antes del matrimonio (lo cual convertía en circulares las discusiones). Y hablamos del profesor Karl Shackleton, sociólogo, positivista, progresista. Karl era todas esas cosas, pero no había tenido sexo antes del matrimonio. Y, mirando hacia atrás, le gustó la idea de tener sexo antes del matrimonio. Podríamos, entre paréntesis, hacer constar que entre los varones moribundos se formula con carácter casi universal el deseo de haber tenido mucho más sexo con muchas más mujeres.

Keith se permitió sentirse levemente dolido cuando quedó claro que el profesor Karl Shackleton no iba a repetir aquel patrón con su hijo adoptivo (y Karl, ya un tanto tocado por su primer derrame cerebral leve, por su primera falla menor, tampoco tenía intención alguna de hacerlo con Violet). Era solo a Nicholas, carne de su carne, a quien Karl envidiaba realmente. Y *envidiar*, sugiere el diccionario, nos lleva, con un movimiento de caballo, a *empatía*. Del latín *invidere* («mirar maliciosamente»), de *in* («dentro») + *videre* («ver»). La envidia es una empatía negativa. La envidia es una empatía en el sitio equivocado y en el momento equivocado.

* * *

—Los chicos han ganado —dijo su hijastra, Silvia—. Otra vez.

—Odio oírlo —dijo Keith.

—Yo odio decirlo.

Silvia había estudiado Sexo (en su acepción de Género) en la Universidad de Bristol. Y ahora era uno de esos periodistas «niños» que a los veintitrés años escriben una columna semanal ampliamente debatida en uno de los periódicos de gran formato. Keith la conoció cuando Silvia tenía catorce años, en 1994, después de vender su gran dúplex de Notting Hill, y de mudarse a la casa de lo alto del Heath. Silvia había heredado el físico de su madre, pero no su alegría loca; era una de esas personas desapasionadas e ingeniosas que hacían reír a todo el mundo menos a sí mismas.

—Así que, a pesar de tus reservas —dijo Silvia apáticamente—, te ves pasando la noche con un jovencito. Y todos son iguales. No importa quién sea. Un replicante en traje de la City. Una bomba fétida en camiseta del Arsenal. Y a la mañana siguiente, como de costumbre, dices, ya sabes, llámame alguna vez. Y él te mira fijamente. Como si fueras un leproso que acaba de proponerle matrimonio. Porque *llámame alguna vez* es un chantaje emocional, ¿sabes? Y no están permitidos los compromisos. Los chicos han ganado otra vez.

¿Habían ganado sus hijos Nat y Gus? ¿Habían perdido sus hijas Isabel (nueve años) y Chloe (ocho)? ¿Habían perdido?

Keith se dolía de su propia juventud, pero no envidiaba a sus hijos. El mundo erótico que ellos encaraban (Silvia tenía mucho más que decir al respecto) a él se le antojaba irreconocible. Así que podía entender en parte la consternación de los padres, al ver que su mundo se venía abajo.

Yace tu padre en la mar;
y sus huesos son coral;
lo que eran ojos son perlas;
nada de él se desvanece,
mas cambia, en muda total,
a algo óptimo, excepcional.
Ninfas por él doblarán.

Pensó: Adelante, hijos míos. Multiplicaos como y cuando os plazca. Pero adelante. Y gracias, ninfas del mar, por el repique de campanas. Y en tus plegarias, sean todos mis pecados recordados.

* * *

En un intento de aliviar los problemas sexuales crónicos que padeció a lo largo de la década de 1970 (y de la de 1980, y aún allende ella...), Keith pasó varios almuerzos en sucesivas agencias de acompañantes de Mayfair, donde, bajo la mirada solícita de gentiles madamas, se sentaba en salones parecidos a vestíbulos de aeropuerto con un montón de porfolios en el regazo. La chicas —a centenares— aparecían muy tentadoras en las fotografías, y uno podía leer sus medidas y otros atributos personales. Keith buscaba cierta figura, cierta cara. Y al final se retiraba sin hacer nada. Pero aprendió algo, algo literario: por qué no se puede escribir sobre sexo.

Al pasar las páginas satinadas sentía el poder vesánico del frequentador de burdeles: el de la elección. El poder corrompe: no es una metáfora. Y a los escritores los corrompía de inmediato el poder vesánico de la elección. La omnipotencia del autor no casaba bien con la potencia inherentemente falible del ser humano varón.

Pero el verano en Italia no era arte, era solo vida. Nadie inventaba nada. Todo sucedía realmente.

* * *

Era el 19 de abril de 2003, y él estaba recluido en el estudio del fondo del jardín. No quería salir, pero a veces salía. Luego, el 23 de abril, empezó a dormir en el estudio. Su mujer se plantó ante él en jarras, con las fuertes piernas bien separadas; aun así, empezó a quedarse a dormir en el estudio. Necesitaba escapar de la cordura —no solo ocho horas cada veinticuatro, sino dieciocho—. Estaban teniendo lugar reorganizaciones en las fuentes de su ser.

Abrir los ojos, despertar, dejar el reino simulado que construye el sueño, levantarse de la cama y ponerse en pie: tales cosas parecían consumir la parte del león

de lo que quedaba del día. En cuanto a afeitarse, defecar, ducharse: aquello era una novela rusa.

* * *

Entonces, en el lugar de la cita, Eco avanzó con cuidado hasta el claro. Levantó las manos para saludar al joven cristalino. Él miró el hermoso cuerpo femenino, pero sacudió la cabeza y se apartó, diciendo: No. Prefiero morir antes que dejar que me toques.

¿Y qué podía hacer Eco, allí abandonada? ¿Qué podía decir?... Que me toques, dijo mientras caía de rodillas. Que me toques, que me toques, que me toques...

* * *

Cuán lento se mueve el tiempo cuando tan solo tiene veinte años.

Keith se hallaba ahora bien entrado en el tren bala de los cincuenta, donde los minutos a veces se hacían interminables pero los años pasaban vertiginosamente. Y el espejo trataba de decirle algo.

Nunca había sido proclive a la vanidad y siempre se había creído libre de ella. Pero la edad, pródiga con sus dones, te concede la vanidad. Te reviste de vanidad, y en el momento justo.

* * *

Cuando hablaba con sus hijos Keith reparaba en que *cool* era casi la única palabra superviviente del vocabulario de su juventud. Lo utilizaban sus hijos, lo utilizaban sus hijas, pero había perdido su connotación de «perdón bajo presión» y ya solo significaba *good*. En consonancia, jamás oías su contrario: *uncool*.

Para alguien nacido en 1949 la palabra entraña dificultades adicionales. Hacerse viejo es muy *uncool*. Las bolsas y las arrugas son muy *uncool*. Los audífonos y los andadores son muy *uncool*. Las residencias de ancianos son tan *uncool*^[20].

* * *

Tenía otras cosas en la cabeza, pero seguía pensando en su encuentro con su primera mujer, en el *pub* Book and Bible. Qué precio había pagado por todo, por el verano de 1970. Qué precio había pagado.

Libro tercero

El increíble hombre menguante

1. NI SIQUIERA EN EL CIELO

—Amen —dijo Whittaker— puede entender la camaradería. Puede entender el sexo con un desconocido en la tarde. Pero no puede entender los romances.

—Bueno, son tramposos —dijo Keith—. Los romances.

—Entre los maricas, soy un bicho raro. Yo abogo por la cohabitación monógama. Según el modelo hétero. Una cena apacible. Sexo cada dos noches. Y Amen..., Amen dice que no deberías ni pensar en acostarte con nadie más de una vez. Así que ya ves, nuestras visiones difieren sutilmente.

Keith dijo:

—Yo lo veo muchas veces en la terraza. Cada vez se acerca más. ¿Qué pasa? ¿Va transigiendo al fin con los pechos de Scheherazade?

—No. Nada de eso. De hecho está peor que nunca. Pero soporta los pechos de Scheherazade por Adriano.

—A Amen le gusta Adriano.

Keith encendió un cigarrillo. Antes, el gorgoteo complaciente de las ranas; ahora, la neurosis estable de las cigarras...

—No es que le *guste* exactamente. Como, tan encantadoramente, lo pones. Lo admira como espécimen. Y yo también. Adriano es la perfección, a su modo.

—Mmm. Bueno, se lo ha trabajado, ¿no?

—Supongo que todos ellos tienden a hacerlo. La gente baja, me refiero. No pueden hacerse más altos. Y por lo tanto se hacen más anchos... No hago más que pensar que estoy viendo *El increíble hombre menguante*. En ese punto en que empieza a tener miedo del gato.

—Y antes, ¿te acuerdas cuando va a besar a su mujer y esta es ya más alta que él?

—Mmm. Hay quien dice que *El increíble hombre menguante* es una pesadilla ansiosa sobre la erección del macho norteamericano. La potencia. El ascenso de las mujeres.

Siguieron jugando, cambiando piezas, simplificando.

—De acuerdo —dijo Whittaker—. ¿*Cómo de gay* es ese poeta gay?

—¿*Cómo de gay*? Bueno, claramente gay, según Nicholas. Clara y felizmente gay.

—Mmm-mmm. Y ¿tiene el floreo vocal del gay? El sonsonete cansino. Como el mío.

—No lo sé. El acento mariquita...

—El acento mariquita no tiene ningún misterio. Ten en cuenta que nuestras vidas amorosas acaban de ser legalizadas. Necesitamos el acento mariquita. Para que nos reconozcan los otros mariquitas. Ahora, veamos... Violet. ¿No hay agresividad en ella?

—Ninguna. Bueno, no tengo la menor idea de cómo es en la cama. —Decidió, de forma un tanto oscura, preguntárselo a Kenrik cuando viniera—. Pero, en lo demás, ninguna.

—*Baja autoestima*. Eso es lo que diría un profesional. Busca reafirmarse por el camino más rápido. Ya conoces todo eso. Pero asaltar tan apasionadamente a un mariquita... Lo siento. Seguiré pensando en el asunto. Pero siempre acabo en un callejón sin salida.

—Es en lo que acabo yo siempre. ¿Tablas? El tablero está tan quieto.

—Sí. Nuestras partidas no son buenas. ¿Por qué? —Levantó la vista, y la montura de concha de sus gafas estaba llena de una luz curva—. Es porque los dos estamos enamorados. No podemos prestar atención a otras cosas.

—Yo no estoy seguro de estar enamorado. —¿Qué es, este «amor»?—. *Tú estás enamorado*.

—Sí, estoy enamorado. Amen, cuando juega, es feroz. Tumba las piezas con violencia. No cabe la menor duda: Amen no está enamorado.

El loco repiqueteo de trinquete de las cigarras (¿así era como reían los insectos?). Keith dijo:

—Amen en el jardín. Me recuerda a Bagheera, la pantera de *El libro de la selva*. Mirando con desasosiego entre las hojas de los árboles. Vigilando de cerca a Mowgli.

—Si él es Bagheera —dijo Whittaker—, tú eres Bambi. Cuando miras a Scheherazade. No. Eres la Dama mirando al Vagabundo.

—*La dama y el vagabundo*. Acuérdate de su primera cita; en el restaurante italiano. Cena para dos en un restaurante italiano.

—No es una primera cita muy típica en perros. Luego la Dama y el Vagabundo van a mirar a la luna. No aúllan, solo la contemplan... Keith, permíteme un consejo paternal. Cuando miras a Scheherazade en la cena, tienes los ojos humedecidos. Y un aire muy *mortificado*. Cuidado con eso.

Keith dijo:

—Esto no es nada. Cuando era adolescente, el mal de amores solía postrarme en cama. El profesor llamaba a casa, y mi madre tenía que cuidarme hasta que se me pasaba. Esto no es nada.

—Estaba pensando... ¿Los adoptados no suelen andar con mucha cautela en el amor?

—Sí. Normalmente lo hacen. Pero yo había tenido tanto éxito muy pronto, con Violet. Debí de pensar, no sé... Debí de pensar que podía hacer que las chicas me amaran. Todo lo que tenía que hacer era amarlas yo, y ellas me amarían a mí... Scheherazade no es nada. Me limito a admirarla de lejos.

—Mira siempre el lado luminoso... —dijo Whittaker, con cierta crueldad divertida en la línea de los labios—. Es la mejor amiga de Lily. Así al menos a Lily no le importará.

Keith tosió y dijo:

—Es la *segunda* mejor amiga de Lily. Tiene a Belinda, que está en Dublín. Prurito de precisión, es cierto. Pero Scheherazade es la *segunda* mejor amiga de Lily.

Amen —supo Keith— estaba en el autobús. Se dirigía hecho una furia hacia Nápoles. Estaba muy alterado con su hermana. Y ¿quién no lo estaría? Amen había oído que Ruua a veces se aflojaba el velo en el mercado, y exponía a la vista la boca y el mechón frontal del pelo. Whittaker dijo:

—Haz eso otra vez y esto se ha acabado.

—Bien. Ahogado.

—Oh, no. Ahogado es un final de partida en el que el rey no puede moverse más que a una casilla en la que estaría en jaque. Esto es tablas por repetición de jugadas.

Tienes que intentarlo, pensó Keith. Tablas por repetición: no querías eso. Se están riendo de ti, las cigarras, las pequeñas científicas locas del jardín. Los pájaros amarillos se ríen de ti. Cuando una chica tiene el físico de Scheherazade, y está desesperada, al menos tienes que *intentarlo*.

Así que no estás durmiendo, le dijo Lily, y *no estás comiendo*. *Te estás consumiendo, simplemente*.

Al final, por supuesto, el increíble hombre menguante, después de sobrevivir al gato y a la araña, sigue haciéndose más y más pequeño, y se va sumiendo en el cosmos de lo subatómico.

—Bien, Oona —dijo Lily—. ¿Qué opinas tú? ¿Ganará Adriano el corazón de Scheherazade?

—¿Adriano?

Era un cambio de tema de conversación. Oona estaba sentada corrigiendo galeradas en la mesa despejada del comedor, y se tomaba muy en serio su trabajo (había desplegado un manual de estilo, un diccionario y un montón de diarios y de fotografías). Su tía materna, Betty, había terminado sus memorias antes de su muerte reciente; y Oona se ocupaba de darlas a la imprenta —*para una casa de las vanidades*, decía—. Pero resultó que la anciana Betty tenía en su haber mucho que la enaltecía: mecenas de las letras, viajera, aventurera erótica. Keith había prestado atención durante media hora a aquel material: la vida de Betty y su época. Yates, divorcios diabólicos, magnates, genios alcohólicos, accidentes de coches, lentejuelas, suicidios estratosféricos... Whittaker y Scheherazade estaban en la antesala más cercana, jugando al *backgammon* con gran ferocidad (hacían mucho uso de la posibilidad de doblar), a una lira el punto. Adriano no estaba en el grupo: lo habían requerido para quién sabe qué nuevo lance temerario (en el que había simas o paracaídas). Oona, que tenía los ojos más expertos que Keith había visto en su vida, dijo con meticulosidad:

—Bueno, es un hombre muy entusiasta, el tal Adriano. Y persistente. Y a nosotras

nos impresiona la persistencia. A las mujeres. Pero está perdiendo el tiempo.

Lily dijo:

—¿Porque es demasiado..., mmm, pequeño?

—No. Ella hasta podría mostrarse tierna en ese aspecto. Teniendo como tiene el corazón tan blando. Es el despilfarro italiano lo que no le gusta nada. Demasiado teatral. Dice que Timmy necesita que le den una lección. Pero perdonará a Timmy. Los tiempos cambian, pero los tipos no, y ella no es de ese tipo. Yo *era* de ese tipo. Y lo sé. Keith, querido, ¿cuál es el significado literal de *pandemónium*? ¿Es como *panteón*, pero al revés?

Durante la cena Keith había hecho un esfuerzo consciente para no mirar a Scheherazade, y se sorprendió de lo fácil que le había resultado, y también de lo airosamente que había hablado y bromeado y esgrimido sus grilletes. Hasta que de verdad echó una mirada de soslayo. La cara de Scheherazade estaba ya fija en la suya: sin parpadeos, decididamente peculiar —como siempre—, decididamente personal y (pensó) calladamente inquisitiva. Con la boca en forma de un arco en horizontal. Y, a partir de aquel momento, y hasta el final, no mirarla se convirtió para él en una de las tareas más arduas que había acometido en su vida. ¿Cómo negarte a ti mismo una esencia vital? ¿Cuando la tienes ahí mismo, enfrente? ¿Cómo hacer eso? Keith dijo:

—Oona, ¿por qué tachas y tachas arriba y abajo de las hojas?

—Viudas y huérfanas —dijo Oona—. Una palabra sola arriba de la página. Una línea sola, abajo. Yo soy viuda.

—Y yo huérfano.

Oona sonrió, y dijo:

—¿Te acuerdas?

—¿Del orfanato?

Keith contestó que no, que no lo recordaba... Recordaba otro orfanato y a otro huérfano. Cada fin de semana, durante cosa de uno o dos años, iban allí en coche, toda la familia (era del tipo de cosas que hacía esta familia), y lo sacaban para pasar la tarde —al pequeño Andrew—. Y el orfanato era como una catequesis o un seminario que se prolongaba las veinticuatro horas del día: gruesos pilares de madera, bancos dispuestos en hilera y grupos de niños extrañamente silenciosos. El propio Andrew estaba callado la mayor parte del tiempo. Había muchos silencios en el Morris 1000, en el salón de té de la costa, en el museo-mercado rural, ese tipo de silencios que son bramidos en los oídos de un niño. Luego lo volvían a dejar en el orfanato. Keith recordaba la calidad silente de la palidez de Andrew, tanto al salir de él como al volver a entrar.

—¿No te importará hablar de ello, supongo?

—No —dijo. Y pensó: Se trata de mí, ¿no?—. Ser huérfano no es ninguna nadería. Pero tampoco lo es todo. Dista mucho de serlo. Es, simplemente... *eso*. Dios. ¿Es esa Frieda Lawrence?

—Mmm. Oh, venían algunas veces. En los años veinte. Era una niña entonces. Pero me acuerdo de ellos.

Keith tenía en la mano una fotografía de definición pobre en la que aparecía Frieda, con su cara madura, rural, engañosamente honesta. Y D. H., un tanto de perfil, con su barbilla terca, de malas pulgas, y su barba negra, corta y tupida. Los dos estaban de pie enfrente de la fuente. La fuente de aquel patio. Keith dijo:

—Los Lawrence, *aquí*... Leí la trilogía de Italia justo antes de venir. En los libros la llama *la a-r*. La abeja reina.

—Bueno, en la vida real la llamaba *la escoria*. En público. Está bien. Era un hombre muy avanzado. Betty sentía fascinación por Frieda. Ya sabes, Frieda lo traicionaba *todos los días*. Frieda. Era infiel por naturaleza. Pero lo hacía por principios. Pensaba que el amor libre liberaría al mundo.

Lily dijo:

—¿Dónde dormían cuando estaban aquí?

—En la torre sur. En tu cuarto o en el de Scheherazade.

—Dios —dijo Keith. E instantes después pensó en México (y en Alemania... Frieda Lawrence, de soltera Von Richthofen), y dijo—: Me pregunto qué estará haciendo Conchita. Espero que esté bien.

—¿Conchita? —dijo Oona, con cierto recelo en el ceño—. ¿Por qué no iba a estarlo?

—Por nada. —Pensaba en Conchita en Copenhague, en Ámsterdam, en Viena... En Berlín, donde habían tenido lugar dos guerras mundiales—. Me lo preguntaba, sin más.

No habían dado aún las once, pero la velada tocaba a su fin, como deferencia con Oona, que pronto les dejaría para viajar a Roma, a Nueva York. No jugaría, por tanto, al Red Dog, ni a All Tours, con Scheherazade; ni al Racing Demon... No aquella noche. Con una linterna en la mano, bajo una luna de calavera, Keith se dirigió con las dos chicas hacia la torre oscura.

¿*Te molesta venir, Keith?*, le había preguntado su padre más de una vez (refiriéndose a las tardes que pasaban con el huérfano Andrew). ¿*Preferirías quedarte?* Y Keith había dicho: *No. Tenemos que hacerlo*... Tenía nueve años, y aún no era feliz; pero era un chiquillo sensible y decente. Y siguió siendo sensible y decente hasta que le llegó la felicidad. Sensibilidad y decencia. Una de estas dos cualidades —o tal vez las dos— tendría ahora que ceder.

Beee..., decían las ovejas. *Gueee... Deee...*

Estaba haciendo el amor con Lily.

Cuando Keith engatusó a Lily para que bajara a la piscina en *topless*, perseguía tres objetivos. El primero: ello paliaría su incomodidad cuando mirara los pechos de

Scheherazade (misión cumplida). El segundo: incrementaría —siquiera mínimamente— el parecido de Lily con Scheherazade cuando las dos estuvieran desnudas de cintura para arriba (misión cumplida). El tercero: podría ser bueno para su seguridad sexual en ella misma, tan mermada —tenía él la impresión— por la constante proximidad de Scheherazade (resultado poco claro).

Estaba haciendo el amor con Lily.

Los brazos y las piernas de su espectral hermana seguían disponiéndose de la misma forma, como se disponían siempre, y las manos se suavizaban, y las dos lenguas exploraban las dos bocas...

Estaba haciendo el amor con Lily.

Años atrás había leído que la unión sexual sin pasión es una forma de sufrimiento, y también que *el sufrimiento no es relativo*. ¿Es el placer relativo? Compárese un salón de baile con una cárcel, compárese un día en las carreras con un día en el manicomio. O, si se quiere situar a ambos —el placer y el sufrimiento— en el mismo lugar: una noche en un burdel con una noche en la sala de partos.

Estaba haciendo el amor con Lily. *Peee. Meee. ¡Neee...!*

—Joder —dijo Lily después, en la oscuridad.

—Las ovejas. ¿Qué les pasa? Traumatizadas.

—Traumatizadas. Por Pulgarcito.

Adriano, hacía dos noches, había llegado a cenar en helicóptero. Y hasta hacía dos noches los horrisonos chillidos de las ovejas en la terraza de arriba no habían hecho sino expresar aburrimiento: el aburrimiento (desgarrado, de alguien hasta la coronilla) absolutamente comprensible e inherente a la condición de oveja. Las ovejas no balan. Las ovejas bostezan. Pero Adriano, como un furioso asterisco, cayó sobre ellas traqueteando y batiendo el aire desde lo alto del cielo estrellado...

—Ya no suenan como ovejas —dijo Keith—. Suenan como una caterva de cómicos locos.

—Sí. Como *imitaciones* de ovejas. Completamente sobreactuadas.

—Completamente sobreactuadas. Sí. Las ovejas no lo hacen tan mal. —Luego añadió—: ¿Ves? Es más fácil, más rápido para Pulgarcito llegar aquí en helicóptero. Mucho más que en Rolls Royce. Y ahora todos torturados por las putas ovejas.

—¿Sabes cuánto medía Pulgarcito? O sea, el Pulgarcito verdadero. El del cuento... Muy bien. Puedes elegir. ¿Diez centímetros, doce centímetros, quince centímetros...?

Keith dijo:

—Diez centímetros.

—No. Quince centímetros.

—Ah, pues no está tan mal. Comparativamente.

—Lo que medía el pulgar de su padre... He pensado uno —dijo Lily—. Solo ella entre las de su Sexo Histérico.

—Ese no vale, Lily. El bello sexo histérico. El sexo histérico débil. No funciona

así. Vale, de acuerdo: el sexo histórico cortés. Ese sí vale. El tuyo no.

Neee —decían las ovejas—. *Neee... ¡Neee!*

Hacer el amor con una chica fragante de veinte años, en verano, en un castillo, en Italia, mientras la vela llora su luz...

La acción es transitoria —un paso, un soplo—.
El movimiento de un músculo —de este modo, de otro—,
y en el vacío de después
nos asombramos, cual hombres engañados:
el sufrimiento es permanente, oscuro, arcano.
Y comparte la naturaleza de la infinitud.

Hacer el amor con una chica fragante de veinte años, en verano, en un castillo, en Italia.

Dios, ni en el cielo podrían soportarlo. Ni en el cielo *podrían soportarlo ni un segundo más*, y harían la guerra. Casi la mitad de ellos —ángeles y arcángeles, virtudes, potestades, principados, dominaciones, tronos, serafines y querubines— no lo soportarían *ni un segundo más*. Ni en el cielo, donde se pasean por pavimentos purpúreos sembrados de rosas risueñas, donde se recuestan en nubes ambrosíacas, donde beben a grandes tragos inmortalidad y alegría; ni siquiera en el cielo *lo soportarían ni un segundo más*, y se levantarían, y darían la batalla, y la perderían, y serían arrojados por las almenas de cristal, y caerían en el Caos, y, abajo, levantarían el palacio negro de Pandemónium, el lugar de todos los demonios, en las Profundidades del Infierno. Satán, el Adversario. Y Belial (el inútil), y Mammón (el codicioso), y Moloch (el devorador de niños), y Belcebú, cuyo nombre significa Señor de las Moscas.

Estaban en el suelo de la sala de armas, metiendo los naipes en la caja de madera, Scheherazade con un delgado vestido azul, sentada a lo amazona, y Keith en camisa y vaqueros, sentado al estilo indio. Keith estaba recordando que en casa, durante un tiempo, a su hermano y a él los conocían por los Dos Lawrence. Él era D. H. y Nicholas era T. E. Thomas Edward (1888-1935); David Herbert (1885-1930). El arqueólogo y hombre de acción rubio; el hijo tuberculoso de un minero de Nottingham. Lawrence de Arabia y el amante de Lady Chatterley. Keith dijo:

—Es un pensamiento estimulante. Quiero decir históricamente. David y Frieda durmiendo en una torre. Me pregunto en cuál de ellas.

—Al parecer —dijo Sheherazade— Frieda dormía en las dos.

—Dependía de quién estuviera en la otra.

—Mamá dice que Frieda solía presumir de lo rápidamente que había seducido a David. En un cuarto de hora. Mientras su marido servía jerez en la otra sala. No está nada mal para haber sido en..., ¿en qué fechas?

—No sé, ¿en 1910? Scheherazade... Hay algo que debo... —Encendió un cigarrillo. Suspiró y habló... Algunos suspiros pueden perderse entre las hojas de los árboles. Algunos suspiros pueden disiparse sobre losas de piedra, sobre la hierba, sobre la arena. Algunos suspiros penetran la corteza, otros el manto. El suspiro que Keith necesitaba tendría que acercarse todo lo que pudiera al infierno. Pero no pudo llegar a él, de modo que suspiró y dijo—: Scheherazade, hay algo que debo decirte. Te pido perdón de antemano, pero debo decirte algo.

Las cejas de su amiga estaban tan rectas como el suelo sobre el que estaban sentados.

—Bien —dijo—. Seguramente te perdonaré.

—No creo que debas liarle con Adriano.

—Oh —dijo ella. Y parpadeó despacio—. Bien, no voy a liarle con Adriano. De acuerdo, estoy enfadada con Timmy, es cierto. Pero seguramente dejaré de estarlo en cuanto venga. Adriano siempre está con el amor en la boca. Y a mí no me gusta eso. Habría estado mucho mejor si se me hubiera insinuado discretamente. Entonces yo habría averiguado qué sentimientos me despertaba.

La rotación de sus caderas, el viraje de sus muslos. Se arrodilló, se puso de pie (se acabó todo).

—Me pregunto cómo voy a salir de esta situación sin... Pobre Adriano. Ha empezado a apelar a mi piedad, y soy muy vulnerable a eso. Está planeando un viaje a Roma. Una sorpresa. Se lo diré entonces. Y me sentiré más libre anímicamente... Uf. Es un poco agotador, tener que decir todo esto. Vamos a la cama. Si tú coges esos vasos yo llevaré la lámpara.

2. PARTES DEL CUERPO

El cuello del ser amado era como uno de esos cilindros de luz que se ven cuando no hace buen tiempo, cuando los rayos de sol empiezan a encontrar su camino a través del colador de las nubes. Como una alta pantalla de encaje blanco. Este estilo de pensamiento —sabía Keith— no le era de gran utilidad, así que dedicó su atención a otras cosas.

—Es demasiado grande —dijo Lily—. Demasiado grande.

—Siento como si lo estuviera viendo por primera vez —dijo Scheherazade—. Y es absolutamente enorme, ¿no te parece?

—Absolutamente enorme.

—Y no lo llamarías gordo exactamente.

—No. Y es... bastante alto.

—Sí, es alto. Y no tiene una forma fea.

—Así a simple vista.

—No. Pero es excesivo —dijo Scheherazade.

Lily dijo:

—Muy excesivo.

Keith escuchaba. Estaba bien ir por ahí con las chicas: al cabo de un rato, piensan que no estás presente. ¿De qué estaban hablando Lily y Scheherazade? Estaban hablando del culo de Gloria Beautyman... En las barras de ejercicios, sin que nadie lo mirara, Adriano se enroscaba, daba vueltas, se estiraba, con las piernas extendidas y tensas hasta la mismísimas uñas de los dedos de los pies.

—No está nada proporcionado —prosiguió Lily, mirándolo bajo la pantalla de la mano—. Es como lo de esas tribus de la televisión. Esas que tienen unos culos enormes adrede.

—No. Los he visto en carne y hueso: esos culos grandes que se dejan a propósito. Y el de Gloria... Puede que sea tan grande como esos culos que son grandes a propósito... Pero ella es bailarina. Supongo que una bailarina del culo.

—¿Has visto alguna vez algo de semejante tamaño con mallas?

Gloria Beautyman, con un gorro de baño con pétalos y un traje de baño de tela ligeramente afelpada azul oscura, estaba bajo la ducha que había junto a la caseta de la piscina. Un metro sesenta y cinco centímetros, 85-60-95. Era una figura morena, de aire triste, sombríamente autosuficiente, con un ceño fijo sobre el puente de la nariz, como una V invertida (minúscula y en cursiva). El traje de baño de Gloria era unos cinco centímetros más largo de lo que parecía conveniente, a manera de una minifalda no demasiado atrevida; y su desmañado recato —por aquellos pagos— te hacía pensar en máquinas de baño y taburetes para el agua...

—Se está dando la vuelta otra vez —dijo Scheherazade—. Fiuu, es enorme, ¿no

crees? Ha adelgazado, y le sobresale un montón. Horrible, el bañador. De virgen.

—No, de solterona. ¿Cómo tiene las tetas?

—Las tetas no las tiene nada mal. Casi podría decir que son las tetas más bonitas que he visto en mi vida.

—Oh, ¿sí? Descríbelas.

—Bueno, como la parte de arriba de esos vasos de postre. Pues..., perfectas. Lo bastante llenas para tener un toque como de... peso. Me encantaría tener unas tetas como esas.

—¡Scheherazade!

—Es verdad. A ella le van a durar. Y las mías no sé cuánto tiempo van a poder mantenerse tiesas.

—¡Scheherazade!

—Pues es cierto, no lo sé. Se las vas a ver cuando llegue Jorquil. Querrá que su chica las enseñe. Pobre Gloria. Está temblando por mi madre. Que no sabe ni la mitad de la historia.

Lily dijo:

—¿Quieres decir que no sabe más que lo de la manaza peluda debajo de sus bragas?

—Ni te lo imaginas, ¿verdad? Mírala. Casi una ursulina.

—Es como una esposa jovencita y sensata. Muy...

—Muy de Edimburgo. Mira. Oh, no. También se ha cortado el pelo muchísimo. A mí me gustaba largo. Por eso parece que tiene la cabeza tan pequeña comparada con el cuerpo. Más penitencia. Arpillera y cenizas. No, no son las tetas.

—No. Es el culo.

—Exacto. Es el culo.

Adriano seguía contorsionándose como una girándula o una hélice en la barra superior del entramado de los ejercicios. Keith pensó: Esperaré a que se caiga de allí arriba e iré a contemplarle ahí caído durante un rato. Y Lily, poco dispuesta a dejar las cosas como estaban, dijo en tono concluyente:

—Es un culo esperpéntico.

El día transcurrió bajo un calor a plomo, sin una nube. Almuerzo, *Orgullo y prejuicio*, té, *Orgullo y prejuicio*, una conversación con Lily sobre el césped, Scheherazade y Adriano volviendo de la pista de tenis, duchas, bebidas, ajedrez... En la cena Gloria no bebió nada, por supuesto, y apenas habló, y mantuvo la cara —cuadrangular aunque también en forma de corazón— humildemente baja sobre el mantel. Oona —a quien se esperó en todo momento— no apareció; a cada levísimo cambio en el ambiente, Gloria se ponía rígida y dejaba de masticar. Luego dejó de comer. Mientras el resto de los comensales se disponía a dar cuenta de la fruta, ella,

con una vela doble, salió del comedor en busca —sin duda— del ala más desolada y distante. Su cabeza rapada, su figura envuelta en un blusón reculaban por el pasadizo. Se diría que, de paso, pretendía vaciar los cepillos o hacer su última visita a los leprosos en el sótano.

—Esta salida anticipada —dijo Whittaker, tras el sonido seco y metálico de una puerta pesada y lejana— va a extender un sudario sobre la velada.

—Tiene mal de amores, creo —dijo Adriano.

—No tiene mal de amores —dijo Scheherazade—. Tiene miedo de mamá.

—Un momento —dijo Keith—. ¿Le has dicho a Gloria lo que le contaste a Oona? ¿Que con el jugador de polo no hizo más que esnifar cocaína?

Adriano levantó la vista de pronto (alerta, tal vez, por la mención del jugador de polo), y Scheherazade dijo:

—Bueno, iba a hacerlo, pero no paraba de echarme miradas terribles. Como si acabara de asesinar a todos sus hijos. Así que pensé: Muy bien, dejaré que siga pensando lo que quiera.

—Hacedme caso —dijo Adriano, muy contento—. Tiene mal de amores.

—No tiene mal de amores.

—Ah... Entonces tendré que seguir sufriendo de amor yo solo. *L'amor che muove Il sóle e l'altre stelle*. El amor que mueve el sol y las estrellas. Así es el mío. Así es el mío.

—Es lo opuesto al amor.

Después de la cena, Keith se fue a la librería pentagonal con su cuaderno de notas. E hizo una lista, con el encabezamiento «Razones». Rezaba como sigue:

1) Lily. 2) Belleza. *Sche* tiene una belleza cotidiana en su vida que a mí me convierte en feo. Y la belleza no puede *carecer de*, ¿no es cierto? 3) Miedo al rechazo. Al rechazo escandalizado. 4) Ilegalidad. En sentido general y concreto. La presunción que se necesita está más allá de mi alcance. 5) Miedo a no ver las cosas claramente. Esas exhibiciones en el cuarto de baño tal vez no signifiquen nada en un mundo en el que Frieda Lawrence se hizo notar. Miedo a un error fatal de interpretación.

... Para entonces ya había adquirido cierta comprensión sobre el particular, sobre el asunto de insinuarse a las chicas. Estabas solo en una sala con la chica deseada, y se abrían dos futuros.

El primero, el futuro de la inercia y la inacción, le era ya enormemente familiar: era idéntico al presente. Era el demonio conocido.

El segundo futuro era el demonio del que nada se sabía. Un gigante con piernas largas como capiteles, brazos gruesos como mástiles y ojos ígneos como un par de

joyas atroces.

Era tu cuerpo el que decidía. Y Keith estaba siempre a la espera de sus instrucciones. En el suelo cubierto de gruesas alfombras se sentaba con la mujer que deseaba, y a medida que cada partida alcanzaba su ápice ambos se alzaban sobre las rodillas, y las caras se acercaban hasta que las separaba apenas el aliento.

En tal momento uno necesitaba la desesperación —y eso no le faltaba—. Desesperación. Pero su cuerpo no quería avenirse. Y él necesitaba que aquella envoltura le tapara los ojos; necesitaba volverse reptiliano, y recibir los jugos y sabores antiguos de los carnívoros.

Volvió a la lista, y añadió un sexto punto: 6) Amor. Y, sin esfuerzo alguno, encontró el poema.

El amor me dio la bienvenida; mas mi alma reculó,
culpable de polvo y pecado.
Pero el veloz ojo de Amor, viéndome flaquear
ya en mi primera entrada,
se acercó a mí y me preguntó con dulzura
si echaba en falta algo.

Un invitado, respondí, digno de estar aquí.
Amor dijo: tú serás ese invitado.
¿Yo, el poco amable, yo el ingrato? Ah, Señor,
no puedo mirarte.

El poema —en esencia un poema religioso— continúa, y se da un final feliz. El perdón y la maravillosa aquiescencia:

Amor me cogió de la mano y, sonriendo, respondió:
¿Quién creó los ojos sino yo?

Cierto, Señor, pero son míos: deja que mi vergüenza
vaya a donde merece.
¿Y no sabes —dijo Amor— quién cargó con la culpa?
Oh, Señor, entonces seré yo quien te sirva.
Tú debes sentarte —dijo Amor— y probar mi carne.
Así que me senté y comí.

Pero era el amor el problema. Porque era lo que él tenía, y era lo que ella no quería. Él se encogía y ella crecía. Él era el increíble hombre menguante. El gato, la araña, y luego lo subatómico: el quark, el neutrino, algo tan diminuto que no encontraba resistencia al atravesar el planeta de un extremo a otro.

—Corrígeme si estoy equivocado —dijo—, pero ¿Scheherazade lleva puestas tus bragas?

—*Due caffè, per favore...* ¿Cómo has visto tú las bragas de Scheherazade?

—¿Que cómo he visto las bragas de Scheherazade? Verás, Lily. Te lo explicaré. Miré hacia donde ella estaba sentada en el sofá, antes de la cena. Y así es como le vi las bragas a Scheherazade.

—Mmm. Muy bien.

—Quiero decir que no es ninguna gran hazaña verle las bragas a Scheherazade, ¿o sí? O vértelas a ti. Creo que habría que levantarse un poco más temprano por la mañana para verle las bragas a Gloria. O a Oona. Pero no es ninguna hazaña verle las bragas a Scheherazade. O a ti.

—Déjate de *zalamerías*... No, es cierto. Hoy día las bragas es otra de las cosas que las chicas se ponen por fuera.

Después del desayuno en la cama, seguido de la violación de los límites que ambos conocían tan bien, Keith y Lily bajaron andando al pueblo. *Tener una cita con tu hermana*, por supuesto, era sinónimo de aburrimiento. Tener relaciones sexuales con tu hermana, por otra parte (suponía él), tenía que ser inolvidablemente aterrador. El sexo con Lily no era inolvidablemente aterrador. Ni aburrido, una vez que había empezado. Y sin embargo su mente y su cuerpo no estaban en armonía. El único nexo que lograba ver entre sus dos hermanas era la *baja autoestima*. Lily amaba a Keith, o eso decía; pero Lily no amaba a Lily. Y quizá era eso lo que las chicas necesitaban en el nuevo orden: un narcisismo acérrimo. Sonaba extraño, pero posiblemente era cierto: tenían que querer follar por voluntad propia. Keith dijo:

—*Yo soy un chico. Esta es una chica.*

—No hagas eso —dijo Lily.

—¿Por qué miran fijamente? *Esto es una camisa. Esto es una falda. Esto es un zapato.*

—¡Basta ya! ¡Es grosero!

—Mirar fijamente también es grosero. En fin. ¿Scheherazade lleva tus bragas?

—Sí.

—Eso me pareció. Y me escandalizó bastante. Allí estaba sentada, con unas bragas tuyas, posiblemente las más *sexys*.

—Le regalé unas... Le enseñé mis bragas, y le gustaron mucho. Así que le regalé dos pares.

Keith imaginó a continuación la escena siguiente: él enseñándole los calzoncillos a Kenrik, y, al ver lo mucho que le gustaban, regalándole un par de pares. Lily prosiguió:

—Me dijo que mis bragas hacían que las tuyas parecieran calzones de gimnasia. O calzoncillos. O protectores de juanetes... Tú tienes algo con las bragas...

Keith dijo:

—He sufrido mucho con las bragas.

Era, de hecho, un tema un poco delicado, el de las bragas de Lily. Cuando ella le dejó, en marzo, salió por la puerta con una ropa interior funcional. Cuando volvió, llevaba bragas en la onda, *sexys*. ¿Qué ha tenido que pasar en la mente de una chica —se preguntaba Keith— para que se haya cambiado a las bragas *sexys*?

—Doris —dijo Keith, quizá con una amargura desmesurada.

—¿Cuándo fue esa Doris?

—Mucho antes de ti. Me acosté con ella noche tras noche durante cinco meses. Me llevó diez semanas quitarle el sostén. Luego tuve que vérmelas con las bragas. Y no eran bragas *sexys* tampoco. Lo genial de las bragas *sexys* es que sabes que la chica se las va a quitar. Eso es todo. Te tranquiliza el espíritu.

—Incluso en ese caso sigues teniendo algo con las bragas.

—No, *Doris* tenía algo raro con las bragas. —Se levantaba con las bragas puestas. Se metía en la cama con bragas. Keith sentía ganas de decirle: *Doris, tienes algún problema con las bragas. Llevas las bragas puestas (bragas diferentes, sí, pero bragas al fin y al cabo) veinticuatro horas al día—*. Le decía una y otra vez: *Estamos en 1968, por el amor de Dios...* No hacía más que darle la lata con lo de la revolución sexual... Y ¿sabes? Dejé de estudiar Psicología por culpa de las bragas. Cuando leí lo que Freud dice de ellas, lo de que son fetiches. Dice que las bragas de tu madre son lo último que ves antes del trauma de descubrir que no tiene pene. Así que las conviertes en fetiche. —Y, a la sazón, pensó que si aquello era cierto todo el proyecto humano debería abandonarse calladamente—. Me cambié a Literatura Inglesa ese mismo día.

—Ya basta de bragas.

—De acuerdo. Pero también está Pansy.

—Dios. ¿Quién es Pansy?

—Te lo conté. Una amiga de Rita. En realidad una protegida de Rita. —Con Pansy, Lily, padecí la noche trágica de las bragas—. No pongas esa cara. ¿Cuándo vas a contarme lo de Anthony? ¿Y lo de Tom? ¿Y lo de Gordon?

—Y todo —dijo Lily— porque se me ocurrió darle a Scheherazade unas bragas mías.

Keith dobló varios billetes debajo del platillo.

—Vamos a echar una mirada rápida a la rata.

—Puede que la hayan vendido. Puede que, mientras estamos aquí hablando, le estén prodigando mimos en alguna adorable casita de alguna parte.

—Adivina lo que pasa al final de *La abadía de Northanger*. Frederick se folla a Isabella. No se casa con ella. Solo se la folla.

—¿Drogada?

—No. —Pero lo pensó mejor, y sí, Isabella estaba bajo la influencia de una droga: la droga del dinero—. Se persuade a sí misma de que Frederick va a casarse con ella.

Después.

—Así que es su ruina. Su perdición.

—Totalmente. En fin. ¿Por qué quiere Scheherazade de pronto bragas *sexys*? ¿Por qué se pasea por ahí —persistió Keith— con unas bragas tuyas, posiblemente las más *sexys* que tienes?

—Para estar lo más seductora posible para Pulgarcito.

Y Keith se permitió una carcajada callada mientras caminaban por la calle hundida. Sin embargo, también se le había ocurrido que Adriano y él estaban atrapados en la misma contradicción: los dos eran retrógrados, los dos eran contrarrevolucionarios. En el antiguo régimen, el amor precedía al sexo, y eso había dejado de ser así para siempre.

—Ahí la tienes. Sombría como la muerte. Sabe que no iré a ninguna parte. Jamás.

—Eres tan cruel.

—No lo soy tanto como debiera.

—No es más que un perrito con una cara graciosa.

—Deberías renunciar a eso de que es un perro, Lily. Y alabarla como rata. Con todas las virtudes habituales de las ratas. —Entre estas el abrazo codicioso de la vida, un abrazo particularmente ansioso, al nivel de la *nostalgie*. *La nostalgie de la boue*: el anhelo de volver al lodo de procedencia, a la porquería, a la mierda—. Las ratas se mueven más.

—Eres tan horrible. Es un perro.

... Cuando llega el momento binario, y uno tiene que elegir entre dos futuros, y elige el desconocido, y actúa en consecuencia, algo extraño ha de suceder. La mujer deseada, en lugar de volverse más intensamente ella misma, tiene que hacerse genérica. Las partes del cuerpo, esto y aquello y lo de más allá de ella, tienen que recular, tienen que perder definición e individualidad. Tienen que ser todas las mujeres, todas las chicas. Y en Scheherazade no podrá de ningún modo darse eso.

3. MÁRTIR

Adriano tenía muchos coches, incluido uno de carreras con una sola plaza para el conductor, como una canoa. Al volante, con sus gafas de piloto, parecía un tejón motorizado en un libro para niños. Pero ese día, a mediodía, era el Land Rover de asientos altos el que esperaba en el camino de grava, ante la verja del castillo: un vehículo del tamaño de un tanque Sherman, con Adriano de pie en el asiento del conductor, o en el salpicadero, sacando la cabeza por el techo solar y agitando al aire las manos profusamente enguantadas. Scheherazade, Lily y Whittaker montaron en el Land Rover y partieron rumbo a Roma.

Keith bajó a la piscina con idea de trabar amistad con Gloria Beautyman. La historia de la familia, después de todo, le había condicionado a ser amable con las chicas caídas en desgracia. Había quien podría afirmar (y Lily se contaba entre ellos) que ahí estribaba precisamente parte de la dificultad: Keith y su familia no tenían buena mano con los escándalos. Carecían del talento y de la energía necesarios para vérselas con ellos. Les parecía menos lioso perdonar. Y habría quien podría decir, además, que Violet, tras algunas transgresiones más caóticas y multiformes que las de Gloria en su fascinante desliz... Bueno, podía verse en sus ojos: Violet se preguntaba cuánta acerba censura más tendría que soportar antes de poder volver a las transgresiones.

—¿Puedo? ¿Te importa?

—No. En absoluto.

Se acomodó con calma y afabilidad —y con *La abadía de Northanger*— al lado de Gloria. ¿Cómo explicar el aplomo y la vivacidad de su ánimo? Bien, Keith aguardaba con verdadero anhelo el rechazo de Adriano por parte de Scheherazade (*Me sentiré más libre anímicamente*). Y tenía un proyecto, o una política nueva. La «carnalización». Desenamorarse de la amada. Puedo afirmar (entre nosotros) que aquel iba a ser un día muy malo para los intereses de Keith —para lo que él veía entonces como sus intereses—. Estaba feliz, y recién duchado, y tenía veinte años. Gloria dijo:

—Me has dado un susto. Pensé que eras Oona. —Aspiró profundamente, y espiró hasta el último gramo de aire—. ¿Siempre hace este calor?

—Va haciendo más y más calor, y al final hay una tormenta.

Gloria también tenía un libro en el regazo, que ahora dejó a un lado, marcando la página con la matriz de un billete de tren. Parecía prepararse para descabezar un sueño, pero al poco —sorprendentemente—, con los ojos cerrados, estaba diciendo:

—¿Tengo razón al pensar que Scheherazade ha ido a Roma para comprarse un monokini esta tarde? Le oí anunciar ese propósito.

¿Tengo rrazón al pensar...? Su voz era cálida y civilizada, y la escueta

enunciación —lo que llaman *crystal tallado*— parecía muy en consonancia con Edimburgo, la ciudad de la economía (y de la filosofía política, y de la ingeniería, y de las matemáticas), la ciudad del pensamiento fuerte. Keith dijo:

—Sí, lo dijo. ¿No?

—Ya sé... La alegría de las naciones. Y todo eso. Pero la frivolidad tiene sus límites. Es un trayecto de tres horas en coche. Acabo de hacerlo.

Keith estuvo de acuerdo en que era un trayecto muy largo.

—Un monokini. ¿Qué pensaba que llevaba puesto esta mañana, entonces?

Sus ojos seguían cerrados, así que Keith la miró: la cara cuadrangular acabada en una barbilla delicadamente en punta, la línea fina de la boca, la nariz netamente celtibérica, el pelo negro a lo chico. Abrió los ojos de pronto, del todo. Keith dijo:

—Bueno..., esta mañana llevaba un bikini.

—Sí. Un bikini al que le faltaba la mitad de arriba. Dicho de otro modo, llevaba monokini. Ciento cincuenta kilómetros. ¿Los monokinis son más baratos que los bikinis? ¿Cuestan la mitad? Puede que yo sea anticuada. Pero, la verdad...

Sobrevino un silencio y Keith se puso a leer *La abadía de Northanger*. Retrocedió para comprobar si era un hecho que Frederick Tilney se había follado a Isabella Thorpe. La novela se había hecho en parte epistolar, y era muy difícil saberlo con certeza. Y este era, después de todo, el único acontecimiento cataclísmico de toda la novela. Trató de sopesar este hecho: un solo acto sexual que entrañaba un sentido maligno para toda su existencia... Keith supuso que la caballerosidad le obligaba a defender a Scheherazade, y a decir a Gloria que existían otras razones para su viaje a Roma. Por ejemplo, tomar el té en el Ritz con Luciano, el padre de Adriano. Keith sabía, además, que Scheherazade, no contenta con la compra de un monokini, planeaba gastarse *cien dólares en ropa interior* (le regalaría unos cuantos pares de bragas a Lily). ¿Qué está sucediendo?, pensó. Hubo un tiempo en el que él habría desaprobado todo esto: habría alzado la vista de *La búsqueda común* o de *La imaginación liberal*, y se habría preguntado en voz alta sobre formas mucho más sensatas de gastar el dinero. Gloria dijo:

—¿Soy una mojigata o todo está yendo demasiado lejos? Esa obsesión por enseñar. —Miró más allá de él y dijo para sí misma, con sonrisa neutra—: Ah, aquí está. *Porque la cosa que más temor me infundía me ha llegado...*

Keith se volvió. En el césped de arriba, con unas tijeras de podar en cada mano, Oona se movía entre las rosas.

—*Y me ha acontecido lo que temía*. Mira. Mira cómo da largas. Ooh, me la voy a cargar. Por supuesto, sabes por qué, ¿no?

Lily siempre le estaba diciendo a Keith, a modo de sincero reproche, que no tenía ningún talento para mentir. *Eres imposible*, solía decirle, alzando las manos al aire y moviendo lentamente la cabeza. *Es patético, de veras. Y por eso no eres bueno dando coba, y eres tan fácil de pinchar...* Keith se quedó callado (planeaba decir algo ingenioso) y Gloria dijo:

—¿Debería esperar? ¿O es mejor que suba y me presente para que me ejecute?

—Oh, yo no me preocuparía por Oona. Oona no se va a molestar en absoluto por un poco de cocaína.

Durante unos instantes se sintió escrutado por un penetrante poder inquisitivo.

—¿A qué te refieres?

—Oh, lo siento. He oído que te pillaron esnifando cocaína en el cuarto de baño, en una fiesta. Eso no le molesta en absoluto a Oona. Lo ha visto todo, esa mujer.

De nuevo sintió la afilada hoja del escrutinio. Luego esta pasó, y Gloria se arrellanó en su asiento.

—De acuerdo. Que elija ella el momento. —Volvió a coger el libro. Incluso empezó a tararear tenuemente. Discurrieron los minutos, las páginas. Al final dijo—: ¿Dónde estábamos?

—Oh, en lo de enseñar. Que todo ha ido demasiado lejos. ¿A qué te referías? ¿A la emancipación... sexual?

—Acaba de haber un gran revuelo en Londres —dijo Gloria— porque han empezado a enseñar el vello púbico.

—¿Quiénes?

—Las mujeres. Oh, ya sabes. En las revistas para hombres.

—Eso difícilmente puede considerarse una decisión feminista.

—Yo no he dicho que lo fuera. Creo que degrada a todo el mundo, ¿no te parece? Pero ha llegado. Es el signo de los tiempos... Buen Jesús. Manso y apacible. Muy bien...; que cada cual saque lo peor de sí mismo.

Oona bajaba hacia ellos. Se detuvo en la terraza intermedia y se volvió con una brusca inclinación de cabeza. Gloria se envolvió con una toalla; sus pequeños pies se deslizaron —reptaron, como a hurtadillas— en las sandalias de dedo.

—Reza por mí —dijo, y se alejó arrastrando los pies y envuelta en los pliegues blancos.

El libro que había dejado en la silla resultó ser una biografía popular de Juana de Arco. Juana de Arco, guerrera y abanderada —que acaudillaba ejércitos, rendía ciudades, levantaba sitios— a la edad de diecisiete años. La edad de Violet... Buscó el último capítulo. La Doncella de Orleans —leyó— fue condenada a muerte por herejía, pero el pretexto judicial tuvo que ver con una constricción bíblica relativa a la vestimenta. Su crimen de vestuario lo perpetró para conjurar otra clase de crimen: la violación. La quemaron en la hoguera en Ruán, en 1431 (no había cumplido los veinte años) por vestirse como un muchacho.

Keith se desplazó a la sombra. Su charla con Gloria le había supuesto la primera punzada de nostalgia. Quería volver a Inglaterra y hacerse con una de aquellas revistas para hombres... Y de nuevo lo percibió: una trepidación en el aire, un olor que trae el viento y que hace que los ñus se congreguen y se lancen a la carrera.

Seguía asombrándole cuán débiles resultaban ser siempre las prohibiciones, y cuán dispuesto estaba todo el mundo a reivindicar un nuevo escenario —cada centímetro de él—. Una anexión automática. Lo que, en los niños, se denomina *autoextensión*: proceso de acumulación de cada facultad y libertad emergentes, sin gratitud, sin pensamiento. Y, entonces, ¿dónde estaban los malos, los aguafiestas; dónde las desdichas, dónde la policía?

Cerró los ojos. Cuando los volvió a abrir, los ángulos de las sombras se habían afilado discretamente y Amen estaba en la piscina, deslizándose por el agua sin emitir ningún sonido. Apenas se veía su cabeza y su imagen especular. Cuando Adriano nadaba, parecía luchar con el agua, lanzaba patadas y rodillazos, asestaba puñetazos (y se desplazaba por ella, justo es admitirlo, a una velocidad increíble). Tal vez fuera su propio reflejo lo que Adriano quería destruir... Ahora, en el extremo opuesto, Amen salió hasta el borde, plácido y silente. E hizo una pausa. Y dijo en voz alta:

—*Ça va?*

—*Bien. Et toi?*

¿Jugarían a las cartas aquella velada? Y ¿hasta dónde llegaría con su otro proyecto nuevo? ¿Con su proyecto o política nueva?: la reptilización intencionada. Convocaría al ave de rapiña, con sus ojos cerrados a cal y canto, con su sonrisa cretina y codiciosa, con sus dientes chorreantes. Una vez conjurado y activado, por supuesto, el tiranosaurio sería desechado. Keith podría amar. Cambiaría de figura, que ya no sería reptiliana, ni mamífera, ni siquiera ya humana, sino la más amable de las formas angélicas.

Los querubines, se decía, eran plenos y perfectos en su adoración de Dios. Pero los ángeles más amables eran los serafines: eternamente trémulos y de altas miras, como lenguas de fuego. Así sería él. El serafín extasiado, que adora y arde. Keith se durmió.

Ahora no era Amen quien surcaba la superficie gris, sino Gloria. El orbe negro giraba, y él vio al instante que Gloria era más liviana. Más liviana, por supuesto, por el peso del agua que su cuerpo desplazaba; pero más liviana en los ojos, más liviana en la línea de la boca. Buceó unos metros y reapareció bajo la sombra del trampolín.

—Mmm. Me gustaría dormir un poco... Y a propósito: olvida lo que he dicho de Scheherazade. Que tenga su monokini. Con mi bendición.

Observó cómo su figura chorreante subía la escalerilla metálica; y se le ocurrió fugazmente que Gloria era dos mujeres diferentes unidas por la cintura. Sí, el cuerpo de una bailarina —imaginó—, con los músculos de las pantorrillas, de los muslos, empujando hacia arriba, pugnando hacia arriba... El traje de baño de Gloria: el bañador de ese día (Lily y Scheherazade estaban de acuerdo) era aún peor que el del día anterior. La linde inferior se resolvía no en una falda tipo ceñidor, sino en los arranques de un par de holgados y recios pantaloncitos cortos.

—Dejemos que sea una manirrota —dijo Gloria, dándose unos golpecitos con la toalla en un oído—. ¡Y una exhibicionista!

Keith encendió un cigarrillo.

—¿A qué se debe ese cambio radical de ánimo?

—Oh, la ironía, ¿no? Oh, sí. Vosotros, jóvenes e inteligentes varones. No. Esa querida chica ha sido para mí mejor amiga de lo que pensé que sería. Eso es todo.

—Bueno, me alegro.

Y, por primera vez, Gloria sonrió (mostrando dientes de una fuerza salvaje, e idealmente blancos, y con una levísima tonalidad azul). Dijo:

—¿Y qué es para ti todo esto? ¿Toda esa exhibición? Venga. A tu edad. Es una mujer muy atractiva, ¿no crees?

—¿Quién? ¿Scheherazade?

—Sí. Scheherazade. Ya sabes, esa chica alta de piernas y cuello larguísima y con un pecho enormemente desarrollado. Scheherazade. Tú tienes a Lily, por supuesto, pero estás hecho a ella. ¿Cuánto lleváis, un año? Sí, te has acostumbrado a Lily. Scheherazade. ¿Qué se imagina que te ronda por la cabeza? ¿Qué?

—Te diviertes.

—¿No ves lo que estoy diciendo? Estás tú. Y está ese italiano. Sois dos hombres jóvenes. El sol calienta con fuerza. ¿Qué se supone que estáis pensando?

—Te acostumbras.

—¿Sí? ¿Y a... Whittaker qué le parece? ¿Y a ese otro que merodea por ahí? Obviamente es musulmán. Si alguien alardea de ese modo de sí mismo, tendría que pensar en conseguirse un público.

—¿Y por eso tú eres más discreta? ¿Con tu persona?

—Bueno, en parte —dijo ella, sentándose en una silla de mimbre y alargando el brazo hacia la biografía de Juana de Arco—. Todo esto no ha llegado hasta hace un año. No es algo en lo que hubieras tenido que pensar antes. Jorquil insiste a veces, pero yo he decidido que no puede hacerlo. Exhibirme.

—Por recato.

—Existe otra razón. Que también tiene que ver con el novio de una.

Keith dijo, con cautela:

—Si es la razón que creo que es, creo que entiendo tu punto de vista.

—¿Cuál es la razón que crees que es?

—No lo sé. Devaluación. Desmitificación.

—Bueno, sí —dijo Gloria, y bostezó—. Pierdes el elemento sorpresa. Pero no es eso. —Le dirigió una mirada a un tiempo amigable y desdeñosa—. Supongo que no hay nada de malo en que te lo diga. ¿Cuántos años tienes? ¿Diecinueve?

—Cumpliré veintiuno dentro de un par de semanas.

—Entonces quizá deberíamos esperar hasta que seas mayor de edad. Bueno, de acuerdo. —Soltó una tos de introducción cortés, y dijo—: Ejem... Algunas mujeres quieren broncearse los pechos. Y yo no.

—¿Y eso por qué?

—Quiero poder probar que soy una mujer blanca... No es que sea horrible y esté llena de prejuicios ni nada parecido. Y por supuesto estoy entregada a Jorq. Pero cuando empiezo con un novio nuevo, quizá quiera probar que soy una mujer blanca. Ya verás lo morena que me pongo.

—Ya estás bastante morena —dijo él, y cruzó las piernas. Estaban hablando de los niveles de exhibición corporal, y Gloria era guapa, quizá muy guapa. Pero se había acogido al *pardah* («velo, cortina»), a la ocultación, y no transmitía magnetismo sexual. Ninguno. Dijo—: No lo comprendo. Gloria, a menos que tomes el sol completamente desnuda, siempre podrás demostrar que eres una mujer blanca.

—Sí, pero puede que quiera probarlo bastante más pronto. Ya sabes, en una fase anterior.

Leyeron en silencio durante media hora.

—Es vulgar —dijo ella—. Vulgar, eso es lo que es. Y, además, ¿quién les ha dicho que lo hagan?

A las nueve y media estaba sentado en el confidente de la terraza del oeste, con las luciérnagas efímeras (similares a brasas de cigarrillo que refulgieran en el aire), y, bastante ebrio —para ser él—, leía *Mansfield Park*. Tomar la ruta menos accidentada al reptilario —pensó— podría suponerle cierto grado de medicación. No podía drogar a Scheherazade, pero él sí podía trastornarse y anesthesiarse. Y dos vasos colmados de vino acaso podrían llevarle al redescubrimiento de su gloriosa herencia reptiliana... Oona, antes, había tomado un sándwich arriba en el apartamento; y Gloria Beautyman, con una bata de muletón castaño, picaba de un bol de ensalada verde sin pronunciar ni una palabra, inclinada sobre el fregadero.

La ficción era un fregadero de cocina, concluía Keith. Esa era la conclusión a la que estaba llegando. El realismo social era un fregadero de cocina. Aunque nunca había que dejar de tener en cuenta que algunos fregaderos y algunas cocinas eran mucho más caros que otros.

Oyó las ruedas sobre el camino de grava, y luego el Land Rover con su retumbar malhumorado, y luego las puertas que se abrían y volvían a cerrarse, y la voz de tenor bajo de Whittaker, y la carraca de la grava. Siguió leyendo. Parecía muy poco probable, a esas alturas, que Henry Crawford lograra follarse a Fanny Price. Hasta el momento, sin embargo, la tendencia era una fornicación por libro. En todo caso, *una fornicación por libro* era la forma en que le exponía la cuestión a Lily. Pero sería mucho más preciso decir que en cada libro oías hablar de tal fornicación única. Jamás les sucedería a las heroínas. A las heroínas no les estaba permitido hacer eso; Fanny no podía hacer eso. Y nadie disponía de drogas...

Diez minutos después, Keith bajaba por las escaleras de piedra con una expresión

molesta en el semblante. Las losas húmedas volvían a diseminar el frío sudor de finales de junio. Alcanzó a ver en el suelo del vestíbulo las bolsas de la compra, que brillaban con la rigidez de lo caro, con la blancura del hielo. Pasó al patio, donde el frío —al aunarse a un rocío palpable— se espesaba en niebla. ¿Arraigaría, el fregadero de cocina...; arraigaría el realismo social? Keith era una K en un castillo, después de todo: debía estar preparado para el cambio, para los errores categoriales y las variaciones de forma, debía estar preparado para que los cuerpos llegaran a ser cuerpos diferentes...

Durante un instante la figura del fondo, más allá de la fuente, descolló como un animal enorme y complejo, de volumen irregular y con muchos miembros. Y Keith tuvo la impresión fugaz de que estaba alimentando a alguien, de que daba de comer o transfería sustento... Eran Lily y Scheherazade en un abrazo estático y urgente. No estaban besándose, ni nada parecido. Estaban llorando. Keith dio unos pasos hacia ellas. Y entonces Lily abrió los ojos, para volver a cerrarlos con la barbilla trémula.

—¿Por qué? —repitió Keith en la oscuridad—. Vamos, Lily, es... ¿Tan malo puede ser? ¿Qué?

Para entonces Lily ya no derramaba lágrima alguna; cada varios segundos decía algo con voz áspera y gemía. ¿Cuán malo podía ser? ¿Qué desolación les había aguardado en la tienda de moda, en el Ritz?

—Fue la cosa más horrible del mundo.

Keith estaba llegando a la conclusión de que debían de haber tenido un accidente: el mundo reducido a lo que acontece ante los faros del coche, el autobús escolar y el tren expreso... Oyó cómo tragaba saliva con aspereza, cómo aspiraba con un ruido borboteante y luego cómo volvía a hablar. Era un sonido tenue, envolvente: la voz de una chiquilla que da vueltas en vano a su preocupación más acerba.

—Y mucho más horrible para Scheherazade...

—¿Por qué?

—Porque significa que ahora *tiene que*...

—¿*Tiene que* qué?

—No tiene elección. Todo ha cambiado con Adriano.

Keith aguardó.

Ella dejó escapar otro gemido, otro gomoso, pegajoso resuello, y al cabo dijo, doliente:

—Adriano es un mártir. Nació en 1945. Así que Scheherazade tiene que hacerlo.

A la mañana siguiente, a última hora, Keith dejó a su espalda un castillo en absoluto silencio y pasó por delante de la piscina y se encaminó pendiente abajo para

hablar con Whittaker.

—Demos un paseo —dijo este.

—¿Adónde?

—Deberías salir más, Keith; respirar más aire puro. En lugar de pasarte el día entero en tu cuarto leyendo novelas inglesas. Darte una vuelta.

—Sí, pero ¿adónde? Bueno, empieza por el principio. Imagina que no sé nada de nada.

—Fue una de las cosas más extraordinarias que he visto en mi vida... De acuerdo. Fuimos de compras.

Hicieron compras. Y fueron al hotel a reunirse con Adriano. Subieron en el ascensor hasta el ático. Whittaker, Lily y Scheherazade, con sus cajas (de caprichosas formas) de las compras, y el monokini, y la alegría, y la juventud, en atuendo de verano. La puerta se abrió y apareció Luchino.

—No sé lo que estaban esperando exactamente. Es curioso, ninguno de los tres habíamos dedicado al asunto el más fugaz de los pensamientos. ¿No es extraño? En fin.

Luchino medía uno noventa. También estaba presente el hermano menor de Adriano, Tybalt. Tybalt medía un metro noventa y..., casi dos metros. También estaba presente, cómo no, Adriano. Y Adriano medía un metro cuarenta y cinco. Whittaker prosiguió:

—Y te daban ganas de decir: *Vaya. ¿Qué diablos le ha pasado a él?*

—Y no podías hacerlo.

—No, no podía hacerlo. Aquello era como un plato. O un cuadro vivo. O un sueño. Yo no hacía más que esforzarme por superar la situación. O por acostumbrarme a ella.

—Eso es lo que dice Lily.

—Pero ninguno de nosotros pudo hacerlo. La tensión, la presión era excesiva. Podías incluso *oírla*.

—Y luego el té.

Keith encendió un cigarrillo. Caminaban por el sendero que bordeaba las estribaciones de la montaña que tenían delante, donde el valle se estrellaba como una ola contra las cumbres.

—¿Adónde vamos?

—A ninguna parte. Estamos caminando. El té se sirvió en la azotea, muy al estilo inglés (como son ellos). Tapetes de encaje. Sándwiches de pepino con las rebanadas sin corteza. Y todo en mesas, sin sillas. Ninguna silla. Luchino, Tybalt..., los dos asquerosamente guapos. Y entonces te dabas cuenta de lo guapo que era también Adriano. Pero en diminuto.

—Y desempeñó su papel.

—Desempeñó su papel. Un hombrecito muy resuelto, este Adriano. Y todo era una locura. ¿Por qué no hablar de ello? Encontrar una forma de decirlo. O incluso

bromear sobre ello. Dios, no sé...

—Sí. —Sí, pensó Keith. Reírse de ello, en caso de que Adriano estuviera empezando a acomplejarse—. Y luego las copas.

—Y luego las copas. Las chicas pidieron *whisky*. Poco habitual, ¿no? Yo estaba sentado entre ellas en el sofá y podía sentir cómo les latía el corazón. Ambos corazones. Oh..., ahí tenemos a los enamorados.

Se detuvieron. Los dos monjes caminaban por la estrecha senda hacia ellos, con hábito y sandalias, charlando, ladeándose, asintiendo con la cabeza. *Buon giorno. Buon giorno*. Siguieron su camino entre la maleza y las accidentadas rocas, haciendo gestos vehementes pero con las manos ocultas.

—Ah, están *tan* enamorados. Estuve diez minutos a solas con Luchino —dijo Whittaker—. Me dirigió una sonrisa cómplice, y hablamos. Bueno, habló él.

—Adriano nació en 1945.

—Sí. La más triste de las historias. Adriano nació en 1945... En el trayecto de vuelta, en el Land Rover, nadie dijo ni una palabra. Salvo Adriano. Que habló de lo de costumbre. Vuelos con ala delta. Lances de *rafting*... *Incubo*.

Que significa «pesadilla». Whittaker dijo:

—Luchino fue tremendamente preciso. Y muy... escueto. No lo tenía ensayado exactamente. Sino cristalizado. Había encontrado una formulación.

—¿Puedes acordarte de cómo era?

—Oh, sí. Dijo: *Si, Dios no lo quiera, Adriano muriera antes que yo, mi hijo, en su ataúd, sería al fin como todos los hombres son.*

—¿Sí? ¿Dijo eso?

—Y también esto: *No pasa ni un momento sin que rece para que mi hijo pueda gozar de tales episodios de alegría. Momentos de amor y de vida. Que el cielo bendiga al ángel de misericordia que llegue a brindárselos.*

—¿Le has contado todo esto a Scheherazade?

4. SUEÑOS CUERDOS

Era, sin lugar a dudas, la más triste de las historias. Una historia de otro género, de otro modo de hacer las cosas. El realismo social no había arraigado. Y ¿cuál era esta formulación?

El niño fue concebido en mayo de 1944. Y durante todos los días de su embarazo —salvo los primeros y los últimos— la madre de Adriano estuvo en la cárcel. El delito que había cometido era estar casada con su marido. A Luchino lo había reclutado forzosamente el Ejército Nuevo, el nuevo ejército de Mussolini; y Luchino había eludido tal reclutamiento, con la bendición de su esposa. Ambos temían —con razón, según Whittaker— que a Luchino acabarían enviándolo a un campo de trabajo del Reich. *Lucia fue inflexible*, le había contado Luchino. *Sabíamos —todo el mundo sabía— que la peor de las cárceles posibles era menos letal que el mejor de los campos de trabajo. Lo que no sabíamos entonces era que Adriano alentaba ya en sus entrañas.* Tybalt nació en 1950. Y Lucia murió en 1957, cuando Adriano tenía doce años.

A Keith le entristecía esa historia. A fin de reconocerle esto (pronto necesitará tal reconocimiento), diré que lo atormentaba la imagen de Adriano en el útero materno. Quince años después, en 1984, cuando vio a su primer hijo en el monitor del pediatra, moviéndose gozosamente como un tritón en una charca, todo trémulo en su curiosidad festiva y aparentemente divertida, el primer pensamiento de Keith fue para Adriano y su hambre: el hambre de un feto en el seno materno. Aquel diminuto fantasma y su semblante de sufrimiento. Un sufrimiento que lo habría de atenazar de por vida. Un metro cuarenta y cinco. Quien mide un metro sesenta y cinco es quizá capaz de imaginar lo que es medir un metro cuarenta y cinco. Y cuán *cerca* estaba la guerra...

Así que Keith entendió por qué lloraban las chicas. Pero ahora las reglas se habían reescrito, y ya no regían las propiedades genéricas. La pregunta debía formularse de nuevo. ¿Qué les estaba permitido hacer a las heroínas?

—Estás muy tristón. Venga, tendrías que estar encantado de poder ayudar.

Las parejas tristonas, cuando hace un tiempo tristón, pasan así días enteros. Con espacios en blanco, tazas de café, silencios, desapariciones breves, tazas de té, bostezos, lagunas... Más tarde, Lily y Keith tendrían que bajar al pueblo para *representar al castello*. Oona los había inscrito en un rastrillo benéfico y ceremonial de Santa Maria.

—No me importa el rastrillo —dijo Keith—. A menos que tenga que ir a la iglesia. No, estoy deprimido por Pulgarcito.

—No le llames Pulgarcito.

—De acuerdo. Estoy deprimido por Adriano. ¿Os esperabais que su padre iba a..., iba a ser también bajito?

—Me esperaba..., no sé, alguien de estatura menor que la media. Un tipo más bien bajo. Como tú. No un gigante. Y encima con un hermano también gigante. Ahí es donde se ablandó ella. Ya sabes lo blando que tiene el corazón.

Como un sueño, dijo Whittaker. Todo esto es como un sueño. Dijo: ¿Lo hará?, ¿tú crees?

—Bueno. Dos pájaros de un tiro. Una inyección de ánimo para él y ella dejará de estar desesperada. Encontrará la forma de hacerlo.

Keith estaba tendido en la cama; con *Emma* en las manos. Lily estaba desnudándose para meterse en la ducha —no era una operación que le llevara mucho tiempo—. Se inclinó hacia él y se fue bajando la braga del bikini con los pulgares. A lo largo de las semanas la estrella progenitura estaba pigmentando a Lily a su gusto: carne más morena, cabello más rubio, dientes más blancos, ojos más azules. Se desprendió de las sandalias de dedo y dijo con brusquedad:

—¿Quién se folla a Fanny?

—¿Qué? Nadie se folla a Fanny. —Retomaban la discusión sobre *Mansfield Park*. Keith trató de concentrarse (de concentrarse en el mundo que conocía). En un alarde de viveza (hablar era mejor que pensar), dijo—: Es una heroína, Lily, y a las heroínas no les está permitido hacer eso. En fin. ¿Quién quiere follarse a Fanny?

—El héroe. Edmund.

—Bien, Edmund, supongo. Se casa con ella, después de todo. Supongo que al final encuentra la forma de salirse con la suya. Es el héroe.

Con su bata de raso verde, Lily estaba sentada en el tocador de espaldas a los tres espejos. Sacó una lima de uñas de cartón y dijo:

—Así que no te gusta Fanny...

—No. Mary Crawford es más mi tipo. Y es una cachonda, además.

—¿Cómo lo sabes?

—Hay modos de saberlo, Lily. Mary está hablando de almirantes, y hace bromas sobre *vices y rears*^[21]. En *Jane Austen*... Pero *Mansfield Park* no es como las demás. Los villanos son Visiones y los buenos son Fiascos. El resurgimiento de los viejos valores. Jane se convierte en el antiencanto. Es una novela muy confusa.

—Y no hay nada de fornicaciones.

—Sí. Sí hay. En *Mansfield Park* hay dos fornicios. Henry Crawford se folla a Maria Bertram. Y el señor Yates se folla a Julia, la hermana de ella. Y es un honorable.

—¿Con qué estaban drogadas?

—Esa es una buena pregunta. No lo sé. Padres poco amantes. Aburrimiento.

—Scheherazade se está dragando con la compasión.

Keith pensó que era cierto. El proyecto de Adriano se había convertido en una forma de trabajo social o de servicio a la comunidad.

—El sexo como buena acción. Sí. Cuéntaselo a Jane Austen.

—Ella piensa en él creciendo al lado de Tybalt. Y en Tybalt pasándole en altura. En Tybalt creciendo. Creciendo hasta llegar a ser ese dios altísimo. Y quiere...

De hecho podían oírla en el cuarto de baño que había en medio: los grifos, el paso rápido...

—Si al menos hubiera conocido primero a Tybalt... Podría follárselo. Pero no puede. En vez de eso, tiene que follar con Pulgarcito. Y cree que ha dado con el modo.

Lily hablaba en un susurro, y miraba con fijeza. Y se fue: salió por la puerta y bajó las escaleras en bata.

Y Keith intentó volver con *Emma*, y con la señorita Bates, y con el pícnic en Box Hill que cambiaría la vida de Emma.

—¿Sabes qué parecen? —dijo Lily, reapareciendo envuelta en una toalla y con otra toalla enroscada en un cono en lo alto de la cabeza—. ¿Tybalt y Adriano? ¿Los dos de pie en un bar, codo con codo? Parecen una botella de *whisky* escocés y otra idéntica en miniatura. La misma marca, la misma etiqueta. Una botella y su miniatura.

Ahora Lily se estaba vistiendo. A Keith todo esto le resultaba familiar. Familiar e irracional, como esos pensamientos que enmarcan el sueño. ¿Era su carne solo la vestidura de su sangre, de sus huesos? Lily se sentó en el tocador, ante los tres espejos, para maquillarse: los ojos en violeta, las mejillas con colorete, los labios de rosa. Keith dijo:

—¿Hay que rizarse el pelo cuando lo tienes húmedo? ¿Estás segura? Tybalt mide uno noventa y siete o noventa y ocho, ¿no? No uno ochenta o algo así.

—La verdad es que admiro esa actitud de Scheherazade. Hace todo lo posible por ser positiva. Cree que podrá arreglárselas para tener algún tipo de fin de semana lúbrico. De esos en los que no sales nunca. O ni siquiera te levantas. De forma que tampoco son perpendiculares al mismo tiempo.

—Muy bien, Lily. Descríbeme el fin de semana horizontal.

Keith la escuchó con la mente dispersa. Adriano la llevaría en coche a la capital y aparcaría cerca —o preferiblemente *debajo*— de uno de sus hoteles más lujosos; aduciendo discreción, pediría a Scheherazade que subiera primero a la *suite* reservada. Allí, ella tomaría un baño, se perfumaría y se daría crema y tendería su cuerpo largo, envuelto en un negligé delicuescente, sobre las sábanas blancas..., ¡para él!, ¡para Adriano! Que aparecería al poco, teatralmente. Se quedaría quieto ante la cama, tal vez, y se llevaría la mano de dedos lentos a la lazada que le ceñía el

pantalón blanco, y con una grave sonrisa...

—Después de eso —dijo Lily—, solo puede utilizar el servicio de habitaciones. No hacen nada en público, donde los dos estarían de pie. Es eso lo que le hace morir de inhibición. Se avergüenza de sí misma, pero así está la cosa. No para de pensar en lo que *él* está pensando. Y le entran escalofríos.

Keith estuvo de acuerdo en que no estaría nada bien que le entraran escalofríos.

—Su actitud es esa. Si Tybalt le gusta tanto, también debe gustarle Adriano. Más o menos. En fin. Se desespera más y más. —Lily se levantó y se pasó las manos por el vestido, de arriba abajo—. Vamos, ya es hora.

Y Keith pensó de súbito: Este es el mundo que conozco, este es mi sitio, entre los avispados —con ella—. Se deslizó fuera de la cama, diciendo:

—Quería decirte una cosa. Estás realmente encantadora, Lily. Y no vamos a romper. Vamos a seguir juntos. Tú y yo.

—Mmm. Mmm... Supongo que te has enamorado de *ella*.

—¿De quién?

—De Emma.

—Oh, por supuesto. Es un poco pretenciosa, Emma, pero me gusta mucho, lo admito. *Inteligente, guapa y rica*. No está mal para empezar.

—Ya, pero ¿tiene las tetas grandes? ¿Aclara Jane Austen si tiene las tetas grandes?

—No con todas esas palabras. O no todavía. En cualquier momento dirá, seguramente: *Emma Woodhouse tenía las tetas grandes*. Pero aún no lo ha dicho.

—Dijiste..., dijiste que Lydia Bennet tenía las tetas grandes. La que se fuga con el militar.

—Bueno, las tenía. O un culo grande, no sé. Catherine Morland tiene las tetas grandes. Jane Austen lo dice, más o menos. En clave. Verás: Lydia es la más alta y la menor de las hermanas, y es *robusta*. Eso, en clave, significa de culo grande.

—¿Y cuál es la clave para tetas grandes?

—*Consecuencia*. Cuando Catherine está creciendo se pone *más rolliza* y su *figura gana en consecuencia*. *Consecuencia*... Esa es la clave para tetas grandes.

—Puede que sea más sencilla. La clave. Puede que *rolliza* sea tetas y *robusta* sea culo.

Keith dijo que podía perfectamente tener razón.

—Así que Scheherazade es *rolliza* y Gloria es *robusta*. Aunque a Junglebum no la llamarías exactamente «robusta», ¿no crees?

—¿Junglebum^[22]? No. Pero las palabras cambian, Lily. Los culos cambian.

—Escúchate. Al principio todo eran patrones morales. Y vida sentida. Luego todo drogas y follar. Y ahora todo tetas y culos. Un momento. Tengo uno. Sexo Histérico y Chica Soltera. Con Natalie Wood. Ese es válido, ¿no?

—No, Lily. No es válido. —Se quedó pensativo unos instantes, y dijo—: Sexo Histérico Story. Con Ali MacGraw. Ese sí vale.

—Pero se murió. Y, además, nos pareció horrible.

—Sé que nos pareció horrible. ¿Va a venir a cenar Pulgarcito?

—No le llames así. Sí. En helicóptero.

—Joder, voy a tener que hablar con él. Las ovejas solo se han recuperado a medias.

—Habla con Scheherazade. Dice que adora pensar en Adriano volando, libre...

Keith dijo:

—¿Sabes? Creo que así es como seduce Adriano. Si su metro cuarenta y cinco no es suficiente, lleva a las chicas a casa de su padre y saca a Tybalt.

—El año 1945 es la clave. La guerra es la clave. Luego Scheherazade se dirá a sí misma que lo está haciendo por las tropas.

—¿Por las tropas? —dijo Keith, con voz quebrada—. ¡Pero si él estaba en el bando malo!

—¿Qué?

—Italia era un potencia del Eje. Así que Pulgarcito era fascista. —Keith prosiguió dando cuenta de los otros dos hechos que sabía de Italia y la Segunda Guerra Mundial—. Mussolini fue el introductor del paso de ganso. Y cuando lo colgaron vestía el uniforme alemán. Nazi hasta el final.

—No le digas todo eso a Scheherazade.

La velada tuvo un comienzo muy ruidoso. Primero, el tableteo estruendoso de los rotores de Adriano. Y luego, en el rosado crepúsculo, acabaron todos en la terraza del oeste, acosados y recludos por los balidos de las ovejas. Pero la cena fue de hecho extrañamente apacible —¿o debería decir apaciblemente extraña?—. Whittaker, Gloria y Keith enfrente de Lily, Adriano y Scheherazade. Adriano, pues, no presidía la mesa, pero al parecer dirigía la charla, con su sentido de su derecho de hacerlo totalmente renovado. Estaba diciendo:

—Nos hicimos con el campeonato tras una victoria encarnizadamente disputada en Foggio. ¡Así que más plata para nuestra sala de trofeos! Ahora encararemos pronto los rigores de los entrenamientos para la temporada. Me muero por empezar.

Keith, una vez más, se enteró por azar de que Scheherazade había aleccionado a Adriano para que dejara de hablar de amor, a lo que Adriano, ominosamente, se había avenido de inmediato. Ello, a su vez, le había dejado sin temas de conversación. Hablaba, por tanto —extendiéndose quizá de forma exorbitada—, de su equipo de rugby, *I Furiosi*, y de su fama —en la que era ya la más dura de las ligas— de jugadores terriblemente inflexibles.

—¿Dónde juegas tú, Adriano? ¿En qué parte del campo?

Quien preguntaba era Scheherazade, que exhibía una sonrisa nueva en el semblante. Mansa, afligida, todo comprensión, todo perdón.

—Oh, mi puesto... En el mismo centro del fregado.

Adriano era el talonador, y realizaba su tarea en el fulcro del conjunto. ¡Cómo disfrutaba especialmente —explicó— al comienzo de una melé, cuando las seis cabezas chocaban unas contra otras! Correspondía normalmente al talonador —supo Keith— «talonar» el balón hasta la masa de diez piernas que se aprestaba a la lucha a su espalda. Pero, al parecer, con los *Furiosi* era otra historia totalmente diferente: cuando el encontronazo daba comienzo, Adriano simplemente alzaba y cruzaba las pequeñas piernas, para que los hombres a su espalda (la segunda fila) pudieran marcar con los tacos las rodillas y pantorrillas de los contrincantes de la fila frontal. Dijo:

—De lo más efectivo. Oh, podéis creerme. De lo más efectivo.

—Pero ¿nadie pone fin a eso? —dijo Scheherazade—. ¿Y los jugadores contrarios no se toman la revancha?

—Bueno, somos igualmente famosos por nuestra indiferencia ante las lesiones. Soy el único de los *Furiosi* que no tiene rota la nariz. Además, conservo la forma original de las orejas. Ni siquiera las tengo aún calcificadas. Lo cual, una vez más, me hace sobresalir entre mis compañeros.

—¿Y después de los partidos, Adriano? —dijo Lily.

—Celebramos la victoria. Y no de forma medrosa, puedo asegurártelo. O, muy de tarde en tarde, nos entregamos a... ahogar nuestras penas. Durante toda la noche..., siempre. Rompemos muchas copas. ¡Somos los verdaderos señores del desgobierno!

—¿Quién dijo —dijo Whittaker— que el rugby era un juego de gamberros jugado por caballeros?

Keith dijo:

—Sí, lo he oído. Y el fútbol un juego para caballeros jugado por gamberros.

—Yo viví en Glasgow hasta los diez años.

Era Gloria, y todos se volvieron hacia ella porque muy raras veces hablaba. Sin mirar a nadie en concreto, dijo:

—Una cosa es clara. El fútbol es un juego *mirado* por gamberros... Cuando el Celtic juega contra el Rangers hay una verdadera guerra de religión. Increíble. Deberían alistarse en el ejército. Adriano, *tú* deberías alistarse en el ejército.

—¡No creas que no lo he intentado, Gloria! Pero existen ciertas restricciones, y ay...

Calló, e hizo una pelota con la servilleta blanca entre los puños bronceados. Y durante cinco minutos el comedor siguió en silencio. Al cabo Adriano se enderezó y dijo:

—¿Un juego de gamberros? Qué equivocado estás, Whittaker. Qué equivocadísimo estás.

Y Adriano procedió a asegurar a la concurrencia, quizá con excesivos pelos y señales, que los *Furiosi* eran todos de noble cuna, y que pertenecían a clubs deportivos exclusivos cuyas cuotas de admisión eran francamente elevadas. Cuando

salían rumbo a los encuentros —explicó—, lo hacían en una flota de Lamborghinis y Bugattis; Adriano se molestó incluso en hacer constar la categoría de lujo, de cinco estrellas, de los hoteles que expoliaban y los restaurantes que destrozaban. Adriano se reclinó en su silla, una vez hubo dejado las cosas claras.

Todos siguieron sentados mientras poco a poco se iba gestando un vacío sin remedio. Keith captó la mirada implorante de Lily, así que dijo:

—Bueno, yo en un tiempo fui como tú, Adriano. Me volvía loco el rugby. Hasta que cumplí trece años. Y un día... —Habían tenido la refriega de costumbre. Exactamente el tipo de contienda en la que le encantaba meterse de cabeza y de la que le encantaba salir cubierto de sangre—. Y...

—Perdiste el valor —dijo Adriano, comprensivo; e incluso alargó la mano para dar unos golpecitos sobre la de Keith—. Oh, amigo, ¡pasa a veces!

—Sí. Perdí el valor. —Pero era otro el pensamiento que tenía en la cabeza sobre aquella importante mañana de sábado, y había otro pensamiento detrás de este, y otro detrás de este. Era el año 1963, y se dijo a sí mismo: Desde ahora en adelante, nada va a renovársete. Necesitarás todo lo que tienes. *Lo necesitarás todo. Para las chicas*—. Así que dejé de lanzarme de cabeza. La gente se dio cuenta. Y me echaron.

Adriano dijo:

—Pero Kev... ¿Cómo soportaste la vergüenza? ¿Y el desprecio general?

Lily dijo:

—Yo lo encuentro muy divertido, Adriano. Si se me permite decirlo.

—¿Que cómo lo soporté? Le dije a todo el mundo que lo hacía por mi hermana. —Violet tenía ocho años, o nueve, y se disgustaba sobremanera cuando Keith volvía a casa lleno de cardenales. *Lo dejaré por ti, Vi...* Y era verdad, en cierto modo. Lo hizo por las chicas—. Y, en fin, mi hermana me lo agradeció mucho.

—Una respuesta muy franca —dijo Scheherazade, plegando su salvamanteles—. No querías lesionarte más.

Adriano fue quedándose solo en la mesa a medida que los comensales iban levantándose, y, a su debido tiempo, se reunió con él Scheherazade.

Una vez cumplido su deber fraternal, Keith se dejó ir hacia atrás. Lily dijo:

—Ha sido fantástico.

—¿Verdad? Anonadante. ¿Va a ser así todas las noches?

—Imposible. Nos moriríamos todos, o nos volveríamos locos. Yo no hacía más que pellizcarme. Pero no para estar despierta, sino para asegurarme de no estar dormida. Y soñando.

—Uno no sueña sueños tan locos como ese.

Keith siguió tendido y quieto, y envió un recado de amor..., aunque por última vez. Por última vez invocó a Scheherazade e imaginó que todos sus pensamientos

eran los pensamientos de ella y que todos los sentimientos de ella eran sus sentimientos. Pero mientras el amor pronunciaba su adiós, demorándose, besando las yemas de sus dedos, le dijo que alguien tan sólido, alguien tan poderosamente convincente como Scheherazade no podía, no iba a vincularse con alguien tan inconcebible —y oscuramente fraudulento— como Adriano. Mientras Lily se alejaba ya en busca de sueños cuerdos, Keith confió en que Adriano se alejaría de todos también, y se disolvería como el alba disuelve las estrellas, y que Scheherazade seguiría desesperándose más y más...

Pero era la guerra la que presidía su insomnio. Por primera vez en su vida, tal vez, percibió su tamaño y su peso. No era una guerra en el cielo. Era una guerra en el mundo.

Cuán cerca estaba la guerra, y cuán vasta habría de ser...

La guerra estaba tan cerca de ellos que jamás pensaron verdaderamente en ella: el terremoto de seis años que mató a un millón de personas al mes (y devastó Italia, y trituró sus montañas haciendo que chocaran unas contra otras).

La guerra había hecho apelación al valor de sus madres y padres, y ellos eran todos hijos suyos, sus diminutos fantasmas, como el propio Adriano en el útero materno.

La guerra estaba tan cerca de ellos, y no era una sombra. Era una luz. Y el color de esa luz era de un marrón fecal.

TERCER ENTREACTO

Como todo humano vivo durante el período que reseñamos, Keith era un veterano de la guerra fría nuclear (1949-1991): una contienda de pesadillas. En 1970, había dejado atrás un periplo de veinte años. Y veinte años de periplo le aguardaban.

Tuvo su alistamiento —su leva forzosa— el 29 de agosto de 1949, cuando tenía noventa y seis horas de edad. Era la fecha de nacimiento de la bomba atómica rusa. Mientras yacía dormido, la realidad histórica se deslizó hasta el interior de la sala de hospital y le confirió el rango de soldado raso.

Mientras crecía, no se sentía exactamente resentido por su servicio militar, porque todo aquel que permanecía con vida también estaba en el ejército. Aparte de agacharse bajo el pupitre en la escuela —en los simulacros de una conflagración termonuclear entre las grandes potencias—, no parecía tener otros deberes. Deberes conscientes, al menos. Pero después de la batalla de Cuba, en 1962 (su duración —trece días— convirtió sus trece años de edad en una ciénaga de náusea), se vio inmerso en el espíritu de aquella contienda de pesadillas. En su mente..., oh, los caminos sembrados de obstáculos, los suboficiales sádicos, las faenas, el rancho infame, las espirales de peladuras de patata del pelotón de cocina. En la guerra fría nuclear, uno solo veía acción cuando estaba profundamente dormido.

Durante este período, la violencia física se veía relegada en cierto modo al Tercer Mundo, donde aproximadamente veinte millones de personas morían en aproximadamente un centenar de conflictos militares. En el Primer y el Segundo Mundos la estrategia conformadora era la Destrucción Mutua Asegurada. Y todo el mundo seguía con vida. Allí, la violencia quedaba toda en la mente.

Keith estaba echado en la cama, tratando de entender. ¿Cuál era el resultado de la guerra de los sueños y de todo ese silencioso combate? Todo podía desvanecerse en cualquier momento. Y ello expandía un miedo mortal inconsciente pero generalizado. Y el miedo mortal podía hacer que uno desease una relación sexual, pero no le hacía desear amar. ¿Por qué amar a alguien cuando todo el mundo podía desaparecer de pronto? Así que quizá era el amor el que había resultado herido en la Passchendaele de los sueños locos.

* * *

Qué libro harto compasivo es el *Concise Oxford Dictionary*. Véase, por ejemplo, la entrada *neurosis*. Llamó por teléfono a su mujer y le leyó en voz alta:

—Escucha. *Una enfermedad mental relativamente leve*, mi amor, y *no debida a dolencia orgánica*. Aquí hay otro pasaje aún mejor: *Lleva aparejadas depresión*,

ansiedad, conducta obsesiva, etc. —ese etcétera es genial—, *pero no una pérdida radical de contacto con la realidad.* Ahí tienes. Es *tan* comprensivo, ¿no crees?

—Ven a la casa.

Fue a la casa. Era el 28 de abril de 2003, y cruzó el jardín bajo un cielo desgreñado. Las cosas le iban muy bien, pensó. Estaba sentado a la mesa con un vaso de zumo de naranja, y llevaba a cabo una interpretación razonablemente buena de Keith Nearing. Luego las chicas bajaron para el almuerzo.

Él y su mujer tenían cuatro apelativos principales para sus hijas: *las flores, las bobas, los poemas y las ratas.* Keith eligió el tercero.

—Aquí estáis, mis poemas.

Ellas lo saludaron y se acercaron a él, la pequeña Isabel, la diminuta Chloe.

Existía una tradición doméstica: cuando las chicas se acababan de bañar y se habían lavado el pelo, Keith pegaba la nariz a los espesos rizos húmedos y decía (mientras disfrutaba de la limpieza, la juventud, el aroma a pino): *Mmmmmm...*

Isabel lo hizo con la mejor intención del mundo, no cabía duda. Keith acababa de salir de la ducha, así que la niña se inclinó sobre el cuero cabelludo de su padre (que se agrisaba por momentos y cada día estaba más ralo, y cuyas escasas hebras estaban tiesas por el fijador), y dijo:

—Mmmmmm... No, de veras, papi. Creo que será mejor que vayas y lo intentes otra vez.

Y eso es lo que Keith hizo. Eso es lo que hizo, a pesar de que estaba bastante borracho y tenía miedo de caerse en la ducha. Uno diría que con siete kilos de más tendría un lastre más que suficiente; pero es difícil, se dijo a sí mismo, mantener en equilibrio una patata sobre un palillo, sobre todo cuando se está sobre una superficie resbaladiza. Pasó la prueba sin problemas. Pero no volvió a la casa.

—Así que has vuelto a fumar —dijo su mujer. Keith salía furtivamente por la puerta trasera (había dejado el tabaco en 1994, al día siguiente de su boda)—. Isabel ha dicho que olías como la estación de autobuses de Kentish Town.

—No será por mucho tiempo —dijo él.

* * *

El segundo punto del manifiesto rezaba como sigue: *Las mujeres también tienen apetito carnal.*

Inmemorialmente cierto, y ahora, por supuesto, inalienablemente obvio. Pero costaba un poco asimilar tal postulado. En la comunidad de «nada-de-sexo-antes-del-matrimonio», la doctrina dictaba que las buenas chicas no lo hacían por lujuria; tampoco las malas lo hacían por lujuria (lo hacían para trepar socialmente o por simple interés de cualquier tipo, o por alguna insania retorcida y sucia). Algunos jóvenes ni siquiera llegaron a transigir de buen grado con la idea de la lujuria femenina. Kenrik, Rita y otros, como veremos muy pronto.

Habr  sexo antes del matrimonio. Las mujeres también tienen apetito carnal. Hasta aquí, todo bien. Pero había otras cláusulas en el manifiesto, algunas de las cuales escritas en letra menuda o con tinta invisible.

* * *

Que me toques, que me toques, que me toques, que me toques, que me toques...

Fueron las últimas palabras de Eco, pero le llevó mucho tiempo morir. El amor qued  fijado a su cuerpo, envenen ndolo todo. Su figura hermosa se esfum . Pero no se convirtió en algo diferente (destino muy común y no necesariamente ingrato en el mundo que habitaba): en un pájaro, pongamos, o en una flor. Se esfum , simplemente. Todo lo que quedó de su persona fue voz y huesos.

Sus huesos pétreos se hicieron parte del humus. Su voz vag  libre, invisible en el bosque y en la ladera desnuda de la montaña. Que me toques, que me toques, que me toques...

Por supuesto, la juventud cristalina de él siguió viviendo en su cristalina belleza. Hasta que otro muchacho, otro suplicante (un día también escarnecido, también despreciado) alzó la cabeza al cielo. «Que ame y sufra, como él nos ha hecho amar y sufrir».

«Que él, como nosotros, ame y sepa que es vano.

Y que, como Eco, perezca de angustia».

N mesis, la correctora,

oyó esta plegaria, y otorgó lo que imploraba.

* * *

Silvia, la hijastra de Keith, dijo una vez (después de oírle quejarse de su clase de ejercicios) que la vejez no era para maricas. Pero iba germinando en él la sospecha de que todo era mucho más sencillo que eso. La vejez no era para los viejos. Para lidiar con la vejez lo que se necesita realmente es ser joven: joven, fuerte, en el ápice de la forma física, ágil y con muy buenos reflejos. El carácter, asimismo, no debe ser de índole común, sino aunar la audacia de la juventud con la tenacidad y las agallas de la edad propecta.

Keith dijo:

—Literatura,  por qué no me lo dijiste? La vejez puede traerte la sabiduría. Pero no te dará la bravura. Por otra parte, no habrá nada más terrorífico de encarar que la ancianidad.

Lo cierto es que más terrorífica era la guerra, e igual de inevitable, al parecer,

para los seres humanos. Se sentó en el café local con el *Times* trémulo en las manos. *Eso era evitable* (o, al menos, aplazable). ¿Por qué nadie identificaba el verdadero *casus belli*? Era obvio. Los presidentes norteamericanos, en tiempo de guerra, son siempre reelegidos. Habría un cambio de régimen en Bagdad, en 2003, así que no habría cambio de régimen en Washington en 2004.

Nicholas, partidario del cambio de régimen en Irak, trataba de instilar en él algo de valor en relación con el experimento mesopotámico, pero Keith, en ese momento, no podía empezar a tolerar el pensamiento de la aviación ofensiva y la carne mortal, y lo que sucedía cuando la «máquina fuerte» se encuentra con la «débil».

* * *

Al igual que las ratas, las moscas aman la guerra, aman los campos de batalla. En Verdún (1916) había burros, mulas, bueyes, palomas, canarios... y doscientos mil caballos. Pero solo las ratas y las moscas —estas por decenas de millones— estaban allí por gusto. Las moscas eran grandes, negras, silenciosas. Enormes. Las ratas también estaban orondas, como especuladores en tiempo de guerra...

Keith, en su estudio, miraba fijamente el cielo descolorido y disfrutaba de «la vista»: la vista de la capa de suciedad, de las asperezas, de las excrecencias de su propia córnea, que se movían y derramaban cuando movía la cabeza. Sus ojos eran placas de Petri, con sus cultivos de suciedad y muerte.

¿Qué hacer —pensó— ahora que las moscas viven dentro de mis ojos?

* * *

Oona les dijo que durante toda su vida, instintivamente, había enfilado hacia el sur. *Pero ahora* —dijo— *siento la falsedad del sol*.

No le prestaron atención (y, que él supiera, todos se salieron con la suya).

Para ellos era una barbacoa, o una fritada. Se pasaban el día sentados al sol, untados de aceite de oliva virgen. Y cuán oleosos acababan, en sus doradas pieles de juventud.

En otra ocasión, Oona le dijo, con lo que parecía una admiración y un respeto incondicionales:

—Tú eres *joven*.

E incluso entonces él se preguntó acerca de ello, acerca de la drástica promoción de la juventud... Estaba 1914-1918, y luego 1939-1945, y de 1918 a 1939 habían transcurrido veintiún años. Así que, de acuerdo con el calendario fijado en dos generaciones, 1966 era el año en que había que enviar a la juventud europea a las trincheras: al lagar de la muerte. Pero la historia había roto el patrón. Los jóvenes no iban a morir; los jóvenes iban a ser amados. La juventud lo presintió, y tomó

conciencia de sí misma. La única guerra que conocían era la que libraban cuando estaban dormidos. Todo y todos podían desaparecer de repente. Así, sí, *tutto e súbito*. Todo y Ahora.

—Bien, gracias, Oona —dijo, y miró hacia las luciérnagas a través de la terraza (pequeñas visitantes de otra dimensión). Las luciérnagas, los escarabajos luminiscentes, tenían el color de Venus. Fuego, con un fotón de limón.

Su vida entera —estaba ya seguro— se decidiría aquí.

* * *

Cuando salió a las calles de Londres, tenía la sensación casi constante de que toda la belleza se había esfumado. ¿Y qué la había sustituido?

La belleza es verdad, la verdad es belleza. Aquello era bello, tal vez. Pero ¿cómo podía ser bello? No era verdad. Tal como él lo veía. La belleza, esa cosa escasa, se había esfumado. Lo que quedaba era la verdad. Y de la verdad había una reserva inagotable.

Libro cuarto

Desiderata

1. LAS CHICAS Y LOS CARNICEROS

Hubo idas y venidas, y adiciones y sustracciones, y reorganizaciones. Venían Kenrik y Rita, y venía Ruaa, y Oona, tras una breve ausencia, volvía a irse. ¿Volverían Prentiss, Dodo y Conchita? Había muchas probabilidades de que también viniera Jorquil, y acaso también Timmy. De momento, aciagamente, Scheherazade pronto abandonaría la torre del otro lado del cuarto de baño compartido, para dejárselo a Gloria, que ascendía desde su cripta. Scheherazade ocuparía el apartamento, que a su vez, muy posiblemente, sería ocupado por Gloria y Jorquil.

Estaban sentados en la única mesa que el bar tenía en la acera, y él le estaba diciendo que todo iría bien siempre que Kenrik y Rita, cuando llegaran, siguieran siendo solo buenos amigos.

—¿Qué tipo de persona es el Perro? —preguntó Lily.

—Un momento —dijo él—. Toda esa cantidad de apodos me supera. Una noche de estas, se me va a escapar. —Estaba pensando en los vacíos irremediables que últimamente se abrían durante la cena—. Y diré: *Junglebum, cuéntale a Pulgarcito lo de aquella vez que te bebiste...* Acostumbrémonos a llamarla Rita.

—De acuerdo. ¿Qué tipo de persona es Rita?

—¿Qué tipo? —Y se lo dijo: de la clase obrera rica (hija de un rey de las máquinas tragaperras), con coche deportivo. Tiene un puesto de bisutería en Kensington Antique Market—. Es mayor que nosotros —siguió—, y con mucha experiencia en actuar como un chico. Es su misión. Es la antítesis de una mujer policía. Está en el mundo para hacer que todo el mundo quebrante la ley.

—Bien, si Kenrik no folla con el Perro —dijo Lily—, es posible que folie con la Masa.

—¡Lily!

—O quizá pueda follar *conmigo*.

—¡Lily!

—Bueno, alguien tiene que hacerlo...

—¡Lily!

Alguien tiene que hacerlo... Un comentario no muy erótico sobre una situación no muy erótica, y la respuesta de Keith tampoco resultó demasiado erótica.

—Venga ya, Lily. Alguien lo hace casi todas las noches. Yo. O por la mañana.

—Sí, pero no como es debido.

—¿No como es debido? —Sus uñas se buscaron las axilas—. Yo todavía te

quiero, Lily.

—Mmm. Puede que me quieras. Pero tu...

—No me vengas otra vez con eso. Es lo que siempre hace Rita. Siempre sale con eso.

Entró en el bar, una especie de taller de carpintería, con un frigorífico y una hilera de botellas de *brandy* cubiertas de polvo en la estantería. Sí. ¿Y qué teníamos allí?: italianos muy distintos de Adriano. Vestidos de lana negra, de pie en la barra, en silencio, como losas de granito a las que los escultores locales habrían de aplicar sus cinceles, con el cuerpo dormido y la mente y semblante formados —se diría— en el breve intervalo entre dos golpes fulminantes en la cabeza. Keith sintió solidaridad con ellos. Hacer el amor con Lily ya no era exactamente repetitivo, porque suponía una mayor traición cada noche que pasaba. Los hombres tienen dos corazones, pensó; el de encima, el de debajo. Y mientras Hansel se entregaba a Gretel, su corazón de encima estaba pleno, palpitaba, amaba, pero su corazón de debajo era meramente (y apenas) funcional —anémico, insincero—. Y ello, por supuesto, se notaba.

—Rita es todo un carácter —dijo él, poniendo el vino espumoso ante ella—. Todo un carácter.

—No uno más. Y Jorquil a punto de llegar. Por no hablar de Pulgarcito. Y estabas *equivocado* en lo de la guerra. —Dio unos golpecitos en el libro que tenía delante—. Italia se rindió en 1943. Y los alemanes, entonces, la invadieron.

—¿Sí? Mierda... No. Nada.

—La batalla fue de los partisanos *contra* los fascistas. Luchino luchó contra los fascistas mientras la madre se moría de hambre en la cárcel. Así que Adriano peleó en el bando bueno. Y Scheherazade *puede* follar con él por las tropas.

Keith encendió un cigarrillo.

—¿Cómo está la cosa? Se quedan levantados hasta muy tarde.

—Scheherazade dice que es como tener otra vez quince años. Ya sabes. Por fases.

Keith lo sabía todo de esas fases. Con los dientes muy juntos, dijo:

—¿En cuál están ahora?

—En la de los besos, de momento. Con lengua. Ella está haciendo que pase a las tetas.

Keith bebió de su cerveza. Lily dijo:

—Ya sabes. Primero con las manos por encima del top. Luego por debajo. Empieza a esperarlo con ansiedad, si es que no pierde los nervios antes.

Keith le preguntó a qué se refería.

—Bueno, le han crecido mucho en las seis semanas pasadas. Ahora sienten de otro modo. Mucho más sensorial. Todo palpitación, todo cosquilleo. Y quiere ponerlas a prueba.

—¿A las tetas?

—Sí, las tetas. Con Adriano. —Lily hizo una pausa, y dijo—: Y luego ir más allá poco a poco, y hacer lo mismo con el coño.

Keith tiró la pluma sobre la mesa de metal, y dijo:

—¿Sabes? Es absolutamente de locos. Y ella está sufriendo, se ve a las claras. No puede drogarse con la compasión. Es..., es... Deberías utilizar tu influencia.

—¿Dónde está el maldito imbécil de Timmy? Es tan hiriente; porque está claro que él lo está pasando de maravilla. Le encanta trabajar con los conversos, pero la cuestión es que se va de caza todos los fines de semana.

—¿Dónde se caza en Jerusalén?

—Se va a Jordania. Caza con la familia real jordana.

—Ah, ya. ¿Por qué no lo has dicho antes? Bien, no debemos envidiarle a Timmy lo mucho que se divierte. Matando animales con un rey.

—Pensé en mandarle un telegrama. Diciéndole que Scheherazade está muy triste.

Keith dijo, frunciendo el ceño:

—No creo que haya que llegar tan lejos... ¿Sabes?, a veces pienso que Adriano no es lo que parece. —Y lo que Adriano «parecía» ya era lo bastante infame—. Siempre en el regazo de Scheherazade. Como el muñeco de un ventrílocuo. Es irreal.

—Pobre pequeñito.

—Un pequeñito rico. Venga ya. —Se levantó y dijo, con deferencia—: Supongo que tendríamos que ir a la tienda a presentar nuestros respetos a la rata. Habla con Scheherazade, Lily. Tendrías que hacerlo, lo sabes. Se lo debes. No olvides que es tu mejor amiga.

Scheherazade estaba muy triste, podía verse a simple vista; el castillo mítico, la fiera montaña, el crudo cielo azul..., todo se hallaba como entumecido por este hecho. Consciente de la ley terrible que gobernaba la apariencia física y la felicidad, Keith temió que Scheherazade sufriera una pérdida de luz en el semblante, y un leve arrugamiento, acaso, de los labios. Se veía en ella un nuevo ceño, un nuevo pliegue (en forma —dicho sea de paso— de los galones dobles de un cabo). Pero el sufrimiento no hacía sino hacerla más pictórica. En la pictórica Italia. Podías percibir el peso, el tirón hacia abajo en su corazón. Comparada con Scheherazade, hasta Gloria, con su cabeza rapada, sus blusones pardos, sus camisas de diario y sus pantalones de tartán, sus aladrilladas sandalias de cuero con agujeros para los dedos de varios centímetros de grosor, no parecía sino una profesional de la penitencia y la aflicción.

Oona partió para Roma en un *jeep* con chófer. Whittaker se fue a Ñapóles en el Fiat para recoger a Amen y a Ruua. Conchita mandó una postal de La Haya, con las aes y las oes muy redondas.

En sus labios superiores, en sus frentes, había gruesos globos de sudor, como en tiras de burbujas de plástico translúcido. Hasta su sudor era rollizo. Se acumulaba bajo sus ojos como lágrimas inconsolables de niños de cinco años. Las glándulas

rezumaban, los ojos veían, los corazones latían, la carne fulguraba. Eran del color de la mantequilla de cacahuete. Pero cuando Keith cerró los ojos se vio a sí mismo como un espantapájaros, inmóvil en una parálisis de escarcha.

—¿Y ahora qué?

—¿Ahora qué? Sí, ¿qué nos espera ahora, con franqueza?

Lily y Scheherazade, junto a la piscina, hablaban del último traje de baño de Gloria.

—Ya sé —dijo Lily—. Es un traje de hombre rana. Una... ¿cómo lo llaman? Un batiscafo.

—Sí. O un kayak. O un submarino —dijo Scheherazade—. Gloria lleva puesto todo un submarino.

Cada cinco o seis segundos se oía el crujido de un retorcimiento acompañado de un golpe sordo. Era Adriano, que caía y luego ascendía a alturas de copa de árbol sobre la cama elástica: su regalo personal a la hacienda del castillo. La cama elástica de Adriano, de hecho, había concitado opiniones diversas. Scheherazade manifestó su desdén por cualquier uso que pudiera hacerse de ella (*No se lo digas* —le dijo a Lily—, *pero duele. Y apuesto a que eso resulta muy poco halagador*), y Lily pidió que se lo explicaran: dónde estaba la gracia de saltar y saltar sobre ella. Gloria se las arregló para mostrarse muy elegante al caer y subir sobre la tela (aterrizando con las piernas abiertas y saliendo hacia arriba moviéndolas en tijera). Y Amen, a su vuelta, se convirtió en un entusiasta (celebraba largas y ruidosas sesiones por la mañana, muy temprano). Y Keith se encaramó a ella un par de veces, y se entretuvo haciendo intentos durante cinco minutos. Pero el experto principal y verdadero virtuoso de la cama elástica no era otro que Adriano, que vibraba y giraba y se elevaba a alturas inverosímiles, con venas y tendones como cuerdas y fiadores: el ser humano atado a sí mismo con fuerza.

Lily dijo:

—Miss Scotland, no, Miss Glasgow 1930.

—Dios mío, ¿dónde *los* encuentra?

El último traje de baño de Gloria, se ha de hacer constar, era gris y exhibía una faldita naranja claro con franjas en forma de pétalos; la mitad de arriba era de lana y la de abajo de plástico.

—No es un plástico liso —dijo Lily.

—No, no es un plástico liso —dijo Scheherazade—. Es linóleo.

—¿Por qué? ¿Para qué lino? Como si estuviéramos *muñéndonos* todos —dijo Lily— por ver la forma exacta de su culo.

Keith leyó quince páginas seguidas de *Cumbres borrascosas*. Cuando volvió a levantar la mirada, Lily había reemplazado a Gloria bajo la ducha de la piscina,

Adriano seguía en la cama elástica y Scheherazade se estaba frotando una gran cantidad de aceite de oliva en los pechos para hacer que le penetrara por la piel. Vaya si lo hacía. La frase tenía el humilde mérito de ser veraz.

—Oh, Scheherazade —dijo Keith con un suspiro. Sí, Keith era un ser moral, al parecer. Seguía siendo un ser moral—. Creo que tal vez te induje a error el otro día —empezó—. Adriano estaba en el bando bueno en la guerra. Acabo de pasarme una hora en la biblioteca. Y el fascismo estaba desacreditado, y Mussolini cayó en el verano de 1943. Y entonces los alemanes...

—Pero ten presente, Scheherazade, que no estaba entre los objetivos de la guerra (prosiguió, queriendo hacer hincapié en esto), que no estaba entre los objetivos de las Potencias del Eje, Scheherazade, que tú, un día, probaras tus tetas con Adriano. Y concluyó:

—El país sufrió terriblemente. 1945 fue el año del dolor.

Ella dijo:

—La Historia me horroriza... Fueron nuestros padres los que tuvieron que pasar por todo eso. Nosotros tuvimos suerte. Por lo único que tenemos que preocuparnos es por el fin del mundo. Todo podría... pararse de repente.

Se recordó a sí mismo que Scheherazade *hacía* cosas relacionadas con el fin del mundo: marchas, concentraciones. Mientras que las protestas suyas eran todas subliminales. Se detenía todo. Ahora, por ejemplo, miró hacia la gruta, embadurnada con su carne y su juventud, y durante un instante la gruta se volvió grotesca. Grotesco: del italiano *grottesco* («una pintura que representa algo encontrado en una gruta»); *grotto*: del griego *krupté* (véase CRIPTA).

—¿Y cómo se supone que tenemos que sentirnos al respecto? —dijo Keith—. Me refiero a que todo pueda pararse de repente.

—Mamá dice que por eso los jóvenes están dale que dale todo el día. Ya sabes, *carpe diem*. Coged los capullos de rosa...

Keith se excusó y subió al cuarto de Scheherazade para decirle adiós. Su amiga se mudaría al día siguiente. En el cuarto de baño: ¿había sido la última vez, un par de tardes atrás, cuando apareció con la bata de seda corta (atada holgadamente a la cintura), y se movía como aturdida y tropezaba con las cosas y no parecía darse cuenta de su presencia y se liberaba poco a poco de un espeso y somnoliento calor de femineidad? Probablemente. No habría ya más encuentros, no más espectáculos de desaliño en aquel espacio entre sus cuartos. Allí nunca estaba tan desnuda como en la piscina; pero parecía estarlo mucho más, porque solo sus ojos la veían...

Entró en el cuarto falso Tudor de Scheherazade, de ventanas emplomadas y vigas negras y astillosas. Como de costumbre, irradiaba prisa, distracción, mejores cosas que hacer. La tentación de gimotear sobre su ropa desperdigada, de deslizarse durante un instante dentro de su cama sin hacer, de sentarse ante el tocador y apropiarse de sus reflejos en el espejo triple... La tentación estaba ahí, pero se contuvo. Encima de la cama había una toalla, aún húmeda y hollada, en forma de semicírculo y con una

cresta baja en la parte posterior, donde parecía haber estado sentada, secándose, no hacía ni una hora. Pero la pasó casi por alto y fue a hundir la cara en una de sus almohadas.

Cuando salía ya del cuarto, se detuvo a examinar el pasaporte azul real — renovado en octubre de 1969—. Y la foto. Durante un momento le pareció estar mirando algo en un periódico de provincias. La cara de la chica que se había distinguido tocando el clavecín, o de la chica de Meáis on Wheels que había recorrido ocho mil kilómetros para llevar comida caliente a inválidos y ancianos, o de la chica que había rescatado a un gato del gran roble de detrás del ayuntamiento.

—Ruua —dijo Whittaker— no «conoce» a nadie, como ellos dicen. Ni siquiera me ha conocido *a mí*. Salvo cuando la envían aquí en busca de algo, está recluida en la cocina. Donde yo ya no puedo entrar a menos que él venga conmigo.

Whittaker fijó la atención en su vaso: las negras estaba bebiendo Tío Pepe. Las blancas (que también estaban fumando) tomaban un sorbo experimental de *whisky* escocés.

—Increíble —dijo Keith, con absoluta sinceridad—. Increíble. Hasta la pequeña Dilkash «conocía» a la gente normalmente. Tenía un trabajo. Eventual. Y Ashraf... Muy bien —dijo (trataba de cultivar o de fomentar en él cierto descaro con las mujeres)—. Muy bien. Tengo una historia real para ti. Para que se la pases a Amen.

—¿Aprenderá algo de ella?

—Sí, pondrá las cosas en su sitio en lo que se refiere a las..., a su hermana. — Keith se puso en guardia—. Verás. Hace un par de veranos, en España, una pandilla y yo merendamos en el campo con mucho vino, y fuimos a bañarnos a un lago de montaña. —Keith, Kenrik, Arn, Ewan. Sí, y Violet, que acababa de cumplir catorce años—. Y Ashraf salió del agua con su bikini blanco, y le gritamos: *Ven, querida, y danos un flash. Venga, guapísima, danos una «de carnicero»^[23]*. Y ella...

—¿Una de carnicero? —dijo Whittaker.

Keith le explicó que era en argot rimado. Gancho de carnicero: mirada.

—¿Por qué te parece tan extraño?

—Estoy pensando. *Danos una «de carnicero»*. No es un incentivo muy obvio para un musulmán. Quiero decir que ellos ven a los carniceros de otro modo. Ellos...

—¿Quieres oír esta historia o no? Sin ánimo de ofender, sé que eres gay y demás, pero se trata de Ashraf..., una chica bien desarrollada, no lo olvides..., que está saliendo de un lago de montaña medio desnuda, y tú te pones a hablar de carniceros...

Whittaker abrió las manos y le pidió a Keith que continuara.

—Bien. *Venga, cariño, venga, déjanos echar una miradita*. Ashraf se echó las manos a la espalda y... —Hubo un encogimiento de hombros, y un silencio—. Y

helos ahí, aquellos putos volcanes mirándote con fijeza. Y eso fue hace años. Mucho antes de que todas las chicas empezaran a hacerlo... —España, 1967, Franco, la Guardia Civil patrullando por la playa (estaban prohibidos los bikinis) con la metralleta a media altura—. De acuerdo. Pues bien, ¿dónde se dice que una chica musulmana pueda hacer eso?

Whittaker dijo, con urbanidad:

—Oh, puede que haya alguna oscura enseñanza al respecto en alguna parte. Ya sabes. Cuando los infieles se juntan para mirarte mientras te bañas, y te gritan que les des una de carnicero, y te llevas las manos a la espalda y... ¿Qué moraleja se supone que va a sacar Amen de Ashraf?

—Bueno, le hará relajar un poco su actitud hacia la Masa. Huy, perdón. Hacia Ruua. Joder. Puede que esté un poco borracho... Fui educado en el respeto a todas las culturas. Y respeto a Ruua. Pero la religión..., la religión siempre ha sido mi enemiga. Enseña a las chicas a ser un tostón en todo lo que tiene que ver con el sexo.

—¿Sabes, Keith? Quizá haya una moraleja para ti en Ruua. La verdad es que me alegro de que esté aquí. Eso significa que él no puede desaparecer sin más. Esa es mi situación. Amo a alguien que podría desaparecer sin más ni más.

Keith pensó en Ashraf: una musulmana de discoteca y minifalda, una musulmana moderna que por la noche bebía Chivas Regal. Pensó en Dilkash, con su naranjada y sus sensatos trajes pantalón. Aunque también ella podía causar sorpresa. El *shock* de la exposición de Ashraf en el lago, en términos relativos, no fue mucho mayor que el *shock* que Dilkash le había producido, después de un mes de amistad casta, cuando se quitó la rebeca y dejó al desnudo sus brazos... ¿Había humillado a Dilkash? ¿Había humillado a Pansy? No podía quitarse de la cabeza a ninguna de las dos... Era como el anciano muy enfermo en que un día se convertiría, y que necesitaría saber cómo le había ido a lo largo de la vida con las mujeres y el amor.

—¿Y qué me dices del enfoque de Violet en clave de Ruua? Contigo como Amen. Nunca la dejes sola con ningún hombre que no sea un pariente muy cercano. Vergüenza y honor, Keith. Vergüenza y honor.

—Un enfoque diferente —dijo—. ¿Tablas?

Don Quijote, hablando de su amada imaginaria, Dulcinea del Toboso, le dijo a Sancho Panza: *Pintóla en mi imaginación como la deseo*. Keith había hecho esto con Scheherazade, y en exceso, y la había convertido en alguien allende su capacidad de comprensión. Scheherazade tendría que descender, y condescender en su imaginación.

El amor tenía el poder de transformar, como un día había transformado a su hermana recién nacida. Recordaba aquella página —aquella suerte de capítulo de su ser— con todo su cuerpo. No lo recordaba solo con la mente. Lo recordaba con los dedos, lo recordaba con el esternón, lo recordaba con la garganta.

Y había leído que los hombres empezaban a ver a las mujeres como *objetos*. ¿Objetos? No. Las chicas desbordaban de vida. Scheherazade: las hermanas

inseparables que eran sus pechos, las criaturas que habitaban tras sus ojos, las grandes criaturas de sus muslos.

2. LA CAÍDA DE ADRIANO

Era media mañana, y Scheherazade estaba recogiendo sus cosas: Keith, contristado, la había ayudado ya con una maleta y con un montón de libros. A mediodía, subió con una taza de café y oyó el repiqueteo de la ducha... Alargó la mano para coger la novela (seguía animando sin mucho entusiasmo a Catherine y al sujeto ceñudo llamado Heathcliff)... Entonces se oyó un frufrú, una agitación, y acto seguido las cigarras empezaron a cantar. Las maracas sin ritmo de las cigarras... Y se quedó escuchando. Keith sintió que la cara se le humedecía y ablandaba, como un rostro atrapado e inmovilizado en un baño excesivamente caliente. Y se hizo el silencio.

Tentó la puerta. Gracias a Dios, pensó con cansancio, y, con un índice fatalista, tocó el timbre.

—¿Sabes qué tengo? Amnesia clínica. Bien, ¿qué piensas? La semana que viene hay una cena oficial a la que quiere llevarme, y mamá me dijo que debería ir a cualquier acto de ese tipo si es que podía soportarlo. Adriano. ¿Habría baile? Imagínate.

Scheherazade llevaba un vestido largo que su tía abuela Betty podría haber llevado —o de hecho llevó— en Nueva York en 1914. Gruesa seda de verde Sherwood, con hondos pliegues que nacían justo encima de la cintura. Keith dijo:

—Date por vencida, Scheherazade. Por tu propio bien.

Ella le dio la espalda.

—No estoy pensando en mi bien. ¿Puedes...?

Keith quedó, pues, detrás de Scheherazade: nunca había alargado la mano para tocarla: la protuberancia diminuta del coxis, la larga cadena del espinazo, los enclaves de los omóplatos. Y por espacio de un instante pensó que podría ser capaz de adelantarse y rodearla con sus manos jóvenes y cálidas. Pero ella se apartó el grueso del pelo tomándolo entre un dedo y el pulgar, y dejando al descubierto la larga nuca aterciopelada y aromática (a la altura exacta de la nariz). Y todo lo que deseaba él hacer era posar la frente sobre su hombro: hacerla descansar sobre él, calmarla, aliviarla...

—¿Qué hago...? ¿Solo...?

Deslizó la cremallera hacia arriba; ató los pequeños y lujosos botones; cerró el broche. El broche de su vestido, no mayor que un diminuto clip, presidiendo aquel imperio de verde y todo lo que había dentro de él.

Keith dijo:

—Supongo que esta es la última vez. Que se te olvida.

—Supongo que sí. —Se dio la vuelta—. Pero si Jorq viene volveré a mudarme. Así que nunca se sabe.

Al cabo de dos o tres segundos volvió a darse la vuelta, y se alejó. Cerró la puerta tras ella: Scheherazade, en seda de verde Sherwood, rumorosa como un árbol. La gigante verde de la selva pavorosa. La doncella Marian. Que quita a los ricos y da a los pobres.

Soltó un suspiro, un suspiro dirigido muy lejos, tal vez hasta Moho: la discontinuidad entre el manto inferior y la corteza oceánica... En lugar de ayudarla a desnudarse, la estaba ayudando a vestirse. Sucederá, pensó. No seguirá siendo al revés como hasta ahora.

Keith se quedó allí dentro, entre colgadores y toalleros. En la bañera había —vio— unos cinco centímetros de profundidad de agua apenas tibia, muy ligeramente enturbiada y casi especular en su superficie untuosa. Pensó en meterse en ella; pensó en beber de ella; pero lo que hizo fue quitar el tapón y mirar cómo se creaba el pequeño remolino en el desagüe.

Empezaba el calor intenso. Las sombras ricas, afiladas y (pensó) claramente furtivas, sí, con un aire claramente paranoide; las sombras no podían seguir cerrando filas, y se encogieron sobre sí mismas mientras el sol se hinchaba y descendía y cambiaba de posición y se situaba justo encima de las cabezas, como aprestándose a mirar y escuchar con detenimiento. Por la tarde, los olores gustativos e intestinales del pueblo ascendían en capas de sal y salsas. Una silla de metal, junto a la piscina, podía atenazarte con su fuego como un instrumento de tortura; las cucharillas de café podían morder o picar. Las noches seguían siendo húmedas, pero el aire era espeso e inmóvil. Los perros ya no ladraban (gimoteaban), y el fragor de rabia y aburrimiento de las ovejas se apocaba y cesaba en sus gargantas.

—Es normal —dijo Lily en la oscuridad.

—No, no lo es. ¿Qué es normal en Adriano?

—Sus formas. Ahí abajo.

—¿Quieres decir que ella se las ha visto? —Keith tragó tan silenciosamente como pudo—. Pensé que él aún se mantenía por encima del top.

—Y se mantiene, o fuera del sostén. Está entre el top y el sostén. El sostén va a desaparecer de una forma o de otra cualquier noche de estas. Pero ella le ha visto las formas dentro de los pantalones blancos. Y no es lo que parece en bañador. Ella piensa que los bañadores de Adriano están hechos de guantes de béisbol. No tienes que alarmarte por su forma de conducir.

—¿Por qué? ¿Por qué tendría que alarmarme?

—Es uno de esos tipos que piensan que tienen que mirarte cuando te hablan. Así que memoriza la carretera que tiene delante, y se vuelve y charla contigo. Apenas apartó los ojos de Scheherazade durante todo el viaje a Roma. Yo iba atrás. Y él condujo todo el tiempo de perfil. ¿Sabías que ella no se la ha mamado nunca a nadie?

¿Ni siquiera a Timmy?

—No, Lily, no lo sabía. ¿Cómo iba a saberlo?

—Es parte de ello, ¿ves? Acababa de recibir *tres* cartas de amigas de la universidad; están todas muy ocupadas actuando como chicos. Scheherazade quiere probar cosas nuevas. Y eso para ella significa cualquier cosa que no sea la postura del misionero.

—¿Por qué se llama «postura del misionero»?

—Porque los misioneros —dijo Lily— les dijeron a los nativos que dejaran de hacerlo como los perros y lo hicieran como los misioneros.

—Joder, vaya caradura... No, en serio. Vaya cara. Sí. Fascinante. ¿Quieres decir que en todo este tiempo no se la ha mamado nunca a Timmy?

—Por eso posiblemente se siente al margen. Se la ha besado. Dice que se la ha besado, vete a saber lo que eso significa.

—Eso. ¿Qué significa?

—Un besito, supongo. O puede que con lengua..., en la punta.

—Lily...

—Se la ha besado, pero nunca se la ha mamado. Nunca se la ha metido en la boca y se la ha mamado de verdad. Dijo: *¿Es así como se hace? ¿Te la metes en la boca y se la chupas todo lo fuerte que puedes...?* ¿Qué va a pasar si Kenrik y Rita no siguen siendo solo buenos amigos?

—¿Si son amantes? Muy sencillo. Se odiarán.

—Mmm... Lo cual nosotros nunca podremos hacer.

El domingo, bajo un cielo percusionista que parecía tararear como un címbalo, Adriano cumplió su promesa e invitó a comer fuera a los cuatro: Keith, Lily, Gloria y Scheherazade. A un restaurante con muchas estrellas situado a unos treinta kilómetros, en un lugar llamado Ofanto.

Fueron los cinco en el salón motorizado del Rolls Royce, inquietantemente pilotado por Adriano. La zozobra de Keith parecía ser más elemental que la de Lily. Ni siquiera en el camino de vuelta consiguió convencerse de que Adriano podía realmente ver por encima del salpicadero (acaso tan solo a través de la mitad superior del volante). Y cuando le hablaba a Scheherazade, que iba en el asiento trasero, giraba la cabeza toda una media vuelta (como Linda Blair haría poco después en *El exorcista*), y lo único que podías entreverle era una ceja arqueada y el ceño plateado.

—Las trufas —decía una y otra vez con la cabeza vuelta, camino de Ofanto—. Tienes que probar las trufas, Scheherazade. Mmm..., un sabor de ambrosía. —Su cabeza volvía a girar en redondo, como chirriando—. Las trufas, Scheherazade. Absolutamente divinas.

Nos acercábamos a Ofanto. Confirmando su habilidad para ver al menos el

exterior por la ventanilla de su lado, Adriano masculó, sorprendido (y era obvio que ello no podía ser más contrario a sus deseos y esperanzas):

—¡Cuánta gente! Antes era un pueblo con mercado. No más que un pueblo adormilado con mercado. ¿Y ahora?

Y ahora había industria, y montones de obreros, en camiseta y con el cigarrillo en la boca, y edificios de apartamentos de altura media y forma de cubo, y nidos multitudinarios de antenas, y perros que maldecían en su radio de libertad rotatoria en angostos balcones lejanos... —y donde había todo esto y aquello había también hombres jóvenes...

—Un pueblo adormilado con mercado. Y ahora... no sé. No sé...

En este punto debemos dar un brinco hasta las seis y media de esa tarde. Se sirven bebidas de tarde en la terraza oeste del castillo. Bebidas acedas en el acedo crepúsculo. Adriano, invitado sin demasiado entusiasmo, ha declinado la invitación también desganadamente, y se ha ido en su Rolls Royce. Así que los cuatro habitantes del castillo se han sentado allí fuera, cada cual volviendo un poco la cara para disimular las servidumbres íntimas de la digestión. Los colores del atardecer son los de costumbre, con una matización o gradación de turbulencia, mientras el estómago de Júpiter retumba, en algún otro valle, bajo alguna otra montaña.

—*Bien...* —dijo Scheherazade.

Y Keith se volvió hacia ella. Porque algo pasaba en el film en el que ella solía ser la estrella. ¿Era la luz? ¿Era la continuidad? ¿En el diálogo? ¿Era que había sido doblado todo su metraje?

¿Bien qué?

—*Bien* —dijo Scheherazade.

Durante un instante, allí sentada en el sofá de columpio, pareció una persona del montón —eran unos ojos tan normales—. Existía una buena razón para esto. Y Keith comprendió en parte su necesidad de ir a la mesa a servirse una segunda copa de vino blanco; su vaso, medio vacío ya, descansaba inclinado sobre el estampado de flores de su regazo... Aquellos ojos del montón estaban fijos en Gloria Beautyman, que estaba de pie junto a las puertaventanas, revolviendo con el dedo los cubitos de hielo de su Pellegrino. Scheherazade dijo:

—*Bien*. Tu culo ha tenido muchos admiradores esta tarde.

Gloria pareció tragarse algo bruscamente. Dijo:

—¿Y eso significa?

—¿Qué significa eso? Significa tu trasero y el revuelo que ha causado.

—Lo mismo digo de ti —dijo Gloria, tragando de nuevo— y de tus..., de tu *busto*.

—Bueno, si te lo metes con calzador en esos pantalones...

—*Tú* me has dicho que lo hiciera. Yo iba a llevar un blusón largo y tú me has

dicho que me pusiera otra cosa. Así que me he puesto pantalones. No son más que unos *pantalones de pana*.

—Pantalones de pana... Ceñidísimos y de un rojo chillón. Con tu culo como un tomate de campeonato.

—Mira quién fue a hablar. Con ese top que se ha puesto.

Y Keith se preguntó: ¿qué es lo que les está permitido a las heroínas?

Mientras Lily, Keith, Scheherazade, Adriano y Gloria cruzaban la plaza gris y polvorienta, y luego seguían caminando por la avenida interminable, los jóvenes de Ofanto celebraban su referéndum coreográfico sobre los atractivos de las tres chicas. Atraídos como limaduras de hierro que obedecieran a imanes de potencia diversa, los jóvenes varones se revolucionaron y arremolinaron, para acabar divididos —con franqueza gráfica— en dos hileras: una delante de Scheherazade y la otra detrás de Gloria Beautyman. Un grupo iba delante. El otro grupo iba detrás. ¿Y Lily...? Puedo decir que su figura, cuando llegó el momento, resultó ser impecablemente simétrica, no excesiva arriba, no excesiva abajo: clásica, sin dar lugar a fetiches. Pero esto, por supuesto, no habría tenido demasiado peso entre los jóvenes varones de Campania, fieles al sacramento de los orbes gemelos y bamboleantes. Y fue aquí donde Adriano cometió un terrible error. En una cosa tan pequeña. Lo que hizo fue alargar la mano.

—¿Qué se supone que tenemos que hacer? —preguntó Gloria en la terraza rosada—. ¿Envolvernos en telas como Ruaa?

Scheherazade soltó una risa metálica y dijo:

—Al menos has tenido el buen juicio de rechazar esa copa de champaña. De lo contrario..., me entran escalofríos solo de pensarlo...

Gloria miró rápidamente de cara en cara. Y dos lágrimas saltaron de sus ojos: pudo verse el brillo blanquecino brotándole y deslizándose...

Lily se levantó en medio del silencio.

—Para ser realmente popular en Italia —dijo con un énfasis pausado— se necesita eso. *Tus tetas. Y tu culo.*

—Lily —dijo Keith, desbarrando—, conoces a mi tutor Garth, el poeta, ¿no? El dice que el cuerpo de la mujer tiene un fallo de diseño. Dice que las tetas y el culo deberían estar en la misma cara.

—¿En cuál de ellas?

Keith pensó unos instantes.

—No creo que él fuera muy quisquilloso al respecto —dijo—. Aunque supongo que me dirás que, para empezar, eso es lo que era: quisquilloso. En la parte delantera. Para quedarse con la cara. Tendría que ser en la parte de delante.

—No, en la parte trasera. Sin duda —dijo Scheherazade (mientras Gloria se daba

la vuelta y entraba en la casa)—. Si fuera en la de delante, las piernas no mirarían en la dirección correcta.

Lily dijo:

—Andaría para atrás. Y los chicos que había en la calle... Estoy intentando verlo. ¿En qué dirección andarían?

Aquella noche la cena resultó muerta: la mataron los hongos apestosos de Ofanto; nadie osó probar bocado. Lily y Scheherazade se encerraron en el apartamento, así que Keith bajó dando tumbos por la pendiente a pasar el rato con Whittaker —y con Amen, que sacó en silencio una pesada china de un hachís muy negro y grasiento.

—Dios, es un poco fuerte, ¿no?

—*C'est bien de tousser* —dijo Amen—. *Et puis le courage. L'indifférence.*

—Whittaker, ¿qué es todo esto?

Se refería a las imágenes de las pinturas desplegadas en abanico en el suelo. Whittaker dijo:

—Estoy catalogando. Mi período Picasso.

Las figuras de los lienzos eran todas dispartadas, o estaban al revés, y al poco Keith le preguntaba a su amigo si convendría que a los *hombres* se les reordenara sexualmente, y se les pusiera la polla y el culo en el mismo lado, y quizá también la cabeza vuelta hacia atrás ciento ochenta grados, como Adriano en el Rolls Royce...

—¿Sabes que Pulgarcito me ha llamado *Kif* hoy? —dijo, un rato después—. Me ha llamado *Kif*. Y es verdad. Acababa de ponerme hasta las cejas de kif con Amen.

Lily dijo:

—Qué necio... Sabes que no puedes tomar drogas.

—Lo sé. Estás alucinante. —Y lo estaba, a la luz de la vela. Parecía Boris Karloff—. *Asesino* viene de hachís. O al revés.

—¿De qué estás hablando?

—Es que... Me parece imposible que fumaran esa cosa para hacerse *valientes*. Yo estaba muerto de miedo al volver hacia aquí. Y lo sigo estando. Y creo que choqué con ella en medio de la oscuridad. Literalmente. ¡Con la Masa!

—Venga ya... Es la una de la madrugada.

—Joder, pensé que eran como las nueve y media.

—Porque eres un idiota drogado —dijo Lily—. Por eso.

Hizo lo que se le dijo que hiciera. Ruaa, como la noche plumosa hecha materia compacta. *Uf*... Y cuando bebió más de un litro de agua en la cocina oyó una pisada..., y sintió una oleada de miedo renovado al pensar en Scheherazade. ¿Miedo? ¿De Scheherazade?

—Está bien. Ahora estoy más tranquilo. Estoy perfectamente. Así que cuéntame.

—Fue una absoluta catástrofe para Pulgarcito.

—Sí, ya me di cuenta —dijo Keith, contento, mientras se cubría con una sábana la colmena del pecho.

—Cuando le cogió la mano.

Porque eso es lo que hizo Adriano. En cuanto se bajaron del coche, y la revuelta, la revolución dio comienzo, Adriano se puso al lado de Scheherazade y le cogió de la mano. Y, desde su mínima estatura, miró a los jóvenes varones con aquel ceño que Keith ya le había visto un par de veces antes. El ceño de ejercitado desafío que siempre se ve en los hombres muy bajos, y su disposición para la crueldad, para absorberla, para transmitirla. Adriano, el señor Punch. Polichinela.

—Scheherazade me ha dicho —dijo Lily— que era como ir paseando con un hijo perturbado.

—Mmm... Como una joven mamá. Ese era su aspecto por detrás.

—Pues mucho peor por delante. Se vio en el cristal de un escaparate y por poco le da un ataque al corazón. No un hijo precioso. Un hijo perturbado.

—Dios... Y aquella tropa...

—Brincando delante de ella con la lengua fuera. Estuvo rabiosa toda la comida. Preguntándose si volvería a cogerle la mano al salir del restaurante.

Supervisada por Adriano, severo *connaissanceur*, la comida se prolongó durante tres horas. Y, aún en el vestíbulo, Adriano volvió a tender la palma abierta hacia Scheherazade. Esta se apartó, y soltó una risa trémula, y dijo: *Oh, no te preocupes por mí. Soy ya una chica mayor.*

—Le salió sin pensarlo. Pobrecita. Está tan confusa. Está llorando en su cuarto.

—Así que se acabó, ¿no? Ya no va a hacerlo por las tropas.

—Oh, claro que no. Es algo impensable ahora. Es elemental. Quiero decir que no puedes liarte con alguien que te hace sentir que vas con un hijo perturbado.

Keith convino en que no era una señal prometedora precisamente.

—Y luego va y dice esa cosa sobre el culo de Junglebum.

—Sí, pero fue bastante peor lo otro, ¿no crees? —dijo él—. Lo del champaña.

—Lo del champán... Así que Junglebum ya sabe que nosotros sabemos que aquel *jacuzzi* se le tragó las bragas.

—Mmm. Nunca he visto llorar así a nadie. Como una escopeta de juguete. De dos cañones.

—Pobre Gloria. Pobre Adriano. Pobre Scheherazade.

Bien, había dicho la estridente Scheherazade en la terraza; y Keith habría querido gritar: *¡Corten!* Pero no: sigan rodando. Se le ocurrió, ahora, que era el director de la película en la que ella era la estrella; y era hora de cambiar de género. No más historias pastoriles y platónicas. Era hora de la pastora sucia y desaliñada, de la ninfa de los bosques venal, de la condesa drogada.

—Supongo que te sentirás feliz.

—¿Por qué habría de sentirme feliz?

—¿Por qué? Adriano ha desaparecido de escena. Ni rastro de Timmy. Y ella cada día más desesperada.

—Vaya mierda de comida, ¿no te parece? Yo pensaba que las trufas eran carne. —A las heroínas se les permitía hacer eso, definitivamente—. Como paté, o algo. —A las heroínas se les permitía desesperarse más y más—. No un hongo letal de cinco libras... Hoy me he sentido orgulloso de ti.

Keith —y no Hansel— realizó el acto sexual con Lily, y no Gretel. Los ingredientes, según los vio él: en la terraza, la forma en que había cargado el peso de las manos sobre los reposabrazos de la silla, para levantarse y mediar en el conflicto, para lograr la paz; y antes, en Ofanto, la mirada diáfana de sus claros ojos azules, la apretada sonrisa de desencanto, incluso de incredulidad... Debía de haberse sentido tan dolida y enardecida como Adriano, cuando los jóvenes varones se levantaron de los bancos de piedra (como en ademán de congregarse para la violencia), cuando los jóvenes varones corrieron hacia ellos desde la sombra de las palmeras.

3. TÍQUET DE ENTRADA

—¿Alguna señal de Gloria? —dijo Scheherazade con mirada cautelosa—. No, supongo que sigue en su cuarto.

Keith se sentó cerca, con *La feria de las vanidades*.

—No me cabe en la cabeza... No puedo creer que anoche me convirtiera en semejante *arpía*.

Estaba recostada, en su monokini con cinturón, untada de aceite de oliva y con el ceño carnosos en V. Se echó hacia atrás y dijo:

—Le he llevado el desayuno a la cama, pero sigue odiándome, por supuesto... Supongo que todo el mundo me odia. Sobre todo un moralista como tú. Y esta es una cuestión de simple decoro. Así que oigámoslo, adelante.

Keith sacó otro paquete de Cavallos (una marca local). En *Emma*, fue cuando el señor Knightley le reprochó el haber ridiculizado públicamente a una mujer indefensa cuando Emma Woodhouse cayó en la cuenta —en la escena clave de la novela— de que estaba enamorada de él. *Cayó en la cuenta*, porque en el mundo de *Emma* una mujer podía estar subconscientemente enamorada. En el pícnic de Box Hill, Emma fue cruel con la señorita Bates (la amable mujer madura y virgen), y el señor Knightley así se lo hizo saber... Keith, entonces, podría haber parafraseado al señor Knightley, y dicho: *Si usted estuviera en su situación..., pero Scherezade, ese no puede ser menos el caso. Ella es pobre; ha perdido todas las comodidades de las que disfrutó por nacimiento; y, si vive hasta una edad avanzada, seguirá perdiéndolas aún más. Su situación debería moverla a usted a compasión. ¡Ha estado muy mal lo que ha hecho!* Pero Keith no dijo eso. Dijo:

—¿Qué te odia? En absoluto.

—Todo el mundo me odia. Y me lo merezco.

En caso de que Keith parafraseara al señor Knightley, ¿caería en la cuenta Scherezade, al fin, de que estaba enamorada de él? No. Porque ahora las cosas eran diferentes. Y ¿qué había cambiado? Bueno, el coloquio de Emma con la señorita Bates, en Box Hill, no había versado sobre pechos y nalgas, y (por inferencia) sobre un día de vergüenza en casa de un magnate del sexo; y, mientras se preparaba para recibir aquella dura censura, Emma no encaraba al señor Kinightley desnuda de cintura para arriba; y Gloria no era —de momento, al menos— una solterona. Y demás. En 1970, ya no se podía amar subliminalmente: la mente consciente operaba a tiempo completo en el amor, o en lo que antes era amor. En cualquier caso, ¿por qué iba él a censurar a Scherezade? En la terraza del oeste había mostrado una vulgaridad, una vanidad sexual y una banalidad que en aquel momento no podía por menos de alabar. Dijo:

—No fue digno de ti. Pero tranquilízate. Todos tenemos que endurecernos un

poco más. Tienes el corazón demasiado blando. Estabas muy disgustada. Había pasado aquello con Adriano. Yo..., nosotros lo sentimos por ti.

—¿De veras? Gracias. Pero eso no es más que la otra cara del asunto, ¿comprendes? Sentimental-brutal. Mal carácter.

Se echó hacia atrás y cerró los ojos. Hubo unos cinco minutos de silencio, y Keith se ensimismó en su mutismo, cada vez más tenso. Examinó cigarrillo italiano, marca Cavallo. Tenía el cilindro de papel, y el filtro; lo único que parecía faltarle era el tabaco. Lo encendió, y la llamarada le chamuscó la nariz durante una fracción de segundo, y todo quedó atrás un instante.

—Parece un hábito que merece la pena conservar —dijo Scheherazade con su sonrisa (aquella sonrisa en la que participaba todo el semblante). Y continuó, más letárgicamente—: En fin. Pero no había excusa para aquello... Ella no puede desquitarse, ¿entiendes? Mmm..., supongo que se desquitará cuando venga Jorq... ¿Sabes?, creo que Gloria está buscándose un porvenir. Que está un poco de buscadora de oro. En mi opinión... Conoces a Jorq, ¿no? Es imposible que sea su físico lo que la atrae, ¿no crees?

Mientras se encendía un Disque Bleu, estuvo de acuerdo muda pero energicamente. Lo animaba el hecho de que los *rasgos de mediocridad* át Scheherazade (rasgos que George Eliot pronto identificaría como debilidad en un joven impresionante en todo lo demás) seguían siendo visibles. Scheherazade dijo:

—Su padre fue diplomático. Y acabó ganándose la vida en la Oficina del Censo de Edimburgo. Era rico, y ahora Gloria no lo es. No puede evitar esta realidad. Lo mismo que no puede evitar su trasero... Pero lo del champaña... Fue horrible por mi parte. Dejó claro que soy una zorra que no vale nada. Eso es todo.

Y esto también lo colmó a él de fe. Pero dijo:

—No, no. Venga ya, hazte concesiones. Debió de dejarte muy confusa que Adriano te cogiera de la mano. Como un niño. Te revolvió el estómago. No eras tú misma.

—Un detalle muy bonito por tu parte, decirme eso, pero es un poco rebuscado, ¿no? Fue solo vanidad. Vanidad de zorra. Aquellos tíos de Ofanto. Me asomé a mí misma. Me *preocupó* que nos miraran a las dos. Porque se supone que soy el centro de atención. De una atención indivisa. Es patético.

Keith aguardó.

—Nunca había sentido eso, y no me gusta. Eso..., una agitación malsana. ¿Todo el mundo la siente? ¿A eso se reduce todo esto? ¿A una competición?

A eso se reduce todo esto. Así que no solo soy yo, pensó Keith. Todos lo sentimos: la realidad de ese hecho pavoroso, el cambio social. ¿A eso se reduce todo esto? ¿A una competición? *Sí*, habría respondido él, de haberlo sabido. *Sí, mi querida Emma. Es una competición que ya se acerca, intersexual de intrasexual: un concurso de belleza, un concurso de popularidad y un concurso de talentos. Hay más exhibición, comparación, mirada fija, consignación, evaluación, y por consiguiente*

más *envidia*. Envidia: aquello que es injusto, y que probablemente suscitará el resentimiento y la ira en los demás. *Es una competición, y por lo tanto algunos fracasarán, algunos perderán. Y nosotros encontraremos numerosos modos nuevos de fracasar y perder.* Dijo:

—Es un cambio radical.

—Y luego... —dijo ella, poniendo los ojos en blanco y moviendo con ellos toda la cabeza— *sigue* estando Adriano. Igualmente ridículo. Uno no puede hacer eso, ¿verdad? Acostarse con alguien por una idea.

La gente lo hace, pensó él. Pansy lo hizo.

—Frieda Lawrence lo hizo. ¿Qué vas a decirle?

—Le diré simplemente que lo he intentado, pero que me he dado cuenta de que mi corazón está en otra parte. Etcétera.

Keith juzgó todo aquello hartamente edificante: *semejante arpía, zorra que no vale nada, más vanidad de zorra...* Y cuán bien sonaba Timmy reducido a un mero *etcétera*.

Scheherazade dijo:

—Bueno, con Adriano, al menos, la cosa ni siquiera empezó.

—¿De veras?

—Sí. Solo nos cogimos de la mano. Solo nos cogimos de la mano..., lo cual es irónico, supongo. Me besó el cuello, pero ahí es donde siempre le decía que parara.

Keith se puso a reconsiderar la fiabilidad, y las dotes satíricas, de su novia, a quien ahora veía caminar por la terraza este en *topless* y sandalias de dedo. Scheherazade dijo:

—Pensaba que me iba a relajar de pronto, cualquier noche de estas, y que los dos veríamos cómo nos iba. Pensaba que me iba a relajar de un momento a otro. Pero no me he relajado. Pensaba que sabría cómo arreglármelas físicamente, pero nunca he confiado en él realmente. No entiendo por qué... Si al menos encontrara a otra... Me sentiría más cómoda.

Lily atravesaba la gruta.

—Es hora de llevarle a Gloria la comida, supongo. Y seguirá odiándome. ¿Lo viste? ¿Viste cómo lloraba?

Scheherazade se fue. Vino Lily. Keith esperaba encontrar alguna enseñanza en *La feria de las vanidades*, postrado a los pies de su desenvuelta y poco honesta heroína, Becky Sharp, que miente, engaña y se prostituye mecánicamente y por instinto: otra infiel por naturaleza. Becky, pues, le venía bien. Pero la novela que habría de guiarle hasta la fase siguiente de su vida era una que había leído hacía seis años, cuando tenía quince. *Drácula*, de Bram Stoker.

Los pequeños y musculosos pájaros negros como el carbón —trece en aquel momento— estaban muy afanados ascendiendo por encima de las cumbres de las

montañas. Más cerca de la tierra, los amarillos *canarini* (en realidad eran mucho más grandes que los canarios) armaron un súbito griterío unánime. No se estaban riendo de él —pudo apreciar—; o no de él especialmente. Se estaban riendo de los seres humanos. ¿Qué es lo que les parecía tan divertido de nosotros?

¡Somos pájaros!, decían. *¡Y volamos! Hacemos durante todo el día lo que vosotros solo hacéis en sueños. ¡Volamos!*

Lily estaba leyendo un libro titulado *Equidad*. Pasó la página. Eran todos muy jóvenes, ninguno de ellos era ni una cosa ni otra, todos querían saber quiénes eran. Scheherazade era bella, pero era igual que todos los demás. Mañana, pensó Keith: la oportunidad histórica. *Carpe noctem*. Atrapa la noche.

Aquella tarde, de hecho, Gloria se levantó a las cinco. Se levantó y bajó: espléndida, maltratada, imperturbable. Era impresionante la magnitud de su indignación, cuyo contenido rezaba como sigue: esta indignación es incontenible, y tienes suerte de que sea Gloria Beautyman la que la está conteniendo, porque nadie más es capaz de hacerlo. Keith, quizá, y ciertamente Whittaker, eran excluidos del barrido en abanico de su asco y su disgusto; pero Lily no. *Ella también me odia*, decía. *Así que yo también la odio*. La diplomacia o la habilidad política entre mujeres era algo que Keith sabía que nunca llegaría a comprender; era como mirar un rutilante mar desde lo alto de un acantilado, mirar los millones de destellos de luz brincando de gotita en gotita —imposible de seguir—. Era una disciplina arcana, como la termodinámica molecular. Mientras que la desafección del varón no era más que una mera hosquedad, con sus reglas de Queensbury... *Todo se irá suavizando*, dijo Lily. Y así fue.

Por otra parte, como habitante de la torre contigua, Gloria era una compañera invisible y casi inaudible. Pronto dejaría claro —desde el mismísimo principio— que jamás se olvidaría de descorrer el cerrojo de la puerta del cuarto de baño. Y que, dentro de este, no habría toallitas empapadas, ni tubos ni frascos de productos para aplicarse en la cara, ni tubos ni frascos para quitarte de la cara lo que antes te habías puesto, ni medias ni bañadores secándose en los toalleros (ni ninguna forma caliente en las toallas blancas). La propia Lily, al cabo de un día o dos, declaró el baño *utilizable*. A Gloria se la veía muy raras veces, y siempre silenciosa. Hasta sus duchas eran susurros: no más sonoras que el sollozo del riego en un arriate. Y compárese esto con el cotilleo loco, los rumores desatados, de las duchas de Scheherazade.

... Ese estancamiento de la tarde era el momento propicio para las densas y pesadas ansias del joven de veinte años. ¿Qué hacer con todas ellas? Eran todo y nada, subsumían la muerte y el infinito; ¿qué hacer con el instrumento de los anhelos?... Las chicas estaban abajo, en la piscina, y Whittaker estaba fuera con Gloria, dibujando, y Keith hacía una visita a la torre gemela, con la esperanza de

rastrear el aroma o algún mero residuo de tiempos más interesantes. El cuarto estaba ahora despejado por completo. Donde antes había montones de zapatos, camisonos arrugados, vaqueros recién quitados y aún tiesos, como contenidos en unas palmas ahuecadas: las nalgas y caderas de Scheherazade. Madonna llevaba sin ir media semana, y sin embargo las sábanas de Gloria parecerían recién planchadas, y colocadas con severidad náutica, y las almohadas parecían tan sólidas como losas calizas. Luego los ojos de Keith hallaron un rumbo que seguir: su pasaporte aún seguirá aquí —pensó—, y allí estaba, bajo el espejo triple. Pero era el pasaporte de Gloria, por supuesto, no el de Scheherazade.

Lo hojeó. Renovado en 1967; Gloria con pelo, satinado y orlándole ovaladamente la sonrisa. Rasgos distintivos: ninguno; estatura: un metro sesenta y cinco; no muy «viajada» (Grecia, Francia y ahora Italia, todo ese mismo año). Entre las hojas vacías vio su permiso de conducir provisional y su partida de nacimiento... Keith —extrañamente— siempre se sentía un tanto agitado y emocionado ante las partidas de nacimiento (y la de Violet era para él un talismán, porque él había estado presente al solicitarla y dar la bienvenida al mundo a su titular). La partida de nacimiento era tu BC (antes de Cristo, antes de cualquier cosa^[24]), y la prueba de tu inocencia. Era tu tíquet de entrada; te ponía en la historia... Hospital de Glasgow, 1 de febrero de 1947; Mujer; Gloria Rowena; Reginald Beautyman, diplomático; Prunella Beautyman (de soltera MacWhirr); si casada, Lugar y Fecha: Iglesia de la Santísima Virgen, El Cairo, Egipto, 11 de junio de 1935...

Al cabo de un momento pasó al cuarto contiguo y miró su propio «tíquet de entrada», que guardaba en una bolsita de plástico dentro del neceser, junto a otra hoja de papel, escrita a mano, que decía:

1965 Ella 1	1968 Doris 5
1966 Jenny 5	1968 Verity 12
1967 Deirdre 3	1968 «Gota de rocío» (Mary) 8
1967 Sarah D. 7	1968 Sarah L. 11
1967 Ruth ¡10!	1969 Lily 12*+
1967 Ashraf ¡12!	1970 Rosemary 10
1968 Pansy 11	1970 Patience 7
1968 Dilkash 2	1970 Joan 11

La clave de estas tablas la tenía Keith en la cabeza. Yo puedo desvelarla: el número 1 indicaba cogerse de la mano, el 2, besarse, y así sucesivamente, hasta que el 10 significaba *hacerlo* (el asterisco de Lily significaba *felación hasta el orgasmo*, y el signo + y *tragándose*). Allí estaba. Dieciséis chicas —con ocho rotundos éxitos— en cinco años... La partida de nacimiento de Keith, con sus dos casillas en la que se leía «fallecido», era más dramática que la de Gloria. Pero aquella otra hoja, aquel

historial puesto al día con cada nuevo lance, también decían mucho sobre quién era Keith Nearing.

A las cinco y media Scheherazade se desplazó de castillo a castillo en el descapotable, y volvió al cabo de una hora con el aire puerilmente contrito y los hombros levantados y tiesos. La cena discurrió con su tensión superficial, con su menisco..., como apuntó informalmente Whittaker. Una vez que Gloria se hubo retirado dignamente, Scheherazade contó cómo le había ido con Adriano, y dijo:

—Estuvo muy correcto. Y tranquilo. Bastante enojado, creo. No le culpo. Le pedí que siguiera viniendo a vernos. Hice hincapié en el hecho de que seguíamos siendo buenos amigos.

—Eso es lo que esperamos que sigan siendo Kenrik y Rita —dijo Lily—. Buenos amigos.

—Esperáis —dijo Whittaker— que duerman cada uno en su saco de dormir...

Keith vio cómo se retiraba Whittaker. Y luego vio cómo subía a la torre Lily.

Ahora, en la sala de armas, era casi medianoche. El alce, con sus ojos de cristal, lo miraba todo con fijeza inexorable. En el suelo, sobre la piel de tigre, sentados frente a frente, él a lo indio y ella a lo amazona. Y él encaraba la imponente accesibilidad, la franqueza indescifrable de Scheherazade. ¿Cuál era aquel alfabeto que él no podía leer? Ella llevaba un vestido ceñido de rosa turbio, con cinco botones blancos en el frente, a aproximadamente quince centímetros unos de otros. Se rascaba continuamente la pequeña hinchazón roja en el lado más pálido del antebrazo, donde la noche anterior le había picado un mosquito. Keith estaba en su estado habitual, que era el siguiente: cada varios minutos alcanzaba a oír cómo el cielo se reía disimuladamente de su paciencia; y, en los ínterin, enrojecía con un sudor blanco ante el pensamiento de la fosa sulfúrea que había en su espíritu.

La noche, probablemente, estaba a punto de concluir, y Keith, despreocupada —e ignorantemente— estaba diciendo algo sobre el castillo, sobre cómo a veces su aire externo le parecía más transilvano que italiano (con una leve aura de encantado), y añadió:

—El mejor trozo de *Drácula* es cuando baja por la muralla de cabeza. Cuando baja a darse un festín con la chica.

—¿De cabeza?

—De cabeza. Se pega al muro como una mosca. Ya ha acabado antes con Lucy Westenra (la atacó brutalmente, en forma de animal salvaje). Ahora le toca el turno a Wilhelmina. La muerde tres veces. Y le hace beber la sangre de él. Y de ahí en adelante ella queda sometida a su control.

—Tengo miedo —dijo Scheherazade, bajando la voz—. ¿Y si me atacan cuando estoy subiendo al apartamento? Ahora me da miedo.

Y su sangre..., se alteró enormemente.

—Yo te protegeré —dijo Keith.

Se pusieron en pie. Subieron por las escaleras que describían una curva en torno a la sala de baile. En el descansillo de media vuelta, que reculaba hasta un hueco, ella dijo:

—Supongo que hasta aquí es suficiente.

—Un momento —dijo él, y dejó en el suelo el candelabro de tres brazos, y se enderezó despacio—. Has sido traicionada. Soy el vampiro. El príncipe de las tinieblas.

Se puso a hacer que era Drácula (alzando y tensando las manos como si fuera un vampiro), y ella fingió que era su víctima (unió las manos en ademán de sumisión o de plegaria), y él avanzó hacia ella, y ella empezó a retroceder, e incluso se sentó a medias sobre la tapa curva de un arcón de madera, y sus caras estaban niveladas, los ojos a la altura de los ojos y el aliento a la altura del aliento. Y entonces recibieron el tíquet de entrada a otro género..., el mundo del pecho que se agita y los colmillos que chorrean, de murciélagos y lechuzas, de fluidos y navajas de barbero y espejos ciegos, donde todo estaba permitido. Keith la miró de arriba abajo: las aberturas tensas entre los botones eran bocas de carne sonriente. De la garganta a los muslos, todo expuesto ante sus ojos.

Scheherazade alzó una palma hacia el pecho de Keith, y la detuvo a medio trecho, y él, como si lo estuvieran empujando, dio un tumbo hacia un lado, y algo sonó en su caída: tres cilindros de cera con sus mechas titubeantes, y los dos rieron, fatalmente, y de pronto todo había terminado.

Scheherazade siguió subiendo y Keith inició el descenso. Cruzó el patio bajo la inocencia grotesca de la luna. Y subió a la torre.

Y entró en la insania de la noche.

Oh, *ahora* sé lo que debería haber dicho y hecho. *El conde Drácula querría tu garganta, tu cuello. Pero yo... yo quiero tu boca, tus labios.* Y de ahí en adelante, y todo habría fluido hasta su término. ¿Me equivoco?

L'esprit de l'escalier: el ingenio de la escalera, que te habría dictado lo que deberías haber dicho, lo que deberías haber hecho. Pero cuán más indeleble era cuando la escalera era *la escalera que conducía al dormitorio...*

Al cernerse, al proyectarse, al presagiar, al envolver a Scheherazade, sentía una fuerza casi irresistible. Pero percibía también un objeto inamovible. ¿Cuál era la naturaleza de ese obstáculo, cuál era su figura y su masa? Se volvió hacia la forma que había a su lado, y susurró:

¿Cómo has podido hacerme esto?

Keith llevaba semanas sabiendo que el proyecto que había elegido era algo así como lo opuesto al mejoramiento de sí mismo. Pero, sinceramente, jamás habría imaginado que hubiera tenido que llegar tan lejos.

—Supongo que te estarás preguntando si soy una pelirroja de verdad. Bueno, he destruido la evidencia, ¿no? *Naigi rasaigtro*. Pero soy lo bastante real: mírame los puntos en las axilas. Aquí. ¿Sabes?, conozco a una chica que *jamás* ha tenido vello púbico. No, jamás. Ella...

... Perdóname, Rita, por esta breve interrupción, pero acabo de percatarme de que una vena se desliza palpitante —de izquierda a derecha— por la frente de Keith: acaba de nacerle una idea, y debo empezar a apartarme, a recular, a retirarme... Bien, en cuanto a Dilkash, dejé clara mi postura, y se lo hice pasar terriblemente mal en lo que concierne a Pansy. Si, la noche anterior, hubiera intentado algo con Scheherazade, bueno..., la cosa habría tenido una repercusión inmediata que él, hasta el momento, no ha estado muy dispuesto a sopesar. Pero lo que está considerando mientras yo hablo (véase el movimiento vermicular, de derecha a izquierda, en su frente sin arrugas)... Dicho con palabras que él fácilmente entenderá, se halla decididamente embarcado en su propia corrupción: del latín *corrumpere* («estropear», «sobornar»), Keith, amigo mío; de *corazón* («completamente») + *rumpere* («romper»). Perdóname, Rita, lo siento... Continúa, por favor.

—No, jamás. Le declaró la guerra al vello en cuanto apareció. No le permitió nunca crecer ni un milímetro. Y ahí está el futuro, en eso. Lo siento, chicas, pero los tiempos del felpudo han quedado atrás. No más combates en la jungla. Eh, Rik, está todo bien, ¿no? *Supaiger-piaigjos*. Hemos pasado toda la noche en la carretera, y estoy muy sucia. Necesito un maravilloso baño largo. Un baño largo —dijo—, y quedaré como nueva.

Rita no llevaba entre ellos ni medio minuto y ya estaba como Dios la trajo al mundo: se acercaba a la piscina con el vestido sobre la cabeza mientras se desprendía de los zapatos; Rita, en el atuendo del día de su nacimiento; luego vino la sonrisa de oreja a oreja y la zambullida vertiginosa. Kenrik la siguió lentamente con la cabeza muy baja.

¿Y dónde estaba la policía? ¿Dónde? Si bien Scheherazade —a juicio de Keith— probablemente debería acabar detenida por las fuerzas policiales (y Lily tal vez librarse con una amonestación), Rita sin duda habría justificado una visita de la Brigada de Delitos Graves. Rita: uno setenta de estatura, y 80-75-80, no solo en *topless*, no solo sin braga, sino también depilada ahí abajo: pre-púber a los veinticinco años... Y el propio Keith habría atraído la atención de las autoridades, de haber habido alguna presente. Su nueva exposición palpaba como una flor negra con una abeja libando en ella. Lily, dejando al descubierto los dientes superiores, se

volvió para mirar cuando Rita dijo:

—¿Podéis volver a empezar? Así que tú eres... Dímelo lento.

—Scheherazade.

—Eh, chica, esto está durando bastante, ¿no crees? ¡El suspense! Y después de todo ese trabalenguas, después de todo ese exceso..., es Adriano, ¿no? Oh, un gran nombre para un tipo pequeño, ¿no crees, cariño? ¿Cuál es tu segundo nombre, encanto?

—Sebastiano —dijo Adriano (recordando en el último momento que estaba orgulloso de él).

—Entonces te llamaré Sebastiano. ¿Te importa? Mira, Seb, un Adrián me rompió el corazón. Era una puta bestia, era... Y tú eres Whittaker. Encantada. Y tú eres Gloria. Y tú, chiquilla..., ya, por supuesto, eres Lily. En fin. ¿Qué maldades habéis estado haciendo bajo el sol?

—Ninguna —dijo Scheherazade—. Suena un poco soso, pero es lo que hay. Nada.

En un tono de voz un tanto amenazador, Kenrik había pedido que le llevaran al bar más cercano.

En el sendero empinado, Keith se volvió hacia él más de una vez con el comienzo de una sencilla frase enunciativa en los labios, pero Kenrik lo hizo callar alzando una mano categórica. Y le hizo hacer varias pausas, y se sentó en una roca, fumando, y luego sobre el tocón de un árbol, sin dejar de fumar, y se amasaba el pelo con ocho dedos rígidos...

También Kenrik era hijo de una viuda embarazada. Sucedió al principio del segundo trimestre (un descapotable rápido, la lluvia estival). Así, durante cinco meses, un padre desaparecido, un hijo nonato, una madre a un tiempo en duelo y embarazada. Ropa o cintas negras, pero también esa curva familiar de la silueta, con el perfil en forma de signo de interrogación entre la vida y la muerte. Y el viejo orden da paso al nuevo, pero no inmediatamente, no aún: los pechos llenos y las rodillas debilitadas, los antojos, las aguas rotas, el útero que empuja, y el parto, el parto, el parto...

Durante cinco meses el feto se maceró en los jugos del duelo materno. Y esta era la diferencia entre los dos amigos. Al dar a luz, la madre de Keith creía que el padre aún seguía vivo; así, el hijo nonato, en su tina materna, jamás probó las excreciones de la aflicción. *Widow* («viuda»): en inglés antiguo *ividewe* («estar vacía»); pero no estaban vacías, estas dos mujeres, estas dos viudas.

Kenrik dijo:

—¿Qué quiere decir eso?

—Mussolini siempre tiene razón.

—El asunto, tío, es que llevo sin estar solo veinte días, y... ¿Alguna vez te ha pasado..., no saber ni quién eres?

Bueno, no, pensó Keith. Aunque me está pasando ahora, que siento como si estuviera flotando y entrara y saliera de mí mismo.

—Algo así —dijo Keith.

—Está bien. Estoy en tus manos. Guíame.

4. LA EDUCACIÓN SENTIMENTAL

Entraron en la gruta de madera de la otra acera del callejón, enfrente de la tienda de animales. Los bebedores, con sus prendas de lana, parecían disfrazados de ovejas. Kenrik dijo:

—Ahora me manejo muy bien con el idioma. *Buon giorno. Due cognac grandes, per favore.* Eso es para mí. ¿Tú qué quieres?

Estaban de pie en la barra, observados por seis o siete pares de ojos ancianos. Kenrik vació su primer vaso de un trago y se estremeció. No se sintieron obligados a bajar la voz; encendieron sendos cigarrillos, y Keith dijo:

—¿Podemos empezar?

—Sí. Espera. Nicholas te manda saludos cariñosos. ¿Recibiste el paquete? A Nicholas no le gusto, ¿verdad? Piensa que soy un inútil. Piensa que soy un mentecato que no vale para nada.

—No —dijo Keith. Pero algo había de verdad en la queja de Kenrik. *¿Qué es lo que ves, le preguntaba a menudo su hermano, en ese inútil? Es un borracho, un desastre y un esnob. Sé lo que digo. Con él puedes tomarte unas vacaciones de tus miras altas. Tú tienes miras altas..., no finges tenerlas. Pero él te distrae de ellas. Y de vez en cuando necesitas unas vacaciones.* También en esto tenía razón Nicholas. Cuando respondía a su hermano, Keith hacía hincapié en la expresividad de Kenrik, y en el hecho de que atraía mucho a las chicas. Atraía a Lily. Durante un instante, los ojos de Keith se abrieron como platos sobre la espuma de su cerveza—. Nicholas —dijo— piensa que eres un tío estupendo. Y ahora ¿podemos empezar?

—Empieza.

—¡Has follado con el Perro!

—Sí, he follado con el Perro. Pero no ha sido culpa mía. *Tuve que follar con el Perro.*

—Lo sabía. En cuanto te vi, pensé: ¡Ha follado con el Perro!

Y te dije que no follaras con el Perro.

—Sé que me lo dijiste, y no pensaba hacerlo. O sea, no soy estúpido. Sabía lo que le hacía a Arn al follar con el Perro. Y a Ewan. Y me iba a pasar cuarenta y dos noches con ella. Sabía lo serio que era. Hasta tuvimos una larga conversación en el *ferry*, y convinimos solemnemente en que no follaría con el Perro, o sea, que íbamos a seguir siendo solo buenos amigos. Tenía decidido no follar con el Perro. Pero *tuve que follar con el Perro. Ancora, per favore...* Voy a explicártelo.

Su viaje de *camping* empezó radiantemente: una mañana luminosa de hacía tres semanas, muy temprano, Rita llegó en su MGB, y Kenrik la esperaba con las mochilas (las tiendas, las estacas). Cogieron el barco de las doce de Folkestone a Boulogne. Conduciendo por turnos y haciendo un par de paradas para tomar un

tentempié, viajaron hacia el sur hasta medianoche. Kenrik dijo:

—Y fue genial. Es una compañera de viaje estupenda, el Perro. Parece una carraca, pero es muy divertida, y la mar de intrépida.

Y lo paga todo. ¿Te acuerdas de que llevaba cincuenta libras? Las perdí.

—¿A los caballos?

—A la ruleta. Al llegar a Francia ya no me quedaba dinero para volver a Inglaterra. En fin. Pensé: Es una idea genial. Me gusta el Perro, y la respeto, y éramos solo buenos amigos. Y me dije: Lo único que tienes que hacer es no olvidar una cosa: no folies con el Perro. En fin. Encontramos un sitio..., ya sabes, metías la cabeza donde fuera y decías: *Cam-pin?* Al sur de Lyon. Y luego, en la tienda... En la tienda hacía *tanto* calor... Hacía un calor increíble. —Se encogió de hombros—. Hacía tanto calor que follé con el Perro. Allí mismo.

—Mmm —dijo Keith. También Keith tenía veinte años. Y entendía perfectamente que una tienda abrasadora, con Rita dentro, prácticamente te ponía la cuestión fuera del control de ti mismo—. Mmm. Sí, en una tienda muy, muy caliente... ¿Y qué te pareció?

—Increíble. Seguíamos dale que dale cuando los alemanes empezaron a hacer cola para las duchas.

—¿Qué es lo que fue mal, entonces?

—No quiero hablar de ello.

—Sí, eso decís todos.

—Está bien, me follé al Perro. ¿Y qué? No quiero hablar de ello, ¿de acuerdo?

—Sí, lo mismo que dijo Arn. Nadie quiere hablar de ello.

—Quizá por eso la gente sigue haciéndolo. Lo de seguir follándose al Perro. Si se corriese la voz, dejaría de hacerlo... Yo sigo queriendo verlo como un rito de paso. Algo por lo que tienes que pasar en la vida. Follar con el Perro.

Keith dijo, en tono vago:

—O algo que haces cuando tienes *jet lag*.

—¿Qué?

—Garth. Mi tutor. Cuando volvió de Nueva Zelanda. Dijo que sacó a su mujer al parque, con una correa, y al volver se folló al perro.

Kenrik dijo, en tono vago:

—O algo que haces cuando juegas a las cartas.

—¿Qué?

—Ya sabes. Al *bridge* o algo parecido. Tu buena jugada de picas te puso en una posición inmejorable para «follarte al perro», para joder a tu rival.

Keith dijo:

—No, tenías razón en lo primero que has dicho. Es una prueba de carácter. Parte de tu educación sentimental. Hay un momento en el que todo joven varón ha de...

—Dejar a un lado las cosas de niños.

—Demostrar de qué está hecho.

—Y follarse al perro.

Se hizo un silencio. Luego Kenrik dijo, pensativo:

—Sabes cómo actuamos tú y yo con las chicas. Bueno, pues ella actúa así con los chicos... Con los chicos a los que se folla. No son los chicos los que se la folian. Es ella la que se los folla a ellos. Pero escucha. Nosotros no hablamos así de las chicas con las chicas, ¿o sí? Joder.

Kenrik y Keith se lo contaban absolutamente todo (cada cierre de sostén, cada milímetro de cremallera), así que, por pura costumbre, Keith dijo:

—En la tienda, ¿cómo os desnudasteis? ¿O es que ya estabais...?

—No, tío, no puedo hablar de ello... No puedo pensar en otra cosa... Estoy como *escribiéndolo* en mi cabeza. Pero no puedo hablar de ello.

¿Escribiéndolo? Nicholas, además, despreciaba a Kenrik porque su desarrollo mental se había detenido a la edad de diecisiete años (cuando lo expulsaron del mejor colegio de Londres). Y jamás había leído nada. A muchos, al mirarle, les engañaban el dibujo impecable de su mandíbula y los pómulos pretenciosos. Como habían engañado a Lily... Con morosa renuencia, Keith dijo:

—Oh, sí. ¿Te acuerdas de aquella noche que pasaste con Violet? Solo quiero preguntarte una cosa. Y no quiero detalles. ¿Le gustó a ella, crees tú?

—¿Que si le gustó? Oh, sí... De hecho, si quieres que te diga la verdad, no me acuerdo. Ni siquiera me acuerdo del día siguiente. Fue después de aquella fiesta. *Signore. Ancora, per favore. Grazie.* Cuando se despertó, dijo: *Anoche fuiste un niño un poco malo.* Así que supuse que algo había tenido que pasar. Y luego intenté ser un niño un poco malo también por la mañana. Pero no lo conseguí. Lo siento.

Hablaron de Violet, y del castillo; y Kenrik, a quien no le amedrentaba la belleza femenina, dijo:

—¿Esa preciosidad de las tetas? Joder... No se ve a menudo una cara como esa con un cuerpo como ese. Bueno, no se ve nunca. Supongo que por eso necesita todo ese cuello. Imagina lo creído que tienes que ser para intentar seducir a Scheherazade.

—Tú eres creído.

—Hasta cierto punto. También me gusta mucho la otra. La del pelo muy corto, la del culo. Y el bañador entero. Como el de mamá.

Acabaron sus bebidas, y Keith le enseñó los puntos de interés del pueblo (en especial la iglesia y la rata), y Kenrik dijo:

—¿Qué tal te va con Lily?

Empezaron a subir el sendero empinado justo delante de un rebaño de cabras, o de ovejas y corderos, del color de la nieve urbana, que avanzaban pesadamente, bamboleándose, como un telar.

—Quiero hablar contigo de Lily. Tiene que ver con su seguridad sexual. He pensado que quizá puedas ayudarme.

—¿Cómo?

Era viernes, y la idea era esta: tomarían un almuerzo tardío, o una cena temprana, o una buena merienda a eso de las cinco y media, y luego, los que quisieran, harían una incursión —patrocinada por Adriano— a una especie de club nocturno de Montale. Así al menos se lo hizo saber a Keith —con indiferencia— Gloria, que estaba sola en el patio con el bloc de dibujo en el regazo.

Keith dijo:

—¿Dónde está Rita?

—Durmiendo. Todos están echando la siesta. ¿Te enseño dónde?

—Dios, no. Me quedaré un rato ahí arriba. Si puedo. Con un vaso de algo.

Keith subió a la torre. Planeaba preparar a Lily, y forzar un poco la realidad en la dirección que él quería que tomara, dirección que convenía a sus intereses (según él los veía). Pensó en Rita en la piscina, en su doble, triple desnudez. Esta le recordaba —de la forma más antierótica imaginable— a Violet cuando tenía diez u once años: muy delgada, pero con aquella envoltura de carne turgente, con aquel vestido de la madre naturaleza.

Lily estaba de pie al fondo, mirando por la ventana. Se volvió.

Keith dijo:

—¿Pasa algo?

—Apuesto a que tus amigos y tú pensáis que es muy divertido. ¿Es que no sabes lo que significa?

Durante un instante Keith pensó que Lily lo había desenmascarado antes de que él pudiera hacer nada, porque nunca la había visto tan enfadada. Lily dijo:

—*Mentiroso. ¿Por qué la llamáis el Perro?*

—¿Qué? ¿Y por qué no íbamos a llamarla el Perro? Quiero decir, entre amigos.

—Si es una preciosidad.

—Bueno —dijo él—. A su modo, quizá. De acuerdo, es una preciosidad. Nunca he dicho que no lo fuera.

—Entonces, *¿por qué la llamáis el Perro?* ¿No sabes lo que *significa* «perro»?

—¿Perro? ¿Qué? —Escuchó su respuesta y dijo—: Bien, puede que signifique eso en Norteamérica. En Inglaterra significa solo esto: perro. Todos llamamos a Rita así. Nicholas la llama así. Es porque... te recuerda a un perro.

—*¿En qué?*

—Joder... Actúa como un perro —dijo, y continuó, despacio—: Rita actúa como un perro. Está siempre moviéndose. Le tiembla la lengua. Como si estuviera jadeando continuamente. Y menea el culo todo el tiempo. Como si meneara el rabo. Menea el trasero como un perro.

—¡No menea el trasero!

Keith se quitó el sudor del bozo...

—Bueno, reconozco que tienes razón. No lo menea. Ha dejado de menear el

trasero. Solía hacerlo, pero ya no lo hace. Te preguntaré al respecto... Le pediré que menee el trasero para ti.

Y te recordará a un perro. Te lo juro.

—Oh, Keith, ¿por qué no soy bella?

Lo llamaba por su nombre tan raras veces... Y no había respuesta a su terrible pregunta. Nada podía hacer más que dar un paso hacia delante, y encarar la cuestión, y abrazarla, y acariciarle el pelo.

—¿Por qué no soy bella? —dijo, con aquella voz envolvente suya—. Scheherazade es bella. Rita es bella. Hasta Gloria es bella cuando sonrío. Todas son bellas. ¿Por qué yo no soy bella...?

Lo serás, se dijo una y otra vez. Y se tendieron juntos, y ella se durmió. Y él también experimentó lo que era la siesta, lo que era descabezar un sueñecito, *dormir*, visitar la insania en horas de plena luz del día... Cuando Lily despertó, él la observó atentamente, cotilleó con ella mientras miraba cómo se bañaba y se vestía, y le repitió con paciencia lo guapa que Kenrik decía que estaba.

—Adorable y morena —le dijo, bajando los escalones de piedra a las cinco y media—. Y has perdido peso. Eso es lo que ha dicho.

Y los ojos te brillan.

—Mmm. Perdona. Es que estaba esperando ver a un perro.

—Yo también lo siento. Sinceramente no sabía nada del asunto ese del perro. Así que, según tú, al Perro se le debería llamar Zorro.

—Parece un zorro.

—Sí, pero ya es tarde para cambiarle el nombre. —Y Rita no actuaba como un zorro. De forma ambivalente pero inequívoca, Rita era, de alguna forma, el mejor amigo del hombre—. Así que es el Perro.

—¿Hablaba como ella Pansy? Y ¿es ella la que no ha tenido nunca vello púbico?

—No, pero tenía el mismo acento que Rita. Y tenía esa forma rara de decir los *me*. *Pásame* ese camisón. *Me* muero de hambre. Es bonito. Me gusta cómo hablan.

—Bueno, una mitad tuya viene de ahí arriba, ¿no? Veo perfectamente que Kenrik no es muy feliz —dijo Lily cuando ya salían al patio—, pero seguimos sin saber por qué no debéis...

—¿Por qué no debemos? Ah, sí. Exacto, no lo sabemos. Por increíble que parezca, ¿no?, en cierto modo. Se lo dije una y mil veces. Una y mil veces.

—Le bombardeaste con la frase.

—Le bombardeé con la frase. Y sabe perfectamente que no se debe. Y va y la primera noche, la primera noche, ¿qué es lo primero que hace?

—Va y folla con el Perro.

—Exacto.

—Y es exactamente lo que no se debe hacer.

La comida estaba en el aparador, y los más jóvenes se paseaban ante él, de un extremo a otro: fiambres, ensaladas de espinacas y patatas y judías, proximidades, posibilidades, aromas corporales, manos, pelo, caderas. Una a una, en la mesa, las diversas figuras fueron ocupando su asiento. Y uno tenía la certeza de que se cruzaría una línea: Kenrik, con sus párpados de plomo, y Rita, con su viveza coercitiva, lo garantizaban. No un deslizamiento de un género a otro, sino un cambio de clasificación. Prohibido a menores no acompañados: aquello lo clasificarían X. Todos tenían ya la certeza de que se cruzaría una línea.

Adriano se volvió hacia Whittaker.

—¡Propón un brindis, amigo mío! —exclamó.

Whittaker se encogió de hombros y dijo:

—Por la heterosexualidad.

Así, durante un rato, y bajo la supervisión de Rita, las chicas hablaron del número de hijos que esperaban tener: Rita dijo que seis, Scheherazade cuatro, Gloria tres, Lily dos.

—No —dijo Rita—. Yo, ocho. No, diez.

Todos parecieron hacer una pausa ante aquella visión de maternidad prolífica. Pero luego Lily dijo:

—Bien, será mejor que os pongáis a ello, ¿no creéis?

—Oh, yo sigo y sigo, encanto. Estos son mis años de follar. Aprovecharé hasta quedar bien saciada, y luego me pondré manos a la obra. Uno al año. —Rita tragó saliva bruscamente, y dijo—: Oh, Gloria, amor..., ¿cómo puedes llevar ese sujetador con este calor? ¿No están las pobres muñéndose por un poco de aire?

En una rara concesión al calor, Gloria llevaba una blusa liviana de cuello elíptico; en ambas clavículas se veían unas marcas anchas e irregulares de una oscura tonalidad quirúrgica. Miró hacia abajo y hacia un lado, y se ruborizó. Dijo con voz suave:

—A mí me resulta más cómodo.

—A las mías no me las van a apretujar dentro de una cosa de esas. —Dio como un zarpazo en el aire con un dedo—. Ahora nadie suelta con franqueza lo obvio. Yo tengo dos espaldas, ¡y me alegro! Las tetas pueden ser..., *geniales*, ya sé, pero siempre están estorbando. Hasta en la cama. —Rita se volvió a Scheherazade con su sonrisa de delfín—. Oye, niña, ni siquiera querría las tuyas. *Naigi habaiglar*. ¿Cómo iba a bailar el limbo?

Whittaker dijo:

—Creo que no entiendo bien lo de los sostenes. La politización de los sostenes. ¿Lo de quemar sostenes qué tiene que ver con las feministas? Yo creía que los sostenes eran amigos suyos.

—Imponen..., imponen uniformidad —dijo Lily—. Por eso se supone que son

malos.

—Los sujetadores igualan a todo el mundo —dijo Scheherazade—. Los pechos varían. Los sujetadores hacen que todas las chicas lleven los pechos bien marcados.

—Y eso no, claro —dijo Gloria—. Eso no podemos consentirlo, ¿verdad?

No parecía proclive a continuar, pero Rita dijo:

—Sigue, sigue, guapa. Habla.

—De acuerdo —dijo Gloria, y soltó su tosecilla—. Esto, mmm... Es solo una coincidencia, ¿no? No es más que una mera coincidencia, ¿no?, que el hecho de no llevar sostén haga tus pechos mil veces más llamativos. Los sostenes mantienen *quietos* los pechos.

—Tiene razón, ¿sabéis? —dijo Rita, con un gesto de cabeza dirigido a Scheherazade—. Voy a estar comiéndome con los ojos los tuyos toda la noche. Y, joder, chica, cuando te mueves..., verte cruzar una habitación es como estar viendo un puto *thriller*. ¿Se le saldrán? ¿No se le saldrán? Y tú —dijo, dirigiéndose a Gloria—, tú parece que tienes un buen par todo envuelto en esa puta hamaca doble. Tendrías que quitártela alguna noche, cielo, y darnos una buena ración de vista. Si estuvieras proporcionada, ¿sabes?, ¿estarías más redonda que Scheherazade! No bebes, ¿no, encanto? Yo tampoco. No como otros. No como algunas lamentables esponjas que yo conozco... Muy bien. Voy a repetir. Y a «tripitir» dentro de un momento. Como como una cerda y nunca engordo. Las chicas me odian por eso, Lily. ¿Quién puede echárselo en cara? ¿Alguien quiere más de algo?

Adriano, mostrando mucho blanco de ojo, le tendió su plato.

—¿En qué estás ahora, Sebs, querido? ¿En carne? ¡Así me gusta! ¿Alguien más?

Kenrik estaba a la cabecera de la mesa, hundido en la silla, protegiendo con el brazo doblado una jarra de vino. La otra mano realizaba una serie de experimentos muy lentos con el tenedor. Keith dijo:

—Oh, sí, Rita. Me estaba preguntando... ¿Qué ha sido de aquel meneo tuyo? Has dejado de menearte. Has perdido esa seña de identidad. Enséñale a Lily, cómo te meneabas. Menea ese culo.

Rita lo meneó. Y sí: recordaba un perro. Parecía un perro que ve cómo su amo se pone el abrigo y coge la correa.

—Hazlo otra vez.

Rita volvió a menear el culo y dijo:

—Oh. Uf. No, Keith, tengo mis razones. Quédate ahí y te diré cuáles. Voy a relajarme... Uf. —Se inclinó hacia delante—. No más meneos. Verás, Keith, el caso es que nunca me han dado por el culo tanto en toda mi vida.

Kenrik soltó el tenedor, que cayó en el plato con un chasquido.

—Y no creáis que es solo él —dijo Rita con una sacudida de barbilla—. Y no es contra mi voluntad o algo parecido. Podéis llamarme «mordedora de almohadas». En el amor y en la guerra, todo vale. Seb, ¿es suficiente, o quieres otra tajada más? No. No es solo Rik. Al parecer ninguno de ellos puede estar fuera de ahí mucho tiempo. Y

sé por qué. Porque soy un chico. Yo soy un chico. Soy un chico.

Keith fue desplazando la mirada en torno a la mesa. Lily encogió los ojos y la boca. Scheherazade, muy erguida, se quedó ensimismada. Gloria emanaba una intensa frialdad. Whittaker fruncía el ceño y sonreía. Adriano parecía un niño conmocionado. Rita dijo:

—Soy chico. No tengo tetas. Ni culo.

—Ni cintura —dijo Lily.

—Bendita seas, chiquilla. Por poco se me olvida. Y no tengo cintura. Así que se ven más o menos obligados a darme la vuelta, ¿no? Sobre todo si ya tienen esa inclinación natural. Como Rik... Le hace remontarse a sus tiempos del colegio, ya veis. Piensa en el capitán del equipo de críquet. Es lo único que se la pone tiesa. Es lo único que le excita. ¿No es así, amor? Oh, vaya, todo el mundo se ha quedado mudo. ¿He vuelto a meter la pata?

Kenrik cogió el cuchillo y dio unos golpecitos con la hoja en la copa. El tintín, el leve repiqueteo, tardó en cesar tres o cuatro segundos.

—La primera vez que sucede... —empezó—, la primera vez que Rita y tú hacéis la bestia de dos espaldas^[25]..., piensas que es algo con lo que has estado soñando toda tu vida. Piensas: Así que esto es fornicar... Todo lo demás... no era fornicar... *Esto* es lo que es follar... Pero Rita no es un chico... Es un *tío* hecho y derecho. No, ni siquiera. Guarra con ganas, le concederé eso, e ingeniosa, además. Se lo concederé. Pero no hay que lamentarse... La primera vez que te sucede, tiendes una mano. Luego, de lo siguiente que te das cuenta es de que ella te ha metido el dedo gordo en el culo y de que tienes un huevo dentro de su garganta. Y el otro detrás de su oreja, para después. Y que los dos pares de filas de pestañas te están rozando la punta de la polla. Sus *pestañas*. Y entonces tú haces todo lo demás. Es la primera vez. Y es genial. Y luego... ¿Sabes lo que hace ella? Te despierta sacudiéndote en mitad de la noche, y si estás demasiado cansado va y te dice en serio que eres marica. *Que odias a las mujeres*. Cuando, de hecho, *ella* odia a las mujeres. Y también a los hombres. Keith. Keith. Imagina que despiertas a sacudidas a Lily y, si no quiere nada contigo, es una tortillera. O una esnob. O frígida. O religiosa. *Ni un tío* actúa así. Ni un tío que no esté ya internado actúa así. Y ella piensa que es una pareja sexual genial. Y lo es. Pero no lo es. No tiene dotes para ello. No las tiene... Porque no... No hay... piedad. Ahí está.

Rita le había escuchado siguiendo con la cabeza un ritmo anárquico. Dijo:

—Ah, busca piedad..., ya. Busca compasión. Porque está aterrorizado. Quiere a su mamá. Eres un anticuado, amor. Eres como mobiliario de segunda mano. Mirad, a Rik lo que le gusta es una chica de risa bobalicona..., de risa bobalicona y con un pañuelo empapado en la mano. Ohhh, eso no debes hacerlo... Oh, eso es rudo, eso es *malo*. Oh, adelante, pues, animal, sé lo peor que puedas. Te prometo que no voy a disfrutar. Dios, ¿hemos sido alguna vez así de tontas, nosotras las chicas? Bien, ¿quién viene a bailar? Quiero menear la cadera. Ya es mi hora del limbo.

Los italianos son intrigantes. Italia es un país de intrigas. Tal axioma —acuñado, o hecho circular, por Adriano, quien, en la calma de media tarde (la calma que sigue a cada transgresión, a cada atropello, mientras los contrincantes elaboran su lista de agravios)— quedó en el aire en el comedor: estaban los dos solos, y Rita miraba a los ojos a Adriano como si fuera el único hombre que la había entendido de verdad en toda su vida... Italia y la intriga: era la tierra de César y de Lucrecia Borgia, de Nicolás Maquiavelo, de Alejandro Cagliostro, de Benito Mussolini. Keith Nearing, totalmente atascado con la novela inglesa, había entrado recientemente en esa especialidad oscura conocida como la «no ficción», en concreto, la historia italiana moderna; y había encontrado en ella un mundo increíble.

Hasta aquel verano Keith nunca había tratado de ver qué tal se le daba la manipulación, y su primer descubrimiento fue que te mantiene ocupado. Keith estaba ocupado. No estaba tan ocupado como Benito Mussolini, que en su día alardeó de haber negociado 1 887 112 asuntos en siete años (o una decisión de primera importancia cada treinta y cinco segundos, sin día libre alguno), y acumulado 17 000 horas de pilotaje de aviones (tantas como un piloto en régimen de dedicación exclusiva y durante toda una vida laboral), amén de haber leído 350 periódicos todas las mañanas, y de haber tenido tiempo por la tarde para hacer un pentatlón sañado, y, por la noche, para interpretar al violín, en soledad, todo un interludio extendido. Keith no tenía tanto en la agenda como Mussolini (y Mussolini, dicho sea de paso, nunca tenía razón); pero tampoco le faltaban cosas que hacer.

Y la sensación persistía. Parecía estar flotando, entrando y saliendo de sí mismo...

Sentada con un vaso de *prosecco* en el sofá de columpio, en el borde de la terraza oeste, Lily estaba inusualmente absorta. Miraba las estrellas, con la cara ladeada y un ceño de desconfianza. Era una desconfianza que él compartía momentáneamente: las constelaciones parecían pertenecer a otro hemisferio. Dijo:

—Es extraño pensar que están ahí durante el día. Solo que no podemos verlas.

—No están ahí durante el día. Salen por la noche. ¿Vas a ir?

Keith dijo que creía que sí.

—Bueno, pues yo no. Rita es un horror. En fin. Al menos sabemos por qué. Por qué uno no debe...

—Sí, supongo que ya sabemos por qué uno no debe...

—Será mejor que te disculpes con Scheherazade. Por azuzarla contra nosotros^[26].

—Me pregunto si lo sabes, Lily. *Sick*, en ese sentido, viene de un vieja forma dialectal de *seek*^[27]. Significaba «azuzar a un perro contra alguien».

- Tú sí que estás *sick*^[28]. ¿Y por qué tienes ese aire como de... «colocado»?
- Vas a cuidar de Kenrik, ¿de acuerdo, Lily? Cuidarás de él.
- No escurras el bulto. Sigue. ¿De verdad quería decir *compasión*? ¿O *empatía*?
- Oh, es lo mismo. La empatía es compasión. *Con más sentimiento*.
- Adelante, pues. Sí, le cuidaré.
- Estabas maravillosa en la cena, Lily. La belleza está llegándote. Está ya aquí.

Luego, por supuesto, Keith tuvo que arreglar las cosas con su anfitriona.

Estaba sentada en el salón, ante el tablero de *backgammon*, y trataba de acomodar con ambas manos un libro de texto (de tema estadístico) sobre los empinados acantilados de sus muslos.

—¡Uf! —dijo Scheherazade—. Ha sido como uno de esos programas de la tele en los que antes te ponen una advertencia. Así que, cómo no, no te queda más remedio que verlo. A Whittaker también le encantó. ¿Qué lengua habla Rita? ¿Es alguna lengua vernácula?

Keith dijo:

—Es una especie de clave. Habla así con sus amigos, y piensan que no puedes entenderles. Lo que hacen es poner las letras *aig* en mitad de cualquier palabra. *Naigi rasaigtro* es «Ni rastro». Y *naigo* es «no». Fácil. Menos cuando construyen frases enteras, claro.

—Dios, las cosas que la gente se inventa. No tenía ni idea. Rita hace que me sienta como si tuviera tres años. Todo está saliendo perfectamente, ¿no? Rita y Adriano. Esta noche dormiré el sueño de los justos.

—¿No vienes?

—Estoy tentada, pero no haría más que estorbar. ¿Tú no vas a estorbar?

Bien, Scheherazade, pensó Keith. El caso es que tengo que irme de la casa. Dijo:

—Puede que no pase nada. Puede que Adriano tenga la fuerza necesaria para contenerse.

—*Naigi aigen bromaiga* —dijo Scheherazade.

Y por último Kenrik. Estaba sentado en la mesa de la cocina, con una gran cafetera y una expresión de ecuanimidad vacía en el semblante. Dijo:

—Siento mucho todo esto. Bueno, hay una teoría muy interesante. Acabo de tener una bonita charla con, bueno..., con la chica del culo, y me ha dicho..., sí, Gloria, me ha dicho que jamás he tenido la menor posibilidad con Rita desde que se puso a pagarlo todo. Ha dicho que las mujeres odian a los hombres que no lo pagan todo ellos. Te odian incluso cuando pagas a escote. No pueden evitarlo. Lo llevan en la sangre. Adivina qué. Acaba de entrar Adriano y me ha estrechado la mano. Están ahí abajo en el coche.

—Será mejor que me vaya. ¿Sabes? Quizá es demasiado mayor para ti. Estuvo muy bien, ese discurso tuyo después del ágape. Pero no va a desanimar a nadie.

—¿El reto, te refieres? Mmm... En fin. Los chicos están condenados a follar con el Perro. Y *deben* follar con el Perro. Pero solo si ella se va a Hawai al día siguiente. Para siempre. Mira cómo baila...

—Tú relájate con Lily —dijo Keith—. Es una chica simpática y sensible y recatada.

—Recatada... *Eso* suena muy excitante.

Keith le hizo una sugerencia más. Y Kenrik dijo:

—¿Hablas en serio? ¿Por qué?

Se apresuró escalones abajo, a través de un ligero olor a sudor. *¿Ves, Scheherazade? Tengo que abandonar el castillo. Así Kenrik podrá acostarse con Lily. Y luego, una vez eliminado tal obstáculo, yo podré acostarme contigo...* Había estrellas, con puntas de aspecto afilado y frío: las puntas visibles de los alfileres con los que Dios fijó el oscuro pedestal de universo. ¿Y su sistema propio, su galaxia personal, su Virgo, y los siete soles que le quedaban? Antes de que el verano termine, ¿cuántos más habré extinguido?

El Rolls Royce rechinó y se encrespó. Una visión clara del futuro habría enviado a Keith escaleras arriba, al lado de Lily, o a Montale, donde habría podido ponerse a hacer autostop para volver a Inglaterra. Keith se metió la mano en el bolsillo para sacar el paquete de Disque Bleu. Pensó: Es una prueba de carácter. Se detuvo un instante. Es mi educación sentimental. Se encendió el cigarrillo. E inhaló.

CUARTO ENTREACTO

Y exhaló, un tercio de siglo más tarde.

Se aclaró la garganta, no con un gruñido (su modo habitual de hacerlo), sino con una tos fuerte (como un disparo de rifle). Diez minutos antes había vuelto de una salida excepcional a un sitio llamado Smokeshack, en Camden Town, y ahora, con la lengua descolorida asomando puerilmente por la comisura de la boca, trataba de pegar diversas etiquetas impresas en unos paquetes, latas, cajas de cartón y carteras que había esparcidos por toda la mesa. *Fumar te da un aire sexy*, decía una. *Si dejas de fumar, probablemente te volverás loco*, decía otra. Keith había dejado la nicotina en 1994, pero ahora volvían a estar juntos, y estaban muy enamorados.

Tosiendo y agitándose y con arcadas y ligeramente sin resuello, y otra vez con mucho juego de lengua manchada y dedos temblorosos y amarillentos, pegó una tercera etiqueta (de hecho, su propia adaptación de una advertencia común de sus peligros para la salud) a su petaca de Golden Virginia. La etiqueta rezaba: *Los no fumadores viven siete años más que los fumadores. Y adivinen qué siete años.*

Se quedó mirándolo fijamente con ojos inflamados y enrojecidos.

* * *

Últimamente, cuando estaba en la calle, solía pensar: La belleza ha desaparecido. Y pronto siguió adelante desde esta posición, y pensó: La belleza nunca ha existido, nunca hubo ninguna. Ambas premisas eran escandalosamente inciertas. Su esquilmación, la esquilmación de la belleza, tenía lugar en el interior de su propio pecho y propia carne.

La belleza, la belleza actual, estaba sentada delante de él, al otro lado de la mesa de la cocina.

—Bueno, por fuerza tengo que sentirme un poco idiota, ¿no crees? —le dijo a su tercera mujer (estaban hablando de aquel encuentro en el Book and Bible con su primera mujer)—. Veinticinco años de diálogo de sordos. Toda una vida. Si no hubieras llegado tú a rescatarme, querida mía... —Sorbió un poco de café—. Podría haber llegado a ser poeta.

—Eres un crítico respetado. Y un maestro.

—Sí, pero podría haber sido poeta. Y todo ¿por qué? Todo por un..., por una sesión.

—Mira el lado bueno —dijo ella—. No era una sesión normal y corriente, ¿no te parece?

—Esa es una forma extremadamente positiva de mirarlo. Sí.

—Estuviste que se te salían los ojos de las órbitas durante todo un año.

—Dos años. Más de dos años. Tres. Eso fue parte del problema.

—Piensa en ello considerando que tenías que pasar por todo aquello para tenerme.

—Lo haré. Lo hago.

—Tienes tus chicos, tus chicas y tu amiga íntima.

—Tengo mi amiga íntima. ¿Sabes?, todo esto empezó hace semanas. Hay algo más. Hay esta otra cosa. No sé qué es. No puede tener que ver con Violet, ¿no crees? ¿Cómo podría?

Y volvió cruzando el jardín, bajo el chubasco de abril. Pero era mayo.

* * *

Cifrado en escritura especular y situado a pie de página, el punto tercero del manifiesto revolucionario era una especie de cláusula durmiente, implícita aunque no deliberada, y aun así no comprendida del todo. Era esta: *La apariencia empezará a tender a reemplazar a la esencia*. Cuando la persona se vuelve posmoderna, lo que las cosas parecen se vuelve como mínimo igual de importante que lo que las cosas son. Las esencias son el corazón, las superficies son sensaciones...

Cuando abrió los ojos aquella mañana, Keith pensó: Cuando era joven, los viejos parecían viejos, e iban metiéndose gradual y lentamente en sus máscaras de nuez y cáscara. En la actualidad la gente envejecía de forma diferente. Tenía aspecto de gente joven que llevaba demasiado tiempo en activo. El tiempo pasaba por ellos, pero ellos soñaban que seguían idénticos.

Pasearse por el estudio, y levantarse de la cama, y hacer todo lo demás... no era ya una novela rusa. Era una novela norteamericana. Así, no era mucho menos extensa, pero la ganancia era claramente perceptible: un mejora general del tono vital, y mucho menos material sobre los abuelos de cada cual.

El área del cuarto de baño satisfacía todas las necesidades sanitarias de Keith. Pero tenía un fallo: dos armarios con puerta de cristal uno enfrente del otro, sobre el lavabo. Tenía que tenerlos totalmente cerrados mientras se afeitaba. Si no lo hacía, se veía la calva reculando hacia el infinito.

* * *

Un típico interludio de placer y de provecho con las chicas. Jugaron a Veo veo y a ¿Qué preferirías? Jugaron a un juego de cartas llamado Vete a pescar. Luego contaron las pecas del brazo izquierdo de Chloe (nueve). Y esta le preguntó a él cuáles eran sus tres colores preferidos y los tres colores que menos le gustaban. Isabel le preguntó cuáles eran sus tres sabores de helado preferidos y los tres que menos le gustaban.

Luego Chloe recitó el abecedario, e Isabel le contó a él que había una piscina tan honda tan honda que hasta los mayores tenían que llevar flotadores.

—Cuando están aquí los chicos —dijo Isabel—, ¿te da vergüenza?

—¿Vergüenza? ¿De qué? ¿De que sean tan altos y tan guapos? No, me siento orgulloso.

Y las dos chicas se echaban a reír como pájaros amarillos...

Se escabulló hasta su cobertizo y se pasó una hora mirando fijamente el cráter pajizo del Heath. Salió Venus. ¿Qué era eso, esa otra cosa?

* * *

Ahora todo era mejor... en la sociedad.

Antes existía el sistema de clases, y el sistema de razas, y el sistema de sexos. Estos tres sistemas han desaparecido o están en vías de desaparecer. Y ahora tenemos el sistema de edad.

Quienes están entre los veintiocho y los treinta y cinco años, y están idealmente sanos, son la superélite, los zares y las zarinas; aquellos que tienen entre treinta y cinco y cuarenta y cinco años son los boyardos, los nobles; de ahí hasta los sesenta años es el reino de la burguesía; quienes están entre los sesenta y los setenta años representan el proletariado, la plebe; y quienes son mayores de setenta años son los siervos y los espectros de los esclavos.

Hoi polloi: los muchos, la masa. Y, oh, todos seremos «la masa» (se refería a la generación cada día menos afectuosamente llamada «del boom»). Y se nos odiará. *La gobernanza, durante al menos una generación, leyó Keith, tendrá por objeto la transferencia de riqueza de los jóvenes a los viejos.* Y a los jóvenes no les gustará en absoluto. No les gustará el *tsunami plateado*, en el que los viejos acaparan los servicios sociales e infestan clínicas y hospitales, como una oleada de inmigrantes monstruosos. Habrá guerras de edad, y limpiezas cronológicas...

Tal vez este posible futuro explique una anomalía más del sistema de edad: no encuentra disidencia. Los viejos no agitan ni hacen propaganda; ni siquiera se quejan de ello, ya no. Antes lo hacían, pero dejaron de hacerlo. No quieren llamar la atención. Son viejos. Ya tienen bastante con eso.

Pero pensamos que el sistema de edad es bueno, que satisface unas demandas, que es profunda y fluidamente democrático. La realidad contemporánea es el gusto que sienten en la boca los idealmente jóvenes y sanos. Cuando agonizamos, no muchos de nosotros habremos disfrutado del inestimable privilegio de haber nacido con piel blanca, sangre azul y un miembro viril. Pero todos y cada uno de nosotros, en algún punto de nuestra historia, habremos sido jóvenes.

* * *

El estanque de ópalo puro y frío, enclaustrado entre suaves hierbas. Ningún jabalí ni ciervo había bebido nunca a lengüetadas ni sorbido ruidosamente en él, ningún insecto se había deslizado por su superficie. Y allí llegó él, el joven cristalino, y se estiró hacia el agua e inclinó la cabeza y sació su sed con los ojos...

Desde el primer instante, cuando el amor llegó tan rápido como la luz, el joven se convirtió en su propio torturador. Hundió la mano en el agua, para abrazar y acariciar la esencia que veía en su interior..., pero esta se desvaneció entre estremecimientos de agua importunada.

Ríes cuando me río.

He visto tus lágrimas a través de mis lágrimas.

Cuando te digo mi amor, veo que tus labios parecen decirme el tuyo, aunque no puedo oírlo.

Entonces sucedió, pero demasiado tarde: Tú eres yo. Ahora veo que... Lo que quiero, soy... Que la muerte venga con rapidez. Y cuando él gimió, Ay, ella gimió también... Eco, o el fantasma de Eco. O el eco de Eco. Ay. Tócame, bésame, tócame, bésame, tócame.

Que la muerte venga con rapidez. Ese fue su último deseo. Y le fue concedido.

* * *

Silvia dijo:

—Eres una perdedora, mamá. No *tú*, sino toda la primera ola. Perdiste tu oportunidad, y no se te volverá a presentar.

—Nos volvimos napoleónicos.

—Os volvisteis napoleónicos.

Según Silvia, la revolución sexual, como la francesa (tal vez), diseminó sus energías seminales en expansión, sin detenerse el tiempo suficiente para asegurar los cimientos. A su juicio, la primera y acaso única cláusula en el manifiesto debería haber rezado como sigue (y Keith veía claramente que era importante, porque le daba miedo): *Cincuenta-cincuenta en el hogar.*

—Cincuenta-cincuenta. Toda esa mierda aburrida de la casa y los niños. Sin guión en medio. *Cincuentacincuenta.* Pero el trato no cuajó. Desplegaste mal las alas. Te aferraste a los poderes equivocados. Administración, toma de decisiones. Más mierda. Un horrible documento llega con el correo, y papá se queda de pie junto a ti con aire de perdido. Y tú le *arrancas* el papel de las manos. Le he visto... Sé que ahora está debatiéndose, pero ni aun en el caso de estar perfectamente en forma logra hacer ni una décima parte de lo que tú haces. Y tú te ganas un salario. Y ni siquiera le gritas. Sencillamente le permites que se salga con la suya.

—No soy como tú. Es mi pasado.

—Sí. ¿Y cuál es tu forma de protesta? Diez minutos de ruidoso fregado de platos. Eres una perdedora, mamá.

Acostumbrado ya a que se le hablara como si no estuviera en el cuarto, Keith dijo, suavemente, y (como de costumbre) sin venir mucho al caso:

—Tu madre es muy equilibrada. Mi segunda mujer era ligeramente bipolar. Como Proserpina. *En un momento está sombría como el rey del infierno, y al siguiente luminosa como el disco solar, desparramado desde las nubes.*

—Va a empezar... —dijo Silvia.

—Mi primera mujer resultó ser inusualmente voluble: mudaba de un momento al siguiente. ¿Sabes?, hay una partícula subatómica que se convierte en exactamente la contraria tres trillones de veces por segundo. No era tan voluble como ella, claro, pero era voluble de todas formas.

Las dos mujeres suspiraron.

—El micromundo es femenino. Ya sabes a lo que me refiero. No está tan orgulloso de ser racional. El macromundo también es femenino. Deberías sentirte complacida. Reivindicada. La realidad es femenina.

—Está saliendo de su cobertizo.

—Es el mundo medio el que es masculino.

—Pero ese es el mundo en el que vivimos —dijo Silvia.

* * *

Keith estaba sentado, fumando. Entraba y salía: la familiar mixtura de benceno, formaldehído y cianido de hidrógeno. Amen dijo una vez que en Libia el cigarrillo es una unidad de tiempo. ¿A cuánto está el pueblo? A tres cigarrillos. ¿Cuánto tiempo estarás? Un cigarrillo.

Pensó: Sí. Sí. Los no fumadores viven siete años más. ¿Qué siete años nos sustraerá ese dios llamado Tiempo? No será esa convulsiva, arrebatadora etapa entre los veintiocho y los treinta y cinco años. No. Será ese ínterin divino entre los ochenta y seis y los noventa y tres años.

Cuando caminaba por el laberinto del callejero, salvando los accidentes urbanos, seguía con gratitud las instrucciones pintadas en los cruces: MIRE HACIA LA IZQUIERDA, MIRE HACIA LA DERECHA. Pero ahora —y ello le sucedía también cuando iba conduciendo— sospechaba insistentemente que existía una tercera dirección con la que tenía que tener cuidado. Existía una tercera dirección de donde podían venir las cosas. Ni izquierda ni derecha, sino de soslayo, de través.

Libro quinto

Trauma

1. EL VIRAJE

Pronto vino la espera, y luego las metamorfosis, y luego vino *torquere* («torcer»); pero primero vino el viraje.

Cuando entró en el dormitorio de la torre, a las dos y media, Lily y Kenrik estaban en la cama, tendidos sobre la sábana de abajo, ella con la bata de satén, él en camisa y vaqueros y zapatillas de deporte. Un rombo de luz de luna bañaba sus cuerpos en su inocencia; pero las caras se hallaban en sombras. Keith dijo:

—¿Estáis despiertos? He conducido el Rolls...

Lily dijo, muy despierta:

—¿Y dónde estaba Pulgarcito?

—En el asiento de atrás, con el Perro. Haciendo Dios sabe qué.

—¿Esos chirridos eran ellos al marcharse?

—Yo estaba despierto, pensando.

—Mmm... Apuesto a que sí. Y ahora ¿dónde vas a recostar la cabeza? Puedes irte al cuarto de al lado y meterte en la cama con Junglebum. Para lo que me importa...

—¿Qué está haciendo *él* aquí?

—¿Él? ¿Qué está haciendo aquí? Bien, pues me ha hecho el amor, ¿sabes? Y ha sido el cielo. Hay hombres que saben hacer que una mujer se sienta bella. Y luego se ha vuelto a poner la ropa, porque no quería que lo supieras. Normal, ¿no? Luego se ha dormido. O puede que se esté haciendo el dormido.

—Me gustaría verte la cara. Kenrik... Empújale para que se dé la vuelta. Hay una almohada en la alfombra. Empújale.

Kenrik rodó. Se oyó un golpe sordo y desagradable (como de algo empapado), y a continuación se hizo el silencio.

Lily dijo:

—A propósito. La sodomía es la bestia de una espalda, ¿no?

Keith dijo:

—Me gustaría verte la cara.

—Pero no tienes por qué hacerlo de esa forma.

—Me gustaría verte la cara...

Los dos visitantes habían hecho el equipaje y se habían ido antes de media tarde,

pero nadie que lo hubiera visto podría olvidarlo jamás: Rita y Ruaa, en el mismo marco visual; Ruaa y Rita, abajo en la piscina.

Entretanto, Kenrik y Keith estaban echados en el césped, en bañador. Tenían el pecho sin un solo vello, y el vientre plano, y los muslos prietos y morenos: no estaban especialmente bien hechos, y no eran inocentes, pero eran —sin el menor género de dudas— jóvenes.

Kenrik se incorporó sobre un codo.

—Esto es el paraíso —dijo, con náuseas, y volvió a echarse hacia atrás con un suspiro tembloroso—. Dios, esos pájaros son más bien rudos. Los cuervos. No los..., esos pájaros de colorines del árbol. Dios, están riéndose, ¿no?

—Míralos allí arriba. —Keith se refería a los *magneti*, que perforaban el horizonte.

—Son geniales, también. No. Los cuervos.

Los cuervos, con sus caras agrias, de carroñeros, y sus roncos graznidos de hambre. Y Keith graznó también su pregunta: la de Lily y la noche pasada... Ya no se sentía tan astuto; empezaba a sospechar que había gente mucho más dotada que él para la astucia. Keith se sentía como un aprendiz de físico que, en su primer día de trabajo, hubiera desatado una reacción en cadena irreversible, y que se quedara allí quieto mirando fijamente lo que había hecho. Kenrik dijo:

—No creo que pasara nada. Pero no puedo acordarme. Otra vez. Es increíble. Y *grosero*. Pero es así. No puedo acordarme.

Sí. El plan de Keith adolecía de otro punto flaco obvio: implicaba en él a Kenrik.

—Creí que acabarías estando sobrio.

—Yo también, pero después de todo aquel puto café me bebí otro barril de vino, y luego me pasé otra vez al *whisky*. Dios. Ahora estoy un poco mejor. Cuando he abierto los ojos, no sabía ni quién era. Pero espera. A lo mejor luego me viene todo de golpe y me acuerdo.

—Describeme las resacas. No creo que haya tenido una en mi vida.

Haciendo gala de uno de los elementos de una buena educación (protestante), Kenrik dijo:

—Son como..., son como la Inquisición. Sí. Exactamente. Una resaca te tortura para sacarte tus pecados. Y cuando confiesas, te sigue torturando. Y, a propósito, si crees que no has tenido nunca una es que no has tenido nunca una.

—¿No es como el sexo, entonces? Si crees que no lo has hecho es que no lo has hecho.

—Ah, pero qué mezcla más extraña..., sexo y alcohol. Puedes despertarte diciendo que qué pena que no lo hiciste, cuando en realidad lo hiciste... En fin. Charlamos en la terraza. Luego subimos a la torre. Recuerdo que pensé lo guapa que era. Recuerdo que pensé lo fiel que era Lily...

Esto no era tan informativo como parecía: *fiel*, para Kenrik, era un término de aprobación general; diversos bares de copas, salones de billar y garitos de juego

merecían para él el apelativo *de fieles*.

—Lo siento, tío. No puedes preguntárselo a *ella*, supongo. No puedes comprobarlo con Lily.

—Sí puedo, pero ella...

Lily, con un bikini añil, atravesaba el césped en dirección hacia ellos, más airosa que nunca, pensó Keith, como una chica de un anuncio de algo saludable y fragante (Ryvita, por ejemplo, o 4711). Se arrodilló al lado de Kenrik y lo besó detenidamente en la boca. Y los dos se quedaron mirando cómo seguía su camino pendiente abajo.

—Mmm... *Eso* me ha recordado algo. Cambia de tema un momento. Rita. ¿La has visto bailar?

—Todo el club la vio bailar. —El local sudoroso, la pista despejada, la multitud haciendo corro, la luz estroboscópica, las esferas de espejitos, la camiseta sin mangas y la minifalda con la bandera del Reino Unido de Rita—. El limbo.

—El limbo. —Kenrik se dejó caer hacia atrás.

—Y, Dios... La vara, la última vez, no estaba a más de veinticinco centímetros del suelo.

—Sí, eso es lo que le gusta. Asombroso, ¿no? Para ella es el estado ideal. Todos los ojos de todo el club —dijo Kenrik—, como petrificados por su coño.

—¿Haríamos eso nosotros? ¿Si pudiéramos?

—Puede. Si pudiéramos. Aunque no lo veo. ¿Y luego qué?

—Luego, fuera, dijo: *Conduces tú, Keith. Yo iré atrás con Sebs.*

—¿Pudiste ver algo?

—No. No bajé ni un milímetro el retrovisor. No me atreví a mirar. Pero escuché. —Silencios hondos, salpicados por accesos repentinos y dementes: sacudidas súbitas, movimientos espasmódicos, chasquidos—. Como una especie de latigazos. De él. De vez en cuando. —Keith se echó de nuevo hacia atrás—. Cuando me bajé del Rolls, él se puso al volante. Y salieron como una bala.

Kenrik rio, a regañadientes; luego con ganas. Dijo:

—Latigazos. Es genial, el Perro. Soy demasiado joven para andar haciendo esas mariconadas. Demasiado joven y demasiado maricón.

—¿Cómo son? ¿Esas mariconadas?

—Espantosas, la verdad. Y estupendas, a la vez. Rita tiene razón, ¿sabes? No creo que a mí me gusten..., ahora que les gustan a las chicas. Me gustaban más cuando no les gustaban. O hacían como que no les gustaban. ¿Qué hora es? ¿Puedo empezar a beber? Ese beso me ha hecho recordar algo. Nos besamos.

—¿Y eso fue todo?

—Sí. Creo. ¿Sabes? Estoy seguro al noventa por ciento de que no fui un chico malo anoche. Y te diré por qué. —Se incorporó sobre un codo—. Verás, llevo una semana pensando... Voy a hacer una declaración. Voy a anunciar que no voy a follar con nadie nunca más.

—Con nadie. Ni aunque te lo pida la propia Scheherazade...

—Ni aunque me lo pida la propia Scheherazade. Y quiero hacerlo *oficial*. Quiero que me lo pongan en el pasaporte. Un sello especial. Como un visado. Así que esta noche, en la tienda, lo único que tendré que hacer es abrir mi pasaporte ante las narices del Perro. Dios, ¿has visto el tamaño de esa abeja? Apuesto a que tiene un agujijón... Esto es el paraíso.

Las rosas hacían pucheros y sonreían tontamente, los aromas fluctuaban y desfallecían. Los dos amigos hablaron de pájaros y abejas. Era el paraíso terrenal. Y Keith, que se sentía *caído*, dijo:

—Lamento oír eso. Me refiero a Lily. Pero ella ¿habría querido? ¿Crees que *habría* querido?

A mediodía, desde la piscina, vieron que el Rolls serpeaba por la ladera en dirección al castillo. Lily y Keith fueron a la muralla y se asomaron para mirar: Rita subía deprisa por los escalones de piedra mientras el Rolls describía un brusco giro en la grava para enfilar la salida. Rita se detuvo un momento para decir adiós con la mano, de puntillas, y se vio un antebrazo bronceado que saludaba con indolencia desde el coche.

—Ha sido un desayuno maravilloso —dijo Rita, mientras se desprendía de toda la ropa—. Servido en su galería exterior. No es un castillo, el de Seb. Es una jodida *ciudad*.

Estaba bajo la ducha de la piscina, con una mano sobre el grifo. Pero antes tenía mucho que contar... Estaban los cuatro allí abajo, y Scheherazade.

—Flores en una bandeja. Tres clases de zumos. Cruasanes. Yogures y miel. Una pequeña tortilla de hierbas bajo una bandeja de plata cubierta. Oh, ha sido encantador. Menos el té. No he podido tomarlo. No puedo tomar esa agua sucia. Necesito mi Tetley. Tendría que haberme llevado un par de bolsitas. ¿Por qué no lo habré hecho? Tengo que tener mi Tetley.

—Viaja con su té —dijo Kenrik—. Con su Tetley.

—No valgo nada sin mi Tetley. Rik, cielo, ve a prepararnos una tetera. Oooh, por favor...

Kenrik se puso en pie y dijo en tono informal:

—No quiero ofender ni nada parecido, y no contestes si no quieres, pero ¿qué tal? ¿Qué tal Adriano?

Fue entonces cuando apareció Ruaa, más allá, detrás, rodeando bruscamente una esquina de la piscina, deteniéndose, poniéndose tensa, inclinándose hacia atrás; su ropón negro te informaba de tres cosas acerca del cuerpo en él contenido: su género, por supuesto; su altura, por supuesto; y, bastante más misteriosamente, su juventud.

—Mirad lo que me ha regalado —dijo Rita, sin darse cuenta de la presencia de Ruaa, llevándose las manos al cuello: una ondulante gargantilla de plata, con un destello de solidez—. *Mi serpiente del viejo Nilo*... ¿Sabes, Schez? Jamás me había

hecho nadie así el amor. Empieza con mucha delicadeza. Y justo cuando te estás desmayando con la ternura de la cosa, cambia. Y piensas: Uaaa, ¿me había sentido alguna vez tan bien «enchufada»? Creo que tiene que ser el calibre que gasta...

Entonces se dio la vuelta. Y el instante pareció ascender y ubicarse arriba, en el oro y el azul: allí estaban, junto a un castillo, en una montaña de Italia, Ruaa y Rita... Sí, la Masa con su burka, y el Perro, con su vestido de Eva... Rita gritó:

—¡Santo cielo, cariño, te tienes que estar *friendo viva* ahí dentro! ¿Quieres quitarte esa tienda de encima, encanto, y venir a darte un chapuzón con nosotros?

En el almuerzo dieron cuenta de las sobras de la noche anterior (tan distante). Y un rato después se habían ido.

—¿Sabéis? —dijo una Scheherazade ecuánime—. Es mejor que nosotros.

—¿Quién? —dijo Keith.

—Ruaa.

Lily dijo:

—Oh, vamos... ¿Por qué? ¿Porque lleva encima un instrumento de tortura? ¿Y por qué negro? El negro conserva el calor. ¿Por qué no blanco? ¿Por qué visten como viudas?

—Bueno, eso puede ser cierto. Pero es mejor que nosotros.

Keith siguió mirando fijamente hasta mucho después de que el pequeño coche deportivo hubiera recorrido las pendientes de la primera colina. Y cuando se dio la vuelta no vio a nadie. Ni a Scheherazade, ni a Lily, ni a nadie en absoluto, y se sintió súbitamente vacío, súbitamente solo bajo el cielo. Se puso de pie junto a la piscina y se quedó mirándola. El agua estaba inmóvil, y de momento translúcida; veía las monedas de cobre del fondo y una aleta. Luego la luz empezó a cambiar, al tiempo que una nube corría de soslayo y tapaba un tanto la modestia del sol, y una forma semejante a una estrella de mar oscura surgió retorciéndose de las profundidades. Y fue a encontrarse con su original —una hoja caída— mientras la superficie cambiaba de cristal a espejo.

Estaban los dos solos en la terraza, sentados para cenar, y Lily dijo:

—¿Por qué no estás furioso?

—¿Por lo de Kenrik y tú? Porque doy por sentado que me estás pinchando. *Hay hombres que saben hacer que una mujer se sienta...* Sonaba a lo que dijo Rita de Adriano.

—Y tú eres como Kenrik oyéndoselo decir. Totalmente indiferente.

—Porque hacías que sonara inverosímil.

—Oh, no me crees. No crees que Kenrik lo intentara. Porque no soy lo bastante

atractiva.

—No es eso, Lily.

—¿Qué te contó Kenrik?

—Bueno, él no me lo contaría, ¿no?

—¿No? En fin. No hizo nada. Estuvo muy cariñoso, y nos dimos un beso, y hubo algún arrumaco. Pero no intentó pasar de ahí. Eso fue todo.

—Ah, ¿y tú habrías querido? Esa es la cuestión. ¿Tú *habrías* querido?

—Eso, así puedes... No. No habría querido. Escucha. Tú y yo hicimos una promesa. Nos hicimos un juramento. ¿Te acuerdas? Que podíamos romper, pero que nunca nos haríamos eso el uno al otro. Nunca a espaldas del otro. Nunca engañando.

Keith admitió que era verdad lo que decía.

—No sé muy bien lo que tenías en mente, pero he estado pensando. ¿Hay algún animal entre el perro y el zorro? Porque sería eso lo que somos. No somos ratas de árbol ni ardillas rojas. Somos grises. No son los ricos los que son realmente diferentes de nosotros. Son los bellos. Tú no tienes Visiones. Yo *sí*, a veces, porque soy chica. Pero nunca es en igualdad de condiciones. Y siempre duele. Nosotros somos Posibles, tú y yo. Todavía estamos bastante bien, y nos hacemos felices. Mira, no podemos romper ahora mismo, ¿no crees? Te quiero lo bastante, de momento. Y tú deberías quererme lo mismo.

Keith tosió y siguió tosiendo. Cuando se es fumador, uno tiene a veces la oportunidad de liberarse de lo que le está obstruyendo la garganta. Lily lo sabía todo, tuvo la impresión. Así que lo admitió.

—No puedo creer que lo haya dicho. ¿Tú *habrías querido*? Por favor, olvida que lo he dicho. Lo siento. Lo siento.

—*Love Story*. Aquella peli que odiábamos. ¿Te acuerdas? El sexo histérico significa no tener que decir nunca lo siento.

—Estupendo, Lily. Esta ha sido tu primera buena. —No le llevó mucho tiempo ver lo completamente inútil que era aquello, como axioma. Lo cierto era que amor significaba tener que decir *siempre* lo siento—. Lo siento, Lily. Y sí a todo lo que has dicho. Lo siento, Lily. Lo siento.

* * *

En la cena en la cocina, con Scheherazade y Gloria, Keith mantuvo la cabeza baja y se dijo a sí mismo: Bueno, al menos ahora los malos sueños cesarán, los sueños de Lily. Estos variaban de una noche a otra, pero inevitablemente llegaban a un punto en el que ella lloraba y él reía. Y daban siempre a Keith el poder suficiente para despertarse de ellos. Así que hasta en el universo loco del sueño... uno deseaba apasionadamente algo que acababa llegando, que se hacía realidad. Se despertaba. Y era la única vez que sucedía (pensó): era en este sentido y solo en este en el que los sueños se hacían realidad.

Aquella noche fue un poco mejor, el acto indescriptible. Podría incluso decirse que Júpiter hizo el amor con Juno. Fue joviano, fue digno del Rey del Cielo, y Juno no había sido solo su hermana sino también su mujer.

—Me gustaría que viniera Timmy.

—A mí también.

—Sería lo mejor para todos. Sobre todo para ella. Así dejaría de...

Estar desesperada, pensó Keith. Y luego desistió.

De momento, Adriano se había retirado. Y, a la mañana siguiente, no era Timmy el nombre que estaba en todos los labios. No, la llegada de Jorquil, un rumor ya añejo, se había materializado en una fecha, acrecentando el prestigio y la legitimidad de Gloria Beautyman. Jorq, después de todo, acudirá corriendo a su lado, mientras Timmy se entretenía sin decidirse en Jerusalén. Ahora el poder había cambiado.

En la comida, abanicándose con el telegrama de la confirmación, Gloria le preguntó a Scheherazade si necesitaba ayuda para trasladar sus cosas del apartamento, y añadió:

—No puedes sacarlo todo tú sola, y no está Eugenio, ni Timmy... Podemos dejarlo hasta el martes. Por supuesto, yo me quedaría encantada en la torre. Pero ya conoces a Jorq.

—Conozco a Jorq. Muy bien. Dios, el castillo es suyo.

—Y el apartamento es enormemente grande para una persona sola, ¿no?

—Sí.

—Y de Timmy no hay noticia, ¿no?

—No.

—Quiero decir que no hemos sabido nada de Timmy, ¿no?

—No.

—Bueno, tienes... unas..., te quedan cinco noches sola ahí arriba.

Y la de ese día.

Keith transcribía sombríamente unas notas en una de las antesalas (ponía un poco de orden en sus cosas, preparándose para Dickens y George Eliot) cuando Gloria pasó por allí con su costura (estaba haciendo una colcha de *patchwork*, retazo a retazo). Y Gloria dijo:

—Espero que estés encantado con lo de Jorquil.

—¿Por qué dices eso?

—Porque significa que vuelve el servicio. Este sitio se está poniendo como un cenicero, ¿no crees? ¿No has terminado eso todavía?

Se refería a *Orgullo y prejuicio*.

—Casi. —Estaba tomando notas de los detalles del *matrimonio prudente* de Charlotte Lucas con el reverendo Collins—. ¿Por qué me lo preguntas?

—Pensé que a lo mejor podría leerlo. Si fueras tan amable. ¿O eres de esos empollones que son «raros» con sus libros? Con sus..., uf, con sus libros en rústica exquisitos.

—Espera. —La miró, y seguía teniendo el mismo aspecto que de costumbre: sandalias pesadas, blusón pardo y anodino, pelo negro en penacho—. ¿Quieres decir que has despachado ya *Juana de Arco*?

—Oh, otra vez la ironía. Había olvidado lo irónico que eras.

—Hay otro ejemplar mucho mejor en la biblioteca. Encuadernado en cuero. Con ilustraciones.

—No. Me gusta el tuyo, si no te importa. Así podré mancharlo tranquilamente. ¿Crees que me gustaría?

Keith pensó en Jorquil, en la pesada forma rubia con sombrero de copa bajo un entoldado rural. Dijo (parafraseando):

—Es una novela sobre los efectos amorosos del dinero. Unas mujeres jóvenes de clase media... que revelan con tal sobriedad... la base económica de la sociedad.

—Vosotros los jóvenes varones inteligentes. Tiene mucha gracia, la verdad, porque no sabéis *nada*.

Persistía el calor, y ahora había algo absolutamente deplorable en la forma en que se desplegaba y se hacía notar cada mañana. Despertaban y ya estaba allí, desplegándose y haciéndose notar, como una bestia. La cocina olía a repollo y a desagües. La leche se cortaba. El agua de la piscina estaba muy caliente. No me cansaré nunca, estaba diciendo el sol. Soy como el mar. Vosotros os cansaréis. Pero yo no me cansaré nunca.

—Oh, venga, Lily. ¿Qué quieres decir con *sigue* haciéndose pajas?

—Es lo que hace. Sigue haciéndose pajas. Dos veces al día como mínimo.

—¿Dos veces al día? —Y Keith ni siquiera sabía muy bien que las chicas también se hicieran pajas—. ¿Dónde?

—En el cuarto de baño. En la bañera. Con la alcachofa de la ducha, que es como una serpiente loca cuando abres el agua al máximo. Dice que la del apartamento no es tan buena. Tiene mucha menos presión.

—Y... ¿cuánto tarda?

—Un par de minutos. Sobre todo si se frota las tetas. Que se ponen tan palpitantes y cosquillosas. Adivina cómo llama a la alcachofa de la ducha. La llama el Dios de la Lluvia.

Keith dijo en la oscuridad:

—¿Sabe que me pasas esta información?

—Ya te lo dije. Me mataría.

—¿Le cuentas nuestras cosas?

—No. Bueno, un poco.

Adriano —como se sabe— se había retirado. Y cuando reanudó sus visitas (y su uso fiel del trampolín, la barra de ejercicios y la cama elástica), lo hizo sin ningún apocamiento ni aire triunfal. Y vino acompañado... Keith estaba en la biblioteca con un ejemplar de *Oliver Twist* sin abrir en el regazo, cuando Adriano se le acercó con desenvoltura y dijo:

—Por favor, besa a Feliciano en ambas mejillas... No habla inglés, así que podemos hablar *uomo a uomo*. Espero que tu amigo Kenrik no esté muy ofendido conmigo.

Keith, que acababa de besar a Feliciano en las dos mejillas, supuso que a esta podría considerársela sencillamente como muy menuda. Descalza (y con un vestido de algodón rosa) era casi tan alta como Adriano, un «casi» suficiente para que Keith recordara la secuencia de *El increíble hombre menguante* en la que el héroe entabla un extraño flirteo con la chica de un circo. Por otra parte, evocaba a una notoriamente depravada hermana pequeña de, pongamos, Sofía Loren o Gina Lollobrigida, mucho más pequeña, pero no mucho más joven. En su vida por venir llegaría a reconocer este rasgo: el aire refulgente, de máscara que requieren algunas mujeres cuando caen en la cuenta de que el tiempo ha empezado a acontecer.

—¿Ofendido por Rita?

Keith le dijo que no.

—No mucho. De hecho, Adriano —dijo—, creo que todo salió a pedir de boca. Desde tu punto de vista.

—Creo que sí. Con lo de que se iba para siempre a la mañana siguiente y demás. Pero no estoy orgulloso de mí mismo. Y, como es obvio, esto exige un cambio de estrategia. En relación con Scheherazade. Puedo decirte esto porque tú eres imparcial. Porque no tienes ningún interés en absoluto en el resultado.

Feliciano, entretanto, se movía con condensado encanto por la estancia, admirando el mobiliario, los lomos de los libros, la vista de conjunto. Una o dos veces se acercó a Adriano para acariciarle el hombro o rozarle el mentón con los labios; esto desagradó a este, que al parecer así se lo hizo saber a su acompañante (Keith creyó captar la palabra *superfluo*). Adriano prosiguió:

—Las mujeres, Keach, incluso las que aún no han despertado, como pienso que es Scheherazade, pese a ese *Timmy*, a veces se sienten excitadas ante el pensamiento de una intensa actividad sexual en otros.

Con un silencioso suspiro (ya se temía que la cosa pudiera llegar a este punto), Keith decidió acrecentar sus atenciones para con Lily. Dijo:

—¿Tú crees?

—A veces. Animé a Rita a que diera todo tipo de detalles de nuestra noche juntos. ¿Me hizo caso?

—Oh, sí. A su modo.

Adriano asintió con la cabeza.

—Como puedes ver, Feliciano difícilmente acusa la falta de atención. Scheherazade es de un tipo diferente, por supuesto. Ese recato tan favorecedor. Pura de palabra y pensamiento. Pero tiene sus necesidades. Necesidades que yo sé que ahora son más apremiantes. El tiempo lo dirá. ¿Vienes a la piscina? Recomiendo el espectáculo del cuerpo de Feliciano.

Lily se estaba desnudando a la aguada luz de la vela. Dijo:

—¿Te has dado cuenta de lo distinta que estaba en la cena?

Se refería a Scheherazade. Keith dijo:

—No entiendo por qué ha subido a acostarse a media cena. ¿La ha molestado en algo Pulgarcito?

—¿Con Pulgarcita Dos?

Sí. Dos, en efecto. No había sido Feliciano quien había oficiado de acompañante de Adriano en la cena. Había sido Rachele. Lily dijo:

—Ha sido demasiado, ¿no? Dándole a cucharadas dos boles enteros de *crème brûlée*.

—Y sentándose encima de sus muslos para el café.

—Con el vestido todo subido. No. Estás completamente equivocado, como de costumbre. A Scheherazade no ha podido importarle menos. ¿No te has dado cuenta de lo feliz que estaba? Me ha hecho jurar que no lo contaría, pero no puedo reprimirme. Timmy la ha llamado de Tel Aviv. Está en camino.

—Ah. Al fin. ¿Y cuándo va a llegar?

—Scheherazade piensa que mañana por la noche. Pero con Timmy nunca se sabe. Ya conoces a Timmy. El despreocupado por excelencia. Ella espera que aparezca en la puerta en cualquier momento. Con la mochila a la espalda. Ya conoces a Timmy.

—Con la mochila a la espalda. Sí, ya conocemos a Timmy. Sí, ya conocemos a Jorq. Son ricos. Así que se supone que tenemos que aceptarlos como son.

—Mmm. Bien. Piensa. Tendrán un agradable fin de semana largo en el apartamento, antes de que llegue Jorquil. Y ahora se está reservando. Se acabaron las pajas. Se está reservando para Timmy.

—Muy juiciosa.

>Al día siguiente Keith se quedó en su cuarto y se obligó a terminar *Jane Eyre*. Admiraba aquella novela, pero se resistía a terminarla: más huérfanos y tutores y

pupilos, más desvaríos, más llamaradas, más cegueras. Cada veinte minutos salía a fumar a las almenas, y experimentaba lo que se conoce técnicamente como *ideación suicida*. No pensaba en la posibilidad de suicidarse; se limitaba a imaginarla. La gravedad, la codicia de la gravedad, el pozo de la gravedad del patio, allí abajo. La herramienta de la extinción se hallaba al alcance de su mano. Sería como una insinuación galante (una acometida, una embestida)..., una insinuación a la muerte. No albergaría ninguna duda respecto de su acogida. Scheherazade y Keith: todo había terminado. Lo admitió con sequedad. Y volvió a la señorita Eyre y al señor Rochester.

Y entonces llegó el viraje.

En el curso de la tarde Keith recibió tres visitas de tres jóvenes mujeres. Y la cosa experimentó un giro.

—Oh —dijo Scheherazade. Llevaba el bikini completo y tenía una toalla enrollada bajo el brazo, con más ropa envuelta en ella—. No sabía que estabas aquí. Perdona. ¿Te importa si me doy una ducha? Hay una ducha ahí arriba, pero es..., no es tan buena.

Menos presión, pensó Keith.

—Menos presión —dijo ella, adormilada—. Me gusta la ducha que te deja la piel cosquillosa. Arriba no es más que un goteo. En comparación.

Keith se sentó a la mesa intentando no hacerlo: intentando no tratar de escuchar. Luego se oyeron unos golpecitos. Se levantó. Y vio que no había nadie en la escalera. Su voz vino de detrás.

—Tengo que saber.

Era Gloria, una forma en sombra en el pasadizo entre torreones.

—¿Qué?

—¿Se casa Elizabeth Bennet con el señor Darcy?

Keith se lo dijo.

—¿Y se casa Jane con el señor Bingley...? Gracias a Dios. Siento molestar.

Se dio la vuelta. Volvió a darse la vuelta. Dijo:

—¿Hay contratiempos *graves*? Dímelo, por favor.

Keith le advirtió de forma un tanto vaga sobre las vicisitudes que habrían de encarar, muy especialmente, Elizabeth y Fitzwilliam.

—Antes leía todo el tiempo, pero no parecía servir de mucho —dijo Gloria— cuando nos convertimos en pobres.

Los grifos de la bañera estaban abiertos. A la distancia a la que estaban, sonaban como una concha pegada a la oreja.

—¿Está Scheherazade ahí dentro? Mmm. Pues vaya...

Keith volvió a entrar, y en la pieza había silencio. Pasó una hora callada. En el curso de ella (cayó en la cuenta más tarde), leyó una página y media de la novela de

Charlotte Brontë.

—Al final me he dado un largo baño —dijo Scheherazade—. Y he estado soñando despierta.

Ahora estaba de pie con una camisa blanca y larga; tenía el pelo lacio y oleoso, muy pegado al cuello y a los hombros. Vidriosos —aunque temblorosos a un tiempo —, sus ojos le recordaron a Keith su encuentro con ella en bata de seda negra (tropezando con cosas y con el rico aroma del sueño). Con aire de preocupación, Scheherazade dijo:

—Keith, ¿puedo hablar contigo luego?

Era la primera vez que lo llamaba por su nombre. No te mueras, se dijo a sí mismo. Ahora no. No, por favor no te mueras.

Scheherazade añadió:

—¿A eso de las cinco y media? Junto a la fuente femenina. Mientras Lily esté bañándose.

Aquella tarde, a última hora, Keith recibió la tercera visita, que le dio una taza de té y un beso en la coronilla y una carta de su hermano Nicholas. Abrió esta con la cara de soslayo. Era bastante larga y trataba sobre Violet Shackleton: *Mi querido hermanito Keith: La sucia chamarilería del corazón. Me duele el corazón, y un pesado letargo aflige mis sentidos...*

Sí, pensó. *Como si hubiera bebido cicuta.*

—¿No vas a leerla?

—Oh, no. Ahora no —dijo—. No estoy con ánimos.

Metió la carta en el sobre y dejó este entre las páginas de *Jane Eyre*, tres páginas antes del final.

De forma vaga, sin ser instado por ella, la idea fue fraguando hasta convertirse en una certeza. Todo lo que tenía que hacer, de allí en adelante, era mantener la boca cerrada. Todo lo que tenía que hacer, de allí en adelante, era no hacer nada.

Se sentó en la fuente femenina, hacia las cinco y cuarto, mientras Lily estaba en la bañera.

En los mitos, bellezas afligidas o aberrantes podían transformarse en diversas cosas y seres. En una flor, un pájaro, un árbol, una estrella, una estatua que llora..., o una fuente. La fuente, en el centro del patio, tenía sus propias medidas: aproximadamente 2 metros, 30 centímetros; 110-45-120. En el cuenco o pila más alta había agua retenida, que se desbordaba y caía hasta la cintura, y volvía a caer hacia las caderas. El cambio de forma de mujer a ornamento vivo parecía haber tenido lugar muy recientemente; pero esta era la fuente en la que Frieda Lawrence se había

apoyado cincuenta años atrás. Keith había llevado un libro. Pero no lo abrió. Se quedó sentado allí, junto a la fuente femenina, y aguardó.

2. LA ESPERA

Llegó hasta él esbelta, en su envoltura plena de juventud. Y llevaba puesto eso: el acabado de bronce de sus veinte años. Y vaqueros azules, y camisa blanca; y un complemento que él solo le había visto una vez, en Londres; aquella vez en que ella recorría el *parquet* levemente encharcado de un pasillo de la facultad, con su birrete con borla y su toga negra corta: unos anteojos sin montura.

—«Mutuo» no está bien, ¿no?

—No, no demasiado bien —dijo él. Scheherazade se refería al libro que Keith tenía en las manos: *Nuestro amigo mutuo*. Posiblemente el único ejemplo en la literatura mundial de un solecismo en un título. Y era la última obra de su autor, no la primera. Dijo—: Debería decir *Nuestro amigo común*. Si somos estrictos.

—Mmm. Estrictos...

No hagas nada, se dijo a sí mismo. Estaba medio convencido, asimismo, de que cuando comenzara la interlocución con Scheherazade, lo único que tendría que hacer era no decir nada. Y, sin embargo, sentía una sucesión de frases agolpándose, presionándose, pugnando en su garganta.

—Voy a simultanearlo con George Eliot —dijo—. Pero he pensado que con Dickens voy a empezar por el final e ir retrocediendo hacia el principio. Es extraño leer a un hombre, después de todas esas mujeres: Jane, Emily, Charlotte, Anne. Y ahora George.

Scheherazade se recostó en su asiento, y dijo:

—Gloria piensa que George Eliot es un hombre. Me ha preguntado: *¿Me gustaría ese autor?* Bueno, escucha... Iré al grano enseguida. Pero antes de que se me olvide: Rita. Sé que gustó mucho en el club. ¿Y en la calle? ¿Les gustó a los hombres jóvenes de Montale en la calle?

Keith evaluó la situación. Le había dicho a Lily que Rita dejó más o menos indiferentes a los varones jóvenes de Montale. Pero ahora dijo la verdad: Rita, en las calles de Montale, causó una suerte de conmoción que exigiría la formación de cordones y la presencia de agentes motorizados, aunque no los cañones de agua y las balas de goma que habría requerido el paso de Scheherazade... Dijo, mínimamente:

—Un revuelo considerable. Pero no como el que se arma contigo. —Al cabo de un momento, dijo—: Las gafas...

—Las gafas. He limpiado las lentillas y estoy demasiado ciega para ver dónde las he puesto. Y quería sentirme estudiosa. Es como esa comedia romántica. *Quítese las gafas, señorita Pettigrew. Vaya, usted es...* ¿Quién lo habría dicho? Muy bien. Respira hondo.

Su pecho se hinchó, y lo mismo el de Keith, y el castillo mismo —a espaldas de ella— pareció inflarse mientras a un tiempo perdía masa y sustancia. Del bolsillo del

top sacó un sobre castaño y se lo tendió. Keith leyó: FECHA LLEGADA POSPUESTA 8 DÍAS STOP VERÁS LA COSA VIENE DE... Keith siguió leyendo. Scheherazade dijo:

—La otra noche..., ¿por qué no me besó el conde la otra noche?

—¿El conde?

—El conde Drácula.

No, no te mueras..., por favor no te mueras. Aguardó.

—El conde quería besarte —dijo luego, y acusó el brusco silencio de la tercera persona, el ser vicario—. Él lo deseaba con todas sus fuerzas.

Ella apartó la mirada y dijo:

—Es Lily. Obviamente. He oído cómo están las cosas entre tú y nuestra amiga mutua. Cuando anteriormente rompisteis, fue más bien cosa suya, ¿no?

Él asintió con la cabeza.

—Bien, pues va a ser ella otra vez quien lleve la voz cantante. Como seguro que ya sabes. Después de tu amigo Kenrik. Pero tú no quieres hacer daño a Lily. Y yo tampoco. Y le haría mucho daño. Así que te hago una sugerencia. ¿Cómo están tus sentimientos? Por mí.

—Creo que... bajo control. Ahora.

—¿Sí? Sentía algo que venía de ti. Me gustaba, en cierto modo. No..., no te lo devolvía, pero me gustaba... No te conozco bien. Pero sé una cosa de ti. Si nosotros, si tú y yo empezáramos algo, algo abierto, no lo harías a espaldas de Lily. ¿Me equivoco?

Keith vio que aquello era crucial y tajantemente cierto y dijo:

—No.

—Pues entonces tengo una sugerencia que hacerte.

¿A mí? ¿El desconsiderado, el ingrato? Keith, sentimental, buscó con la vista a sus amigas: las castañuelas etéreas de las mariposas. Tenía la sensación profundamente cálida de que Scheherazade era mucho mayor —y mucho más sabia— que él. Vio cómo volvía a ponerse las gafas (ahora sus ojos castaños se habían perdido en elipses de luz blanca), y decía:

—Todo el verano, y ¿cuántas...? ¿Una vez? ¿Salió aquí al patio con una luz? Lily. Y nos encontró jugando a las cartas. Sintió algo extraño y vino a ver. Una vez en... ¿cuántas...? ¿Veinte noches? ¿Una de veinte veces?

Keith asintió con la cabeza.

—Entonces... Si solo lo hizo una vez, hay un cinco por ciento de posibilidades de que llegara a enterarse. Si hubieran sido dos veces, las probabilidades habrían aumentado. Y no hasta el diez por ciento. Porque tú habrías cambiado y ella se habría dado cuenta. Hay un cuarto del servicio al otro lado del apartamento. Tendría que tener una curiosidad terrible para subir hasta allí. Así que... Esa es mi sugerencia. Una vez.

—Una vez.

Scheherazade se puso en pie. Se dio la vuelta, pero siguió mirándole a través de las capas ovales de blanco.

—¿Qué es hoy? ¿Miércoles? El sábado, entonces. El sábado. No estará Adriano. Ni Jorquil, aún. Y por supuesto no estará Timmy. Solo tú y yo. Y cuando estemos jugando al Racing Demon, empezaré a tomarme una copa de champaña... Es molesto, decir todo esto. Pero tú lo entiendes. No quiero amor. Solo quiero follar. Bueno, no ha sonado nada bien, ¿no? Pero sabes a lo que me refiero.

Keith se sintió al borde de las náuseas; y luego pasó. Encendió un cigarrillo, en aquel marco verde y vio cómo se alejaba. Con un curioso paso corto, alzando un poco los hombros, como si avanzara en puntillas; pero los talones y las suelas, y sus briznas de hierba, seguían firmemente en tierra... Y la fuente femenina, en aquel momento exacto, estaba desbordando.

Es razonable, pensó instantes después Keith. Era un ajuste necesario; y él, de todas formas, estaba ya a medio camino. Tendría que asumir lo que ya le estaba esperando: un orden inferior del ser.

—De acuerdo —dijo.

De acuerdo. Un orden angélico inferior. No el extasiado serafín, que adora y quema. Un orden inferior de ángel. No, solo un hombre. Adán, y después de la Caída.

Faltaban setenta y dos horas. Y advirtió casi de inmediato que algo estaba pasando con el tiempo.

—¿Por qué miras fijamente el reloj? Lo has estado haciendo en la cena. Como un patán. Como si no hubieras visto uno en tu vida.

—Va mal. —Sacudió la muñeca y se puso a escuchar la esfera—. Casi se ha parado. Mira. Está estropeado. ¿Ves? El segundero.

—¿Qué le pasa?

—Ha dejado de moverse. Apenas se mueve... ¿Crees que tiene que funcionar así?

La cosa que más le preocupaba hacer era la siguiente: morir. Pero, aparte de no morir, lo único que tenía que hacer era no hacer nada. Y mantener la boca cerrada. Volvió a preocuparse por los actos de Dios, y los terremotos, y la guerra nuclear, y la invasión extraterrestre, y las plagas y los volcanes. Y por Timmy. La erupción no anunciada de Timmy: el ondulante humo naranja y las infernales llamas escarlatas, mucho más terribles que las de cualquier Etna o Strómboli. Keith sabía que solo el mundo seguía incólume en su sitio. ¿Se lo permitiría el mundo? Esa era la cuestión. ¿Se lo permitiría el planeta?

El miércoles por la noche, en el torreón, Júpiter y Juno no se dejaban ver en ninguna parte, y Branwell Bronté (localizado, quién sabe cómo, y una vez hubo entrado en razón) hizo el amor con su hermana Charlotte. No. Charlotte hizo el amor con su hermana Emily. No. Emily hizo el amor con su hermana Anne: la

combinación más enfermiza y frágil de todas las posibles, dado que Emily murió a los treinta años, y Anne (*Agnes Grey*) a los veintinueve... Keith hizo el amor con Lily, acto que, como estaban las cosas, juró que repetiría el jueves por la noche y el viernes por la noche. Y el sábado por la tarde, para aislar y preprolongar su tiempo con Scheherazade. Sí, haría el amor con Lily el sábado por la tarde, decidió. O eso o un episodio de narcisismo aplicado. Sí. O eso o que la paja se la hiciera Lily.

Lily dijo luego:

—Ni siquiera ha tenido el valor de llamarla para decírselo de viva voz. Y ha añadido el insulto a la herida con ese telegrama. Tendrías que haberlo visto.

De hecho Keith cayó en la cuenta de que se sabía de memoria el telegrama de Timmy. Lily dijo:

—Por poco no puedo contener la risa.

Y sí, a Keith también le resultó muy difícil no reírse, o al menos no sonreír. FECHA LLEGADA POSPUESTA 8 DÍAS STOP VERÁS LA COSA VIENE DE LEJOS ABDULLAH ME HA OFRECIDO UNA OCASIÓN DE LAS DE UNA VEZ EN LA VIDA POSIBILIDAD DE CAZA DEL OSO NEGRO REPITO DEL OSO NEGRO EN LA RESERVA MÁS ALLÁ DE AZ ZARQA STOP VES LA COSA NO ES NUEVA ABDULLAH ESTÁ CASI SEGURO DE QUE... Etcétera. Pero la sonrisa de Keith, ahora, en la oscuridad, era de reverencia y gratitud infinita, aun antes de que Lily dijera, con mucho sentimiento:

—Y ella tenía *tantos* planes... Lo primero que iba a hacer era restregarse las tetas contra cada centímetro cuadrado de su cuerpo. Y luego como mínimo una hora de *sesenta y nueve*. Y él haciendo el tonto en..., ¿dónde es? ¿Petra?

—Una ciudad roja-rosa, Lily, casi tan vieja como el tiempo. —El reloj de Keith (imitación a antiguo, pero fosforescente), con tres manecillas negras y primorosas puntas de puñal eviscerador, le indicaba ahora que creyera que ni siquiera eran las once y media—. ¿Qué te pareció Claudia? Es un patrón muy concreto. Las novias de Adriano cada vez son más altas. Pero no más jóvenes. Todas parecen starlets que empiezan a envejecer.

Pero Lily continuó, furiosa:

—Lleva tres meses sin verla. Ni siquiera va a reconocerla. Ahora que está físicamente pletórica.

Dentro de cinco días cumpliré veintiún años (se dijo a sí mismo). El sábado será el climax de mi juventud: el final del primer acto. Es de esperar que así sea —el final de todos esos pensamientos de pecado y de error (Dilkash, Pansy)—, es de esperar que así sea —el final de todos esos pequeños miedos y enemigos, de todos esos miedos nimios y enemigos minúsculos.

El pensar en un cunnilingus a Scheherazade —había descubierto— supuso un

cambio de pensar en una fellatio de Scheherazade, y el pensar en las dos cosas aconteciendo a un tiempo supuso un cambio de pensar en las dos cosas aconteciendo por separado, pero ahora —jueves— el pensamiento se cernía sobre él desde lo alto, y se sentía como un hombre que ha de empezar una pena de prisión de duración terrible (a la que nadie, nunca, sobreviviría; el medio milenio de condena, por ejemplo, del peor asesino múltiple norteamericano), o como en una reclusión ascética en una cueva de Surinam, con la intención de permanecer en ella hasta la llegada de Cristo o del Mahdi (o el Fin de los Tiempos), o como un... Keith rebobinó y trató de aquietar sus pensamientos. Tomaba el sol cuidadosamente en el jardín (tocándose el reverso de las piernas), con *Nuestro amigo común* aplastado contra la hierba (*Quítese el sostén, señorita Pettigrew. Vaya, usted es...*), y de cuando en cuando absorbiendo tal cual frase, u oración (*Quítese las bragas, señorita Pettigrew... ¿Quién lo habría dicho?*): estaba leyendo sobre el granuja John Harmon y la picara mercenaria Bella Wilfer...

Lo que más le desagradaba de Timmy era su despreocupación. Ya sé cómo es Timmy. Ya sabes cómo es Timmy. Y eso era muy propio de él, ¿no?: cargarse a un oso negro, o un par, saltar a un *jeep*, coger el siguiente avión que partiera de Ammán y entrar por la puerta con la mochila a la espalda. El reloj de Keith había dejado de intentar siquiera dar la hora. Un momento. Se oye un tictac. Y luego, al cabo de unos segundos, otro. Por increíble que pudiera parecer, no eran más que las nueve y cuarto.

Expectación, *espera anhelante*, no como un estado pasivo sino como la más viva y ajetreada de las actividades: eso era la juventud. Y la espera le enseñó también algo literario. Ahora entendía por qué *morir* había sido durante siglos un sinónimo poético de la culminación del acto sexual masculino (*Y así vivir por siempre, o desfallecer en la muerte*). En tal momento, y no antes, estaba bien morir.

—¿Cuánto cuesta la rata del escarapate? —dijo Whittaker—. La del rabo de aspecto resbaloso.

—No es una rata. Puede que sea un terrier —dijo Lily—. Cruzado con un pequeño salchicha.

—No, son los ojos los que lo delatan —dijo Scheherazade—. Y los bigotes.

—Esa bazofia que tiene en el bol —dijo Whittaker— no es lo que le gusta. Lo que quiere es un buen surtido de basura.

—En una lata pequeña —dijo Scheherazade— que parezca un cubo de basura.

—Sois horribles... —dijo Lily.

—¿Cuánto costará esa rata? Voy a entrar a preguntarlo —dijo Whittaker, pronunciando la última palabra a la manera inglesa y entrando en la tienda con el tintineo de una campanilla.

—Lily, si es barata tendrás que comprarla tú —dijo Scheherazade—. Podrás tenerla en una panera en tu habitación.

—Sois tan perversos. Los perros tienen sentimientos, ¿lo sabíais?

—Sí, pero no muchos —dijo Keith, que oyó cómo las campanas de la iglesia

daban las diez—. Lo humanitario sería comprarla y soltarla.

—Mmm. La Masa (huy, perdón) podría llevársela de vuelta a Nápoles —dijo Scheherazade—. Y soltarla en el muelle.

—Basta ya. Mirad: os odia. A los dos. Lo estáis torturando.

Y, ciertamente, una andanada de chillidos irregulares o de chasquidos se estrellaba con eco contra el cristal.

—¡No te rías de él! ¡Es lo peor que puedes hacer!

Era Gloria, que estaba a unos metros sosteniendo el bloc de dibujo enfrente de ella; parpadeaba mirando a través de la plaza la grandiosidad necia de Santa Maria.

—¡No debéis hacer eso nunca! —gritó—. ¡No hay que reírse de los perros jamás!

La campanilla de la puerta volvió a sonar, y Whittaker estaba diciendo, titubeante:

—Es... Es gratis. La rata no cuesta ni un céntimo. Lleva ahí un año y medio y nadie ha preguntado nunca por ella.

Se quedaron allí quietos, en silencio. Pasarse la vida en el escaparate de una tienda de animales..., pensó Keith. En venta, sin que nadie te comprara, ni preguntara siquiera. La oclusión, la *virginidad*...

—Y hay algo aún peor —dijo Whittaker—. Se llama Adriano.

Esto tampoco tenía ninguna gracia.

—¿Qué es eso? —dijo Gloria, que acababa de acercarse con el bloc pegado al pecho—. No comprendo. Creía que era un perro.

—Y mirad, está llorando.

—Son lágrimas viejas, Lily —dijo Keith—. Se secaron hace mucho tiempo.

Mientras Gloria se quedaba rezagada, los demás siguieron su camino; y cuando empezaban a subir por la empinada pendiente quedaron atascados por un rebaño de cabras. Avanzaron paso a paso detrás de ellas, mientras los viejos carneros hacían sonar sus esquilas al ritmo de la lenta oscilación de sus flancos. Y lo que no podías evitar ver era el verdaderamente atroz despliegue de calamidades y deformidades genitales. *Mira aquel*, se decían en silencio uno a otro. *Dios, mira ese...* Visto desde detrás, el rebaño era un desfile de bolsas dando tumbos, y cada bestia exhibiendo un surtido de algo parecido a hortalizas echadas a perder: tubérculos podridos, patatas llenas de cráteres, un par de aguacates negros... *Dios Todopoderoso, mira aquel otro...*

—Gajes del pecado —dijo Gloria, alcanzándoles—. Ahí lo tenéis.

Luego, mucho después, mucho, mucho después, cuando estaban preparando café, Gloria entró en la cocina con una hoja de papel blanco.

—Un dibujo —dijo cuando ya se iba— de vuestra rata.

Y allí estaba Adriano, misteriosamente presente, con cada onda de pelo tupido y áspero, con la energía estática de aquel rabo umbilical, con el aro blanco del collar, con la pompa de la yacija acolchada.

—Es buena... —dijo Scheherazade.

—Sí —dijo Keith—. Pero el animal no está muy bien, ¿no?

—No.

—No —dijo Lily—. ¿Habéis visto lo que ha hecho? Ha hecho que parezca un perro.

Consideraron esto. Y Scheherazade dijo:

—Aun así. Ya veis que no es solo una cara bonita.

—Una cara bonita —dijo Lily—. Y un gigantesco...

—Sí, me digo una y otra vez que pronto empezaré a darlo por descontado —dijo Scheherazade—. Pero cada vez que se da la vuelta me oigo decir: *Dios santo...*

Y justo cuando se diría que iban a empezar a hablar de cualquier otra cosa —a hablar, por ejemplo, de las corrientes y las emociones masivas que aún los hacían ir dando bandazos, o de los sistemas de pensamiento y creencias de los que aún no se habían liberado, o del hecho de que todos ellos albergaban multitud de seres dentro de su ser, multitud de seres en conflicto que marchaban con pancartas, proclamaban consignas y entonaban sus viejos, viejos cánticos...—, Gloria Beautyman, que estaba abajo en la piscina, se sentó encima de una abeja.

En un acto sin precedentes (que ella revocaría de inmediato para volver a lo habitual), Gloria se había puesto un traje de baño normal, de una pieza, sin ninguna de las complementarias falditas o pantaloncitos o tablas. Y por tomarse tal libertad fue prontamente retribuida con una endiablada picadura en una nalga.

Esto nos ayudará a ocupar los minutos siguientes, pensó Keith, mientras todos se agrupaban en torno a la víctima: las chicas y él y Whittaker y Adriano (y Pia).

—Ha sido como una *quemadura* —estaba diciendo Gloria, quitándose con el dedo anular una única lágrima—. Como una *quemadura* dolorosa de verdad.

Las raíces densas y oscuras del pelo le perlaban de humedad la apenada frente, y Keith tuvo el tiempo suficiente para observar que parecía extrañamente seria —al tiempo que exótica—, como si acabara de nadar una carrera de relevos en un kibutz de los Altos del Golán, o de rescatar a un niño de los bajíos de alguna capital decadente de Oriente Próximo (Beirut, Bahrein...). Con el ceño fruncido, Gloria se miró hacia abajo y a un lado, y con el pulgar en gancho señaló la fase lunar. Cuatro colores: el negro del traje de baño, la floración rabiosa del redondel de la picadura, la teca de los muslos bronceados y la carne más pálida eternamente sin sol, que no era blanca, en absoluto (pensara lo que pensara ella al respecto), sino del color de la arena húmeda.

—Keith, estoy indignado contigo —dijo Whittaker con voz suave, cuando se hubieron sentado a la sombra—. ¿Y tú te llamas heterosexual? Hasta yo he estado a punto de no poder contenerme. ¿Por qué no te has ofrecido para morderle y

succionarle el veneno?

—Sí, es que estaba distraído. —¿Es que no has visto, Whittaker, cómo estaban las tetas de Scheherazade cuando se ha inclinado sobre el culo de Gloria? Apretadas aún más la una contra la otra, al agacharse hacia delante para admirar el trabajo de la abeja moribunda—. Y lo he dejado para Adriano. Es muy propio de él ocuparse de esas cosas.

—Al menos podías haberte ofrecido para besárselo mejor. Mmm... Interesante. Puede que tengas que ser gay. Es un melocotón, el culo de Gloria. Pero a lo mejor tienes que ser marica para verlo.

—A lo mejor. —Pero el nuevo ángulo (la nueva *elevación*) de las tetas, Whittaker...—. Pero lo admiraron muy mucho en Ofanto. El culo de Gloria.

—Apuesto a que sí. Los maricas del lugar. Pero no te enteras. Es un culo precioso.

Y allí llegaba otra vez, Scheherazade y sus tetas; corría por las terrazas abajo con un frasco de loción de calamina para el trasero de Gloria.

¿A mí con esas? A otro perro con ese hueso, y que no me hagan reír, a tomar por el culo con todo, y esto y lo de más allá, pero el caso seguía siendo que no eran más que las tres menos cuarto. Keith decidió matar el tiempo —lo mejor posible— siendo muy atento con Lily.

Incluso fueron a dar un paseo juntos.

—Y odia que mate pájaros o peces o zorros, y no digamos osos. Timmy está en el filo de la navaja. Scheherazade tiene ganas de dejar que venga a verla y luego echarlo con cajas destempladas.

Y Keith se permitió imaginar lo bonito que sería, después, estar enamorado de Scheherazade, vivir con Scheherazade, casarse con Scheherazade, colmar a Scheherazade de hijos suyos... Fue Lily quien lo hizo volver a la tierra, al decir:

—Dios, y lo que se está perdiendo Timmy... ¿Sabes?, creo que Scheherazade va a aprovechar algunas ideas de Rita. No es el Perro, claro está, pero aun sin serlo... ¿Recuerdas lo que dijo Kenrik de sus pestañas? ¿De cómo las utilizaba para hacerle cosquillas en la punta de la polla? A Scheherazade le pareció que sonaba muy tierno.

La devota acompañante de Adriano en la cena de aquella noche, Nerissa, medía uno sesenta y cinco, y era afectuosísima. Después del café, Adriano se secó los labios y confirmó su intención de montar en su Maserati y conducir toda la noche hasta Piacenza, para sus entrenamientos con *I Furiosi* previos a la temporada.

El viernes por la mañana prepararon un pícnic y fueron a la orilla del mar.

No a la del Mediterráneo. El Mediterráneo —literalmente «el medio del mundo» y también, metafóricamente (según una famosa novela), su vulva— ya había intentado y no había logrado impresionar a Keith Nearing. Sí, solo te lleva un minuto, el Mediterráneo italiano. Pasos de tablas, retretes al aire libre, baldes para los pies, tumbonas, sombrillas, olas pequeñas y cansinas..., y los italianos, medio divertidos, medio escandalizados, manteniendo una distancia prudencial entre ellos y el sol y la arena y el agua salada (cómo se retorcían y contorsionaban bajo las duchas). Todo el mundo —pensó Keith— parecía llevar demasiada ropa encima. Solo Gloria, que salió al porche de la caseta de bañista con sus pétalos de linóleo, parecía sentirse cómoda en aquel ambiente.

Así que el viernes, después del desayuno, hicieron el viaje —un poco más largo— hacia el este: al Adriático.

Keith conducía el viejo Fiat. Iban él y las tres chicas. Lily dijo:

—¿No puedes ir más rápido?

—Hay baches —dijo Keith—. E italianos locos por todas partes.

—No hemos visto casi coches en toda la mañana. Mirad. Tiene los nudillos casi blancos. A este paso no vamos a llegar nunca.

Al bajar la última de las cuestas, bajo una súbita nube, Keith sintió que estaba conduciendo en terreno llano, y sintió que el mar se encrespaba y se elevaba como un acantilado oscuro... Encontraron el lugar que conocía Scheherazade. La orilla desierta, la alta suavidad del aire, la suavidad hundida de la arena. Uno a uno fueron entrando en el fulgor de una salmuera más fría.

—Nada de chapoteos con las olas —dijo Scheherazade—. Venga, os reto. Vamos. Vamos... allá lejos.

Así que fueron y nadaron hasta muy muy adentro... Y nadaron y nadaron y se alejaron de la orilla, cuatro anfibios confiados rumbo a sistemas distantes: las nubes que habitaban el lugar donde el cielo se toca con el mar. Keith nadaba al lado de Lily. No prestaba atención alguna a los tiburones, barracudas, pulpos gigantes, peces espada, cocodrilos, leviatanes y demás seres que se retorcían justo debajo de ellos; aquellas criaturas —imaginó enseguida— estarían jugando a *pito, pito, gorgorito* con sus cuatro pares de piernas, unas piernas tostadas, succulentas. Y al poco el terror se volvió abstracto, y fue salpicado de hilaridad: el peso mismo del agua que lo sostenía, la distancia delirante de la playa, el horizonte tan nítido y recto como una navaja (aunque tratara de enviar un terrible mensaje sobre la curvatura de la tierra).

Parecía que iban a seguir nadando hasta Albania y sus arenas doradas. Pero Scheherazade dio la vuelta, y luego Lily, y luego Keith; y cuando este finalmente arrastró su gran peso hasta fuera del agua (era como bajarse de la cama elástica), Gloria seguía allá dentro, muy, muy alejada de la orilla, y era un punto negro en el azul verdoso.

—Ya ha dado la vuelta —dijo Scheherazade—. Creo que ha dado la vuelta.

Keith se sentó en las rocas y volvió a ponerse con incredulidad la cadena del reloj de pulsera (apenas era mediodía). Se fumó un Disque Bleu realizado por la sal y el ozono... Su madre Tina: ella solía ir lejos, *lejos*... aguas adentro. En cada día estival hermoso llevaba a los niños a la playa, y en un momento dado se levantaba de su toalla, y se alejaba nadando..., hasta muy lejos. Keith siempre contemplaba con admiración, y no con desasosiego, sus brazadas autosuficientes, y la veía alejarse más allá del casco del petrolero anclado, hasta desaparecer de la vista justo debajo del borde del mundo. Nicholas tenía siete años, y Keith cuatro, y su hermanita durmiente, a quien los dos debían cuidar, unos once meses. Violet, a quien debían cuidar, mientras su madre se alejaba y se alejaba de la orilla... Y Tina, entonces, apenas tenía veinticinco. Veinticinco años.

Gloria se acercaba por los bajíos, y la acogían unos aplausos dispersos. Cinco minutos después, Scheherazade fue caminando despacio hasta las rocas (Lily estaba echada boca abajo, con la cabeza vuelta en la dirección opuesta), y al llegar dijo:

—El cuarto del otro lado del apartamento. Hay un pasillo que te lleva hasta la escalera del norte... Por si las cosas se ponen feas.

Keith asintió con la cabeza.

—No sonará muy bien, pero podríamos decir que hemos salido a la terraza norte a mirar las estrellas.

Y se alejó, de nuevo con aquel paso extraño, levitatorio, con los omóplatos alzados, y los talones sobre la arena con guijarros...

¿A qué distancia estaba el horizonte? Keith supuso que debía ser una constante, tal distancia; la misma para todo observador en toda la orilla llana: el punto de curvatura. Y eso era lo horrible. Si llegabas a él, si lo cruzabas y mirabas atrás, entonces, como decían los marinos, *hundías* tu punto de partida: hundías la tierra, hundías Italia, y el castillo, y el cuarto del otro lado del apartamento.

Fue durante el viaje de vuelta de la playa (conducía Scheherazade, y rápido, como contra el tiempo), cuando Keith tuvo su siguiente idea importante: drogar a Lily. Ahora bien, se trataría de un acto descaradamente premeditado, una violación clara de la norma primera, que prescribía no hacer nada. Pero Keith había intuido al fin la naturaleza de este escrúpulo concreto.

Razonó que el cálculo de Scheherazade era más o menos acertado: había un cinco por ciento de posibilidades de que, una vez sumida en la inconsciencia, Lily sintiera el pitido de su radar de bruja, y cogiera una luz y fuera a indagar. Y cinco por ciento —concluyó Keith— era un tanto por ciento demasiado elevado. No se le ocultaba tampoco que tal fantasma —la dama del farol— podría no solo abreviar su tiempo con Scheherazade: podría incluso imposibilitarlo. Una entre veinte posibilidades;

cuando todo lo demás parecía consumado, cuando todo lo demás brillaba a la perfección..., ¿no era este el tipo de pensamiento que te penetraba hasta llegar a obstruirte la sangre? ¿Que te penetraba hasta invalidarte el instrumento del anhelo...?

Además... Había identificado la peculiaridad del impedimento, la obstrucción, el muro de cristal. Y tenía que ver con los jóvenes varones de Ofanto, con los jóvenes varones de Montale. Keith no podía añadir sus titubeos a los de ellos, no podía añadir su voto al de aquellos jóvenes varones. Eso —en algún sentido inexpiable— sería reír mientras Lily lloraba. Traicionarla prefiriendo a otra: eso era rotundamente lo que intentaba hacer. Pero la votación debía ser secreta. Y tenía que salirse con la suya impunemente. Keith no iba a herir a Lily. Lo que iba a hacer era drogaria.

No había ningún opiáceo para violadores ni somníferos para tumbar caballos a su alcance. Pero la propia Lily tenía unas pastillas grandes, malolientes y de color castaño (la etiqueta del frasco rezaba *Azium: para la ansiedad*) que solía tomar cuando viajaba —y dormía— en el avión. Así que el viernes por la noche Keith había hecho una prueba con el Azium. Deshizo una pastilla con una hoja de afeitar, y la echó en un vaso de *prosecco* (el aperitivo preferido de Lily), y probó la mezcla: absolutamente insípida al paladar. Y mientras comía sin apetito la cena sentía la dispersión de las pequeñas preocupaciones y enemigos, y las yemas de los dedos le zumbaban al tocar materiales suaves, y apenas pudo mantenerse despierto durante el tiempo de su infamia con su gemela idéntica (de las 10.40 a las 10.55). Scheherazade, en la mesa, parecía obra de un fabricante de robots salaz pero con talento artístico, y ahora era genérica. Genérica, al fin, y no específicamente Scheherazade.

Aquel viernes por la noche, Patachunta practicó el sexo con Patachún^[29]. ¿O fue al revés? ¿Fue Patachún, en realidad, el que practicó el sexo con Patachunta?

—Te amo —dijo Lily en la oscuridad.

—Y yo también te amo a ti.

La pastilla le produjo un sueño ininterrumpido —y unos sueños continuados—. Y después de una noche de perder el pasaporte y no poder rescatar a Violet y perder trenes y casi acostarse con Ashraf (su tía iba a tomar el té) y examinarse desnudo (con una pluma estilográfica vacía), Keith despertó a la *crítica*...

¿De dónde venía tal crítica? No de Lily, que, tan pronto como oyó o sintió que liberaban el pestillo, se levantó sin ruido del lado de Keith y se metió en el cuarto de baño. La crítica —la inusualmente acerba y personal crítica— le venía de dentro. Su fuente era lo que había aprendido a llamar *superego*. El superego —en contraposición al ego y al id, o al *egoid*—. El egoid era la parte útil, dedicada fielmente al avance socio-sexual. El superego era la voz de la conciencia, y de la cultura. Era también la voz de los mayores: sus ancestros (quienesquiera que fueran) y sus tutores, Tina y Karl, los dos, eran naturalmente adalides de Lily, y de la conducta honorable entre los

sexos. Tal vez, entonces, el superego era el policía secreto.

En pareo y parte de arriba del bikini, Lily estaba diciendo:

—¿Bajas? ¿Qué te pasa?

—Sí. —Sabía que a veces sucedía. Aquella inquietud se centraba en algo que se hallaba a un movimiento de caballo de su causa; y tenía que ver con Ruaa, quizá, y tenía que ver con *el tiempo*... Eran las ocho en punto *ante meridiem*; pronto su delectación fatal surgiría de la penumbra de las doce horas. Scheherazade llegaba por el Pacífico Este, y se dirigía hacia el oeste a través del Mar Amarillo. Dijo—: Es extraño. Me siento mal respecto a Dilkash. De repente.

—¿Dilkash? Escucha. ¿Has leído ya la carta? —Lily llevaba una camiseta encima de la cabeza (el cuello se había enganchado con un prendedor de pelo), y Keith podía ver cómo sus labios asfixiados decían—: Pero si a Dilkash ni siquiera te la follaste...

—*Por supuesto* que no lo hice.

—Bueno... Entonces eres inocente de lo peor que puede hacerse. Sexo una o dos veces y luego ni siquiera una llamada telefónica. ¿Qué dice Nicholas? *Follada y abandonada. Follada y olvidada.*

—*Por supuesto* que no me follé a Dilkash. Dios... —Se llevó una mano a la frente—. Ni por asomo. Pero sí..., sí la olvidé. Esa parte sí la hice. Eso sí hice.

—No tienes por qué sentirte tan afectado.

—Fue Nicholas —dijo él— quien me la presentó. Tenía un empleo de vacaciones en el *Stateman*, y Dilkash trabajaba allí de eventual. Me dijo: *Dilkash... es tan dulce. Ven a conocer a Dilkash.* Ella estaba en la...

—¿Por qué crees que quiero que me hables de Dilkash? Y después de Dilkash vendrá una hora sobre Doris y sus bragas. ¿Té o café? ¿Bajas?

—Dentro de un rato —dijo él, y se dio la vuelta, tratando de aliviarse el dolor de cuello... A Dilkash, Lily, se le permite «conocer», pero se le prohíbe «mezclarse»: mostrarse en público con un hombre que no es pariente suyo. Se le permitía recibirme en su cuarto, que era lo que hacía la mayoría de las tardes (de seis y media a nueve) durante casi dos meses. Y no, Lily, no teníamos miedo de que nos interrumpiesen sus testigos y acogedores padres, los señores Khan, que veían la televisión y bebían gaseosa en el gran salón de arriba. En cualquier caso, al principio no había nada que interrumpir: lo único que hacíamos era estar sentados y hablar.

Estás triste, le dijo Dilkash una vez. *Pareces contento, pero estás triste.*

¿Sí? He pasado un tiempo muy confuso con una chica. En el verano. Se ha vuelto a vivir al norte. Pero ahora ya estoy feliz.

—*¿Lo estás? Perfecto; entonces yo también estoy feliz.*

La hermana mayor de Dilkash, Perrin, que llevaba gafas, llamaba alguna vez a la puerta, Lily, y esperaba, y luego se quedaba un rato con nosotros charlando. Pero con el que teníamos que tener cuidado era con Pervez, su hermanito de siete años. El pequeño Pervez, guapo de verdad, siempre callado. Él abría la puerta de golpe, y entraba, y luego costaba Dios y ayuda conseguir que se marchara; solía hacerse un

ovillo en el sofá, con los brazos cruzados, muy apretados. Pervez me odiaba, Lily, y yo lo odiaba a él; pero su ceño era impresionante: sus exuberantes cejas lo hacían temible: era el ceño (pensaría Keith tiempo después) del rechacista.

Una noche, tal vez en mi vigésima visita... Su cuarto estaba siempre oscuro, Lily (aquel muro empapado del jardín), pero estaba aún más oscuro cuando alargué la mano desde bastante lejos y le cogí la suya. Durante un rato estuvimos allí sentados, uno al lado del otro, mirando hacia delante, sin decir nada, y llenos de emoción. Y fue casi una liberación cuando, sin el menor aviso previo, la puerta se abrió de golpe y apareció Pervez.

Cuando me acompañaba hasta la puerta, Lily, nuestras manos volvieron a tocarse, y dije:

He sentido cómo te latía el corazón.

Y ella dijo:

Y yo he sentido cómo latía el tuyo.

Hubo más, Lily. Y este será un buen modo de cronometrar la noche en su desplazamiento por Siberia. Y Pakistán. No hubo mucho más, Lily; pero hubo más.

Ahora Keith saltó desnudo de la cama y volvió a sentirse feliz. Era el día que todos los chicos prefieren. Era sábado.

3. LAS METAMORFOSIS

Aparte del reloj de pared lastimosamente lisiado que había sobre la ventana abierta, la cocina del castillo, aquella mañana, presentaba una estampa de normalidad cristalizada. Scheherazade con su gran bol de cereales, Lily con sus uvas y sus clementinas, Gloria con su tostada con mermelada. Hasta hacía muy poco, el propio Keith empezaba el día con un desayuno completo; pero le daban miedo los microbios del beicon manido, al igual que le daban miedo las bombas de hidrógeno, la *ejaculatio praecox*, la revolución, la disentería, el hombre que entraría por la puerta con la mochila a la espalda... Al inclinarse hacia el interior del frigorífico en busca de un yogur natural, Scheherazade alargó la mano para coger la leche. No hubo palabras o sonrisas o gestos, pero los ojos de Keith —de algún modo— fueron a fijarse en la botella de champán medio oculta por los melocotones y tomates de la bandeja más baja.

—Ayer nadamos la maratón —dijo Scheherazade—. Hoy vamos a hacer el vago todo el día.

Scheherazade en camisón y sandalias de dedo. Volvió a llenar su gran bol de cereales. Piernas cruzadas, pantorrilla sobre espinilla, y la inocencia de las sandalias de dedo. Más constructivo, a esas alturas, era pensar en la cara interna de los muslos, más suave y húmeda que la externa... Al final dejó allí a Scheherazade, bajo el lento y chirriante giro interminable del ventilador cenital. Y no hay que fiarse mucho de los ventiladores cenitales, ¿verdad? Porque siempre parece que están desatornillándose.

Keith estaba sentado a solas en la mesa de piedra, donde de manera inesperada había logrado leer provechosamente durante una hora *El molino del Floss*: a la adorable, la irresistible Maggie Tulliver la estaba descarriando el pisaverde Stephen Guest. La reputación de Maggie —y su vida— estaba a punto de arruinarse. Los dos estaban solos en una batea, en el Floss, río abajo...

¿Entonces —preguntó Keith con voz ronca, dando una honda chupada a su Disque Bleu—, *qué te ha parecido?*

Y Dilkash dijo:

Ha sido... Por supuesto, al principio estaba un poco asustada.

Por supuesto. Es normal.

Es verdad.

¿Más o menos asustada de lo que esperabas?

Oh, menos.

Tienes dieciocho años. No podías posponerlo eternamente. La próxima vez no te parecerá tan tremendo.

Es verdad. La próxima vez. Y gracias por haber sido tan delicado.

De lo que estaban hablando —ellos dos— era del primer beso de Dilkash: del primer beso de su vida. Se lo acababa de dar él. Keith no lo hizo por sorpresa. Lo hablaron todo de antemano... Sus labios eran del mismo color que su piel, con la única transición del cambio de textura. Sus labios no se abrieron, y tampoco los de Keith, que besó aquella boca color de carne en aquella cara color de boca.

La próxima vez, empezó a decir Keith...

Pero la puerta se abrió de golpe: el implacable Pervez entró y se quedó de pie sobre ellos, satánicamente hermoso, con los brazos cruzados. Y no hubo segundo beso. Y él dejó de llamarla. Y no volvió a verla nunca.

Ahora Keith estornudó, bostezó, se estiró. Las ranas y su gorgoteo de satisfacción. Las cigarras y su carraca de preguntas y respuestas, tratando de articularlas en forma de tableteo: siempre la misma respuesta, siempre la misma pregunta.

—¿Dónde estaba destinado tu padre?

Las chicas hurgaban en busca de comida en la cocina. Después del Antiguo Testamento del desayuno, el Mahabharata de la comida. El reloj, muy de cuando en cuando, hacía tictac. O tictoc. O tictac, o tactoc, o toctoc. Gloria dijo:

—En El Cairo antes de la guerra. Luego en Lisboa. Luego en Helsinki. Luego en Reikjavik, Islandia.

¿Cómo resumir esta peculiar carrera diplomática? Keith, que agradeció la distracción, estaba buscando en el diccionario el antónimo de *meteórico*. Y dijo, en tono neutro (de ahora en adelante reduciría sus comentarios a lo muy obvio: lugares comunes, tautologías):

—En dirección norte. ¿Recuerdas Lisboa?

—En Lisboa era una niña. Recuerdo Helsinki —dijo Gloria, dejando escapar un genuino escalofrío—. Más fría que Islandia. Él habla de El Cairo. Mmm. De la boda real.

—¿De qué boda real? —dijo Scheherazade—. ¿Quiénes se casaban?

Gloria se echó atrás en la silla. Y dijo, llena de contento (Jorquil, a diferencia de Timmy, corría ya hacia sus brazos: Dover, París, Monaco, Florencia):

—La hermana del rey Faruk, Fawzia, y el futuro sha de Irán. Muy impopular en los dos países. Porque eran de sectas diferentes. Y la madre de Fawzia se fue hecha una furia, por algo que tenía que ver con la dote. La fiesta duró cinco semanas.

Keith vio cómo Gloria agachaba la cabeza hasta debajo de la mesa, sacaba la bolsa de paja y plantaba delante de él el ejemplar muy usado de *Orgullo y prejuicio*

que le había prestado.

—Gracias. Me ha gustado. Y *no* es sobre el matrimonio por dinero. ¿Quién me dijo que trataba de eso? ¿Fuiste tú, Scheherazade?

—No. Fui yo.

—¿Tú? ¿No se supone que eres bueno en estas cosas? ¿Leyendo libros? Estás muy equivocado. Elizabeth rechaza tajantemente a Darcy la primera vez, no lo olvides. Y su padre le prohíbe casarse con él solo porque sea rico, más o menos al final. Me quedé pasmada.

Orgullo y prejuicio, podría haber dicho Keith, no tenía más que un fallo: la falta, hacia el desenlace, de una escena de sexo de cuarenta páginas. Pero por supuesto se quedó callado y esperó. Cada diez minutos, el reloj de encima del aparador se las arreglaba para experimentar otra sacudida artística. Lo cual —supuso Keith— era la *relatividad*. Scheherazade dijo:

—Es un final feliz, de todas formas.

—Sí —dijo Gloria.

—Menos el de la pelandusca que se folla al militar —dijo Lily.

Keith se llevó la taza de café arriba, a las almenas. Eran las tres y media.

Puedes volver a venir por la redacción, dijo Nicholas por teléfono. *Dilkash ha recogido sus bolis y sus plantillas y se ha ido. Después de un mes de mirar fijamente el teléfono. Sufriendo. Su pequeño corazón suspiraba por Keith.*

Keith escuchaba filosóficamente. Era el tipo de cosa que más le gustaba a Nicholas.

Doliente. Añorante. Con el pequeño corazón consumido. Pobre Dilkash. Follada y traicionada por su Keith. Desflorada y desdeñada por su Keith.

... *Oh, sí, seguro. Venga ya... Te lo conté.*

De acuerdo. Manoseada y olvidada por su Keith. Besuqueada y burlada por su Keith.

Venga... Ni siquiera eso.

De acuerdo. Besuqueada y repudiada por su Keith. Ahora tendrás que responder ante Pervezy todos sus tíos y primos.

... *La amaba, pero ¿qué sentido tenía? Dilkash..., tan dulce...*

Keith dejó de llamar a Dilkash sin darle explicación alguna. No podía encontrar... palabras a un tiempo verdaderas y amables^[30]. O palabras no falsas ni rudas. Así que dejó de llamarla. Mientras se decían adiós, la noche del beso, Dilkash dijo: *Bueno, estoy contenta de que haya sucedido con alguien cariñoso*. Y él jamás olvidaría eso. Pero incluso entonces pensó: Dilkash, oh, no, no, tendrás que encontrar alguien mucho, mucho mejor que yo. Que te acompañe todo el camino hacia la modernidad. Imagínalo. Cogidos de la mano..., con el corazón subiéndote a la garganta. El roce de labios contra labios... y el cosmos girando sobre su eje. ¿Es hora ya, Dilkash, de

pasar a la siguiente etapa?

No, no puedo con esas chicas religiosas, le dijo a Nicholas por teléfono. Y antes de Dilkash pasé aquella época tan rara con Pansy. Dios, no he «mojado» desde el verano. Ya has visto lo pálido que estoy. Escucha. Hay una chica nueva que se acaba de mudar al apartamento, y la voy a llevar a cenar fuera esta noche. En cuanto le echas una mirada te dices: Sí, esta sabe de qué diablos trata el asunto. La pequeña Doris.

Keith estaba en las almenas; asentía rígidamente con la cabeza (sí), y luego la sacudía de un lado a otro (no). Sí, dejó de llamar a Dilkash, y no, no le escribió. Dejó que siguiera mirando fijamente el teléfono, preguntándose qué había hecho mal, en su primer beso. Y eso no estaba muy bien.

Alguien cariñoso. Keith, entonces, era más amable que ahora, sin el menor género de duda. ¿Cómo sería de amable en septiembre?

Así, sin el agobio de todo aquello (ahora eran las cuatro menos cuarto), bajó a la piscina y se sumergió sin reservas en la belleza casi desnuda de la mujer deseada, en cada centímetro de belleza de la mujer deseada... Hacía mucho tiempo, oh, mucho, mucho tiempo que Keith había encontrado el mejor sitio para sentarse: detrás de Lily, en un rincón descuidado de la visión de Scheherazade (imposible de controlar, dicho sea de paso, por Gloria, quien, con gesto vivaz pero reprobado, siempre se volvía hacia el otro lado).

El cuerpo femenino parecía estar hecho a pares. El pelo con su raya, incluso la frente y sus dos hemisferios; los ojos, las narinas, el tabique nasal, los labios, la barbilla con su hendidura divisora, las cuerdas y las depresiones dobles de la garganta; y luego los hombros a juego, los pechos, los brazos, las caderas, los labios de la vulva, las nalgas, los muslos, las rodillas, las pantorrillas. Solo el ombligo era uno. Y los hombres eran lo mismo, salvo en la anomalía central. Los hombres tenían las mismas duplicaciones, pero también un signo de interrogación central. Un signo de interrogación que a veces se volvía un signo de admiración, y luego volvía a ser un signo de interrogación.

Lo cual le recordó algo. Existía una poderosa razón para media hora de vigoroso incesto: haría que Lily durmiera mucho más profundamente. Por otra parte, el hecho de separarla del grupo planteaba el peligro de la indelicadeza, y no podía permitirse eso. Así que pensó: Bien, joder..., tendré que meneármela. Y, después de una despedida lacónica, subió a su cuarto.

A las seis salió de un baño de agua caliente, hizo diez flexiones, se metió en la ducha y abrió el grifo del agua fría. Se afeitó, se lavó los dientes y la lengua. Se cortó

y se limó las uñas, las de las manos y las de los pies. Sin abandonar la expresión grave, se secó el pelo con el secador y —con dedos formidablemente firmes— se rizó el vello púbico con las tenacillas. Se puso unos vaqueros —aún tibios de la secadora— y una camisa blanca limpia. Estaba listo.

Se va acercando la noche, una noche nunca vista... A las siete menos cuarto Keith estaba inclinado sobre la mesa de las bebidas del salón, y espolvoreaba con suavidad el Azium previamente pulverizado en el *prosecco* de Lily... Por supuesto, se había aleccionado a sí mismo en el sentido de no mirar fijamente —o siquiera dirigir la mirada— a Scheherazade hasta más tarde, de modo que evitó su cara (con la sensación desconcertante de que había en ello algo equivocado, cierta tacha evanescente), y se limitó a registrar forma y envoltura, la presentación de su persona: zapatillas negras de terciopelo, vestido blanco (falda hasta medio muslo) con cinturón de tela, sin sostén (por supuesto); y alcanzó a distinguir —a la altura de la cadera— el contorno de lo que casi con toda seguridad resultaría ser la más sensual de las... Pero ahora era diferente. Aquel sería el regalo de cumpleaños (risiblemente inmerecido) al que él pronto quitaría el envoltorio, y del que aquellas prendas no eran sino un revestimiento. Todo ello se desnudaría. Sí, su condición reptiliana estaba presente. No había más que un futuro posible.

Y Keith se internaba en él. Esta noche, se dijo a sí mismo, seré un bálsamo, y aplacaré y mitigaré la desesperación de Scheherazade, ¡brindaré a Scheherazade esperanza! Soy el Dios de la Lluvia, y esto va a hacerse realidad.

A las siete y veinte, tras un acercamiento silencioso, un hombre traspuso el umbral de la puerta con su mochila a la espalda.

A Keith casi le da un infarto; pero no era más que Whittaker con la pesada saca del correo.

—Aquí estoy —dijo—. Y traigo el mundo.

Estaban en el comedor, y el reloj de Keith marcaba ya las siete y media. Era sorprendente. De hecho, algo enteramente nuevo parecía suceder con el tiempo. Volvió a mirar el reloj de pulsera. Eran las ocho menos veinte. El segundero puntiagudo corría en el dial como un insecto que huye; incluso el minuterero parecía avanzar con resolución; y sí, hasta la manecilla horaria parecía auparse hacia el norte, rumbo a la noche.

—Soy como el Atlas —dijo Whittaker, con su fular beige, sus gafas de montura de concha—. O quizá me conforme con ser Frankie Avalon. Tengo el mundo entero

en mis manos.

El mundo. Y allí estaba, la bolsa del correo, la arpillera hecha por presos de la bolsa del correo. Y todos los *Life* y los *Time*, los *Spectator*, los *Listener*, los *Encounter*...

Keith lo miró: miró el mundo. El mundo estaba muy bien, el mundo estaba estupendamente y era muy grande, pero ¿qué quería de aquel castillo de Campania, qué quería de Keith y de Scheherazade? Y ahora, además, Lily le tendía un grueso paquete castaño y le decía:

—Para ti.

Y mientras se ocupaba de estos menesteres nuevos (las grapas, los cierres deslizantes), todos se pusieron a leer sobre él, sobre el planeta tierra... Retrospectivamente, y siempre que uno no fuera Charles de Gaulle o Gypsy Rose Lee o Jimi Hendrix o Paul Celan o Janis Joplin o E. M. Forster o Vera Brittain o Bertrand Russell, 1970 era un año bastante apacible —siempre que uno no fuera camboyano, o peruano, o rodesiano, o biafreño, o ugandés...

—Mmm —dijo Gloria, sentada con su coronilla picuda inclinada sobre el *Herald Tribune*—. Han aprobado la ley de la Igualdad de Salario. Pero no entrará en vigor hasta dentro de unos años. El salario de las Chicas.

Whittaker dijo:

—Nixon nos está diciendo que en el asunto del medio ambiente es ahora o nunca. Norteamérica debe (cito): ... *pagar su deuda con el pasado reclamando la pureza de su aire, de sus aguas*. Y luego va y echa sesenta toneladas de gas nervioso frente a las costas de Florida.

—Y el patético gigante desvalido hace que la guerra se extienda —dijo Scheherazade con voz queda—: ¿Por qué?

—Y la OLP reivindica el asesinato de siete judíos en la residencia de ancianos de Munich.

—Mira. Han prohibido los anuncios de cigarrillos —dijo Lily—. ¿Qué dices a esto?

Se refería a Keith, que por supuesto estaba fumando. Pero que no estaba hablando. Hasta el momento no había dicho nada en absoluto: ni una sílaba, ni un fonema. Estaba más seguro que nunca de la inviolabilidad de su voto de silencio. Pero ahora tenía cierta tarea ante él y dijo, con una voz rasposa que hizo que todas las cabezas se volvieran hacia él:

—El plazo va a ser difícil.

Y lo explicó.

Aunque aún estaba a punto de empezar su tercer año de universidad, Keith (muy poco atractivamente, ajuicio de algunos) había escrito al *Literary Supplement* a principios del verano pidiendo que le dieran un libro para reseñar, a modo de prueba. Como resultado, tenía ante sí un montón de pelusa gris y una monografía —del grosor de un pan de molde— titulada *El antinomianismo de D. H. Lawrence*, de

Marvin M. Meadowbrook (Rhode Island University Press). La extensión estipulada era de mil palabras, y el plazo de entrega dentro de... cuatro días. Lily dijo:

—Llámales y diles que es imposible.

—No puedo hacer eso. Hay que intentarlo. Por lo menos hay que intentarlo.

—Aún estudiante —dijo Gloria—, y ya buscando trabajo. Oh, *muy* ambicioso.

—Eso es lo que tendríamos que ser todos, ¿no? —dijo Scheherazade, poniéndose de pie y enfilando el largo pasillo.

Keith levantó la vista. Scheherazade entraba en el largo pasillo, ahora inflamado por la luz del atardecer. Los cielos mismos se confabularon con él, y Keith vio la última estela de aquella luz cruciforme que entraba a fuego entre la cúspide y la unión de los muslos con las nalgas. Y también se apreciaba la presión de sus tetas hacia fuera, incluso desde atrás. Lily dijo:

—¿Sabes lo que significa antinomianismo?

—¿Qué? No. Pero lo sabré cuando haya..., cuando haya leído esas ochocientas páginas sobre el tema.

Las narinas de Lily se ensancharon de modo alentador y su mandíbula apretada se estremeció. Y luego, como si repasara pesadamente una lista, dijo:

—De él has leído todo lo de Italia. Y los poemas. ¿Qué más has leído?

—¿De Lawrence? Déjame pensar... He leído un tercio de *Hijos y amantes*. Y el trozo donde sale la palabra *coño* de *El amante de Lady Chatterley*...

—Chsss... —dijo Gloria.

—Di otra vez *chsss*, Gloria. Venga. Es como el tictac de un reloj. Y no estoy diciendo palabrotas. Solo era una cita de un escritor pionero.

—Déjalo —gruñó Lily—. Estás emitiendo ese sonido zalamero.

—Espera —dijo él, con suavidad, al ver que Scheherazade había vuelto—. Whittaker va a Londres el martes. ¿No, Whittaker? ¿Te importaría echar un sobre en un buzón? —Se volvió a Lily para escuchar su sentencia—. Lo leeré a toda velocidad mañana y escribiré la reseña el lunes. Lo siento, chicos, pero eso significa que no podré ir a las ruinas.

—El día de su cumpleaños —dijo Lily—. El día en que cumples veintiún años.

—Lo siento, Lily. Lo siento, chicos.

Keith volvió a integrarse en el grupo. Todo parecía en calma y despejado. Eran ya las ocho y veinte. Whittaker se escabulló para reunirse con Amen en el estudio. Iban encendiéndose más y más luces. Uno a uno, fueron entrando en la cocina para llenar sus platos y volver. El mundo estaba en su totalidad ante ellos, y ellos comían como estudiantes en la sala común de la facultad; pero era normal, era realismo social, era naturalismo. *Life*, *Times*. Buena ensalada, dijo una voz. ¿Puedes pasarme la pimienta?, dijo otra...

El tiempo pasó como un rayo, y estaban comiendo la fruta: eran las diez menos

diez. La cabeza de Lily descendió unos cuantos centímetros más, y su boca estaba ya formando su máscara trágica. Gloria se levantó y empezó a apilar los platos y las revistas. Con cierta dejadez de ánimo, Keith dejó a un lado *El antinomianismo de D. H. Lawrence* (no parecía tan difícil, y aparecía bastante sobre Frieda follándose a todo el mundo).

—Ahora mismo estaba pensando en el sexo en el más allá.

¿Qué le había hecho incumplir la segunda norma? Había incumplido la primera (no hacer nada). Y ahora estaba incumpliendo la segunda (no decir nada). ¿Qué le había pasado? El poder, en parte. El lado este de cada instante se hallaba iluminado por él, por el poder de clase y por el poder de la belleza, infinitesimalmente potenciado (no olvidemos esto) por el poder de inaugurar una vocación, de expresarse a sí mismo con palabras elegidas (mientras al mismo tiempo se exploraban las perspectivas inmediatas de la carrera de Marvin M. Meadowbrook). Pero no había podido resistirse. Porque cada aliento que expulsaba era ahora puro helio, más liviano, mucho más liviano que el aire. Se acabó, y ese es el clímax de mi juventud, pensó, y dijo:

—En la reencarnación supongo que todo depende de en qué te reencarnes: en un tigre, en una hiena; y en Israel lo que hacen es quedarse con los brazos cruzados, esperando el Día del Juicio, y en el paraíso de Amen y Ruaa solo hay chicas y ningún chico, además de un buen *prosecco*, Lily, según dice Whittaker, y en cuanto a nosotros no todo habrá concluido, porque Gabriel le dijo a Adán que en el cielo los ángeles también se comen, y...

Se detuvo, se apagó, mascullando en voz muy baja para sí mismo, y miró en torno por debajo de las cejas. Nadie le había escuchado. Nadie le había prestado atención. Keith, fríamente, cogió un *Encounter* y lo abrió, y al mirarlo frunció el ceño.

—Voy a dejaros —dijo Lily despacio— con las cartas. Oh, mira. Oh, no... *Let It Be*.

—Sí, ¿no es triste? El último LP de los Beatles —dijo Scheherazade—. *Let It Be*.

Con la palma de la mano pegada a un lado de la mandíbula, Gloria decía:

—La Nueva Biblia Inglesa. Una mala idea, esa... Chsss... ¿Es esa hora? Jorquil habrá llegado a Mónaco. Y Beautyman debe dormir su sueño reparador de la belleza. Lily, vámonos cogidas del brazo... Tratando de hacerlo todo muy informal y moderno. Seguro que va a ser un error, eso. La Nueva Biblia Inglesa.

—Gloria, estoy de acuerdo —dijo Keith—. Biblias, biblias. Estoy leyendo sobre biblias.

—Oh. ¿Y?

—Escucha esto. Es muy divertido. Escuchad esto. A un metomentodo, tonto del culo y tarado llamado reverendo John Johnson lo pillaron pasando cinco mil biblias a Rusia a través de Checoslovaquia. Y ya había pasado un cuarto de millón de ellas a Bulgaria y Ucrania. ¿Para qué? En fin..., el muy imbécil está en la cárcel en Moscú. En la peor cárcel de Moscú.

Keith sintió que Lily le daba un pequeño puntapié en la espinilla. Alzó la mirada. Y Gloria empezó a decir en tono encendido:

—Vaya, no tiene precio, eso... De veras no tiene precio. Un mequetrefe como tú diciendo eso sobre un misionero ordenado y demás. Te agradeceré que tengas bien presente cuidar la lengua cuando hables de tales cosas. Arriesgarse a que te metan en la cárcel por tus convicciones... Discúlpame, pero yo soy católica. Y estoy en el país de mi fe. Sí, así es; da la casualidad de que creo en Dios. Y creo que ese reverendo es un hombre increíblemente valiente.

Keith dijo:

—Dime, Gloria: ¿también da la casualidad de que crees en Papá Noel? No. Por supuesto que no. Dejaste de creer en él al hacerte mayor. Por supuesto que sí. ¿Sabes?, es una pena que Papá Noel no saliese en tu libro sagrado. Porque al hacerte mayor habrías dejado de creer también en las Escrituras. Sí, es una lástima que Papá Noel no hubiera sido *anunciado* en el Nuevo Testamento. —Calló unos instantes, y siguió con voz aflautada—: Ya sabes... Vendrá un hombre, en toda natividad, ataviado con un traje rojo, con bordes blancos, surcando el aire en un trineo tirado por unos renos voladores... Podría haber ayudado a todos esos pobres imbéciles tuyos el que hubieran salido estas cosas en sus...

Lily volvió a darle un puntapié en la espinilla. Con un movimiento de cabeza le dirigió los ojos no a Gloria, sino al semblante pálido de Scheherazade. Esta había cambiado, estaba alterada. ¿A qué se parecía? Se parecía a la fotografía de la chica que se había distinguido tocando el clavicordio, o de la chica de Meáis on Wheels que había recorrido ocho mil kilómetros para llevar comida caliente a inválidos y ancianos, o de la chica que había rescatado a un gato del gran roble de detrás del ayuntamiento.

Cuando Keith llegó al torreón oscuro, a eso de las doce, después de dos horas de hacer solitarios en la sala de armas, vio que una luz fluctuante se abría paso hacia abajo, y en las empinadas escaleras se encontró con la dama del farol.

—Bajaba a buscarte —dijo Lily.

—¿Para qué?

—No lo sé. Tenía un presentimiento extraño.

Se dio la vuelta y empezó a subir. Él la siguió.

—Subes muy pronto. —Lily lo observaba por encima del hombro—. Y estás borracho.

—Mmm. Bueno. —Hacia las once y veinte Keith se había tomado tres enormes vasos de un licor llamado Parfait Amour (rosado, pegajoso e insultantemente dulce). Seguidos de casi una botella entera de Benedictine. Entró en el dormitorio detrás de Lily y dijo—: Sí. Bueno. A mi nivel.

—Supongo que te sentirás aliviado —dijo Lily cuando se metía en la cama.

—¿Aliviado? ¿Aliviado? ¿Por qué voy a sentirme aliviado?

—Por no verte ahora mismo en la calle. Después de dar ese espectáculo. No era solo lo que decías: era cómo lo decías. De manera sádica. Tienes suerte.

—Oh, claro que tengo suerte. ¿Cómo cojones iba a saber que era religiosa?

—¿Te refieres a Scheherazade?

—Sí, me refiero a Scheherazade. —Se estaba soltando los botones de la camisa y desabrochándose el cinturón. Cayó un poco hacia delante, y dijo—: No parece religiosa.

—Y tampoco tú... Es por Timmy, idiota.

—¿Por Timmy? ¿Timmy es así de religioso?

—¿Así de religioso? Es un practicante fanático. ¿Es que nunca escuchas? Pasar biblias es *exactamente* A tipo de cosas que Timmy hace todo el tiempo. Por eso está en Jerusalén. Van allí a convertir a los judíos.

Keith apagó la luz y fue agachándose hacia la cama.

—Has ofendido también a Junglebum.

—Oh, que le den por el culo a Junglebum.

Hubo un silencio breve. Y al cabo Lily dijo:

—¿Te has dado cuenta de la diferencia? Gloria estaba toda exaltada y lista para la lucha.

Pero Scheherazade... Sus ojos eran de hielo.

—Patético —dijo Keith.

—¿Sabes? Creo que hay algo que va mal en Scheherazade. ¿No crees? Ya has visto lo pálida que se ha puesto.

—¿Pálida?

—¿No te has dado cuenta? Gloria ha dicho que parecía Casper el Fantasma. ¿Cómo es posible que no te hayas dado cuenta?

Keith dijo:

—Bien, pues no me he dado cuenta. Y no *parece* religiosa. Sus *tetas* no parecen religiosas. A propósito, ¿por qué no estás dormida?

Hubo un silencio largo. Y, entonces, el torso de Lily se alzó de repente, rígido y pavoroso, y Keith apretó los párpados ante la luz eléctrica.

—¿Por qué no estoy dormida? —dijo Lily—. ¿Por qué no estoy dormida? ¿Te refieres a después de haber sido *drogada*?

No estoy aquí, pensó. No estoy aquí y, además, este no soy yo.

—Joder. Ha sido como si me estuviera bebiendo un vaso de bario. He pensado que tenía que estar ovulando. No he caído en lo que era hasta que he vuelto al cuarto y he eructado.

¿Has eructado? Verás, Lily, estoy bastante decepcionado de cómo me han salido

las cosas esta noche. Vaya si lo estoy. Tenía otra idea en la cabeza, tenía otros planes y esperanzas.

Lily dijo:

—El Azium te da eructos malolientes.

¿Eructos malolientes? ¿Quizá piensas, Lily, que me quedé algo corto? Desde mi punto de vista, te concedo. Déjame que te explique. A esta hora, más o menos, debería estar hecho un nudo de rizo con tu amiga Scheherazade, en el dormitorio de más allá del apartamento. Tendría que estar, a esta hora más o menos, secándome la boca en un muslo de seda antes de bajar a apurar mi segunda pinta de los fluidos de su cuerpo. ¿Y en lugar de ello? En lugar de ello me encuentro en un mundo de acusaciones, de certeras acusaciones, de ovulación, de eructos malolientes. Dijo:

—Espera. —Sus ojos se abrieron gradualmente—. Me equivoqué de vaso, eso es todo. El tuyo era para mí.

—¿Para qué necesitas *tú* tranquilizantes? ¿Por Dilkash? No —dijo—. Eres un *mentiroso*. Tenías una especie de cita sexual con Scheherazade, ¿no es cierto? Y lo jodiste todo blasfemando contra Dios.

La cosa siguió así hasta las tres y media de la madrugada. La historia de Keith no era falsable (o eso suponía él), y no se desdijo de ella en ningún momento. Y la cosa siguió así hasta las tres y media de la madrugada. Entonces Lily apagó la luz y dejó a Keith con sus pensamientos.

Keith Nearing despertó de unos sueños turbulentos y se encontró convertido en un bicho monstruoso. Su cuarto, un cuarto humano normal y corriente, seguía apacible entre sus cuatro paredes familiares, y él seguía teniendo ojos humanos. Pero eso es lo que era: un enorme insecto con ojos humanos.

4. TORQUERE: «TORCER»

Venga, basta ya de mirarlo todo fijamente. El aire vibraba y se estremecía alrededor de él en volúmenes del tamaño de cabinas telefónicas. Resonaba y tañía en torno, pero él tenía que entrar en la cocina. Tenía que entrar en la cocina porque tenía que tomar café. Y tenía que tomar café para dar paso a la nicotina que anhelaba su boca sucia...

Cuando se acercó, ninguna de las tres chicas gritó a voz en cuello, ni se subió a una silla, ni se abrió paso precipitadamente, como la pequeña señorita Samsa, hacia la amplia ventana en busca de una bocanada de aire respirable. Siguieron sentadas, con la mirada fija. *Basta ya.* Lily lo miró con una especie de cansancio infinito, Gloria con el desprecio que se debe a un enemigo aplastado y Scheherazade con una mirada neutra que hizo que Keith se sintiera invisible: moralmente invisible, del mismo modo en que se dice que la pobreza y la sordidez son invisibles para los hindúes de las castas superiores. *Venga, basta ya.*

Se sentó sudoroso, maldiciendo, y trémulo y lloroso, fumando en el confidente de la terraza oeste, con el *antinomianismo* del profesor Meadowbrook, y con Nottingham y Cerdeña y Guadalajara, y D. H. Lawrence y Frieda von Richthofen. Si la terrible teoría era cierta, y la apariencia física la moldeaba la felicidad (si la apariencia la determinaba la esencia), Keith tenía los seis miembros fluctuantes, las mandíbulas babeantes y sin dientes, el vientre pardo y abovedado, el caparazón metálico, y la manzana que le habían arrojado pudriéndosele con fetidez en el lomo. Una tormenta estaba en camino, demasiado tarde. No solo el cielo sino el aire mismo era de un verde gangrenoso. El aire mismo estaba a punto de vomitar. Y él no podía oír los pájaros amarillos en su árbol, burlándose y riéndose de sí mismos.

Así que había autocompasión: en el espejo, aquella mañana, se había visto fetal y autocompasivo, y su cara era un feto de autocompasión crapulosa. Y, respecto de las demás cosas, de su relación con Lily, podía percibir en él el torrente de la ingratitud. Y asimismo su bastardía. *¿Por qué bastardo? ¿Por qué bajo?*, se dijo en un susurro. *¿Por qué nos marcan con esa «bajeza»? ¿Bajo, bajo?* Aquí, en Italia, Keith era Saló, en 1944: la república de la desintegración y la derrota, de la impotencia y el vacío...

Pero los hombres son tornadizos. Más volubles de lo que creen. Volubles incluso dentro de su propia entidad voluble. La vida le había declarado muerto, sí, pero en alguna parte de su interior —en la entrepierna, tal vez— había un latido de esperanza. Y sintió la lucidez que viene con la fatalidad.

Keith había urdido una estratagema para Lily. En el bolsillo trasero de los vaqueros llevaba —aún sin leer— la carta de Nicholas sobre la hermana de ambos, Violet. La prudencia táctica exigía que se familiarizara con su contenido; una o dos veces abrió el sobre y pensó en hacerlo. Pero su determinación no lograba superar la

interdicción sádica de sus entrañas, de sus tripas, y se limitó a sacar todo el valor que pudo de los firmes trazos curvos de la mano de su hermano.

Así que Keith tenía una estratagema para Lily. Y otra estratagema para Scheherazade.

Volvía a llegar, desde la lejanía, el rumor supuestamente purificador del trueno.

Hacia mediodía Keith levantó la cabeza y vio que Lily le estaba mirando a través de las puertaventanas. Vio que su cara era una versión mucho más sublimada que la faz forense que había visto repetidas veces la noche anterior; y Keith sabía, por lo afilado de sus movimientos al abrir las puertas de cristal, que iba hacia él con unos argumentos harto reforzados por sus pesquisas. Sintió un miedo razonable; pero, de algún modo, se guardó para sí aquella limpidez etérea de la fatalidad.

—Tienes..., tienes un aspecto... *horrible* —dijo Lily—. Escucha. Me faltan dos. Las he contado y me faltan dos. Dime por qué.

Keith no respondió.

—No contestas. Dos. Lo ensayaste antes con otra, ¿no? Y creíste que no sabía a nada. Pensaste que no sabía a nada porque te fumaste un cartón de cigarrillos franceses al día. Y te tomaste una antes para probar. Y luego me echaste una a mí en la bebida para poder acostarte con Scheherazade.

Keith se encendió un Disque Bleu. Sentía un tenso globo de gas —gas hilarante y gas lacrimógeno— en el plexo solar. Era un gas dulzón e incoloro, y le daba ganas de sollozar y de reír a carcajadas. Porque hasta él podía ver la maestría serena, el equilibrio callado de su destino: allí estaba sentado, tratando de hacer cuadrar las consecuencias de acostarse con Scheherazade *sin* haberse acostado con Scheherazade. ¿Y (se preguntó, exhausto) había —existía, se había visto en algún lugar— algún mérito, alguna recompensa moral en este mundo por *no* haberse acostado con Scheherazade?

—Lily, me confundí de vaso. Eso es todo.

—¿Te confundiste de vaso? ¿Cómo pudiste confundirte de vaso? No estábamos bebiendo lo mismo... Le pregunté a Gloria y me dijo que antes de cenar te tomaste una cerveza.

Keith no esperaba este puntazo, pero sí había imaginado la posibilidad de recibirlo: una estocada en plena entrepierna de su línea defensiva. Gloria tenía razón. Cerveza, y en un vaso grande y sólido y no en una copa flauta de pie largo y cristal fino.

—Eso fue luego —dijo Keith—. Primero tomé un *prosecco*. Como la noche anterior.

—Creo recordar que lo que te tomaste fue una cerveza.

Keith dijo:

—¿Crees recordar, Lily? ¿Cómo ibas a acordarte? Estabas drogada. Perdona, pero ahí lo tienes.

—Sí, drogada. Por tu cita sexual con Scheherazade.

Keith exhaló el aire de los pulmones y pensó en la ira del macho: la ira del macho como táctica. Tenía preparada una frase inicial: *¿Lily, cómo te atreves siquiera a...? Y así sucesivamente.* El poco experimentado pero observador Nicholas le había señalado en cierta ocasión que la ira seguía funcionando: cuando te encuentres en una situación desesperada, seguía valiendo la pena intentar la ira del macho, porque algunas mujeres —incluso las mejores y más valerosas— la temían aún instintivamente. Hasta las terroristas más curtidas seguían siendo vulnerables a la ira del macho, porque les recordaba la de sus padres. Keith, ahora una forma encorvada en el confidente, bajo la tundra de la mirada fija de Lily... No, no era capaz de componer ninguna ira del macho. No tenía talento para la ira, ira, que solo al poder compete posponer.

Lily dijo:

—No era una cita. No para follar. Ella no es así. No va con ella... No. Creíste que había estado flirteando contigo y estabas planeando arriesgarte. Por eso estuviste una hora y media en el baño.

Keith se agitó. Según Nicholas, era algo axiomático: había que aferrarse a la versión original, desde el momento mismo en que el radar de bruja captaba las primeras señales. Dijo (después de estornudar como un perro callejero y dejarse la palma secretamente cubierta de mocos):

—Vamos, Lily. Te sientes tan orgullosa de ser racional. Piensa un poco. He tenido..., ¿cuántas?, ¿veinte veladas a solas con Scheherazade? Si yo fuera de ese tipo de... Si yo fuera así, ya habría intentado algo mucho antes. Joder. Me gusta; es una chica encantadora, pero no es mi tipo. Tú eres mi tipo, Lily. Tú.

Lily lo examinó detenidamente.

—¿Y las pastillas? —Lo estudió un poco más—. Mmm. Tu historia sonaría mejor si tuvieras un aire menos suicida.

Ahora Keith decidió correr los dos riesgos necesarios (¿habría mirado *Jane Eyre* la noche anterior?; ¿con cuánta frecuencia contaba ella las pastillas?). Dijo, o —mejor— declamó:

—Así que te has dado cuenta. Escucha. Tomé la primera pastilla después de leer la primera carta de Nicholas. Y me tomé la segunda (o al menos lo intenté) para prepararme para leer la segunda. ¿De acuerdo?

—Ni siquiera la has mirado. Sigue estando en *Jane Eyre*.

—No, no está. —Se metió la mano en el bolsillo trasero—. La cogí anoche. La leí anoche. Por eso me emborraché. Estoy sin habla, Lily. Violet. Es horrible, de verdad. Ayúdame. Necesito que me ayudes a saber qué pensar, Lily. Ayúdame.

Lily se dejó llevar de la mano hasta el sofá de columpio, donde él le alisó la carta sobre el regazo.

Mi querido hermanito Keith:

La sucia chamarilería del corazón. Me duele el corazón, y un pesado letargo aflige mis sentidos. Si el corazón está en su sitio, ¿qué importa hacia dónde mire la cabeza?

—Yeats. Keats —susurró Keith—. Y Sir Walter Raleigh^[31]. —Keith se veía ahora en la curiosa situación de tener que esperar que las noticias sobre su hermana fueran realmente horribles—. Esas fueron las últimas palabras de Raleigh —dijo—. Estaba poniendo el cuello sobre el madero de la decapitación.

Empezaron. Y Violet, no siempre la más formal de las chicas, no defraudó a su hermano.

Al rato Lily reapareció con una taza de café y se la tendió a Keith. Este le dio las gracias y sorbió en silencio, mientras ella seguía de pie, mirando hacia otro lado, con las manos enlazadas y un brillo nuevo en los ojos.

—De acuerdo. Gloria dijo que no estaba segura de lo de la cerveza. En absoluto segura. Así que supongo que yo... Vaya, ¿qué tenemos ahí? ¿No es todo un espectáculo?

Con trajes negros como el carbón y de cintura de avispa, Scheherazade y Gloria, cogidas del brazo, cruzaban la terraza y se encaminaban hacia los escalones y hacia el sendero que llevaba al pueblo.

—A la iglesia.

—Qué lamentable, ¿no crees? —dijo Keith—. Una puta lástima. Gloria es católica, ¿no? Scheherazade no. ¿Qué es Scheherazade?

Lily le dijo que Timmy, al menos, era pentecostalista, y este era un dato que Keith creía necesario conocer. Dijo:

—Ya... Santa Maria. Católica. Cualquier puerto es bueno en una puta tormenta, ¿no?

—¿Por qué te altera tanto eso? Tendrías que haberte oído anoche. Quejándote y gimoteando en sueños.

—Todo esa hipocresía.

—Chillar es lo que hacías. Como un cerdo en un quirófano.

—Es una cuestión de principios, Lily. Creen en Papá Noel, ¿por qué? Porque el regalo que trae es la vida eterna.

—¿Qué es el antinomianismo?

—Significa hacer lo que te salga de las narices todas las horas del día. «*Deber*» o «*Tener que*» *no tiene nada que ver conmigo*. —Keith sintió que se le relajaba el cuerpo y continuó—: Significa *antiley*, Lily. Me sorprende que no lo supieras. Frieda

era así. Alemana, ya ves. Nudismo y yogures. Culto a Eros. Nietzsche. Otto Gross. *¡No reprimir nada!*

Lily dijo:

—¿No tienes hambre? Estaba pensando... Has perdido peso. No has comido en toda la semana.

—Sí, vaya... Y esas dos allí de rodillas. Joder. De rodillas. Uno no sabe si reír o llorar.

Solo durante un momento, fue hasta el muro y miró por encima de él. Aún podían distinguirse las dos pequeñas figuras vivaces y densas en el camino de guijarros. Se cruzaban con algunos niños, pero no había jóvenes varones arremolinándose detrás de Gloria o delante de Scheherazade.

En la biblioteca, dejó a un lado al profesor Meadowbrook y estudió detenidamente un libro semianalfabeto en rústica titulado *Religiones del mundo*, que al final le remitió al Evangelio de San Juan. Luego sacó de su funda la Olivetti y tecleó lo siguiente: *Querida Scheherazade, ¿puedo decirte algo? Estaré leyendo en la sala de armas después de la cena. Serán solo unas palabras.* Cuando hubo terminado, volvió al salón y se paseó por las estancias vacías de su degradación, como un intruso, o como un fantasma servil y vano, merecedor tan solo de una casita decrepita, tal vez, pero no de una fortaleza en la ladera de una montaña italiana... Parecía que se le hubiera sentenciado a la excomuni3n eterna, y se le antojó que alguien lo llamaba desde las tinieblas exteriores cuando Gloria apareció en el pasillo y dijo, con aire de matrona:

—Oh, Keith...

—Sí, Gloria...

—Esta noche se puede elegir entre carne o pescado. He probado antes el pescado y me ha parecido que estaba un poco pasado. Será mejor que comas carne.

—Gracias, Gloria. Es un detalle por tu parte. Comeré carne.

—Sí —dijo ella.

Y eso fue todo. Un tanto envalentonado, Keith le tendió la nota doblada a Scheherazade al cruzarse en una antesala, y ella la aceptó sin mirarle a los ojos.

Los cuatro tomaron asiento en la cocina: una cat3lica, una protestante, una atea y un agn3stico. Sí, Keith, a diferencia de Lily, era agn3stico: sabía que tenía que morir, y que el cielo y el infierno eran vulgares insultos a la dignidad humana, pero también sabía que el universo se comprendía muy imperfectamente. En su opini3n, se trataría de un descubrimiento cuyo principal rasgo sería la banalidad, pero Dios podía resultar ser verdad. Aseverar lo contrario, como le dijo a Lily cuando discutieron el asunto,

era sombrío, presuntuoso, y *no racional*, Lily. *Me estoy planteando esa hipótesis...*, la de la inexistencia de Dios, Lily. Pero eso es lo que hay que hacer. Planteárselo. Ahora le decía a Lily:

—No, a mí no.

Y tapó la copa de vino con la mano.

Mientras comían la ensalada Gloria le dijo a Scheherazade:

—¿Cuándo vamos a cambiar las habitaciones? Esta noche no. Estoy demasiado... débil. Creo que estoy como tú anoche. Un poco mareada.

—Se pasa pronto. Yo ya estoy bien. Podemos hacerlo el martes por la mañana. Nos puede ayudar Eugenio.

—Jorquil está en Florencia. Pobrecita. Ojalá Timmy estuviera ya aquí.

La estratagema de Keith para Scheherazade, pues, era noventa y nueve con nueve por ciento deshonesto: contenía su infinitesimal punto ciego. Iba a decirle que había experimentado un cambio en el corazón y la cabeza. *Sí, Scheherazade. Me ha sucedido. Habría quizá algún vicario...* No, un vicario no. ¿Alguien insigne?... *quizá un consejero espiritual con el que pudiera ir a hablar cuando volviéramos todos a Londres?* Keith sabía que el éxito de su estratagema no tenía muchas más probabilidades que el que aquella misma noche tuviera lugar la manifestación cósmica de un ser omnipotente. Pero tenía que intentarlo. Y ahora buscaba consuelo en temas de armonía, cómo brotaban, sempiternas, las hojas tiernas de la esperanza..., y cosas de este tenor.

—Mmm —dijo Lily, al probar su lenguado.

—Mmm —dijo Scheherazade, al probar el suyo.

—Estoy segura de que el pescado está muy fresco —dijo Gloria—. Pero Keith y yo estamos encantados con el cordero. Whittaker dijo a las siete y media. Una velada temprana, creo yo. Para que todos estemos rebosantes de energía y entusiasmo —concluyó— para esas *ruinas*.

Terminó con *Antinomianismo de D. H. Lawrence* a las doce menos cuarto, y lo dejó a un lado.

Scheherazade, de hecho, había asomado la cabeza por la puerta de la sala de armas, camino de su dormitorio, y Keith se las había arreglado, de hecho, para anunciar, desde su postura sedente, que se hallaba súbitamente abierto a que lo persuadieran sobre la existencia de Dios, y, más especialmente, a los méritos de que tal persuasión la obrara algún pentecostalista (con énfasis en las profecías, los milagros y los exorcismos).

—Conozco la Biblia bastante bien —dijo—, y siempre me ha conmovido mucho ese versículo de San Juan (capital, ¿no crees?, para la idea del renacimiento). Ya sabes: *El viento sopla por donde quiere, y oyes su sonido, pero no sabes de dónde*

viene ni adonde va; así es todo aquel que es nacido del Espíritu. Son palabras que resuenan, me parece.

Perseveró un par de minutos más. Scheherazade le dirigió un ceño fruncido, hosco. Como si las palabras que acababa de oír no fueran necesariamente inverosímiles sino tan solo obtusas y extemporáneas. Y aburridas, sobre todo aburridas. Keith no sabía interpretar su actitud: la mano visible en la cadera visible, los cambios de postura. Y su indiferencia. Había algo..., algo había en ella que era casi anticristiano. Keith dijo:

—Fue un gran error por mi parte mostrarme tan desdeñoso. Fui muy superficial. Y me gustaría dedicar mucha más reflexión al asunto.

—Bien —dijo Scheherazade con un anuente encogimiento de hombros—. Ya que me lo preguntas, hay un hombre llamado Geoffrey Wainwright en Saint David-in-the-Field. Le mandaré unas líneas sobre ti. Si te parece.

—Está bien. Perfecto.

Está bien. Perfecto. Y ahora que hemos dejado toda esa mierda religiosa a un lado, Scheherazade, ¿qué tal una partida de cartas y una copa de champán? Hasta ahí al menos estaba claro. De hecho, jamás se le había hecho patente con tanta fuerza: la religión era el anticristo de Eros. No, aquellos dos temas: Racing Demon y Dios, Dios y Racing Demon, no casaban bien. O eso pensó él en aquel momento.

—Timmy tiene una confianza absoluta en Geoffrey Wainwright —dijo Scheherazade—. Buenas noches.

—Buenas noches. No se lo cuentes a Lily —dijo él cuando ella estaba cerrando la puerta—. No lo aprobaría.

Así, para redondear la panoplia de sus logros de aquel fin de semana, y sus avances y triunfos morales e intelectuales, se sacó la carta del bolsillo trasero y leyó, ya sin el aliento de Lily en la nuca.

Me duele el corazón, y un pesado letargo aflige mis sentidos. Si el corazón está en su sitio, ¿qué importa hacia dónde mire la cabeza?

Era un día de trabajo anodino (agosto) y pensé que una película violenta me animaría la velada. Me decidí por Un hombre llamado caballo, dos horas de tortura en la persona de Richard Harris. Necesitaba un par de copas de algo fuerte para ponerme en situación, así que pasé por el Saracen's Head, en Cambridge Circus, un local que Violet me había descrito como «bueno». ¿Por qué, me pregunté, pensaba Violet que aquel sitio era bueno, aparte de por el hecho de vender alcohol? ¿Qué estaba pasando con Violet y el alcohol..., con Inglaterra y el alcohol?

No es que fuera el peor de los *pubs* posibles: las alfombras no estaban mucho más húmedas que las alfombrillas del baño, los ceniceros-soperas aún no desbordaban de colillas, los parroquianos no planeaban tu asesinato de forma audible. En este punto debo decir que ya había salido un par de veces

en las noticias de la tarde aquella semana (Vietnam). Cuando estaba pidiendo la bebida en la barra, me alcanzó en la mejilla una vaharada de levadura y sentí unos golpecitos en el hombro. Antes incluso de darme la vuelta presentí la llegada de la violencia (violencia sobre mi persona). Es una sensación extraña. El cambio de tipo, de categoría —la llegada de lo radicalmente extraño a ti (bien plasmado, creo, en Augie March, al ver cómo su hermano golpea con la pistola al borracho: El corazón me dio un vuelco cuando le hizo los cortes, y pensé: ¿el ver que el tipo sangra le hace pensar que sabe lo que está haciendo?). No estaba asustado. Yo no me asusto. Pero era una sensación extraña.

Me volví, y me vi mirando una cara grande, romboidal, ancha por la base; el maxilar superior le sobresalía acusadamente, y la lengua le descansaba ociosa sobre los dientes inferiores. Aquella cara quería hacerme daño, no había duda. Pero para hacérmelo no le hacía falta fuerza física. El tipo dijo: «¿Tienes una hermana pequeña que se llama Violet?». Yo dije, lenta pero enfáticamente: «Sí». Porque sabía lo que venía a continuación.

Descubrió los dientes superiores y sonrió burlonamente en señal de asentimiento. Y luego se echó a reír. Sí, soltó unas buenas carcajadas. Luego, el puto imbécil me miró de arriba abajo, y retrocedió hasta juntarse con los otros putos imbéciles que estaban junto al calentador de la comida, y se echaron todos a reír. Me miraban, se burlaban, reían. La condición de imbécil, dicho sea de paso, venía mucho a cuento en este caso. No creo tener que decirte que no despreciaba a los imbéciles por el hecho de ser imbéciles. Pero cuando se trata de la delincuencia sexual extrema de tu hermana pequeña, comprenderás que solo un puto imbécil viene a contarte cosas al respecto.

Mi querido hermanito Keith, te invito a considerar algunas de las implicaciones de este asunto: 1) Imagina el tipo de individuo que tienes que ser para disfrutar contándole eso a un hermano. 2) Es el tipo de individuo que Violet piensa que es bueno. 3) Ha sido implícitamente violento conmigo (Bueno, hermano mayor, ¿qué vamos a hacer al respecto?), por motivos de clase: la revancha de los imbéciles; de lo que sería justo inferir que también es violento con ella. 4) Su respuesta era inequívocamente comunal. En otras palabras, Violet es ese tipo de chica que liga con equipos enteros de fútbol.

¿Te acuerdas de que cuando éramos chiquillos decíamos que mataríamos a cualquiera que le tocara un solo pelo a nuestra hermanita? Nos poníamos muy emotivos con estas cosas. Y eso es lo que decíamos, una y otra vez. Que mataríamos en tal caso.

Después de aquello, Un hombre llamado caballo no iba a estar a la altura. Así que me fui al Taboo y me las apañé como pude con La mazmorra que chorreaba sangre.

Lo saqué a colación con ella, como de pasada, y ella dijo, un tanto

indignada: «Soy una chica zana^[32]». ¿Por qué no sabe ya hablar como es debido? ¿Por qué tiene que sonar siempre como alguien habituado a estar en la cárcel?

Eres el único que sabe esto. Vuelve a casa corriendo.

Entonces Keith cruzó el expectante patio sin estrellas y subió las escaleras de la torre.

—¿Has oído eso? —dijo Lily en la oscuridad—. No ese retumbar. Santa Maria. Dentro de nada... tendrás veintiún años.

Keith no respondió. Ella le besó en una oreja, en el cuello. Él no respondió. La mano de ella le acarició los hombros, el pecho y se deslizó hacia abajo. Era el momento de mostrarle gratitud a Lily. Era el momento de mostrarse agradecido con Lily. Pero Keith ya no le estaba agradecido.

—No puedo —dijo—. Violet...

Su cuerpo, a punto de embarcarse en su año vigésimo segundo, actuó por reflejo. Pero Keith no respondió. Lily lo tuvo asido con la mano. Y luego lo soltó.

—¿Sabes una cosa? —dijo Lily—. Tu polla es mucho más pequeña que la de cualquiera.

Keith decidió al instante no tomarse aquello muy en serio. Sabía que cualquier cosa que te dijera sobre esto una chica era, por definición, inolvidable.

—Oh, ¿sí? —dijo él—. Fascinante. Mucho más pequeña de lo normal. Merece la pena saberlo.

—Sí, mucho más pequeña —dijo ella, dándose la vuelta—. *Mucho*.

Arriba, en el firmamento, grandes pesos se desplazaban sobre juegos de ruedas titánicas: los materiales rodantes del cielo movilizados para una contienda civil...

La agitación callada de Lily; al amanecer. Él era intermitentemente consciente de ello; y hubo un pequeño período de tiempo (tuvo la sensación) en que ella estuvo inclinada sobre él, mirándole, y no con buena cara, precisamente. Se había producido un derrame desastroso (a Keith se le había caído una bolsa de un kilo de *azúcar* en las tripas de un reloj de pie), pero alguien enmendaría el desaguisado, el sueño se encargaría de ello, y lo dejó todo en manos del sueño...

Keith oyó cómo se cerraban de golpe las portezuelas del coche, y el gruñido monstruoso de la goma de las cubiertas sobre la grava. Y dio comienzo a la tarea de separar lo real de lo imaginario, de separar los hechos de la ficción. Formas y configuraciones femeninas, seguidas de pensamientos a manera de claves de

crucigramas crípticos —diseminados lentamente. Luego cambió de opinión, con multitud de enfoques erróneos, para volver a su frase inicial. *Para D. H. Lawrence debió de suponer un alivio considerable... la formulación de un... La formulación de un credo de egocentrismo sin afeites debió de llegarle como un...* Keith se incorporó hasta quedar sentado con los pies en el suelo. Todo era desnudez. Y él era neutro, y no tenía amor, ni sexo; y tenía veintiún años.

Desnudo, empujó la puerta del cuarto de baño. Estaba cerrada. Escuchó el silencio. Luego se ciñó una toalla a la cintura y tocó el timbre. Oyó unas pisadas de tictac.

—Ah, eres tú. Buenos días —dijo Gloria Beautyman.

Sostenía con los pulgares y las puntas de los dedos un vestido veraniego azul claro a la altura de los hombros, como evaluando su largura frente al espejo.

—No fuiste —dijo Keith.

—Mmm. Me hice la enferma. Odio las ruinas. Quiero decir que no son más que... *ruinas*.

—Exactamente —dijo él, y añadió, con presciencia—: Te has maquillado.

—Bueno, tenía que darme unos toques. Para dar la impresión de que tengo fiebre. Un poco de sombra de ojos púrpura y das el pego.

—¿Tú crees?

—Mmm. Incluso he puesto una manzana podrida debajo de la cama. Para el olor de cuarto de enfermo. Ahora mismo lo estoy ventilando. Soy increíblemente buena, ¿sabes? No lo va a adivinar nadie.

—Bien...

—Bien. Perdón por haberte hecho esperar. Estaba rezando antes de ponerme la ropa. Ya ves, siempre rezo desnuda.

—¿Y eso por qué?

—Por humildad. ¿Tienes algo que objetar?

—No. Nada.

—Pensé que quizá tenías alguna objeción...

Una voz le dijo a Keith: *No hay por qué apresurarse. Todo está como debe estar. Todo está exactamente como debe estar.*

—Sí, pensé que quizá tenías alguna objeción.

—¿A rezar, o a rezar desnuda?

—A las dos cosas.

—¿Qué dices en tus oraciones?

—Bueno, primero alabo al Señor. Luego le doy las gracias por todo lo que tengo. Luego le pido un poco más. Pero seguramente es inútil, ¿no crees?

—¿Lo es?

—Dímelo tú. Si tuvieras que dar una razón. ¿Cuál es tu pendencia con los que creemos?

No te preocupes. Continúa. Todo ha sido decidido ya.

—De acuerdo. Es un fracaso del valor.

—En mi caso no.

—¿Por qué?

—Muy sencillo. Yo creo. Y sé que voy a ir al infierno.

Quédate callado. Sigue mirándola a los ojos y quédate callado.

—¡En fin! —dijo Gloria—. Luego me he dado una ducha rápida y he empezado a vestirme.

—¿Hasta dónde has llegado?

—Hasta los zapatos —dijo ella.

Ambos miraron hacia abajo. Tacones altos blancos. Keith dijo:

—No muy lejos.

—No. Nada lejos.

Gloria ladeó la cabeza y le dirigió una sonrisa plana. Una tos cortés: «Eh, ejem». Entonces Gloria lo miró de arriba abajo, de un modo que, durante un instante, le hizo sentirse como si estuviera allí para fijar unos azulejos o hacer algún trabajo de fontanería. Gloria se dio la vuelta y se alejó despacio.

Dios. Dilo: Ni rastro de la picadura. Dilo. Ni rastro de la picadura.

Dijo:

—Ni rastro de la picadura.

Gloria se quedó quieta y se pasó una mano por la región lumbar.

—Si quieres que te diga la verdad, Keith, también me he dado un toque ahí abajo. Ya que estaba en ello... ¿Sabes? Me he puesto un poco de lápiz corrector.

Keith pensó: Estoy en un lugar muy extraño: estoy en el futuro. Y esta es la más extraña de las cosas: sé exactamente lo que hacer... Iluminados por las entrañas de la tormenta, todos los colores del recinto eran vivos, tórridos, mórbidos, incluidos los blancos. Otro pensamiento extraño: la vulgaridad del color blanco. *Da un paso hacia delante.*

Dando un paso hacia delante, dijo, después de unos instantes:

—Tan pálido. Tan frío.

Ella separó los pies.

La toalla de Keith pareció hacer mucho ruido al caer, como un toldo que se viniera abajo. El vestido de ella no hizo ninguno en absoluto. Lo primero que hizo ella, con la mirada en el espejo, fue acariciarse los pechos como él no había visto hacer nunca. Ella dijo, ardiente:

—Oh, me amo. Oh, me amo tanto...

Ninguno de los dos parpadeó cuando el trueno llenó el recinto. Él se acercó aún más.

Ella juntó las piernas.

—Plas —dijo.

Haz un chiste. Haz dos chistes. No importa sobre qué, pero el primero tiene que ser verde.

—Has olvidado secarte.

El espinazo de ella se estremeció y arqueó.

—Porque estabas distraída con cosas más elevadas.

—Mira —dijo ella a las figuras reflejadas en el espejo—. Soy un chico. También tengo polla.

Di: Eres una polla. Dilo. Eres una polla.

—Eres una polla —dijo él.

—¿Cómo *diablos* lo has sabido? Soy una polla. Y somos muy raras..., las chicas que son pollas. Aparta un momento.

Se inclinó hacia delante con las piernas separadas, y con el pequeño puño izquierdo se asió con fuerza al toallero.

—Mira. La picadura está bastante adentro. Mírala.

Estaba haciendo algo con la mano derecha, algo que él había visto antes, pero nunca desde aquel ángulo. *Di algo sobre el dinero.*

—Quiero comprarle un regalo. A tu culo. Seda. Visón.

Ella estaba haciendo algo con la mano derecha, algo de lo que él ni siquiera había oído hablar nunca.

—Mira lo que pasa —dijo ella— cuando utilizo dos dedos.

Fue entonces cuando él tuvo un momento de vértigo. Soy demasiado joven, pensó, para ir al futuro. Luego el vértigo pasó y volvió la hipnosis. Ella dijo:

—Mira lo que le pasa. No al culo. Al coño.

Él se quedó mirando fijamente, con pesantez..., al futuro lejano.

—A algunos quizá les parezca un tanto curioso..., *empezar por* esto. Pero estamos celebrando una misa negra, tú y yo. Ya sabes..., a la inversa. Todo al revés. Estate quieto, lo haré todo yo. ¿Entiendes? Y haz todo lo posible para no correrte.

—Bien —dijo Gloria, cuando, minutos después, sus rodillas se posaron en la alfombrilla—. Verás. La única forma de alargar esto es que yo sea un poco charlatana durante un ratito..., ¿te importa? Tú puedes hablar mientras haces casi todo lo demás... A menudo no para gran cosa, si quieres mi opinión... Pero no puedes hablar mientras..., mientras tú... Mira, esto es algo que seguramente nunca has visto antes... Por grande que esté, y por dura. Tan dura como la barra del toallero. Puedo hacerla desaparecer por completo. Y luego que vuelva a aparecer aún más grande. Oh, mira... Ya está más grande.

Sí, pensó él. Sí, esa es la idea, Gloria. Si la quieres grande, *dile* que está grande.

—Desaparece completamente. Mira. En el espejo... ¿Otra vez...? ¿Otra vez? Perfecto. Dentro de un minuto voy a acelerar. Escucha atentamente.

Escuchó atentamente mientras ella desplegaba todo un manual de instrucciones. Él tampoco había oído hablar de esto jamás (más tarde lo describiría como *el*

refinamiento siniestro). Dijo:

—¿Estás segura?

—Por supuesto que estoy segura. De acuerdo. Voy a acelerar. No voy a hablar más. Pero voy a hacer mucho ruido. Y luego, Keith, tomaremos un desayuno ligero y nos iremos a mi cuarto. ¿Te parece? Y por fin podrás tocarme los pechos. Y besar mis labios. Y cogerme de la mano... Nos pasaremos todo el día así. ¿O prefieres seguir con tu reseña de prueba?

QUINTO ENTREACTO

Eran los hijos de la Edad de Oro (1948(?)-1973), conocida en otras latitudes como *Il Miracolo Economico*, *Les Trente Glorieuses*, *Der Wirtschaftswunder*. La Edad de Oro, cuando jamás nadie lo había tenido tan bien.

Lo que se oía como fondo, durante este período, era la música del progreso. La clase de música que uno oía, por ejemplo, en *The Young Ones* (1961) de Cliff Richard. No nos referimos a las canciones. Estamos pensando en aquella secuencia larga en la que, con unos golpecitos aquí y unos arreglitos allá, al son de la música del progreso, los jóvenes transformaban un edificio abandonado en un floreciente centro comunal: un club juvenil, para los jóvenes.

En la Edad de Oro la música del progreso la oía como fondo casi todo el mundo. El primer teléfono, el primer coche, la primera casa, las primeras vacaciones de verano, el primer televisor..., todo con la música del progreso. Luego fue la llegada del ayuntamiento carnal, en 1966, y el predominio absoluto de los hijos de la Edad de Oro.

En el Primer Mundo, ahora, *el encanecimiento del planeta*, como los demógrafos lo llaman, *constituirá el cambio en la población más importante de la historia*. La Edad de Oro se transformó en Tsunami de Plata, la Multitud de los Sesenta se convirtió en la multitud de los sesentones, y los jóvenes ahora eran ya viejos.

—Con la sola excepción —le dijo a su mujer— de Cliff Richard. El *sigue* siendo un «joven».

* * *

—Solía tener un traje de cumpleaños —continuó—. Pero algo le ha pasado. Y ya no me queda bien. Y está todo ajado. Podría llevarlo a Jeeves, supongo. Pero lo que necesita es que lo lleven a Invisibles Menders^[33].

—Vete al médico otra vez —dijo ella—. Al del Saint Mary que te gustó tanto.

—Genial. Del Club Med al Club Med.

El primer Club Med, o Club Mediterráneo, era el nombre de una cadena de atractivos centros dedicados a personas comprendidas entre los dieciocho y los treinta años. El Club Med, o Club Médico, era el nombre del restaurante autoservicio del hospital de Saint Mary. En este segundo club no había restricciones de edad, aunque parecía servir a una clientela más madura. Él dijo:

—No te lo conté. La última vez que fui, el hombre me dijo que podía tener SFC. Síndrome de Fatiga Crónica. Huy... encéfalo... miálgica. Encefalomiелitis miálgica. O EM. Un virus en el cerebelo. Pero al parecer no tengo eso. En fin. ¿Sabes?, Pule,

creo que estoy mejorando. —Llevaba sin llamarla así bastante tiempo (un diminutivo de Pulchritude)—. Creo que era psicológico.

—¿Qué te hace pensar eso?

—No estoy seguro. Toco madera. Es deprimente. Pienso. De la Década del Yo a la Década del EM^[34]. Del Club Med al Club Med. Genial.

* * *

Llegamos al punto cuarto del manifiesto revolucionario, y, sí, era este el que causaba la mayor aflicción.

En el siglo XVII, se dice, había una *disociación de la sensibilidad*. Los poetas ya no podían pensar y sentir al mismo tiempo. Shakespeare podía hacerlo, los Metafísicos podían hacerlo; eran capaces de escribir inteligentemente sobre el sentimiento y el sexo. Pero pasó. Los poetas ya no podían pensar y sentir de manera natural al mismo tiempo.

Todo lo que estamos diciendo es que algo análogo aconteció mientras los hijos de la Edad de Oro se hacían hombres y mujeres. El sentimiento ya se había separado del pensamiento. Y el sentimiento se separó del sexo.

Así, la posición del sentimiento se vio (de nuevo) desplazada. Y esto fue lo que casi acabó con él, y con decenas y decenas de millares —quizá decenas de millones— de personas más.

* * *

Cuando llegó el fin, y cerró los ojos que se habían amado a sí mismos tanto, el joven cristalino entró en la Tierra de los Muertos.

Corrió en línea recta hacia las orillas del Estigia
y miró la mancha de su sombra
temblando en la corriente pavorosa.

Una mancha de sombra: eso era todo. Eso era todo lo que el agua especular iba a darle nunca: una mancha de sombra.

Las ninfas de los bosques y las fuentes se raparon el pelo y gimieron. Y Eco, o el fantasma de Eco, repitió sus últimas palabras: Adiós, adiós. Ay, ay, ay. Nadie encontró su cuerpo. Lo que encontraron fue una flor: un corazón amarillo en una gola de pétalos blancos.

Nos vemos inclinados a pensar que la disolución —el marchitamiento, la consunción— de la juventud cristalina se consumó en el curso de un día y una noche. En esto difirió de sus hijos, los hijos de la Edad de Oro.

Silvia dijo que pasaría un momento a enseñarles su uniforme nuevo. Su uniforme nuevo... de feminista. Y Keith se preparó para una buena sorpresa, porque Silvia era así. En la cocina, con gesto teatral y letárgico, se quitó el abrigo de lana (era el 15 de mayo de 2003) y dijo, también letárgicamente:

—Es un chiste, ¿no? —Llevaba una minifalda blanca con una cruz roja de San Jorge, un top sin tirantes ni mangas con la leyenda PUTA estampada en el pecho, amén de varios complementos (desmontables) de bisutería en ombligo, labio inferior y ambas narinas—. Le doy seis meses. Pero es de risa.

—Espero que pueda limpiarse.

—Vamos, mamá. Por supuesto que puede limpiarse. ¿Crees que quiero un nido de víboras en las caderas cuando tenga noventa años? Voy a hacer una ronda por los clubs de *striptease*. Con las hermanas. Todas vamos así. Espero que os sintáis orgullosos.

Antes de marcharse, preguntó algo a Keith: cómo se había enterado de lo de los pájaros y las abejas.

—Oh, por etapas. Y en versiones diferentes. Un cabrón de compañero de colegio que me daba un miedo del demonio. Y luego Nicholas. Y luego la clase de biología. Mientras diseccionábamos un gusano.

—¿Y sabes cómo he tenido yo mi educación sexual? ¿Cómo Nat y Gus han tenido la suya? ¿E Isabel y Chloe la suya? Somos *porni*.

Él dijo:

—¿No podríamos mejorar eso de *porni*, Silvia? ¿Qué tal *pornoides*?

—Vale. Pornoides. Sí, mucho mejor. Se parece más a *paranoide*. Y cuando estás con un chico nuevo, es así como estás. Estás *paranoide* sobre cómo de *pornoide* se va a poner. Ya sabes, papá: somos las arañas de la Web. Aprendemos lo que sabemos de la infinita porquería. Él es mejor, mamá, ¿no crees? Papá es un poco mejor.

Keith, antes, las admiraba, pero ahora no estaba muy seguro de cómo se sentía en relación con las arañas. Las arañas comen moscas, y las moscas comen mierda. Y si, en un sentido u otro, eres lo que comes —si eres lo que consumes todos los días—, ¿qué son las arañas?

Y sin embargo las arañas estaban vivas y las moscas no, de alguna forma. Y Keith aún pensaba que matar una mosca era un acto creativo, porque una mosca era una mota de la muerte. Cráneo pequeño y tibias cruzadas, una pequeña bandera pirata. Un survivalista acorazado con máscara antigás: pero quizá no aquí en Londres, en el siglo XXI. Hasta el momento solo había un caso de ese tipo: cuando la mosca le miraba airadamente desde una mierda de pájaro, sobre el enlosado del jardín, y aplicaba sus órganos succionadores, y se mantenía firme, y se limitaba a mirarle airadamente a través del *spray*.

Silvia se fue. Marido y mujer se ocuparon de sus hijas pequeñas, y Keith, prolongando su experimento del cincuenta-cincuenta, ayudó a preparar una cena modesta: ensalada, espagueti boloñesa, vino tinto.

Dijo:

—No quiero pensar más en mí mismo. —Mí mismo: dos palabras—. Es una buena señal, ¿no? Y más fácil físicamente, además.

—¿En qué sentido?

Bien, podría ponerlo del modo siguiente, Pule: hace dos meses, al despertarme y luego levantarme, era una novela rusa. Hace un mes era una novela norteamericana. Y ahora es solo una novela inglesa. Una novela inglesa de alrededor de 1970, sobre los altibajos de las clases medias, y nunca con más de doscientas veinticinco páginas.

—Eso es el progreso. Y la belleza está volviendo. Gracias a ti. Como siempre.

* * *

El sexo es ya lo bastante malo, como tema, y el *yo* es también bastante viscoso. El *I*, el *io*, el *yo*, el *je*, el *Ich*. El *Ich*: es el término preferido de Freud para el *ego*, para el *yo*. El sexo ya es lo bastante malo (pero alguien tiene que practicarlo); y luego está el *Ich*. ¿Y cómo suena eso..., *Ich*? ¿El *Ich*?

Libro sexto

El problema del reingreso

1. ELIZABETH BENNET EN LA CAMA

Tomaremos un desayuno ligero y nos iremos a mi cuarto. Y nos pasaremos todo el día así. ¿O prefieres seguir con tu reseña de prueba? Soy muy poco común, ¿sabes? Somos terriblemente poco comunes.

Trece horas después, en la biblioteca pentagonal, Lily estaba diciendo:

—¿Que no eres bueno? ¿Qué quieres decir con que no eres bueno?

—Que no soy bueno. No soy bueno, eso es todo. Mira.

Señaló con un gesto la hoja tamaño folio, que se mantenía enhiesta sobre las barritas cruzadas de la Olivetti. Durante una breve pausa, a eso de las cinco, Keith bajó corriendo descalzo desde el torreón (bajo las sacudidas del firmamento, los zigzagueos, las súbitas brechas en el suelo del cielo) y logró componer un par de párrafos. La pausa la había decretado Gloria Beautyman, porque necesitaba diez minutos para disfrazarse de Elizabeth Bennet. En fin, ambos tenían diferentes opiniones sobre *Orgullo y prejuicio*, y Gloria quería demostrar que tenía razón.

—Lee un poco —le dijo Keith a Lily—. He estado así todo el día. Lee ese trozo. ¿Le ves algún sentido?

—... *Lawrence creía* —leyó Lily en voz alta— *que el gran desastre de la civilización era su odio ponzoñoso al sexo, y que este odio llevaba consigo el miedo mórbido a la belleza (un miedo cuyo mejor epítome, opinaba Lawrence, lo encontrábamos en el psicoanálisis), miedo a la belleza «viva» que desencadenó la atrofia de nuestra facultad intuitiva y nuestra capacidad de intuición.*

—¿Te parece que tiene sentido?

—No. ¿Estás loco...? Y tienes el pelo mojado.

—Sí, me he dado una ducha fría. Para despejarme. No soy bueno. No puedo hacerlo.

—Oh, Dios... No..., no tienes más que pensar que es tu ejercicio semanal.

Keith calló unos instantes, y dijo:

—Sí. Sí..., como si fuera el ejercicio semanal. No, eso está bien, Lily. Ya me siento mejor al respecto. ¿Qué tal las ruinas?

—Oh, una completa porquería. Y ni siquiera podías distinguir *de qué* eran ruinas. De baños, se supone. Y llovía a cántaros. ¿Qué tal Gloria?

En fin, fue la opinión de Gloria de que Elizabeth Bennet era una... *No puede serlo*, objetó Keith. *Entonces no había ninguna. Con seguridad.* Pero Gloria insistió en que era así. Y, mientras lo obligaba a través de la novela (con sus énfasis pertinentes, sus citas reveladoras), Keith empezó a pensar que hasta un Lionel Trilling o un F. R. Leavis se verían obligados a regañadientes a tomar en consideración la interpretación de Gloria Beautyman. Y el disfraz resultaba asimismo hartamente convincente; incluso se había puesto una cofia: un pequeño frutero de mimbre

invertido, sujeto en lo alto de la cabeza por un pañuelo blanco de seda anudado bajo la barbilla.

—Haré lo que Lawrence hacía con novelas enteras —le dijo a Lily—. Destruirlas y empezarlas de nuevo. ¿Gloria? ¿Que qué tal? Ni me había enterado de que estaba aquí. —Recordó la lección de Gloria sobre las mentiras (*Nunca muy elaboradas. Hacer como que todo es aburridamente cierto*), pero se oyó decir, sin embargo—: Hasta que vino renqueando a ponerse una taza de caldo. Con una trenca. Estaba horrible.

—Pues al menos se ha librado de las ruinas...

En su debate sobre Jane Austen, Gloria basó su argumentación en dos escenas: la apariencia física de Elizabeth a su llegada a la mansión del señor Bingley (en las primeras páginas), y en una conversación de mucho después en la que el señor Bennet advierte a su hija en contra del matrimonio sin amor. *No*, concluyó Gloria, como lavándose las manos al respecto. *Es tan mala como yo. Oooh, vaya si lo es*. A la sesión del disfraz siguió otra de lo que podríamos llamar crítica práctica. Luego Gloria dijo: *Bueno, ¿tú me crees? Yo tenía razón y tú estabas equivocado. Dilo. Elizabeth es una...*

No, de acuerdo. Has demostrado lo que querías.

—Bien, no tengo otra opción, ¿no es cierto? —le dijo a Lily—. Tendré que seguir con ello hasta que lo termine.

—Supongo que será mejor que te prepare algo. Para que no flaquee. En fin. Feliz cumpleaños.

—Gracias, Lily.

Terminó la reseña no demasiado tarde, poco después de la una. Poco después de la una, y Keith se sintió sabio y feliz y orgulloso, y rico, y bello, y oscuramente asustado, y ligeramente loco. E increíblemente cansado. Jorquil debía llegar dentro de doce horas. ¿Y cómo se sentía nuestro héroe al respecto? Así: Jorq, a sus ojos, representaba la tradición, el realismo social, tal como él lo concebía, el pasado. Keith, después de todo, había pasado el día en un género que pertenecía al futuro.

Lily había esperado en vela.

—No puedo cerrar los ojos. No sé por qué.

Durante todo el día (imaginaba él), los sensores y las sondas de Lily, sus agujas magnéticas, habían estado funcionando; y ahora Lily necesitaba tranquilizarse. Keith, para su sorpresa, fue capaz de darle lo que necesitaba. Y el acto, el intercambio, si bien placentero (en su forma suave de prolongarse) y emotivo (en marcado contraste) fue casi satíricamente antiguo, como un baile tradicional, o como frotar un palo contra otro, en una de las más tempranas tentativas de crear el fuego.

—Scheherazade le ha llevado una bandeja —dijo Lily, a punto de caer trémula en

el sueño—. Y estaba con el termómetro en la boca. Y una bolsa de hielo en la cabeza... ¿La oyes estornudar? Es un poco... Pero verás. Mañana estará como nueva.

Al día siguiente Keith observó a sus amigos en busca de alguna sospecha, siquiera mínima, y no halló ni rastro de ella. Porque Gloria, como había dicho ella misma, era *increíblemente buena*. Keith sabía ya que estaba en otro mundo; sabía, también, que se hallaba en un grave aprieto, aunque solo psicológicamente. Y, de momento, se limitó a seguir echado, pensativo, lleno de admiración: Eso sí que es rizar el rizo. Eso sí que es una doblez *genuino*...

Por ejemplo, en el desayuno tuvo el placer de oír decir a Scheherazade:

—Con franqueza, admiro su valor. De veras. ¿Sabéis?, se había pasado toda la tarde hablando de las ruinas. Hasta en la iglesia. No hacía más que leer en alto fragmentos de la guía. Y en la cena parecía pensar que iba a lograr no caer enferma. Medio muerta y tratando de sobreponerse. A eso lo llamo yo mantener el tipo.

Y con la propia Lily, a propósito de Gloria y su indisposición, Keith experimentó el lujo absurdo de que lo reprendiese por su indiferencia (y egocentrismo): el domingo de Gloria —¿es que no lo había notado?— había sido una continua serie de vahídos, sofocos y visitas precipitadas y penosas al cuarto de baño.

—¿Cómo pudiste no darte cuenta?

—Bueno, pues ya ves.

—Dios —dijo Lily—. Pensé que estaba viendo *Emergency Ward 10*.

No contenta con ello, Gloria estaba haciendo saber a todo el mundo que su estado había empeorado durante la noche. Pidió —y, como es lógico, se le hizo caso— que llamaran a un médico, que llegó desde Montale. Este, afirmando detectar en ella la presencia de un famoso virus de Campania, le lavó a fondo los oídos con ajo y aceite de oliva. Y cuando llegó Jorquil, e insistió al instante en el cambio de cuartos, Gloria fue más o menos llevada en parihuelas desde el torreón al apartamento.

—Pobre Gloria —dijo Scheherazade—. Con ese cuerpo de junco...

¿Sucedería de verdad? ¿Abriría un día el *Critical Quarterly* y vería el artículo titulado «Una nueva valoración de *Orgullo y prejuicio*: Elizabeth Bennet es una chica-polla», firmado por Gloria Beautyman, y (o quizá *con*, o tal vez *según lo manifestado a*) Keith Nearing? Aunque ciertamente controvertida, tal exégesis —pensaba Keith— no era fácilmente descartable.

—¿No sabes leer inglés? —le preguntó ella—. *Escucha. Esto es diez páginas antes del final. Concéntrate.*

—Lizzy —dijo su padre—, he dado mi consentimiento al señor Darcy...

Y ahora te doy ese consentimiento *a ti*, si es que estás decidida a unirme a él. Pero déjame aconsejarte que lo pienses bien. Conozco tu temperamento, Lizzy. Sé que no podrías ser feliz ni respetable si no quisieras de verdad a tu marido... Tu inteligencia y tu ingenio te expondrían a grandes peligros en un matrimonio desigual. Difícilmente escaparías al descrédito y la desdicha^[35].

«Conozco tu temperamento», insistió Gloria. «Tu inteligencia y tu ingenio». «El descrédito y la desdicha». «Ni feliz ni respetable». ¿Qué significa todo esto? Te lo pregunto otra vez: ¿es que no sabes leer inglés?

Sí. Mmm. No hay nada ni remotamente parecido en ninguno de los demás. ¿Sabe el señor Bennet que Elizabeth es una chica-polla?

No exactamente. Sabe que está inusualmente interesada en el sexo. No sabe que es una chica-polla, pero sí sabe eso.

Creo que ya lo entiendo.

Y cuando escandaliza a todo el mundo al recorrer cinco kilómetros campo a través hasta la casa del señor Bingley. Sin compañía, fíjate. Los ojos preciosos, la cara «encendida por el ejercicio», «con el pelo todo alborotado», y aire de «casi haber perdido el juicio». Y las medias todas sucias. Y las enaguas «con casi un palmo de barro». La ropa interior cubierta de barro... Maldita sea, ¿no se suponía que eras bueno en este tipo de cosas? ¿Símbolos y demás?

Keith siguió tendido y escuchó.

Y muy buenos dientes. Es una señal de virilidad. Mira los míos... Así que estamos de acuerdo. Elizabeth es una chica-polla. Y la única forma de poder ser una chica-polla, entonces, era casándose por amor. El buen sexo tenía que acompañar a las emociones. Ahora ya no es así.

¿Y en su primera noche, entonces?

Voy a enseñártelo. Vete a divertirte con tus cosas diez minutos. Y voy a empezar a buscar alguna ropa de boda.

Cuando Keith volvió, Gloria se había puesto el vestido de algodón blanco con su improvisada parte superior estilo imperio, el chal blanco y la cofia sujeta por un pañuelo de seda blanco atado bajo la barbilla.

Le ruego que no olvide, señor, que no tengo aún veintiún años.

Unos minutos después Keith estaba cerca del pie de la cama, abriéndose paso entre un revoltijo inmenso de combinaciones y enaguas y cierres y hebillas, y Gloria se apoyó sobre los codos, y dijo:

Lo único que el señor Bennet sabe con certeza es que si su hija se casara por dinero se buscaría la ruina. Lo de la polla no es más que un extra. Tiene que ver con el aspecto que tengas desnuda. De cómo estés.

Cómo te sienten al tacto (una dureza dentro de una blandura). Y, también, cómo piensas —pensó, y siguió abriéndose paso a través del montón de ropa.

No es más que un extra. Cuando eres una chica-polla. Pero somos muy pocas.

Cuando todo hubo pasado Keith se quedó allí acostado e imaginó un futuro casi atestado de seminarios en los que se estudiaba sin prisa cada heroína y antiheroína de la literatura universal, empezando por la *Odisea* (Circe, y luego Calipso). Con voz espesa, dijo:

Voy a darte Sentido y sensibilidad.

¿Y cómo vas a hacer eso?, le preguntó ella, toda inocencia, con los ojos directamente dirigidos hacia arriba mientras se alisaba con las manos las mejillas y la sienes. *¿Follándome por el culo...? ¿Y te importaría no fumar aquí? Es una prueba, y además es un hábito asqueroso.*

Las delicadas cartulinas de los billetes lo decían claramente: el verano estaba tocando a su fin. Lily dijo:

—¿Y qué nos pasará, entonces? ¿A ti y a mí? Supongo que vamos a romper.

Keith la miró a los ojos, y volvió a *Casa desolada*. Oh, sí, Dios..., Lily, y todo lo demás... Se puso a pensar en la pregunta. *Romper será idea suya, como la vez pasada*, dijo Scheherazade. *Después de que pasara por aquí tu amigo Kenrik*. Era como un problema de ajedrez: él (Keith) ahora pensaba que a él (Kenrik) se le había escapado que él (Keith) quería que él (Kenrik) se acostara con ella (Lily), pero no para que él (Keith) pudiera acostarse con *ella* (Scheherazade), sino para que ella (Lily) ganara en confianza sexual en sí misma. O algo por el estilo. Era como un problema de ajedrez, una argucia, algo por completo separable del dinamismo del juego real. Dijo:

—En cierto modo es una idea bastante aterradora. No lo decidamos ahora mismo.

—¿Aterradora?

Keith se encogió de hombros y dijo:

—Dios, esta Lady Dedlock. Honoria. Es genial. Una intrigante orgullosa con un pasado tenebroso.

—Así que ahora te gusta Lady Dedlock.

—Ofrece un bonito contraste con Esther Summerson. Que es una bienhechora. Y una puta santa de tal calibre que se siente *orgullosa* de tener la cara desfigurada por la viruela. Imagínate.

—¿Cuál es la otra que te gustaba?

—Bella Wilfer. Bella es casi tan buena como Becky Sharp. ¿No es increíble ese Jorquil?

—¿Jorquil? No es tan mal tipo.

—Sí, lo es. Es muy mal tipo. Bueno, a quién le importa... Pero lo es.

El verano se había terminado. Pronto regresarían a casa; y Jorquil, su persona, era un lejano runrún de aquello a lo que estaban volviendo. A ojos de Keith, el viejo Jorquil era un compendio terrible de la Inglaterra de clase alta, era Ascot y Lord's y la

regata de Henley, era las carretas de heno y las vallas ocultas y las boñigas y las fumigaciones para ovejas. Y fue en su análisis de Jorquil, a lo largo de varios días, donde Keith descubrió algo extraordinario: la profunda, la virtuosa, la casi hilarante fraudulencia de Gloria Beautyman. Es increíblemente buena, pensó. Es muy inteligente. Y está loca.

¿Qué género visité, en mi cumpleaños animal? Esta era la pregunta a la que no sabía responder. ¿Qué modalidad, qué tipo, qué *clase*?

En el cuarto de baño, con Gloria, no solo estaban mal los colores —pinturas fosforescentes y museo de cera—. También la acústica era lamentable. Y lo mismo podía decirse de la continuidad. En un momento dado el ruido del trueno no era más fuerte que el de un cubo de basura de plástico arrastrado por el patio; al siguiente, te envolvía todo entero, como una gran detonación. ¿Y las figuras humanas: él, ella? Gloria era mucho mejor que él, naturalmente (hacía el papel protagonista); pero Keith seguía teniendo sus dudas sobre la calidad de la interpretación.

La luz y sus condiciones atmosféricas fueron un poco más normales en su dormitorio, más tarde, pero no mucho más normales, con los fuertes fogonazos amarillos, y en la oscuridad al mediodía, y el intenso sol plateado, la lluvia bíblica, anegadora del mundo.

Una y otra vez se preguntó: ¿En qué categoría me encuentro? Los lustres y facetas estáticas a menudo le recordaban las páginas de una revista de lujo: moda, glamour. Pero ¿Cuál era el tipo de drama, de narrativa? Estaba seguro de que no era una novela romántica. Cada varios minutos se le ocurría que podría tratarse de ciencia ficción. O de publicidad. O de propaganda. Pero era 1970 y no sabía cuál era, de qué modalidad se trataba.

Parecía tener sentido sólo cuando lo mirabas en el espejo.

Algo se había desprendido. Sabía eso, al menos.

¿Jorq? *No puede ser su físico lo que la atrae, ¿no?*, había dicho Scheherazade. No, su cara no (albinoide, de labios rojos inflamados), y su cuerpo tampoco (gordo-fuerte, de huesos pesados). Y tampoco podía ser su mente. Por esta clara razón: para sentirte estimulado con la compañía de Jorquil, tendría que interesarte anormalmente el queso. Sus propiedades sin límites en el suroeste del país producían ingentes cantidades de queso. Y de eso es de lo que hablaba siempre: de queso.

Durante el día parecía un caballero agricultor voluminoso y torpe (sarga, sombrero flexible, *tweed*, bastón militar); durante las veladas parecía un caballero agricultor voluminoso y torpe en esmoquin (su indumento invariable de noche). Keith no lo había visto nunca sin hablar y comer al mismo tiempo; y ambas actividades

producían en Jorquil una especie de inundación oral: un diluvio de baba. Por otra parte, la primera impresión de Keith no hizo justicia al viejo Jorq. Su chachara no versaba toda ella sobre Double Gloucester, o Caerphilly, o Lymeswold —de *torolone*, de *stracchino*, de *caciocavallo*—. A modo de rasgo suplementario, Jorq resultó ser también un laborioso derechista.

Las primeras horas de la tarde era el tiempo elegido para subir al apartamento con Gloria. Mientras se metía trabajosamente una cuña apestosa final de *parmeigiano* o de Dorset Blue en la boca, profería una babeante diatriba contra el impuesto sobre la riqueza o el ascenso de los sindicatos; luego tendía una mano boca abajo, y Gloria lo acompañaba al salón de baile y la escalera orbital con aire de contrición y de diligencia.

En este punto, Lily y Scheherazade siempre se miraban con una ligera elevación de barbilla.

Adriano había vuelto. De su entrenamiento de pretemporada con *I Furiosi*. En su mejilla izquierda, desde el ojo a la mandíbula inferior, tenía un cardenal que sugería la impronta de una bota de rugby (podías contar los tacos). Y al día siguiente desapareció. Dicho sea de paso, Consolata, la última acompañante de Adriano, era de la misma altura que Gloria Beautyman.

—¿De qué estás hablando? No babea. Disfruta de la comida.

Lily se había embarcado en la primera fase exploratoria de hacer las maletas: metía los jerséis doblados en bolsas de plástico antipolillas, los zapatos envueltos en su papel de seda... La conversación discurría indolentemente a dieciséis revoluciones por minuto.

¿Disfruta de la comida? —Keith pasó la página—. Le enseñas un bocadillo de cheddar y es como la película de aquel submarino. *Estación polar Zebra*, ¿te acuerdas?

—Rock Hudson.

—Sí. ¿Te acuerdas de la mejor parte? El tipo abre el nicho averiado del torpedo, y la mitad del Océano Ártico entra a borbotones en la bodega. Le enseñas a Jorq un queso Dairylea y eso es lo que pasa.

—Le gusta la comida, eso es todo... ¿Sabes lo que hace ahora Adriano? Está jugando sus cartas con calma.

—Te pregunto otra vez: ¿cómo puede jugar sus cartas con calma alguien que mide uno cuarenta y cinco? ¿Qué cartas?

—Bueno, a todas esas chicas parece gustarles Adriano. Y cuando están acariciándole los muslos o dándole un amago de beso, él se vuelve hacia Scheherazade con una mirada especial.

—¿Qué clase de mirada? Hazla tú. —Lily puso esa mirada—. Dios... La pestañas de Jorquil...

—¿Las pestañas de Jorquil? ¿Qué les pasa?

—No son pestañas... Son dos filas de espinillas. Con una cerda en punta en cada una. Y es un fascista. Votó por Heath.

—Vota a los liberales. Lo dijo.

—A los liberales... Y sus bromas guarras. Cuando se la lleva ahí arriba. *Hora de una visita al Cabo de Hornos*^[36]. *Hora de un poco de entrenamiento egipcio*.

—Es argot para decir dormir. Entrenamiento egipcio. Es argot militar. Porque los árabes tienen fama de vagos... Ya ves. Los ricos tienen mucho éxito con las chicas. Es un hecho de la vida.

—Completamente de acuerdo. Pero ¿por qué defiendes —dijo, despacio— a ese bruto gordo?

—Ni siquiera es gordo. No especialmente. Es grande. Y a algunas chicas les gustan los hombres grandes. Les hacen sentirse seguras. Y tú no eres más que un golfillo de tres al cuarto. Eso es todo.

Keith dijo:

—Es la estética del asunto. Ella toda oscura y menuda. Él una enorme hogaza de pan blanco. En fin, a quién le importa; pero ¿no te da escalofríos pensar en los dos juntos en la cama?

—A ella seguramente no le interesa mucho el sexo. No a todo el mundo le interesa, ¿sabes? Tú piensas que le interesa a todo el mundo, pero no es cierto. Mira el pasado de Gloria. Se supone que las chicas no disfrutaban con el sexo. Así que se tumba y piensa en Inglaterra.

—Escocia.

—Y él no *solo* habla de queso.

Aquella noche, en la cena, Keith estudió detenidamente a Jorquil: el idiota rural en esmoquin. Y le dio la impresión de que sí, de que, en efecto, hablaba de queso todo el tiempo (cuando no se estaba manifestando minuciosamente derechista), y era estrafalariamente gordo, también, y casi se ahogaba en su propia saliva, y... Tales impresiones, si no estrictamente fieles a la realidad, no las distorsionaba la envidia o el instinto posesivo. Ojalá lo hicieran, en cierto modo, pensó, pero no era así. La distorsión, misteriosamente, tenía otro origen. Cuando miraba los labios de Jorquil, excoriados, despellejados, desollados, veía y sentía aquellos labios en el acto de besar. Y Keith pensó: No está besando a Gloria. Me está besando a mí.

—¿Estás mejor? Por fin te atreves a salir al exterior.

—Recuperada por completo. Gracias.

—A algunos de nosotros nos has tenido muy preocupados.

—Sí. La cosa ha estado fea durante un tiempo, lo admito.

—Dios, es un Fiasco.

Keith la había encontrado sola, con la colcha de *patchwork* que estaba haciendo (los cuadriláteros y triángulos de cartulina, los retazos de satén y terciopelo...), en la terraza sur. Gloria levantó la mirada y dijo, de forma muy poco íntima (un observador situado en el extremo opuesto de las puertaventanas pensaría que Gloria estaba hablando del tiempo de aquella mañana, que era fresco y brillante, o del precio del hilo):

—Sí, ¿verdad? Monstruoso. Esos labios. Esas pestañas. Igualitas a una fila de granos.

Keith se sentó con cuidado en el sofá de columpio.

—Así que vemos igual a Jorq —dijo. ¿Era eso lo que le estaba pasando? ¿Estaba viendo a Jorquil con los ojos de Gloria?—. Y la baba.

—Y la baba. Y el *queso*... Por supuesto, por eso he hecho durar mi..., mi indisposición. Para no estar debajo de él uno o dos días más. Pero estaba forzando las cosas. En lo que se refiere a él, llevo meses enferma.

—¿Meses?

—Desde que me tomé aquella copa de champaña. ¿Te acuerdas? Y me pillaron tonteando con el jugador de polo. —Sacudió la cabeza lenta, solemnemente—. Nunca me perdonaré eso. Nunca. Era tan poco propio de mí...

—¿Tontear con el jugador de polo?

—No. Que me pillaran. Es inaudito.

Keith siguió columpiándose en el sofá, y (dado que todo estaba ahora permitido) no parecía existir ninguna razón que le impidiera preguntar:

—¿Cómo es Jorq? ¿Ahí arriba, en el apartamento?

Gloria alargó la mano para coger otra plantilla, otro retazo de terciopelo.

—Igual que en cualquier otra parte. Jorq es un tostón. Y los tostones no escuchan... Iba a decir que no es demasiado malo en la cama cuando está dormido como un tronco. Pero, cómo no, ronca. Es como una gran ballena blanca. Y ocupa todas las almohadas.

—Bueno. Venga. No es una cita a ciegas, precisamente. Y ¿no vais a prometeros? En fin, supongo que el viejo Jorq tiene otros atractivos.

Gloria dijo, con voz queda:

—Escucha, necio. Mudarse a Londres cuesta dinero..., y yo no tengo ni un céntimo. So necio. Necio aburrido.

—De acuerdo. Te oigo. Te escucho.

La cara de Jorq (que estaba masticando algo) se había situado ahora al otro lado del cristal. Gloria le hizo un gesto ondeante con los dedos y le dirigió una sonrisa asombrosamente falsa. Dijo:

—Bueno, al principio pensé que le haría casarse conmigo, y que conseguiría el divorcio muy poco después de la luna de miel. Pero no creo que vaya a ser capaz de decidirme a hacerlo... Hay alguien más.

—¿Quién?

—Tú —pareció decir.

Pareció decir *Tú*. Keith había oído mal, y pronto se deshizo el malentendido. Pero aquí podríamos retroceder un poco desde Keith en este momento, en este momento revolucionario... Los hombres tienen dos corazones: el de arriba, y el de abajo; y la convención nos dice que cuando todo va bien ambos actúan en armonía. Pero en este caso ambos corazones respondieron de forma antitética. El corazón superior de Keith se vino abajo, se acobardó, enfermó; o, medrosamente, se hundió en cierto tipo de futuro. Fue su corazón inferior el que se sintió poético, no reventando, como dicen que hacen los corazones, sino llenándose, elevándose, doliéndose... Dijo:

—¿Yo?

—¿*Tú*? No, tú no. Huw^[37]. Hache, u, uve doble.

—Huw.

—Huw. Es galés. También tiene un castillo. ¿Qué te parece la coincidencia? Ya ves, el truco consiste en encontrar a alguien rico y guapo. Y que escuche.

—Por un momento he pensado que te referías a mí.

—¿A ti? Bueno, tú escuchas, supongo... No eres más que un estudiante.

—Lo mismo que tú.

—Lo sé; pero yo soy una chica.

Jorq se puso a manipular el pomo de la puerta. Gloria dijo:

—¿Es que ese maldito idiota no ve el pestillo?

—Es complicado. Tienes que tirar y luego empujar. Todo un test de inteligencia.

—Pues él no lo va a pasar, entonces. Dios, que alguien ayude a salir a ese maldito idiota. —Dirigió un gesto a la figura aturullada de Jorquil, que señalaba, daba tirones, empujaba—. Y tenemos que tenerlo contento. Por favor. Si no, Oona me mira con cara de arpía. Oona me da un miedo del demonio. A veces tengo la impresión terrible de que sabe cómo soy realmente.

Al cabo de un momento, Keith dijo:

—Elizabeth Bennet.

—¿Sí? ¿Qué?

—No sois realmente iguales, vosotras dos, ¿sabes? Ella es del pasado. Y tú eres del futuro.

—Bueno —dijo Gloria—. Las chicas-polla se adaptan naturalmente. A lo largo de los siglos.

Jorquil golpeaba el marco de la puertaventana con la palma de la mano.

—Oye, Gloria..., ¿sabes que hay un cuarto del servicio arriba y al otro lado del apartamento?

—¿Cómo te has enterado de lo de ese cuarto?

—Podría subir por la escalera norte. Podríamos vernos allí y pasar unos minutos juntos. Cuando él esté fuera.

—¿Para qué? Mírate —dijo Gloria, y se echó a reír—. Estás aterrorizado. Pisas un terreno que no conoces. Y lo sabes. —Se volvió para mirar a Jorq, que ahora daba

con el hombro contra el cristal—. Cuando son así de estúpidos, odio a los ricos, ¿tú no? Odio a la gente rica. Pero el problema es que son ellos los que tienen todo el dinero. Pensaré en ello. El cuarto de la criada. ¡Oh, ahí tenemos a Jorq!

Jorquil salió dando tumbos, y recuperó el equilibrio, y se puso derecho; estudió el cielo, la ladera, las cuevas, la gruta, la lámina blanca de la piscina; sus mandíbulas dejaron de masticar y soltó un suave gruñido de pesada afirmación de sus derechos. Keith observó que en la mano izquierda ahuecada llevaba unos trocitos de queso. Se los metió todos en la boca y dijo:

—Nadas etéreas, eso es lo que son. —Se lamió la mano—. Como muchas cosas en la vida. Nadas etéreas. Venga, cariño. A la piscina ahora mismo.

—Creo que no me siento lo bastante bien como para meterme en la piscina.

—No, no. Con traje de baño. O, mejor, sin él.

—Jorquil me ha traído algo decente que ponerme, al menos.

—Oh, toma —dijo Keith, tendiéndole el libro. *Y Sentido y sensibilidad* desapareció dentro del cesto de Gloria.

—Ahora venga —dijo Jorq—. Quiero que hagas que todo el mundo se dé la vuelta para mirarte. Para verte esas bonitas tetas. Esas preciosas tetas que tienes. Quiero que todo el mundo las vea y se eche a llorar.

¿Dijo eso realmente Jorquil? Pero con lo que Keith se quedó, allí en la terraza, fue con un recuerdo súbito de su hermana. *Vi*, le preguntó Keith, en el Morris 1000 con remates de madera, *¿por qué sacas los pies por la ventanilla?* Y Violet (con 8 o 9 años) dijo: *Porque quiero que todo el mundo vea mis preciosos zapatos nuevos. Quiero que todo el mundo los vea y se eche a llorar.*

Y luego, sin orden y concierto, le llegaron otros recuerdos. Como la vez en que Violet cruzó corriendo el jardín para devolverle la pelota de críquet que él había tirado demasiado alta, y se fue de nuevo corriendo y llorando (no había dejado de hacerlo en todo el tiempo) por algo que no tenía nada que ver con el juego.

Y otros recuerdos. Que necesitaban ser rescatados. ¿Qué iba a hacer con ellos? En aquel mundo nuevo en el que acababa de entrar (tan desarrollado, tan avanzado), el pensamiento y el sentimiento habían sido reorganizados. Y ello, pensó y sintió, podía mostrarle otro camino.

Oona había vuelto. En eso todo el mundo estaba de acuerdo: Oona había vuelto, con Prentiss y Conchita (a Dodo la habían dejado tirada en alguna parte de los Alpes). Keith les hizo un hueco —con dificultad— en su cabeza. Oona, sí, calladamente vigilante, y sus experimentados ojos seguían estrechamente los movimientos de la señorita Beautyman. Prentiss —perpendicular, todo articulaciones

y goznes, como un perchero amish para sombreros— y Conchita, que había cambiado. Con Jorquil allí, y Whittaker de vuelta, y Timmy a punto de volver, y todos los criados presentes, el castillo había dejado de parecer espacioso. O quizá —a juicio de Keith— ya no parecía haber en él margen de maniobra.

Tuvieron que dejar su torreón, Lily y Keith, para trasladarse a un cuarto terriblemente oscuro pero curiosamente agradable, en el sótano de la mazmorra. Keith se entregó a su trabajo, y desglosó y sistematizó y finalmente ordenó por orden alfabético el vasto archivo de su vigésimo primer cumpleaños. Quería incluir aquello ahora, en la misma lista de su partida de nacimiento, justo debajo *de Jean 7*. No *Scheherazade 10*, ni *Scheherazade 12a*, sino *¡Gloria 99z*!* Había tantas cosas que antes no sabía siquiera que a uno le estaba permitido hacer...

—Pero me siento indefensa —dijo Lily— cuando me sujetas los brazos.

—Eso es lo que se pretende... Y, si es tan pequeña, ¿por qué no puedes metértela entera en la boca?

—¿Por qué iba a *querer* metérmela entera en la boca?

—Sigue. Sigue intentándolo.

—Ahora tengo la cabeza al revés... No. No quiero. Hasta pareces diferente. ¿Qué te ha *pasado*?

Lily decía estas cosas, pero no en la oscuridad, ya nunca más en la oscuridad.

Gloria Beautyman tenía un secreto. Un secreto de dimensiones colosales. Gloria estaba secretamente casada y tenía tres hijos. Era algo de esa magnitud. Gloria era secretamente un chico. Era algo de esa magnitud.

2. ÓNFALO

—¿Cómo lo llamarías? Monokini, supongo.

—Pero no es como el tuyo, ¿no? El tuyo parece un bikini sin la parte de arriba.

—Lo hace para darle gusto a Jorq. Porque él insiste. Pero ha avanzado al menos una generación, ¿no os parece? Es como tener una invitada nueva en el castillo. ¿Un tanga?

—Es muy estrecho en el frente... ¿Se depilará? ¿Se habrá hecho «un Rita»?

—¿Un G-string? No, a veces lleva un pequeño fleco justo encima de la franja.

—Así que se lo afeita.

—Se lo perfila.

Correcto, Scheherazade. El triángulo es isósceles, por la forma. A diferencia de tu cándido equilátero (supongo), o del tuyo, Lily.

—¿Un taparrabos? Pero no es la parte delantera, ¿no?

—No, no es la parte delantera. Es la trasera. Y sobresale de esa forma...

—Es glorioso cómo se le mete por el culo, ¿no? La parte de atrás. Ya sé. Una hoja de parra hecha a medida.

—Una hoja de parra entallada.

—Sí. Una hoja de parra muy cara. Una hoja de parra es lo que es.

Correcto, Lily. ¿Quién dijo lo siguiente: Y los ojos de los dos se abrieron, y ambos supieron que estaban desnudos? Fue en el jardín del Edén, después de la Caída; antes de la Caída no se necesitaban hojas de parra. Y considera otra observación (hecha dos mil años más tarde): Jamás me he topado con una hoja de parra que no resultara ser una etiqueta del precio. Correcto, Lily. Totalmente correcto.

Grazia, la acompañante más reciente (y última) de Adriano, que medía uno setenta y ocho, le enviaba pompas iridiscentes con la boca fruncida detrás del monóculo jabonoso, mientras él estaba echado en la tumbona cuán largo era. Lily dijo:

—Ya veo lo que dices de las tetas de Gloria.

—Mmm. Me hacen sentirme un tanto torpe... En fin, su culo sigue siendo enorme.

—Mmm. Sigue siendo un culo *grotesco*.

Y ahora Timmy ya estaba allí. Había llegado no a pie sino en un par de taxis. Y sin ninguna mochila a la espalda. Venía con una larga dinastía de maletas de piel con sus iniciales grabadas, y con su violonchelo. Su violonchelo, como una Ruaa en su ataúd, con sus vastas caderas genitoras.

Pero fue una buena entrada, la de Timmy. Alto, delgado, relajado, difuso, y en cierto modo estiloso y lánguido, como el garabato de una mano llena de talento...

—Brrr... Mmm... —dijo Scheherazade, acomodándose en el sofá—. Fuego adorable.

—Un fuego estupendo —dijo Keith.

Ah, sí, Scheherazade. Keith se despabiló. Sentado frente a las llamas con la copa de vino en la mano, desistió de tratar de analizar su estado alterado. Desistió de ello, y volvió a hacer lo que hacía cuando no tenía nada mejor que hacer (algo bastante frecuente últimamente): disfrutar de las trece horas. Las trece horas de existencia de su secreto. No gran cosa, en escala, comparada con la doble vida de Gloria, o universo paralelo. ¿Cómo era este para ella? *El secreto*, como un estudioso conspicuo de la mente humana escribió una vez, *produce un agrandamiento enorme. El secreto ofrece, por así decir, la posibilidad de un segundo mundo paralelo al mundo manifiesto*. Keith le dijo a Scheherazade:

—¿Sabes?, en Dickens, cuando los personajes buenos miran el fuego, ven la cara de los seres que aman. Y los malos solo ven el infierno y la perdición.

—¿Qué ves tú?

Keith giró el cuello, casi media vuelta, como Adriano en el Rolls Royce. Extrañamente, Scheherazade y él estaban en el centro quieto de la sala; los demás se ocupaban de otras cosas en otros puntos de ella: la dama de más edad en un extremo, y Jorq y Timmy presidiendo una ruidosa partida de cartas (un juego llamado Loo, en el que se apostaba y se subía la apuesta y se doblaba y se arrastraban las ganancias).

—Ninguna de las dos cosas —respondió Keith—. Algo intermedio entre las dos. Mira, siento lo que dije el otro día. Pero no me aborrezcas para siempre por ello. No sabía que eras religiosa.

—No lo soy. —Se dio la vuelta para mirar. La torreta de su cuello, la camisa rosa, la rebeca color té—. No soy religiosa. O sea, creo, en cierto modo. Pero eso es todo. No soy como Timmy... Y no te aborrezco. El problema soy yo. Solo yo...

Keith inclinó la cabeza.

—Descubrí algo sobre mi persona. No podía..., no pude hacerlo. De acuerdo, en vacaciones, un momento dado, un impulso. Quizá. Pero no con... premeditación. Soy un poco débil, ¿no? Pero parece que no soy de ese tipo.

—Tiene que haber amor.

—Va más allá de eso. Estoy como atascada. Creo que tiene que ver con mi padre y con el hecho de haberse muerto cuando se murió. Estoy atascada con lo que me tocó.

—¿Y qué es lo que ves cuando miras el fuego?

—Es cierto. A veces veo la cara de mi padre.

—Mmm —dijo Keith. El mes anterior, la semana anterior se habría sentido conmovido y honrado por una confidencia tal, de aquellos labios, bajo aquellos ojos y aquellas cejas rectas. Ahora pensó: Así que no eres de ese tipo...: bien, deberías

haber premeditado un poco sobre *eso*—. Tiene sentido, supongo.

—Es mejor así, creo. Aunque signifique que me pierdo lo más divertido. Quizá cuando me haga más mayor seré más valiente...

Esto le hizo abrir mucho los ojos a Keith; pero también sintió un impulso desconocido, como de comisario político, algo como: Scheherazade, perteneces al viejo régimen; no estás preparada para lo que se avecina.

—Bueno, Timmy está aquí. Y yo no tengo quejas.

—Bien. Estupendo.

Adriano y Conchita, como una pequeña pareja de casados, se acercaron a calentarse al fuego, y durante un instante reinó el silencio.

¿Qué veía Keith cuando miraba el fuego? El fuego, pensó, era el elemento amoroso, neurótico, corrosivo, devorador. El fuego era el elemento amoroso; y el fuego de troncos era una *orgía*: echa otro tronco y contempla cómo las serpientes, las víboras se arquean y retuercen; luego caen sobre él, encima, debajo, detrás, con labios y dedos, y escupen y lamen con sus lenguas de serpiente.

Conchita estaba diciendo:

—¿Cómo es *fuego* en italiano?

—*Fuoco, incendio* —dijo Adriano, que, aquellos días, mostraba un semblante ojeroso—. *Inferno*.

Y Keith siguió allí sentado con su copa de vino y su fuego y su secreto.

Gloria Beautyman ya no ocultaba nada..., corporalmente, al menos.

Su hoja de parra, abajo en la piscina (de hecho eran varias las hojas de parra: plata, oro, platino claro), introducía un énfasis erótico aún no explorado por Scheherazade o Lily o Feliciano/Rachele/Claudia/Pia/Nerissa/Consolata/Grazia. La *holgura*. Como si el elástico del ceñidor hubiera sido dado de sí deliberadamente. Cuando se duchaba, bajo el alero de la caseta, daba la impresión de que la tira liviana —la *nada etérea*— iba a deslizarse hasta el suelo de un momento a otro. Todo lo que había que hacer era esperar el tiempo suficiente. Y cuando Gloria se zambullía, si uno se ponía de pie a tiempo, alcanzaba a ver allí abajo, en la profundidad huidiza, la gran blancura mojada, e instantes después cómo sus manos bajaban raudas y tiraban hacia arriba de la tela.

Jorquil se acercaba tambaleándose, ataviado de granjero, y la saludaba desde las sombras (él nunca se quitaba la ropa: al cabo de cinco minutos al sol la cara se le ponía del color de una cámara de neumático). Y estaba Timmy, con los hombros encantadoramente desnudos, indiferentemente enfrascado en sus despleables y sus folletos (caza, pentecostalismo). Y estaba Adriano, ahora sin compañía (y en cierto modo doblemente solitario, dedicado como estaba a su nueva disciplina: el yoga). Menos previsible aún era la presencia continua de un Amen con camisa blanca y piel

ocre oscura. Sus gafas oscuras te miraban fijamente bajo la luz.

O miraban fijamente —quizá de forma ocasional— las gafas oscuras de Keith: este se había hecho con unas de Lily, y así podía contemplar sin inhibición y sin parpadeos el ombligo de Gloria Beautyman. Esta era la última: el vientre de Gloria. No era cóncavo, como el de Scheherazade, ni una suave prolongación de lo adyacente, como el de Lily. Era el panel central del diseño de Gloria, una lujuriente protuberancia. El *omphalos*, como lo llaman los poetas, representa el centro de la tierra, como el suave oleaje del Mar Mediterráneo.

En ella había también una distinción cualitativa. El cuerpo de Gloria estaba «completado», era entero, la versión última. Era su coloración, pensó Keith. Mientras que en Lily, e incluso en Scheherazade, había algo febril e inestable, y abierto al cambio. Súbitas manchas, señales de alerta. De aquello en lo que ellas aún estaban, Gloria ya había salido. ¿O era sencillamente el candor de las rubias?

Y todo era perfectamente gobernable. Durante aproximadamente una hora sacó fotografías con su memoria fotográfica, y luego subió al castillo, con el ónfalo aún vivido en su cabeza. Luego siguieron noventa segundos de narcisismo práctico, detrás de los ojos cerrados. Lo cual parecía solventarlo todo. Desear a Gloria no era lo mismo que desear a Scheherazade, en los viejos tiempos: venía y se iba, pero no se acumulaba. El amor (sabía) hacía que el mundo se expandiera; esto (fuera lo que fuere) reducía el mundo a un solo punto. El acto físico con Gloria había producido nada menos que un deseo primitivo de repetirlo. Un deseo equilibrado con mayor o menor exactitud por un miedo primitivo.

El ombligo, el hueco umbrío, era el lugar de la última conexión de Gloria con su madre. Y asimismo marcaba la zona, por supuesto, donde sus propios niños crecerían un día.

—Ahora dime: ¿cómo te enteraste de lo del cuarto de la criada? Ahí es donde pensabas verte con Scheherazade, ¿no? Hasta que perdió el valor.

Gloria, en el borde de la piscina, estaba recogiendo las cosas en el cesto. Todos los demás subían por el sendero del jardín, en fila india. Hablaba sin sonreír, sin tono de complicidad. Dijo:

—Sí. He ido siguiendo tus meteduras de pata con Scheherazade. Soy curiosa. ¿Qué era eso de Drácula?

—¿Te lo ha contado ella?

—Solo me dijo que estaba preocupada por los vampiros, porque tú hacías que eras Drácula. Una noche. Cuéntame.

Keith le contó algo al respecto. Gloria se puso de pie, se echó la bolsa al hombro con un brusco frufrú, y él la siguió.

—¿Ves, Keith? Por eso a las chicas anticuadas les gusta la *idea* de la violación. No la realidad, solo la idea. Porque si lo desean, y lo disfrutan, no es culpa suya.

—¿No es culpa suya?

—No. La culpa es de Bela Lugosi o de Christopher Lee. Típico de Scheherazade. Así que Drácula perdió su oportunidad —dijo Gloria— de chuparle la sangre. Y eso es una terrible vergüenza.

—No tengo quejas. Tú fuiste maravillosa... ¿Por qué una vergüenza?

—Una terrible vergüenza. —Hizo una pausa en la cuesta y se volvió hacia él con gravedad tranquila—. Eso que los chicos les hacen a las chicas con grandes tetas. Huy... Cuando se folian sus tetas.

—¿Hacen eso...?

—Oh, puedes jurar que sí. ¿Sabes?, yo puedo hacerlo si me las aplasto bien. Aunque, por supuesto, tendrías que tener mucho cuidado con mi cruz.

Keith esperó que una voz le indicara el camino. No oyó ninguna, pero dijo:

—Podrías enseñarme. En el cuarto de la criada. Cuando Jorq salga a uno de sus paseos en coche.

—He hecho un reconocimiento del cuarto de la criada. Aguarda mis instrucciones. Y ahora calla.

—¿Sabes, Gloria? *Estás* chapada a la antigua. También eres futurista, pero chapada a la antigua. Vives de los hombres. Podrías ser una gran bailarina.

—Tú has leído muchos libros, pero ¿conoces *La pequeña bailarina rosa*? La pequeña bailarina rosa reza para ser capaz de girar, girar y brincar como una princesa de cuento, grácil como una pluma que flotara en el aire. Yo nunca seré una bailarina. Tengo el culo demasiado grande. Me costaría meterlo todo en un tutú. Ahora calla.

—O una pintora. Tus dibujos son fenomenales.

—Hay algo... impuro en el dibujo. Ahora calla.

—Tenías un secreto. ¿No es cierto?

Gloria guardó silencio unos segundos.

—Lily me dijo que odia bailar. Odia tener que bailar. ¿Qué te dice eso de su naturaleza?

—No lo sé. ¿Qué?

—Bueno. Estoy segura de que tu vida sexual necesita animarse un poco. Pero he notado que Lily, por las mañanas, tiene aspecto como de maltratada. No la fuerces a salir de su naturaleza. No lo hagas. Ahora calla.

Él se quedó y dejó que ella se alejara. Así pudo verla marchar: dos mujeres diferentes se juntaban en la cintura.

Flores: Lily no sabía mucho de muchas de ellas, pero sí sabía mucho de algunas. Y dijo que podía decirse que el otoño había llegado a Italia... cuando los ciclámenes florecían en la sombra. Al carecer de la candidez de las primulas (sus primas segundas), los ciclámenes ocultan su estigma en pliegues purpúreos. La sabiduría de

jardines —encarnada en Eugenio— mantenía que los jabalíes adoraban los ciclámenes por la acritud de sus raíces. El aroma de la flor era frío: una fragancia fría. Olía a todas las estaciones, pero su tiempo era el otoño.

—El verano se acaba —dijo Lily—. Lo notas en el aire.

Sí. Y su secuela el otoño. El silencio de septiembre.

Siguieron paseando.

Ahora Lily hacía las maletas. Había esbozado la operación, en forma de nota, y había empezado a ejecutar el primer borrador. Doblaba las camisetas, doblaba las camisetas...

—Ya lo he resuelto —dijo Keith.

—¿Qué has resuelto?

—Timmy es un memo. El conde es un imbécil. Y Jorq es un desastre^[38].

—Y Keith es un niño —dijo Lily (no muy propio de ella, pensó Keith)—. Y un chiflado.

—Sí. A tu juicio, Lily, eres la única persona de las que estamos aquí que no ha perdido el juicio. De tu edad, me refiero. Adriano está chiflado, algo bastante comprensible, y todos los demás son religiosos. O no ateos. Lo cual, para ti, los etiqueta de locos.

—Whittaker no está loco.

Eso era todo lo que decía... Hacer las maletas, pensó Keith, era la forma de arte de Lily. De hecho, era la única forma artística que no desaprobaba en privado. Sus maletas hechas eran como rompecabezas terminados; lograba la misma precisión con la que hacía una cesta de pícnic; hasta su bolsa de la playa era como un jardín japonés. Era su forma de ser.

—El otoño ya está aquí, Lily. Es hora de volver con la gente real.

—¿Quién es esa gente?

—La gente normal y corriente. —Sí. La gente normal y corriente como Kenrik y Rita y Dilkash y Pansy. La gente normal y corriente como Violet—. Normal y corriente.

—¿Por qué has dejado *tú* de ser normal? Tus nuevos trucos. Tu forma de vestir, tus ínfulas.

—Pero son cambios normales, Lily. Todo esto pronto será normal. En el futuro —dijo (en realidad estaba plagiando a Gloria)— el sexo será un juego, Lily. Un juego de superficies y sensaciones. En fin. El verano se ha ido. El proyecto se acabó.

—¿Y te la has leído al fin?

—¿Qué?

—La novela inglesa. A Hardy no le has hecho mucho caso. Aunque, por supuesto, te gustó esa zorra que sale en *Jude*.

—Arabella. *Un mero animal hembra*.

—Y nunca te perdonaré por lo de Rosamond Vincy —dijo Lily (volviendo a la discusión que mantenían sobre la novela que más le gustaba a ella: *Middlemarch*)—. Está la adorable Dorothea, pero tú pones tu lujuria en esa puta codiciosa de Rosamond Vincy. Que lleva a la perdición a Lydgate. Putas y villanos. Eso es todo lo que te gusta ahora: putas y villanos.

—Sí, bueno, no podía con Hardy. Me inclino ante su poesía. Pero no puedo con su prosa.

No, Keith no podía con la narrativa de Thomas Hardy: con Tess, con Bathsheba. A veces le parecía que la novela inglesa, al menos en sus dos o tres primeros siglos, no formulaba más que una pregunta. ¿Va a caer? ¿Va a caer esta mujer? ¿De qué van a escribir los escritores —se preguntaba— cuando todas las mujeres hayan caído? Bueno, habrá otras formas de caer...

—No puedo con él. No, yo me quedo con Lawrence. No. A mí dame D. H. Lawrence.

—Pero si siempre andas mascullando cuando lo estás leyendo...

—Es cierto —dijo Keith, y se incorporó—. Está loco, pero es un genio. Y por lo tanto es turbulento. Cuando los personajes de Lawrence folian..., más parece que están peleando. En fin. Este no es muy bueno.

Lily dijo:

—Mujeres histéricas por el sexo.

—Ese tampoco vale, Lily. Sexo histórico entre los almiarés. Ese sí está bien.

—¿Qué vamos a hacer con Adriano?

—¿Con Pulgarcito?

—No. No con el conde. Con la rata. —Levantó la hoja del grueso papel blanco—. Con el Adriano de Junglebum.

Se puso alerta. Keith no había llamado Pulgarcito a Adriano desde hacía tiempo, y Lily tampoco había llamado Junglebum a Gloria. Su «duolecto», como todo lo demás, se estaba haciendo viejo. Dijo:

—Déjame echar una última ojeada... Verás, en su obra tardía se vuelve muy anticono.

—¿Antimujeres?

—Sí, pero también anticono. —Y proculo—. Mellors, al cono de Connie, lo llama *la polla de Connie*. Y, a partir de aquí, deja de ser normal.

—Eso duele.

—Lo intentaste con Gordon y te dolió. Pero Gordon tiene la polla grande, Lily, como los demás chicos. Conmigo no te duele. De acuerdo. Olvídalo. Pero ¿por qué no puedes metértela entera en la boca?

—Joder, ya te lo dije.

—Ah. El reflejo de las arcadas. —En realidad era como lo llamaba Gloria. *Ese es el reto al que deben hacer frente ahora las mujeres*, había dicho. *Superar el reflejo de las arcadas*—. Tú sobreponete al reflejo de las arcadas, Lily, y tendremos...

—¿Qué gano yo con ello?

—No te preguntes qué...

—Oh, cierra la boca, pequeño cabrón... Solías decir que esperabas ser *normal* en la cama. Decías que era como estar cuerdo. La cordura es ser *normal*.

—Es verdad... Solía decir eso. —Sí, lo decía. Freud, después de todo, escribió que las rarezas sexuales eran *religiones privadas*—. Como quieras, Lily. A mí tampoco me gusta si no te gusta a ti.

—Bueno, pues a mí no me gusta.

—Muy bien... Supongo que lo tendremos que dejar. La verdad es que sabe dibujar.

—¿Junglebum? Raro, ¿no? Todos esos aires de dama y demás. Y ahora con esa hoja de parra de *sex-shop*.

—Mmm. Es Jorq. Presume de ella.

—Ha debido de traerse todo un baúl de esos vestidos negros ceñidos. Y esas faldas con abertura a un lado, y los tops de raso que le suben las tetas hasta la barbilla. Y ella está en su papel, ¿no crees?

Otra de las cualidades de Gloria: la mirabas y siempre te preguntabas lo que estaba pasando al otro lado de la ropa. Lily dijo:

—Mi madre tiene un nombre para las mujeres que llevan ese tipo de vestidos. Camareras de cóctel.

—Ven a echarte un rato —dijo Keith—. Con ese pareo. Y el top sin mangas que está encima de esa silla. —Sus ojos se alzaron hacia el cielo—. Y ese sombrero —añadió.

Cuando terminaron Keith pronunció su frase habitual: sujeto, verbo, complemento. Y ella no respondió. Keith miró en dirección a la ventana, medio velada por la niebla y las manchas bajo el sol poniente.

Lily dijo:

—Es lo que Pulgarcito le dice a Scheherazade.

—¿Amor otra vez? No puede ser. ¿Con Timmy aquí?

—Lo dice completamente en serio. Y ya sin fiorituras. Scheherazade cree que Adriano se le va a declarar.

Keith dijo con indiferencia:

—¿El conde? ¿Estás segura de que no estás hablando de la rata? Sí. ¿Y qué pasaría si la rata se declarase, Lily? A ti, me refiero. Tendrías que decirle que sí. O herirías sus sentimientos.

—Muy divertido. Pequeño cabrón. Scheherazade está preocupada. Le preocupa que Adriano pueda hacer alguna barbaridad.

Una vez solo, contempló el dibujo de la rata Adriano de Gloria. Todo el mundo estaba de acuerdo. La mano había seguido al ojo con misteriosa facilidad: la débil

pompa del pecho, el armazón cilíndrico del rabo. Era la rata, en efecto, pero había que decir que Gloria no había logrado captar su especificidad. El Adriano de Gloria tenía un aire mucho más digno —parecía menos mísero— que la criatura del escaparate de la tienda de animales. El Adriano de Gloria había sido promocionado en la cadena de los seres. La rata de Gloria era un perro.

En uno de sus momentos de respiro, en aquella tarde animal (Gloria se estaba cambiando), Keith hojeó su bloc de dibujos: Santa Maria, tan grande como la Basílica de San Pedro; calles del pueblo libres de accidentes y de aglomeraciones; Lily en toda su belleza escondida; Adriano con la cara de Marco Antonio y el torso en falso tamaño natural; Scheherazade en *topless*, sin vergüenza alguna de sus «nobles» pechos; y el propio Keith, a quien se había embellecido superficialmente con unos ojos y unos labios parecidos a los de Kenrik.

¿Era magnanimidad o sentimentalismo? ¿Era quizá algo religioso..., una absolución que prometía predominio? A Keith, en cualquier caso, tal embellecimiento le parecía poco artístico. En aquella época pensaba que el arte debía ser fidedigno, y por lo tanto implacable. Pero la mano había seguido al ojo con misteriosa facilidad. Y así era Gloria en el dormitorio: de una extraordinaria concordancia entre mano y ojo. ¿Cómo —se preguntó Keith— dibujaría Gloria a Gloria? Mirándose en el espejo de cuerpo entero, desnuda, con lápiz y papel, ¿cómo decidiría representarse? El físico, por supuesto, sería normalizado. Y la cara sería honesta y sin hermetismos.

El frío aliento de los ciclámenes. Evanescentes, como la estación, ahora una disolución fría. Aquel verano era el clímax de su juventud. Había llegado y se había ido: había terminado; y con Lily, su primer amor, su único amor, probablemente era el final. Mucho había ganado, sin embargo (se dijo, en el silencio de septiembre), con el ejemplo de Gloria Beautyman. Ahora pensaba en Londres y en su millón de chicas.

Whittaker estaba colocando las piezas blancas en la mesa del salón. Lo hacía por bondad de corazón, porque Keith ya no jugaba al ajedrez con él. Whittaker se sentía aliviado al respecto, y lo mismo le sucedía a Keith, al principio. Pero Keith ahora jugaba con Timmy.

—¿Sabéis lo que soy? Soy un padre frustrado. No soy siquiera una mariquita. Soy un padre. Amen. Ha habido una evolución.

Keith alzó la mirada: Whittaker, que tan a menudo parecía llenar el hueco de su hermano Nicholas... Setenta y dos horas después, Keith estaría en brazos de su hermano y se lo contaría todo...

—Amen se ha enamorado... a su modo. No de mí, por supuesto. Es una de esas pasiones imposibles. ¿Y sabéis qué? No me pude emocionar más. Le doy de comer y lo cuido. Y él es tan dulce conmigo. Soy un padre frustrado.

—¿De quién se ha enamorado?

—En realidad es fantástico —dijo Whittaker—. Hace tres días llevó a Ruaa al autobús. Y yo creía que la iba a acompañar hasta Nápoles, como hace siempre. Pero no; la montó en el autobús y volvió aquí directamente. Para estar cerca del ser amado. Es un amor que no osa decir su nombre. Gloria.

Ya no había ninguna duda. Keith tenía que volver con la gente normal. Y con rapidez.

—¿Gloria?

—Gloria. Dice que se va a volver *normal* por el culo de Gloria.

—¿Puedes repetírmelo...?

—Lo diré con otras palabras. Amen está pensando en hacerse hetero... por el culo de Gloria.

—Y... ¿tiene esperanzas?

—No. Es demasiado exaltado para eso. Está considerando la posibilidad de hacerse hetero en honor del culo de Gloria.

—Creo que ya entiendo.

—No le gusta su cara, ni nada por el estilo. Ni su personalidad. Ni su talento con el lápiz. Solo su culo.

—Solo su culo.

—Solo su culo. Aunque también le gusta bastante su pelo.

Keith encendió un cigarrillo.

—Bueno, me he dado cuenta de que de un tiempo a esta parte está siempre ahí abajo. —Amen, junto a la piscina, con las piernas cruzadas, en una silla de director de cine; sus gafas oscuras eran extrañamente protuberantes, como antenas—. Me preguntaba... ¿Ha hecho las paces con las tetas de Scheherazade?

—Todo lo contrario. Piensa que están más violentas que nunca. Pero las soporta por el culo de Gloria. Y ahora está sumido en una especie de tierna desesperación. Se ha vuelto humilde. Está desesperado. Dice que jamás encontrará a un macho con un culo como ese.

—Y no lo encontrará, ¿no es cierto? —dijo Keith, convencido—. Quiero decir que es un culo muy femenino.

—Tan femenino como las tetas de Scheherazade. Y es extraño. Los culos que nos gustan son musculosos..., en forma más bien de cubo. Y el de Gloria es...

Como un tomate de campeonato, sentenció Scheherazade aquella vez..., refiriéndose a los pantalones de pana roja tan litigiosamente desatados en los jóvenes varones de Ofanto. Más tarde, aquel mismo día, haciendo un solitario, Keith consiguió una conjunción visual exacta: el as de corazones. En dos dimensiones. De corazones: corazones. Que no era el palo correcto.

—Entonces no lo entiendo, Whittaker. ¿Por qué el culo sí? ¿Por qué el culo sí y las tetas no?

—Hay una diferencia básica.

—Ah, joder. Disculpadme un momento. ¿Cuál es esa diferencia básica?

—Los chicos tienen culo.

* * *

Keith no necesitaba que le recordasen que los chicos tienen culo. Todas sus lentas quemaduras internas, las fluctuaciones y reorganizaciones, semejantes a troncos que sucumben al cambio en el corazón de un fuego..., todas ellas le ocasionaban una conmoción en las entrañas. Al resabio de sudor frío de la mazmorra añadía ahora el olor no de sus inquietudes muertas, de su ayer: era su presente, y su apuesta en él, lo que parecía estar evacuando. Se puso en cuclillas. Esperó. El último tirón recordatorio del dolor. Iba saliendo... ¿Y adónde va el dolor, se preguntó, cuando se va? ¿Desaparece o va a alguna otra parte? Ya sé, se dijo. Se sume en el pozo de la propia debilidad y aguarda.

Estaba echado en la bañera verde clara, en el espacio invernal del cuarto de baño de la mazmorra. Era un lugar para el dolor, para la tortura y el traumatismo, con sus ganchos de carnicero colgantes, sus canales de desagüe, sus cubos, sus tablones para pasar por encima, y su gran familia de los suburbios, de las botas de goma cubiertas de barro seco. El cuarto de baño del torreón encapotado era el lugar para el placer (para la contemplación de las figuras humanas en el espejo), el lugar donde, sin embargo, él había aprendido que el placer podía quemar y morder, dar punzadas y puñaladas.

Su conversación con Whittaker había reabierto en él una vía de malestar: la contraintuición de que su día con Gloria Beautyman había sido en cierto modo *homoerótico*. Y esta evidencia no hacía más que acrecentarse. Primero, Gloria era una marimacho sexual: le gustaba subirse a los árboles, y ensuciarse y raspase las rodillas. Luego estaba el asunto (nada baladí) de ser una chica-polla. *Jorquil tenía el descaro de llamarme coqueta*, dijo con lo que parecía una indignación genuina. *¿Sabes lo que significa esa palabra? Es ridículo. Mido uno setenta y dos en zapatillas*. Y, diciendo esto, se levantó de la cama y salió desnuda del cuarto; y Keith imaginó que sus nalgas eran un par de testículos gigantescos (del latín *testiculus*, literalmente «testigo»: testigo de la virilidad), no ovals sino perfectamente redondos, que ascendían hasta la erección de su torso y el glande de su cabeza. Tercero, su nombre: Beautyman. Cuarto, y más obvio: estaba la bestia de una espalda. Más el siniestro refinamiento. Había oído y leído que las mujeres podían ser masoquistas. A Gloria, sin embargo, no le interesaba el dolor. No era masoquista. Pero se suscitaba una pregunta: ¿podía una mujer ser misógina... en la cama?

Había también un sexto elemento; era revolucionario, y quizá por eso él aún no lograba aprehenderlo... El secreto de Gloria. Su zona media, el ónfalo, como la convexidad soldada en el centro del escudo.

Timmy, con las blancas, jugó P-4D; y lo mismo hicieron las negras. Las blancas jugaron P-4AD. Ofrecían un peón: jugada conocida como gambito de dama. Los dedos largos y torneados de Timmy —todos ellos parecían tener vida independiente— regularon y seleccionaron dos cosas, una revista y un folleto, del montón de material de lectura que había al lado de su silla. El folleto se titulaba *Un Dios* y la revista *Perro de caza*^[39]. De momento aquellas revistas seguían sin abrir en su regazo.

—¿Cómo te ha ido en Jerusalén..., tu trabajo? —preguntó Keith, que trataba de ganar tiempo. En su penúltima partida había aceptado el gambito de dama, y después de que Timmy avanzara su peón de rey a la cuarta fila, el centro de Keith desapareció al instante, y cinco jugadas después su posición —su simulado reino— estaba en ruinas. Ahora, dócilmente, jugó P-3R y dijo:

—¿Algún éxito?

Timmy jugó C-3AD.

—¿Perdón?

—Convirtiendo judíos.

—Bien, si te refieres a las cifras, la cosa es más bien un fiasco. Verás, nuestra prioridad era captar a esos tipos con la..., ya sabes, esos tipos con gorrito. Y esas patillas raras. Y, ya sabes, tienen la mente muy estrecha.

Keith le preguntó a qué se refería.

—Bueno, te acercas a ellos y les dices, ya sabes, hay otro camino. ¡Hay otro camino! Y ellos se limitan a mirarte como si estuvieras... ¿Estás seguro de que quieres hacer eso?

—Compongo.

—Son tan cerrados de mente... Es asombroso. No te lo podrías creer.

Todo parecía ir muy bien. Salvo que Keith, por quinta partida consecutiva, estaba recibiendo un gran varapalo en el tablero de ajedrez; salvo que Timmy, aquel verano, había sacado unas notas increíbles en matemáticas en la Universidad de Cambridge; salvo que aquellos dedos largos suyos, la noche anterior, habían corrido y se habían contorsionado sobre el mástil de su chelo, mientras la otra mano tallaba una fuga inverosímilmente atormentada (de J. S. Bach; Oona la escuchó con lágrimas en los ojos cerrados). Keith dijo:

—Vaya, eso es muy fuerte...

—Tienes el alfil *en prise*... No te importa, ¿verdad? Hay gente que lo considera ofensivo.

—No, no me importa.

Y Timmy se echó hacia atrás y abrió *Perro de caza* con un súbito gruñido de interés... Keith, después de muchas vacilaciones, situó otra pieza vana enfrente de su rey. Luego Timmy levantó la mirada y le ofreció el terrible regalo, el terrible amigo de su jugada siguiente.

Oyeron que les llamaban para la cena.

—¿Tablas? —dijo Timmy.

Keith echó una última ojeada a su posición. Las negras estaban amontonadas o dispersas; y todas ellas eran como aves con las alas rotas. Mientras que las blancas estaban en orden de combate, como las apiñadas huestes del cielo, llameantes de belleza y de poder.

—Abandono —dijo Keith.

Timmy se encogió de hombros y se inclinó hacia delante para restaurar el orden del montón de sus lecturas. Revistas y folletos de interés urgente para los conversos, para la comunidad de la jara y el sedal. El ajedrez y las matemáticas y la música: eran las únicas esferas, había leído Keith, en las que podían darse los *prodigios*. Es decir, esos seres humanos capaces de originalidad creadora antes de la eclosión de la adolescencia. No había prodigios en ninguna esfera más. Porque estos sistemas cerrados no dependían de la vida: de la experiencia de la vida. Quizá la religión también era prodigiosa, cuando los niños sueñan con verdadera fuerza con Papá Noel y su trineo.

Scheherazade se acercó hasta Timmy y le cogió del brazo, y se lo llevó con paso majestuoso, con su andar sesgado y toscamente elegante. Oona, Prentiss y Gloria Beautyman fueron las últimas en dejar la sala.

—¿Qué tal te va —le preguntó Keith a Gloria— con *Sentido y sensibilidad*?

—Fatal —dijo ella (vestida con unos pantalones de brocado de terciopelo negro y una camisa de seda entallada)—. Lo dejé a las siete páginas.

—¿Por qué?

—Me hace sentirme como una chiquilla. Toda esa verdad. Me asusta. Lo que ella sabe.

Oona les estaba entreoyendo mientras salía, así que Keith dijo:

—¿Puedes creer que era más joven que tú cuando escribió eso? Se cree que escribió sus tres primeras novelas cuando aún no había cumplido veintiún años. La primera a los dieciocho.

—Imposible.

—Con tan poca experiencia en la vida... ¿Por qué te pellizas las tetas? —dijo Keith—. En el espejo. ¿Por qué haces eso? ¿Porque la sensación es placentera?

—No. Porque la *visión* es placentera. El cuarto de la criada —dijo con toda naturalidad—. Está genial para nosotros. Podríamos quedar en él y hacer aquello de lo que hablamos. Lo de apretármelas bien juntas... ¿O te doy demasiado miedo? Tendría que dártelo, ¿sabes?

—No me das demasiado miedo.

—Sí, solo que hay una pega en el cuarto de la criada —dijo, y sonrió—. Que tiene una criada dentro. Madonna. Ya puedes dar gracias. Piensa en ti mismo como en Adriano con mi Rita. Has tenido tu regalo de cumpleaños.

Keith la vio alejarse, con su ceñido atuendo negro: el as de picas, esta vez. Solo

que esta vez la pica estaba al revés...

La orgía de un día entero con Gloria no le había recordado nada del pasado, salvo en aquel instante de desconexión del principio, en el cuarto de baño, cuando lo invadió el vértigo (*Mira lo que pasa cuando utilizo dos dedos*) y sintió que se le esfumaba todo el valor. Durante apenas un instante, no fue capaz de enfrentarse a lo que vendría a continuación. Le recordó un episodio sobre el que había reflexionado mucho, en otro cuarto de baño, en 1962, con una tal Lizzyboo^[40], la mágicamente transgresora hija de una de las más viejas amigas de su madre. Él tenía trece años y Lizzyboo la misma edad que la incipiente, la naciente Jane Austen. Lizzyboo cerró la puerta con llave por dentro y le dijo que iba a desnudarle para meterlo en la ducha. El pequeño Keith lloraba y se reía tontamente mientras ella manipulaba los botones: era como si te hicieran cosquillas hasta matarte. Luego Lizzyboo se metió la llave por el escote del jersey y se inclinó hacia él: *Si tienes tanto pánico como para echar a correr, puedes cogerla de aquí dentro*. Él alargó la mano para realizar esa misión —la misión de entrar en el futuro—, pero la mano no le obedeció. Su mano era la mano de un mimo que trepa por la pared de un cristal invisible. Tenía trece años entonces, y ella sintió lástima (le permitió huir). Y ahora tenía veintiún años.

—Timmy está a punto de bendecir la mesa —dijo Lily desde el umbral—. Y no querrás perdértelo.

La actitud de Keith respecto de la religión estaba evolucionando, al parecer. Ahora tenía motivos para dar gracias a Dios, para dar gracias a la religión. *Ah, millegrazie, Dio. Aw, tantissime grazie, religione*. Muchas veces, en sus fantasías temáticas, Gloria volvía a la idea de la blasfemia. *Dentro de media hora van a llevarme a la iglesia*, se decía a sí misma en voz alta, poniéndose el vestido de algodón blanco. *Voy a casarme con un hombre mayor. Qué suerte que siga siendo virgen. Con tal de que no me venga abajo ahora. Oh, hola... No te había visto ahí echado...* Y, una vez más, en el último momento, en el cuarto de baño, enfrente del espejo. La religión excitaba sexualmente a Gloria Beautyman. ¿Y quién podía resistirse si la cosa era así?

Camino del comedor Keith recordó algo más acerca de Lizzyboo. No era particularmente importante en ningún aspecto, suponía, pero era verdad. Lizzyboo tenía una habilidad especial, demostrada en tres o cuatro ocasiones, delante de la familia y de algunas visitas, y hasta en cierta fiesta (de estudiantes, docentes, profesores de sociología y de historia), para admiración y aplausos de todos los asistentes. Sentada en una alfombra, con los brazos cruzados a la altura de los hombros y las piernas levantadas y dobladas en el aire, Lizzyboo, con la sola fuerza de los músculos, recorría a toda velocidad la sala brincando sobre sus nalgas. Lo intentaron todas las demás chicas, y ninguna de ellas logró siquiera levantarse del suelo. Lizzyboo tenía una relación distinta con la gravedad, la fuerza de la gravedad, cuyo único deseo es arrastrarte hasta el centro de la tierra.

Sacudiendo la cabeza (¡la experiencia de la vida, la vida!), Keith se sentó en su

sitio a la mesa, entre Gloria y Conchita, enfrente de Jorquil, Lily y Adriano.

3. LA CASETA DE LA PISCINA

Misteriosamente indiferente en lo referente a Frieda (y, más tarde, con personas como Scheherazade y Rita y Gloria Beautyman), la policía se sintió siempre anormalmente interesada por D. H. Lawrence. No solo atrajo su atención *El amante de Lady Chatterley*: la atrajo también *El arco iris* (obscenidad), y también *Mujeres enamoradas* (libelo). Y también un libro muy tardío de poesía (*extremadamente indecente*, según el ministro del Interior; repugnante y nauseabundo, según el fiscal general del Estado). Lo bastante gay —muy en el fondo— para merecer la cárcel, Lawrence hizo caso omiso de la mofa de sus amigos y tituló la colección *Pansies*^[41], un juego de palabras, explicó, con *pensées*. Hubo dos ediciones de *Pansies*: la expurgada y la original, en la que figuran los once poemas más lúbricos.

Era la versión no expurgada, por supuesto, la que Keith estaba ahora buscando, y la encontró, en un estante de muy arriba de la biblioteca infinita. Abajo, Conchita estaba sentada en el escritorio con sus cuadernos de colorear. Keith la estudió: el moño apretado y negro, los hombros redondeados, una mano abierta sobre la superficie inclinada de cuero, la otra tendida hacia el sencillo prisma de sus lápices y pinturas de cera. Cuadernos de colorear: playas, vestidos de baile, flores...

—Lo he encontrado... ¿Qué tal Berlín?

Conchita se encogió de hombros, y dijo:

—Fuimos al Muro.

A diferencia de todos los demás, Conchita se había vuelto más joven en el curso del verano. La luminosidad precoz había quedado atrás, y ya no parecía fuera de lo normal que se apresurase a trabajar en sus cuadernos de colorear, o cuando cuidaba, con la más tierna y compasiva de las sonrisas, de Ducky y Lamby, de Patita y Corderito.

Keith bajó de las alturas y dijo:

—¿Y qué tal Copenhague? He estado en Copenhague.

—Frío. Y caro. Es lo que..., lo que Prentiss dijo.

—Di *caro* otra vez.

—Caro.

—Hace dos meses habrías dicho *carro*. Di *revistas*^[42].

—Revistas.

—Has cambiado. Ahora eres una norteamericana. Y estás más delgada. Te sienta bien.

El ejemplo de la apoplética Dodo, imaginaba Keith, había enseñado a Conchita a moderar su apetito (en las comidas ya no pedía repetir). Y la pérdida de peso, pensó, traía consigo también una mengua de problemas, de pesadez interior; Conchita ya no

vestía las negruras del duelo: vestía de blanco.

—Gracias..., tú también has cambiado.

—Oh, ¿de veras? ¿A mejor o a peor? A peor, ¿no? ¿En qué sentido?

Conchita sonreía al agachar la cabeza.

—Tienes los ojos raros.

—Oh, sí. Conchita. Ahí arriba en la torre. ¿Scheherazade se olvida a veces de cerrar con pestillo la puerta del cuarto de baño?

—Siempre.

Al poco Keith se despidió de la niña y salió al jardín. Las abejas habían desaparecido, al igual que casi todas las mariposas. Las ranas ya no borboteaban en sus pantanos. Las ovejas ya no estaban, pero los caballos, leales, seguían allí. Keith inclinó la frente. Más allá del prado, en una pendiente más alta, vio la figura de Adriano, que paseaba despacio con la cabeza baja y las manos unidas a la espalda.

—Oh, ¿qué te aflige, caballero en armas...? —susurró Keith...

Oh, ¿qué te aflige, caballero en armas,
ociosamente solo y pálido?

Los juncos se marchitan cerca del lago,
y ningún pájaro canta^[43].

Veo el lirio en tu frente, con relente de angustia y rocío de fiebre... Las parras están desnudas y las casetas de los limones cerradas. El granero de las ardillas estaba lleno.

—No había nada *siniestro* en eso —dijo Gloria—. Estás obsesionado.

—No, no lo estoy. Lo saqué a relucir en su momento, y lo vuelvo a mencionar ahora.

—Te pasa algo raro con eso. ¿Qué es?

—No creo que me pase nada raro.

—Oh, y a mí sí, ¿no? Dios, tú puedes seguir con esa cantinela... Es algo que muchas chicas hacen.

—Según mi limitada experiencia —dijo Keith, imaginando con terror cómo recibiría tal *refinamiento* Lily, por ejemplo—, no es algo que muchas chicas hagan.

—Bien, pues es pura ignorancia por su parte. Y son bobas si no saben esas cosas. Son bobas. Y tú estás obsesionado con ello. De acuerdo. Ejaculac... —dijo, con un giro completo de los ojos—. Es...

—Un momento... Es eyacular, ¿no? Lo pronuncias muy raro.

—Es porque iba a decir el nombre, no el verbo. So bobo. Estoy *rodeada* de

bobos...

Lo cual posiblemente era cierto. De lo que no había duda era de lo siguiente: Gloria estaba rodeada de italianos, y de italianos de la burguesía provinciana. Keith estaba en Montale, en la *casa signorile* del *sindaco*, o mansión del alcalde. Era un almuerzo para cincuenta o sesenta. Oona les había convencido para que fueran juntos al banquete (Prentiss y Jorquil estaban juntos a veinte italianos de distancia de Gloria y Keith). Acababan de escuchar dos largos discursos, uno pronunciado por un viejo dignatario (de barbilla tan larga como una barba mediana) y el otro por un soldado gordo uniformado por completo (cuyo mostacho en herradura le llegaba hasta el blanco de los ojos). Gloria, de forma harto cansina, estaba diciendo:

—La *eyaculación*... contiene muchos de los ingredientes de las cremas faciales. Y me refiero a cremas muy caras. Lípidos, aminoácidos que tensan la piel. No es una buena crema hidratante, y por eso me lavo para quitármela después de diez o quince minutos. Pero es un exfoliante estupendo. Y ¿qué significa *exfoliante*?

—No estoy seguro. ¿Deshojador?

—Te equivocas de nuevo. El diccionario con patas se equivoca de nuevo. Un *exfoliante* es algo que quita las células muertas. La eyaculación es el secreto de la eterna juventud.

—Supongo que, en cierto modo, es lógico.

Gloria dijo, vindicativa:

—¿Ya estás satisfecho...? ¿Estás viendo eso? Oh, no... Está eligiendo el pescado. —Raspó el mantel con la palma—. Me rindo. ¡El estúpido cabrón va a tomar pescado!

Keith miró en diagonal hacia el otro extremo de la mesa. Jorq contemplaba con un movimiento de barbilla aprobador cómo el camarero le servía una cuña de salmón en el plato.

—Es desesperante. No *escucha*...

Keith sintió que se le fruncía el ceño y dijo:

—El pescado... ¿Por qué...?

—¿No te enteras de nada? El pescado hace que el semen huelga horrible. ¿Ves? Ni siquiera sabías eso, ¿me equivoco? Pues ya lo sabes.

—Joder. Me acuerdo. *Estoy segura de que el pescado es muy fresco, pero Keith y yo estamos encantados con el cordero.*

—¿A qué viene esa murga ahora?

—Planeaste también esa parte. La noche anterior a mi cumpleaños. Lo planeaste.

—Por supuesto que lo planeé. Si no, hubieras comido pescado. Pues claro que lo planeé.

Keith dijo:

—Planear las cosas es muy importante. Me has enseñado eso.

—No se puede controlar todo, como es lógico —dijo ella, adormilada (e incluso más gélidamente que de costumbre)—. Es un error pensar que puedes controlarlo

todo. Ya sabes lo furiosa que me pongo; me pongo *tan* furiosa cuando voy a una cena y hay pescado... Y no te dan ninguna opción. Eso significa que todos los hombres están *hors de combat*. Así es. Y por supuesto no puedes decir nada. Tienes que quedarte allí sentada rabiando por dentro. Qué osadía..., es increíble, ¿no crees?

—Me haces verlo de forma diferente. A menudo haces que vea las cosas de forma diferente.

—Oh, Señor del cielo y de la tierra... Está repitiendo de pescado.

Keithapuró su copa de champán y dijo:

—Te diré una cosa, Gloria: deberías tomarte un dedo de esto. Y luego nos iríamos a aquel cuarto...

—Sí, sí. Estás en el buen camino. Estás en el buen camino para llegar a ser un joven absolutamente repelente. Con esos ojos nuevos y como efervescentes.

—¿Trabajas en secreto para la CÍA o el KGB?

—No.

—¿Eres en secreto de otro planeta?

—No.

—¿Eres en secreto un chico?

—No. Soy en secreto una polla... En el futuro todas las chicas serán como yo. Solo me he adelantado a mi tiempo.

—¿Todas las chicas serán pollas?

—Oh, no. Es algo reservado a unas pocas —dijo Gloria—. Lo de ser una polla. Ahora cállate y cómete la carne.

Keith dijo:

—La caseta de la piscina.

—Cállate y come.

Más tarde, mientras tomaba el café, Keith dijo:

—Fue el mejor regalo de cumpleaños que he recibido en mi vida. —Siguió hablando unos cinco minutos, y concluyó—: Fue maravilloso e inolvidable. Gracias.

—Ah, al fin un poco de reconocimiento... La caseta de la piscina, dices... Mmm. Tendría que llover.

De las muchas cosas de las que Dodo adolecía (de las que Dodo era un buen ejemplo), el narcisismo no era una de ellas, razonó Keith, sentado junto a la fuente femenina con *Pansies* en el regazo. En toda su vida adulta, Lawrence nunca respiró una sola vez sin dolor, y sus pulmones lo llevaron a dejar este mundo a la edad de cuarenta y cuatro años (últimas palabras: *¡Mírale... allí en la cama!*). Los poemas últimos de *Pansies* tenían como tema lo opuesto al narcisismo, el fin del narcisismo: la clausura humana del narcisismo. La autodisolución y el sentimiento de que la propia carne ya no era apta para ser tocada.

Lawrence fue bello en un tiempo. Lawrence fue joven en un tiempo. Pero ¿a cuántos les es dado ponerse delante del espejo y decir, con ardor: *Oh, me amo. Oh, me amo tanto...*? ¿A cuántos?

Lily estaba preguntando si podía quitarse el uniforme (y también se quejaba de la ardiente luz cenital). El uniforme, el de una doncella francesa, era en muchos sentidos un éxito. Pero dejaba algo que desear. ¿Qué? Esto. No importaba —en el nuevo mundo— si Lily amaba o no a Keith Nearing. Lo que importaba era si Lily amaba a Lily. Y no se amaba, o no se amaba lo bastante.

—Sí, adelante, pues —dijo Keith.

—No te has esforzado, me he dado cuenta —dijo Lily, echando a un lado el sedoso plumero y tirando del lazo del delantal blanco—. No has fingido ser el mayordomo o un lacayo.

—No —dijo él—. Yo soy normal.

¿Por qué son buenos los uniformes?

Por dos razones, dijo Gloria. Te hacen menos concreto. No soy Gloria Beautyman. Soy una azafata. Soy una enfermera. Las monjas son las mejores, pero cuesta muchísimo esfuerzo y resulta inútil sin los zapatos con hebilla y la toca.

—Lily. Déjame decirte algo sobre Pansy. Y dime si te parece que es normal. Quiero tu opinión legal. —¿La Pansy expurgada, o la no expurgada? Ya vería—. Y a cambio —dijo— puedes contarme por qué empezaste a usar bragas *sexys*. ¿Quién te lo sugirió? ¿Harry? ¿Tom?

¿Cuál es la segunda razón por la cual son buenos los uniformes?

Bien, se supone que ella está ocupada haciendo otra cosa, ¿no? Y está siendo muy mala por hablar contigo. La estás distraendo de su trabajo.

—Nadie me lo sugirió —dijo Lily en la oscuridad—. Lo decidí yo.

—Así que pensaste: Ya sé... Me cambiaré a las bragas *sexys*.

Lily, durante el acto sexual (con las faldas negras levantadas, las medias negras), suspiró un poco. No con suspiros altos no con suspiros bajos: con suspiros a ras de suelo. Pero ahora estaba suspirando como suspiraba en la mazmorra. Dijo:

—Bien, si te vas a ir a la cama con quien sea porque sí... Si vas a actuar como un hombre, tendrás que mostrar que lo has pensado bien. Las bragas envían una señal.

Keith dijo:

—Y la señal es... que la chica va a quitárselas. Solo las bragas no *sexys* se quedan puestas. —Y esto no era estrictamente cierto, se dio cuenta. Gloria le había enseñado una nueva técnica: permanecer con las bragas puestas durante un coito en toda regla. Y también Pansy (en su versión no expurgada) contravenía tal regla. Dijo—: También existe el automimo. Una señal de amor a uno mismo. Y es bueno.

—Tiene gracia —dijo Lily— que a Scheherazade hubiera que enseñarle lo de las bragas *sexys*.

—Y que no tenga el buen gusto de elegir bien. Como haces tú, Lily. Seguro que a Pansy la aleccionó alguien sobre lo de las bragas *sexys*. Seguramente Rita.

—¿Era guapa, Pansy?

—No en un sentido convencional. Pero era dulce. Pelo castaño largo y una cara dulce. Como una criatura del bosque. —Y con un cuerpo rotundo, Lily. De piernas morenas y largas, y con faldas y los vestidos increíblemente cortos que le imponía Rita—. Y fue el momento más asombroso, Lily. En toda aquella... —Se refería a la revolución del cambio radical—. En todo aquello. El momento más asombroso de todos.

Lily suspiró y dijo:

—Continúa.

—Bueno. Arn me llevó a su casa. Y en la tercera cita, Lily, ayudé a desnudarse a Pansy. Y cuando le bajé las bragas (ella se inclinó hacia delante, y yo le bajé las bragas), adivina qué.

—Lo sabía. Es una de esas que nunca ha tenido vello púbico.

—No, Lily... Lo extraño era... que yo podía percibir claramente que ella no quería. Por mucho que doblara la espalda. Iba a hacerlo, pero no quería hacerlo. No tenía «voluntad de». No había el «quiero hacerlo».

—¿Y lo hizo? ¿Por qué?

—Quería... No sé. Ir con el espíritu de los tiempos...

Lily dijo:

—¿Y fuiste hasta el final?

—Por supuesto que fui hasta el final. —Para ser totalmente franco contigo, Lily, llevaba una racha mala con las chicas. Y parecía que iba a seguir teniéndola con Dilkash, y luego con Doris. De acuerdo, no era lo ideal precisamente. Pero por supuesto que fui hasta el final.

—¿Y qué te pareció?

—Fue todo muy sencillo. —Y luego seguimos en la cama unas tres horas. Y escuchamos cómo se las gastaba Rita con Arn en el cuarto de al lado—. Lo nuestro fue muy sencillo.

—Lo que hiciste... fue algo parecido a un abuso de confianza. En mi opinión legal, deberías haber hablado con ella... Me sorprende que fueras *capaz*.

—Oh, no me jodas, Lily. ¿Hablar con ella? —Intentar que las chicas dieran el siguiente paso... era algo que me había llevado media vida—. No sería yo quien le dijese a Pansy que se pusiera las bragas.

—Fue una especie de violación, en cierto modo.

—No. —Tal acusación ya se la habían formulado, claro está. El superego: la voz de la conciencia, y la cultura; las voces de los padres y las presencias de las madres—. No. Supongo que no hacía más que aprovecharme del espíritu de los tiempos. Eso es todo.

—Y seguiste yendo por allí.

—Sí. Durante meses. —Estaba en una situación comprometida. Y, si te soy completamente sincero, Lily, pensé que podría terminar con Pansy sin demasiadas complicaciones. Pensé: La chuparé y chuparé ahí abajo..., y luego iré descolgándome poco a poco—. Lo intenté todo. Le escribí cartas. Le compré regalos. —Traté de terminar con ella de buenas maneras—. Y le decía que la quería, lo cual era verdad.

—Ya veo. Un chico fácil para el amor... A lo mejor le gustabas. Y ella era una chica tímida y poco efusiva. Pero a lo mejor sí quería...

—Eres muy amable, Lily. Y me gusta pensar que es así. —Pero no lo era, y Pansy lo dejó claro. De momento, sin embargo, Keith silenció aquella información. Encendió un cigarrillo y dijo—: En Montale, en el club nocturno, le pregunté a Rita qué había sido de Pansy. Mi gran esperanza era que al final hubiera resultado ser gay. Pero el Perro me contestó... con mordacidad, no creas. Con mordacidad. El Perro me contó que Pansy se había ido al norte para casarse con su primer amor.

—Así que ella y tú... Así que en realidad no lo hacía de muy buen grado. Es horrible, en cierto modo, ¿no?

—Sí.

—Que la gente lo haga sin que esté en su naturaleza. Sin deseárselo realmente. Es peor que cuando la gente no lo hace cuando debe, ¿no crees? Cuando lo desea. De alguna forma.

—Sí.

—Un nombre tonto, Pansy.

—No, no lo es. Es el nombre de una flor. Como el tuyo.

—Ahora calla...

... Cuando era niño —con nueve, diez, once, doce años—, todas las noches, todas y cada una de ellas, se iba a dormir con fantasías de rescate. En aquellos pensamientos vividos, anhelantes, no rescataba a chiquillas sino a mujeres hechas y derechas: bailarinas y estrellas de cine de gran envergadura. Y siempre a dos a un tiempo. Esperaba en su bote de remos, junto al muelle de la isla fortaleza. A través de los crujidos y gorgoteos alcanzaba a oír cómo sus tacones altos corrían por el puente levadizo bajado, y luego las ayudaba a subir al bote: Bea con su vestido de baile, Lola en leotardos, y Keith con el *blazer* y los pantalones cortos del colegio. Las dos mujeres le hacían grandes fiestas y quizá le acariciaban el pelo (no más), mientras las conducía remando hacia el refugio.

Violet nunca aparecía en aquellas ensoñaciones, pero Keith siempre supo que ella era la fuente de sus fantasías, que ella era la cautiva inocente, la prisionera ultrajada. Los pensamientos y sentimientos que le inspiraron sus ansias de rescate habían sido eliminados. No le producían más que amargura.

Había intentado entrar en él, llevaba horas intentando entrar en él, en el mundo de los sueños y la muerte, de donde viene toda energía humana. A las cinco oyó cómo una lluvia de dedos livianos golpeaba el grueso cristal.

Timmy, con una bata plateada con manchas, estaba sentado a solas en la mesa de la cocina; hacía el crucigrama simplón de un *Herald Tribune* atrasado. Gloria, en camiseta blanca y pantalones de pana rojos, estaba de pie delante del fregadero... Como de costumbre, Keith se asombró de ver a Timmy, a Timmy pensando en sus cosas en la planta baja. ¿Por qué no estaba siempre arriba con Scheherazade? Y lo mismo podía decirse de Jorquil. ¿Por qué no estaba siempre arriba con Gloria? Pero no. Los dos hacían otras cosas. Por increíble que parezca, incluso salían juntos a dar largos paseos en el Jaguar de Jorquil, en busca de iglesias y quesos...

Keith quería hacerle una pregunta a Timmy: *Puede que suene raro, Timmy. Pero ¿se te ocurre que pueda haber algo religioso en la caseta de la piscina?* Porque Keith sabía que ese era el tema que necesitaba. Se acercó a Gloria por detrás y abrió los dos grifos al máximo. El tiempo ya era de por sí bastante ruidoso. Dijo:

—Mira ahí fuera, Gloria. Aguanieve sucia. Y Jorq va a estar por ahí toda la tarde.

Gloria miró por encima del hombro. Al igual que Keith cuando pugnaba con *Mañanas en México* o *Crepúsculo en Italia*, Timmy se retorció en la silla y se rascaba la cabeza.

—Es mi último día. Por favor. Quedemos en la caseta de la piscina. Por favor.

Gloria dijo, en tono cortés:

—¿Para qué? Para mamártela, supongo. —Con eficiencia suma, siguió enjuagando vasos al estilo, tal vez, de Edimburgo (tapando con la palma ahuecada el borde del vaso)—. Ya sé. Habrá un breve besuqueo, y luego sentiré esas dos manos en mis hombros. Ya sé.

Keith escuchó atentamente, pero ninguna voz interior le estaba aconsejando. ¿Dónde estaba esa voz interior? ¿De dónde provenía? ¿Era el *ello* (el *eso*: la parte de la mente que tenía que ver con los impulsos instintivos y los procesos primarios)?

—Solo quiero besarte aquí —dijo, y le tocó el vientre con las yemas de los dedos—. Una vez. Puedes venir vestida de Eva.

—Esa es una cuestión interesante. ¿Cómo se viste una de Eva?

—Eva después de la Caída, Gloria. Con la hoja de parra.

—Bien. Un tiempo horrible, lo admito. Y ya no es ni siquiera blanca, la nieve. Es nieve sucia. Ahora déjame pensar... Bajaré en traje de baño y me podrás follar en el banco: extiende algunas toallas encima. Luego me zambulliré en la piscina y volveré rápidamente arriba. Y...

—¿Sí?

—La rapidez será esencial. Diez embestidas, y se acabó. ¿Diez? ¿Estoy loca? No. Cinco. No, cuatro. Y, por el amor de Dios... Baja pronto, y estate preparado. Y espero que el tiempo no mejore. Las dos y media. Sincronicemos los relojes... Oh, y...

—¿Sí?

—¿Con qué hoja de parra?

Keith le dijo que la dorada y se quedó mirando cómo se alejaba; luego, debilitado por la irrealidad, se sirvió una taza grande de café y se quedó allí de pie un momento, mirando a Timmy, que seguía con el crucigrama simplón, con los rectángulos vacíos.

—Heinz —dijo Keith.

—¿Perdón? —dijo Timmy.

—Uno horizontal. *Gran marca de alubias guisadas con tomate.*

—¿Qué?

—Heinz —dijo Keith, que en sus tiempos había comido montones de latas de ellas—. Beanz es Heinz.

—¿Cómo lo deletreas? Bien. ¡Ajá! Cinco vertical. *La vigésima sexta del alfabeto.* Tres letras, y empieza por zeta^[44]... No, es una pregunta con truco, Keith. Este es un periódico norteamericano. Y la pregunta es tramposa. Parece sencilla, pero no lo es.

El reloj de Keith funcionaba con toda normalidad. Las manecillas marcaban las diez menos cinco. Razonablemente pronto, pues, tendría que prepararse en la caseta de la piscina.

—Es diabólico —dijo Timmy—. Mira. Uno vertical. *Reino de Plutón.* ¿A qué se refieren con eso? Cuatro letras. Empieza por hache^[45].

Keith acercó una silla y dijo, con amabilidad:

—Déjame que te ayude.

Adriano estaba solo en una de las antesalas yertas y silenciosas.

Y Keith, al cruzarla, podría haberse apresurado y haber pasado de largo; pero lo captó y lo prendió la visión de la delicuescencia. Adriano lloraba en silencio, como un niño, con la cara hundida entre las manos empapadas. Detrás de él, el ventanal, y las piedras de granizo que golpeaban los cristales emplomados, y a continuación los estremecimientos sesgados de sus colas; y más allá, el tercer escalón, la cortina de bambú de la nieve manchada... Las lágrimas se filtraban a través de los nudillos apiñados, y seguían cayéndole hasta los muslos. ¿Quién hubiera pensado que el conde tuviera tantas lágrimas en su interior? Keith pronunció su nombre y se sentó a su lado, en un canapé bajo. Muy pronto sería la hora de prepararse en la caseta de la piscina.

Transcurrió un instante, y Adriano alzó una mirada vaga. Aquellos ojos..., las pestañas pegadas y perladas de lágrimas...

—Le he..., le he abierto mi corazón —dijo.

—¿Y no ha servido de nada?

Adriano, vacilante, alargó una mano húmeda hacia el cigarrillo de Keith; dio una chupada, echó el humo, tosió. Y Keith sintió deseos de rodearlo con el brazo... e incluso sintió el impulso de estrecharlo contra sí. El día anterior le había visto encaramado en la barra fija. Dejando a un lado, de momento, las gélidas severidades de su yoga, Adriano se había subido al armazón de acero, donde se hizo un ovillo y se

puso a girar. Y Keith pensó en la enorme mosca que había matado hacía poco y en cómo le había dado la sensación de desaparecer en el torbellino de su propia muerte.

—No soy ningún inocente —dijo Adriano y aspiró largamente el aire con un sonido trémulo—. Quizá te sorprenda oír, Quiche, que he conocido bien a más de un millar de mujeres. Oh, sí. Un hándicap, en este campo, puede resultar que no es un tal hándicap. Y una gran riqueza ayuda, qué duda cabe... Yo lo intento con todas mis fuerzas, ¿sabes?

Keith se sentía escéptico al respecto, pero se preguntó si Adriano había tenido alguna vez tiempo de confeccionar una lista.

—Estoy seguro de que lo haces, Adriano.

—Oh, no soy ningún inocente. Al principio, con Scheherazade, mi afán era puramente carnal. «El amor» no era más que una estratagema para inspirar confianza. Nuestra visita a Luchino y Tybalt en Roma pareció surtir el efecto de costumbre. Oh, no pido disculpas. Un caso muy duro de pelar, Scheherazade. Luego Rita, y el necesario cambio de táctica. Una esperanza muy débil..., pero merecía la pena intentarlo, pensé. Oh, no estoy pidiendo disculpas.

Y Keith lo vio todo con claridad. Las chicas de Adriano eran actrices contratadas. Luchino y Tybalt eran actores contratados: en la realidad, en el fregadero de la cocina, Adriano venía de una larga y continuada estirpe de enanos: enanos ricos y nobles, sin duda, pero por fuerza no combatientes. Keith se encogió de hombros y dijo:

—¿Y entonces, Adriano?

—Entonces, súbitamente, el amor me alcanzó. Fue como el rayo proverbial. Ráfagas de sentimientos que jamás había conocido. Scheherazade. Scheherazade es una obra de arte.

—¿Y ahora, Adriano?

—¿Qué voy a hacer? Sé que no puedo descansar. En fin. Me iré de viaje. Oigo en el aire el nombre de *África*...

Y Keith, recuperando la calma, pensó: Oh, sí, eres todo un «personaje», ¿no es cierto? Adelante, pues: enrólate en la Legión Extranjera, la Legión de los Perdidos^[46]... ¿Quiénes eran estos *personajes*, con sus excentricidades aplicadas? Jorquil era un personaje y Timmy estaba resultando un personaje. ¿Era la alta cuna un requisito indispensable para ser un personaje, lo que les confería esa impronta? No. Rita era un personaje. Rita era rica. ¿Se necesita dinero, entonces, para ser todo un personaje? No. Porque Gloria era todo un personaje, y Gloria era —en palabras propias— más pobre que un ratón de sacristía.

—Adiós, amigo mío. Y por favor transmite mis respetos a Kenrik. Quizá no volvamos a vernos jamás. Te doy las gracias por tus amables palabras.

—Adiós, Adriano.

Sedada ya con Aziium (se tomaría otra pastilla camino del aeropuerto), Lily estaba en el cuarto de la mazmorra, leyendo y descansando y dando los últimos toques a su

equipaje (que a la mañana siguiente volvería a rehacer). El reloj marcaba las doce menos veinte: muy pronto, pues, sería hora de prepararse en la caseta de la piscina. En el intenso, palpitante calor de la caseta de la piscina. Ya no nevaba. Solo llovía. Pero con fuerza y violencia.

El día aclaró hacia el final de la tarde, dando paso, tras la cortesía última de una llovizna, a un anochecer rosa y amarillo. Keith se fijó más que de costumbre en el cielo aquel atardecer, acaso consciente de no haberlo contemplado lo bastante últimamente. Aquellos rosados como mohines, aquellos naranjas de burdel. El sol deparó una puesta especial, con una sonrisa esplendente y luego hizo mutis por la izquierda del foro. Justo antes de la caída del telón, un Venus maduro caliente, pleno de fuerza ascendía en el azul que se oscurecía por momentos. Y Keith pensaba que debería haber un firmamento para cada uno de nosotros. Todos nosotros deberíamos tener un firmamento especial. ¿Cómo sería el mío? ¿Cómo sería el vuestro?

Gloria estaba fuera, en la terraza del oeste, bosquejando el contorno de las montañas, y Keith se acercó a ella con su vaso de cerveza.

—Buenas noches, Gloria.

—Buenas noches, Keith.

—He estado ahí abajo cuatro horas.

Ella no se rio exactamente, pero cerró los ojos y apretó los labios, y se dio repetidas palmadas en el muslo con la mano.

—Cuatro horas. Por cuatro embestidas. No, está bien.

Siguió trazando líneas con la cabeza baja.

—Vuelve a hacer calor —dijo Keith, y registró fielmente su vestido escotado esmeralda, la complejidad casi frívola de sus clavículas y los cálidos surcos a ambos lados de su garganta.

—Ahora me pregunto cómo habrá sido —dijo Gloria, contemplativa—. Veamos. Estaba allí muy prontito, por supuesto. ¿A la una y media? Poniendo toallas para que estuviéramos más cómodos. Y todo esperanzado hasta eso de las tres y media. Luego ya menos. Hasta que, finalmente, acabas haciéndote una paja —dijo, utilizando la goma de borrar y apartando las briznas con el dedo meñique—. Y subes y le dices a Lily lo mucho que te gusta bañarte en la piscina bajo la lluvia.

Continuó hablando en un tono de concentración tranquila:

—Tienes suerte. Tienes suerte de que ella no haya bajado y te haya dado una sorpresa desagradable. Te habría costado mucho darle una explicación convincente. Allí sentado con la polla fuera en medio de la tarde. Pero ese es tu estilo, ¿no?

—¿Mi estilo?

—Sí. Que te pillen sin que siquiera hayas hecho nada. Como con Scheherazade. Y ni siquiera tuviste la sesera suficiente para darte cuenta de que Scheherazade había

cambiado de opinión. Y lo de la pastilla que huele fatal en el vaso de *prosecco*. Patético.

Era cierto: el radar de bruja de Lily era un artilugio obsoleto en comparación con el gran despliegue, el NORAD transcontinental de Gloria Beautyman. ¿Y Keith? Él era un radioaficionado de antena única, barba pelirroja, con un problema de peso, con diabetes... Y, como en un paréntesis, se preguntó: En todo el período postMarconi, en todo el mundo, ¿había tenido alguna vez novia un radioaficionado? Gloria, aún dibujando, borrando, sombreando, dijo con voz queda:

—A veces, en el desayuno, Lily te mira, y luego me mira a mí, y luego vuelve a mirarte. Y no con cariño precisamente. ¿Qué le estás haciendo en la cama por las noches?

—Oh, ya sabes. Animo un poco la cosa...

—Mmm. El caso es que, en tu cumpleaños, llevé a cabo un pequeño crimen. Y ahora tú estás tratando de quedarte prendido de aquel suceso. Intentando quedar prendido..., cómo se dice..., retroactivamente. Keith, eres un incompetente; es un hecho probado... Que confundiste los vasos de la bebida... Tendrías que estarme agradecido de que me callara y no dijera que lo que tomaste fue cerveza.

—Sí. Gracias por eso. Me sorprendió. No tenía ni idea de que te gustara.

Gloria dijo:

—No me gustas.

—¿No?

—No. Eres muy molesto. Pero pensé: Oh, me servirá... Tenía razones para hacerlo.

—¿Qué razones?

—Tenía varias cuentas mentales que ajustar. Digámoslo así. Vi la oportunidad. Llámalo... —Oyeron el Jaguar de Jorquil abajo, en el camino de grava—. Llámalo autoexpresión. Ahora a esperar que el estúpido cabrón se ponga el esmoquin encima del jersey sudado. Voy a entrar. ¿Quieres algo más?

Keith aún pudo utilizar a Gloria —los poderes adivinatorios de Gloria, lo que ella sabía...— durante otros dos o tres minutos más. Quería preguntarle sobre Violet. Pero eligió una analogía, un relato corto aún más corto: le dio la versión no expurgada.

—Y entonces Rita y Pansy —pronto estaba diciendo— nos dieron un beso de despedida en noviembre y se volvieron al norte. Ocho meses después, Arn y yo íbamos a su casa una noche, y ahí estaban ellas dos esperándonos en la calle. —Arn «sin chica», Keith «sin chica», y Rita y Pansy en el MGB descapotable, como starlets en una exposición de automóviles. Como en un sueño vulgar—. Subimos a casa. Solo hay una habitación con una cama grande, y nos metimos todos en ella.

—¿Y todo fue... a cuatro?

—No. Por parejas. Aunque estábamos todos desnudos... Menos Pansy. Que se había dejado puestas las bragas.

—Oh, santo Dios...

—Sí. Oh, santo Dios. Sí, mucho santo Dios...

—Así que tú... Así que estuviste manoseando a Pansy... mientras a unos cuantos centímetros de distancia...

—Sí, Gloria. —Mientras a unos cuantos centímetros de distancia el Perro se follaba vivo a Arn—. Cuatro horas. —Fue la peor noche de mi vida. Quizá por eso estoy aquí ahora. Con Lily en Italia—. Y ellos volvieron a hacerlo por la mañana. Mientras Pansy y yo nos hacíamos los dormidos.

—Bien, ¿y qué es lo que quieres saber? Había pasado ocho meses en el norte. Y les vino todo aquello a la cabeza... A Rita no, claro. A Pansy.

—Pero ¿por qué lo haría al principio? Antes. Cuando no quería hacerlo.

Y Gloria, siempre sorprendente, dijo:

—Ecolalia. La repetición sin sentido de lo que otros dicen y hacen. Ecolalia sexual. Pansy se acostaba contigo por una razón. Porque, si no lo hacía, Rita se burlaría de ella por no actuar como un hombre.

Keith se reclinó en la silla.

—Estaba pensando —dijo Gloria mientras cerraba el cuaderno y ponía el capuchón al lápiz—. ¿Te acuerdas de Whittaker? ¿Cuando nos habló aquella noche de la politización de los sostenes? Pues bien, esto era la politización de las bragas. Las bragas politizadas eran las que enseguida se quitaban.

Se pusieron de pie.

—Déjame llamarte en Londres, por favor.

Gloria se recogió alrededor el vestido verde. La cara cuadrada y la barbilla puntiaguda, el blanco de los ojos, el blanco de los dientes...

—Sé sensato —dijo—. Cuando pienses en mí, piensa en ti..., en la caseta de la piscina. ¿Quieres más de eso? ¿O menos?

—Bueno... Menos caseta de la piscina. Más cumpleaños.

—Me lo figuraba. Mira a aquel Keith. Destrozado de por vida. Keith, tu cumpleaños nunca sucedió. Lo imaginaste. Fui de excursión a aquellas ruinas.

En esmoquin, con un jersey beige, tras no muchos empujones de hombro y no demasiados bufidos, Jorquil logró abrir la puerta de cristal de la puertaventana.

—Y fue tan romántico verlas bajo la lluvia... Ah, aquí está. Estábamos admirando Venus. ¿No está hermoso esta noche?

Se sentó bajo el cielo ahora atestado de estrellas: era tal la profusión de ellas que la noche no sabía qué hacer con tantas. En realidad, sí sabía. En realidad sí sabía, por supuesto. Nosotros no entendemos las estrellas, no entendemos la galaxia (cómo se formó). La noche es más inteligente que nosotros: muchos Einstein más inteligente.

Así que siguió sentado bajo la inteligencia de la noche.

Gloria tenía razón. No, Keith no estuvo en su momento más atractivo ni más convincente en la caseta de la piscina. Encorvado sobre el banco, con el traje de baño alrededor de los tobillos. La caseta de pino tan ruidosa como una sala de máquinas, tan calurosa como una tahona...

También tenía razón en lo de Pansy. Era un principio importante, y él estaba de acuerdo: no hagas *nada* de cara a la galería. Y no hagas *eso*; sobre todo no hagas *eso*: lo íntimo, lo más íntimo. Y funcionaba en ambos sentidos. En el sexo, no lo hagas — y no dejes de hacerlo— de cara a la galería.

Y Adriano... también tenía razón. Cuando dijo que Scheherazade era una obra de arte. Todo su ser; su forma de mirar, pensar y sentir, la ingenua Scheherazade era como una obra de arte. Y no se podía decir lo mismo de Gloria Beautyman. Porque una obra de arte no tiene las miras puestas en ti. Puede tener ciertas esperanzas, pero una obra de arte carece de miras.

Era ya obvio que toda adaptación dura y difícil iba a recaer sobre las chicas. No sobre los chicos, que ya eran todos así, de todas formas. Los chicos podían seguir siendo chicos. Eran las chicas quienes tenían que elegir. Y la ingenuidad, probablemente, se había terminado. Tal vez, en aquella nueva era, las chicas necesitaban miras.

4. CUANDO YA TE ODIAN

Y la vida, por su parte, siguió actuando impecablemente bien hasta el último día del verano, este incluido. Iba a haber revelaciones, reconocimientos, medias vueltas, recompensas y castigos, y así sucesivamente. Y la vida, en general indiferente a estas cosas, siguió su curso obligado.

Después del desayuno, fueron a nadar, y se tuvo la oportunidad última de contemplar ávidamente, tras los cristales oscuros de las gafas, los cuerpos de las dos chicas, contemplación que él acometió con el espíritu de un archivero, para apuntalar la memoria. La cara y los pechos de Scheherazade lo llenaron de tristeza; y el culo y las piernas y los brazos y las tetas y el ombligo y el coño de Gloria Beautyman lo llenaron no tanto de sentimientos cuanto de una serie de impulsos. Los impulsos de un ave rapaz. *Raptor*: del latín; literalmente: «saqueador» (de *rapere*: «capturar»). Keith había entrado de nuevo en el mundo. O eso quería creer.

Era la primera vez que a Timmy le tocaba ir a por el café a la cocina; cuando, una hora más tarde, volvió y bajó con la bandeja, parecía algo más perplejo que de costumbre, y, mientras arrastraba las zapatillas por el suelo, dijo:

—Han llamado por teléfono. El tal Adriano. Está en Nairobi. Se oía muy mal.

—¿Nairobi?

—Ya sabes. Caza mayor. El Serengueti. Y que está hecho polvo en un hospital de Nairobi.

—Eso es terrible —dijo Scheherazade.

Sí. Fiel a sí mismo, Adriano había pilotado su propio helicóptero hasta Kenia. Y ahora Keith se preguntaba qué le habría pasado. ¿Lo habían medio devorado los cazadores de cabezas o las hormigas soldado? ¿Lo habían partido prácticamente en dos las mandíbulas de un hipopótamo? Y durante unos cuantos segundos pensó que el sino de Adriano no era más que una decepción artística, porque Timmy estaba diciendo:

—No, nada demasiado horrible. Fue anoche. Entró en el Serengueti VIP. Yo he estado en el Serengueti VIP. ¿No te acuerdas, niña, de cuando te fui a rescatar en Bagamoyo? Me refiero al Serengueti VIP. Te despiertan en mitad de la noche con esas pequeñas señales. Dos repiques de campanillas por un león. Ya sabes, visible en la zona iluminada. Tres por un rinoceronte. Ya sabes.

—¿Pero qué le ha pasado a Adriano?

—Oh, Adriano. Oh, tuvo un accidente con el *jeep*. Cuando intentaba encontrar el

aparcamiento del parque. Está en una colina, el Serengueti VIP. Y es..., es una locura, porque el aparcamiento... Da igual. Al final lo encontró, el aparcamiento. Un tanto molesto y nervioso ya, a qué negarlo. Y se estrelló contra un muro de ladrillo. Y el pobre se ha destrozado las dos rodillas.

Al cabo de un momento la cabeza de Keith dio una sacudida de asentimiento. Ese era Adriano. Siempre afligido por el mero mobiliario de la gran vida. Timmy dijo:

—¿Hay alguien aquí que se llame Kitsch?

—Debo de ser yo.

—Te manda saludos. Como he dicho, se oía muy mal.

Llegó la hora de las despedidas, abajo en la piscina, con Whittaker y Amen, y luego, en el castillo, con Oona, Jorquil, Prentiss y Conchita. Y con Madonna y Eugenio.

Ahora el viaje, y la tarea (apenas menos onerosa en el arte que en la vida) de desplazar a la gente de un lugar a otro.

El taxi llegó exactamente una hora antes, cuando los que iban a la iglesia estaban todavía en Santa Maria; el taxista, Fulgencio, que carecía por completo de frente (el pelo negro le ascendía justo desde las cejas), les llevó al pueblo desierto y desapareció alegremente.

—Vamos a presentarle nuestros respetos por última vez a la rata —le dijo Keith a Lily.

Pero cuando, en la calle hundida, llegaron al escaparate de la tienda de animales, se vieron saludados no por los ojos carmesí y el rabo vermicular de la rata, sino por un sobrecogedor vacío.

—¡Vendido! —dijo Lily.

—Puede ser. O puede que solo se haya escapado.

—Lo han comprado. Alguien lo ha comprado.

El cartel de la puerta rezaba *chiuso*. Keith miró dentro y vio a una mujer de negro con una fregona y un cubo de plástico rojo. Dijo:

—Dame el... —Alargó la mano hacia el bolso de Lily, en busca de un diccionario de bolsillo—. Allá vamos. *Il roditore*. El roedor.

—Eres tan horrible.

—Quédate aquí. —Entró en la tienda haciendo sonar la campanilla. Y al poco salió—. Tenías razón. La señora me lo ha explicado por gestos, haciendo que pagaba con unos cuantos billetes. Imagínate. Alguien pagando un buen dinero por una rata.

—Eso es. Pobre pequeño Adriano. Figúrate.

—Sí, figúrate. Tumbado boca arriba en una pequeña sala.

—Con todos los niños acariciándole la tripita. Figúrate.

Y ahora las campanas de Santa Maria proclamaban la paz en el cielo, y Gloria y Scheherazade salieron al frondoso patio con la cara radiante de inmortalidad y

alegría, ataviadas con su mejor ropa de domingo. Timmy iba detrás de ellas, con andar sigiloso.

Scheherazade (a quien Keith, muy pronto, tocaría..., a quien Keith besaría levemente por vez primera), Scheherazade fue directamente hasta ellos y dijo:

—Os lo habéis perdido. Oh, ha sido tan trágico. Tan emocionante. —Se volvió hacia Gloria con ojos suplicantes—: Cuéntales...

—Amen. En la piscina.

—Se ha acercado a ella en la piscina. Con las gafas de sol oscuras. Con unos ojos tan conmovedores.

—¿Y?

—Me ha dicho que me amaba —dijo Gloria secamente—. Y que siempre sería amigo mío.

—Y que la amaría hasta el final de su vida. ¡Parecía tan triste! Esos ojos tan espirituales... Y luego Whittaker ha venido como a sacarle del atolladero.

Mientras Scheherazade y Lily lloraban y se manoseaban y se susurraban adiós, adiós, adiós, Keith se vio al lado de Gloria Beautyman.

—*Espirituales* —dijo—. Le he seguido la corriente, pero la verdad es que Scheherazade es mema. *Esos ojos tan conmovedores...* Amen está obsesionado con mi trasero, eso es todo. Es normal en los maricas... Tienen gusto, Dios los bendiga. *Espirituales*. *Espirituales, mi culo...* Bueno, ahora mírame bien. No volverás a verme más.

Doblaron una esquina y se vieron milagrosamente solos, en una plaza estrecha llena de pájaros amarillos que volaban bajo, y nadie más...

Y la voz habló: *No trates de besarla. Cógele la mano. ¿Y me la llevo... adónde? Aquí. Venga. Solo durante un segundo. ¿Aquí? ¿Estás seguro? ¿Estará bien? Está bien. Los guantes negros y las campanas de la iglesia hacen que esté bien. ¿Y qué le digo?* Y la voz dijo:

—Gloria, este es tu poder —dijo—. Esta eres tú.

Gloria mostró los dientes (aquellas misteriosas piedras lunares tintadas de azul) y dijo:

—... *Ich*^[47].

Luego, por las ventanillas, Italia fue pasando y quedando atrás con sus amarillos de estroncio y sus verdes edénicos y sus azules cobalto y sus castaños rubia y sus rojos rubia... Al final los hombros encorvados de Fulgencio les llevaron kilómetro a kilómetro hasta la autopista, donde contorsionados nudos fabriles se fueron haciendo más y más cercanos, con sus bloques de pisos en forma de cubo y sus espacios abiertos donde niños medio desnudos jugaban en la tierra felices y contentos.

Antes de despegar, Lily pidió una almohada con voz espesa, y le cogió una mano

a Keith. Luego el avión rodó con estruendo y ganó velocidad y se irguió y se echó hacia atrás y ascendió en el aire mientras las torres de control iban perdiendo el equilibrio y tambaleándose a su espalda, y Keith y Lily dejaron atrás la tierra de Franca Viola...

Aún no habían remontado las nubes cuando el aparato pareció estabilizarse. La cabeza de Lily pugnó por acomodarse en el borde de la ventanilla. Keith encendió un cigarrillo.

—Conchita ha abortado en Ámsterdam.

—¿Qué? Oh, no me digas eso, Lily... Por favor, no lo digas más.

—Conchita ha abortado en Ámsterdam. De cuatro meses. ¿No has visto que se le ha ido la hinchazón?

—No pensaba que fuera una *hinchazón*. Pensé que había perdido peso. Por favor. Ya basta.

—Todos andaban con pies de plomo. Me pregunto si te diste cuenta de ese detalle. La violaron. Solo Prentiss y Oona saben quién.

—Por favor, no me cuentes más.

—No te diste cuenta. A veces no ves las cosas con claridad. ¿Tienes...? Oh, Dios santo..., ¿por qué estamos todavía entre las nubes?

Keith se reclinó en su asiento, y cayó en la cuenta —como quien repara en algo irrelevante— de que ya no le daba miedo volar. Tanto mejor. Cuando cerró los ojos se creyó a bordo de una nave en un cielo turbulento, con cambios bruscos de velocidad del viento y fuertes corrientes térmicas; luego estaba en un barco, en una mar encrespada, subiendo bajando, abriéndose paso en aguas violentas; luego estaba en un ascensor que ascendía como un cohete y caía en picado, pero no se movía de su sitio. Encauzados en la horizontal, si algo parecían hacer era ir marcha atrás a toda máquina. Miró hacia el exterior. El ala, blanca y tensa, parecía hecha de carne y tendones. Un caballo alado, un caballo con alas. Como las alas del caballo que llevó al cielo al profeta. Volvió a cerrar los ojos. Pugnando con todas sus fuerzas, el pequeño avión los llevaba trabajosamente hacia el azul...

¡Keith! ¡Keith...!

Eran las ocho y cuarto de la noche, y Keith estaba en la ducha del baño principal. Una vez el orden viejo hubo dejado paso al nuevo se agolpaban en él todos los trabajos del día: todos los rechazos y modificaciones, los disturbios y motines, todos los pecados seráficos. ¿Alguna vez se borrarían para siempre? Como Pirro en la caída de Troya, su

terrible, ennegrecido aspecto
mayor espanto da. Todo le tiñe

de la cabeza al pie caliente sangre
de ancianos y matronas, de robustos
mancebos y de vírgenes...

... ardiendo en ira,
cubierto de cuajada sangre, vuelve
los ojos, al carbunclo semejantes,
y busca, instado de infernal venganza,
al viejo abuelo Príamo...

Al momento le ve^[48]...

Keith salió al exterior. Ella estaba arrodillada sobre las baldosas, desnuda (salvo el sombrero de terciopelo, el velo negro, el crucifijo...).

*Dentro de diez minutos van a llevarme con las beguinas... A un convento...
Nostra Dama Immacolata. Voy a ser una desposada de Cristo... Ven.*

No puedo.

*Ven aquí, delante del espejo. Sí, sí puedes... ¿Sabes? El vulgo me llama Iesus.
Porque puedo levantarte de entre los muertos.*

Keith fue y se quedó de pie, goteando sobre ella, goteando sobre sus hombros, sobre su vientre curvado hacia fuera, sobre sus muslos: sobre la solidez elástica de Gloria Beautyman... ¿Llegó a oír el chirrido de las ruedas sobre la grava?

Mira. ¡Aquí! Fállame ahora y no morirás nunca.

Sí, era estupendo en el espejo, era más real en el espejo. Podías ver claramente lo que estaba sucediendo. Despejado, sin mácula de las demás dimensiones, las de la profundidad y el tiempo.

—¡Keith...! ¡Keith!

Sus ojos se abrieron... La cara de Lily, gris contra el gris. Y sus huesos son coral: lo que eran ojos son perlas.

—¿Cómo puedes dormir? ¿Dónde está el cielo azul, por el amor de Dios?

—No hay. Hoy no hay.

—Dentro de diez minutos estaremos los dos muertos. Dime...

La azafata pasó con paso apresurado.

—Los cinturones de seguridad —dijo.

—¿Puede seguir fumando?

—Puede seguir fumando.

—¿Está usted segura?

—Lily, la estás distraendo de su trabajo.

—Los dos vamos a morir. Dime lo que pasó con Gloria.

Keith dijo, con la seguridad del perfecto aburrimiento:

—No pasó nada. Seguí trabajando en mi reseña. Y ella estaba enferma.

—Muy bien, estaba enferma. Cualquiera podía ver que estaba enferma. Pero sucedió algo. Por enferma que estuviera. Cambiaste.

—No pasó nada.

—Cambiaste.

—¿Por qué no estás durmiendo?

—Sí, por qué no estoy dormida. Escucha. Te ayudaré con Violet si me necesitas. Pero se ha terminado.

Keith sintió que la nuez le subía y le bajaba en la garganta.

—¿Sabes? Aún te quería. Al principio. Hasta que empezaste a parecer un tipo de la funeraria a la hora de acostarte. Luego cambiaste. Mirabas fijamente, como un insecto palo. Me costó bastante, llegar a odiarte. Pero me las arreglé. Gracias por este verano horrible.

—Oh, no te pongas teatral —dijo él, con frialdad—. No ha estado tan mal.

—No. No ha estado tan mal. Me acosté con Kenrik. Esa fue la parte buena.

—Pruébalo.

—De acuerdo. Le dije: *Dile que no puedes acordarte*. ¿No es eso lo que te dijo? Pensé en ti en mitad del acto. Pensé: Sexo histérico... Es lo que es esto *en realidad*.

Keith encendió otro cigarrillo. En la noche de su reconciliación, y en otras ocasiones del pasado, Keith había conocido el sexo histérico con Lily. No había conocido el sexo histérico con Gloria Beautyman. La voz de Gloria cambió; buscó un registro más suave y profundo. Pero su calma no sufrió perturbación alguna (y alrededor del mediodía el propio Keith dejó de quejarse y gimotear y empezó a concentrarse). Y a Keith se le hizo patente ahora la peculiaridad esencial de su amante. Esta se aprestaba a ello como si el acto sexual, en toda la historia de la humanidad, no llevara en absoluto a la concepción de un nuevo ser, como si todo el mundo hubiera sabido inmemorialmente que era por otros medios como se poblaba la tierra. Todas las antiguas coloraciones de sentido y trascendencia habían perdido esa tonalidad... Cada vez que pensaba en su cuerpo desnudo (y esto seguiría siendo cierto), él veía algo parecido a un desierto, un bello Sáhara, con sus pendientes y sus dunas y sus espiras, con sus sombras y vahos arenosos e ilusiones ópticas, con sus oasis y sus espejismos. Keith dijo:

—Muy bien, Lily. Si quieres que sea así, así será. Adriano ha sido sacrificado. ¿De acuerdo? A la rata la han dormido. La mujer de la tienda no me indicó por gestos que la hubieran comprado. Se puso el dedo en la garganta e hizo como si se pinchara. Con un sonido húmedo. Sí, soy así de horrible.

—¿Cuál es la verdad?

—Oh, continúa. Tú decides.

—Tienes algo en común con Conchita. Sus padres murieron el mismo día.

—No sigas, por favor.

Lily le cogió la mano tres o cuatro veces. Pero solo por miedo. Y por fin el avión se niveló en el azul.

La voz de Gloria cambió, y una vez desnudó sus dientes blancos en lo que parecía una indignación salvaje, y dos o tres veces, mientras él yacía a la espera, vino a él con cierta combinación de ropa y roles y con cierta sonrisa en el semblante. Como si hubiera urdido una conspiración consigo misma para hacerle feliz a él...

¿Cómo lo explicarías: por qué no podías fumar en los sueños? Podías fumar casi en cualquier sitio donde te apeteciera, salvo en las iglesias, y en las plataformas donde repostan los cohetes, y en la mayoría de las salas de partos de los hospitales, y en sitios por el estilo... Pero los sueños eran lugares donde no se podía fumar. Incluso cuando la situación normalmente lo exigiera, después de momentos de gran tensión (tras un episodio de persecución, pongamos, o mientras uno se está recuperando de alguna transformación tremebunda); o después de un largo período de natación extenuante, o un vuelo agotador, o después de la muerte repentina de un ser querido, o de una súbita merma de algo; o de una relación sexual plenamente satisfactoria. Y una relación sexual plenamente satisfactoria en sueños, si bien rara, no era absolutamente improbable. Pero uno no podía fumar en sueños.

Se bajaron del autobús en Victoria, se dieron un leve abrazo y se fueron en direcciones diferentes.

¿Qué se hace en una revolución? Esto. Te apenas por lo que se va, reconoces lo que permanece, saludas a lo que llega.

Nicholas siempre llegaba temprano.

Y no le gustaba nada que tú también llegaras temprano. Media hora solo en la mesa con un libro: era un componente inherente a sus veladas. Keith, por tanto, caminaba con lentitud. Kensington Church Street, Bayswater Road y la linde norte con verja de Hyde Park; luego Queensway: el barrio árabe, con sus mujeres veladas, sus bigotes escépticos. Había turistas (norteamericanos), estudiantes, jóvenes madres empujando las barras de altos cochecitos de niño. Fue ahora cuando Keith empezó a sentir extrañeza de sí mismo, y una especie de vahído, y cierta desorganización de pensamiento. Pero sacudió la cabeza con un estremecimiento y lo achacó todo al viaje.

Eran las ocho, y la claridad era como de pleno día, aunque Londres había adoptado una expresión tímida y aprensiva. Por espacio de un instante, solo de un instante, calzadas y aceras y cruces se le antojaron llenas de movimiento y de diversidad fascinante, llenas de gentes diferentes que iban de un lugar a otro diferente, que necesitaban ir de tal lugar diferente a cual lugar diferente.

Él no podía saberlo, por supuesto. No podía saberlo, pero había un adjetivo humilde y poco sonoro que describía cabalmente el Londres de 1970. Vacío.

Te he llevado allí antes, dijo Nicholas por teléfono. *Es ese restaurante en el que solo cabe una persona*. Y su hermano ya estaba allí, en la gruta italiana que daba a la cúpula de la iglesia ortodoxa griega de Moscow Road. Keith se quedó un momento fuera y miró a través del cristal inflado: Nicholas, el único cliente sentado, en la mesa central, con ceño dubitativo sobre la página, con la bebida al alcance de la mano, con sus aceitunas. Hubo un tiempo en la niñez de Keith en que Nicholas lo era absolutamente todo: llenaba el cielo como Saturno; y aún era como Dios (pensó Keith), con su altura maciza, su semblante decidido y su pelo rubio oscuro largo y tupido; y con aspecto de alguien que, aparte de cualquier otra cosa, lo sabía todo sobre la alfarería sumeria y la escultura etrusca. Tenía aspecto de lo que muy pronto llegaría a ser: corresponsal extranjero.

—Mi querido y pequeño Keith. Sí. Tan *tierno*...

Luego vinieron los abrazos y besos de costumbre, que a menudo duraban lo bastante para atraer las miradas de la gente, pues como es lógico no existía razón alguna por la que tuvieran que parecer hermanos: los dos Lawrence, T. E. y D. H. Keith se sentó; trató de contárselo todo a Nicholas, todo, como le había prometido, como siempre: cada corchete de sostén, cada centímetro de cremallera. Keith se acomodó en su asiento. Y apenas dispuso de un segundo para coger una servilleta de papel antes de soltar un estornudo. Dijo (como solo lo haría un hermano):

—Joder. Mira esto. He hecho la mitad del trayecto en metro. Dos paradas. Y mira esto. Mocos negros.

—Eso es Londres. Mocos negros —dijo Nicholas—. Bienvenido. Escucha. He estado pensando... Dejemos el asunto de Violet para un poco más tarde. ¿Te importa? Primero quiero tu *Decamerón*. Solo que hay...

Se refería a la pareja joven y alta que había en el centro de la sala: un hombre joven y una mujer joven, junto a (o entre) quienes había pasado Keith al acercarse a la mesa de su hermano. El restaurante —no más grande que la caseta de la piscina—, con sus cuatro o cinco mesas, parecía varado o inmovilizado por la pareja del centro de la sala. Esbozando una sonrisa de irritación, Nicholas dijo con voz queda:

—¿Por qué no se van de aquí, o, en su defecto, por qué no se sientan? Al oírte hablar de ti y de las chicas me viene a las mientes la lectura de *Peyton Place* de mis doce años. O Harold Robbins. ¿Cuánto tiempo vas a necesitar?

—Oh, como una hora —dijo Keith—. Es increíble.

—Y te saliste con la tuya.

—Me salí con la mía. Joder. Había perdido toda esperanza, y entonces, de repente, me llegaron a la vez todos mis cumpleaños. Verás, era una...

—Espera. —Se refería de nuevo a la pareja de jóvenes—. Bien, dejemos mi persona al margen. Oh, sí. —Y Nicholas añadió, estoico—: El Perro se me insinuó anoche. Y no hay señal de tu amigo Kenrik.

—Ha vuelto. Hemos hablado. —Y Kenrik, que era muy poco honrado pero también muy poco tortuoso (combinación que no debía de serle de gran utilidad), se había limitado a reiterarle, por teléfono, que no lograba acordarse. Keith se sentía feliz de dejarlo en aquel punto, aunque *él sí* recordaba la ligereza del paso de Lily cuando cruzó el césped y besó a Kenrik en los labios... Pero el desasosiego que ahora sentía Keith no estaba relacionado con Kenrik ni con Lily. Era nuevo. Tenía la sensación de que pronto se vería empujando una puerta, empujando una puerta que no cedía. Se incorporó en la silla y dijo:

—Kenrik *sí se folló* al Perro, por supuesto.

—Por supuesto.

—En la tienda, la primera noche. Y ahora, por fin, sabemos por qué uno no debe follársela. ¿Qué tipo de insinuación?

—Oh. Oh, me subió la mano por debajo de la falda, por así decir, y dijo: *Vamos, querido, sabes que te encanta.*

—Es un tío, el Perro. Y tú te excusaste.

—Por supuesto que me excusé. No voy a follar con el Perro. —Miró hacia el frente (hacia la pareja de jóvenes) y dijo—: No ha cambiado nada, en realidad. Sigo muy feliz con Jean. Soy un poco más famoso. He decidido que soy perfecto para la televisión.

—¿Y eso?

—Estoy muy bien informado. Y soy más guapo de lo que cualquier hombre tiene derecho a ser. Y más izquierdista que nunca, dicho sea de paso. Más comprometido que nunca con la tarea de poner a los imbéciles en su sitio.

—Que gobiernen los imbéciles.

—El gobierno de los imbéciles. Vivo para ver ese día. Jean y yo vivimos para ver ese día.

—Estás interesado en la revolución equivocada, hermano —dijo Keith—. La mía es la que hace que el mundo dé vueltas.

—Pues sigue contándome. Joder.

Esto último lo dedicaba a la pareja de jóvenes. A la que ahora procede describir, porque ni se sentaban ni se iban del restaurante. Como Nicholas, no tenían más de veinticinco años: el joven, alto y de pelo largo, con un traje de terciopelo negro entallado; la joven, alta y de pelo largo, con un vestido de terciopelo negro entallado. Andaban ostensiblemente de puntillas y señalaban y apuntaban con el dedo y expresaban con susurros sus preferencias en relación con las mesas y le preguntaban cosas al camarero único. Irradiaban un aire evolucionado, de prestancia consciente, y algo parecido a la luz macilenta de los cuentos de hadas. Sus semblantes apuestos eran de rasgos similares, y cualquiera podría haberlos tomado por hermano y hermana si no fuera por la forma en que se tocaban, con largos y morosos dedos... El diminuto restaurante sabía perfectamente que sus clientes lo juzgaban exiguo, y su expresión se iba tornando más y más tensa.

—Aquí vienen.

Se acercaron, llegaron hasta ellos. Se pusieron en cuclillas con elegancia y miraron a Nicholas y a Keith, la joven con su segunda mejor sonrisa, y el joven..., el joven con lo que parecía un mohín de ojos a través de las guedejas finas del flequillo. El acuclillarse, la sonrisa, el flequillo, el mohín: era obvio que todo ello había cosechado muchos éxitos en lo tocante a rendir las voluntades ajenas.

Tras una pausa de flirteo, el joven dijo:

—Vais a odiarnos por esto.

Y Nicholas dijo:

—Ya os odiamos.

—Había caído en desgracia, ¿sabes?... Gloria. Había dado el espectáculo en aquella comida en la casa del magnate del sexo. —Keith enumeró las transgresiones de Gloria—. Pero cuando vino nos pareció increíblemente gazmoña. Ya sabes... De Edimburgo. Anticuada. Y nada de *topless*, como las otras. Trajes de baño Victorianos. Me contó luego que había hecho que su madre se los trajera a Londres desde Escocia. Una cosita muy seria de pelito negro y corto y un culo absolutamente maravilloso. Como los que se ven en las vallas publicitarias los días antes de San Valentín.

Los hermanos adoptivos, con bastante buen carácter a la postre, se habían avenido a hacerles el favor a la pareja joven y alta y se habían cambiado a una mesa de la esquina, donde, cinco minutos después, habían recibido una aterrorizada botella de Valpolicella. Así que Keith estaba bebiendo una copa de este vino y tomando unas aceitunas, y fumando (Nicholas también fumaba, por supuesto). Y hablando. Pero experimentaba también cierta dificultad que no comprendía. Era algo como un ataque de hígado: una presencia espesa se había armado en el aire, por encima de sus cabezas. Keith pudo mirarla, a esa presencia. Keith pudo incluso mirarse a sí mismo. Keith vio a Keith, sorbiendo, gesticulando, instándose a continuar su relato: los pantalones de pana rojos y ajustados, los jóvenes varones de Ofanto, la picadura de abeja en la piscina..., y al poco estaba diciendo:

—Pensé que estaba solo. Con todo el castillo para mí. Y me levanté de la cama y... Me levanté de la cama y... Ella estaba en el cuarto de baño.

¿Qué era aquello? Sintió como si tuviera un cerrojo o un tapón de aire duro en el pecho. Tragó saliva; volvió a tragar saliva.

—Gloria estaba en el cuarto de baño. Con un vestido azul claro en la mano. Y se dio la vuelta... Pero estaba enferma, ¿sabes?, Gloria... La reacción a la picadura de la abeja. Eso es lo que dijo el médico. Se dio la vuelta y se alejó. Y no llevaba nada más que los zapatos. Una vista asombrosa.

—¿Lo viste?

—¿El culo?

—Hombre, el culo supongo que se lo estabas viendo. La picadura de la abeja.

—Oh. No. Creo que la picadura estaba bastante adentro. No. No, la intriga estrella del verano fue otra. La de mi polla caliente, encandilada —dijo— por Scheherazade.

Le contó a Nicholas toda la historia, cómo había visto a Scheherazade en camiseta y vestido de baile, y cómo Lily le había regalado unas bragas *sexys*, y lo de Drácula, y lo de cómo al parecer lo había jodido todo al blasfemar contra Dios; logró incluso avivar un poco la narración (le pareció) con algunos aditamentos sobre Kenrik y el Perro, y sobre el Perro y Adriano, y, oh sí, sobre por qué no debe uno follarse al Perro.

—¿Y eso es todo? —dijo Nicholas, y miró el reloj—. No entiendo. Perdona, pero... ¿salirte con la tuya, en qué?

Keith se inclinó hacia delante con un repentino interés, y se oyó a sí mismo diciendo:

—A eso iba. Había otra chica allí... La pequeña Dodo.

Les estaban sirviendo dos cafés y dos Sambucas flambeados. La conversación había llegado al fin a Violet, y Keith ya no sentía tanto miedo. Ya no había una pantalla, o un tendedero de gasa, entre su hermano y él, entre el corresponsal extranjero y su persona. No tenía ya un tapón de aire en el pecho. Nicholas se ausentó un momento, y Keith se quedó mirando fijamente las dos llamas gemelas de los vasos: una llama para cada ojo. Al otro lado, el joven y la joven, con los miembros enlazados, presidían una mesa de diez comensales...

Un día, en Italia, Keith leyó una versión alternativa al mito de Narciso. La variante pretendía deshomosexualizar la historia, pero introducía (como a modo de recompensa) un tabú alternativo: Narciso tenía una hermana gemela, una *idéntica*, que había muerto muy joven. Cuando se inclinó sobre la superficie límpida del estanque fue a Narcisa a quien vio en el agua. Y fue la sed, y no el amor a sí mismo, lo que mató al joven cristalino; no quiso beber: no quiso turbar aquel reflejo de embeleso...

Keith sometió a examen su propia realidad. La persona que estaba en la cabina del teléfono era su hermano adoptivo. El libro que había en el suelo era sobre alguien llamado Muhammad ibn al-Wahhab. El camarero era gordo. La joven estaba besando al joven, o el joven estaba besando a la joven, ¿y qué se sentiría cuando aquel a quien se besa es la persona que besa, y uno se besa a sí mismo?

—Bien, veamos si podemos aunar las cosas. —Nicholas solía hacer esto: aunar las cosas—. Está en el aire que las chicas tienen que actuar como chicos. Ahora bien. Hay algunas chicas que *intentan* actuar como chicos. Pero, en el fondo de su corazón, son de la vieja escuela. Tu Pansy, por ejemplo. Scheherazade, quizá. Y hay chicas

que..., que van abriéndose camino a tientas. Jean. Lily. Y luego hay chicas que actúan como chicos más que los propios chicos. Molly Sims. Y, por supuesto, Rita. Y... Violet.

—Sí, pero... Las otras chicas son conscientes de una especie de tendencia en el ambiente. Pero Violet está completamente al margen.

—A menos que sea la tendencia de las jovencitas sanas. Violet va codo con codo con las jovencitas sanas.

Keith dijo:

—Seguramente lo sacó de una revista en la peluquería. Dios. ¿Aún sabe leer? Los consultorios sentimentales. Ya sabes.

—Sí. Querida Daphne: tengo diecisiete años, y he tenido noventa y dos novios. ¿Es eso normal?

—Sí. Querida Violet. No te preocupes. Es normal.

—Mmm. Tendría que haberle dicho algo como: *Un apetito sexual vivo es normal. Después de todo, eres una jovencita sana.*

—Te la imaginas mirando fijamente estas frases. Y sintiendo un alivio increíble. Están en letra impresa.

—Están en letra impresa. Son oficiales. Es una jovencita sana —dijo Nicholas—. Eso es todo.

—¿Es Violet extrema? ¿O solo es sui géneris?

—¿Sui géneris? Quieres decir chiflada.

—Bueno, no está chiflada, ¿no? Bebe un montón, y es disléxica, pero en lo demás es normal. Aun así. El hecho es que Vi viola a mariquitas y sale con equipos enteros de fútbol.

—Actúa como un chico. La naturaleza sin educar. Como Calibán. Como un bárbaro.

Keith dijo:

—Actúa como un chico muy malo. Y en contra de sus intereses. Tenemos que hacer que actúe más como una chica. ¿Y cómo lo hacemos? No podemos. Es incontrolable. Tendríamos que..., tendríamos que ser la policía.

—La policía secreta. Como la Checa o la Stasi. Con informadores. El Comité para la Promoción de la Virtud y la Prevención del Vicio. Hombres con látigos en las esquinas de las calles.

—No tendríamos que hacer nada más. ¿Es eso lo que vas a hacer tú? ¿No hacer nada más? Escucha —dijo Keith—. He decidido que voy a hacer algo en relación con Violet. —Voy a dejar de quererla, Nicholas. Porque así no me dolerá—. Mira, contribuiré en lo que pueda, pero me retiro. Emocionalmente. No te enfades.

—No me enfado. Y no diré que lo dices porque no es de tu sangre. Porque sé, porque tengo la certeza de que la quieres mucho más que yo.

Keith siguió sentado. Nicholas dijo:

—No funcionará. ¿Qué crees que vas a hacer? Vas a limitarte a observar.

Fríamente. Mientras Vi se mata a follar con todo el mundo.

—Ni siquiera voy a observar. Si puedo evitarlo. No soy tan valiente como tú. Voy a cerrar los ojos. Voy a *retirarme*.

—¿Qué?

—Voy a retirarme.

Nicholas dijo:

—¿Adónde?

Hubo un silencio breve. Luego Nicholas miró la hora y dijo:

—Piensa un poco más en ello. En cualquier caso. No te he preguntado. ¿Qué tal con Lily?

—Oh, Lily. El volver de prueba fue un error. Italia ha sido un error.

Miró a su alrededor. Las redes de pesca colgadas de las paredes, las botellas de Chianti recubiertas de paja, el camarero gordo con el extraño molinillo de la pimienta (del tamaño de un telescopio supergaláctico), las fotografías enmarcadas: iglesias, escenas de caza...

—No me lo habría perdido por nada del mundo. Pero Italia ha sido un error. A fin de cuentas. En fin, Lily me ha dejado. En el avión.

—Oh, Keith...

—Me ha dicho que he cambiado. Y me ha plantado. En el avión. No te preocupes. Me siento liberado. Estoy encantado. Soy libre.

—Lily siempre amará a su Keith.

—No quiero amor. No, de verdad. Pero quiero sexo histórico.

—Como con Dodo.

—Olvídate de Dodo... ¿Por qué frunces el ceño de ese modo? Escucha, Nicholas, ¿te parezco diferente?

—Bueno, eres encantador y estás moreno...

—Mis ojos. —Keith sintió que se ponía tenso. Conchita, Lily, la propia Gloria: *Miradle, con sus nuevos ojos*. ¿Y los ojos de Gloria Beautyman? Sus ojos *ulteriores* (*ulterior*: del latín; literalmente: «más allá, más distante»). Los ojos *ulteriores* de Gloria—. ¿Les ha sucedido algo a mis ojos?

—Tienen un aspecto... muy limpio. En contraste con el bronceado. No sé, quizá ligeramente más salientes. Ahora que lo dices.

—Joder. Más salientes. ¿Cómo un puto insecto palo, quieres decir?

—Bueno, no es que se te salgan de las órbitas. Probablemente será porque el blanco es más brillante. Así que se acabó Lily. Ahora una cerveza purificadora, y luego...

Nicholas bebió de su cerveza, pidió la cuenta, pidió que le aclararan algunos puntos, la pagó y se fue. Keith siguió allí sentado.

Quedaba algo de vino en la segunda botella, y se sirvió un poco. Se inclinó hacia delante, con la frente apoyada sobre la palma fría. Suponía que estaba muy cansado...

La historia de Gloria, el mito Beautyman, acababa de venirse abajo en su cabeza, como un reino fingido creado por el sueño, y ahora todo lo que le quedaba era ese eco, una punzada reverberante en el centro mismo de la mente.

Al otro lado, los comensales de la mesa de diez se pusieron en pie como una sola persona. Y fueron saliendo uno tras otro, en tres parejas y un cuarteto. El camarero, con su chaleco atormentado, inclinaba la cabeza y hacía reverencias en la puerta. Los últimos en salir fueron los dos jóvenes altos, gemelos, con su atuendo de terciopelo ébano.

La hermana de Narciso. Aquella versión era no solo incestuosa, era literalista, y sentimental. La historia original era la que dolía y la que tenía que ver con uno mismo. ¿Era él, Keith, culpable del vicio infame de la autofilia? Bueno, amaba la rosa de la juventud en su persona, tal como era entonces. Era algo perdonable. Por otra parte, una superficie, algo bidimensional, lo había dejado petrificado, no a su figura reflejada en el espejo sino a la forma amenazadora que se vislumbraba a su lado. *Oh, me amo*. A través de ella, durante un día, se había amado a sí mismo, algo que no había hecho nunca hasta entonces. Porque también él estaba en el espejo, de pie detrás de ella. El reflejo, y también el eco: *Oh, me amo tanto...*

Con la ancha espalda vuelta y un pequeño puño gordo en la cadera, el camarero miraba fijamente el mantel abandonado, que le devolvía la mirada, manchado y lleno de remordimientos, con docenas, veintenas de platos sucios, cigarrillos aplastados en platillos de café, servilletas arrugadas y tiradas de cualquier manera sobre helados a medio comer... El camarero sacudió la cabeza, se dejó caer pesadamente en una silla y se desabrochó el chaleco. Luego se quedó inmóvil.

Gloria era sui géneris, probablemente. No, nada de eso: lo era sin ninguna duda: no solo era una polla, sino una polla religiosa, y una polla religiosa con un secreto excesivo. Ahora también Keith tenía un secreto, un secreto que tampoco podía revelarse. ¿Podía llamarse trauma? Un trauma era un secreto que uno se oculta a sí mismo. Y Gloria sabía su secreto; y Keith sabía el suyo...

Ella le había enseñado mucho a Keith —según el propio Keith— sobre el lugar que ocupaba la sensibilidad en este mundo nuevo. Ella le había hecho progresar —según el propio Keith— en la cadena del ser. Él se había graduado —creía— con las mejores calificaciones en la universidad de Gloria Beautyman; y ahora debía transmitir esos conocimientos a las mujeres jóvenes de una capital agradecida. Soy libre, pensó.

La sombra del camarero le indicó que era hora de marcharse. Estoy muy cansado, se dijo a sí mismo. Italia, el castillo, los meses de verano, los acontecimientos de aquella misma mañana (las campanas de la iglesia, los guantes negros, los dientes desnudos, el *Ich*) parecían increíblemente lejanos, como la infancia. O como el

tiempo aun anterior a la infancia: la niñez primera, su período de niño muy pequeño. O como 1948, cuando ni siquiera había nacido.

Pero ahora Keith Nearing era libre.

Y así fue como salió con la mirada puesta en las mujeres jóvenes de Londres. En el curso de los días, semanas, meses, años que siguieron se sumergió de tal modo en Londres, en las calles, las salas de conferencias, las oficinas, los *pubs*, los cafés, las reuniones... Bajo techos y chimeneas. Bajo los duendes urbanos de los árboles, bajo los cielos de las ciudades. Y fue de lo más extraño.

Salió con la mirada puesta en las mujeres jóvenes de Londres. Y fue de lo más extraño. Todas y cada una de ellas odiaban ya a Keith Nearing.

CODA. LA VIDA

Supongo que es humano. Que es simplemente humana la necesidad de saber qué fue de todos ellos.

Bien, en 1971 Scheherazade... Un momento. El orden viejo dio paso al nuevo; no fácilmente, sin embargo. La revolución fue una revolución de terciopelo, pero no incruenta; algunos salieron con bien, otros mal que bien y otros naufragaron. A algunos les fue bien, a otros les fue mal y a otros no les fue ni muy bien ni muy mal. También en esto había tres órdenes, al parecer; como sucedía con Fiasco, Posible, Visión, y con los tres grados de distancia elegidos por las montañas, y como con las tres clases de aves: las negras, las amarillas y los imanes del aire alto, en forma de punta de lanza... Algunos salieron con bien, otros mal que bien y otros naufragaron, pero todos ellos padecieron su propio trauma sexual —todos los actores de esta historia—. Todos aquellos que compartieron aquel extraño viaje con la viuda embarazada.

Se darán más detalles de sus destinos individuales, pero aquí, de momento, se ofrecen las versiones abreviadas. A Scheherazade le fue bien (con una salvedad), y a Timmy le fue bien, y a Jorquil le fue más o menos bien, y a Conchita (esperaba Keith) le fue bien, y a Whittaker y a Amen les fue bien, y a Nicholas le fue bien, y a Lily le fue también bien al final.

Por otra parte, a Adriano no le fue ni muy bien ni muy mal, y a Rita no le fue del todo bien (y a Molly Sims, dicho sea de paso, tampoco le fue del todo bien —y de un modo bastante semejante—), y a Kenrik no le fue nada bien, y a Violet no le fue nada bien, y a Gloria tampoco le fue lo que se dice bien. A Dodo (esto es solo una suposición, pues nadie volvió a verla jamás) no le fue bien. A Prentiss y a Oona les fue bien hasta 1994 y 1998 respectivamente. Murieron en esos años.

En cuanto a Keith... Bueno, estamos en 2009, y no en 2003, cuando, cual en un razonable desarrollo novelístico, 1970 se le vino encima de golpe. Esta desafortunada crisis —su *Nota Bene*, como tan delicada y acertadamente la llamaba su tercera mujer era cosa del pasado, y ahora le iba bien.

Su verano italiano: ese era el único pasaje de toda su existencia que le había parecido una novela. Poseía cronología y verdad (había sucedido en realidad). Pero también hacía gala de unidad de tiempo, de espacio y de acción; aspiraba cuando menos a una coherencia parcial; tenía forma, cierto patrón, con sus niveles, sus bestiarios. Una vez había quedado atrás, lo único que le quedaba era verdad y cronología —y, oh sí, la inherente forma de tragedia (ascenso, cima, caída), como la boca de una máscara trágica: el semblante común a todos aquellos que no mueren

jóvenes.

Pero resulta que hay otra manera de hacer las cosas, otro modo, otro *género*. Y aquí lo bautizo con el nombre de Vida.

La Vida es el mundo de «Bueno, En fin», y de «Lo cual me Recuerda», y de «Él Dijo», «Ella Dijo».

La Vida no tiene tiempo para las propiedades exaltadas, para los artefactos de ornamentación y las intensas estilizaciones del realismo de fregadero de cocina.

La Vida no es un zapato de salón, con su tacón que va estrechándose hacia abajo y su suela arqueada; la vida es la pezuña anodina que tienes al final de la pierna.

La Vida se va haciendo a medida que transcurre. Nunca puede reescribirse. Nunca puede corregirse.

La Vida viene en forma de unidades de dieciséis horas, entre el despertar y el acostarse, entre la huida de lo irreal y la vuelta a abrazar esa irrealidad. Hay más de trescientas sesenta unidades de estas en cada año.

Gloria Beautyman, al menos, nos dará algo que la Vida necesita desesperadamente. Trama.

Algunas de las cosas que acontecieron entre 1970 y 1974

Durante cuarenta meses, empezando por aquel septiembre en que sus ojos eran muy claros, Keith vivió en Larkinlandia: gris pescado, marrón primate..., la tierra de la escasez sexual. El rasgo más sobresaliente de Larkinlandia es que todas las mujeres, al cabo de unos segundos, saben con toda certeza que es ahí donde vives: en Larkinlandia.

Al principio, todos sus movimientos de acercamiento a las chicas se topaban con un encabritamiento o un apartamiento de la mirada o una enérgica sacudida de cabeza. Una posgraduada de gran facilidad de palabra, al rechazarlo, procedió a decirle que exudaba una extraña mezcla de electricidad y hielo.

—Como si estuvieras en pleno síndrome premenstrual —dijo. Aquella fase pasó. Sus aproximaciones se volvieron de tanteo (alargaba una mano hacia ellas), luego quedamente vocales, luego impotentemente telepáticas. La atracción de los polos opuestos no está entre las leyes de la física amatoria. En 1971, y en 1973, Keith tuvo sendas aventuras amorosas con dos histéricas de la Sociedad Poética (que estaba a la vuelta de la esquina de su frío y húmedo apartamento de Earls Court): su tesorera, Joy, y luego Patience, la más vidriosa y tenaz asistente a los dos recitales poéticos que se celebraban a la semana. En 1972, y de nuevo en 1973, se familiarizó con la estrecha escalera que llevaba a un ático en Fulham Broadway. En él habitaba una lectora editorial de cierta edad llamada Winifred, con su rebeca, su jerez dulce, su John Cowper Powys, su tic...

Buscó en su pasado para salir de la penuria, por supuesto, pero Ashraf estaba en Isfahan, Dilkash en Islamabad y Doris en Islington (tomó una copa con ella allí, en un *pub*; con ella y con su novio). Cada cinco o seis meses pasaba una noche de celibato con Lily (en los breves intervalos de esta entre romances). Keith intentaba que volviera con él, por supuesto, y a ella le daba pena pero no volvía.

Faltaban siete días para el fin de año de 1974 (era Nochebuena) cuando tuvo su primer reencuentro con Gloria Beautyman.

Es de ese tipo de reuniones organizadas por el sector más bohemio de los jóvenes adinerados; ese tipo de reuniones en las que a Keith ya solo puede vérselo muy raras veces. No voy a describirla (estanques de terciopelo y cabezas de exuberante cabellera). Gloria llega tarde y se pasea por la sala, abriéndose paso en un medio que conoce y domina a la perfección. Físicamente evoca a la Viola de *Noche de Reyes* o a la Rosalind de *Como gustéis*: una chica transparente y lúdicamente disfrazada de chico. El pelo recogido bajo el sombrero ladeado, traje pantalón de seda ceñido, de color verde oscuro.

Él aguarda en un pasillo. Y este es el diálogo inicial:

—¿Estás haciendo como que no me conoces? ¿Es eso lo que pretendes?

—Me parece que no entiendo tu tono.

—¿Recibiste mis mensajes? ¿Recibiste mis cartas? ¿Qué tal si salimos a cenar un día? ¿O a comer? Y tener la tarde libre. Supongo que no es posible.

—No, no lo es. Para ser sincera, me deja pasmada que tengas la caradura de preguntarlo.

—Sí, sigue actuando como los de tu especie. De acuerdo. Cuéntame. ¿Cómo va el mundo del queso? —Gloria retrocede un paso. Y por espacio de cuatro o cinco segundos atroces Keith siente que el radar de Gloria lo *pinta*, no solamente lo registra, sino que lo hace su blanco—. Espera —dice—. Lo siento. No...

—Dios mío. Lo ha alcanzado la maldición de Onán. Dios mío. Casi puede olfatearse.

El traje nuevo de Keith (que le costó seis libras en Take Six) lo ciñe con su fuego.

—Oooh, quiero hablar contigo —dice Gloria—. Quédate aquí. Es fascinante. Siento..., me siento como si aflojara el paso para ver un accidente de coche. Ya sabes. Curiosidad macabra.

Gloria se da la vuelta y se va... Y sí, es muy, muy grande, *demasiado* grande, como Lily decía insistentemente; pero ahora, a su mirada famélica, se le antoja un logro de dimensiones épicas y aterradoras, como la Revolución China o el ascenso del islam o la colonización de las Américas. Observa cómo su dueña se mueve de invitado en invitado. Los hombres miran a Gloria, y automáticamente se preguntan qué estará sucediendo al otro lado de su ropa (las concavidades y convexidades del otro lado de su ropa...). Y sí, ahora Gloria es alguien astronómicamente remoto para él; alguien más allá, mucho más allá de las capacidades de su ojo desnudo.

Gloria va y viene una y otra vez, pero aquella noche le dice muchas cosas.

—Oh, *querido*... Y lo tierno que fuiste con las chicas en Italia... Porque las chicas fueron muy tiernas contigo. Pero todo te ha ido horriblemente mal, ¿no es cierto? Con las chicas... Y no es más que el principio.

A partir de cierto nivel de fracaso sexual, pasa a explicar Gloria, una parte de la mente masculina se pone a odiar a las mujeres. Y las mujeres lo perciben. Es como una profecía que se cumple porque se cree en ella, explica. Y esto Keith ya lo sabía. Larkinlandia se cumple a sí misma, se perpetúa a sí misma, se derrota a sí misma.

—Y eso solo puede empeorar. Ah. ¿Ves esa belleza de jovencito que acaba de entrar, el alto de pelo rubio? Pues es Huw. El que tiene el castillo en Gales.

—Típico, sí. Sí. La base económica de la sociedad.

—No lo puedes evitar, ¿no? Suenas como en una pesadilla que tú mismo te has creado. Al oírte le entran a una ganas de marcharse. Las piernas me piden que me marche. Pero estamos en navidades. Paz a los hombres de buena voluntad. ¿Estás listo para oír un consejo?

Él sigue allí de pie, fumando, con la cabeza baja.

—Dime. Ayúdame.

—Muy bien. Date una vuelta por la sala. Ronda a las chicas que más te gusten. Yo voy a darle un beso a mi prometido, pero estaré observándote.

Diez minutos después Gloria le está diciendo algo que por lo menos suena simétrico: cuanto más guapas son las chicas, más feo parece él —más furtivo, más rencoroso...

—Con quien parecías muy cómodo era con Petronella. La del vestido con la mancha de oporto. Y con Mónica. La del labio un poco leporino. Mmm. Ya no tienes los ojos efervescentes, como entonces, pero te pasa algo raro en la boca.

—Dime qué le pasa —dice él. Ella se lo muestra con una mueca—. Joder, Gloria. ¿Cómo puedo remediarlo?

—Bueno, el problema es que has ido demasiado lejos. ¿Sigues siendo estudiante? ¿No? Entonces lo siento, pero no me queda más remedio que suponer que eres un completo desastre en lo que haces.

Su suposición distaba mucho de coincidir con la realidad. Al terminar la carrera, con un expediente extraordinario, Keith buscó trabajos más o menos al azar: en una tienda de antigüedades, en una galería de arte; durante dos meses trabajó en una agencia de publicidad de Berkeley Square, Derwent and Digby. Luego dejó de ser redactor publicitario en prácticas y pasó a ser auxiliar en prácticas en el *Literary Supplement*. Y ahora era redactor de plantilla en esa publicación, y al tiempo escribía artículos extrañamente maduros sobre teoría crítica en el *Observer*, el *Listener* y el *Statesman and Nation*. Como una docena de sus poemas habían aparecido en varias revistas, y había recibido una nota alentadora de Neil Darlington, director de *The Little Magazine* y coeditor de una serie de cuadernillos llamados Volúmenes Delgados...

—Oh, ya veo. Un caso perdido —dice Gloria—. Tienes que ganar más, Keith. Y dejar ese aire enfermizo. Hay excepciones, pero las chicas quieren ir hacia arriba en el mundo, no hacia abajo. ¿Recuerdas aquella balada tan conmovedora? «Si yo fuera carpintero y tú fueras una dama».

—«¿Te casarías conmigo, llevarías un hijo mío en tu vientre?».

—Bien, pues la respuesta es *por supuesto que no*. Lo gracioso del asunto es que lo único que necesitas es una chica guapa, porque luego vienen todas las demás detrás.

Keith pregunta por qué.

—¿Por qué? Porque las leyes de la atracción no son tan claras en las chicas. Porque el físico de los hombres no nos importa tanto. Así que tenemos un ojo abierto para ver las señales de humo. Y escuchamos los tam-tams. Si una de nosotras, una de las guapas, piensa que puedes venirle bien, toma nota. Aquí mismo, yo podría hacer que les resultaras atractivo. Bastaría con un paseo por la sala.

Keith suspira.

—Oh, Robin Hood. En tu bosque de Sherwood. Tú que robas a los ricos para

darles a los pobres. Dame esa vuelta por la sala... Te pago cien libras.

Y Gloria, siempre sorprendente, dice:

—¿Las llevas encima? Mmm. No. Sería todo un número, y Huw se sentiría muy molesto.

—Entonces me voy a casa. Así que va a ser Huw, ¿no?

—Seguramente. Es perfecto. Aparte de la arpía del demonio de su madre. Que me odia... Tengo veintiséis años, ¿sabes? Y el reloj corre.

—Lo cual me recuerda... —Con voz queda le cuenta cómo le ha ido a Scheherazade. Casada (con Timmy), madre de dos hijos (Jimmy y Millie), creyente devota (según Lily). Gloria se encoge de hombros, y él dice—: Tengo que irme. —La voz en su interior (Dios, qué graznido) le hace una sugerencia. No es que le parezca gran cosa, pero dice—: Bien, felices fiestas. En fin, la tradición es dejarle algo a Papá Noel, ¿no? No te molestes en dejarle un pastel de frutas. Déjale una vista hermosa. Tú arrodillada, desnuda, rezando.

Su color de bronce oscuro se intensifica:

—¿Cómo sabes que rezo desnuda?

—Me lo dijiste tú. En el cuarto de baño.

—¿Qué cuarto de baño?

—Haz memoria. Te diste la vuelta, con el vestido azul en la mano. Y yo dije: «No se te ve la picadura de la abeja».

—Qué tontería. Y luego ¿qué?

—Te inclinaste sobre la barra del toallero y dijiste: «La verdad es que está bastante adentro».

—¿Así que todavía piensas que aquello sucedió? No, Keith, lo soñaste. Me acuerdo de la picadura de la abeja, sí. ¿Cómo olvidarla? Y es cierto que odio las ruinas. Buena suerte. ¿Sabes?, todo esto es como el juego de las castañas. ¿Te acuerdas del juego de las castañas? Un jugador que solo tiene un punto le gana a uno que tiene veinticinco, y de pronto tienen veintiséis. Ya ves, no puedes tener una chica guapa hasta que no tengas una chica guapa. Ya sé, es una putada...

—Sí, es una putada. ¿Y qué tal va tu secreto? ¿Sigue bien?

—Feliz Navidad.

Caminaba por la nieve de Kensington High Street. ¿Qué clase de poeta era Keith Nearing, en aquel momento? Un exponente menor del menosprecio humorístico de uno mismo (¿existía en el planeta alguna otra cultura aficionada a esto?). No era acmeísta ni surrealista. Era de la escuela de los Perdedores Sexuales, de los Fiascos, de los Sapos, cuyo poeta laureado y héroe era, cómo no, Philip Larkin. Los poetas célebres podían tener chicas, a veces muchas chicas (había poetas que eran como Quasimodo y actuaban como Casanova), pero parecían evitar la belleza física, o rehuirla, porque era demasiado obvia. Las mujeres de Larkin tenían su mundo,

donde trabajan, y envejecen, y disuaden a los hombres
no siendo atractivas, o siendo demasiado tímidas,
o siendo virtuosas...

Así, con una especie de perezoso heroísmo, Larkin habitaba Larkinlandia, y escribía poemas que cantaban ese reino. Y él no iba a hacer eso, decidió Keith, al doblar la esquina hacia Earls Court. Porque, si lo hiciera, no le quedaría nada en que pensar cuando fuera viejo. En fin, no quería ser ese tipo de poeta. Quería ser romántico, como Neil Darlington («La tempestad me recorre cuando se abre tu boca»). Pero en la vida de Keith no había nada sobre lo que explayar tal romanticismo.

En esas fechas, en Nochebuena, la capital cerraba a medianoche durante una semana. La ciudad se apagaba. Dios tenía la mano suspendida sobre el interruptor: las luces podían apagarse en cualquier momento, y no volverían a encenderse hasta 1974.

Cierta ocasión (en 1975)

Keith se despide de su asistente personal, y luego de su secretaria, y baja por el silencioso cubo de espejos de la planta catorce de Derwent and Digby. En la llanura del atrio Digby (con su cazadora de aviador) y Derwent (con su poncho de seda) esperan el coche. Derwent y Digby son primos carnales, y escribieron sendas novelas, hace mucho tiempo...

—No, no puedo —dice Keith—. He quedado con una chica preciosa. Mi hermana Violet. En el Khartoum.

—Buena elección. Prueba el Zombie.

Y Keith sale a la exigüidad y la falta de color humano de la hora punta de Londres en 1975.

Cuando presentó la dimisión en Derwent and Digby, a principios de 1972, Digby —primero— y Derwent —después— le invitaron a comer y le hablaron de su tristeza al perder a alguien «tan excepcionalmente dotado», es decir: alguien tan bueno en la venta de cosas superfluas.

—El dinero es el mismo en el *Lit Supp* —dijo, por decir algo.

—Créeme —dijo Derwent, y luego Digby—. No por mucho tiempo.

—Lo cual era cierto. Andando el tiempo, Keith ahora se costeaba la hipoteca de un dúplex bastante espacioso en Notting Hill, conducía un coche alemán y vestía —aquella noche— una bufanda y un abrigo de cachemir negros.

Lo peor de tal transición había sido, con mucho, tener que contárselo a Nicholas. Oh, no, Keith no quería volver a pasar por aquello. Parte del problema residía en que no podía contarle a Nicholas *por qué*.

—Bueno, sigues siendo mi hermano —dijo Nicholas, a las cuatro de la madrugada. Keith, en aquel tiempo, seguía escribiendo críticas, pero los versos dejaron de llegarle casi de inmediato, como ya sabía que sucedería. Seguía siendo una especie de rimador. No tienes que esperar / hasta que estés en el bar. Eh, amigo, / qué bien lo paso contigo. Su salario se había octuplicado en diecinueve meses. El único poeta que aún no torcía el gesto al verle era el encantador, apuesto, litigioso, bebedor, endeudado hasta las cejas, «plagado» de mujeres... Neil Darlington, director de *The Little Magazine*. Keith le contó a Nicholas *por qué*. Un *por qué* que no pareció impresionar a Nicholas, de todas formas.

Y entonces sí había chicas. Casi siempre había una chica. Una colega: eventual, investigadora de mercado, mecanógrafa, directora de contabilidad júnior... Tal era la importancia de la imitación que Gloria había hecho de él (de su boca) la Nochebuena de 1973: le había vuelto aquel morro. Pero ahora el morro ya no estaba. De la

condición de Fiasco estaba emergiendo poco a poco hasta un Posible Bajo, pero un Posible Bajo dotado de paciencia, humildad y dinero en metálico.

Estaba fuera de Larkinlandia. A veces se sentía como un refugiado extático. Había buscado asilo y lo había encontrado. Un proceso largo, salir de Larkinlandia (había pagado muchos sobornos). Los meses en el campo de detención de la frontera, los interrogatorios hostiles y los chequeos sanitarios; y, durante muchas horas, el escudriñamiento de sus documentos y su visado. Salió por los portones, bajo la torre de vigilancia, los reflectores y el alambre de espino. Aún podía oír a los perros. Alguien hizo sonar un silbato, y él se volvió. Y siguió andando. Y estaba fuera.

Sus noches célibes con Lily se convirtieron en fines de semana —no fines de semana salaces exactamente, pero tampoco célibes— en Brighton, París, Ámsterdam.

Al caminar por Mayfair y luego cruzar un Piccadilly sin tráfico y dejar atrás el Ritz, hacia Saint James, bamboleando unos guantes de piel que lleva en la mano derecha (es a principios de octubre), se descubre deseando ver a su hermana pequeña. Más en su corazón que en su persona, ha ido manteniendo una distancia regulada, geométrica, a diferencia de su hermano Nicholas, que de hecho se llevó a Violet a vivir con él en su apartamento de dos habitaciones de Paddington (durante tres meses terribles de 1974).

—Todas las mañanas... la palanca —le contó Nicholas.

En otras palabras: lo primero que hacía cada mañana era sacar a Violet de debajo del ladrón/peón/mendigo/gorila de discoteca (o, en última instancia, taxista) que se había traído a casa la noche anterior. Violet, al parecer, se estaba desplazando del proletariado al lumpen (o, como solían llamarse, los «desechos»). Luego, a principios del verano, se puso del color de la mostaza inglesa (una ictericia). Hubo una hospitalización seguida de una costosa convalecencia en un centro de desintoxicación alcohólica de Kent, llamado la Casa del Párroco, pagada por Keith. Que también pagó a los psiquiatras y terapeutas (hasta que Violet se plantó y dijo que todo aquello no era más que una pérdida de tiempo). Keith siempre le estaba dando dinero a Violet. Lo hacía de muy buen grado. Extenderle un cheque no costaba más que unos segundos, y no causaba ningún dolor.

Había ido a verla en septiembre; el tren, los campos, las vacas inmóviles como piezas de un rompecabezas a la espera de que alguien las ensamblara, la casa solariega con los gabletes verdes, Violet en el comedor, jugando al Ahorcado con otro convaleciente, el paseo por los jardines bajo el vivo azul, donde ella le cogió de la mano como solía hacer en su niñez... Mientras la belleza mínima de Keith había sido enteramente borrada por sus años de hambruna (sus años de carestía sexual), la belleza de Violet se había visto por completo restaurada; la nariz, la boca, la barbilla se fundían entre sí armónicamente. Se habló incluso de un posible matrimonio (con alguien que la doblaba en edad —cuarenta y tres años—, un admirador, un protector,

un redentor).

Por la noche tomarían cócteles de frutas e irían a ver un espectáculo (Violet adoraba los espectáculos, y Keith tenía entradas para el musical *El novio*), y luego cenarían en el Trader Vic's.

Ahora Keith entra en Khartoum, empujando la puerta de cristal tintado. Esta velada, en su calidad de acontecimiento familiar e inteligible, durará tan solo un minuto. Y ese único minuto no va a ser tampoco un trago de buen gusto. No, no es cierto; no es justo: los tres segundos primeros son perfectos, y Keith divisa la figura delicada y rubia de su hermana (un perfil vestido de blanco) sentada en un taburete en la barra circular de acero.

¿Qué le sucede en la cara? ¿Qué les está pasando a sus músculos y tendones? Luego cae en la cuenta de que Violet está inmersa en una actividad humana más o menos reconocible. Lo primero que le viene a la cabeza es un sustantivo: inepticia; lo segundo es un adverbio: increíblemente. Porque lo que Violet está consiguiendo —o imaginando que consigue— es esto: el encandilamiento sexual del camarero.

Este, con su cola de caballo, su camiseta negra sin mangas, sus feos músculos, se vuelve una y otra vez para mirarla, no en actitud recíproca, sino con incredulidad. Para comprobar si ella sigue con el juego. Y ella sigue con el juego. Sigue con el juego, sigue entornando los ojos y dirigiéndole miradas lascivas y sonriendo burlonamente y lamiéndose los labios. Keith se acerca a ella.

—Violet.

—Hola, Keith —dice ella y se deja caer del taburete.

—¡Oh, Vi!

Como la yema y la clara de un huevo liberadas de la cascara, Violet se desparrama al instante, y se queda allí, formando un charco circular: la clara ahora esparcida en la sartén, con la cabeza amarilla en mitad de ella. Cinco minutos después, Keith consigue que por fin se siente en un sillón de cuero, y Violet está diciendo:

—Casa. Casa.

Keith llama a Nicholas, que le da tres direcciones diferentes y muy distantes una de otra. Cuando está pagando la nota («¿Está esto bien?»), ve que el sillón está vacío. El camarero señala con el dedo. Keith hace girar la puerta de cristal, y Violet está a sus pies, a cuatro patas, con la cabeza gacha, vomitando copiosa y ruidosamente en el suelo.

Poco después están en una serie de taxis sucesivos, yendo a Cold Blow Lañe, en Isle of Dogs, a Mile End Road, a Orpington Avenue, N19. Violet necesita urgentemente su cama, necesita urgentemente a Veronique, su compañera de cuarto. Pero antes de ir allí necesita su llave. Necesitan encontrar su llave.

La cuenta del bar Khartoum —cuya cuantía era parecida a la que habría tenido que hacer frente después de dos horas en compañía de Nicholas, o incluso de Kenrik. «¿Está así bien?». El camarero abrió mucho los ojos, y señaló con un gesto: Violet se había bebido siete martinis en menos de media hora.

Al meterse en la cama en su bonito dúplex, Keith le apartó a Iris la melena irlandesa (como una mermelada espesa) por la parte de la nuca, para poder recostar la mejilla sobre su pelusa de tonalidad herrumbrosa.

Aparte de lo de Violet (la sombra de Violet que se cernía en su mente), ¿era feliz? Quería responder que sí. Pero los dos corazones, el de arriba (fijo, o en estado estable) y el de abajo (extensible, al menos en teoría), no se hallaban alienados. Su eros se había vuelto un eros traicionero. La cuestión —triste es decirlo— de las erecciones: no conseguía tenerlas, o, cuando lograba tener una, no le duraba. Y no amaba a sus chicas. Antes las amaba a todas. Diré en mi favor (pensaba): ya no soy un matón en el dormitorio. Ya no trato de forzar a las chicas para que hagan lo que no está en ellas hacer. Para eso necesitas una buena erección. Y así iba tirando, con la sangre en continua contradicción.

Todas esas flores: iris, pensamientos, lirios, violetas. Y él mismo —y su rosa de la juventud. Oh rosa, estás enferma...

Oh rosa, estás enferma;
el gusano invisible
que vuela en la noche,
en la tormenta que aúlla,
ha encontrado tu lecho
de gozo carmesí,
y su oscuro amor secreto
destruye tu vivir.

Keith se dio la vuelta hasta quedar tendido sobre la espalda. Aquella noche, en Londres, Violet y él tuvieron que encontrar algo. Tuvieron que encontrar la llave de Violet. Les llevó hasta las doce y media. Descubrieron dónde estaba la llave, encontraron la llave. Y luego tuvieron que averiguar qué puerta abría esa llave.

Un par de acontecimientos de 1976

En julio de 1976 Keith contrató a Gloria Beautyman por mil libras a la semana. Su trabajo consistía en fingir que era su novia...

Es abril, y Gloria camina por Holland Park con paso vivo y determinación, con el propósito de ir de un extremo a otro. Keith, entretanto, simplemente camina sin rumbo fijo. La llama al verla. Siguen caminando juntos.

—Bonito *sombrero* —concede ella (cuando él ladea un poco su sombrero Borsalino negro azabache)—. ¿Has perdido la bohemia de los cuartos alquilados?

—Seguí tu consejo. —Y se lo explica. Su currículum vitae, cómo le va la vida.

—Mmm —dice ella—. Pero el dinero que se gana nunca dura.

—¿Te has casado ya? Bueno, espero que pronto salgas para Canterbury, de todas formas.

—¿De qué me hablas?

—Cuando abril, Gloria, con sus dulces lluvias, ha penetrado hasta la raíz la sequía de marzo, la gente es presa del deseo de peregrinar^[49].

—¿Sí? ¿Hoy día?

—No. Ya no. Ese es el problema. La gente solo suspira y piensa: Abril es el mes más cruel. Hace brotar lilas del interior de la tierra muerta, Gloria. Mezcla la memoria y el deseo^[50].

—Deberías dejarlo, ¿sabes? Lo que consigues es que las chicas se sientan ignorantes.

—Tienes razón. De todas formas, he dejado la poesía. Ella me ha dejado a mí.

Por primera vez ella afloja el paso, y le dirige una sonrisa, como para reconocer que ha hecho algo bueno. E incluso Lily, la utilitaria Lily, se puso triste ante tal nueva. Cuando Keith visitaba la parte de su mente de donde en el pasado salían los poemas, se encontraba con ese tipo de silencio que sigue a una puerta que acaba de cerrarse con violencia.

—¿Porque solo funciona cuando no tienes ni un penique? —dice Gloria—. Seguro que ha habido también poetas ricos.

—Cierto. Pero el conde de Rochester no trabajaba en Derwent and Digby. —Cuyos pasillos (reflexiona) están atestados de poetas silenciados, novelistas bloqueados, dramaturgos conmocionados.

—¿Y cómo te va con las chicas?

—No demasiado mal. Pero no consigo las chicas que me gustan de verdad. Las chicas como tú.

—¿Cómo son las chicas como yo?

—Chicas que se miran al espejo y dicen: «Me amo tanto». Chicas con el pelo

negro y brillante. Brillante como un zapato lustroso. Tu pelo es como un espejo. Podría verme la cara en él. Esta es la primera vez que me lo enseñas, el pelo. Chicas con el pelo así de brillante y con un secreto.

—Como yo te lo predije. Destrozado de por vida.

—Me destrozaste, pero ya lo he superado. Quiero a Penny la de Relaciones Públicas. Quiero a Pamela la de Personal. ¿Te has casado ya? Mi hermana va a casarse. ¿Y tú?

—Qué calor, de pronto...

Y de pronto se detiene, se vuelve, se abre el abrigo... En las novelas el tiempo y el paisaje van en consonancia con el estado de ánimo. La vida no es así. Pero ahora una brisa cálida, un viento caliente pasan rozándoles, y hay una precipitación mínima, como un vapor húmedo, y en cuestión de segundos el top blanco de algodón de Gloria es una transparencia ceñida, y sus pechos tienen forma de lágrimas, y se adivina el ónfalo artístico... La memoria y el deseo ascienden de la tierra, del sendero pavimentado, de la tierra muerta, y lo prenden por las corvas. Dice:

—Recuerda..., recuerda que me dijiste una cosa. Que si me llevabas a dar una vuelta por la sala las chicas me mirarían de forma diferente. ¿Lo recuerdas?

Y le hizo la oferta.

—Penny. Pamela. Vamos a tener dos fiestas en la oficina. Quiero a Penny, de Relaciones Públicas, y quiero a Pamela, de Personal. Ven a esas fiestas de verano. Y ven conmigo a Berkeley Square, una o dos veces. Ven a buscarme a la salida del trabajo. Finge que eres mi novia.

—Ese dinero no basta.

—Pues lo doblo. Déjame que te dé mi tarjeta.

Para entonces ha estado en Estados Unidos —en Nueva York, en Los Ángeles— y sabe bastante más del género (del tipo, de la clase) al que Gloria pertenecía en cierto modo.

He aquí a la mujer joven, en apariencia bien cohesionada por los cordones de las cicatrices y la celosía de la celulitis, y a veces con tatuajes tan densos como una carta del tarot. He aquí al hombre joven, con su tumescencia de bruto, su cara larga, su innoble frente.

Ahora un fundido. Aquí está Keith, con una toalla alrededor de la cintura. Aquí está Gloria, con un vestido azul en la mano, como para comprobar cómo le queda de largo. Luego la mirada que ella le dirige justo antes de volverse. Como si él hubiera ido a entregar una *pizza* o a vaciar la piscina. Luego el intercambio físico: «el acto por el cual se transmite el amor», según palabras de un observador, «en caso de haberlo».

Por supuesto, Gloria no se atenía al género en dos aspectos vitales. El primero era cómo utilizaba el humor, lo gracioso (con Gloria el sexo había sido *divertido*, por lo que decía de las naturalezas de ambos: la suya, la de ella). Arriba en la pantalla, con sus colores truculentos, la pintura fosforescente y el aire de museo de cera, bastaría

una sola y genuina sonrisa para que toda aquella ilusión se desvaneciera con un alarido. La segunda anomalía de Gloria era su belleza. En ella, como en la nieve urbana, se combinaban la belleza y la suciedad. Y luego estaba la religión.

—De acuerdo, trato hecho —dijo Gloria por teléfono—. La cuestión es que Huw se está viendo demasiado con una exnovia. No es lo que piensas, pero necesita un buen susto. Bien, ¿cuándo empiezo a hacer que soy tu novia?

Keith colgó el auricular y pensó en el top blanco que llevaba Gloria en Holland Park. La complicidad meteorológica o celestial. Gotas de lluvia diminutas, y el torso de Gloria moldeado por el rocío pornográfico.

Violet se casó en junio.

Karl Shackleton, todo tembloroso y apoyado en sus bastones, la condujo hasta el altar. Hubo una comida en la casa de su fiel admirador, el irreprochable, el amable, el educado Francis.

—No nos queda más remedio —dijo Nicholas— que verlo como una fuerza benéfica.

Estuvo presente la madre de Francis, viuda, en medio de un mobiliario tan macilento como su persona. Luego todos dijeron adiós a los recién casados, que partieron de luna de miel en un Austin Princess con dos serpentinas blancas. Violet tenía veintidós años.

Hubo algunas dificultades al principio, supo Keith. Luego el matrimonio pareció asentarse. Pero en julio hicieron reformas, y Violet dejó entrar a los operarios en su casa.

—Ejem... —dice Gloria, a modo de introducción cortés, cuando van en coche camino de la primera fiesta de verano, cuyo escenario es un opulento «bergantín hermafrodita» (un velero de dos palos) en el Támesis—. Puede que te sientas incómodo cuando te diga en qué consiste este asunto. Voy a hacer todo lo que se suele hacer: caricias, besuqueos, etcétera, pero el truco es el siguiente: tengo que pasarme la fiesta mirándote con adoración la zona de la polla.

Keith, al volante, dice:

—¿Estás segura?

—Por supuesto que estoy segura. Es curioso, porque hubo... Creía que yo era la única que lo sabía, pero la otra noche pusieron un programa sobre eso precisamente. Conectaron los ojos de la gente con rayos láser o algo por el estilo. Cuando a una chica le presentan a un chico en un acto social, la chica le mira la polla al chico cada diez segundos más o menos. El chico hace otro tanto con ella, pero le mira también las tetas. Los ojos de los recién casados están *pegados* a esas partes de cada cual de ese modo. ¿Cuáles son las chicas que te gustan?

—Penny y Pamela.

—Voy a coquetear también con ellas. No te escandalices si me ves besándolas o manoseándolas. Esto tampoco lo sabe la gente, pero a las chicas les chifla si se hace como hay que hacerlo. Hasta a las más heteras.

—¿De veras?

—Fíate de mí.

A medianoche Keith detiene el coche delante del domicilio de Huw en Primrose Hill, una casa adosada de dos ventanales frontales y simétricos. Keith Nearing, en esmoquin, abre la puerta del pasajero y tiende la mano a Gloria Beautyman, en cheongsam.

—Ha sido bastante divertido —dice ella—. Bien. ¿Qué es lo que haces mal?

—Pienso que todas las chicas con cuerpos de cama son chicas-polla.

—Exacto. Y como me esforcé tanto en explicarte aquella vez, hace tanto tiempo, no hay casi ninguna chica-polla. Venga. Estréchame la mano enguantada.

—Chicas-polla. Que miran fijamente las pollas. No te ofendas, pero ¿hay chicos que son coños?

—No. Todos son pollas. Buenas noches.

Acariciado, sobado, estrujado, mordisqueado y contemplado con adoración, Keith se fue a casa y cosechó un fiasco rotundo con Iris.

* * *

Tres semanas después, el sobre que contenía la segunda mitad de sus honorarios (el vocablo elegido por Gloria para referirse a ello) cambia de manos en el BMW. Keith, con corbata blanca; Gloria, en una versión acusadamente abreviada de sus galas de domingo. La segunda fiesta del trabajo consiste en cócteles y cena en el restaurante giratorio especializado en carnes de lo alto de la Post Office Tower.

—Fue maravilloso. ¿Sabes? Durante una hora o dos llegué a creer realmente que eras mi novia.

—Mmm. Y te pusiste de lo más meloso. Muy bien. Resumiendo. De Penny olvídate. No suelta prenda, pero puedo asegurarte que se está trabajando bien a un casado. Y Pamela..., creo que no le falta ni esto para ser lesbiana.

—Habéis estado juntas en el cuarto de baño... ¿Cómo te das cuenta? ¿Por los besos?

—No. Todas besan. No. Por la *respiración*. Quizá te iría mucho mejor con Alexis.

—¿Alexis? —Alexis es la secretaria de Digby—. Es demasiado... ¿No es demasiado... mundana para mí? Está casada.

—No, no lo está. Está divorciada. Y muy ventajosamente. Es una cuarentona que está muy bien, y ha llegado a ser muy divertida en el sentido que nos interesa. Oooh, apuesto a que lo es. Pero acuérdate: no es una chica-polla.

Keith dice que lo tendrá en cuenta.

—Pero con quien no tengo nada que hacer es con Evelyn.

—Quizá podrías. Le gustan los libros. Y no sé si se los lee, pero al menos ve esas memeces que escribes en el *Lit Supp*. Mándale unas flores e invítala a comer. Atiende. Cuando me dejes en casa, vamos a quedarnos en la puerta del jardín y vas a darme un beso de pasión que dure como un minuto. No. Un minuto puede ser un siglo, ¿no crees? Diez o quince segundos. Pero no olvides ponerme la mano en lo alto de la trasera de la falda.

Conclusiones. No hubo de transcurrir mucho tiempo para que en Derwent and Digby todo el mundo se enterara de que Derwent había dejado a su mujer y se había ido a vivir con Penny. Pamela volvió de sus vacaciones de verano en Nueva York con la cabeza afeitada. Poco después, Keith empezó a salir con Alexis. Tenía la sensación de que Gloria dirigía su vida como un general en una colina.

Pero no tenía quejas. Algo nuevo iba mal en el plano sexual, pero no tenía quejas. Lo que no podía olvidar era que su beso de pasión con Gloria duró como mínimo una eternidad.

Lo que se vino abajo en 1977

El matrimonio de Violet ya se había deshecho. Hermana imposible e hija imposible, Violet resultó ser asimismo una esposa inconcebible.

—¿Se folló al albañil?

—No —dijo Nicholas por teléfono—. Se folló a los albañiles. Con la «ese» del plural.

—Se folló a dos albañiles.

—No. Se folló a *toda* la cuadrilla.

—Pero eran muchos...

—Lo sé.

Es primavera otra vez (mayo), y Keith está en su escritorio, y Ed está mirando por encima de su hombro. Ed (abreviatura de Ahmed) es el niño prodigio de Comunicaciones, y los dos están haciendo de «comadronas» de un producto original (una especie de sándwich-bombón helado). La nueva secretaria de Keith, Judith, le llama para decirle que la señora H. Llewellyn acaba de llegar y quiere verle.

—No, no estoy casada —le dice Gloria cuando se quedan solos—. No del todo. No aún. ¿Te das cuenta de que tengo *treinta* años? —Hace una pausa, mientras Judith le trae un té—. Huw tiene un problema.

—¿Coquetea con las drogas? —dice Keith, repitiendo el rumor.

—Huw no coquetea con las drogas. Huw es un adicto a la heroína.

Lo que dice no puede tener más sentido. Huw es alto, guapo y rico; así que, como es lógico, no puede soportarlo. No puede soportarlo *ni un segundo más*.

—Cada dos meses —continúa Gloria— ingresa en la Casa del Párroco para que le den un par de zumos de fruta y un par de masajes en la espalda. Luego todo vuelve a repetirse. No quiere ir a ese centro de Alemania. —Describe ese sitio de Alemania, con sus camas con correas y sus enfermeros en camiseta—. Llevamos más de un año sin sexo.

El interés de Keith se dispara:

—¿Y qué haces tú al respecto? —le pregunta—. Eres una chica joven y sana.

—Cuento con Probert —explica ella (Probert es el hermano pequeño de Huw)—. Y por eso precisamente he venido a verte.

Keith enciende un cigarrillo. Gloria adopta una expresión doliente.

—Ahora Probert ha dejado embarazada a una de las lecheras de Llangollen. Y es un tío religioso. Eso es lo que pasa.

—¿Sigues siendo religiosa?

—Más que nunca. El caso es que me estoy hartando de Roma. Te exige tan poco.

Yo necesito algo con un poco más de garra.

—¿Has pensado alguna vez en cambiar a Huw por Probert?

—No, santo Dios... Tienen un acuerdo según el cual Huw se queda con todo. Probert vive en el castillo, pero es como una especie de peón. Siempre cargando bolsas enormes de estiércol de un lado a otro. Rescatando ovejas.

—Perdóname, pero ¿sabe Huw que te follas a su hermano? —Gloria hace un gesto sesgado de asentimiento, y Keith cae de pronto en la cuenta de cuán apasionadamente desea que no se folie a su hermano, ni a ninguno de sus amigos, ni a nadie en absoluto. Nunca—. Y ahora el peón agrícola se va a casar con la lechera.

—Sí. Así que tengo una especie de hueco para ti en este momento. Será algo temporal. ¿Estás libre mañana por la tarde, entre las seis y media y las ocho? Ven a verme. Primrose Hill.

—Allí estaré —dice él, cuando ella se levanta para irse—. ¿Qué quiere decir verme?

Tiene la esperanza de que solo signifique una relación física sin necesidad de salir a restaurantes y demás. Gloria dice:

—Ya verás lo que quiere decir verme.

Violet seguía siendo religiosa. Pero ya no confraternizaba con jóvenes albañiles. Para ganar el favor de Violet —o al menos eso pareció durante un tiempo—, uno debía ser veinteañero, llevar un pantalón que dejara un poco al descubierto la raja del culo, y una espuerta en una mano y una paleta en la otra. Pero Violet ya no confraternizaba con albañiles jóvenes. Ahora confraternizaba con albañiles viejos. El último, Bill, tenía sesenta y dos años.

Nicholas sostenía que los albañiles no eran solo unos timadores y unos chapuceros y demás. Decía que los albañiles estaban a un paso de manifestarse como criminales violentos, o eran unos psicópatas frustrados. Dedicaban su vida a la tortura de objetos inanimados: martilleándolos, golpeándolos, haciéndoles gemir, triturándolos... Keith y Nicholas no necesitaban decir que Violet pronto descubriría eso.

En Primrose Hill Gloria lo recibe en bata de negro satén y sandalias doradas con tacones chupete, y lo guía de inmediato al dormitorio. Y, a través del dormitorio, al cuarto de baño.

—Siéntate en esa silla. Tienes un poco de vino en ese cubo, si te apetece. —Se suelta el ceñidor de la cintura—. Esto es lo que quiere decir verme.

Y allí está de nuevo, siete años después: la solidez elástica de Gloria Beautyman. Gloria se mima un poco los pechos y se queda inmóvil durante un segundo. Los ojos de Keith hacen la exploración de rigor, pero luego se fijan en la convexidad oval, en

la criatura o genio que habitaba en el núcleo de aquel cuerpo de mujer, y él casi busca la grapa en mitad de su brillo estático...

—Estás más musculosa.

—¿Sí? —Entra en la bañera llena y se reclina con un gemido—. Necesito tu ayuda. Va a haber una fiesta de disfraces en Mansión House, y hay que disfrazarse de alguien de las obras de Shakespeare. Y tú eres el más indicado para aconsejarme.

Keith dice, con voz grave:

—Soy ese hombre. Bien. —Por una u otra razón, el primer nombre que le viene a la cabeza es Hermione, la agraviada Hermione—. Del *Cuento de invierno*. Se pasa dieciséis años como estatua de una capilla.

—¿Hay algún otro personaje religioso?

En un fondo de suaves chapoteos y enjuagues, que emite Gloria al llevarse pequeñas cantidades de agua a los hombros con las manos, Keith dice:

—Ofelia. No es religiosa, en realidad. Pero se habla de la posibilidad de que entre en un convento.

—Bonito nombre. Pero creo que he visto la obra. ¿No acaba volviéndose loca?

—Acaba ahogándose: «Hay un sauce que crece inclinado en un arroyo...»^[51]. Perdona.

—No, no. Sigue.

—«Allí fue ella, con fantásticas guirnaldas de ranúnculos, ortigas, margaritas...». —Y no, Gloria no se queda quieta y silenciosa; sus chapoteos y enjuagues se hacen más ruidosos—. «Cuando se rompió una pérfida rama, y sus trofeos agrestes y ella misma cayeron en el lloroso arrollo». —Entonces llega la cascada de agua al ponerse de pie Gloria—. «Sus ropas se extendieron, y, como a una náyade la sostuvieron a flote». —Luego está blandiendo la serpiente sibilante de la alcachofa de la ducha—. «... Pero esto no pudo prolongarse mucho tiempo...». —Y se agacha hasta hundir las rodillas, y se ensancha el ángulo entre sus muslos.

—«Pues sus vestiduras, pesadas por la carga del agua, arrastraron a la pobre desdichada del cantar melodioso a una cenagosa muerte».

—Odio a la gente loca. ¿Tú no? Aparte de «Ser o no ser», solo sé una frase más de Shakespeare: «¿Pensar en mí, que estoy negra por las erosiones amorosas de Febo?».

—Cleopatra. Podrías ir de ella. Eres lo bastante oscura.

—No soy lo bastante oscura.

—Muy bien. Podrías ir de Viola o de Rosalind y disfrazarte de chico. Las dos fingen ser un chico. Pasan por chicos. Llevan espada.

—Esa es una gran idea. —Con la espalda hacia él, alarga la mano para coger el albornoz blanco, a la luz color de aguacate—. Seré un chico estupendo.

La segunda parte del «ver a Gloria» consistió en un *striptease* al revés que duró casi una hora. Pero Keith no se sintió como un hombre a quien se está encandilando sexualmente. Gloria le estaba enseñando cosas de las mujeres: cómo se lavan, cómo

se visten. Y hubo momentos muy cercanos a la inocencia: recordó cómo se sentía cuando tenía diez años y leía números de *Bunty* de Violet.

—Esta vez la cosa es «suave» —dijo Gloria, enseñando los dientes azulados—. Pero sigue siendo una misa negra. Estamos haciéndolo todo al revés.

Mientras caminaba por Primrose Hill y llegaba a Regent's Park, Keith pensó en la India, en Bollywood, donde a las películas de tema religioso las llamaban «teológicas». Tal vez ese era el género en el que se había adentrado ahora. En la comedia pornoteológica.

Agosto. Keith entra en el despacho y pide a su secretaria que haga una llamada.

—Acabo de levantarme de una cama —dice— en la que estaba Gloria Beautyman.

—Mi pequeño y querido Keith...

—Voy a contártelo *todo*, ¿de acuerdo? Estés en el rincón del mundo en que estés. Todo.

—¿No lo haces siempre?

—No te cuento mucho sobre mis fracasos. Como el hecho de no poder correrme con Alexis.

—Oh. No es como con Iris...

—No, no es como con Iris. Con Alexis puedo empezar, pero no puedo terminar. Y con Gloria tengo una erección completamente distinta. Una clase de erección diferente. Como una barra de toallero. En fin. Necesito contártelo todo sobre Gloria. Me ayudará a serenarme.

—Bueno, cuéntame.

—Fue sorprendente. Ella es una chica muy sorprendente. Vino a verme al trabajo y me dijo: «Muy bien. ¿Dónde quieres hacerlo?». Dije que quería hacerlo en el dormitorio. Y no lo conseguí.

—Sí, es sorprendente.

—Nos metimos en la cama, y adivina qué. Nada de tonterías de que quería dejarse las bragas puestas o algo parecido. Pero nos metimos en la cama y adivina qué. Solo una paja.

—¿Qué tipo de paja?

—Bueno, Nicholas, tú sabes que hay ciertos poetas tan dolientes y sin embargo tan técnicamente avanzados que se consideran poetas de los poetas... Pues fue eso. La paja de las pajas. Pero solo una paja.

—Te hizo una paja. ¿Y tus derechos y privilegios, Pequeño Keith?

—Tuve mis derechos y privilegios. Le hice una paja *a ella*. Primero.

A la mañana siguiente, llevó el desayuno a la cama a Gloria: té, tostadas, yogur, una naranja cuarteada. Dijo:

—Créeme, no me estoy quejando. Pero es bastante curioso. Después de Italia.

—Italia —dijo Gloria, sosteniendo la taza con las dos manos (la sábana de arriba cruzada sobre su pecho como un sujetador de la anchura de la cama)— fue una aventura de vacaciones. Y esto, sea lo que sea, no lo es. Ahora échate otra vez.

Le dijo a Keith que podía seguir viendo a Alexis (que sabía quién era Gloria y la aceptaba), pero a nadie más.

—Soy terriblemente hipocondríaca —dijo—. Y necesito saber dónde has estado. Fue la única vez que Gloria pasó con él la noche entera.

Septiembre.

—Gloria acaba de marcharse. Vino a tomar una cena ligera.

—Oh —dijo Nicholas—. Entonces te habrá hecho una gran paja.

—Hemos ido más allá de eso. Yo la chupo ahí abajo. Y luego ella me la mama. Desaprueba el sesenta y nueve. Dice: «No puedes prestar a la cosa la atención total que tanto merece».

—¿Qué puede ser más agradable? Que luego se trague el semen, supongo. Keith le cuenta lo del refinamiento siniestro.

—Joder...

Octubre.

—Gloria ha pasado un momento. Para tomarse un agua mineral.

—Oh. Entonces te habrá hecho una gran mamada.

—Hemos ido más allá de eso. Ahora cada cual puede hacer lo que le dé la gana. Siempre que lo haga en menos de treinta y cinco minutos. —Sigue hablando durante un rato—. Gloria dijo: «Un culo como el mío aprende pronto a tentar la suerte». Imagínatelo... ¿Crees que la policía sabe lo de Gloria?

—Obviamente no.

—No. Porque de otro modo...

—Habrían actuado ya. Pero seguro que acabarán por enterarse. —Supongo que sí. Pobre Gloria. Iremos a visitarla. Nicholas dice:

—No. Yo iré a visitarla. E iré a visitarte a ti también. Estarás en una cárcel diferente. De hombres.

Este era el considerado veredicto de Gloria sobre la poesía: «En mi opinión, ese tipo de cosas vale más dejarlas para los viejos. En serio. Con todo lo que tienes en la cabeza, no sé cómo no estás hecho un mar de lágrimas todas las horas del día».

A finales de noviembre fue a visitar a Violet al Hostal del Ejército de la Iglesia para Mujeres Jóvenes, en la esquina de Marylebone Road y Cosway Street. El Ejército de la Iglesia: pensó que tal denominación denotaba un esfuerzo conjunto.

Pero «El Ejército de la Iglesia» era una secta específica, los Militantes de la Iglesia, el cuerpo de creyentes cristianos que se afanan por combatir el mal en la tierra. Violet estaba sentada en la sala comunal: una chica silenciosa en medio de todas las demás chicas silenciosas, y exhibiendo un enorme ojo a la funerala. Había estado fuera hasta Navidad, y el proceso de su vida había vuelto a empezar.

Hay un..., hay un sauce... Hay un sauce... Hay un sauce que crece inclinado en un arroyo.

El tipo de cosas que tuvieron entre manos en 1978

—Keith —dijo la máquina—. Soy Gloria. Estaré en la habitación seis uno tres del Heathrow Hilton hasta las nueve y cuarto aproximadamente. Mi vuelo tiene retraso. Un beso.

—Keith —dijo la máquina—. Soy Gloria. Hay un pequeño hostel más que decente llamado Queen's Head, en la carretera de Bristol a Bath. Espérame allí el sábado por la tarde. Hay habitaciones libres. Lo pregunté. Un beso.

—Keith —dijo la máquina—. Soy Gloria. ¿Dónde...?

Levanta el auricular.

—¿Dónde diablos has estado? Bueno, en fin. Esta noche es el baile de Shakespeare. No puedo ir de Viola. Han decidido que cada grupo vaya solo de personajes de una obra. Temían que todo el mundo fuera a ir de Romeo o de Julieta. Y a nosotros nos ha tocado *Otelo*.

—Así que tú eres Desdémona.

—No. Priscilla se ha pedido Desdémona —dice. Priscilla es la hermana mayor de Huw—. Así que tuve que ir a la biblioteca y leerme el mamotreto entero. Porque no estabas en casa.

—Lo siento, tuve que ir para sacar de un apuro a Violet. Nicholas está en Teherán. Donde está habiendo una revolución.

—Ve al grano.

—Bueno, no hay muchas mujeres, en *Otelo*. Supongo que lo mejor es que vayas de Emilia. La mujer de Yago.

—¿Por qué voy a ser esa vieja adefesio? Prefiero ir de Bianca. Ya sabes..., la puta de Cassio. Quiero enseñarte mi disfraz. Estaré ahí a eso de las siete menos veinte. Y tendré que pedirle al taxista que espere en la puerta. Bianca ha sido una gran idea. Y tanto mejor si tengo aspecto de que me han poseído hace un momento. A las siete menos veinte, pues. Estaré llena de grasa y andrajos. ¿Y sabes qué? *Otelo* es homo y le gusta Cassio. Un beso.

Dieron las siete menos veinte, y el tiempo siguió pasando. Sucedió esto de cuando en cuando. En cierta ocasión, Keith fue en coche a Coedpoeth, en el norte de Gales, donde se registró en el Gamekeeper's Arms; pero tuvo que comer solo y hacer solo todo el camino de vuelta. Por otra parte, una vez voló a Mónaco y pasó toda una hora con ella en un paraje de campos de golf de Cap d'Antibes...

Aquella noche lo despiertan a las cuatro de la mañana. Violet está muerta, piensa mientras alarga la mano para levantar el auricular.

—Acaban de servir el *kedgeriee* y las gachas de avena. Estaré ahí dentro de veinte minutos. Tengo mis llaves. Un beso.

Veinte minutos después, dice:

—¿Quién es ese vejstorio que me he cruzado en las escaleras? Joder, no será Alexis, ¿eh?

—Le he pedido que espere en el cuarto de invitados, pero no ha querido. Y no ha tenido tiempo de maquillarse y demás.

—Oh, Dios. Supongo que tendré que mandarle unas flores... Están todos ahí abajo, en el coche. Tenemos una pinta rarísima... Probert con la cara negra, Priscilla con una camisola de seda... y Huw inconsciente, con una peluca color jengibre. Y Bianca al volante. ¿Me brilla aún la grasa? ¿Huw? Roderigo... Oh, les he dicho a Otelo y a Desdémona que tenía que venir a por la droga de Roderigo... Ni media pregunta. Concéntrate, Cassio. Escucha a tu puta.

Este tipo de cosas fue repitiéndose a lo largo de más de un año.

* * *

Desde 1970, Nicholas Shackleton había cambiado de novia dos veces. En 1973, a Jean la sustituyó Jane. En 1976, Joan sustituyó a Jane. Tu futuro parece no tener límites, le decía una y otra vez Keith: aún te queda la posibilidad de una Jan o una June.

—O una Jen —dijo Nicholas, con un *whisky* escocés en la mano. Estaban en la cocina de Keith—. O una Jin. Conozco a una Jin. Es coreana.

—Pero Jen o Jin tendrían que ser muy de izquierdas, como Jean y Jane y Joan.

—Más que eso. Jen o Jan o June o Jin tendrían que ser terroristas. Tú tendrías que buscarte una terrorista. Gloria..., la llamas el Futuro, pero es una retrógrada. No es independiente. Es complaciente con los hombres. Y temerosa de Dios. Tendrías que buscarte una linda terrorista. Una feminista con trabajo, y que te chillase.

—Gloria no es chillona. Pero puede ser terrorífica. Escucha esto —dice Keith con un movimiento de cabeza—: Ha sacado a Huw de la heroína haciéndole que se cambiase a las metanfetaminas. «Así», dice, «he recuperado a la máquina sexual». La *meta* no es como la heroína. La *meta* te da una erección permanente de barra de toallero.

—La verdad es que Gloria se piensa bien estas cosas.

—Y no le deja acercarse a ella hasta que acceda a ir a ese centro de Alemania. Tres meses en una mazmorra. Cuarenta mil libras. Noventa por ciento de éxitos... Es extraña, Gloria; es absolutamente convencional en lo referente al matrimonio y los hijos. Y está aterrorizada. Porque ya ha cumplido los treinta.

—Mmm, la cúspide del infierno. Creía que las mujeres habían subido esa barrera unos cuantos años. Digamos hasta los treinta y tres o treinta y cuatro. Pero se ponen todas igual en cuanto cumplen los veintiocho. Hasta las terroristas.

—Va a venir a las siete.

—Estupendo —dice Nicholas (esto ya ha sucedido antes)—. Me bajo al Shakespeare una media hora.

—No. Quédate. Yo bajaré al Shakespeare a estar media hora. Con Gloria.

—Oh. Vaya. No es lo de costumbre.

—Puedo equivocarme. Pero creo que lo de costumbre está a punto de terminar.

Siguieron charlando sobre asuntos familiares, hasta que oyeron las llaves en la puerta.

Nicholas dijo en voz baja.

—Me voy. Puede que tengas un regalo de despedida. Nunca se sabe.

—Vete a ese restaurante en el que no cabe más que una persona. Con el libro. Esta noche pago yo. Tendrás que cogerme de la mano.

—Espero que llegues tarde. No lo olvides. Es una chica sorprendente. El Futuro es sorprendente.

Keith les oye en el vestíbulo, un breve intercambio de palabras lleno de cortesía —incluso de galantería— por ambas partes. Luego Gloria entra con una sonrisa que él nunca le ha visto antes.

Pero los ojos de Keith habían ido ya más allá de ella, y había visto el futuro con claridad meridiana. La imposibilidad de entrar sin miedo en un dormitorio; a tientas, como en un sueño, trabado por extraños impedimentos; y la honda urdimbre, la honda puntada de la falta de confianza en sí mismo. Tenía ganas de decir: Gloria, dime tu secreto, y, sea cual fuere, te rogaré que vengas a vivir conmigo. Pero ella se acercó hacia él y él no dijo nada.

Nicholas, por supuesto, ya está allí, con su libro, y Keith entra y tira el sombrero encima del mantel.

—El Futuro está follándose al perro.

—Venga ya. Gloria no es *tan* sorprendente.

—Al perro con minúscula. Me refiero en general. Está haciendo su jugada. Todo está arreglado. Huw ha jurado *sobre la Biblia* ir a Alemania. Joder. Estoy en estado de *shock*. Y borracho. Me he bebido dos vasos de vodka antes de salir de casa.

—¿Vodka? Me dijiste que la última vez que bebiste alcohol fue en Italia. Después de joderla con Scheherazade por haber dicho blasfemias.

—Es cierto. Pero estaba tan asustado. Estoy tan asustado. ¿Y sabes qué? Gloria estaba feliz. La he visto alegre otras veces. Pero nunca feliz.

—Una bonita visión.

—Sí. Y se lo he dicho. Te habrías sentido orgulloso de mí. Le he dicho: Me siento fatal, pero cómo me alegro de verte tan feliz y tan joven. Y me ha dado un beso de recompensa.

—¿Un beso sexual?

—Más o menos. Que quede constancia. Y le he metido mano. Pero no es así como lo hago con el Futuro.

—¿Cómo lo haces?

—No voy a decírtelo... Dios, casi lo he intentado, pero no lo he hecho. Estaba demasiado desmoralizado. Oh, sí, y magnánimo. Supongo que tendré que volver a tener altas miras. Y a ser un esclavo en el boudoir. Un esclavo de altas miras en el boudoir. Bonito.

—Llama a Alexis.

—Llamo a Alexis, y que me dé un ataque al corazón tratando de consumir. Llamo a Iris, y que me dé un ataque al corazón tratando de empezar.

—A mí eso no me pasa nunca. A menos que esté superborracho, por supuesto. —Nicholas estudió la carta—. No es ninguna broma, todo eso. Tener que pasar una vergüenza horrible. O hacer lo indecible para correrte. El problema es que, cuando te pasa, ellas se lo toman como algo personal.

—Mmm. Con la única que soy normal es con Lily.

—¿Y eso es cada..., una vez al año? Puede que seas normal con Lily porque ella es anterior a tu obsesión por el Futuro. Espera. ¿Cómo te fue con esas dos chaladas de la Sociedad Poética?

—Tampoco se me levantaba con ellas.

—Pero quizá haya una explicación sencilla. Eran dos chaladas de la Sociedad Poética. ¿Y John Cowper Powys?

—Camino de aquí, estuve pensando: Voy a mandar a paseo el trabajo y voy a volver a la poesía. Lo cual significa que volveré a Joy y a Patience. Y a John Cowper Powys. Dios, qué es esto..., Nicholas. ¿Qué es lo que me ha ido mal con las chicas?

—Mmm. La otra noche me encontré con tu Neil Darlington. ¿No es encantador? Muy borracho, por supuesto. Me dijo que deberías intentar casarte con Gloria. «Entrar en el laberinto».

—Típico de Neil. Es adicto a las complicaciones. La razón por la que soy normal con Lily es que aún hay algo de amor. No hay amor con Gloria. No hablamos de amor. No hablamos de lo que nos gustamos. En quince meses, la cosa más bonita que me ha dicho es «beso».

—Dices que el amor te asusta. Muy bien. Elige el sexo. Cásate con ella.

—Se reiría en mi cara. No soy lo bastante rico. Se le frunce el labio cuando oye la palabra *sueldo*. Tiene que ser dinero viejo. Dinero viejo. ¿Qué es dinero viejo?

—El que se hizo machacando y desplumando a todo el mundo hace dos siglos.

—Los ancestros de Huw eran todos nobles católicos. Los míos eran siervos. Y ni siquiera estaban casados. Soy una mierda.

—¿Sabes? Solo te he oído hablar así una vez. Cuando se metían contigo en el colegio. Antes de que mamá acabara con ello. Piensa en el Edmundo de *El rey Lear*. «¿Por qué bastardo, por qué menos?». Acuérdate, pequeño Keith. Vales más que toda una tribu de pusilánimes, medio dormidos y despiertos.

—Eres un buen hermano.

—Por favor, no llores. Es como si volvieras a tener ocho años.

—La semana que viene a estas horas... A estas horas, la semana que viene, lo

estarán atando en un sótano de Múnich. Le atarán bien fuerte esos brazos acorchados. Y yo estaré... Que le den por el culo a Huw. Que le den por el culo a *Huw*. Espero que le pase algo horrible antes del día de su boda.

Keith levanta el vaso e invoca a lo macabro, al Gran Guiñol.

Y Nicholas dice:

—Así se habla. Ahora, dioses, poneos de parte de los bastardos.

* * *

En septiembre, los dos fueron a Essex a ver a Violet, que vivía en Shoeburyness con un exmarino que carecía por completo de sentido del humor. Se llamaba Anthony, o, en pronunciación de Violet, Amfony o Anfony. Nicholas, que había estado ya allí, le llamaba Unfunny^[52] (y cargaba el énfasis en la primera sílaba). Condujo Keith. Tenía resaca. Bebía más que de costumbre. Aquella semana había visitado dos veces, durante la hora del almuerzo, una agencia de acompañantes de Mayfair, con catálogos, con el *Quién es quién* de mujeres jóvenes en el regazo. Estaba buscando cierta cara y cierto tipo...

—¿Cuánto tiempo lleva con Unfunny?

—Nada menos que tres meses. Es un héroe. Ya lo verás. Tres meses enteros en los brazos de Unfunny.

Huesudo, barbado y calvo, con jersey de cuello alto a prueba de tifones y ojos de un azul islandés, Anthony vivía en un barco llamado *La Pequeña Dama*. Sus días de surcar los mares habían terminado, y ahora estaba permanente y sombríamente anclado en un afluyente del río Persea. En realidad *La Pequeña Dama* no estaba ya flotando en el agua, sino encajado hasta las portillas en una vasta extensión —como un océano sólido— de cieno ribereño. Se subía a bordo por una pasarela combada tan gangosa como el trampolín del *castello*. Tenían electricidad (y un generador muy ruidoso), y los grifos funcionaban con frecuencia razonable.

Anthony ya no buscaba aventuras en alta mar; pero se las arreglaba para manejar a Violet. ¿Cómo? Bien, dada su pasada condición de robusto marino subalterno con veinte años de servicio, estaba acostumbrado a confiar su vida a un monstruo. Sabía de corrientes cruzadas, de grandes oleajes. Y le hacía falta saber de ambas cosas. Porque mañana tras mañana Violet bajaba por la pasarela y se iba caminando hasta la ciudad, donde ligaba con hombres en los *pubs*, y volvía en diversas fases de desnudez e incapacidad a primeras horas de la noche, y Anthony la bañaba y le daba de cenar.

Luego habría una sorpresa, o un cambio de papeles, pero Violet se portó muy bien el día en que sus hermanos fueron a visitarla. Veamos..., ¿qué es lo que hace la gente normal? Los tres hermanos fueron a Clacton y comieron en un Angus Steak House. Violet y Keith dijeron adiós a Nicholas, que cogió el tren de Cambridge (la Sociedad organizaba un debate sobre Camboya); y luego Keith llevó a Violet al parque de atracciones. Luego hubo una generosa caldereta de pescado en *La Pequeña Dama*,

amorosamente preparada por Anthony, que habló toda la velada sobre sus años de marinero (pasados todos ellos en el Mar del Norte, en la bodega de un pesquero de arrastre). Los dos hombres dieron cuenta de casi una botella de ron, mientras Violet bebía gaseosa.

A las once de la noche, Keith se preparó para conducir borracho de vuelta a Londres. Dio las gracias a sus anfitriones y les dijo adiós. Empezó a bajar por la pasarela, y, con un brinco vistoso, como ayudado en su descenso por la puntera de una bota, cayó de un salto al océano marrón del cieno ribereño... Lo cual no fue quizá nada extraordinario, si exceptuamos el hecho de que una hora más tarde — después de que Violet, armada de cubos y de toallas, lo hubiera desnudado y lavado y, en cierto modo, recompuesto—, Keith volvió a bajar por la pasarela y volvió a acabar en el cieno ribereño.

Pescado por segunda vez por Anthony, Keith, apestoso, se sienta en la diminuta cocina mientras Violet rellena los cubos.

—Vi, seguro que a ti te ha pasado también un par de veces.

—Oh, he perdido la cuenta hace mucho tiempo —dice ella.

Y lo atiende; con paciencia, con humor, con infinita clemencia. Con amor de hermana, en suma. Y ello le hace pensar a Keith que si tuvieran los roles cambiados Violet iría hasta el final: que era posible pasarse la vida, toda la vida, no haciendo otra cosa que sacar a alguien del cieno, lavarlo, volverlo a sacar, volver a lavarlo...

El 15 de octubre, Keith recibió una invitación grabada en relieve para la boda de Gloria (él no asistiría), y recibió también, aquella misma mañana, una llamada telefónica de un lloroso Anthony (que no podía soportarlo más). Violet desapareció durante un tiempo, pero reapareció en Londres a tiempo para Todos los Santos.

Cómo salieron las cosas en 1979

Son las 7 de la tarde del día de la boda de Gloria Beautyman, y Keith está a medio camino de su cuarta partida de Scrabble; su contrincante es Kenrik. Durante todo ese tiempo Gloria ha estado intentando desesperadamente ponerse en contacto con él. Pero él no puede saberlo, ¿cómo iba a saberlo?; ni puede saber que Gloria está ahora sola en el andén de la estación de tren de Llangollen —la lluvia fina, el frío, los halos fluctuantes de las luces. Mientras piensa las palabras y coloca las letras en las hileras de su tablero, y de cuando en cuando consulta el diccionario, Keith también habla por teléfono con Violet.

—Así que Gary dice venga, entonces friega el puto suelo. Y yo le digo no, gracias, compañero, friega tú el puto suelo si tanto te gusta que esté tan limpio. ¡Y el tío me pega! Con un bate de críquet, muchas gracias.

Keith tapa el auricular con la mano y dice:

—¿Herrerillo? Primero «cogulla», luego «herrerillo». Diez letras.

—Yo he dicho que la cogulla es una pequeña culebra hija de perra. El herrerillo es un pequeño pájaro idiota —dice Kenrik, que, al día siguiente, deberá presentarse ante un tribunal penal acusado de agredir a su madre, la diminuta pero despiadada Roberta.

—Y me llama puta, ¡y yo *no* soy una puta! ¡Soy una chica sana! Luego me dice que le dé el dinero. Y esta imbécil se lo da. ¿Y qué es lo que hace él? ¡Se da el piro!

—El piro —le corrige Keith de forma refleja. Es realmente sorprendente: intentar tan poco en lo que se refiere al lenguaje, y decir las frases hechas siempre mal. Y mal pronunciadas. La explicación de todo ello le vendría a la cabeza mucho más tarde—. El piro, Vi. Darse el piro.

—¿Qué? Sí. ¡Y se da el piro!

La conversación telefónica llega a su término. Juegan tres partidas más (como Timmy en el ajedrez, Kenrik gana siempre), y salen a cenar —justo cuando Gloria cambia de tren en Wolverhampton y una vez más se dirige a toda velocidad hacia el sureste.

—¿Qué sucedió con Bertie, entonces?

—Lo de siempre. Bertie estaba chillándome a la cara; le di un empujón y ella se tiró por las escaleras. No. Dio un salto mortal hacia atrás. Puede que no me caiga más que una amonestación, pero tendrá que tocarme un juez con buena onda. No fue más que una discusión.

No es la primera vez que Kenrik comparece ante un tribunal: fraude con tarjeta de crédito, impago del IVA, conducción en estado de ebriedad... Comoquiera que cree

que todos los jueces son a) de derechas, y b) homosexuales, siempre aparece en el banquillo con un *Daily Telegraph* bajo el brazo, y dirige al juez en cuestión un largo mohín de sumisión conspiradora.

—Todo irá bien. A menos que Bertie aparezca en el tribunal en silla de ruedas. O en camilla. Quiere meterme en la cárcel, ya ves.

—¿Sigues con Olivia?

Ahora las cosas están tomando un sesgo proféticamente pertinente (como las cosas, en la vida, raras veces hacen), y Kenrik dice:

—No, me ha mandado a paseo. Es una chica muy guapa, Olivia, y me ha dado un ultimátum. Las que no son tan guapas no se molestan en dar esas cosas, porque están acostumbradas a que nunca les hagan ni caso. Olivia dijo: o yo o la priva. Luego me gritó en la cara algo más, así que me emborraché. Las muy guapas no se pueden creer, *no les cabe en la cabeza* que alguien pueda pasar por encima de su voluntad. Y encima por algo con forma de botella.

—Tú también eres muy guapo —dice Keith, y piensa en Kenrik en Pentonville, en Wormwood Scrubs... En la cárcel no seguiría siendo guapo mucho tiempo.

—Y eso me hizo darme cuenta de algo. De lo mucho que Bertie debió de odiar a mi padre cuando murió. Bertie era una chica muy guapa. Y mi padre se fue de farra tres días y se mató con el coche. Y la dejó viuda.

—Una viuda embarazada. Mmm. La mía no supo nunca que era viuda.

—Supongo que todas las viudas se ponen tristes. Pero algunas odian.

Y Keith piensa en todo ese odio anegando a la pequeña y hermosa y furiosa Roberta. Y Kenrik dentro de ella, bebiendo de ese odio.

—Por eso quiere verme en la cárcel —dice Kenrik—. Para castigarle a él. Porque él es yo.

Están comiendo el segundo plato cuando el tren de Gloria entra en la ciudad, una ciudad que se hace más densa por momentos.

Keith se fue a casa a pie a través de una niebla del color de las hojas marchitas; a través de una niebla también marchita, impregnada del olor del camposanto. Estaba recordando el día en que Kenrik le llamó a las dos de la mañana, cuando iban a detenerle por vez primera. Se oían las voces al fondo. Cuelgue el teléfono, señor. Venga con nosotros, señor. Fue una llamada telefónica de otro tipo, otro modo de hacer las cosas.

Está de pie: una figura femenina firme pero alterada, en la fría oscuridad del porche de la entrada del edificio.

—Señora Llewellyn. ¿Está usted *muy* embarazada?

—No, sigo siendo la señorita Beautyman. Y la respuesta es no. Acabo de ponerme toda la ropa encima. El tren era una nevera. Toca la maleta. No hay nada dentro. Tengo *toda* la ropa puesta. ¿Vas a apiadarte de mí?

—¿Por qué no estás en Gales?

Ella dice:

—He tenido una pesadilla.

Para este momento-bisagra, pues, Gloria está desarmada, o neutralizada: no solo con toda su ropa puesta, sino que la ropa que lleva puesta es *toda* su ropa.

Ahora se la está quitando, o pugna por quitársela, de pie frente al fuego de carbón ornamental: abrigo, cazadora de cuero, dos jerséis, camisa, camiseta, falda larga, falda corta, falda larga, vaqueros, medias, calcetines. Luego se da la vuelta, con la carne moteada y de gallina, y con mellas y pequeños salientes, como cicatrices. Él le tiende la ropa tibia... Ella se baña, se toma dos tazones de té con azúcar. Luego se sienta, doblada, en el sofá; él se agacha en la silla de enfrente, y escucha la frialdad invernal de su voz.

—No fue un buen momento para tener una pesadilla. Me iba a casar a la mañana siguiente.

Gloria y Huw, explica con viveza, eran los ocupantes de la *suite* nupcial del Grand, en la ciudad fronteriza de Chester. Huw tenía su despedida de soltero en un comedor y Gloria tenía la suya en otro. Ella se fue a la cama a las nueve (porque, como sabía todo el mundo, Gloria Beautyman debía tener un largo sueño reparador para preservar su belleza). Huw entró en la *suite* a las diez menos cuarto y la despertó unos instantes.

—Tú mismo me has comentado cómo se me ponen de calientes por la noche los pechos. Bien, pues quise refrescármelos pegándome a su espalda. Y fue como un latigazo. Quemaba. Como hielo seco. ¿Y sabes lo que estaba haciendo? Se estaba muriendo. Keith, quédate donde estás... No, por desgracia no. Le encontraron el pulso. Las dos palabras que suelen emplear para describir su estado son «grave» y «estable». Y, si te pones a pensarlo, es realmente divertido. ¿Huw? ¿Grave? ¿Estable? Imagino que el corazón se le paró nueve minutos. Uno por cada año que me ha robado. Tiene dañado el cerebro. No es que vaya a notarse la diferencia. Bien, ¿qué tienes que decir a todo esto? Voy a pensar en ello. Ven aquí. Me gustaría que Huw me viera haciendo esto. Pero seguramente se ha quedado ciego.

Nicholas estaba en el Sureste Asiático, y pasaron un par de semanas sin hablar. Llamó a cobro revertido desde una cámara de resonancia sepulcral de Calcuta.

—Imagínate —dijo Keith—. Te despiertas el día de tu boda, y tratas de separar la realidad de la ficción. Y hay un muñeco de nieve acostado a tu lado. Tu novio. —Se hizo un silencio—. ¿Nicholas?

—Sigo aquí. ¿Volvió a la realidad con la velocidad suficiente?

—Mira. Éticamente está lejos del ideal, lo admito, pero las cosas no son tan malas

como parecen. Dios, aquella noche me quedé petrificado. Y ella también. Sus ojos eran tan duros como rocas. Como piedras preciosas. Pero en cierto sentido es lógico.

—¿Sí? ¿En qué sentido?

—Verás: no es una mujer desconsolada por la pérdida. Es una mujer desdeñada.

—Verás, Nicholas, su cuerpo, con sus huecos y montículos, con sus exageraciones femeninas, fue postergado por algo con forma de aguja—. En su corazón lo ha estado odiando durante años. Una mujer desdeñada. Había tenido, según dice ella misma: «docenas de aventuras», pero ha cuidado de Huw desde 1970. La década perdida. Y está frenética por esa década perdida.

—No me digas más. Y eso la ha vuelto *más* religiosa. Todos hacen lo mismo. Les pasa algo horrible y lo que hacen es duplicar su apuesta.

—Sí, pero no como tú dices. Cree que Dios está castigando a Huw..., siguiendo las instrucciones de ella. O lo creía, al menos. Huw está jodido y no puede andar ni hablar ni nada de nada. Y ella estaba tachando sus facultades una a una. Y de pronto estaba fuera de peligro.

—Y eso ha hecho que le flaquee la fe.

—Sí, un poco. La pobre estuvo muy baja de ánimo un día o dos. Pero ya se ha recuperado.

—No sé si lo dices con ironía.

—Yo tampoco. Ya no. Y escucha esto. Huw está desheredado, ¿no? Me refiero a que siendo un vegetal... Y escucha esto. El otro día tuvimos sexo, con el broche del refinamiento siniestro. Y se sentó a desayunar con todo encima de la cara. Y comía tostadas. Y sorbía el té. Y levantó la mirada y dijo: «Qué pena que todo esto no haya pasado hace un par de años. Entonces Probert habría estado de maravilla». —Hubo un silencio—. ¿Nicholas?

—Sigo aquí. Así que la tienes de residente.

—Sí. Con una condición. Dijo: «Tendremos que prometernos. Pero eso no te compromete a nada. Ni a mí tampoco. Es por mis padres». Dije que de acuerdo. Y aquí está. No tiene un penique. Y está desesperada. Es genial.

—Keith, no te cases con el Futuro.

—No. ¿Sabes?, nunca se sincera contigo. Su secreto sigue cociéndose en su interior. Y no logro llegar a él. ¿Es que queda algo de lo que avergonzarse en estos tiempos que vivimos?

—No te cases con la señorita Barra de Toallero.

—Por supuesto que no. ¿Crees que estoy loco?

Unas de las primeras cosas que hizo Keith, cuando Gloria se hubo mudado a su casa, fue llevarla a la cárcel.

—No quiero ir a la cárcel —dijo ella. Pero fue. Iban a visitar a Kenrik, que estaba en Brixton en prisión preventiva. Gloria estuvo muy entera todo el tiempo, pero luego

se echó a llorar—. Tan guapo —dijo en el coche (con un sentimiento de gemela, pensó Keith)— y tan asustado.

Luego la llevó al Hostal del Ejército de la Iglesia para Mujeres Jóvenes. A ver a Violet (que tenía otro ojo morado). Gloria estuvo muy entera también en este caso, pero luego se echó a llorar.

—Es como una biblioteca —dijo Keith en el coche—, solo que nadie está leyendo. ¿Por qué las chicas son tan calladas?

Gloria dijo:

—Porque han vivido avergonzadas más allá de las palabras.

Por lo único que se pelearon en los primeros meses fue por el dinero. Oh, sí..., y por el matrimonio. En la mente de Gloria ambos problemas estaban relacionados.

—Si rompemos ahora —dijo—, yo me quedo sin nada.

—No quiero romper ahora.

—Pero ¿y si encuentro al Príncipe Azul?

—No seas ilógica. Si encuentras al Príncipe Azul no necesitarás mi dinero. Que es dinero nuevo. Tendrás el dinero del Príncipe Azul. Que será dinero viejo.

—Quiero poder ahorrar algo. Triplica mi asignación. Me lo gasto casi todo en cosas para el dormitorio. Eres tan egoísta.

—Oh, claro.

En abril le llevó a Edimburgo a conocer a sus padres (resultó una situación absurda), y en mayo él la llevó a España para que conociera a los suyos.

La casita de campo^[53]. Viajar es casi siempre arte en movimiento (un viaje es casi siempre un relato razonable), así que, en primer lugar, hay animales. Edimburgo tuvo sus animales: el loro en la cocina, el elefante en el salón^[54]. Y el *campo* tiene sus animales: los pájaros y las abejas, las gallinas metomentodo, con su cara estrictamente neurótica y sus andares, como enfermeras mecánicas, la pastora alemana osuna, la vieja Coca, que te mete el morro en la entrepierna y lanza grandes gemidos de decaimiento y desesperación. Y todo alrededor, y en lo alto, los accidentes y escarpaduras de las sierras.

—¿Puedo ayudarte con eso? —dice Gloria.

—No se quita —dice Tina—. ¿Qué diablos habrá hecho?

Nicholas solía decir que se llevaba tan bien con su madre porque tenían exactamente la misma edad. Pero Tina es un poco mayor que Keith: tiene cincuenta y un años. Karl, nueve años mayor que ella, ha sido relegado a la oscuridad.

—¿Cómo se habrá hecho esto? —se pregunta Tina, que tiene un cubo de plástico delante de ella y está lavando uno de los vestidos que Violet ha dejado tras su reciente visita. El vestido tiene una gruesa costra de tierra en la parte del trasero—. Se habrá caído de culo en el barro, supongo. Pero parece como hecho *a conciencia*...

Hay un silencio.

—¿Y adónde va, mamá? ¿Cuándo está aquí?

—Va a los bares. Solía ir al campamento gitano. Y se quedaba días, semanas. Hasta que la echaron.

Gloria dice:

—Los gitanos son bastante puritanos, en realidad. La gente cree que no, pero lo son. Y tampoco vienen de Egipto.

—Soy su madre, y es un completo misterio para mí. Cuando está aquí, es tan cariñosa con papá... Le tiene devoción. Creo que tiene un corazón de oro. ¿Por qué, entonces...?

En el jardín del Hotel Reina Victoria hay una estatua de Rainer Maria Rilke, que se refugió allí mientras dormía, mientras soñaba la Primera Guerra Mundial. El poeta —su tema era «la descomposición de la realidad»— está tallado, esculpido en bronce negro, y tiene un aire áspero, rendido, como de alguien que está siendo electrocutado. La estatua le hace pensar en el Kenrik de los últimos tiempos, en su cara medieval, druídica, tallada en la roca... Keith siente una mirada de reproche en los ojos ciegos de Rainer Maria.

—Mi amigo más antiguo —dice detenidamente— comparte celda y retrete con un hombre que probablemente ha apuñalado a los cinco miembros de una familia. Hace un par de días, a mi hermana se la follaron en una zanja. Nada puede escandalizarme ya, Gloria. Así que sigue. Cuéntame.

Pasa un minuto. Miran fijamente las montañas escarpadas, con sus tres estrategias de distancia.

—De acuerdo, lo haré. Mi padre no es mi padre.

Y él piensa. Eso no es un secreto. El elefante en el salón: uno siente que es importante saber qué está *haciendo* el elefante... cuando está en el salón. ¿Se bambolea y barrita y se le estremecen los flancos? ¿O simplemente se queda allí de pie, tan quieto como una vaca bajo un árbol, en medio de la lluvia? El elefante de Edimburgo estaba domesticado. Ese era el problema. Keith había pensado en la posibilidad de que el padre o la madre de Gloria, o ambos, fueran celtíberos. Y los dos resultaron ser productos lácteos: puros y simples. Y luego tuvo lugar la agitada visita de su hermana pequeña, Mary: como su madre, parecía dos mujeres distintas unidas por la cintura; pero era también muy rubia, y cuando sonreía dejaba ver no las tiras de chicle de menta de Gloria, sino la galería de corral de una escocesa de pura cepa. Era tan patente que Keith ni siquiera lo mencionó: el elefante en el salón, con sus orejas africanas.

—Entraré en detalles —dice Gloria, bajo la mirada de Rilke—. Así sabrás que no miento. Suelo decir a todo el mundo que los padres de mi madre eran muy morenos, y que hubo un salto de una generación. Incluso tengo una fotografía que suelo enseñar.

—Y no es verdad...

—Y no es verdad. Escucha. En los años sesenta había solo otro consulado como es debido en Islandia: el portugués. Por lo de la pesca. Había un hombre que siempre andaba por allí. Marquez. Pronunciado «Markish». Siempre me estaba mirando de una forma rara, y un día me acarició el pelo y dijo: «Te he seguido desde Lisboa». Yo tenía catorce años. Y ni siquiera era portugués. Era brasileño. Así que...

—¿Por qué tendría que preocuparme yo por tu filiación? ¿O por la de cualquier otra persona?

—No. Te preocupa mi cordura. Mi padre nunca me abrazó como lo haría un padre de verdad. Así que me faltaba algo. Y fui dándome cuenta a lo largo de la infancia. *No puede ser mi padre*. Así que no soy normal.

—Yo tampoco... Gloria, ese no es un secreto. Puede ser verdad, pero no es *tu* secreto.

—Oh, cállate y cástate conmigo. Y hazme hijos.

Él dice:

—Preferiría esperar un poco para lo de los hijos. Y el matrimonio está anticuado.

—Y yo también. Es lo que queremos las mujeres.

Y Edimburgo, granito negro bajo la lluvia ruin. Como si, tan al norte, la naturaleza fuera ella misma una industria, un turno de noche que fabricara tiniebla, y el cielo no fuera sino el lugar donde dejar los desechos... Había adoración, o veneración, y había adicción, pero no había amor. Ese sería el estado de terror genuino: amar a Gloria. No.

—Estaba pensando en la luna de miel de Vi —dijo Tina—. Vinieron aquí de luna de miel.

—Oh, sí. ¿Cómo fue?

—Llegaron, y Vi se fue con sus gitanos.

—¿Cómo? ¿Tan pronto?

—Inmediatamente. En cuanto llegaron. Se fue corriendo por los campos. Yo le grité. Pero tiene menos sentido común en la cabeza que una cría de perro. Quería a Juan.

—Oh, claro. Juan. Lo amaba.

—Él tampoco estaba muy bien de la cabeza. Siempre tenía a alguien al lado por si se le ocurría hacerse daño. Pero ella parecía amarle. Y él amarla a ella.

—¿Qué hizo Francis cuando ella se largó?

—Se quedó quieto con la maleta en la mano. Al cabo de veinte minutos Vi llegó corriendo, pero pasó de largo. Corría en la dirección contraria. Con el pecho jadeante. Buscando a Juan.

—Pero lo amaba.

—Sí. Cinco noches después, volvió armando mucho ruido. Y enseguida se volvió

con Juan.

Keith llevó a la ciudad a Gloria... Para entonces conocía ya el contenido poético de las montañas, pero primero dijo:

—Te he oído llorar en el cuarto de baño. Otra vez. ¿Por qué?

—Lloraba por Huw.

Él aguardó.

Ella dijo:

—He llorado también con rabia, ya lo sabes.

Él pensó durante un momento.

—Porque no se murió.

—No. Es mejor que no se muriese. Porque así tortura a su madre. Lo que me hace llorar es el tiempo. Diez años.

Para entonces conocía el contenido poético de las montañas. Las montañas jóvenes están llenas de accidentes y escarpaduras. Las montañas viejas son suaves y uniformes, y tienen la lisura y el lustre de los milenios y de la erosión del tiempo. Las montañas no son como los seres humanos. Las sierras eran montañas jóvenes; acaso no tenían más que cinco millones de años: más o menos de los tiempos en que el *Homo sapiens* se separó de los simios. Las sierras jóvenes, rasgadoras del cielo, raspadoras de los cielos.

Lo que aconteció en 1980

Y muy a principios de 1980.

—¿Puedo preguntar —pregunta él— qué significan esas bragas?

—Lo sabes perfectamente.

—No puedo creerlo. Diez años después, ¡y vuelvo a las bragas!

—¿Qué quieres decir con que *vuelves* a las bragas?

—¡Que vuelvo a las bragas! Espera. Escucha. Esta es... la séptima noche consecutiva. Así que no puede ser la *regla*, ¿no?

—Dios, qué asqueroso eres. Te lo he dicho. Me he quitado el DIU.

—Muy propio de ti, Gloria... El DIU. Una espiral que cuadra con tu naturaleza.

—Con ese misterio enroscado en su ónfalo—. Y además el DIU es lo mejor. Mejor que la pildora. Y no digamos que el puto condón.

En el último año el sentido moral de Keith —debo recalcar— ha experimentado cierto... Un momento. ¿Es hora de aclarar *quién soy yo?* Todavía no, creo que no. Pero me gustaría poner cierta distancia entre este «yo» y el ser apuntalado en la almohada, cuya mirada vaga ahora por el burdel de ese dormitorio compartido, las pantallas, los disfraces, los uniformes (de monja, de azafata, de enfermera a domicilio, de mujer policía), las pelucas y las extensiones de pelo postizo, las dos cámaras Polaroid, las dos videocámaras, los espejos por todas partes.

—Quiero hijos. Y no voy a tener un bastardo, muchas gracias. Ya tenemos un bastardo. Por lo tanto... nada de anticonceptivos.

—Oh, no te preocupes. Debe de haber por ahí un paquete viejo de condones.

—Dios, qué asqueroso eres.

—Y además ya no lo hacemos por ahí casi nunca.

—Dios, qué asqueroso eres. Y eso está fuera del menú, todo eso. Lo único que hay en la carta es el coito normal.

—Muy bien. La sacaré en el último minuto.

—Dios, qué asqueroso eres. El coito reproductor normal. Cástate conmigo.

Y lo que él pensó fue: «Las chicas-polla son escasísimas y geniales. Pero no puedes *casarte* con una chica-polla».

—Muy bien, me casaré contigo. Si me dices cuál es tu secreto.

Siete noches después, ella dijo:

—¿Tienes el teléfono de Neil Darlington?

—¿Por qué me lo preguntas?

—Es muy atractivo. He pensado que a lo mejor le apetece echar un polvo. ¿Está Nicholas en el país?

Después de un montón de «dijo él», «dijo ella», ella dijo:

—Una concesión importante. No necesitamos tener hijos inmediatamente.

Digamos dentro de un año o dos. ¿De acuerdo? Pero tienes que hacer de mí una mujer honrada *ahora mismo*.

... Kenrik, recién salido de Pentonville por proxenetismo, fue el padrino.

Violet, embarazada de seis meses de no sabía bien de quién, fue la madrina.

A Gloria no la llevó al altar nadie.

Muestras de declaraciones de Violet al teléfono:

—Voy a darlo en adopfión, Keith. Creo que es lo mejor, ¿no crees?

Y:

—¡Nadie va a quitarme ese niño, Keith! ¡*Nadie!*

Y:

—Voy a darlo en adopfión, Keith. Creo que es lo mejor, ¿no creesf?

Keith y Gloria fueron a ver al bebé, que se llamaba Heidi (por Heidi, la compañera de piso alcohólica de Violet). Otro alcohólico, un joven en traje de la City, fue a cenar esa noche, y otra alcohólica, una mujer de edad mediana con un caftán, pasó luego a tomar café. Y el bebé era una preciosidad, pensó o imaginó Keith; pero el pañal estaba sucio y frío, y la criatura estaba pálida, con los labios cortados (Violet le daba leche directamente de la nevera). Y todo el mundo estaba borracho. La propia casa —una casa de aspecto normal— estaba borracha.

—Creo que será mejor que la des en adopción, Vi —dijo Keith, en su dormitorio.

—Pero duele —dijo Violet—. Duele. Lo siento en la garganta.

Heidi no fue dada en adopción. Cuando tenía seis semanas, los servicios sociales se presentaron en la casa y se la llevaron.

Tres meses después de la boda, volvió la penitencia de las bragas.

Gloria dijo:

—Te lo dije. Un año o dos. Bien, pues lo he decidido. Y no van a ser dos. Va a ser uno. Exactamente un año.

Diez noches después, tras muchas y sofisticadas evasiones relativas al secreto, y tras renovadas amenazas de irse con Neil o con Nicholas, Gloria dijo:

—Por favor. Oh, *por favor*...

—Oh, está bien. —Bien pensado (y estaba pensando en Heidi), quería ver una cara nueva en la casa—. De acuerdo. Tengamos un coito reproductor normal.

—Sí, estupendo. ¿Me ayudas a quitármelas? Y sé que no pondrás ninguna objeción —dijo ella, arqueando la espalda— a que la criatura sea educada en la fe.

Bien, en fin. Hubo un mes más de bragas puestas; y luego Gloria se fue de casa. Tres meses después volvió, pero diferente.

Lo que aconteció en 1982

Este matrimonio en particular, en esta época concreta, había intentado muchos modos y géneros, muchas formas de abordar las cosas: farsa pornoteológica, perro y gato, «sexo y compras», Vida. Se reservaron lo peor para el final: el psicoterror en la parisiense Place de la Contrescarpe.

—¿Y nunca amenaza con suicidarse? —dice Nicholas por teléfono (desde Beirut).

—No. Nunca hace nada poco original. Como quedarse embarazada a hurtadillas o algo así de vulgar. No amenaza con suicidarse. Eso no es original. Así que lo que hace es amenazar con irse a un convento.

—Joder. ¿Y seguís acostándoos juntos?

—En contadísimas ocasiones. Y siempre haciendo lo más normal. No es que a mí me importe, curiosamente. El único extra es el refinamiento siniestro. Que, huelga decir, es lo único que nunca me ha gustado. De lo único que habla es de dinero, y de religión, y de que voy a ir al infierno.

—En cierto modo, la religión es el tema más interesante del mundo.

—Sí, pero no si crees en ella. Aquí viene. Hasta pronto.

Keith y Gloria estaban pasando una semana en el apartamento alquilado que había sido escenario de su larga luna de miel dos primaveras atrás. Solo que ahora no tenían criada (como Gloria le recordaba una y otra vez), y el tiempo era invariablemente horrendo. Era todo un logro, despojar a París de toda su luz, pero Dios o algún artista semejante se las había arreglado para conseguirlo. Aquella tarde estaban tomando café en un bar de la rué Mouffetard. Acababan de pasar al interior, porque el toldo goteaba...

—¿Te acuerdas de cuando nos detuvieron aquí?

—¿Detenernos? ¿A qué te refieres?

—¿A qué me refiero? A que nos detuvo la policía. El hombre de paisano, ¿te acuerdas? *Il faut prendre votre passeport*. Y nos metió en el furgón. Luego te explicaste, Gloria, en tu perfecto francés, y acabó soltándonos. Dijiste: *C'est incroyable, ça!* ¿Te acuerdas?

—Ojalá no hubieras nacido nunca. No. Ojalá te murieras. Vas a ir al infierno. ¿Tengo que explicarte cómo es el infierno? ¿Lo que te hacen allí dentro?

Él sigue escuchando durante un rato, y al final dice:

—Está bien. Lo entiendo. Me queman y me mean encima. ¿Para qué, exactamente?

—Para castigarte. Para torturarte. Me has destrozado la vida.

Porque por supuesto él nunca dio su brazo a torcer, nunca accedió a que el niño fuera educado en la fe católica. A que el niño fuera educado sin valentía, sin tener que

entender lo que la muerte significa realmente. Aquella vez ella le dejó; y cuando volvió lo hizo derrotada (no tenía otro sitio adonde ir); y ya no se habló más de tener hijos.

Keith dijo:

—Tendrías que haberte conformado con un bebé agnóstico.

—¿Sí? ¿Y criar a alguien tan asqueroso como tú? ¿Alguien que cree que matar y comer animales, y follar y soñar y cagar, y luego morir, es válido en sí mismo...? Me has destrozado la vida. Totalmente. *Merci pour tout ce que tu m'as donné. Cher ami.*

Aquella noche tuvieron una relación sexual por primera vez en casi un mes, y hubo una amarga caloricidad en ella, como si los dos tuvieran fiebre y les dolieran los huesos, y les supieran salados el sudor y el aliento. El acto llegó a su fin. Él cumplió con embarazosa copiosidad las instrucciones conminatorias de Gloria. Ella se levantó y fue al cuarto de baño, y cuando volvió estaba toda vestida de negro.

—Notre Dame —dijo a través del velo—. Misa del Gallo.

Keith se despertó a las tres de la madrugada en la cama vacía, con la imagen de una figura negra en el Sena pardo..., la cabellera flotante, los ojos abiertos... Gloria estaba en la otra habitación, desnuda y arrodillada en la silla, al pie de la ventana, mirando la plaza iluminada por la luna. Se volvió. Su cara era una máscara mortuoria, cubierta de una costra blanca y seca.

—Necesito que sea más fuerte —dijo—. Mucho más fuerte. No es lo bastante fuerte.

Gloria quería un dios más fuerte. Uno que la fulminara, en aquel mismo momento, por lo que llevaba bajo el velo.

Nos gustaría que esto acabara rápidamente: esta particular cosmología de dos.

Al día siguiente ella era toda hielo y electricidad, toda electricidad y hielo. Con un vestido de algodón blanco y cintas estrechas blancas en el pelo, se asentó sombríamente en el sofá blanco. Ni habló ni se movió. Se limitó a mirar fijamente.

Él estaba sentado a la mesa del comedor, de tablero de espejo, inclinado sobre *La negación de la muerte* (1973), una obra de psicología de Ernest Becker, ¿quién argumentaba, entre otras cosas, que las religiones eran «sistemas heroicos»? Lo cual, en un contexto moderno, solo podrían cobrar una vitalidad nueva si emprendieran una cruzada «contra la cultura, [y de] reclutamiento de la juventud para hacer de ella un frente de antihéroes contra los modos de vida de la sociedad que habitan...».

Justo después de la una Gloria se levantó de pronto. Abrió la boca y la mantuvo abierta con incredulidad, y lo que parecía ser júbilo al mirarse el súbito pareo escarlata que le envolvía las caderas. Y en el sofá, detrás de ella, no era una mancha informe sino todo un orbe encendido, como una puesta de sol.

—Todo se ha acabado —dijo—. Me voy.

—Sí, vete. —La cogió entre sus brazos y, doble, triplemente odioso, le susurró al oído—: Ve y entra en un convento... ¿Por qué habrías de convertirte en madre de pecadores? Vete a un convento, y rápidamente. A un convento, vete^[55].

Estaban todos, más o menos. Scheherazade y Timmy con sus cuatro hijos ya crecidos, en formación de familia perfecta: chica, chico, chica, chico. La Scheherazade conversa tenía un aspecto poco glamouroso pero muy juvenil, como sin duda lo tendría cualquiera que se creyera acreedor de una vida eterna. Whittaker tenía cincuenta y seis años; su amigo/hijo/protegido Amen, hoy convertido en un reputado fotógrafo (que hablaba un buen inglés americanizado), tenía cuarenta y dos. Oona quizá había cumplido setenta y ocho; el superobeso Jorquil (casado seis veces, según supo Keith con seis sucesivas y ambiciosas starlets) cincuenta y tres; y Conchita treinta y siete. Keith asistió con su segunda exmujer, Lily: ambos tenían cuarenta y cinco años. La ocasión que los congregaba era la ceremonia conmemorativa de la muerte de Prentiss. Amen preguntó tiernamente por Gloria, quien (según lo último que había oído Keith) estaba en Utah. Y Adriano tampoco estaba presente. Adriano se había casado con una enfermera keniana; luego se divorció de ella, y luego (después de otro accidente muchísimo más grave) volvió a casarse con ella: era la enfermera que le había curado las rodillas maltrechas en Nairobi, en 1970.

Keith suponía que se sentía reafirmado en su opinión de que divorciarse tenía que ser muy fácil, y muy difícil, molesto, doloroso y caro contraer matrimonio. Pero así es la Vida, y no aprendemos nunca. Divorciarse de Gloria fue muy difícil, molesto, doloroso y caro. Divorciarse de Lily fue fácil. Ella deseaba hacerlo, y él también.

Una semana después comió con Conchita, y todo quedó zanjado en los primeros diez minutos.

—Mi padre en un accidente de autobús, camino del hospital —dijo él—. Y mi madre al darme a luz.

—Mi madre de leucemia —dijo ella—. Y mi padre se suicidó dos horas después.

Él alargó la mano para sellar las cosas. Luego ella, brevemente, le contó lo que sucedió entretanto, entre la muerte de una y el suicidio del otro: el acontecimiento que la llevó hasta Ámsterdam. Se estrecharon la mano, de todas formas. Al cabo de media hora él, brevemente, le contó a Conchita lo que jamás le había contado a Lily (ni a nadie), pese a los interrogatorios bisemanales de esta a lo largo de toda una década: la verdad sobre aquel cumpleaños suyo en Campania.

—Y así me han ido yendo las cosas —dijo, cuando estaban terminando—, y es muy sencillo. Ahora soy bueno. Mis vicios no me llevaron a ninguna parte. Así que llevo años trabajando en mis virtudes.

—Muy bien. Entonces deja de fumar —dijo ella—. Y deja ese trabajo en Derwent and Digby. ¿De acuerdo?

Dos tardes después volvieron a verse, y Keith la llevó a Heathrow a recoger a Silvia, que acababa de pasar el mes establecido por ley con su padre en Buenos Aires.

Silvia tenía catorce años.

Así que primero Keith se casó con Gloria, luego se casó con Lily y luego se casó con Conchita. No se casó con Scheherazade ni con Oona ni con Dodo. Pero se casó con todas las demás.

Con Gloria fue solo sexo, con Lily fue solo amor. Luego se casó con Conchita, y todo fue bien.

En el Book and Bible en 2003

Es April Fool's Day, y está sentado en un saloncito del *pub* Book and Bible. Tras los detalles caleidoscópicos de la calle, con sus bellos tonos de carne, el Book and Bible es como una reliquia gimiente de una Inglaterra del pasado —toda blanca, toda de clase media, toda de edad mediana—; de una Inglaterra anterior a la invención del color. El tablero de lanzamiento de medios peniques, los huevos escoceses y las cortezas de cerdo, la moqueta empapada, el papel pintado afelpado. Keith odia el ambiente del Book and Bible; pero empezó a frecuentarlo cuando, ocho o nueve semanas atrás, le sobrevino una gran pesadumbre. Tiene cincuenta y tres años. Toma zumo de tomate y fuma.

La insospechada sensualidad del estancamiento, de la quietud, la caricia experta de las sábanas de algodón. En épocas normales, una combinación de codicia, hastío y curiosidad lo sacaban de la cama antes de las nueve (quería saber qué le había sucedido, mientras él dormía, al planeta tierra). Pero ahora se queda echado cuán largo es hasta que mantener los ojos cerrados le cuesta más que mantenerlos abiertos. Su cuerpo lo necesita sin remedio. Y noche tras noche se pasa como una hora llorando y maldiciendo. Se queda en la cama y maldice, mientras le pican los ojos. Cuando se despierta del todo, sigue sintiendo una sensación de aturdimiento. Y no sabe por qué. ¿Qué le ha pasado para que tenga que llevar todo este peso?

No lo comprende. Porque Violet ya ha muerto. Murió en 1999. El último tramo de su vida —en el que cohabitó con el último de sus novios terribles— fue comparativamente tranquilo, y en gran parte se lo dedicó a Karl. Le daba la comida en la boca. Le cortaba las uñas de los pies. Se ponía un traje de baño y se metía con él en la ducha. Karl murió en 1998. Y luego murió Violet. La médico de cuidados intensivos habló de «fallo multiorgánico». Cuando Keith deslizó la mirada por el informe de la autopsia, la sola frase que registró fue «orina purulenta» (no solo aliterada sino en cierto modo onomatopéyica), y a partir de ahí no siguió leyendo.

Tras la muerte de Violet, Nicholas enloqueció durante un tiempo, y Tina enloqueció también durante un tiempo. Keith no enloqueció. Sus síntomas fueron físicos: el colapso que sobrevino a su letra durante tres meses (la pluma o el bolígrafo se le disparaban por la página en blanco); la amigdalitis que lo aquejó durante un año. Es donde Violet se le quedó a Keith: en la garganta. Y desde entonces hubo otras muertes. Neil Darlington murió hace diecisiete meses, a la edad de sesenta y tres años, y Kenrik en 2000, a la edad de cincuenta y uno. Violet murió en 1999, con cuarenta y seis años.

Hay un revuelo ahora en el Book and Bible. Porque alguien de otro mundo está entrando en el local: una dama con velo negro (no un burka, sino un hijab; y con los ojos expuestos y finamente maquillados), que lleva de la mano a un chiquillo

completamente normal de unos ocho o nueve años: la edad de Isabel. Se acercan con unos refrescos y se sientan en el saloncito, y él piensa en lo anómalo que es: un niño con una mujer musulmana entrada en años en un bar lleno de grises y cenizas.

—¿A qué quieres que juguemos? —le pregunta la mujer al niño (con una voz sin acento)—. ¿A Veo veo?

—No. A ¿Qué preferirías?

Keith tiene tres pensamientos, en el orden siguiente: Primero: que no tiene más ganas de decirle a esa mujer que se quite el velo que de decirle que se lo ponga. Segundo: que en la actualidad hay dos grandes guerras entre los creyentes y los infieles (y la primera de ellas, la más antigua, tiene «la igualdad femenina» como uno de sus objetivos militares declarados). El tercer pensamiento le viene del expoeta que hay en él: Pero con lo bien que parecíamos llevarnos... Sentimental, tiene en mente a Ashraf, y a Dilkash, y a Amen, y a muchos otros, incluida la viuda Sahira. En 1980, Neil Darlington, infinitamente turbio, se convirtió al islam para casarse con Sahira, Visión, poeta y palestina.

—¿Qué preferirías? —le oye decir a la mujer—. ¿Tener veinte hijos o ninguno?

Lo cual le lleva a otro pensamiento. Silvia, la otra noche, dijo que, para 2110, Europa estaba destinada a convertirse en un continente de mayoría musulmana.

—La mujer feminizada no tiene más que un hijo —había dicho—. Así que el resultado final de vuestra revolución sexual bien podría ser la sharia y el velo... No va a ser así sin más, por supuesto. Estamos a un siglo de distancia. Imagínate todo lo que va a suceder entretanto.

Ahora Keith lía otro cigarrillo y lo enciende, y se dice que ojalá Violet hubiera abrazado el islam en lugar del cristianismo. Al menos estaría viva.

—Vamos a jugar al Hotel Más Caro del Mundo —le oye decir al niño.

—Sí, ya está bien de ¿Qué preferirías? En el bar, el...

—Yo primero... Los cacahuets cuestan un millón de dólares cada uno.

—Las aceitunas, dos millones. Y quinientos mil dólares más si llevan cada una un palillo. El papel higiénico cuesta cien mil dólares cada trocito. Las perchas...

—Tía, ¿y quién está en el hotel más caro del mundo?

—Oh, bueno... Después de la primera noche, recién inaugurado, George Soros se declaró en bancarrota. La segunda tarde, el jeque de Dubai fue detenido porque no podía pagar la comida. Y el tercer día echaron a patadas al mismísimo Bill Gates.

Keith levanta la mirada. La mujer se aparta el velo, y dice:

—Nací en El Cairo en mil novecientos treinta y siete.

Gloria Beautyman. ¿Quién es ahora..., y cuántos años tiene?

Sus pensamientos ya no se suceden en orden, y su pasado se reajusta como un cubo de Rubik. Yo, que estoy negra por las erosiones amorosas de Febo, no soy lo bastante oscura para ir de Cleopatra, voy varios años adelantada a mi tiempo, la Oficina del Censo (su padre: partida de nacimiento), los gitanos tampoco vienen de Egipto, hay algo poco limpio en el dibujo, el secreto de la eterna juventud, y la

década perdida, la década robada. Keith recordó lo que ella había dicho en el coche, en Andalucía («He llorado también con rabia, ya lo sabes... Lo que me hace llorar es el tiempo. Diez años»). Y los sudores nocturnos y el cumpleaños animal en París («Todo se ha acabado»), cuando de forma súbita a Gloria le *estaba sucediendo* su cuerpo.

—Reginald, vete a jugar un poco al tablero de los medios peniques —le dice al niño— mientras hablo con este joven tan amable.

La mujer mira cómo el niño se va corriendo; su cara sigue siendo cuadrangular, su barbilla sigue acabando delicadamente en punta, sus ojos siguen siendo profundos; pero toda ella tiene sesenta y seis años.

—Mi sobrino nieto. El hijo de la hija de Mary... ¡Oh, Keith! ¿Te imaginas lo *celestial* que fue, vivir los veinte años dos veces? ¿Saber lo que se sabe a los treinta, y empezar a hacerlo todo una vez más? Era como un sueño hecho realidad. Era como un juego maravilloso.

Keith se da cuenta de que puede hablar.

—Eso es lo que parecía. Un juego. —Sí, era mejor en el espejo, era más real en el espejo—. Era como un juego. —El cuerpo en el espejo, reducido a dos dimensiones. Sin profundidad y sin tiempo.

—Un juego, Keith, para el que tú eras demasiado joven. Yo era como uno de esos bombones. Con relleno de licor. Ricos, pero nada buenos para los chiquillos. Tendrías que haber tenido diez años más. Para tener siquiera una oportunidad. Me consuelo todo lo que puedo —dice— con el hecho de haber arruinado tu vida. Yo tenía razón. Era el tiempo el que estaba equivocado.

—Tu plan. Tenía un fallo.

—Sí. De pronto, cuando se me pasó la veintena, tenía cuarenta años. Adiós.

—Adiós. Kenrik ha muerto. Neil ha muerto. Vi ha muerto.

—¿Vi? *Oh*. ¡Tienes que sentirte tan horriblemente culpable! Pero eso está bien, porque tú nunca la amaste. Como tampoco me amaste a mí.

—No. Y tú a mí tampoco. Por supuesto. Ni siquiera te gusté nunca.

—No. Como me tomé la molestia de decirte, hace años. Eres muy molesto.

—De acuerdo. Pero te diré algo. Y es verdad. Mi memoria sí te ama. Adiós.

Y, ofuscado, Keith se preguntó (y siguió preguntándose): ¿Significaba algo, históricamente? ¿Que Gloria naciera musulmana, que Gloria Beautyman naciera en la tierra de Hasan al-Banna, y de Ayman al-Zawahri, y de Sayyid Qutb? ¿Enlazaba con algo? ¿Con Nueva York, Madrid, Bali, Londres, Bagdad, Kabul? Solo en esto, quizá: Gloria fue una visitante de fuera de la historia. Fue una visitante de otro reloj.

2009 - A MODO DE DESPEDIDA

Hay un..., hay un sauce. Hay un sauce que crece inclinado en un arroyo... Pero esto no pudo prolongarse mucho tiempo. Pues sus vestiduras, pesadas por la carga del agua, arrastraron a la pobre desdichada del cantar melodioso a una cenagosa muerte.

Y resultó que aquella noche (7 de septiembre), hace diez años, Keith estaba solo en el cuarto con un cadáver jadeante.

Llevaba inconsciente más de cien horas, y él les dijo a su madre y a su hermano que de nada valía que fueran, que no iba a despertar y que por lo tanto no tenían por qué ir, por qué desplazarse desde Andalucía, desde Sierra Leona... Era casi medianoche. Su cuerpo estaba plano, hundido, en la cama elevada, ya sin ninguna fuerza de sustentación; pero la línea de la vida en el monitor seguía ondulante, como una representación infantil del océano, y ella seguía respirando, respirando con una fuerza preternatural.

Sí, Violet parecía llena de fuerza. Por primera vez en su vida, daba la impresión de ser alguien a quien sería necio tratar a la ligera, o subestimar, alguien con la cara abrupta, totémica, como una reina piel roja de pelo anaranjado.

—Se ha ido —dijo la médico, y señaló con la mano.

La línea ondulante se había aplanado.

—Sigue respirando —dijo Keith.

Pero por supuesto era la máquina la que seguía respirando. De pie sobre el cuerpo sin aliento, cuyo pecho subía y bajaba, pensó en ella corriendo por los campos, volando por los campos.

—¿Por qué habría de interesarse Vi por la Liberación de la Mujer? —le dijo una noche a Silvia, muy tarde.

Silvia tenía veintinueve años, y se había casado con un periodista llamado David Silver (ella seguía utilizando su apellido de soltera), y tenían una hija pequeña llamada Paula (pronunciado a la española), y todo lo hacían a partes iguales.

—Vi no era una mujer —dijo él—. Era una niña. —Una niña grande en un mundo de adultos. Situación más que terrorífica, en la que se necesitaría todo el falso valor del que uno pudiera hacer acopio. Y se ofrecía a los hombres (al menos al principio) por razones pueriles: quería que estos la protegieran de todo mal—. Por eso hablaba como una niña pequeña. No era una mujer.

Siguieron hablando durante una hora; y Silvia, como solía hacer a altas horas de la noche, hizo que volvieran a lo que ella consideraba una gran pregunta subterránea. Su color rosa oscuro —quién sabe cómo— no afectaba a la pureza lunar de su frente, y dijo:

—Violencia. Contra el sexo débil. ¿Por qué?

—No lo sé.

—Incluso aquí, en Inglaterra. Que estamos siempre hablando de las cosas de los otros. Del asesinato por honor y la mutilación genital y todo eso. Y de las novias de nueve años.

—Que no se casan con novios de nueve años. Imagínate a *Isabel*, con nueve años, casándose con alguien. Y no digamos con un viejo. Eso es *violencia*. No se me ocurre nada más violento. Más integralmente violento.

—Sí, pero ¿qué me dices de este país? Mira lo que leí el otro día; te leo: «La forma más común de muerte entre las mujeres de dieciséis a cuarenta y cinco años», aquí y ahora, «es a manos de su pareja masculina». Y es algo extrañísimo. Que solo necesiten matarnos cuando estamos en edad de procrear.

—No lo entiendo. Nunca lo he entendido. Supongo que son hombres que se han quedado sin palabras. Hace mucho tiempo. Pero no lo entiendo.

—Bueno, es el punto fuerte del hombre de las cavernas. Y está en la base de todo eso. Son más grandes y más fuertes. ¿Qué vamos a hacer nosotras frente a eso?

Una noche a la semana, David llevaba a Paula a ver a sus padres. Una noche a la semana, Silvia iba con Paula a la casa de lo alto del Heath. Todo lo hacían a medias. Nada de veinte-ochenta ni de treinta-setenta ni de cuarenta-sesenta. Ni de cuarenta-cincuenta ni cincuenta y cinco.

—Vuestro cincuenta-cincuenta —dijo Keith—. Supe que es bueno porque me daba miedo. Dolía. Y hazme un favor... Hay más vino en el frigorífico. Vino en botella con tapón de rosca: el vino en botella de rosca ha mejorado nuestra calidad de vida en un diez por ciento, ¿no crees? Pero no es de botella de rosca. Es tarde. Eres joven. ¿Te importa?

Y Silvia se levanta con suavidad de la silla, y dice:

—De paso voy a ver qué tal está el bebé.

El cincuenta-cincuenta —pensó— debe de doler muchísimo, porque el veinte-ochenta ya dolía lo suyo. Todo el mundo, actualmente, hablaba de la tortura. Bien, Keith sería fácil de torturar. Hazle asistir a una reunión de la Asociación de Padres de Alumnos, hazle pasar un cuarto de hora con su contable, hazle ir a comprar a Marks & Spencer con una lista..., y cantará todo lo que sabe... Los niños sienten el aburrimiento; el aburrimiento infantil, descrito en cierta ocasión por un psicólogo aforístico (y corroborado hace años por Nat y Gus) como «la falta de deseo». Nada aburre al veinteañero, al joven de treinta años, al hombre de cuarenta años. Keith, en 2009, sentía que el aburrimiento era tan fuerte como el odio. Existía, cómo no, otra clase muy popular de tortura: no era judicial, y preludiaba la muerte. Esa clase de tortura —tenía la esperanza— llegaría más tarde.

—Gracias —dijo—. Muy bien. Hay otra asimetría. —Una niñita que jura casarse con su padre, siguió, recibe como respuesta una sonrisa y una caricia bajo la barbilla. En la mayoría de las culturas. En la mayoría de las culturas, un chiquillo que jura

casarse con su madre despierta en el hospital, o se recupera de una buena tunda, o como mínimo de una severa reprimenda, y decide que jamás volverá a renovar tal oferta—. ¿Sabes? —dijo—. La primera oración enunciativa de Chloe fue: «Yo tero papi». ¿Por qué? ¿Qué estaba haciendo? ¿Dándome las gracias por el veinteochoenta...? Tú quieres a papi.

Y Silvia dijo:

—Sí, quiero a papi. No siempre fuiste bueno con mamá, pero siempre fuiste bueno conmigo. Es la forma que tenéis de abrazarnos cuando somos diminutas. Tu mamá llena de leche es una cosa..., es tú, y tú eres ella. Pero tu padre... Es más grande y más fuerte, y huele a hombre. Es la forma que tienen de abrazarte cuando eres diminuta. Jamás en toda tu vida volverás a sentirte tan segura.

—Sí, pero tenemos que trabajar en ese amor especial a los padres. —Karl murió en 1998, y Violet un año después. Y si esos dos sucesos estaban estrechamente conectados, tal vinculación le pareció la cosa más triste del universo—. Los padres tienen que dejar de abrazar a sus hijas de forma que les hagan sentirse tan seguras.

—Eso va a doler —dijo ella—. Mmm. Supongo que no sirve de nada si no duele.

Con un gemido quebrado de tierna desesperación, Keith aún piensa, Keith aún reflexiona brevemente acerca de aquella noche en Italia con Drácula y Scheherazade. Pero no tan a menudo como solía. Solo unas cuantas veces a la semana. Una mañana de hacía mucho tiempo, estaba en el café local con Isabel (que aún no había cumplido los seis años), y cuando estaba pagando en la caja la niña hizo el anuncio sin precedentes de que iba a esperarle en la calle. Fue hasta la puerta con el mismo andar de levitación —no de puntillas, sino de levitación— de Scheherazade en la época de la espera. Fue hasta la puerta, pero no salió a la calle.

Y el año anterior se había topado con Rita. Estaba en el almacén de artículos para el hogar de Golders Green, comprando una alfombrilla circular para la ducha (parecía un pulpo aplastado por una apisonadora, con las ventosas laxas).

—Ten mucho ojo, porque te ha de llegar tu primera gran caída —le había dicho Tina el año 2000, sentada a la puerta de su *casita* (donde aún sigue sentada, otra vez viuda, a los ochenta y un años).

En el año 2000, me complace añadir, Keith tenía a su lado no solo a las tres niñas de costumbre, sino también a Heidi, que ahora se llamaba Catherine (había aparecido en el funeral de Violet, con sus padres adoptivos), y ocupaba el espacio físico (en una especie de remisión, pensó él) que había ocupado su madre...

Allí estaba Rita, pues: la boca, la mandíbula, los huesos rotundos seguían siendo los mismos, pero su biomasa se había multiplicado aproximadamente por tres. Buscaba ciertos artículos infantiles para el cuarto de juegos que pensaba enviar a la primera nieta de Pansy.

Keith dijo:

—Y tú, ¿has tenido tus diez hijos? ¿Uno al año?

—Nunca los tuve. Ningún hijo... Nunca.

Y él abrazó aquella renovada losa de cuerpo que se había echado a llorar, entre las paneras, y los peluches, y los termos y los ábacos.

—Se me olvidó tenerlos, o algo parecido. —Siguió tratando de limpiarse la nariz—. Se me pasó tenerlos, supongo.

A menudo se encontraba con mujeres de su edad a quienes al parecer se les había pasado tenerlos.

Una frase que resume el asunto. El sexo pornográfico es un tipo de sexo que *puede describirse*. Que te decía algo —razonaba Keith— sobre la pornografía y sobre el sexo. En tiempos de Keith, el sexo se divorció del sentimiento. La pornografía era la industrialización de esa fisura entre ambos...

¿Y cómo le iba con el espejo?

El sino de todos nosotros es desenamorarnos de nuestros reflejos especulares. Narciso tardó un día y una noche en morir, pero a nosotros nos lleva medio siglo. No es vanidad, nunca fue vanidad. Siempre fue otra cosa.

Keith miró la mancha de sombra del espejo. Y lo más asombroso de todo era que aquello, aquello que veía en el cristal (el espíritu maligno acabado, perfecto) quedaría en su recuerdo como algo no tan malo, comparativamente hablando. Esto, incluso esto, esto mismo... El vídeo horrible —dicho en palabras llanas—, la película de terror estaba destinada a convertirse en una *snuff movie*, pero mucho antes de eso él habría de ser el tráiler. Un anuncio publicitario de la muerte.

La muerte: la capa oscura que necesita en su envés un espejo para poder mostrarnos nuestro reflejo.

No es vanidad, nunca fue vanidad. Siempre fue muerte. Esa era la metamorfosis universal y verdadera: la angustiosa transfiguración de un estado en otro: del estado de la vida al estado de la muerte.

Sí, nos acercamos de nuevo, él y yo.

¿Yo? Bien, yo soy la voz de la conciencia (aquella que protagonizó tan espectacular regreso entre su primer matrimonio y el segundo), y llevo a cabo otras tareas compatibles con las del superego. No, no soy el poeta que él nunca fue. Keith pudo haber sido poeta. Pero no novelista. Su procedencia era demasiado peculiar para eso. No podía oír lo que otros oyen: la reverberación, el eco de la humanidad. Confinado por la verdad, por la vida, soy sin embargo la parte de él que siempre trató de prestar oído a tales sonos.

—Se me están haciendo más pequeños los pechos —dijo Conchita en el cuarto de baño.

No lo dijo con alegría insensata, si bien Conchita seguía siendo, en general, insensatamente alegre, pensaba Keith. Y eso era lo más curioso de todo, a su juicio, porque le acontecía a ella, y no a él: la incesante pesadilla de vivir con alguien nacido en 1949.

—De verdad. Mis pechos son cada día más pequeños.

—Pero eso es normal —dijo él—. Porque los míos son cada día más grandes.

—Todo cuadra al final, entonces.

Sí. Cincuenta no es nada, Pule. Yo tengo la misma edad que la OTAN. Y sí, todo cuadra. Los muslos se te hacen más magros; pero está bien, porque la barriga se te pone más gorda. Los ojos se te encienden más; pero está bien, porque las manos se te enfrían (puedes aliviártelas con las yemas heladas). Los ruidos estridentes y súbitos se hacen más agudos y mortificantes; pero está bien, porque cada día estás más sordo. El pelo de la cabeza se hace más fino; pero está bien, porque los de la nariz y las orejas se hacen cada día más gruesos. Al final todo cuadra.

Esta noche habrá invitados. Silvia y su marido, Lily y su marido, Nat, Gus y Nicholas y su mujer. El tercer marido de Lily, la segunda mujer de Nicholas. El primer matrimonio de Nicholas duró hasta 1989 (una hija). Luego, durante catorce años, Nicholas vivió la juventud que en cierto modo había postergado, y las mujeres ya no necesitaban ser de izquierdas, y Keith se convirtió en el escuchador, y no en el contador de cosas. Luego Nicholas se casó otra vez, en 2003, y con su segunda mujer tiene un hijo de cinco años. Esta noche hay una cena para celebrar el reciente cumpleaños de Keith.

Él estaba ahora en su estudio, terminando... Su problema con Violet; su trabajo duro, realmente duro con Violet residía en lo siguiente: Keith era alguien que tenía que esforzarse para que su familia lo quisiera. Y con Violet —con ella únicamente— no se sentía en desventaja, no se sentía desplazado. No era difícil hacerse amar por ella. Él siempre estaba allí: la carita de morro puntiagudo, fascinada, que miraba fijamente y sonreía por encima del borde de la cuna; luego, como un adiestrador personal, la ayudaba a gatear, a andar, a hablar. Y le leía, y le contaba historias, y las parábolas, y los milagros. ¿Ves, Vi? Solo tenían cinco panes y dos peces... No fue difícil para ella. Y para él fue fácil. Fue un amor a primera vista.

Estuvo con ella al principio, y estuvo con ella al final. Pero ¿dónde estuvo en el interin? Poniendo en práctica su estrategia, su estrategia del alejamiento. Y luego, más tarde, la tuvo de todas formas, y peor: la crisis nerviosa, o desmoronamiento. Y jamás le cupo la menor posibilidad de eludir la fuerza y la violencia de aquellos sentimientos de su vida temprana («Si alguien se atreve a tocarla...»). Que

empezaron cuando miró su cuerpo recién nacido y vio a un ángel. Eso es lo que vio realmente, en su estado alucinatorio, transido de amor y de sentimiento protector. Así que así fue. Estuvo con ella cuando empezó y estuvo con ella cuando acabó.

Vivimos la mitad de nuestra vida en estado de *shock*, pensó. La segunda mitad. Llega una muerte, y el cerebro fabrica sustancias químicas para pasar el trance. Sustancias químicas que te adormecen, y el adormecimiento es un tipo identificable de calma: una calma falsa. Lo único que hace, el adormecimiento, es posponer. Luego cesa el efecto de los fármacos, y los vacíos, los pequeños olvidos llegan y se hacen contigo, de todas formas. ¿Adónde va el dolor, cuando se va? ¿A otro lugar? ¿O se hunde en el pozo de tu debilidad? Te lo aseguro: lo segundo. Y es la muerte de los demás lo que al final te mata.

Es hora de entrar. Venus se estaba alzando sobre el pozo oscuro del Heath. Keith Nearing, Conchita, Isabel y Chloe (y a menudo Silvia) habían pasado varias navidades en el sur de Sudamérica (donde Conchita tenía familia política y docenas de primos); y le iba a preguntar a Nicholas sobre los momentos que había pasado con su espíritu tutelar. Durante dos días seguidos, en 1980, Nicholas le leyó al gran Borges. Cuando se despidieron, el vidente ciego, el Tiresias viviente le ofreció «un presente», y le recitó este cuarteto, de Dante Gabriel Rossetti:

¿Qué hombre se ha inclinado sobre el sueño de su hijo, para pensar
en cómo esa cara mirará la suya cuando yazca fría?
¿O pensó, cuando su madre le besaba los ojos,
en cómo debieron de ser sus besos cuando su padre la cortejaba?

En el caso concreto de Keith, la respuesta a la primera pregunta era afirmativa, y negativa la segunda. Pero creía que Borges poseía una comprensión universal del tiempo: «El tiempo es la sustancia de que estoy hecho. El tiempo es un río que me arrebatara, pero yo soy el río...».

Venus: cuando la miró con las gafas puestas, ella parecía llevar unas pestañas. La hija de Júpiter y Dione, la diosa del amor, con pestañas postizas. Sus alas de gasa..., su aspecto era el de una mosca que hubiera nacido y crecido en el Elíseo... El poeta Quevedo describió el planeta Venus: *lucero inobediente, ángel amotinado*.

¿Quiénes eran aquellos seres extremistas y autodestructivos, aquellos siempre «a la contra» que no podían soportar un segundo más en el cielo? Sí, Kenrik, sigue así, que te detengan después de una larga carrera por conducir cinco veces más rápido de lo permitido a las nueve de la mañana, por cuarta vez en tres semanas (y cumplir una condena de un año en Wormwood Scrubs). Sí, sigue así, Gloria, sitúate al margen de la historia, y vive tu década de los veinte años dos veces, y hazlo como en un juego, mientras al hacerlo te hagas inestimablemente preciada a la memoria. Sí, sigue así, Violet, que la luna de miel dure al menos medio minuto, y luego corre por los campos, sin más pensamiento en la cabeza que una cría de perro, corre jadeando, con

el pecho desbocado, corre y vuela y busca a aquel que amas. Echó las persianas y lo cerró todo, y entró en casa.

AGRADECIMIENTOS

En primer lugar, mis extasiadas gracias a la memoria de Ted Hughes. Su *Fábulas de Ovidio* es uno de los libros más emocionantes que he leído en mi vida. Mi deuda con él va más allá del exquisito «Eco y Narciso», que cito en cierta ocasión y parafraseo de forma constante.

El «distinguido historiador marxista» es Eric Hobsbawm, y las citas son de su obra seminal *La edad de los extremos*. Los detalles sobre Mussolini son de la biografía brillante y tranquila y persistentemente cómica de Denis Mack Smith. «La acción es transitoria —un paso, un soplo, / el movimiento de un músculo» es de Wordsworth (*Los fronterizos*). «El amor me dio la bienvenida»: George Herbert. «Las palabras a un tiempo verdaderas y amables»: esto (y mucho más) es de Philip Larkin («Hablando en la cama»). «La base económica de la sociedad»: la «Carta a Lord Byron», de Auden. El «psicólogo aforístico» es Adam Phillips. «El acto por el cual se transmite el amor, en caso de haberlo» es de *Son más los que mueren de desamor*, de Saúl Bellow; la frase sobre la hoja de parra y la etiqueta del precio es de *El legado de Humboldt*. «Oh, qué te aflige, caballero en armas» es, por supuesto, de Keats. «La rosa enferma» es de William Blake. «La tempestad me recorre cuando se abre tu boca» es el último verso de «La tempestad», de Ian Hamilton.

Quiero también darle las gracias a Jane Austen. Pese a no haber tenido hijos, como tantas otras feministas ilustres, creo que es la madre de «la línea de cordura» tan característica de la novela inglesa. Para dar fe de esa penetrante cordura suya, cito sus últimas palabras. Moribunda de un cáncer que nada conseguía aliviar, le preguntaron «qué necesitaba». Y ella dijo: «Nada, salvo la muerte». D. H. Lawrence, cuyas últimas palabras también he citado, tenía cuarenta y cuatro años cuando las pronunció. Jane Austen pronunció las suyas a la edad de cuarenta y uno.

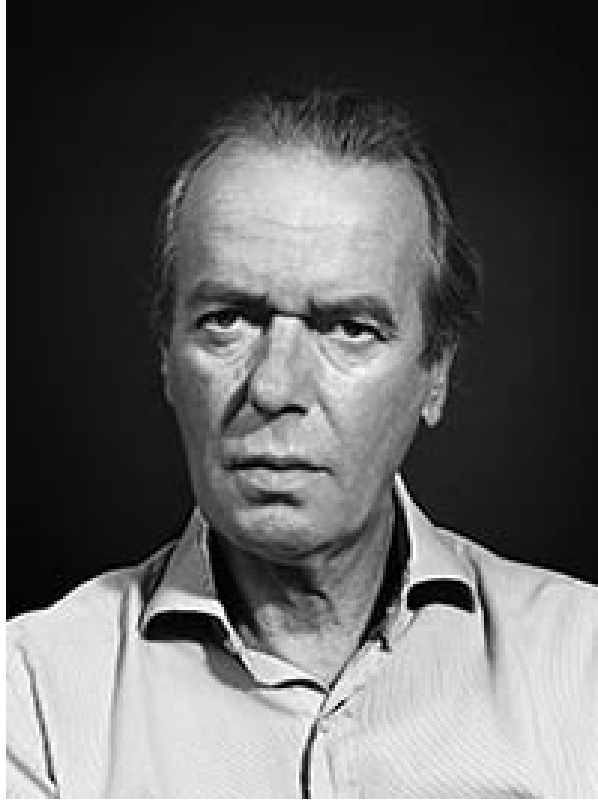
Shakespeare, desafiando —como de costumbre— todas las reglas y convenciones, no necesita que este escritor le dé las gracias. Como Matthew Arnold dijo de él (en un sentido muy levemente diferente): «Otros toleran nuestras preguntas. Tú quedas libre».

Y hay algo que sigue sorprendiéndome, casi un día tras otro, como un hecho mágico: la evocación más viva del tiempo que he vivido (que yo, como tantos cientos de millones de mis semejantes, he vivido) se escribió en 1610. El canto de Ariel aparece en esa pieza romántica parecida a una mascarada que es *La tempestad*, última obra de teatro de Shakespeare, del cual vuelvo a citar la segunda estrofa:

Yace tu padre en la mar;
y sus huesos son coral;

lo que eran ojos son perlas;
nada de él se desvanece,
mas cambia, en muda total,
a algo opimo, excepcional.
Ninfas por él doblarán.

Londres, 2010



MARTIN AMIS (Swansea, Gran Bretaña, 25 de agosto de 1949 -). Estudió en Oxford y colabora en revistas literarias y de carácter general.

Trabajó como actor en el film *A High Wind in Jamaica* (1965). Fue periodista en *The Times Literary Supplement* y en el *New Statesman*. Desde 1979 se dedica por completo a la literatura.

Debutó brillantemente como novelista con *El libro de Rachel*, galardonada en 1973 con el Premio Somerset Maugham, al igual que *Dinero*, *Campos de Londres*, *La flecha del tiempo*, *La información*, *Tren nocturno*, *Niños muertos*, *Perro callejero*, *La Casa de los Encuentros*, *La viuda embarazada* y *Lionel Asbo*. *El estado de Inglaterra*, los relatos de *Mar gruesa*, los ensayos de *Visitando a Mrs. Nabokov*, *La guerra contra el cliché* y *El segundo avión* y los libros de carácter autobiográfico *Experiencia* y *Koba el Temible*, que le consagraron como uno de los escritores más aclamados, nacional e internacionalmente, de su generación.

Notas

[1] *El amante de Lady Chatterley*, de D. H. Lawrence. <<

[2] Banda Baader-Meinhoff. <<

[3] Charles Manson. <<

[4] *Arse* y *ass*: formas coloquiales de designar el «culo». *Aunt* es «tía» y *antes* «hormiga». *Landscape*: «paisaje». <<

[5] CND: Campaign for Nuclear Disarmament (Campaña para el desarme nuclear).
VSO: Voluntary Service Overseas (Voluntariado para la ayuda a países del Tercer Mundo). <<

[6] Iniciativa altruista que consiste en llevar comida caliente a inválidos y ancianos.

<<

[7] *Lechery*: «lascivia». *Lick*: «lametada», «lametón», «lamida». <<

[8] En español en el original. <<

[9] Celebración similar al Día de los Inocentes (28 de diciembre) de la tradición hispánica. <<

[10] «Belleza» y «hombre». <<

[11] O, en *slang*, «¿Te estás corriendo, Gloria? ¿Has descargado ya?». *To come*: «correrse». *To flush*: «descargar». <<

[12] *Greaseball*: de *grease* (grasa) y *ball* (bola, pelota); en argot, vocablo compuesto que designa despectivamente a un italiano. *Dreamboat*: vocablo compuesto (*dream* [sueño] y *boat* [barca, barco]); en argot, persona especialmente atractiva. Amis juega aquí con la mezcla de sendos vocablos y significados. <<

[13] *Eyes* («Ojos») y *Is* («Yos») son en inglés (*Ais*) homófonos; de ahí el juego entre ambos. <<

[14] Juego de palabras entre el significado literal de two-two «dos-dos» y su acepción en argot: «genitales femeninos» (dos labios mayores y dos labios menores). <<

[15] The Times Literary Supplement. <<

[16] *Impy*: de *Imp*: «diablillo», «golfillo». <<

[17] 1. Violet ha dicho «Feo», pero quería decir Theo: pronuncia «f» en lugar de «c» (en un pasaje anterior, para decir *I think* [ai cinc: pienso] dice *I fink* [ai fink]). Violet no busca, por tanto, ningún efecto humorístico (ya que este solo se da en el idioma castellano). <<

[18] El autor juega aquí con vocablos derivados de *Impotent* y *Frigid* («impotente» y «frígida»). <<

[19] *Hobby-horsical*: de *hobby-horse*: «caballito de juguete». «Antojadizo». <<

[20] *Cool*: «guay». *Good*: «está bien». *Uncool*: «chungo». <<

[21] *Vice admiraly rear admiral* («vicealmirante» y «contraalmirante») dan pie al doble equívoco picante de *vice* y *rear* («vicio» y «trasero»). <<

[22] *Junglebum* significa, literalmente, «culo de la jungla». <<

[23] *Butcher's hook* («gancho de carnicero») es «mirada» en *rhyming slang* (argot rimado en el que se sustituye una palabra por otra que rima con ella; *hook* rima con *look*). *Give us a butcher's* significa, pues, «deja que te echemos una mirada». <<

[24] BC (*befare Christ*: «antes de Cristo») son también las iniciales de *birth certificate*: «partida de nacimiento». <<

[25] «Hacer la bestia de dos espaldas»: en *Otelo* (Shakespeare): realizar el acto sexual.

<<

[26] *Sick her on us*: «azuzarla contra nosotros». <<

[27] *Seek*: «buscar». <<

[28] *Sick*: «enfermo». <<

[29] Francisco Torres Oliver tradujo así Tweedledum y Tweedledee, los gemelos idénticos de *Alicia a través del espejo*. <<

[30] «... palabras a un tiempo verdaderas y amables...». (Philip Larkin). <<

[31] «La sucia chamarilería del corazón» (William Butler Yeats); «Me duele el corazón, y un pesado letargo aflige mis sentidos» (John Keats); «Si el corazón está en su sitio, ¿qué importa hacia dónde mire la cabeza?» (sir Walter Raleigh). <<

[32] Violet, en su gusto por la vida marginal e iletrada, cada día pronuncia peor las palabras: aquí dice *helfy* en lugar de *healthy* («sana»). <<

[33] Dos reputadas casas londinenses de arreglos de prendas. <<

[34] Paralelismo intraducible: *From the Me Decade to the ME* (mialgic encephalomyelitis). *Decade*: «de la Década del Yo a la Década del EM (encefalomielitis miálgica)». <<

[35] Jane Austen, *Orgullo y prejuicio*, Barcelona, Alba, 2009, traducción de Marta Salís. <<

[36] *Horn*: «pene erecto», «erección». <<

[37] *You* («iu») se pronuncia de forma muy parecida a «Huw». <<

[38] Juego de aliteraciones que inevitablemente se pierde en la traducción: *Timmy's a ninny. The count's a cunt. And Jorq's a joke.* <<

[39] *One God* y *Gun Dog*: imposible trasladar el efecto expresivo de eufonía de ambas expresiones yuxtapuestas. <<

[40] «Chica de pelo rizado». <<

[41] *Pansy*, amén de «pensamiento» (flor), es en argot «mariposón, maricón». <<

[42] *Expensive* («expénsif»): Conchita, antes, lo pronunciaba *esspensive*. Y magazines *magasinse* (en lugar de «mágasins»). Ahora pronuncia bien ambas palabras (en castellano «caro» y «revistas»). <<

[43] *La belle dame sans merci* (John Keats). <<

[44] Z: «zeta». <<

[45] *Hell*: «infierno». <<

[46] *The Legión of the Lost*, novela del autor norteamericano Jaime Salazar. <<

[47] *I* («yo») en inglés antiguo. <<

[48] *Hamlet*, en traducción de Leandro Fernández de Moratín (Inarco Celenio). <<

[49] Geoffrey Chaucer (*Cuentos de Canterbury*). <<

[50] T. S. Eliot (*La tierra baldía*). <<

[51] Shakespeare. Esta cita y las siguientes, de *Hamlet*. La que aporta Gloria, de *Antonio y Cleopatra*. <<

[52] Literalmente: «no divertido». <<

[53] En español en el original. <<

[54] *The elephant in the room*: tema que está presente de forma constante y patente pero que nadie saca a colación. <<

[55] *Hamlet.* <<